



A
B

M
D

- I
O
N

CUENTOS MÁS QUE
COMPLETOS

BOSCH

Shedó pomiedo. / con que facilidad

de



... de qu...

*- di
a me
de*

*o
u
o*

*Re
m
se*

*rest
pe*

IRER.

Indicaciones de servicio.

ADY

Su prosa, precisa y brillante, y su dominio de las reglas del relato corto, revelan a Bosch como el escritor de garra que convierte al Cibao, el territorio campesino por excelencia de su país, en su propia comarca literaria, llena de magia y de fulgor. En Bosch, la modernidad se coloca como el eje de una herencia transformadora que va desde el realismo vernáculo hasta el realismo mágico, pasando por un amplio abanico de aventuras imaginativas. Un maestro del oficio, que anuncia en su propia obra la de otros escritores por venir.



Juan Bosch

Cuentos más que completos

ePub r1.1
Titivillus 28.03.2021

Título original: *Cuentos más que completos*
Juan Bosch, 2001

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Prólogo

En 1961 Juan Bosch vivía en Costa Rica una de las etapas del largo exilio que lo había llevado por distintos países; dejando libros guardados por todas partes, en cajas de cartón que nadie abriría ya nunca, como suele ocurrir. Los libros, que luego esponja la humedad y se come la polilla, son la cauda de los exilios.

Fue el año en que lo conocí. Era entonces un desterrado emblemático del Caribe revuelto, que al tiempo que escribía cuentos ejemplares reclamaba una alternativa democrática para la República Dominicana, dominada por un tirano a su vez emblemático, el generalísimo Rafael Leónidas Trujillo. Yo recordaba que Trujillo había enviado una banda militar a los funerales del viejo Somoza, muerto a tiros por un poeta en el curso de una fiesta, y que los músicos, vestidos de uniformes negros con bordaduras doradas, marchaban de cuatro en fondo por las calles desoladas de Managua tocando marchas fúnebres, los fuegos del sol de mediodía prendidos en el cobre de las bombardas; creo que se lo conté, y creo que se rió apaciblemente, con cierta melancolía. Ese mismo Trujillo de bigotito canalla que solía aparecer en los periódicos de Nicaragua retratado con un bicornio en el que flameaba un airón de plumas de avestruz, copiado de algún viejo figurín de pompas militares. Bosch y Trujillo, emblemáticos los dos, pero cada uno por su propio lado, representantes de mundos que jamás iban a reconciliarse.

Pero las fanfarrias y los disfraces de Trujillo no lo eran todo. Más siniestro que su uniforme de opereta era su modo de manejar los hilos del poder; entre el envilecimiento, el terror y el halago, su mano sabía alcanzar a sus enemigos por muy lejos que se hallaran.

Así había ocurrido con el atentado que su policía secreta urdió para matar al presidente de Venezuela, Rómulo Betancourt, en 1960, haciendo detonar al paso de su caravana un coche cargado de explosivos. Betancourt sobrevivió, con quemaduras, y aquel atentado marcó el inicio del fin de Trujillo, porque perdió el favor de los Estados Unidos de Kennedy y la OEA lo puso en cuarentena.

Juan Bosch se hallaba en Caracas para entonces, y ese mismo año en que empezaba el ocaso de Trujillo, él escribía el último cuento de su vida, «La mancha indeleble». En adelante, el torbellino de los acontecimientos, en los que quedó envuelto, lo sacaría para siempre de la literatura. Pero como quiero explicar luego, no sólo los acontecimientos lo empujaban fuera, sino su propia convicción ética que envolvía por igual la literatura y la política, y asimismo sus ideas sobre el oficio del escritor.

Cuando lo conocí en el mes de mayo de aquel año, enseñaba historia de América Latina en la escuela que la hermandad de líderes socialdemócratas —José Figueres, Muñoz Marín, Haya de la Torre, Rómulo Betancourt y él mismo— había abierto en

San Isidro de Coronado, un poblado del valle central cercano a San José, para entrenar a jóvenes dirigentes políticos del continente. Yo venía de participar en un congreso centroamericano de estudiantes celebrado en Panamá, y me detuve a visitar a amigos nicaragüenses que estudiaban en esa escuela. Uno de ellos, Julio López Miranda, me presentó delante de don Juan como escritor, y él se complació mucho en sentarse conmigo a compartir una taza de café, y aleccionarme por una media hora sobre el arte de escribir cuentos, oficio en el que yo me iniciaba entonces.

Recuerdo su figura delgada en mangas de camisa, la corbata formalmente anudada, sus ojos celestes, sus anteojos con marco de carey, su pelo rizado, prematuramente cano, y su acento neutro, que no tenía ningún deje caribeño, severo y cordial de voz y maneras como recuerdo que eran mis tíos los Mercado, siempre buscando una moraleja en la conversación. Todo el mundo le decía «el profesor», y por la forma didáctica de explicar sus convicciones, fueran políticas o literarias, hacía honor al nombre. Así pude escuchar de su voz sus ideas acerca del cuento, expuestas en sus *Apuntes sobre el arte de escribir cuentos*, publicados en *El Nacional* de Caracas en 1958.

Él era para entonces un cuentista consumado, que no faltaba en ninguna antología latinoamericana del género, un cuentista sobre todas las cosas, aunque también escribió dos novelas: *La mañosa* (1936) y *El oro y la paz* (1976); y se sentía muy a sus anchas y muy señor de su territorio al señalar las reglas de un arte que había practicado desde sus veinte años, cuando escribió sus primeros cuentos, entre ellos «La mujer», que encabezó su primer libro, *Camino Real*, publicado en La Vega, en 1933. Cuando en 1942 escribió «El río y su enemigo», recuerda que se dijo: «Ahora ya domino este género y hago con esto lo que quiera».

Eran unas reglas que esbozadas en su tono cordial, parecían muy simples: persistir en el tema central; extraer al tema elegido las consecuencias últimas, con garra de animal de presa; hacer que el relato conserve el tamaño de su propio universo; no darle al relato medidas fraccionadas y distintas; y conseguir un final que sea siempre sorpresivo para el lector; todo resumido en la frase lapidaria de Horacio Quiroga: «el cuento es una flecha dirigida rectamente hacia el blanco». A ese conglomerado supo siempre agregar una regla más, aunque no la proclamara, y que seguramente aprendió de Chejov, a quien tanto admiró: el cuento debe tener siempre como personajes a los pequeños seres. Los otros de quienes aprendió mucho, según él mismo confiesa, fueron Maupassant, Sherwood Anderson y Rudyard Kipling, de quien siguió siempre el consejo clave de que el verdadero arte de escribir consiste en borrar palabras.

Esas reglas tuyas ya las había descrito desde mucho antes, cuando en 1944 publicó en La Habana una de sus primeras estaciones de exiliado, su *Teoría sobre el cuento*; refiriéndose a *La Luna Nona y otros cuentos* de Lino Novas Calvo que acababa de aparecer. Partía del ejemplo de aquel libro para delimitar desde entonces

las que para él eran las diferencias fundamentales entre novela y cuento. A su juicio, los relatos de Novas Calvo tenían más bien la estructura de novelas cortas.

Abandonar para siempre la literatura resulta extraño en alguien que apenas sobrepasados los cincuenta años se encuentra en su plenitud creativa. Pero los acontecimientos se aceleraron. A los pocos días, ya de vuelta yo en Nicaragua, mataron a Trujillo en Santo Domingo, un acontecimiento decisivo en la vida de Juan Bosch. Volvió triunfante, y en 1962 resultó electo presidente de la república con más del sesenta por ciento de los votos, en las primeras elecciones libres que la República Dominicana conocía en toda su historia. Tomó posesión en febrero de 1963, y siete meses más tarde fue derrocado por un golpe militar, bajo la misma vieja justificación de que se trataba de un gobierno de inspiración comunista.

Exilio y escritura se habían convertido para él en una unidad indisoluble, aunque al mismo tiempo se mantuviera en lucha contra la tiranía. Había salido al destierro hacia Puerto Rico en 1937, el mismo año de la matanza de los braceros haitianos ordenada por Trujillo; dos años más tarde fundó, desde La Habana, el Partido Revolucionario Dominicano (PRD), y fue participante de varios movimientos armados, el más importante de ellos la fracasada expedición de Cayo Confites en 1947. Pero al regresar a su patria tras el fin del trujillato, ya no volvería a escribir más que reflexiones políticas y ensayos históricos.

Las reformas que desde la presidencia quiso imponer a la realidad arcaica de su país, vistas a la luz de hoy parecen moderadas, tan moderadas como lo fueron las que Jacobo Arbenz había querido para Guatemala una década atrás, y que le costaron también el derrocamiento y el exilio. No podía haber flores de invernadero en el páramo de la guerra fría. Y el hecho de que un escritor fuera depuesto por un golpe militar no era nada nuevo en América Latina. Lo mismo le había ocurrido al novelista Rómulo Gallegos en Venezuela en 1948, víctima del cuartelazo que tras pocos meses de su toma de posesión dio paso a la dictadura del general Marcos Pérez Jiménez.

Si la democracia era un concepto sospechoso bajo los términos de la guerra fría, más sospechosos aún resultaban los intelectuales que, junto con la necesidad de democracia, planteaban reformas a las estructuras sociales, despertando la alarma tanto en el Departamento de Estado de los Estados Unidos, aún en plena era Kennedy, como en los cuarteles de los ejércitos que, como los de la República Dominicana, Haití y Nicaragua, habían sido creados a imagen y semejanza de las fuerzas de marines norteamericanos que en distintos momentos de la primera mitad del siglo xx ocuparon esos países.

La vida de Juan Bosch seguiría siendo azarosa tras sus pocos meses en el poder. Exiliado otra vez en Puerto Rico, hasta allá lo alcanzaron en 1965 los ecos de la rebelión nacionalista que trajo como secuela la intervención militar estadounidense ordenada por Lyndon Johnson. Esa rebelión, encabezada por el coronel Francisco Caamaño en nombre de una facción juvenil del ejército que seguía siendo dominado por los viejos generales trujillistas, pretendió restablecerlo en el poder. La historia,

que parece imaginada por los novelistas o por los cuentistas, había puesto en su camino a aquel joven oficial, encargado de custodiarlo durante el viaje en barco rumbo al destierro en septiembre de 1963, y que ahora quería devolverlo a la silla presidencial.

El hecho de que no volviera a escribir un solo cuento, su oficio de toda la vida, tiene que ver seguramente con su concepción ética de la literatura. Aún consciente de que sin atributos artísticos verdaderos una pieza literaria no es importante para nada, ni siquiera como recurso de propaganda, y muy dueño de un arte que había practicado a conciencia, capaz aún de definir sus reglas, siempre estuvo convencido de que la literatura debía servir para un fin moral —yo diría pedagógico—, tal como él mismo se coloca dentro del universo didáctico de Eugenio María de Hostos (1839-1903), uno de los mentores del positivismo en América Latina. Desde su juventud se proclamó un «hostoniano», bajo la convicción de que las dos palancas que mueven al mundo son la moral y el trabajo; una de sus tareas del exilio en Puerto Rico y Cuba sería dirigir la edición de las obras completas de Hostos.

«Hostos fue para mí un maestro a través de su obra», dice él mismo. «Él transformó mi destino. Antes de leer la obra completa de Hostos yo era un proyecto de hombre... un proyecto de hombre que quería hacer algo por su pueblo y por los pueblos latinoamericanos. Pero no sabía cómo...». De modo que esas ideas, que educaban para articular en armonía la conducta personal con el entorno social, sobrevivieron siempre en él, en sus tiempos de adhesión a la socialdemocracia, y aun en sus tiempos posteriores de adhesión al marxismo.

Esta finalidad ética la define al elegir el universo de sus cuentos, que es el del medio rural dominicano, concretamente la región del Cibao. Fue allí donde nació en el año de 1909, en el poblado de La Vega, hijo de un inmigrante catalán, que de albañil pasó a comerciante, y de una puertorriqueña de padre gallego. En una de las pocas ocasiones en que la intención ética y social aflora de manera explícita en sus cuentos, propone en boca de Juan, el personaje central, la visión que tiene sobre el escenario campesino del Cibao. Se trata del cuento «Rosa»:

No era culpa del campo ser arena de tragedias ni semillero de hombres que se desconocían a sí mismos. Ésa era culpa de otros, de los que sacaban de nuestro sudor la parte que usaban en rodearse de comodidades o simplemente en envilecerse, y ni siquiera nos devolvían en escuelas lo que nos quitaban todos los días. Rodando por el mundo conocí muchos de esos culpables y me percaté de que gran parte de ellos ignoraban que vivían a costa nuestra. A los que me decían que con lo que yo sabía podía hacerme rico en la capital o en alguna ciudad, les respondía que yo sabía que era un explotado, pero que prefería eso a ser un explotador.

La visión que tiene de su país —moral, política, literaria— es integral, y cuando ejerció el poder, quiso hacer desde el gobierno lo que había venido haciendo toda su vida desde la literatura: reivindicar un mundo atrasado, olvidado, oprimido, hacerle justicia. Era el mundo de los campesinos que había conocido en el Cibao desde su infancia: minifundistas dueños de pequeñas parcelas, colonos y aparceros, peones sin tierra, braceros haitianos de los ingenios de azúcar; todo un universo tejido de costumbres ancestrales, supersticiones, códigos de honor, siempre en lucha con los excesos de la naturaleza, sequías o ríos desbordados, y en lucha también con el poder, los campesinos carne de cañón de las montoneras y de las guerras civiles, víctimas de la ley impuesta por los latifundistas, y víctimas, sobre todo, de la miseria ineluctable que acarrea, antes que nada, a la muerte. «La muerte era el gran personaje de la vida campesina», dice, y frente a ella todo era indefensión, sin ninguna posibilidad de asistencia médica.

Cuando se fue al exilio en 1937, quedó intacto en su memoria ese mundo que pronto sería teñido con los colores del trujillismo; lo fue recreando siempre en sus cuentos, desde la lejanía, y así permaneció hasta que volvió a él por la puerta del poder político, con afán reivindicatorio. Está visto que fracasó en esta tarea, que era todo un experimento social y democrático muy nuevo en un país atrasado, y ultrajado por décadas, porque su visión política idealista no fue tan eficaz como la visión imaginativa que desarrolló en sus cuentos, y chocó rápidamente con la realidad heredada por el trujillismo que seguía presente en la sociedad dominicana, y principalmente en el ejército obediente a la filosofía de la guerra fría, que lo derrocó sin demora.

Después, tampoco hubo el tiempo ni las circunstancias para volver a la literatura. Regresaría del exilio en 1965 tras la revuelta abortada del coronel Caamaño; sería otra vez candidato presidencial en las elecciones de 1966 ganadas por el doctor Joaquín Balaguer, heredero del trujillismo; abandonaría en 1973 el partido que él mismo había fundado, para organizar el Partido de la Liberación Dominicana (PLD).

La literatura era para él un oficio serio, que no podía compartirse con la política. Se podía ser ambas cosas a la vez, escritor y político, pero no a un tiempo, y ésta es una de sus reglas sabias: «No es cierto que la política perjudique a la literatura. Lo que ocurre es que la política es una actividad a la cual hay que dedicarle todo el tiempo y la literatura también es una actividad a la que hay que dedicarle todo el tiempo... de manera que para realizar la actividad literaria y la política al mismo tiempo, cualquiera de las dos es excluyente de la otra...».

El mundo que le sobrevivirá es el mundo del Cibao, el mundo de su imaginación y su memoria. Sobrevivirá porque está en sus cuentos: la única manera en que pudo exponerlo y, a fin de cuentas, reivindicarlo. Lo escogió deliberadamente, más allá de la moda y costumbre de aquellos años de forja de una literatura latinoamericana que aún buscaba su identidad en la naturaleza y en el paisaje, y en los seres que habitaban esa naturaleza y ese paisaje. De esa pretensión de organizar un universo autóctono,

distinto al que reflejaba la literatura europea, para ir por ese camino hacia una identificación de lo propio que sirviera como argamasa de la nacionalidad por construir, nacieron los *ismos* de color local, criollismo, regionalismo, equivocados en la manera de abordar el universo rural que se ofrecía a los ojos del escritor en todo su esplendor y su miseria. Porque la literatura vernácula fragmentó ese universo, o se conformó con extraerle sus colores más banales, como si se tratara de una expedición para explorar lo exótico tierra adentro.

Bosch supo ir al encuentro de ese mundo porque lo reconoce en su complejidad y no lo banaliza nunca. Lo entiende en el conjunto de sus elementos atrayentes, no porque esos elementos sean pintorescos, sino porque tienen un peso humano, y enseguida acierta en transformarlos en materia literaria a través de una compleja operación imaginativa. Lejos de quedarse en una propuesta de decorados, a ser resuelta en excentricidades del habla o en juegos continuados de metáforas, nos convence de que el mundo rural que describe permanece allí, vivo y poderoso, no sólo como paisaje, aguardando a quien quiera entender su verdadera dimensión.

A lo largo del siglo xx, y sobre todo en la primera mitad que le toca literariamente a Bosch, ese mundo rural es dominante en nuestra realidad, y trastoca aún lo que llamamos nuestra cultura urbana. Es de la sobrevivencia de sus valores arcaicos, transfigurados en la vida cotidiana, que surgirá el asombro por los contrastes que da paso a eso que se ha dado en llamar realismo mágico.

Al tocar esos elementos, como habitante él mismo del mundo rural del Cibao y no como visitante, Bosch da con las primeras claves de la literatura moderna, como podemos verlo en cuentos suyos como «Fragata», la historia de una prostituta gorda que acarrea sus enseres en una carreta de bueyes para establecerse en una calle olvidada de un pueblo olvidado, y que prelude a *La Cándida Eréndira y su abuela desalmada* como en «Dos pesos de agua», grabado con buril tenebroso en negro profundo, semejante a un aguafuerte de Goya, las ánimas del purgatorio entre las llamas, chillando como arpías que deciden la suerte de los pequeños seres que penan abajo al desatar sobre ellos el diluvio; o como el espléndido retrato del abuelo Juan, su abuelo materno, que está en el cuento «Papá Juan».

Bosch escoge deliberadamente unas fronteras para sus cuentos, que son las del territorio del Cibao. Pero de ninguna forma son creaciones maniqueas, ni están construidas de manera pintoresquista. Son cuentos vernáculos porque se delimitan en un universo campesino, pero están elaborados desde abajo; y muy lejos de la usanza de la época, el autor no descende hacia ese universo envuelto en metáforas sobre el paisaje, sino que sabe explorarlo a fondo; y cuando recurre a la naturaleza con sus fuerzas desatadas, esas fuerzas encarnan el destino, porque los seres humanos, pequeños seres desvalidos, viven o perecen bajo su imperio, como en «Mal tiempo», que para mí es una de sus mejores piezas.

Y esa escogencia deliberada de escenario tiene consecuencias en toda su obra. Fue dependiente de comercio en el Cibao, oficial de estadísticas en Santo Domingo,

vendedor de un puesto de licores en Madrid; durante sus primeros años en Venezuela, gerente de una compañía de variedades y descargador de camiones en el mercado de San Jacinto, en Caracas; pintor de carteles de cine, en Valencia; fue anunciador en un parque de diversiones ambulante, en gira por Curazao, Martinica y Trinidad, donde también fue panadero. Fue todo eso, y además exiliado político, que es un oficio en sí mismo. Experiencias suficientes para reflejar una múltiple diversidad de temas en su narrativa.

Pero se quedó, con terquedad, en el escenario campesino del Cibao, saliendo de ese territorio sólo ocasionalmente y de manera ejemplar, como lo demuestra en su inolvidable cuento «Rumbo al puerto de origen», en el que cuenta la historia mágica de un pescador que cae al agua por agarrar una paloma, mientras su barca de vela se aleja empujada por el viento. Esa constancia fue una manera de proclamar su compromiso con los personajes de su infancia, que fueron los campesinos, y no los pescadores, aunque en este cuento demuestre conocimientos de un virtuoso sobre el mar.

Todo lo que he querido decir sobre el entramado entre su vida política y su vida literaria, bajo el mismo presupuesto ético, está reflejado en la escogencia que hizo de sus cuentos preferidos en su *Antología personal*, publicada por la editorial de la Universidad de Puerto Rico en 1998. Aunque no sean los mejores, son los que más se acercan a su propia concepción de la literatura como reflejo de una realidad que no está allí sólo para ser contemplada, en la vena de los que algunos críticos llaman el realismo social, o sociorealismo. Y ese mismo entramado está presente en el criterio con que a partir de la década de los sesenta ordenó todos sus cuentos, desde los primeros que aparecen en *Camino Real*, para ser publicados en tres volúmenes: *Cuentos escritos antes del exilio* y *Cuentos escritos en el exilio*, *Más cuentos escritos en el exilio*. Al fin y al cabo su vida se cuenta antes y durante el exilio.

Y como insisto en que los escenarios de la historia parecen siempre preparados por la imaginación de los novelistas o cuentistas, termino recordando que cuando nos encontramos por primera vez en San Isidro de Coronado, nadie podía decirle que le tocaría suceder en el poder a Trujillo, su antítesis ética y política, aunque fuera por pocos meses. Tampoco nadie pudo haberme dicho a mí entonces, aprendiz de cuentista sentado frente a su maestro, que dos décadas después me tocaría suceder a Somoza como miembro de la Junta de Gobierno, al triunfo de la revolución en Nicaragua.

Al fin y al cabo, en el Caribe de llamaradas revueltas, la historia privada no viene a ser la historia de las naciones, como señalaba Balzac, sino que la historia pública arrastra en su turbión a las vidas privadas, las transforma, y como una deidad funesta, decide la suerte de los escritores.

SERGIO RAMÍREZ

Cuentos escritos antes del exilio

La mujer

La carretera está muerta. Nadie ni nada la resucitará. Larga, infinitamente larga, ni en la piel gris se le ve vida. El sol la mató; el sol de acero, de tan candente al rojo, un rojo que se hizo blanco, y sigue ahí, sobre el lomo de la carretera.

Debe hacer muchos siglos de su muerte. La desenterraron hombres con picos y palas. Cantaban y picaban; algunos había, sin embargo, que ni cantaban ni picaban. Fue muy largo todo aquello. Se veía que venían de lejos: sudaban, hedían. De tarde el acero blanco se volvía rojo; entonces en los ojos de los hombres que desenterraban la carretera se agitaba una hoguera pequeña, detrás de las pupilas.

La muerta atravesaba sabanas y lomas y los vientos traían polvo sobre ella. Después aquel polvo murió también y se posó en la piel gris.

A los lados hay arbustos espinosos. Muchas veces la vista se enferma de tanta amplitud. Pero las planicies están peladas. Pajonales, a distancia. Tal vez aves rapaces coronen cactus. Y los cactus están allá, más lejos, embutidos en el acero blanco.

También hay bohíos, casi todos bajos y hechos con barro. Algunos están pintados de blanco y no se ven bajo el sol. Sólo se destaca el techo grueso, seco, ansioso de quemarse día a día. Las canas dieron esas techumbres por las que nunca rueda agua.

La carretera muerta, totalmente muerta, está ahí, desenterrada, gris. La mujer se veía, primero, como un punto negro, después, como una piedra que hubieran dejado sobre la momia larga. Estaba allí tirada sin que la brisa le moviera los harapos. No la quemaba el sol; tan sólo sentía dolor por los gritos del niño. El niño era de bronce, pequeñín, los ojos llenos de luz, y se agarraba a la madre tratando de tirar de ella con sus manecitas. Pronto iba la carretera a quemar el cuerpo, las rodillas por lo menos, de aquella criatura desnuda y gritona.

La casa estaba allí cerca, pero no podía verse.

A medida que se avanzaba, crecía aquello que parecía una piedra tirada en medio de la gran carretera muerta. Crecía, y Quico se dijo: Un becerro, sin duda, estropeado por auto.

Tendió la vista: la planicie, la sabana. Una colina lejana, con pajonales, como si fuera esa colina sólo un montoncito de arena apilada por los vientos. El cauce de un río; las fauces secas de la tierra que tuvo agua mil años antes que hoy. Se resquebrajaba la planicie dorada bajo el pesado acero transparente. Y los cactus, los cactus coronados de aves rapaces.

Más cerca ya, Quico vio que era persona. Oyó distintamente los gritos del niño.

El marido le había pegado. Por la única habitación del bohío, caliente como horno, la persiguió, tirándola de los cabellos y machacándole la cabeza a puñetazos.

—¡Hija de mala madre! ¡Hija de mala madre! ¡Te voy a matar como a una perra, desvergonzada!

—Pero si nadie pasó, Chepe: nadie pasó —quería ella explicar.

—¿Que no? ¡Ahora verás!

Y volvía a golpearla.

El niño se agarraba a las piernas de su papá; no sabía hablar aún y pretendía evitarlo. Él veía a la mujer sangrando por la nariz. La sangre no le daba miedo, no, solamente deseos de llorar, de gritar mucho. De seguro mamá moriría si seguía sangrando.

Todo fue porque la mujer no vendió la leche de cabra, como él se lo mandara; al volver de las lomas, cuatro días después, no halló el dinero. Ella contó que se había cortado la leche; la verdad es que la bebió el niño. Prefirió no tener unas monedas a que la criatura sufriera hambre tanto tiempo.

Le dijo después que se marchara.

—¡Te mataré si vuelves a esta casa!

La mujer estaba tirada en el piso de tierra; sangraba mucho y nada oía. Chepe, frenético, la arrastró hasta la carretera. Y se quedó allí, como muerta, sobre el lomo de la gran momia.

Quico tenía agua para dos días más de camino, pero casi toda la gastó en rociar la frente de la mujer. La llevó hasta el bohío, dándole el brazo, y pensó en romper su camisa listada para limpiarla de sangre.

Chepe entró por el patio.

—¡Te dije que no quería verte más aquí, condenada!

Parece que no había visto al extraño. Aquel acero blanco, transparente, le había vuelto fiera, de seguro. El pelo era estopa y las córneas estaban rojas.

Quico le llamó la atención; pero él, medio loco, amenazó de nuevo a su víctima. Iba a pegarla ya. Entonces fue cuando se entabló la lucha entre los dos hombres.

El niño pequeñín, pequeñín, comenzó a gritar otra vez; ahora se envolvía en la falda de su mamá.

La lucha era silenciosa. No decían palabra. Sólo se oían los gritos del muchacho y las pisadas violentas.

La mujer vio cómo Quico ahogaba a Chepe: tenía los dedos engarfiados en el pescuezo de su marido. Éste comenzó por cerrar los ojos; abría la boca y le subía la sangre al rostro.

Ella no supo qué sucedió, pero cerca, junto a la puerta, estaba la piedra; una piedra como lava, rugosa, casi negra, pesada. Sintió que le nacía una fuerza brutal. La alzó. Sonó seco el golpe. Quico soltó el pescuezo del otro, luego dobló las rodillas, después abrió los brazos con amplitud y cayó de espaldas, sin quejarse, sin hacer un esfuerzo.

La tierra del piso absorbía aquella sangre tan roja, tan abundante. Chepe veía brillar la luz en ella.

La mujer tenía las manos crispadas sobre la cara, todo el pelo suelto y los ojos pugnando por saltar. Corrió. Sentía flojedad en las coyunturas. Quería ver si alguien

venía. Pero sobre la gran carretera muerta, totalmente muerta, sólo estaba el sol que la mató. Allá, al final de la planicie, la colina de arenas que amontonaron los vientos. Y cactus, embutidos en el acero.

Dos pesos de agua

La vieja Remigia sujeta el aparejo, alza la pequeña cara y dice:

—Dele ese rial fuerte a las Ánimas pa' que llueva, Felipa.

Felipa fuma y calla. Al cabo de tanto oír lamentar la sequía levanta los ojos y recorre el cielo con ellos. Claro, amplio y alto, el cielo se muestra sin una mancha. Es de una limpieza desesperante.

—Y no se ve ni an señal de nube —comenta.

Baja entonces la mirada. Los terrenos pardos se agrietan a la distancia. Allá, al pie de la loma, un bohío. La gente que viva en él, y en los otros, y en los más remotos, estará pensando como ella y como la vieja Remigia. ¡Nada de lluvia en una sarta bien larga de meses! Los hombres prenden fuego a los pinos de las lomas; el resplandor de los candelazos chamusca las escasas hojas de los maizales; algunas chispas vuelan como pájaros, dejando estelas luminosas, caen y florecen en incendios enormes: todo para que ascienda el humo a los cielos, para que llueva... Y nada. Nada.

—Nos vamos a acabar, Remigia —dice.

La vieja comenta:

—Pa' lo que nos falta.

La sequía había empezado matando la primera cosecha; cuando se hubo hecho larga y le sacó todo el jugo a la tierra, les cayó encima a los arroyos; poco a poco los cauces le fueron quedando anchos al agua, las piedras surgieron cubiertas de lamas y los pececillos emigraron corriente abajo. Infinidad de caños acabaron por agotarse, otros por tornarse lagunas, otros lodazales. Sedientos y desesperados, muchos hombres abandonaron los conucos, aparejaron caballos y se fueron con las familias en busca de lugares menos áridos.

La vieja Remigia se resistía a salir. Algún día caería el agua; alguna tarde se cargaría el cielo de nubes; alguna noche rompería el canto del aguacero sobre el ardido techo de yaguas.

Desde que se quedó con el nieto, después que se llevaron al hijo en una parihuela, la vieja Remigia se hizo huraña y guardadora. Pieza a pieza fue juntando sus centavos en una higüera con ceniza. Los centavos eran de cobre. Trabajaba en el conuquito, detrás de la casa; sembraba maíz y frijoles. El maíz lo usaba en engordar los pollos y los cerdos; los frijoles servían para la comida. Cada dos o tres meses reunía los pollos más gordos y se iba a venderlos. Cuando veía un cerdo mantecoso, lo mataba; ella misma detallaba la carne y de las capas extraía la grasa; con ésta y con los chicharrones se iba también al pueblo. Cerraba el bohío, le encargaba a un vecino que le cuidara lo suyo, montaba al nieto en el potro bayo y lo seguía a pie. En la noche estaba de vuelta.

Iba tejiendo su vida así, con el nieto colgado del corazón.

—Pa' ti trabajo, muchacho —le decía—. No quiero que pases calores, ni que te vayas a malograr como tu taita.

El niño la miraba. Nunca se le oía hablar, y aunque apenas alzaba una vara del suelo, madrugaba con su machete bajo el brazo y el sol le salía sobre la espalda, limpiando el conuco.

La vieja Remigia tenía sus esperanzas. Veía crecer el maíz, veía florecer los frijoles, oía el gruñido de sus puercos en la pocilga cercana; contaba las gallinas al anochecer, cuando subían a los palos. Entre días descolgaba la higüera y sacaba los cobres. Había muchos, llegó también a haber monedas de plata de todos tamaños.

Con temblores en la mano, Remigia acariciaba su dinero y soñaba. Veía al muchacho en tiempo de casarse, bien montado en brioso caballo alazano, o se lo figuraba tras un mostrador, despachando botellas de ron, varas de lienzo, libras de azúcar. Sonreía, tornaba a guardar su dinero, guindaba la higüera y se acercaba al nieto, que dormía tranquilo.

Todo iba bien. Pero sin saberse cuándo ni cómo, se presentó aquella sequía. Pasó un mes sin llover, pasaron dos, pasaron tres. Los hombres que cruzaban por delante de su bohío la saludaban diciendo:

—Tiempo bravo, Remigia.

Ella aprobaba en silencio. Acaso comentaba:

—Prendiendo velas a las Ánimas pasa esto.

Pero no llovía. Se consumieron muchas velas y se consumió también el maíz en los tallos. Se oían crujir los palos; se veían enflaquecer los caños de agua; en la pocilga empezó a endurecerse la tierra. A veces se cargaba el cielo de nubes; allá arriba se apelotonaban manchas grises; bajaban de las lomas vientos húmedos, que alzaban montones de polvo.

—Esta noche sí llueve, Remigia —aseguraban los hombres que cruzaban.

—¡Por fin! Va a ser hoy —decía una mujer.

—Ya está casi cayendo —confiaba un negro.

La vieja Remigia se acostaba y rezaba: ofrecía más velas a las Ánimas y esperaba. A veces le parecía sentir el roncar de la lluvia que descendía de las altas lomas. Se dormía esperanzada; pero el cielo amanecía limpio como ropa de matrimonio.

Comenzó la desesperación. La gente estaba ya transida y la propia tierra quemaba como si despidiera llamas. Todos los arroyos cercanos habían desaparecido; toda la vegetación de las lomas había sido quemada. No se conseguía comida para los cerdos; los asnos se alejaban en busca de mayas; las reses se perdían en los recodos, lamiendo raíces de árboles; los muchachos iban a distancia de medio día a buscar latas de agua; las gallinas se perdían en los montes, en procura de insectos y semillas.

—Se acaba esto, Remigia. Se acaba —lamentaban las viejas.

Un día, con la fresca del amanecer, pasó Rosendo con la mujer, los dos hijos, la vaca, el perro y un mulo flaco cargado de trastos.

—Yo no aguanto, Remigia; a este lugar le han hecho mal de ojo.

Remigia entró en el bohío, buscó dos monedas de cobre y volvió.

—Tenga; préndale esto de velas a las Ánimas en mi nombre —recomendó.

Rosendo cogió los cobres, los miró, alzó la cabeza y se cansó de ver cielo azul.

—Cuando quiera, váyase a Tavera. Nosotros vamos a parar un rancho allá, y dende agora es suyo.

—Yo me quedo, Rosendo. Esto no puede durar.

Rosendo volvió el rostro. Su mujer y sus hijos se perdían ya en la distancia. El sol parecía incendiar las lomas remotas.

El muchacho se había puesto tan oscuro como un negro. Un día se le acercó:

—Mama, uno de los puerquitos parece muerto. Remigia se fue a la pocilga. Anhelantes, reseca las trompas, flacos como alambres, los cerdos gruñían y chillaban. Estaban apelotonados, y cuando Remigia los espantó vio restos de un animal. Comprendió: el muerto había alimentado a los vivos. Entonces decidió ir ella misma en busca de agua para que sus animales resistieran.

Echaba por delante el potro bayo; salía de madrugada y retornaba a medio día. Incansable, tenaz, silenciosa, Remigia se mantenía sin una queja. Ya sentía menos peso en la higüera; pero había que seguir sacrificando algo para que las Ánimas tuvieran piedad. El camino hasta el arroyo más cercano era largo; ella lo hacía a pie, para no cansar la bestia. El potro bayo tenía las ancas cortantes, el pescuezo flaco, y a veces se le oían chocar los huesos.

El éxodo continuaba. Cada día se cerraba un nuevo bohío. Ya la tierra parda se resquebrajaba; ya sólo los espinosos cambronales se sostenían verdes. En cada viaje el agua del arroyo era más escasa. A la semana había tanto lodo como agua; a las dos semanas el cauce era como un viejo camino pedregoso, donde refulgía el sol. La bestia, desesperada, buscaba donde ramonear y batía el rabo para espantar las moscas.

Remigia no había perdido la fe. Esperaba las señales de lluvia en el alto cielo.

—¡Ánimas del Purgatorio! —clamaba de rodillas—. ¡Ánimas del Purgatorio, nos vamos a morir achicharrados si ustedes no nos ayudan!

Días después el potro bayo amaneció tristón e incapaz de levantarse; esa misma tarde el nieto se tendió en el catre, ardiendo en fiebre. Remigia se echó afuera. Anduvo y anduvo, llamando en los distantes bohíos, levantando los espíritus.

—Vamos a hacerle un rosario a San Isidro —decía.

—Vamos a hacerle un rosario a San Isidro —repetía.

Salieron una madrugada de domingo. Ella llevaba el niño en brazos. La cabeza del muchacho, cargada de calenturas, pendía como un bulto del hombro de su abuela. Quince o veinte mujeres, hombres y niños desharrapados, curtidos por el sol, entonaban cánticos tristes, recorriendo los pelados caminos. Llevaban una imagen de la Altagracia; le encendían velas; se arrodillaban y elevaban ruegos a Dios. Un viejo flaco, barbudo, de ojos ardientes y acerados, con el pecho desnudo, iba delante golpeándose el esternón con la mano descarnada, mirando a lo alto y clamando:

¡San Isidro Labrador!

¡San Isidro Labrador!
¡Trae el agua y quita el sol,
San Isidro Labrador!

Sonaba ronca la voz del viejo. Detrás, las mujeres plañían y alzaban los brazos.

Ya se habían ido todos. Pasó Rosendo, pasó Toribio con una hija medio loca; pasó Felipe; pasaron otros y otros. Ella les dio a todos para velas. Pasaron los últimos, gente a quienes no conocía; llevaban un viejo enfermo y no podían con su tristeza; ella les dio para velas.

Se podía tender la vista sin tropiezos y ver desde la puerta del bohío el calcinado paisaje con las lomas peladas al final; se podían ver los cauces secos de los arroyos.

Ya nadie esperaba lluvia. Antes de irse los viejos juraban que Dios había castigado el lugar; y los jóvenes que tenía mal de ojo.

Remigia esperaba. Recogía escasas gotas de agua. Sabía que había que empezar de nuevo, porque ya casi nada quedaba en la higüera, y el conuco estaba pelado como un camino real. Polvo y sol; sol y polvo. La maldición de Dios, por la maldad de los hombres, se había realizado allí; pero la maldición de Dios no podía acabar con la fe de Remigia.

En su rincón del Purgatorio, las Ánimas, medidas de cintura abajo entre las llamas voraces, repasaban cuentas. Vivían consumidas por el fuego, purificándose; y, como burla sangrienta, tenían potestad para desatar la lluvia y llevar el agua a la tierra. Una de ellas, barbuda, dijo:

—¡Caramba! ¡La vieja Remigia, de Paso Hondo, ha quemado ya dos pesos de velas pidiendo agua!

Las compañeras saltaron vociferando:

—¡Dos pesos, dos pesos!

Alguna preguntó:

—¿Por qué no se le ha atendido como es costumbre?

—¡Hay que atenderla! —rugió una de ojos impetuosos.

—¡Hay que atenderla! —gritaron las otras.

Se corrían la voz, se repetían el mandato:

—¡Hay que mandar agua a Paso Hondo! ¡Dos pesos de agua!

—¡Dos pesos de agua a Paso Hondo!

—¡Dos pesos de agua a Paso Hondo!

Todas estaban impresionadas, casi fuera de sí, porque nunca llegó una entrega de agua a tal cantidad; ni siquiera a la mitad, ni aún a la tercera parte. Servían una noche de lluvia por dos centavos de velas, y cierta vez enviaron un diluvio entero por veinte centavos.

—¡Dos pesos de agua a Paso Hondo! —rugían.

Y todas las Ánimas del Purgatorio se escandalizaban pensando en el agua que había que derramar por tanto dinero, mientras ellas ardían metidas en el fuego eterno, esperando que la suprema gracia de Dios las llamara a su lado.

Abajo, en Paso Hondo, se nubló el cielo. Muy de mañana Remigia miró hacia oriente y vio una nube negra y fina, tan negra como una cinta de luto y tan fina como la rabiza de un fute. Una hora después inmensas lomas de nubes grises se apelotonaron, empujándose, avanzando, ascendiendo. Dos horas más tarde estaba oscuro como si fuera de noche.

Llena de miedo, con el temor de que se deshiciera tanta ventura, Remigia callaba y miraba. El nieto seguía en el catre, calenturiento. Estaba flaco, igual que un sonajero de huesos. Los ojos parecían salirle de cuevas.

Arriba estalló un trueno. Remigia corrió a la puerta. Avanzando como caballería rabiosa, un frente de lluvia venía de las lomas sobre el bohío. Ella sonrió de manera inconsciente; se sujetó las mejillas, abrió desmesuradamente los ojos. ¡Ya estaba lloviendo!

Rauda, pesada, cantando broncas canciones, la lluvia llegó hasta el camino real, resonó en el techo de yaguas, saltó el bohío, empezó a caer en el conuco. Sintiéndose arder, Remigia corrió a la puerta del patio y vio descender, apretados, los hilos gruesos de agua; vio la tierra adormecerse y despedir un vaho espeso. Se tiró afuera, radiosa.

—¡Yo sabía, yo lo sabía, yo lo sabía! —gritaba a voz en cuello.

—¡Lloviendo, lloviendo! —clamaba con los brazos tendidos hacia el cielo—. ¡Yo sabía!

De pronto penetró en la casa, tomó al niño, lo apretó contra su pecho, lo alzó, lo mostró a la lluvia.

—¡Bebe muchacho; bebe, hijo mío! ¡Mira agua, mira agua!

Y sacudía al nieto, lo estrujaba; parecía querer meterle dentro el espíritu fresco y disperso del agua.

Mientras afuera bramaba el temporal, soñaba adentro Remigia.

—Ahora —se decía—, en cuanto la tierra se ablande, siembro batata, arroz tresmesino, frijoles y maíz. Todavía me quedan unos cuartitos con qué comprar semillas. El muchacho se va a sanar. ¡Lástima que la gente se haya ido! Quisiera verle la cara a Toribio, a ver qué pensaría de este aguacero. Tantas rogaciones, y sólo me van a aprovechar a mí. Quizá vengan ahora, cuando sepan que ya pasó el mal de ojo.

El nieto dormía tranquilo. En Paso Hondo, por los secos cauces de los arroyos y de los ríos, empezaba a rodar agua sucia; todavía era escasa y se estancaba en las piedras. De las lomas bajaba roja, cargada de barro; de los cielos descendía pesada y rauda. El techo de yaguas se desmigajaba con los golpes múltiples del aguacero. Remigia se adormecía y veía su conuco lleno de plantas verdes, lozanas, batidas por

la brisa fresca; veía los rincones llenos de dorado maíz, de frijoles sangrientos, de batatas hinchidas. El sueño le tornaba pesada la cabeza y afuera seguía bramando la lluvia incansable.

Pasó una semana; pasaron diez días, quince... Zumbaba el aguacero sin una hora de tregua. Se acabaron el arroz y la manteca; se acabó la sal. Bajo el agua tomó Remigia el camino de Las Cruces para comprar comida. Salió de mañana y retornó a media noche. Los ríos, los caños de agua y hasta las lagunas se adueñaban del mundo, borrraban los caminos, se metían lentamente entre los conucos.

Una tarde pasó un hombre. Montaba mulo pesado.

—¡Ey, don! —llamó Remigia.

El hombre metió la cabeza del animal por la puerta.

—Bájese pa' que se caliente —invitó ella.

La montura quedó a la intemperie.

—El cielo se 'ta cayendo en agua —explicó él al rato—. Yo como usted dejaba este sitio tan bajito y me diba pa' las lomas.

—¿Yo dirme? No, hijo. Horita pasa este tiempo.

—Vea —se extendió el visitante—, esto es una niega. Yo las he visto tremendas, con el agua llevándose animales, bohíos, matas y gente. Horita se crecen todos los caños que yo he dejado atrás, contimás que 'ta lloviendo duro en las cabezadas.

—Jum... Peor que esto fue la seca, don. Todo el mundo le salió huyendo, y yo la aguanté.

—La seca no mata, pero el agua ahoga, doña. Todo eso —y señaló lo que él había dejado a la puerta— 'ta anegado. Como tres horas tuve esta mañana sin salir de un agua que me le daba en la barriga al mulo.

El hombre hablaba con voz pausada, y sus ojos grises, atemorizados, vigilaban el incesante caer de la lluvia.

Al anoecer se fue. Mucho le rogó Remigia que no cogiera el camino con la oscuridad.

—Dispués es peor, doña. Van esos ríos y se botan...

Remigia se fue a atender al nieto, que se quejaba débilmente.

Tuvo razón el hombre. ¡Qué noche, Dios! Se oía un rugir sordo e inquietante; se oían retumbar los truenos; penetraban los reflejos de los relámpagos por las múltiples rendijas.

El agua sucia entró por los quicios y empezó a esparcirse en el suelo. Bravo era el viento en la distancia, y a ratos parecía arrancar árboles. Remigia abrió la puerta. Un relámpago lejano alumbró el sitio de Paso Hondo. ¡Agua y agua! Agua aquí, allá, más lejos, entre los troncos escasos, en los lugares pelados. Debía descender de las lomas y en el camino real formaba un río torrentoso.

—¿Será una nieja? —se preguntó Remigia, dudando por vez primera.

Pero cerró la puerta y entró. Ella tenía fe; una fe inagotable, más que lo había sido la sequía, más que lo sería la lluvia. Por dentro, su bohío estaba tan mojado como por fuera. El muchacho se encogía en el catre rehuyendo las goteras.

A media noche la despertó un golpe en una esquina de la vivienda. Se fue a levantar, pero sintió agua hasta casi las rodillas.

Bramaba afuera el viento. El agua batía contra los setos del bohío. Entonces Remigia se lanzó del catre, como loca, y corrió a la puerta.

¡Qué noche, Dios; qué noche horrible! Llegaba el agua en golpes; llegaba y todo lo cundía, todo lo ahogaba. Restalló otro relámpago, y el trueno desgajó pedazos de oscuro cielo.

Remigia sintió miedo.

—¡Virgen Santísima! —clamó—. ¡Virgen Santísima, ayúdame!

Pero no era negocio de la Virgen, ni de Dios, sino de las Ánimas, que allá arriba gritaban:

—¡Ya va medio peso de agua! ¡Ya va medio peso!

Cuando sintió el bohío torcerse por los torrentes, Remigia desistió de esperar y levantó al nieto. Se lo pegó al pecho; lo apretó, febril; luchó con el agua que le impedía caminar; empujó, como pudo, la puerta y se echó afuera. A la cintura llevaba el agua; y caminaba, caminaba. No sabía adonde iba. El terrible viento le destrenzaba el cabello, los relámpagos verdeaban en la distancia. El agua crecía, crecía. Levantó más al nieto. Después tropezó y tornó a pararse. Seguía sujetando al niño y gritando:

—¡Virgen Santísima, Virgen Santísima!

Se llevaba el viento su voz, y la esparcía sobre la gran llanura líquida.

—¡Virgen Santísima, Virgen Santísima!

Su falda flotaba. Ella rodaba, rodaba. Sintió que algo le sujetaba el cabello, que le amarraban la cabeza. Pensó:

—En cuanto esto pase siembro batata.

Veía el maíz metido bajo el agua sucia. Hincaba las uñas en el pecho del nieto.

—¡Virgen Santísima!

Seguía ululando el viento, y el trueno rompía los cielos.

Se le quedó el cabello enredado en un tronco espinoso. El agua corría hacia abajo, hacia abajo, arrastrando bohíos y troncos. Las Ánimas gritaban, enloquecidas:

—¡Todavía falta; todavía falta! ¡Son dos pesos, dos pesos de agua! ¡Son dos pesos de agua!

La verdad

Nadie se explica por qué el matador de Quique Blanco ha rechazado las proposiciones que se le han hecho; por qué se niega a que lo retraten. Un periodista dijo que era muy humilde, y se cuenta que se avergonzó cuando quisieron hacerle un regalo digno de su hazaña. Ayer oí contar otra vez la historia. Refiere que el muchacho —un jipato de las vueltas de Moca— aprovechó un corto sueño de Quique, le arrebató el revólver y le destrozó la cabeza. Hay quien asegura que entre las víctimas de Quique figuró el padre de su matador, que éste sólo quiso vengarse y que por eso rechaza la notoriedad que le ha dado el suceso.

Yo aseguro que no hay tal cosa. La verdad, la absoluta verdad de los hechos la tiene una sola persona. Soy yo. Ahora la voy a hacer pública, y desafío a que alguien pretenda desmentirme.

Bajando de las vueltas de Villa Trina echaba mi caballo por veredas ahogadas entre matorrales. Eso ocurría en el mes de enero. Buscaba a don Aspasio Guzmán, a quien conocí en la Capital y de quien tuve promesas de un contrato para medir sus propiedades. Él mismo me dijo que sus terrenos empezaban en el llano y que eran tantos que algunos de sus potreros trasponían las estribaciones primeras de la Cordillera y caían por las vueltas de Conuco. Confieso que me entusiasmé. Lo que me estaba haciendo falta era un cliente de esa naturaleza, y aunque estábamos un poco tragueados sentí que el hombre hablaba verdad. Él bebía escandalosamente. Era ancho y alto, con un vozarrón insufrible. Tomó más de la cuenta y se puso necio. Manoteaba como un energúmeno, increpaba a los sirvientes y se pelaba la garganta gritando vivas al gobierno. Estábamos en un sitio alegre. Don Aspasio llamó a una muchacha y ella no le hizo caso; eso le enfureció y se levantó con evidentes intenciones de pegarle. Al tiempo de querer andar dio algunos traspies y cayó de bruces. Se quejó un poco; lanzó palabrotas inaudibles. Nadie le hacía caso, ni él me lo hacía a mí, que lo removía invitándole a levantarse. Cuando me iba de allí, poco después, don Aspasio roncaba como un cerdo.

¡Lo que anduve tras el hombre al día siguiente! No dejé hotel en que no le buscara. Lo describía minuciosamente; me refería sobre todo a su enorme leontina de oro macizo y al anillo que llevaba en la mano izquierda, que debía pesar media onza. Nadie me dio noticia de don Aspasio; y como yo no estaba en condiciones de perder un cliente, aunque no tuviera el aspecto de campesino rico que tenía aquél, resolví irme a Moca y averiguar dónde vivía. Total, gastarían seis o siete pesos. Con ellos no podía ser más pobre, y sin ellos no podía ser menos rico.

Me encaminaron hacia Villa Trina. De allí bajaba aquella tarde plácida. Con el fresco de la hora parecía animarse mi montura. Como coloreada por un humo vago, mecida por una brisa acariciante, la tarde disipaba mis preocupaciones y me infundía

cierta paz. Hasta a silbar me puse. A trechos elevaba la cara. Un poco ahora, otro a seguidas, el cielo se me iba mostrando por entre las ramas oscuras del monte.

La noche empezaba ya a soldar los perfiles, a igualar los relieves y los colores. Avivaba el paso mi caballo, y fuera del vago rumor que surge de los bosques que se adormecen, todo era tranquilidad en los alrededores. De pronto, pegado a mí, tan rápido que apenas pude apreciar de dónde salía, un hombre sujetó el freno de la montura al tiempo que mirándome fijamente decía:

—Deme una candelita, amigo.

Conteniendo mis nervios estudié velozmente al intruso; después metí mano en el bolsillo y vi cómo sus ojos siguieron el movimiento de esa mano. Parecía receloso. Era negro y tenía aspecto miserable. Vestía camisa color indefinible, hecha trizas; sin botones. Llevaba un macuto grande bajo el brazo. Cuando le tendí los fósforos se destocó y sacó del fondo de la gorra el cachimbo. Al encender le vi una escasa barba —muy pocos pelos cortos— y una cicatriz en la mejilla derecha. Era feo e impresionante. Sin soltar el freno miró a todos lados, como persona perseguida.

—Como que viene de lejos —susurró.

La verdad es que yo deseaba que aquel hombre me diera oportunidad de entrar en confianza con él. Me tenía como hechizado, quizá por su imprevista aparición. Así, cuando me habló le respondí en seguida.

—¿De Villa Trina? —pareció dudar—. Pero cristiano... ¿y pa' qué no cogió el camino del pueblo?

—Es que no soy práctico por aquí —expliqué—. Ando buscando a un hombre.

—¿Cómo se llama? —me interrumpió.

—Don Aspasio; don Aspasio Guzmán. Tiene unas tierras...

—Sí; pero él vive pa' los laos de la Rosa. Eso es por Hincha, amigo.

—¿Está seguro? Hace dos días que ando averiguando.

Estaba pensando que me ayudaba el destino, que aquel hombre había sido puesto allí para que me dijera eso, nada más. Pero hubo un ruido en el monte, como de pasos, como de carreras. Rápido, el hombre se tiró tras las patas de mi caballo.

—¡Cállese! ¡Cállese! —ordenó en un soplo.

Sentí la amenaza de su voz. Era impresionante y baja. Esperé. Nada. El silencio había tornado. Poco a poco él se fue irguiendo, rodándose tras mi montura, vigilante siempre. Nada. Durante medio minuto sus ojos siniestros estuvieron hurgando en la noche naciente, y pareció intranquilo.

—¿Usté ha topao gente? —preguntó en voz leve.

—No. Dejé atrás un hombre, hará como dos horas.

Tornó a mirarme con fijeza. Parecía no confiar en mí.

—¿Un hombre? ¿Cómo andaba vestido?

—Con pantalón de fuerte azul. Venía a pie —dije.

—Ah...

Juraría que se le entristecieron los ojos. Despegó la mano del caballo.

—Bueno, amigo... —empezó— yo me voy; tengo mucho que andar. ¿Usted no tendrá algo pa'l camino?

—Cómo no; por aquí debe aparecer algo. Un momento.

En el fondo del bolsillo se me había enredado la mano con lápices, llaves, papeles, y ya había pescado dos monedas de a diez, cuando oí al hombre rogar, con un tono distinto al que había usado:

—Hágame un bien, amigo: si lo pechan y le preguntan que si vido un hombre asina, como yo, diga que no. Es un bien que usted va hacer. Diga que no y usted verá que no le pesa.

Me miraba con ojos amargos mientras yo ponía las monedas en su mano. Me dio tristeza.

—Diré que no; júrelo —aseguré.

Él quiso sonreír, pero no pudo.

Dijo simplemente:

—Vea, Dios le ha de pagar eso.

Y casi sin terminar la frase se sumergió en el monte, fundiéndose con la negrura de la noche, que avanzaba lentamente.

En el parque, en las casas de familia, en los grupos que jugaban dominó llenando las puertas de las pulperías, la gente del pueblo no sabía hablar de otra cosa.

—Sí, pasó anoche por aquí...

—Dicen que se metió por un cacaotal que está del otro lado de Arroyo Cano...

—Una vieja que lo vio asegura que va herido...

Inocente como era, apenas entendía, hasta que alguien me explicó:

—Quique Blanco, que vino de Puerto Plata para acá hace tres días.

—¿Quique Blanco?

—Unjú.

—Antier tarde —dijo un tercero— se tiró con un sargento en Licey y mató a una muchachita que atravesaba.

Yo me quedé confundido. Para mí Quique Blanco había cruzado la frontera muchos meses atrás. Hacía ocho años que tenía en jaque a todo el Cibao. Se presentaba de improviso en Santiago, desaparecía y al otro día abaleaba un soldado en Salcedo. Nadie supo cómo se las arreglaba para recorrer distancias tan largas. Se dijo que era brujo, que cuando lo quería se hacía invisible. Se le temía como a un dios implacable. El gobierno despachó cientos de hombres tras él, y el ejército llenaba la cárcel de pobres campesinos, sospechosos de encubrirle. Nada. Mandaron a Número Mayor, un sargento famoso en la persecución de criminales; jamás volvió Número Mayor. Se tuvo el soplo de que Quique iba a dormir a un ranchón de tabaco, y un grupo le cogió el nidal desde el atardecer. A media noche resonó un tiro, que le

destrozó la cabeza a uno de los perseguidores, y se oyó tronar arriba, entre las pacas de tabaco, la voz impresionante de Quique Blanco:

—¡Vengan a cogerme si se atreven!

Puesto a contar las hazañas de Blanco, un hombre llevaba más de una hora, y algunas de las que relataba parecían realmente fantásticas. Mi interés fue decayendo a medida que aumentaba el sueño que tenía. Me sentía deshecho, quemado por el sol del camino, y decidí irme a casa. Al levantarme no me acordaba de Quique Blanco; me preocupaban mis asuntos y tras ellos andaba... Hasta que tres días después...

Con el sol de caída volvía a Moca. Me sentía alegre. Era un gran tipo aquel don Aspasio, tan gritón y tan hospitalario. Estuvo enseñándome tablonos de plátanos, de yucas, de frijoles, de piñas. Me llevó al potrero, lejísimo, pegado al río. La yerba lozana cubría a las reses, y sólo el ondular de aquella especie de gigantesca alfombra señalaba el lento paso de una vaca. Estuvimos viendo también los chiqueros, y las pocilgas de siete polanchinos enormes, que no podían ponerse en pie de tan gordos y gruñían ligeramente, echados a la sombra de aguacates frondosos. Era un encanto el sitio. Lo que me desagradó fue ver un bohío pobrísimo en medio del maizal. Guarecía a la familia de un peón. Estaban flacos y demacrados los niños, y aunque el mayor, de cinco que eran, no tendría arriba de siete años, se pasaban el día solos, como huerfanitos, sin comer otra cosa que mazorcas tiernas, hasta que llegara el padre a sancocharles plátanos. Les di centavos, mientras ellos me pedían la bendición. Eran tan tímidos que no se atrevían a coger las monedas.

Le dije a don Aspasio que solucionara el problema de esa familia abandonada, y me contestó que en el campo los muchachos se crían como los cerdos, comiendo tierra. Estuve sobre un cuarto de hora sin hablar. Creo que soy cobarde, porque de otro modo hubiera reaccionado inmediatamente contra aquella asesina tranquilidad. Quizá lo hubiera hecho; pero necesitaba del hombre.

Volvía contento. Ya al salir me había prometido firmarme el contrato por la mensura del sitio de Las Quebradas. En camisa, con su gran tabaco en la boca, escandaloso de voz y figura, estuvo diciéndome adiós y recomendándome que volviera de momento a darme unos tragos.

No hice más que dejar de verlo, al tomar el paso del arroyo, cuando oí el silbido. Era muy bajo, sostenido, largo. A pesar de la hora, el lugar infundía no sé qué sensación de soledad y de asechanza. Miré a todos lados, vuelto un lío de nervios. Iba a romper marcha otra vez y tornó a dejarse oír aquel silbido impresionante. Me sentí vigilado, amenazado y violento. Cesó de nuevo cuando ya estaba a pique de tirarme del caballo y arremeter contra el monte. Pero no hice más que picar espuelas y arrear al animal para que lo oyera otra vez.

Había decidido asustar al caballo y lanzarlo a toda carrera sobre sus pasos. Es difícil de explicar. El sitio húmedo y sombreado; la soledad; el silbido aquél, que

tenía una modulación lúgubre; quizá el temor subconsciente de que anduviera por allí Quique Blanco, aunque en verdad no lo recordaba en este instante; todo contribuía a llenar el momento de cierto prestigio bárbaro, imponente. Además, el campo cibaño es siempre impresionante. Le parece a uno, ahogado como está por la selva nutrida, que brujos poderes lo acechan y lo cercan, que lo vigilan mil ojos misteriosos. Siempre me impuso el monte cibaño; pero jamás como aquella tarde. Creí que iba a estallarme el corazón. Lo sentía reventándose el pecho, y por mucho que buscaba un objeto, un hombre, una bestia, cualquier cosa cuya presencia explicara aquel silbo, algo sobre qué descargar mis nervios, no veía, no encontraba. Fueron unos segundos de pesadilla, horribles e inolvidables.

Iba a lanzar el caballo ya, cuando una voz muy baja sopló a mi espalda:

—Soy yo, amigo; soy yo.

Me fui volviendo poco a poco, para no demostrar mi impresión. Todavía no precisaba. Se movió una rama en el matorral que estaba justamente a los pies de mi caballo.

—Soy yo —tornó a decir la voz.

Entonces fue cuando la reconocí. Empecé a soltar los nervios.

—Salga —casi ordené.

—No —el hombre me enseñó el rostro por entre la turba de hojas—; véngase usted atrás de mí, que yo no puedo salir al camino. Hágame ese bien.

Todavía temía algo.

—Salga; no hay nadie —aseguré.

—Le digo que no puedo salir. Esto ‘ta cundió de guardias.

De pronto el desconocido sacó la cabeza, ojeó con indecible rapidez el camino y de dos saltos se puso del otro lado. Fue como una sombra. Nadie le hubiera visto. Yo mismo me quedé pasmado. Me hechizó el hombre. Consciente de que no debía hacerlo, convencido de que estaba procediendo como un tonto, me tiré del caballo y corrí tras él. Pero aun siguiéndole, apenas le veía. Acertaba a columbrar, apenas, sus ojos relampagueantes, que recorrían veloces las sombras del monte. De pronto se detuvo.

—Sentémono aquí —dijo—. ‘Toy cansao, amigo.

Sin la menor sospecha, totalmente confiado, me senté a su vera.

Había transcurrido un tiempo que me pareció muy largo, sin que ni el desconocido ni yo dijéramos palabra. Ambos parecíamos ver los bejucos cerrados que dominaban los troncos y descendían como cortinas. Se percibía el rodar de un arroyo y el aire estaba cargado de húmeda frescura. Oíamos el freno del caballo que andaría ramoneando por el camino. Parecíamos dos amigos fatigados. Él dijo:

—Usted dirá que le voy a gastar los fósforos. Necesito uno.

Tenía cierta tristeza en la sonrisa y era muy feo. Esa vez lo veía mejor. Le brillaba la piel y sus ojos mostraban una dureza impresionante. Le tendí la caja. Encendió

calmosamente. Después dijo, mirándose los pies descalzos:

—Amigo, yo nunca fallo. Me dio el corazón que usted era buena gente, y como tenía tanta necesidad de conversar... Van pa' siete años que no converso al paso, amigo...

Ahí me asaltó la sospecha. Fue una intuición precisa y segura como un tiro certero.

—Pero entonces usted es...

No me dejó acabar.

—Sí, amigo. Yo creía que ya usted lo sabía.

Y me llenó de sorpresa verlo tan sereno y tan triste a la vez, como si nada hubiera dicho, como si no fuera el objeto de una caza feroz y larga.

Llevaríamos más de media hora allí. Él había contado innumerables episodios de su vida y parecía muy cansado. Tenía una voz triste.

—¿Y por qué anda en estos pasos? —le pregunté.

—Amigo —dijo—, la maldá... Por maldá de un compañero me veo asina. El mejor hombre 'ta regoso a pasar por esto.

La brisa de la tarde hacía sonar las hojas del bosque, cerca se oía rodar agua; algunas avechillas cantaban al atardecer. En el apacible y a la vez majestuoso escenario, la voz del perseguido, a menudo tocada de honda ternura, iba enhebrando la historia.

Él era campesino, joven. Había oído hablar de la Capital y soñaba con librarse del ambiente agreste en que creciera. Buscó medios; pero no los veía. Un día descubrió el camino: ingresaría en el ejército. Al principio, claro, le supo mal; pero después se acostumbró, y hasta logró tener amigos, uno, sobre todo, a quien quiso.

—Bueno —explicaba—, no le voy a decir lo que yo quería...

Cuando llegó a sacudirse del todo el espíritu del campo, y se hizo a la vida de ciudad, se enamoró. Fue mala cosa ésa. La mujercita era una perdida, sin duda; pero él la hallaba buena. Por lo visto ella coqueteó también con su amigo... No está claro. De todas maneras, el amigo hizo mal.

—Él, ¿usted sabe?, era guardia viejo, lleno de mañas, y me jugó sucio.

Tan pronto comprendió lo que pasaba se entregó a meditar. ¿No sería lo más discreto olvidar a la mujer y al amigo? Bien: a la mujer sí; al amigo no podía.

—Mujeres hay muchas, créamelos; pero amigos... ¡Jum!

Sin embargo, el compañero no parecía serlo del todo, o a lo mejor se enamoró él también, porque la mujercita era sabida. El caso fue que un día de inspección el otro hizo la maldad. Le ensució el sombrero para que lo arrestaran y no pudiera salir esa noche. A Quique le indignó aquello.

—Le juro, amigo, que no fue por no verla, sino por el mal hecho. Ya usted ve el tiempo que hace de eso... Bueno. Todavía no lo perdono...

Y, cosa inexplicable, él, en quien no había despertado aún la fiera, estuvo a pique de pasar por alto el pecado del amigo. Casi nada faltó para olvidarlo; pero el otro colmó la medida. El lunes, mientras Quique llenaba su jarro de agua, se le acercó con cara de malicia.

—¿‘Taba blandito el piso? —preguntó.

Quique se sintió arder. Levantó el jarro, furioso por la burla, y le dio en la frente.

—Cosa de nada, créame; un simple chichoncito...

Corrió alguien y los separó. Pero esa noche el amigo estaba de patrulla, tropezó con Quique en un barrio y quiso maltratarlo.

—Ahí fue la desgracia. Yo ni an tenía la idea de matar a un cristiano. ¡Qué va! Y salí juyendo porque yo conocía la cárcel y sé lo que sufre un hombre metío ahí.

Quique Blanco enturbió sus ojos y miró muy hondo, tanto que no se sabía qué buscaba viendo, si la noche naciente o sus recuerdos.

—Si la cárcel hubiera sido como debe ser, no ‘taría yo agora aquí ni hubieran pasao muchas cosas, amigo. Lo primero sí, porque era una desgracia, y ahí sólo Dios puede...

Tal vez él tenía razón. Yo no lo juzgaba. Le oía explicar su caso, le oía preguntar, desolado, por qué lo persiguieron. Él no robaba, no mataba, no se metía con nadie. Simplemente no quería caer preso, porque la cárcel es dura hasta lo indecible. Un día, cansado, resolvió hacerles frente a sus perseguidores, y ya tuvo que seguir.

La voz de aquel hombre no desentonaba en la placidez del sitio. Acusaba a la sociedad de su desgracia, y lo hacía tranquilamente, sin énfasis, poniéndole cara a la maldición. De golpe se volvió a mí:

—Yo lo quería ver hoy, amigo. Dende aquella tarde me dio el corazón que usted era buena gente, y tengo dos días por aquí velándole el paso.

¿Me enternecí o me acobardé? No lo recuerdo con exactitud. Sí que le dije:

—Mande, Quique. Quizá yo pueda serle útil sin faltarle a mi conciencia.

—No, amigo, no tiene que faltarle; sólo lo quería pa’ conversar con usted. Me parece que no voy a durar mucho, y como de mí se habla tanto no quería morirme sin que siquiera un hombre supiera que de no acosarme como un perro con rabia, esto se hubiera evitao.

Vi lo que decía. Me parecía que allí, a dos pasos, estaba el perro, con la pelambre erizada, mostrando los blancos dientes, amenazador, y que los hombres lo cercaban dando gritos y esgrimiendo machetes. Me sentía soliviantado, lleno de pesadumbre. Si Quique se hubiera quedado en el campo, trabajando, quizá casado... Pero se metió a guardia y aprendió a ser rudo.

Él lanzaba manotadas matándose los mosquitos y los mimes que le comían las piernas. Torné a verlo. Ni miraba ni se movía. Negro, triste y perseguido...

—No piense mal, Quique. ¿Por qué va a morirse usted?

—Es que tengo que morirme, amigo. Usted no sabe lo que tengo por dentro. He pasao muchos años poniéndole el frente al diablo y llevándome en claro a muchos

vagabundos; pero hace unos quince días que me pasó una cosa muy mala, y dende entonces ni an duermo.

Manoteando discretamente esperó a que yo dijera algo. Accedí.

—¿Cosa mala? —pregunté.

—Sí, amigo. Me salieron en Licey...

Quique había estado rondando por Licey en pos de un compadre enfermo, y los soldados lo velaron. Ellos no acertaban nunca, porque la fama de Quique les hacía temblar el pulso a los mejores. Además, no se cuidaban de que hubiera o no gente. Mejor si la había, porque así se propalaba la noticia de que se habían enfrentado al temible Quique Blanco, y eso, claro, podía proporcionar algún ascenso. Así, ese día una niña cruzaba cerca del fuego. La cogió una bala de Quique. Él la vio caer, y de golpe sintió que se le aflojaba el corazón.

—Dende ese día ando como loco, amigo. Cierro los ojos y la veo cayendo. Era una pobre criatura. No me lo perdono, amigo, y quisiera tener el poder de Dios pa' devolvérsela a su mama.

Mi propia voz me sorprendió. Yo no quería hablar; pero tampoco quería que él siguiera. Dolía oírle. Yo no sabía qué decir. ¿Cómo darle consuelo a él, hombre de corazón duro, y culpable, además?

—¿Usté tiene hijos, Quique? —pregunté.

—No, amigo. Si hubiera tenía uno...

Adiviné el resto. En su lógica primitiva dar su hijo en pago de la muerte era una solución. ¡Y eso lo pensaba él, que no sabía cómo se quiere a un hijo! Sin duda la sociedad malogró en Quique Blanco un espíritu delicado.

Moví la cabeza para verle. Durante unos segundos inacabables se mantuvo con la vista alta, como tratando de ver el cielo. Le observé y comprendí: estaba haciendo esfuerzos para que no le saliera una lágrima. Me sentí yo también culpable, responsable de su tragedia. Le cogí una mano.

—Quique —dije— no tema. Usté morirá hoy, mañana, dentro de un año, dentro de cien. Pero usté sabe que no es malo, y eso basta. Usté sabe que no quiso matar esa niña...

Ahí no pudo más. Su cara tosca se llenó de una ridiculez majestuosa. Torció la boca, se tapó los ojos y rompió a llorar.

—Yo no quise, amigo, júrelo —medio dijo.

Como lo hubiera hecho un padre, le fui pasando la mano por el áspero pelo. Ni me molestaba su mal olor de hombre miserable. Estuvimos así un tiempo incontable. Se hacía cada vez más oscuro. Poco a poco fue Quique serenándose; pero le noté que no quería verme más.

—Váyase, amigo —rogó—. Déjeme aquí. Hoy no, porque tengo que dir donde un compadre a llevarle medicina, pero mañana se acaba todo. No le cuente a nadie que habló conmigo, porque se lo llevan. Me tienen como si fuera perro con rabia. Váyase, que yo me quedo.

Busqué en mis bolsillos.

—Vea Quique, no puedo darle más, pero acéptelo como si fuera mucho; se lo doy con gusto.

Él estaba sentado todavía en el tronco y no me miraba.

—No, amigo. Usted me ha dao más de la cuenta, porque me ha dao consuelo y atención. No. Yo sí debería darle algo: pero no sé qué.

—No se apure —dije—. Me basta con la voluntad y con el recuerdo de esta tarde.

Iba a decirle adiós ya, pero él me atajó y buscó algo en el macuto. Sacó un hierro brillante y estuvo acariciándolo. Me lo tendió.

—Llévese eso. Yo no lo he usado todavía —dijo.

—No, Quique, quédese con él.

Entonces alzó la cabeza e inició una sonrisa. Se quedó con el brazo encogido, el revólver en la diestra. Tenía aspecto de niño.

—Vea —aseguró lentamente—: no sabe lo que le agradezco esa delicadeza, amigo. Éste lo tenía yo pa' mí.

De golpe se puso en pie, volvió a meter el arma en el macuto y me tendió la mano.

—¿Usted no se siente en darle la mano a un criminal? —casi suplicó.

Y cuando se la estreché me miró con franqueza, limpiamente. Sonreía y parecía feliz. De súbito dio la espalda y a saltos largos y silenciosos se metió en el tupido monte. La noche había caído del todo cuando yo dejé el sitio.

Dos días después, de vuelta en la capital, me encontré con la noticia de que un muchacho de Moca había sorprendido a Quique Blanco durmiendo y le había destrozado la cabeza de un tiro con el revólver del propio muerto. Más tarde supe que habían paseado el cadáver por todos los pueblos del Cibao, para que la gente no creyera que seguía vivo.

Vivo, estuvieron persiguiéndolo con rabiosa saña; muerto, se regodean sobre sus restos y mienten descaradamente. Pero yo sé la verdad, la única verdad de esa vida empujada al crimen; la única verdad de esa muerte realizada con heroica frialdad. Es esa que he dicho. Desafío al más osado a que me contradiga.

Piloncito

Piloncito estaba en la cárcel porque mató a una mujer; pero a juzgar por su presencia, era incapaz de una rebeldía. Todos hacían burla de su figura de sapo y de sus ojos de becerro. Él jamás se incomodaba. Si acaso, sonreía con una helada sonrisa de muerto.

Los presos viejos se ensañaban.

—Piloncito, no comas mangos, que te mueres.

—Piloncito, cuando salga de aquí voy a gestionar tu libertad.

Piloncito mostraba sus dientes grandes y amarillos.

—Lo que yo quiero es salir de confianza.

Toda su aspiración estaba en que lo sacaran de allí, en que lo enviaran a otra cárcel o a una finca de algún capitán. Tenía un miedo horrible al lugar, y cuando le daban fiebres suplicaba con voz lastimera:

—No me dejen solo, por amor de Dios; no me dejen solo.

En la prisión de La Vega, antes de que lo condenaran, oía decir: «Se murió Fulano en Nigua». «El que está grave en Nigua es Zutano». En los días de la sentencia rezaba a la Virgen de la Altagracia para que no lo mandaran a Nigua. Así, cuando oyó al secretario leer: «... a cumplir condena de quince años de trabajos forzados en la Penitenciaría de Nigua», cayó al suelo desmayado y hubo que sacarlo cargado del tribunal.

Piloncito estaba enfermo. Su color pálido, como traslúcido, había dejado paso al rojo de la fiebre. Temblaba, se quejaba. Piloncito era rechoncho, con la cara redonda y la frente estrecha. Acostado en su hamaca, parecía un cerdo. A media noche me llamó en voz baja. Yo puse oído al paso del centinela.

—Yo me muero —lamentó Piloncito—, y mi mama se va a quedar sin apoyo.

—No te apures, Piloncito, que tú mejorarás.

Movía la cabeza diciendo que no. Sus ojos pardos iban y venían llenos de terror.

—To' el mundo aquí dice que yo no salgo vivo.

—Mentira, Piloncito; yo te aseguro que no te mueres.

—¿Usted sabe de medicina?

—Sí Piloncito; yo soy doctor.

Tornó a quejarse. Se cogía el vientre con las cortas manos.

—Ahí viene el centinela, doctor; váyase.

Por no prolongar la mentira, le dije:

—No me digas doctor. No me conviene que lo sepan.

Piloncito tenía ya tres días enfermo. A ratos alguno se acordaba de él y ya era frecuente, en el trabajo, oír esta pregunta:

—¿Se habrá muerto Piloncito?

Un muchacho que estaba sentenciado a treinta años, por asesinato y robo, repetía sin cesar:

—Aquí se salvan los que se mueren y los que cumplen.

Pero Piloncito no se «salvaba». Estando lúcido nos miraba con ojos tristes y me llamaba para pedirme que le tomara el pulso.

—¿Usted cree que me muero, doctor?

Nosotros callábamos. Un preso llamado Jesús, que se mantenía echando cartas para leerse la suerte, sonreía como persona de experiencia en esos achaques.

—No sea blandito, Piloncito, que usted se para horita.

La tercera noche asomó el centinela la cara por entre las rejas y preguntó a toda voz:

—¿Ya se murió el porquería ése?

Piloncito abrió los ojos bovinos, se echó a temblar y rompió en llanto.

Dos días después hubo cambio de jefes; se hizo cargo del presidio un teniente que tenía cara de malo, pero que hablaba con dulzura. Fue en la tarde a la celda. Yo estaba bregando con el enfermo, que se había caído de la hamaca, inconsciente, y gemía como un niño.

—Ese hombre está muy mal, teniente —dije.

—¿Y qué quiere usted que hagamos?

Me simpatizó el hombre de golpe: el anterior me hubiera contestado con un «¡Cállese, que esto no es asunto suyo!», o con algo peor.

—Mandarlo a otro sitio —argüí.

Piloncito se agarraba el vientre y gritaba. El teniente se acercó.

—No veo adonde —dijo.

Aproveché la coyuntura:

—De confianza, a alguna finca.

Los demás presos me miraban con asombro.

El penal estaba en pleno campo. Al atardecer veíamos, por las rejas, el sol que enrojecía en las lomas. El silencio se hacía dueño del lugar. A veces sonaban voces de soldados o ladridos de perros.

Piloncito me llamó una noche. Era tarde, casi de madrugada. Me dijo que se sentía en trance de muerte y que me estaba muy agradecido.

—No te apures, Piloncito, que lo que yo he hecho por ti lo harás tú mañana por mí.

—No, doctor; yo no lo haré por usted, yo no me paro ya.

Parecía tranquilo. Su rostro redondo, sus ojos de becerro, su frente estrecha y hasta su risa de muerto habían cobrado cierta dulce serenidad. Paz era lo que respiraba aquella cara descolorida.

Sujetando mis dos manos con las suyas toscas, me hablaba suavemente de su mamá, de su vida libre. Se le confundían las ideas. De pronto se agarró el lado derecho y volvió a gemir. Tenía el hígado abultado y endurecido.

—¡Quíteme este dolor, por Dios; quítemelo! —se quejaba.

Un preso despertó:

—¡Concho, Piloncito, usted no deja dormir a la gente! ¡Acábase de morir pa' que no embrome más!

Piloncito levantó la cabeza. Vi sus ojos cobrar una dureza ignorada, brillar como llamas; vi todo su rostro llenarse de pasión.

—¡Maldecío! —gritó—. ¡Maldecío! ¡Espero en Dios verte peor!

Resoplaba cuando se dejó caer de nuevo.

—¡Quíteme este dolor, por su madre, doctor! ¡Quítemelo!

Se retorció y babeaba.

—Aguanta con valor, Piloncito, que ya está al venir tu confianza.

Entre quejidos respondió:

—No, ésa no viene; yo no soporto, doctor.

—Sí, viene —mentí—; me lo aseguró el teniente hoy; lo había olvidado.

Se animó un tanto.

—¿Usted cree? ¿Será verdad?

—Sí, Piloncito.

Debía estar cerca el amanecer. Oía el inconfundible paso del centinela: chas, chas, chas, chas.

Piloncito soportaba. Lo veíamos preso en las garras del implacable paludismo, sin tener cómo defenderle, sin quinina, sin cabrita para tisanas. Seguía cada vez peor. Vomitaba bilis y no podía sostenerse en pie. Un domingo, a media tarde, estaba bregando con él. Lo llevaba a cumplir una necesidad. Iba quejándose, ya casi sin voz, y los pies se le enredaban. De pronto oímos la voz del teniente.

—¡Piloncito! Ya tengo casi conseguida su confianza.

Por sobre mi hombro se torció Piloncito. Mostraba su sonrisa de idiota, rodeada de barba. Extendió una mano y quiso hablar. Yo sentía su corazón golpeando por debajo de la burda ropa.

—¿Verdád? —preguntó.

Miraba con expresión de incrédulo, y su rostro empezó a cobrar apariencia infantil. Se le relajaban a toda prisa las facciones. Yo sentía que se desforzaba.

—¡Piloncito! ¡Piloncito! —grité.

Él quiso sonreír, pero sólo hizo una mueca. De súbito golpeó mi hombro con su barba, dejó caer los brazos y dobló las piernas. Le oíamos gemir:

—Mi confianza, mi confianza...

Algunos corrieron. Murmuró algo más, ya en el suelo, pero no le entendimos. Después espumeó por las comisuras de los labios, y de pronto sobre sus ojos pardos pareció pasar humo.

Destinaron dos presos para hacer la fosa y cuatro para llevar el ataúd. Propiamente no era ataúd, sino un cajón de madera grosera, sin cepillar y sin pintar.

Le quedaba holgado a Piloncito. Jesús dijo:

—Éste me sirve a mí.

Íbamos seguidos por dos soldados, cambiando pareceres. Camunguí, donde estaba el cementerio de la prisión, era un cerrito apartado; había allí una iglesia de cemento. La luna aumentaba los relieves del ataúd y de los hombres. Los perros alborotaban al vernos.

Un soldado se quejó:

—Dizque andar de noche con un muerto... A ver por qué no se murió en la mañana.

Cuidándose de que no pareciera una respuesta, Jesús dijo:

—De la muerte y de la suerte nadie se salva. Y no hay hora fija.

Cuando echaban tierra aseguró un preso:

—Piloncito ‘ta mejor que nosotros. Dios lo tenga en su gloria.

Un soldado saltó y le pegó la culata del rifle en el pecho.

—¿Quiere decir que usted no ‘ta conforme con el trato que se le da, vagabundo?
¿Usted quiere ver? ¿Qué reclama?

—No, nada —dijo el preso en voz baja.

Y volvimos de dos en dos, silenciosos.

El resguardo

Cuando Tino se acercaba al sitio empezó a sentir angustia.

—Vea —dijo—, me siento tembloroso.

Tino tenía una cara ingenua, sin pelos; sonreía mucho y enseñaba los ojos hasta el fondo. El otro, en cambio, era flaco, velludo y torvo.

—A la mujer no se le pone tanto caso —comentó brevemente.

Tino inició una risita.

—Eso dice usted ahora... Deje que usted la vea. ¡Una mata de pelo, y un andar!

—Entonces no me diga que le tiene miedo.

Tino empezaba a sentirse molesto.

—Unq, unq; si no es eso. Es como que el corazón me da que ‘ta con alguno.

—Se la quita.

—¿Quién? ¿Yo?

El otro, con su media risa cortante, insinuó:

—A usted le jiede la sangre.

Tino era muy calmoso y no se ofendía fácilmente.

—Vea, amigo: me tiro con el diablo, no digo yo; pero ¿y si ella se quiere con otro?

El compañero hablaba sordamente:

—Yo no más por la mujer que me gusta peleo.

—Usted como que tiene la sangre liviana —comentó Tino.

—Ello sí —aprobó su amigo.

Llevaban los dos el paso corto y sudaban. Pasaba ya del medio día. Ardía el sol de fuego sobre todas las cosas.

—¡Diache de camino tan pelao! —se quejó el otro.

Tendía los ojos rapaces, como escrutando las lejanías. Parecía disgustado siempre y tenía mal carácter; pero Tino lo quería porque sabía ser amigo.

—Vea, Tino, usted se sentirá bien aquí, pero ni un triste bohío pa’ descansar... No juegue, Tino.

—Échese ahí, si le pica el sol.

Señalaba un palo de lana que sombreaba apenas la vereda.

—Si usted quiere... —tentó el otro.

Y se acomodaron en la sombra.

Por primera vez, al cabo de tres años de estar juntos, a Tino se le soltó la lengua. Nunca había querido hablar de aquello. Además, su amigo no era gente de oír: le ayudaba si tenía mucho trabajo; le hacía tisanas si enfermaba; pero al tiempo de atender se resbalaba como los sagos.

El amigo endurecía los ojos a medida que Tino hablaba. Con ellos fijamente clavados en el polvo del camino, las manos colgando entre las rodillas y el sombrero

bocarriba, en la tierra, Tino lo veía inmóvil, impasible. Cuando Tino dijo que había salido por no matarlo un día, porque eso era como echarse encima al demonio, el otro le interrumpió:

—¿Y qué tenía él más que usted?

—¿Y no le dije ya —explicó— que su hermano era sargento? Por eso andaba comprometiendo a la gente, porque él, como hombre, no sirve. Pero se sentía apoyao con el hermano: figúrese, ¡sargento!

Entonces el otro, sin decir nada, pero con el rostro apesorado, como si de pronto se hubiera despojado de aquella sonrisa cortante, de aquellos ojos duros, de aquellos pelos crespos, de todo lo que lo hacía torvo e intratable, empezó a meterse una mano bajo la camisa, por el pecho. No miraba: no respiraba. Pareció encontrar lo que buscaba, dio un tirón y tornó a sacar la mano. La fue abriendo lentamente. Tino vio una diminuta saqueta negra en la palma, con dos hilos recién rotos.

Mordiéndose los finos labios, el otro habló:

—Vea: me lo consiguió en Barahona un papabocó, y dende que lo tengo ando seguro. El que anda con eso, ni lo ve enemigo ni lo corta cuchillo ni le da bala. Júrelo.

Tino dijo:

—Sí, mi taita tenía uno y nunca lo cortaron, por mucho pleito en que se vido.

El otro extendió la mano y ordenó, con voz metálica:

—Cójalo.

Tino alzó los ojos.

—¿Yo? ¿Y pa' qué?

—Cójalo, y si ese vagabundo se ha quedao con la mujer, quítesela. Y no se apure por el hermano, si anda con esto arriba.

Al acabar de hablar le pasó el resguardo a Tino y se puso de pie.

—Bueno, de aquí me devuelvo —dijo.

También Tino se incorporó, muy asombrado.

—¿Y no diba a pasar la noche en casa? —preguntó.

El amigo se rascó la cabeza, como quien piensa.

—Le dije que sí, pero por lo que veo usted vive retirao y después tengo que andar mucho, Tino. Abur.

Se iba ya. De pronto Tino sintió miedo de verse sin él.

—¡Mingo! ¡Mingo! —gritó.

Anduvo hasta alcanzarlo, y entonces preguntó, a tristado:

—¿Me lo va a dejar? ¿Y usted?

Mingo medio sonrió; pero ya de una manera amarga.

—Yo lo tenía —explicó— porque tuve que malograr a un sinvergüenza. Pero ya eso se acabó. Ella se murió, hará como un año.

—¿Quién? ¿Su mamá?

—No, mi mujer. Era un amigo que me la ‘taba enamorando y me vi en el caso de tener que malograrlo, y como él tenía muchísima familia...

Tino vio cómo aquellos ojos que siempre habían sido duros, fieros y concentrados, empezaron a enrojecer. Tal vez el sol. Estaban ellos dos solos entre el cielo y la tierra. A la distancia, remotas, las lomas.

—Aburito, Tino —dijo Mingo.

Tino cruzó los brazos. No pensaba ni sentía. Paso tras paso se alejaba el otro. El camino tenía un declive ligero, y lo vio irse hundiendo en él, como si le hubieran estado cortando las piernas poco a poco. De pronto tendió los ojos y se vio solo. Dejó caer la mirada en la sombra del palo de lana; tornó a ver el camino. Ya apenas el negro sombrero de Mingo sobrevivía al hundimiento. Ahora iría a su lugar sin el resguardo. Dijo que el difunto tenía muchísima familia... ¿Qué sería de Mingo? Echó a correr.

—¡Mingo! ¡Mingo! ¡Ey, Mingo! —gritó.

La voz repercutió en todo el sitio. Notó que el sombrero se detenía.

—¡Mingo!

Alzó un brazo y corrió. El sol alargaba su sombra en el camino.

—¿Qué era? —preguntó el otro, todavía a distancia.

—Que vea: que tal vé Teresa se haiga muerto ya. Yo ‘toy por no llegar —explicó.

—Bueno. Tal vé.

Volvió a cerrarse la cara del otro y echaron a andar juntos. Al rato, con voz sorda, Mingo pidió:

—Deme eso, entonces.

Tino le pasó el resguardo. Y se sintió alegre, como quien hace un bien.

El cobarde

La noticia había llegado hasta aquel bohío perdido en la sabana: Monsito Rojas había asaltado el pueblo.

Ellos estaban en la cocina. A través de las rendijas crecía y se apagaba la luz del fogón. El muchacho dijo:

—Me parece que viene gente.

La vieja y Meco aprobaron con gestos; pero no trataron de averiguar quién llegaba, porque la noche oscura lo impedía. Meco andaba receloso y ordenó.

—Quítense de ahí.

A pasos lentos se encaminó a la puerta y clavó ambas manos en los espeques. El aire y la llama hinchaban su camisa. Aguzó la mirada y distinguió el bulto: era una masa alta y negra, que venía buscando la entrada de la cocina.

Desde el fondo del patio ladró el perro, con un ladrido largo y débil.

—Noche... —dijo el recién llegado.

—Buena —respondió Meco.

El hombre se tiró del animal al tiempo que explicaba.

—Soy yo...

Pero Meco se le interpuso:

—¿Fano? —preguntó.

El perro seguía sembrando la noche de ladridos.

—Déjeme entrar —pidió el hombre.

Meco se echó a un lado. La luz se regó de prisa en la tierra. Adentro estaban los ojos estallando.

—¿Y es usted, Fano? —inquirió la vieja.

El hombre se tiró en una silla.

—Monsito asaltó el pueblo al oscurecer —dijo.

—Nosotros lo sabíamos —rezongó la vieja.

Meco sintió los temblores del animal y se acercó a verlo. Debió dar una carrera larga, porque chorreaba sudor. Entonces tuvo dudas y se volvió a Fano.

—Usted 'ta herido —aseguró.

A Fano no le salieron las palabras para negar.

—¡Pero ese condena perro no se va a callar! —tronó Meco con la mirada clavada en el muchacho.

Cuando el pequeño dejó la cocina, Meco, apretando los dientes y con el puño cerrado, dijo:

—Entonces usted anda juyendo, Fano.

Fano levantó serenamente la frente. Desde el otro lado del fogón le miraba la vieja, que mordía en silencio su cachimbo.

Hacía rato que Meco deseaba hablar. El muchacho había vuelto y el perro estaba bajo el fogón. Era blanco y gruñía.

—Acuéstese, mama —dijo a la vieja—. Ya es tarde.

La falda morada de la vieja barrió el piso. Ya en la puerta volvió la cara y se le vio el amago de una sonrisa insultante. Seguramente quería decir una palabra sucia; pero no lo hizo por respeto al hijo. Después se levantó el muchacho y pidió la bendición.

Fano comprendió que Meco iba a empezar, y él no estaba para conversaciones. Quería estar a solas. Pero Meco... Era seguro que Meco le fastidiaría. A otro le contestaría con insolencia, y en último caso le pegaría un tiro si lo cargaba mucho; en cambio, estaba obligado con Meco porque era su amigo, y a los amigos... Bueno...

—¿Fue al anocheecer? —preguntó Meco al rato.

Fano contestó con la cabeza. Meco se remordió los labios; después estuvo largo rato con la barbilla entre las manos. La luz le chorreaba en la frente y hacía brillar los ojos del otro. Fano no podía con aquel silencio tan forzado.

Hasta allí mismo, audaz y grosera, se metía la noche. Pesaba sobre el techo de la cocina y parecía querer ahogar la pobre llamita que bailaba en el fogón.

Meco se levantó; revolvió los tizones, los apretujó, los golpeó sobre la hornilla de barro. Una lengua de fuego, ágil y alegre, llenó de luces los rincones de la cocina. Meco cogió entre dos dedos una brasa y encendió el cachimbo. Se volvió lentamente, mientras hablaba:

—Si Monsito sabe que usted anda por aquí lo afusila como a un perro.

—Dende que salí 'toy pensando eso —contestó el otro.

Meco acabó de dar rápidamente la media vuelta y apoyó ambas manos tras su espalda, en el fogón. Los ojos le relampagueaban sobre el cachimbo y entre el humo. También Fano se puso en pie. Era flaco y alto.

—Usted y su mama se creen que yo ando juyendo por miedo.

Hablaba despaciosamente y con rabia. Tenía los ojos metidos bajo un ceño duro.

Meco no halló palabras para contestar. Además, el otro no tardaría en explicarse.

Fano habla. Está sentado, con las piernas abiertas y los dedos de ambas manos entrelazados bajo la barba; no mira de frente, sino de rato en rato y velozmente. Hace media hora que Meco le oye. Meco está en pie, con el cachimbo entre los duros dientes, de espaldas al fogón. El calor de la llama le escuece en la espalda; pero no se mueve.

Fano dice, al final:

—Dispués me entrego. Si quieren matarme que me maten.

Se alza. Su sombra grotesca llega hasta el techo. Camina hacia la puerta, lentamente, meciendo unos brazos encogidos y duros, como de madera.

—Si usted quiere, yo lo acompaño, Fano —ofrece Meco.

—No, amigo; mucho compromiso tiene usted con que yo haiga estao aquí esta noche.

Ha dicho esto con la cara vuelta. Meco siente que decrece ante tales palabras.

—¡Usted sabe que mi casa y lo mío es pa' el amigo! —protesta.

Meco ve a Fano alzar la pierna. Parece que va a volar. Ya desde el caballo dice:

—Queden con Dios.

La luz roja, que se cuela por la puerta hasta el patio, pone reflejos y manchas bermejas en el pescuezo y en las ancas del sudado animal. Se oyen el tintineo del freno, el crujir de la silla. El caballo mueve la cola y alza las patas.

Todavía el ruido no se ha perdido del todo. Meco saca los tizones de la hornilla y golpea hasta dejar sólo brasas. El perro blancuzco es ahora, bajo el fogón, tan negro como café molido. Meco junta la puerta y se va. En el bohío, cuando chilla el catre bajo su peso, oye la voz de la vieja:

—¿Se fue el cobarde ése?

—No, mama; no es cobarde... —observa Meco.

La voz de la anciana es sorda en la noche:

—Anjá... No se habrá juío.

Meco advierte:

—Pero no por miedo mama.

En las yaguas del techo silbaba el viento.

Apenas se siente ya el pisotear de la montura.

—¿Y por qué, entonces? —insiste ella.

Y Meco, mientras va colgando en la silla la camisa listada, explica:

—Supo que el muchacho 'taba entre la gente de Monsito.

En la habitación de la vieja, salta una tos seca y cascada. En la distancia se ha perdido el ruido del caballo, que va camino del pueblo. La vieja, que no se rinde, pregunta todavía:

—¿Muchacho? ¿Cuál?

—Su hijo, mama —explica Meco. Y a seguidas grita:

—¡Pero ese condenao perro no se va a callar!

Detrás de esas palabras se oye el viento, que castiga las yaguas del techo y los escasos arbustos de la sabana.

Chucho

Precisamente a este lugar quería llegar Chucho. Ya estaba solo. A los tres días no había visto una cara. No se oía otra cosa que el mugido del viento entre los troncos y, a veces, el ronroneo de algún arroyo. Por entre los claros de los árboles se veía el camino que flanqueaba las lomas; desde alguna eminencia propicia se adivinaba el llano abajo, perdido entre nubes, oscuro y dilatado.

Chucho sabe que su caballo no resistirá mucho más. Encima arde un sol bravo. Pasa la brisa y quema, mira hacia las piedras y le arden los ojos. De pronto le parece distinguir, al pie de la cuesta, un hombre. Arrea su montura.

—¡Ey, don! —grita.

Pero no lo oyen. Ve al hombre cruzar de prisa.

—¡Ey, don!

El otro atraviesa el camino. Parece huir.

—¡Don, don! ¡Ey, don!

Pero ¿quién ha de oírle a él, a Chucho, allí donde no mora alma? ¿No buscó estas vueltas precisamente por eso?

Chucho se siente tan cansado del camino y de la soledad que olvida su miedo; se deja caer y se echa a dormir a la sombra de un mamey, mientras el caballo ramonea a su vera.

En lo mejor del sueño, cuando estaba materialmente duro como un tronco, sintió pisadas. Despertó de un salto, con los ojos todavía torpes, y echó mano a su cuchillo. Oyó otra pisada. Se corrió hacia el tronco, guardándose la espalda, y esperó.

La noche venía subiendo y bajando a toda prisa las lomas. Una tenue claridad azul se conservaba en los firmes, pero empezaba ya a ascender en busca del cielo.

Con mirada ávida, Chucho espiaba el sitio del ruido. Creció. Parecía que gente enemiga se acercaba tronchando matojos. Decidido ya a jugarlo todo, gritó:

—¡Que salga el que sea, carajo!

Resonó entonces un rápido chillido y vio cruzar un cerdo a veinte varas. Le dio rabia no haberlo adivinado. Pensó: «Puercos cimarrones de atrevidos». Sin embargo, no estaba tranquilo.

Encontró el caballo casi a media loma. La noche se cargaba de cocuyos cuando Chucho se paró en seco.

—Si me da un mal por aquí tan solo no hay quien me salve —se dijo.

Estaba cansado hasta lo indecible y se sentía afiebrado. Caminaría toda la noche, todo el día siguiente, todos los días de la semana, y no vería una persona. No comía desde dos días antes; no comería el próximo y quizá nunca más. Si caía enfermo tendría que arreglárselas sin una tisana. Hasta el caballo podría morírsele.

Chucho apoyó los codos en el cabezal del aparejo, se metió la cara entre las manos y apretó las sienes.

Allá abajo estaba Río Verde. Probablemente Isidoro y Piro estarían en la pulpería; el domingo irían a los gallos en Licey y tal vez a algún baile. Él, Chucho, no podía pensar más en esas cosas. Le da una gran tristeza admitirlo. No encontrará por aquí con quien hablar, a quién contarle algo. ¿Qué va a hacer tan solo?

Lo piensa hondamente. Días y días y días en soledad: ¡qué horror! Se ablandan hasta las entrañas pensándolo. Ni un niño siquiera; ni esperanza de una mujer...

Insensiblemente va haciendo dar vuelta al animal. La noche es ya una cosa cierta.

En el llano se abrían los caminos como los dedos de una mano. Los árboles cobijaban bohíos; reventaban flores entre los matorrales. A veces se oían cantares y los niños correteaban apedreando cerdos y gallinas. Chucho vio pasar una muchacha trajeada de verde. Iba descalza, movida de caderas, y llevaba a la cabeza un higüero con agua. Él no pudo resistir la tentación y la llamó. A la muchacha le llameaban los ojos bajo unas cejas finas. Sonreía.

—Sí —le dijo—. Más alante hay un caminito estrecho. Ése es el de Mataceniza.

Cerca de donde estaba se veía un jardincillo, y detrás un bohío a la sombra de un rojo framboyán. Pasó un hombre. Chucho le vio con interés, porque aquel demonio no le quitaba ojo de arriba. Creyó que le estaba reconociendo; que le llamaría; que le iría encima, machete en mano. El otro empezó a silbar un merengue. La muchacha lo miraba, siempre sonreída. Chucho comprendió.

—¿Su novio? —preguntó.

Ella no dijo palabra. Movía las caderas al andar.

El caballo se le iba cayendo a Chucho bajo las piernas. Cuando se vio frente a la bifurcación del camino se detuvo un rato.

Río Verde estaba muy cerca. Por el camino ancho se iba a Burende, y de Burende sólo había que bajar un trecho para caer en su casa. Pronto iba a oscurecer.

Chucho arreó la montura y tomó la vereda. A corto andar topó un hombre. Estaba recostado sobre las trancas que abrían paso hacia su bohío.

—Saludo —sopló deteniéndose.

El hombre contestó sin moverse.

—Vengo cansado y quisiera posada —explicó Chucho.

El otro casi no contestó. Mordió alguna palabra, se dobló y empezó a tirar maderos. Cuando terminó, alzó la cabeza y señaló el bohío.

—No va a dormir muy bien... —empezó.

—Mejor que en el monte, amigo —terminó Chucho sonriendo.

E inmediatamente se asombró de que pudiera sonreír, él, un hombre que tenía los huesos quemados y que quiso llorar allá arriba, en la tremenda soledad de la loma.

Sobre la cena y en ella, el silencio. La jumiadora se esconde en cada ojo. El hombre que le abrió las trancas mira a la vieja y pregunta, como si hablara consigo:

—¿Qué habrá Mingo?

A poco explica, siempre con dejo de cansancio:

—Salió dende ayer con la guardia atrás de un hombre de Río Verde.

Chucho no entiende.

—¿Atrás de...? —pregunta con voz rota.

El otro le mira por debajo de la ceja. Chucho abre la boca y parece idiota. El bohío debe estar dando vueltas. El otro repite:

—De uno de Río Verde.

Seguía todo derrumbándose. El catre y la cena estaban allí, quietos, y la muchacha que vio en la tarde. Pero lo demás giraba locamente sobre su cabeza, bajo sus pies. Sabía solamente que el hombre seguía mirándole con dulzura. Mas sus ojos eran tenaces, y quizá demasiado serenos. El mundo daba tumbos. Hasta que unos pasos tranquilizaron todo aquello.

Chucho se apretó las manos y se violentó a sí mismo, sin embargo se vio obligado a rehuir la mirada de aquel hombre oscuro y alto que apareció en la puerta. Vestía de amarillo y saludó con voz de mando.

Chucho adivinó más gente tras el soldado. Entró uno más, pequeño y mirón. Parecía muy cansado.

—Ese condenao ‘ta dando que hacer —explicó el pequeño.

Chucho comprendía perfectamente que no debía hablar; y no lo hizo. Ellos siguieron comentando su asunto con frases rápidas. El dueño de la casa preguntó por su hijo y le contestaron que estaba atendiendo las monturas.

Ahora se sentía latir una amenaza dentro del bohío. Chucho se preparaba a luchar. Estaba en la boca de una trampa, y no quería caer en ella porque esto no era la altura desolada; aquí la vida era algo grato, digno de que se defendiera. La vida y la libertad.

El soldado grande se movió hacia él. Chucho sintió que se arrugaba del pecho a la boca. Se quedó mirando sus propios pies. Al fin logró empezar:

—¿Se puede saber a quién buscan?

El soldado pequeño dijo:

—A uno de Río Verde.

Chucho insistió.

—¿Y qué facha tiene?

Le ardían las sienes y las mejillas. Tenía los músculos endurecidos, como quien espera un ataque.

—Flaco y descolorío —aseguró el otro.

Entonces el hijo de la casa entró por la puerta que daba al patio.

—Se parece su chin a usted —dijo.

—¿A mí?

El soldado grande estiró el pescuezo y lo miró con unos ojos bermejos. ¡Ahora sí se le había enredado la madeja a Chucho! Pero el viejo intervino:

—En el tamaño y en el color no más. Son muy distintos.

—¿Es de mi tamaño?

El viejo aprobó moviendo la cabeza de arriba abajo. El hijo seguía de pie, echando candela por los ojos negros, bajo el raído sombrero de cana.

El soldado grande se incorporó y avanzó con lentitud estudiada. Chucho lo veía caminar sobre él y le pareció que se agigantaba.

—¿Usted no lo habrá visto por casualidad? —preguntó con una voz tan templada y tan serena que no se le conocía la malicia.

Chucho se sintió desamparado. La vida estaba aquí, en el llano. Todo era fuerte y alegre.

—¿Yo?... Yo no.

—¿Que no?

La boca de la trampa se iba cerrando lentamente.

—No... Fue que en la loma vide uno pareció a mí.

El soldado le apretaba el brazo, arriba, cerca del hombro...

—¿Pareció a usted? —insistió.

—Sí; mucho.

Hablaba y el soldado no le soltaba el hombro. Chucho estaba calculando ya que necesitaba dar un golpe de varón. Sólo así tendría probabilidad de eludir la boca de la trampa. Iba a hacerlo; iba a reventar con una palabra cuadrada...

—Vea —terció el viejo—. Este hombre es de la loma.

—Sí —apoyó Chucho. Y señaló vagamente el lugar donde ellas estaban—. Por allá fue que lo vide —explicó.

El soldado empezó a soltar poco a poco.

—Mañana sale con nosotros —dijo.

A Chucho se le desbocaron estas inexplicables palabras:

—Yo no puedo porque voy al pueblo a buscar medicina.

—¿Al pueblo? ¿Y por qué no llego hoy? ‘Ta cerca.

Volvió a terciar el viejo:

—No puede porque tiene la montura enferma.

El muchacho miró a su padre y miró a Chucho. El viejo ofreció:

—Mingo dirá con ustedes. Él conoce esas vueltas.

Entonces el militar masticó la aprobación.

—Bueno.

Y se fue pesadamente hasta la puerta.

Chucho sintió trajín en el patio; oyó después conversaciones y pisadas de caballos. Todavía bregaban la noche y el día. Una de las bestias relinchó alegremente. Distinguió la voz del soldado pequeño.

—Guárdenos cena mañana, compadre.

Chucho se sentía casi enfermo. El viejo entró a poco. Caminaba como quien desea no hacer ruido.

—Ya su caballo tiene el aparejo puesto, amigo —dijo.

Y como Chucho le mirara con ojos azorados, explicó:

—Coja la primera dentrada a la derecha y busque la vuelta de Jarabacoa.

Chucho se hizo el sordo. Se tiró del catre y le dio la mano al viejo. En el patio estaba su penco aparejado. Montó. El otro puso una mano sobre su pierna.

—Si jalla un padrino, entriéguese. Es mejor que ‘tar juyendo.

Todavía quiso Chucho borrar el último rastro.

—¿Juyendo yo? ¿Y por qué?

El viejo sonrió con amargura.

—¡Ay amigo! Más sabe el diablo por viejo...

Levantó la mano y golpeó el animal. Chucho se viró. Quería decir algo. Pero arreó la montura y se fue, con una alegría que era a la vez un susto.

La pulpería

La pulpería de Chu era en la noche un bulto silencioso. Estaba en un recodo del camino y sorprendía a los caminantes que desconocían el paraje. Apenas la alumbraba una jumiadora. Los golpes de luz destacaban el mostrador, la negra cabeza de Chu y el grupo de hombres que jugaban dominó. No se hablaba. A ratos sonaba el golpe de una silla o el de una pieza que alguien tiraba en la mesa. Los hombres escupían a un lado y Chu descansaba la frente en una mano.

La pulpería era igual cada noche; escasa gente la visitaba de día. Acaso los sábados iba más, a tomar ron y a charlar.

Una noche el viejo Mendo fue más temprano que de costumbre; se arrimó al mostrador y se echó el sombrero sobre la nuca.

—Vamos a tar cojos p'al juego —dijo estrujándose la cara.

Chu entrelazó los dedos de ambas manos.

—¿Usté no va a jugar?

—Yo sí; el que no viene es el muchacho.

El viejo Mendo calló un rato mientras se acariciaba el bigote.

—Ahora se ha encontrado un enamoramiento pa' las vueltas de la Llanada —explicó.

—¡Ah...!

Chu miraba con aburrimiento hacia el camino.

—Pero de ese lado no hay muchachas, Mendo —dudó.

El otro movió la cabeza de arriba abajo; gruñó alguna cosa y se volvió de frente, echando el vientre en el mostrador.

—Di'que una de las del difunto Gatón —empezó a decir.

El pulpero se agarró la barbilla.

—Esa gente... ¡Jum!

El viejo le miró vivamente. Mientras Chu entraba en su cuarto, pensaba Mendo: «Siempre 'ta este diache de azaroso».

Durante dos semanas el muchacho del viejo Mendo salía temprano; jugaba poco, picaba andullo, llenaba el cachimbo y se tiraba al camino. Los otros le olvidaban desde que dejaba la mesa; el padre le miraba de reojo, mientras barajaban las piezas.

—¡Chu! —llamaba.

El pulpero saltaba el mostrador, tentaba la silla y, sintiéndola caliente, decía:

—Muchacho ése que va a vivir largo...

Y nada más.

A cada uno, aunque lo disimulara, le preocupaba el muchacho, porque sabían que iba hacia la Llanada, tras la falda. La suya era feúcha y, además, Gatón. Los Gatón no se andaban con juegos. Todos los varones de la casa habían caído en encrucijadas. ¡Gente arrestada aquélla! El último debía andar lejos, huyéndole a la conciencia. Había limpiado su cuchillo varias veces en pechos buenos. Al lugar llegaban las

historias de sus hazañas y los hombres caseros se rascaban la frente cuando oían hablar de él.

Había estado cayendo agua desde temprano. Chu sentía sueño en los huesos. Finando el día llegó uno de los jugadores, bajo la llovizna fina y pertinaz.

—Pa' mí que hoy no hay campaña, compadre —rezongó el pulpero.

El otro golpeaba el sombrero contra los pantalones.

—Ello... Si no vienen no será por el tiempo.

—Sí, parece que 'ta por aclarar —confirmó Chu.

Pero no aclaró. La tierra estaba pegajosa y el camino lacerado de charcas. Bien metida ya la noche entró Mendo; y como los otros no asomaran, se quedaron haraganeando, contando viejos sucesos, fumando. Entre ratos no encontraban qué decirse y se miraban los unos a los otros con aburrimiento.

A la hora del primer tercio paró Chu una oreja.

—Asunte, viejo Mendo.

El viejo se movió, preguntando con gestos.

—Me parece que suena un caballo.

—Tal ve' —dijo Mendo, que se entretuvo fumando el cachimbo.

Al rato les pareció oír pasos. Alguien chapoteaba de prisa en las charcas del camino.

—Asunte, viejo Mendo...

El pulpero señalaba hacia el poniente. Se acercaba el ruido, se hacía distinto. El viejo se arrimó a la puerta, pero la noche estaba demasiado oscura. Nada se veía. Se volvió, huyéndole a la brisita.

—No se ve...

Le interrumpieron el ruido, el chapoteo, los primeros pasos del caballo, que acercaba la cabeza y mostraba los ojos relucientes. Un hombre saltó. Era arrogante, erguido y pisaba duro. El recién llegado no contestó al saludo de Mendo; cruzó de prisa, golpeó en el mostrador y dijo:

—Consígame una vela de muerto.

Mendo y el compañero preguntaron a un tiempo:

—¿Hay difunto por su casa?

No lo conocían; pero quizá se tratara de la muerte de un amigo. El pulpero hurgaba entre cajones.

—No hay ninguno —respondió el desconocido.

Tenía voz engolada y dura. Se viró lentamente. Usaba puñal cruzado sobre el ombligo; vestía bien y debía haber andado largo, a juzgar por el lodo que se le había pegado.

—No hay ninguno; pero va a haberlo.

—¡Jum!

El viejo Mendo chupó su cachimbo, se rascó la cabeza y dijo, en voz confusa y baja:

—Yo no sabía que hubiera gente grave por aquí.

El desconocido tendió la mano para coger una vela del paquete, que ya estaba sobre el mostrador, y sonrió enseñando unos dientes blancos.

—Tampoco, amigo —explicó—. Lo que pasa es que horita tengo que arreglar uno.

La sonrisa cortaba al terminar de hablar. Rompió a caminar, enseguida.

—¿Cómo? —interrogó Mendo, asombrado y dudoso.

El hombre tenía ya la rienda entre las manos.

—Júrelo —afirmó al tiempo de montar.

Mendo se acercó a la puerta. El jinete se acomodaba en la silla.

—Júrelo, viejo, porque se lo dice Cecilio Gatón. ¡Cecilio Gatón!

El viejo abría los ojos. El caballo pataleó con rapidez.

¡Cecilio Gatón!

A la espalda del viejo, el pulpero y el otro silabeaban el nombre:

—¡Cecilio Gatón!

Al volverse los miró; ellos le miraron. Estuvieron un instante así, confusos, atolondrados. De pronto el pulpero saltó y corrieron los tres sobre la puerta; se amontonaron en ella, se echaban la respiración encima.

La llovizna cerraba y el caballo se había perdido en las sombras.

¡Cecilio Gatón!

Al principio no encontraron qué decir, y se quedaron mirando hacia el camino; después anduvieron lentamente sobre el mostrador. El viejo Mendo empezó a pellizcar la madera con su cuchillo; el otro veía al pulpero. Movían las cabezas, ofuscados.

—Vea el diablo... ese condenao es capaz de matar un hombre bueno y quedarse tan tranquilo.

—Ello... Lo ‘tará haciendo hasta un día, Chu.

—Hasta un día, asina será.

Y tornaron a su silencio. Pero en uno de esos momentos el otro preguntó, como al descuido:

—¿Y quién será el de esta noche?

Entonces el viejo alzó la cabeza, le pasó un relumbre endiablado por los ojos, y dijo:

—Sabe Dio’. La Virgen quiera que no se meta con mi muchacho.

—¡Jum!

Chu había murmurado; Chu era medio azaroso.

—¿Usted cree? —preguntó Mendo, contestándole el pensamiento.

—Asigún, compadre. ¿No di’ que anda atrás de la hermana?

Mendo apretó los labios. Empezó a subirle un calor a la garganta.

—Asunte, Mendo; asunte...

Chu paraba una oreja. El viejo se apresuró caminando hacia la puerta.

—Por ahí viene un caballo.

El pulpero señalaba ahora el oriente y palidecía, pendiente de aquel ruido.

—No veo.

Mendo hablaba de perfil y miraba.

—No veo, Chu.

Iba a volverse ya; pero le pareció que sí, que alguien chapoteaba entre el camino, en las charcas. La llovizna secreteaba y casi no le dejaba oír. El rumor se fue acercando. Era más veloz que la otra vez, mucho más.

—¡Ese andar es del mismo animal! —gritó Chu.

El pulpero tenía los ojos saltones. Mendo corrió, tomó un colín y se tiró afuera. El caballo apuntaba ya entre las sombras. El viejo blandió el arma. Débilmente, la jumiadora se hacía sentir en el camino. Cuando el animal rompió a su frente, el viejo se adelantó, dio un salto y gritó, ronco, colérico.

—¡Párate, maldito! ¡Párate, condena!

Estaba seguro de que aquel Cecilio Gatón criminal le había malogrado a su hijo. Lo sentía en la sangre; se lo decía el corazón.

—¡Párate, maldito!

Lanzó un mandoble, y el caballo caracoleó a dos pasos.

—¡Encárguese del difunto! —ordenó el jinete.

El viejo Mendo abrió la boca. El brazo armado se le cayó; sintió que se le ablandaba la carne mientras el caballo desaparecía.

—¡Se juyó, se juyó! —gritaba casi riendo.

Quiso entrar en la pulpería; pero Chu y el otro le llenaban la puerta.

—Vamo' a buscar el difunto —dijo el viejo, medio muerto. Chu le sujetó el hombro.

—¿Lo dejó dir? —escupió rabioso.

El viejo le miró con pena.

—¿Qué diba a hacer?

Parecía un agonizante. Chu no podía comprender.

—Es el muchacho mío —explicó Mendo señalando el lugar por donde el fugitivo se alejaba—. El muerto es el otro —terminó.

Se acercó al mostrador y se quedó mirando el paquete de velas, que descansaba todavía allí, como esperando.

Revolución

Tuvo suerte Toño: Cholo estaba solo. Entró como un ventarrón, miró a todos lados y, casi ahogándose, dijo:

—Ya está, Cholo. Deogracia se pronunció.

Cholo se quitó el cachimbo de la boca violentamente; echó el cuerpo un poco adelante, pero no habló.

Toño estaba allí y no estaba. Se le veía la cara como si el sol la estuviera derritiendo. Hurgaba con la vista los rincones, la puerta, el camino.

Cholo sintió la nuez de Adán subirle y bajarle.

Con la mano izquierda abierta se alisó el bigote crespo. El esfuerzo que hizo para calmarse le surgió a la frente.

—Bueno... —dijo— Deogracia sabe lo que hace.

—Sí, pero...

Toño no podía hablar. Viéndole tan nervioso, Cholo se sintió más sereno, más dueño de sí.

—Siéntese, compadre. Usted está asustado.

—Es que, mire... —contestó el otro—. Moritica está aquí el gobierno.

—¿Y qué?

—Que reclutan.

—Ésas son caballás. No hacen nada. Ellos saben que Deogracia es hombre peligroso.

Pero Toño parecía no comprender; ni un instante miró de frente a Cholo. Éste se remojaba los labios, uno con otro, y tenía la vista perdida. Al fin habló:

—Ya era hora. Tenemos bastante tiempo fuñidos.

Toño casi salta de la silla. Atropelladamente, como quien tiene miedo de no terminar, se explayó:

—Yo no espero. Esta noche me ajunto con Deogracia. Mire a ver si usted quiere.

Cholo arrugó el entrecejo. Pensó en Tonila; dejó el cachimbo en la pared, enganchada la raíz en una ranura, y se mordió la uña del pulgar derecho.

—¿Cuántos somos? —preguntó de pronto.

Toño se sabía comprendido ya por Cholo; no iba a engañarle. Contestó:

—Con usted ocho.

—Bueno... Bueno... Pero usted sabe que dejo mi mujer y mi muchacho. Yo no voy al monte a pendejada. Hasta que no tumbemos al gobierno...

—No se apure —contestó el otro—. Esto es un asunto serio.

Toño conocía a Cholo y lo sabía hombre de compromiso. Se había serenado ya y no hurgaba los rincones con la vista.

—Hasta luego, compadre. Atardeciendo lo espero.

Estrechó la mano fuerte y callosa que le extendía Cholo. Con paso seguro salió al camino. Cholo vio su espalda ancha, a contraluz, en la puerta.

Temprano llamó Cholo a Tonila, puso en su mano una moneda y dijo:

—Compre sal, que Toño y yo vamo al pueblo a llevar un ganado. Estaremos como diez días.

—¿Cómo? —preguntó ella.

Algunas veces había hecho su marido lo mismo, sobre todo al principio de su unión. Después sabía ella que no había tal ganado. Pero aquellos fueron otros tiempos; no tuvo el temor de una revuelta; mas, lo mismo que antes, la boca se le quedó un poco abierta al terminar la pregunta.

—Sí, mujer —aseguró Cholo.

Luego se fue a la habitación. La hamaca colgaba de un solo clavo, enrollada. La desamarró, extendió en el suelo, dobló a lo largo y comenzó a envolverla.

Tonila llegó hasta la puerta, con gesto indiferente.

—¿Y van al pueblo? —preguntó.

—Yo creo —evadió el marido.

Estaba pensando en lo malicioso que era Toño: no quiso decir palabra mientras no tuvo seguridad; pero apostaba cualquier cosa a que Toño sabía los planes de Deogracia.

Otra vez la voz de Tonila:

—Entonce' procure ver a Pirín.

—¿A Pirín? —Cholo habló con la cara vuelta, asombrado—. No me parece que esté en el pueblo. Lo hubieran visto.

—Pero quién sabe —insinuó la mujer.

Él bajó la vista. La hamaca ya era un bulto. Se sintió preso en una red de araña muy fina y muy resistente.

—Mire, Tonila —dijo con lentitud—. Pirín se ha portao como sinvergüenza. No parece hijo de nosotros'.

—Verdá es —asintió Tonila—. Pero procúrelo.

Cholo estuvo un rato preso en la telaraña. Después sacudió la cabeza para retirar de ella a su hijo.

Toño le aconsejó:

—Arremánguese los pantalones que horita estamos en la loma.

No hizo caso. Sentía la hamaca en el hombro como si alguien llevara una mano puesta en él. Toño iba a su lado, pero no le veía, aunque lo sentía. Alguna vez decía algo y entonces contestaba como quien hablaba de lejos. De momento preguntó, sin saber por qué:

—¿Y los compañeros?

—Están arriba —contestó Toño.

Y agregó:

—No díbamos a venir todos juntos.

—Verdaderamente —corroboró Cholo—. Hasta mi embuste hablé. Le dije a Tonila que diba con usté al pueblo a llevar un ganado.

—Tamaño ganado —comentó Toño.

Callaron. El universo estaba como lleno de café molido.

Cholo no sabía explicarse, pero le parecía que la noche era espesa. Algunas veces había días espesos también. Generalmente sucedía eso antes de llover.

Se acentuaba el repecho. La loma estaba ante ellos como una gran cabeza negra. Cholo quería saberse más seguro; había vaguedad en todo él.

—¿Y la carabina? —preguntó.

—Deo gracia tiene muchas —fue la contestación.

Cholo no dudó, pero le hubiera gustado más tener la suya entre las manos.

—Usté es malicioso, Toño —afirmó—. No quiso decir nada hasta el último momento.

—Yo quería que hubiera seguridad, compadre —sopló el otro.

El día amaneció turbio, como lleno de humo. Abajo, en el valle, parecían estar quemando hojas verdes.

Cholo sentía la sangre lenta, tenía ganas de beber café y se figuraba subido en un árbol.

Deo gracia le había visto la noche anterior. La mirada de Deo gracia era un muro que no le permitía avanzar. Dijo:

—Yo le tengo confianza, Cholo, usté lo sabe.

Y eso le agradó: sabían quién era.

El humo se hacía tenue. Comenzaban a dibujarse contornos de hombres tirados en tierra y hasta se veían espaldas anchas, manos fuertes apoyadas en el suelo y cabezas crespas. Todas las cabezas eran lana teñida.

Cholo había tendido su hamaca entre un copey y un roble. Llenaba el cachimbo cuando la voz gruesa, pero apagada, cruzó el matorral y le llegó.

—¡Cholooo...!

—¡Ijaaa! —respondió en igual tono.

—¡Lo llama el general!

Se incorporó y desamarró la hamaca. Tardó lo menos posible en envolverla. Cuando iba sentía los oídos llenos. ¡Había tantas calandrias y tantos jilgueros entre los árboles...!

Deo gracia estaba sentado sobre una caja de cartuchos. Limpiaba su revólver y ni siquiera le miró. Allí, a su lado, humedecidas por el sereno, estaban las carabinas. Deo gracia las señaló y dijo:

—Coja una y vaya con Toño.

Clavó los cinco dedos en el arma. Estaba increíblemente fría. Se echó la hamaca al hombro izquierdo y sujetó el máuser con la mano derecha. Toño había roto marcha ya.

En la vereda no cabían dos. Bajaban y era menester clavar las uñas de los pies en la tierra. Estuvo largo rato viendo los calcañares del compañero: gruesos, recios, veteados, como si hubieran comenzado a abrirse. La pierna subía maciza, ennegrecida por el sol y el polvo. Tenía los pantalones remangados hasta la rodilla.

De improviso Toño se detuvo en seco. Volvió violentamente la cara. Parecía un rostro hecho en bronce, muy sólido, muy muerto.

—Vamos a revisar abajo —dijo, mirándole fijamente.

—Bueno... —contestó Cholo, como quien no da importancia a lo que habla.

Ya el sol iba metiéndose por entre el humo del amanecer.

—¡Mírelo, concho! —murmuró Toño.

Se le vio la cara contraer de rabia; apretó los labios, tiró el bulto de la hamaca y se echó el rifle a la altura de los ojos.

—¡No! —rogó Cholo—. ¡Metámono' al monte!

Fueron cinco minutos tensos, reptando, procurando no hacer ruido. A doscientos metros rompía el paisaje una línea amarilla, compuesta, móvil.

—Viene para acá —murmuró Toño.

Eran hombres fornidos. Comenzaban a subir la loma con firmeza imponente. Se les veía casi sin perfiles, medio alumbrados por un sol débil.

—Tenemos que dirnos, Cholo —dijo Toño.

Agregó a seguidas:

—O usted solo.

Sus ojos relucían como si hubieran sido pedazos de espejo. Apretaba demasiado los dientes.

—Coja por aquí, ¡pero vivo! —y señaló a su derecha—. Dígale a Deogracia que estamos cogidos.

Cholo no le oyó; tenía la vista fija, como si se le hubieran muerto los ojos, nada más que los ojos. Las zarzas no le dejaban ver bien, o tal vez fuera alucinación. Alargó el brazo izquierdo para retirar algunas ramitas.

—¿No oye? —rompió Toño colérico.

Toño creyó volverse loco. Él vio a Cholo dejar el máuser, mejor dicho, tirarlo lejos de sí. De pronto se incorporó. Tenía la cabeza llena de hojas secas. La mirada era de loco: clara, clara. Alzó los brazos y corrió, gritando con acento impresionante:

—¡Pirín! ¡Pirín!

Sí. También Toño vio a Pirín. Fueron unos segundos en los que no pudo pensar. Ya el ejército estaba a cincuenta metros. Se detuvieron de golpe, quizá si impresionados a su vez: un hombre bajaba a saltos largos, con los brazos abiertos en cruz, dando gritos desaforados:

—¡Pirín! ¡Pirín!

Toño midió la desgracia. Vio muchos soldados volverse hacia el compañero llamado con tanta vehemencia. Y lo calculó: sólo una cosa podía salvar a Deogracia:

tiroteo. Pero quiso aprovechar su primer tiro. Cholo, corriendo como loco, estaba ya a diez pasos de las fuerzas. Toño puso toda su alma en apuntar bien. El tiro retumbó entre los árboles como alarido siniestro. Cholo dio media vuelta, sintió sabor a cobre subirle a la garganta y crispó las manos.

A través del humo, Toño le vio caer. Oyó las órdenes. Inmediatamente después, un tiroteo cerrado, como si hubieran querido talar los árboles a balazos.

Papá Juan^[1]

Yo vi a mi abuelo crecer hasta cubrirme el horizonte. Alzó los hombros, apretó la quijada con tal fuerza que los dientes crujieron, se pasó el dorso de la mano izquierda por los ojos y rompió marcha.

Mi abuelo era alto, muy alto; su espalda se balanceaba al caminar; apenas movía los brazos, terminados en manos huesudas.

Yo marché tras él. También en mí había crecimiento. De pronto me subió una oleada caliente, llenándome el pecho, y rompí en llanto. Había visto a Garantía lamer la sangre. Mi abuelo volvió el rostro, me clavó aquella mirada honda y dura, se detuvo, posó sobre mi cabeza su manaza huesuda y me empujó levemente.

Yo me estrujaba los ojos con los puños.

Minguito acostumbraba jugar conmigo en la enramada. Era bajetón, regordete, negro; sus ojos pardos no miraban: acariciaban. Traía siempre palillos de fósforos quemados, amarrados en una punta de su fular rojo, los sacaba y comenzaba a fabricar casitas. Me decía después:

—A que no la tumba.

Yo soplaba, soplaba; al fin pegaba un manotazo y destruía la construcción.

Minguito reía. Acaso comentaba:

—Diache ‘e muchacho...

Un domingo, temprano aún, papá Juan le llamó, con aquella su voz acostumbrada al mando.

—Minguitooooo...

Minguito salió de la cocina, destocado. El abuelo señaló el cocotal. Parecía no querer hablar, como siempre. Yo miré hacia el lugar que indicaba el dedo tostado. Minguito también miraba. Tenía en la mano el sombrero negro y le daba vueltas.

—¿Te atreves a tumbar cocos? —preguntó el abuelo.

—Ello... —aventuró Minguito.

Papá Juan no dijo una palabra más. Se fue, arrastrando las piernas; subió los escalones, se sentó en la galería y me llamó:

—¡Juan!

Me alzó en vilo, me colocó en sus rodillas y empezó su historia: —Una vez iba Constantino a la guerra y vio en el cielo una cruz de estrellas; debajo había una inscripción: «Con esta cruz vencerás...». El abuelo reía a medida que hablaba. Yo espiaba sus ojos negros, brillantes. En mi abuelo hablaban más los ojos que la boca. El sol le ponía un brillo tenue en la calva.

—Pero nunca debes creer semejantes tonterías, Juan —decía inesperadamente—. Los hombres inventan todos esos cuentos para manejar a los demás.

Ya no, no... Me agradaban las historias, pero sin complicaciones.

—¿Has visto alguna vez a Dios? —preguntaba de repente.

Y proseguía:

—Nadie ha visto a Dios. Date cuenta de esto: nadie le ha visto. Además, para que te convenzas, cierta vez...

Me alzó de nuevo, para cambiar de pierna. Yo volví la cabeza y vi a la tía, amarilla, esmirriada, con su moño sobre la coronilla y sus pelos en la barba, vestida con amplias faldas blancas. La tía dejó oír su voz de tinaja quebrada:

—¡Gaviño! ¡No enseñes herejías al angelito!

Papá Juan volvió el rostro. Sus ojos negros se animaron con aquella luz ruda que tanto me agradaba. Parecía, al hablar, que escupía: —¡Hazme el favor de atender a tus oficios, Vicenta!

Estuvo un rato con el ceño arrugado. Yo seguí con la vista la mancha blanca de la tía que se alejaba por el pasillo medio oscuro, sin hacer ruido; después pasé la mano por la cara del abuelo, y supliqué: —Sigue tu cuento, abuelito.

—¿Has visto? —me dijo—. Ya la vieja quiere meterme a rezador.

Se sonrió un momento, tornó a cambiarme de pierna y prosiguió: —Pues cierta vez, a la orilla del Miño, un río que hay allá en España, apareció una virgen sobre un árbol.

Yo estaba pequeñín, poco más que tú...

Sonó un golpe apagado. De alguna parte salió la voz:

—¡Don Juan!

Abuelo miró. Minguito estaba entre las pencas de una mata de coco y tiraba frutos a tierra. El sol brillaba en las hojas y pegaba en la cara negra de Minguito. Sus ojos pardos parecían no vernos.

—¿Tumbo más? —preguntó.

—Sí; todos —ordenó abuelo.

Y dirigiéndose a mí:

—Yo estaba pequeñín, como te decía; es algo que nunca olvidaré.

De momento me pareció que abuelo no pensaba en lo que decía. Miraba lejos, seguramente. Sus ojos no tenían brillo, sino claridad, claridad honda. Parecían charcos de agua limpia.

—Indudablemente son unos canallas, Juan —aseguró de repente—. Figúrate que yo tenía un tío cura y había visto algunas veces la imagen en su habitación.

No me sabía bien eso de que rompieran el encanto que yo esperaba; pero el abuelo reía, reía. Medio disgustado me volví: Nico atravesaba el patio.

Nico era alto, delgado, con piernas y brazos flacos. Tenía color de calabazo seco y juraba a cada paso. Le vi cruzar en dirección del cocotal, agacharse a recoger los frutos tumbados por Minguito y disponerlos en montones. Oí aquél:

—¡Cuidado, Nico!

Y el grito. Vi después a Nico tendido boca abajo, con los brazos en cruz, y a Minguito bajar de golpe, resbalando por la leve inclinación del tronco. Me impresionaron los ojos de Minguito: de pardos se habían tornado grises. Se le notaba

la palidez, aun por encima de su color oscuro. No se movía; se tapaba la boca con una mano y parecía que quería huir.

Papá Juan se incorporó; me dejó en el suelo y corrió. El sol hacía brillar los cocos recién tumbados y la calva de abuelo.

Yo sentía frío, mucho frío. Hubiera querido entrar en la casa y gritar, pero no podía. Nico me llenaba las pupilas. Apenas veía los pies desnudos de Minguito, inmóviles como si hubieran echado raíces de pronto.

Abuelo revolvió a Nico. Tenía la voz firme de siempre, cuando gritó:

—¡Vicenta! ¡Trae agua!

Tía se asomó a la puerta. La vi correr apresuradamente. Pareció querer hablar con la cocinera, pero de seguro las palabras no le salían.

Garantía, color miel de abeja buena, era flaco, largo, y sus ojos me gustaban porque miraban con cierta tristeza. No sé qué de persona sufrida había en los ojos de Garantía.

La noche anterior había ido a algún festín de cerdo muerto. Cuando entró, todo él contrito, el rabo entre las piernas, papá Juan lo llamó con rudeza. Vino pasito, pasito; se acurrucó junto a los pies de abuelo y pegó el hocico en tierra. No se le veían los ojos: el miedo los había apagado.

Yo no quise jugar con Garantía. Nunca podría explicar lo mucho que me impresionó la escena de la mañana, sobre todo cuando, ya en la galería, vi a Nico moverse y le oí decir, apenas vuelto en sí:

—Fue aposta...

Recuerdo fijamente cómo se alzó mi abuelo; casi estrujaba los puños entre los ojos de Nico. Habló con indignación, con voz de trueno:

—¡Cómo demonios lo iba a hacer aposta, muchacho!

Y luego, la cara como cenizosa de Nico; aquella mueca de cansancio; la sensación de que se le caían pedazos de rostro. Estaba tirado sobre el piso, la cabeza en una mancha de agua. Se incorporó muy lentamente, se pasó la mano por el lugar golpeado y se levantó. Le vi al rato buscar su sombrero con los ojos.

Me había dejado la escena como estrujado. Recordaba las piezas de ropa, cuando las retuercen para extraerles el agua, antes de ponerlas a secar.

Por eso no jugué con Garantía.

—Ignacio de Loyola fue un navarro testarudo y malo, Juan —explicaba el abuelo—. Fundó la Orden de Jesús y le premiaron sus maldades haciéndole santo.

Estábamos en la galería, junto a la enredadera de carmelitas. El sol se colaba blandamente por entre las hojas y se posaba en la camisa blanca de abuelito. Sin saber yo por qué, los dedos huesudos y tostados de papá Juan se clavaron en mis brazos. Me volví: tuve sólo la impresión de una mujer que corría dando gritos. La mujer llevaba las manos apretadas sobre la cabeza, los brazos contra la cara y el

negro pelo suelto. Después pasaron más gentes corriendo. Los pies golpeaban el camino real y se cruzaban ladridos de perros. Oímos el rumor que se acercaba. Papá Juan estaba de pie, toda la dura mirada rompiendo las mallas que daban al camino.

Un grupo se acercó al portón; algo traían cargado. Papá Juan avanzó, su paso era largo y seguro; balanceaba la espalda y apenas movía los brazos.

Yo corrí tras él y tropecé con la mirada muerta de Minguito, con la mirada que era espesa y a flor de ojos. La sangre le salía del costado y caía a chorros finos sobre el polvo de la vereda. Los hombres caminaron de prisa hacia la enramada, señalada por el brazo recto de mi abuelo.

Él se volvió al camino. Me pareció que no podía ver porque sus ojos eran como telas estiradas. Llamó al otro grupo, y cuando tuvo frente a sí a Nico, su mano grande, su mano de trabajador, dibujó un semicírculo imponente en el aire. La voz era sorda y agria.

—¡Asesino!

Nada más dijo, pero pareció masticar cada sílaba.

Nico se acercó más aún. Tenía la cabeza baja y se le veía la frente pálida. Pretendió mover el brazo derecho, como si hubiera querido secarse alguna lágrima. Cuando habló, las palabras le salieron a golpes, ahogadas:

—Donjuán... Fue aposta... Él estaba enamorado... enamorado... de Mariquita...

—¡Asesino! —tornó a decir mi abuelo.

Yo vi claramente cómo escupía al hablar. Su voz era un soplo caliente y recio.

Nico alzó los hombros. Era ahora una dolorosa figura de hombre vencido, destrozado. Todo él parecía acurrucarse y alejarse, alejarse... Se me antojó que estaría mojado, como si hubiera llovido. Pero lo doloroso de su figura, de su desmadejamiento, se tradujo en la voz:

—Don Juan... fíjese que yo... yo... no le... no le he faltado el respeto... Por eso...

—¡Asesino! —le escupió mi abuelo, casi sobre el oído.

Yo estaba soliviantado y tenía ganas de romper en gritos. Aquí, junto a mí, mi abuelo encorvado movía el brazo y hablaba con lentitud, más impresionante que un incendio. Estaba, además, el hombre vencido, destrozado, encogido, lejano...

—Por eso... no lo maté... no lo maté en su casa... don Juan... —seguía Nico—. Fíjese que fue... que fue en el camino real...

Papá Juan apretó la quijada; extendió el brazo señalando el camino y miró al grupo.

Se lo llevaron. Era una masa abigarrada y murmurante. Abuelo creció hasta cubrirme el horizonte.

Entonces fue cuando sentí aquella oleada caliente que me llenaba el pecho: Garantía lamía la sangre y caminaba sobre la enramada, tras la huella roja que dejó Minguito.

Sombras

En medio de la lluvia, a ratos, encendían fósforos allá arriba. Después hacían corretear una gran carreta. Se oían las ruedas chocar con el empedrado del cielo.

Telo comenzó a alejarse al rumor de la lluvia que golpeaba sordamente en las yaguas. Sentía cómo se iba desvaneciendo en sí mismo hasta convertirse en algo blando. Pudo pensar, en el sopor, que era un hombre de algodón y algo más. Ese algo más es lo que se va cuando dormimos.

Telo pasó, desde su idea, al sueño pesado de quien trabaja doce horas diarias. Ya no le molestaban los fósforos con que Dios, seguramente, encendía un cachimbo tan grande como la Tierra.

De improviso, el chapotear de los caballos y los ladridos furiosos del perro. Telo se incorporó con asombro y tiró a su mujer del brazo. Sintió el corazón palpitar tan aceleradamente que casi parecía una sola diástole. Se oían voces atropelladas, como si la gente que venía estuviera borracha. Además, Telo comprendía que eran muchos los que acercaban. Tuvo la esperanza de que fuera la tropa de Minguito.

Alianza estaba furioso. Sus ladridos eran secos, veloces y cortos como tiros. Telo oyó una voz ronca decir:

—¡Alto! ¡A tierra!

—Tírate... —dijo él en voz baja a su mujer.

Cuando dieron aquellos golpes retumbantes en la puerta, Telo tenía en la mano su cuchillo. Él no recordaba cómo lo había conseguido en tanta oscuridad.

La voz que mandó primero ordenó:

—¡Abra!

Telo contestó, con las palabras estranguladas por el asombro:

—¿Quién llama?

—El ejército —respondieron de modo cortante.

—Ya voy —dijo Telo.

Pero en verdad, no pensaba ir. Maquinalmente pasó a su cuarto, se puso la camisa azul y los pantalones. Aún en ese momento no sabía qué debía hacer. Abrió la puerta, cierto; pero sin detenerse a pensar cómo le convenía obrar. Tan atropelladamente procedió que no se le ocurrió hacer luz.

Al abrir vio caballos y hombres desdibujados; mejor dicho, los adivinó. Estaba en el vano de la puerta, con ojos de idiota, como si lo hubieran tirado en un charco de lodo, incapaz de penetrar el misterio que suponía la caballería entre esas lomas.

—¿Qué quieren?

—¡Haga luz!

Telo se dio una palmada en la frente. Conoció entonces que tenía las manos como hielo. Comentó:

—Anda la porra... Verdá.

Al encender la jumiadora vio a la mujer en un rincón del aposento, acurrucada, envuelta en una bata listada, con los ojos muy abiertos y las manos apretadas contra el seno.

—¿Qué pasa, Telo? —inquirió ella.

Su voz fue tan tenue que Telo no oyó las palabras, aunque las adivinó. El tiempo era escaso y susurró:

—Quédate ahí.

Al amparo de la jumiadora pudo ver la cara del teniente: trigüeño quemado; usaba bigote pequeño y tenía en la mirada un abismo preñado de oscuridades. A Telo le impresionó hasta lo increíble la mirada del teniente. No así los ojos de veinte soldados clavados en él. Al entrar se dio cuenta de que la luz hacía reflejar el revólver de un cabo como si hubiera sido espejo.

—¿Quién está en ese cuarto? —inquirió el oficial.

—Mi mujer nada más —contestó Telo.

El otro, como si no le hubiera oído, ordenó:

—¡Registre eso, cabo!

Apoyó el codo derecho en la pierna respectiva, aguzó la mirada y estudió largamente a Telo.

Telo había recobrado su sangre fría. La jumiadora parecía un ojo que se cerraba y abría intermitentemente. Los ladridos de Alianza desesperaban.

—Llame ese maldito perro. ¿No es suyo?

—Sí, mi teniente.

Anduvo hasta la puerta, con paso lento, y silbó.

La luz hizo destacar los ojos de Alianza. Dieron la impresión de dos brasas suspendidas en el aire: el can era más negro que la noche.

—Esto es lo único, teniente —dijo el cabo señalando a la mujer.

Ambos volvieron el rostro. Todavía la hembra conservaba los ojos demasiado abiertos. Estaba en la puerta del aposento y producía el efecto de algo que no tardaría en desmadejarse.

El jefe chasqueó los labios y detuvo la atención en la mujer. Después acentuó el movimiento de cabeza para ver a Alianza, cuyos gruñidos inquietaban. El perro, con seguridad, miraba hondo en aquellos desconocidos.

—Está bien, cabo —dejó oír el teniente.

Telo no levantaba los ojos de los zapatos de su interlocutor. Las palabras del militar eran lentas, medidas:

—De manera que usted no ha visto nada.

—No, mi teniente, ni aun sabía que había revolución.

—Pero yo tengo noticias de que han pasado por aquí —insistió el otro—. Un tal Minguito los manda...

—Tal vez haigan pasado de noche. Yo no sé decirle. Súbito el militar cambió de táctica. Preguntó, como quien no da importancia a lo que habla:

—¿Este camino lleva a Básima?

Telo esperaba esa pregunta. Hacía rato que le retozaba un trocito de hielo en el pecho. Si seguían el camino... Pero no hizo esfuerzo alguno para encontrar la respuesta: ella surgió como empujada de muy hondo:

—Bueno... Ése no. Yo tengo un trillito, casi hecho por mí; pero no cabe la caballería. Está por donde ustedes vinieron, nada más que yo atravieso la quebrada, cruzo el potrero y llego media hora antes.

El teniente jugaba con la punta de su corbata. Calmosamente cruzó las piernas. Se rozó las manos, una contra otra, como quien tiene frío. Preguntó:

—¿Por qué vive usted aquí, tan lejos de la gente?

—Bueno... Como estos son terrenos comuneros, que no cuestan nada.

—Sí, comprendo —terminó el teniente.

Otra vez el trocito de hielo en el pecho. Ya ese hombre hacía muchas preguntas. Telo no comprendía cómo había podido salvarse.

Alianza tornó a sus ladridos furiosos cuando el extraño se incorporó. Enseñaba lo único blanco que tenía: dientes. Los ojos persistían en su empeño de ser dos brasas suspendidas en el aire.

Telo tenía en las pupilas esa imagen: veinte hombres montando a caballo, con movimientos iguales, al amparo de su jumiadora. Pero su lámpara no era más que una leve esperanza estrangulada por la noche.

Los militares se desdibujaron. Los cascos rompieron algunos espejos rotos que habían formado la lluvia y la luz. Alianza ladró mientras no le ordenó el dueño callar.

Cuando entró al bohío le salió al paso la inquietud de su compañera.

—¿Se fueron, Telo? —inquirió alargando la mirada.

Se sentó en el catre. Comenzó a rascarse la cabeza y, como quien consulta, dijo en alta voz:

—Tengo que dir. Yo creo que no lo saben.

—¿Que no lo saben? Mira, lo apuesto...

—Si no me equivoco —soliloqueó él— están ahora en Las Cruces. Minguito está corriendo un gran peligro, Fiquín.

—Pero no vaya, Telo.

—¡Usted no tiene que mandarme, concho! —vociferó Telo en cambio brusco y voz sorda.

Fiquín se quedó estupefacta. No encontró otro camino que llorar.

Telo se alumbró con la jumiadora, quitó la aldaba a la puerta que daba a la cocina y se quedó con el oído pegado a la hoja medio abierta.

Alianza ladró de nuevo.

Telo oyó la última súplica de su mujer, pero le halaba muy fuertemente la idea de su amigo cercado por el ejército. Él sabía dónde estaba, cuánta gente tenía, qué armas: hubiera sido un indigno dejándolo a su suerte.

Apagó la jumiadora. Por el trillito comenzó su sombra a fundirse en la gran sombra de la noche. Fiquín rezaba.

El disparo pudo no haber sido, porque Telo sólo tuvo el asombro de los árboles iluminados repentinamente por su resplandor rojizo. Todo volvió a ser negro. Se llevó la mano derecha al pecho y sintió la humedad del suelo, al caer.

Fiquín comprendió la verdad; mas no perdió el conocimiento sino cuando oyó, detrás del bohío, la voz ronca del teniente:

—No me equivocaba. Los ojos de la mujer lo vendieron.

Y luego, como quien habla con otro:

—Busca los muchachos. Están en Las Cruces.

Fiquín lloraba. Hasta los ladridos de Alianza parecían hechos de sombras.

También a ella la estranguló la noche, como a la lamparita...

El alzado

Se le hacen charcos oscuros, lagunas de tinta. Claro: el sueño domina aunque no querramos. Y en llevar bien abiertos los ojos y sensibles los oídos va la vida: en este camino, cuando menos se espera desemboca un pelotón y ya está hecho. Bonita cosa dejarse matar sin ver al viejo, después de tanta fatiga.

Juan Antonio piensa:

—Lo mejor será echarse al monte.

La noche es terriblemente negra. Además, la tierra húmeda de lluvia reciente no deja oír pisadas de caballos que vengan. A él mismo le es difícil verse las manos. Y ahora no recuerda si aquí, a la derecha, hay alambrada. ¡Maldita memoria!

El aire es frío, mojado. Sin duda que pronto lloverá de nuevo. Quiera Dios que a la cabezada del río no sea así. De cualquier modo hay que llegar. Están, en primer lugar, el deseo de ver al padre, de tranquilizarle; y en segundo, la necesidad de comer y descansar.

—Por aquí, Morito; por aquí.

El alzado le habla a su caballo como pudiera hacerlo a una persona. Tiene una voz ronca, resonante. Y el animal entiende: tuerce a la derecha, echa cuesta arriba, por el barranco, y se adentra en el bosque, sacudiendo en los flancos su enlodada cola.

El rancho del viejo estaba ahí. Se veía como la copa de un árbol caído.

El bruto se detuvo, comprendiendo que no debía hacer ruido. Juan Antonio sintió como un crecimiento en el pecho y tuvo necesidad de respirar hondo. Hubiera querido tirarse y llamar; pero se contentó con acariciar la crin de Moro. Le pareció después que se hundía algo: la misma impresión que si el suelo, bajo los pies de su caballo, fuera de arena movediza. Se rehízo pronto, silbó; y luego, cuando en el limpio del frente se acostó un cuadro de luz, llamó con voz que le salió opaca:

—¡Taita! ¡Taita!

Al abrazar al viejo le hizo daño sentirle tan huesudo, como si no tuviera carne. Él, en cambio, era todo músculos. Y alto, además.

No se dijeron una palabra. Entraron de brazos y Moro se quedó mordisqueando la grama. De vez en vez le corría por la piel un temblor.

El hijo se sentó en la hamaca, tiró a un rincón el sombrero de fieltro y se despojó del revólver. Todo el cinturón era un alineamiento de balas. Luego se incorporó y puso el arma en una silla.

El viejo le miraba, le miraba: aquel mechón de cabellos lacios y negros, que le caía sobre la frente como un chorro de alquitrán; y los ojos, pequeñitos y a flor de piel; y los dientes muy blancos y muy parejos.

—Tú tienes hambre, ¿verdad, Juan? ¿Qué te preparo?

—No, taita, nadita. Será mañana.

La luz del hacho hacía bailar las sombras.

Comenzó a desvestirse, pero al quitarse la camisa procuró que el padre no viera una cicatriz que le atravesaba el pecho.

—¿Y fue que te derrotaron? —preguntó el viejo.

—Sí, hombre. Bueno... Un desbarajuste.

Se quedó un rato silencioso, con la barbilla en la mano.

—Pero eso no es nada —agregó—. Horitica estamos prendidos otra vez.

Al viejo se le dibujó una sonrisa afilada. Sentía una brisa grata y fresca envolviéndole.

—Asina es, hijo. Agora debes dormir.

—Yo sí creo... ¡Tengo sueño...!

Se le cerraban los párpados. Cada pierna y cada brazo le pesaban una barbaridad.

—Taita —recomendó—, asegúreme a Moro donde pueda comer. Debe estar muerto de hambre, el pobre.

El viejo se incorporó. Al abrir la puerta oyó, blando y lejano, un mugido. Calculó dónde estaría ese toro; después pensó:

—Algún infeliz se está al morir.

El cielo estaba encapotado y negro.

Juan Antonio despertó a los ladridos. El corazón le dijo lo que sucedía y de un salto corrió hasta la silla. Con el revólver en la mano, sigilosamente pasó a la otra habitación. Su padre dormía. Trató de ver por la rendija y en la penumbra adivinó la línea de soldados, que a otro le hubiera parecido una sinuosidad del terreno. Cuando volvió el rostro ya el viejo se había incorporado.

—Estoy cogido, taita —dijo secamente.

Y al cabo de un segundo agregó en poca voz:

—Salga y diga que yo me entrego.

El viejo palideció. Los iris se le hicieron pequeñitos como puntas de alfileres y miró a su hijo con una mirada que hacía daño de tan dura. Se llegó hasta él, sin hacer ruido, y sordamente desgranó las sílabas del insulto:

—Eso era lo último que yo esperaba de ti.

Juan Antonio no quiso entender el significado de esas palabras. ¿Acaso el padre lo creía cobarde? Y apretó más el revólver, como queriendo deshacerlo a fuerza de dedos.

Lentamente, como si nada sucediera, el viejecito todo huesos comenzó a vestirse. Después, con paso seguro, atravesó su cuarto y llegó a la puerta que daba al camino. Resuelto, sin titubeos, la abrió; y antes de que el sargento diera orden de disparar, deshizo la distancia que les separaba y asombró a la soldadesca con su voz aplomada:

—Mi hijo está ahí y se rinde si le aseguran que van a fusilarnos juntos.

Dijo, cruzó los brazos y se dio a ver cómo el sol comenzaba a poner oro en los cogollos de los pinos.

La pájara

La lluvia nos envolvió de golpe. Estábamos subiendo el tercer repecho de El Montazo y la noche se nos venía encima. Los pinos empezaron a ahogarse en una especie de humo claro; los menos cercanos al camino acabaron por desaparecer en la bocaza gris de la lluvia.

Detrás de nosotros la tierra llana se había perdido bajo el humo. Detuve un momento el caballo y traté de hundir los ojos en esa masa blanda; quise después ver el camino levantado, alzado; pero tuve nada más la visión de agua sucia escapándose por las orillas.

Malico no se mojaba. A media tarde, cuando cruzábamos El Pajonal, dijo con la voz rota por el trote de su montura:

—Desde El Montazo tenemos agua.

Se detuvo en el primer palmar que nos salió al paso, echó pie a tierra, tomó la mejor yagua que halló; la dobló luego por mitad, hizo un corte redondo, para que le cupiera la cabeza, y se la puso a modo de camisa. En este momento yo tiritó de frío y me doblo huyendo de la lluvia que pega como arena arrojada de alto; pero Malico va erguido y canta. No veo a los demás: también el humo blando traga hombres.

El viento brama. Se adivina que debe envolver el bohío y trata de arrancarlo. La lluvia clavetea en las yaguas, asoma por alguna gotera y golpea sorda e isócronamente la tierra del piso.

Es curioso; pero todos tienen esta noche los ojos rojos: veo claramente la llama temblar en los iris. Fue una suerte que Felle metiera leña en el bohío la última vez, porque ahora hemos podido hacer fuego y calentarnos.

Nelio está en cuclillas, cruzado de brazos y con los ojos metidos en el fuego. Fuma su cachimbo con gran lentitud y la fogata le barniza la frente.

Taquito, pequeñín, renegrado, fuma también; se sujeta ambos pies con las manos y empuja de vez en vez los maderos. De pronto habla, con su vocécita quebrada:

—¡Jum!

—Po' dende que orée el sol estamos andando —asegura Nelio.

Felle vuelve el rostro. Su cara indolente enrojece de pronto. La llama retoza con su piel oscura, grasienta. Se echa el sombrero atrás de un golpe, pasa su mano dura por todo el rostro, y dice:

—Se conoce que usted no ha montiado aquí, Nelio.

Sonríe muy levemente, torna el sombrero a su posición anterior. Acaba por encerrarse de nuevo en su gesto distraído.

Chilín alarga el brazo. Al final está el cachimbo, con la raíz vuelta hacia el oeste, como si quisiera señalar mejor. Se le escucha, pero sólo se le ve la mano.

—Ahí está enterrado el pobre Filo —dice.

Y encoge el brazo.

Se oye mejor ahora el chisporrotear de los maderos. Las goteras golpean el piso con regularidad. Veo a Taquito apoyar las manos en tierra y empujarse a sí mismo buscando calor. Nelio pregunta, sin volver el rostro, como quien no da importancia a lo que habla:

—¿Se averiguó de qué murió, Chilín?

—En un desbarranque —ilustra la voz.

—Y vea: dos días estuvo muerto el pobre. Lo halló taita —terció Malico.

Chilín pide:

—Déjeme sitio, Nelio.

Es el más viejo. Blanco hasta los cabellos, ojos azules que parecen espinas, alto, flaco; no tiene dientes y la voz le suena arrastrada. Se acerca a la fogata, toma con su mano derecha un tizón, lo lleva al cachimbo; chupa un poco, vuelve el tizón a su sitio y aleja los ojos hacia el techo.

—Lo hallé de chepa —dice—, porque la yegua baya se me metió por la quebrada; pero no creía que estaba muerto.

Calla; calla y fuma. Es como si no estuviera aquí: su mano izquierda en el cachimbo, todo él enigmático y cerrado como una maleza...

Fellé le toca en un brazo y ruega:

—Cuéntenos lo de la culebra, viejo.

Y Chilín, casi sin mover los labios, adelanta:

—Eso sí fue lo raro...

De pronto veo a Malico revolverse, poner en las piernas la vaina del colín y mirar a Fellé con ojos fieros. No dice una palabra, pero está pálido como si le hubiesen insultado. Su color blanco rosáceo se ha hecho verdoso, a pesar del rojo de la llama. Se enmarca la cara entre las manos y mira la fogata. Me parece que le arderá su barba negra.

—¿Qué fue? —pregunta Nelio.

Los ojos de Malico saltan de Fellé a Nelio. Pretende hablar, pero Chilín empieza:

—Yo andaba atrás de la yegua baya. Esa condenada se metió por la quebrada. Entonces estaba lobita. Le tiré el lazo como diez veces, pero se me diba, porque había mucho matojo.

Calla, toma otra vez el tizón, lo pone sobre su cachimbo y chupa. No tiene dientes y los carrillos se le hunden hasta parecer encontrarse por dentro.

Las palabras le salen con humo.

—En eso la vide que se quedó mirando para abajo, se espantó y largó un relincho. Yo también vide, porque me chocó: ahí mismo estaba la culebra, colorada y de este gordo.

Chilín retira su mano del cachimbo y con las dos abarca la pierna derecha.

—Estaba enrollaíta —prosigue— y se quedó aguaitándome. ¡Mire! ¡Yo ni an me quiero acordar! Creí que me diba a bajar. Jalé por mi colín y le tiré un machetazo,

pero se desenrolló y salió en carrera. Me le fui atrás, y cuando menos lo esperaba topé con el difunto.

Vuelvo la cara: Malico está como quien trata de no oír. Tiene los ojos clavados en el suelo y a veces los entrecierra. El viejo Chilín se agarra las rodillas con las manos. En voz baja, como si no quisiera decirlo, aventura:

—La vieja Clemencia me dijo que eso era el Enemigo Malo. Asigún dicen, Filo no se había confesado nunca...

Taquito tiene cara de sueño. Ya no fuma. A ratos cabecea, a ratos se estruja la cara con su manecita renegrada.

De pronto Nelio empieza a hablar. Sujeta el cachimbo por delante de la rodilla derecha y mira por encima del hombro:

—Por eso no, porque una vez me pasó a mí tamaño lío con una culebra y...

Malico se adelanta. Por entre las llamas cruza su puño cerrado, revolviéndolo como si quisiera destrozarlo todo. Está casi echado en el suelo y sus ojos se han bebido el rojo de la fogata. Le cuesta trabajo soltar las palabras. Abre la boca como si temiera no terminar:

—¡Se acabó, carajo! A mi taita no le diba a faltar el respeto, pero el que miente aquí más esa pájara, ¡se tiene que matar conmigo!

Chilín se irguió lentamente. Su sombra cubrió casi un paño de pared. Había dejado el cachimbo y parecía otro. Los ojos estaban casi blancos y la mano le temblaba al señalar a su hijo.

—¡Qué es eso, Malico! —tronó.

De pronto cruzó, ágil como un gato, por encima de la hoguera, se agachó cuanto pudo y alzó una mano. El hijo miraba entre asustado y suplicante. Yo quise sujetarlo. Vi los ojos de Malico huir, huir. Me pareció después que apretaba los dientes. Los pies del viejo bailoteaban entre las brasas. La luz enrojeció un hilillo que corría junto a la nariz de Malico, hasta perderse en el bigote negro.

Chilín volvió a su sitio, con el ceño fruncido, y señalando con una proyección de la barbilla a Nelio, dijo:

—Siga su cuento.

Pero todos sentíamos el ardor en la cara, como si la bofetada hubiera sido a cada uno y no a Malico.

Le hubiera tumbado la cabeza de un machetazo: desde las once teníamos las reses entramojadas, sin embargo, el maldito potro nos mantenía corriéndole atrás todavía. Resolvimos cercarlo, desesperados ya. Chilín no se hubiera atrevido a decir ahora que para buscar animales mansos no hacía falta el perro: este potro había sido domado, pero estaba tan brioso y tan mañoso como si nunca lo hubiera tocado mano de hombre.

Desde el lomo de mi mula, la sogá lista y el deseo sobrante, lo acechaba cerca de un matorral, cuando me pareció oír un relincho alegre; a seguidas me golpeó los

oídos su paso inquieto, como si tamborileara. Lo vi cruzar la gramita del alto a toda carrera, la larga crin al viento.

—¡Ahí va, Malico! —advertí.

El potro se asomó a la barranca, volvió la cabeza y tomó impulso. Hubiera saltado, de seguro, pero el lazo lo alcanzó. Malico clavó su montura. De pronto vi su cabeza descender: me pareció después que se arrastraba. Cuando me bajé de la mula vi a Malico desesperado, tratando de envolver la soga en un tronco seco.

—¡Corre, que se ajorca ese condenao! —vociferó.

El animal alzaba la cabeza y daba saltos furiosos. Oí el alegre ¡ijaaa! de Fellé. Su lazo cruzó sobre mi cabeza y al rato asomó por entre los amaceyes su sonrisa tranquila.

Malico señaló con la mirada su montura.

—Aguaiten —dijo—, se quebró la pata.

Chilín oyó claramente. Venía cerca, a pie.

—¿Cómo fue eso? —preguntó.

Malico posó los ojos en el potro, que tenía las orejas erectas y los ojos llenos de luz.

—Este maldecido que se quiso juir por aquí.

Su brazo indicaba la barranca, cerrada de maleza como cabeza de negro.

Chilín se acercó. Miró la montura malograda, detenidamente; se volvió luego a su hijo y mandó:

—Quítele el aparejo.

Malico fue hacia Nelio. Tenía cara de asustado. Parecía no querer hacer lo ordenado. Muy sordamente aseguró:

—Eso fue por estar mentando esa pájara anoche.

Chilín adelantó. El sol hacía caer sobre la barbilla la sombra de su nariz. Se plantó frente a Malico, sacudió una mano y afirmó:

—Fue porque diba a pasar, nada más.

Y a seguidas:

—Quite ese aparejo pronto que tenemos el agua arriba.

Nelio y Fellé habían pasado ya con las reses. Un poco detrás iban Malico y Chilín. Quise ser el último, porque tenía miedo del potro en ese paso. La Ceja se enredaba a la loma, apretándola. Era larga y estrecha. Apenas si cabía una montura.

Taquito se empeñó en montar el potro.

—Él no es lobo, Taquito, pero está muy brioso —advirtió Fellé.

La manecita renegrada hizo un gesto de desprecio. Montó. El animal caminaba ladeándose, queriendo clavar cada pata en el camino.

Nosotros veíamos las nubes acercarse, buscarse, hasta parecer un remolino. El cielo no era ya más que un depósito de humo. Nos aplastaba la pesadez de la atmósfera. Si hasta se dificultaba respirar...

—Éste sí es calor —aseguró Taquito volviendo el rostro.

Sonreí. Entrábamos en La Ceja y el potro se ladeó.

—¡Jum! ¡Cuidado con tu maña! —rezongó Taquito.

La lluvia estaba sobre nuestras cabezas. Se veía venir. Nos acechaba.

Fue al tomar La Ceja. Yo iba justamente detrás. Toda la loma se llenó con esa luz impetuosa y blanca. El relámpago fue exactamente una culebra. Una culebra que Dios tiró a la Tierra. Tuve el tiempo preciso, antes de estallar el trueno, de ver a Taquito levantar la mano derecha y hacer la señal de la cruz. A seguidas nos apretujó el sonido largo de cañón arrastrado de loma en loma.

El caballo se alzó. Le veía la larga crin blancuzca. Se movió a un lado y lanzó un relincho que prolongó el trueno. Sus patas traseras golpeaban con nerviosidad la orilla del abismo. Hubiera querido tirarme y correr, pero tenía miedo de espantar el potro. La mano de Taquito, pequeña y renegrada, se alargó buscando una raíz. Yo vi claramente sus dedos engarfiados, sus ojos vueltos a mí, su boca entreabierta. Oí gritos, carreras. Hubo luego rumor sordo de cosa que rodaba y golpeaba.

Venían todos, pero sólo me pareció ver a Chilín. De momento, como si hubiera enloquecido, señalando el pedazo de tierra arrancado, gritó Malico:

—¡La pájara! ¡La pájara! ¡Yo lo dije! ¡Lo dije!

Chilín se quedó mirándome. Tenía vergüenza. Pero me miraba. ¡A mí! ¡A mí!
¡Como si yo hubiera sido el asesino de Taquito...!

El algarrobo

El hombre que estaba allá adentro, en el corazón del monte, oía sólo dos cantos: el suyo y el del hacha.

De mañana empezó a tumbar la yaya y a los primeros golpes aletearon los pajaritos. Piaron y se fueron. El hombre, duro, oscuro y desnudo de cintura arriba, los siguió con la vista. Por entre los claros de las hojas había manchas azules.

«Aoé, tolalááá...».

El canto triste del hombre resonaba en el monte. Hasta muy lejos, tropezando con todos los troncos, se regaba el golpe del hacha.

Tres días estuvo él tirando al suelo los árboles que rodeaban el algarrobo; pero no se sentía con fuerzas para picar el algarrobo. Seis hachadores hubieran tardado una semana. Era un árbol grueso hasta lo increíble, majestuoso, alto: el rey del monte.

La tarde sube las lomas desde la tierra llana; después persiste en levante una pintura rojiza. El hombre piensa que el cielo se quema. En el filo de su hacha está también el incendio del cielo.

Todavía canta él. Viene cantando, como si eso le ayudara a caminar. Tras los guayabales, aquí a la izquierda, recoge su humildad el techo del bohío.

El hombre viene cantando, la mano oscura mecida, la otra al mango del hacha. Su mujer no está a la puerta, como siempre.

Estamos acostumbrados al silencio, tan acostumbrados que los pensamientos nos hablan a la vista nada más. Por eso le sorprende al hombre la voz.

—Lico, estoy mala.

Su mujer, que se siente mal. Tiene el vientre esponjado y espera...

Lico piensa en la yegua, en la vaca.

—Cuidado si está cerca —murmura él.

Siente que la mujer se mueve y la oye quejarse débilmente.

Lico tiene los ojos abiertos y no ve. Recuerda su vaca joca: un día se fue, despaciosa, los ojos apagados, la barriga hinchada; otro día volvió con su ternerito; lo lamía con una gran ternura, como quien acaricia. Encuentra una razón y se prende de ella.

—Yo no lo esperaba tan pronto.

La mujer se queja y susurra:

—Pero yo estuve hoy en el río, lavando.

Él, esperanzado aún, pregunta:

—¿Busco a Lola?

Y la mujer dice:

—Bueno.

A la vuelta se fue Lico a la cocina y encendió fuego; se estuvo allí esperando, silencioso y cansado. Veía en sus manos la mancha roja de la llama. Tenía frío y hambre.

La madrugada empezaba a borrar la noche cuando el hombre oyó el quejido sordo; hubo después otra voz, delgadita y fañosa, que parecía llegar del monte cercano.

Ya no se necesitaba la llama en la cocina. Tan lejano como fue posible cantó un gallo. Lico se levantó y salió: quería ver el sol; pero antes que el sol asomó Lola su cara estirada y cenizosa.

—Dentre —dijo—. Es la misma cara del taita.

Lico vio a su mujer, bajo la sábana roja, con la cabellera como una raíz negra regada en la almohada. Ya no tenía el vientre esponjado y el catre parecía pequeño: junto a la madre había una cabeza menudita, sin nariz definida, sin ojos definidos, sin boca definida: era como una carita de barro gastada por la lluvia.

El hombre quiso reír.

—Lola dice que se parece a mí —comentó.

La mujer le miró, miró al niño, sin moverse, y aprobó en silencio.

El hombre estuvo un rato callado; al fin dijo:

—Yo tengo que dirme a la tumba. No te alevantes que Lola se queda.

Y nada más. De un rincón tomó su hacha. Se detuvo un segundo en la puerta, alzó los ojos y vio el cielo.

Se fue, al hombro el hacha y el sol en filo. Su hijito tenía color de camino. Llegaría tarde al trabajo.

Pensó:

—Hoy tumbo el algarrobo.

Y el algarrobo era grueso hasta lo increíble, majestuoso, alto: el rey del monte era el algarrobo...

Forzados

Aquello no fue algo avisado ni esperado; la tropa se presentó en grupos, vomitando juramentos, con los rifles a discreción. Estaban groseramente vestidos. Bolito recuerda con fijeza la polina rota de uno que más bien parecía bandolero que soldado.

Eran como fieras uniformadas surgiendo de cada matorral, de cada piedra. Además no se les veía jefe, puesto que repartidos entraban en los bohíos. Su primera acción era golpear brutalmente al perro. Leal, por ejemplo, estuvo largo rato aullando a causa de un culatazo en la cabeza.

Nunca sintió Bolito indignación tal. Al principio, como creyera que no había otros, empuñó con tanta fuerza el cabo de su colín que la mano se hizo parte del machete. Pero después heló y apenas si pudo mover los labios al querer hablar. Oyó las quejas del viejo Amalio y, fina de emoción como la espuela de su gallo, la voz de Angué en súplicas:

—No me amarren, por lo que más quieran. Yo voy donde ustedes manden.

Ninina no articuló palabra. Verdad es que de los ojos le salían dos chorros de lágrimas. Pero Ninina no quiso estrujarse los párpados con la mano, siquiera: lo mejor era no darle penas a Bolito.

Bolito accedió a salir, mas era necesario empujarle para satisfacer la animalidad. Desde el camino vio uno de los soldados sonreír a Ninina; acaso pensaba en el catre... ¡Asesino!

Juntaron su brazo izquierdo al derecho de Ricardo y los liaron con una soga de majagua, como a los andullos. Ricardo miraba con ojos torcidos y apretaba los labios. De Bolito tan sólo los dedos cambiaron; los contrajo en lento movimiento y las venillas crecieron hasta querer romper la piel. Eso fue todo...

La línea era larga, larga. Caminaban bajo el sol como quien no camina. Hubieran podido estar así años y años, sin que los pies dolieran ni el sol quemara, a pesar de ir todos descalzos y de sudar. Nadie habló; pero los soldados reían mientras duró la marcha.

Bolito levantó los ojos al cielo y le asombró su luz. Vio a los primeros subiendo un repecho y recordó su tiempo de peón, cuando venía por este camino arreando las vacas de Viguín, el amo. Igual, exactamente igual. También las vacas venían amarradas en parejas. Verdad es que a veces se detenían para arrancar algún matojo.

Llegaron con la noche. No había casas en aquel lugar, sino como unos depósitos de madera, blancos. En la entrada se recortaban las sombras de dos rodillos. Atravesaron antes una carretera que se veía blanca, pero a medida que las nubes dejaron ver la Luna se hizo verdosa. Después los metieron en una enramada grande y los mandaron dormir sin desamarrarlos. Bolito, con la mano libre, fue quitando las piedrecillas que le molestaban; sintió más tarde cómo la humedad se le adentraba

lentamente en el cuerpo. Tenía ganas de hablar y escupir. Dijo muy quedo, al mucho tiempo:

—¿Habrá revolución, Ricardo?

—Ojalá... —contestó el otro.

Bolito alzó un tanto la cabeza para ver los alrededores y le cortaron la vista unas sombras que paseaban; tenían algo sobre el hombro y la Luna hacía brillar cuchillos largos en las puntas de esos algos.

Dentro, una masa negruzca se movía sin hacer ruido. Parecían grandes gusanos metidos en un pudridero grande. Bolito recordó las lágrimas de Ninina y se mordió la lengua al pensar en aquel soldado rezagado que sonreía a su mujer y deseaba, con seguridad, un catre.

No supo cuando le entró el sueño, pero debió ser tarde. Despertó porque soñó que aquellos dos rodillos venían sobre él y él estaba amarrado a tres recias estacas y tendido a la fuerza sobre la carretera...

En la madrugada la masa se veía gris, pero seguía hediendo. Algunos se ponían en pie y se sacudían el polvo. Ricardo dijo, a la vez que se rascaba la cabeza:

—Oye, Bolito, mi mujer está preñada.

Bolito pensó contestar algo; mas sentía la lengua pegada al paladar y la quijada dura, como si en la noche se le hubiera hecho piedra.

Un hombre que no era soldado, sino como ellos, vino con un cuchillo y empezó a cortar las sogas. Los brazos estaban insensibles y tardó mucho en irse de las manos aquel color amoratado. A poco otro se acercó y dijo en alta voz:

—Hemos querido reunirlos aquí para que trabajen en la carretera.

—¡Y pa' eso había que traernos amarrados como a criminales! —estalló alguien.

Bolito murmuró:

—Yo creí que estaban reclutando...

El hombre no hizo caso y prosiguió:

—Solamente es por cuatro días, pero el que no esté conforme puede decirlo; en el pueblo lo ablandarán.

Se quedó unos minutos sonreído, enseñando medio diente de oro. Volvió a hablar, esta vez señalando una barraca de madera techada de zinc:

—Vayan pasando uno a uno por ese depósito. Cojan un pico y pónganse aquí en fila.

Las piedras quemaban las plantas de los pies y pedacitos menudísimos de ellas, al romperlas, pegaban en la cara. Ricardo no hacía más que apretar la quijada y secarse el sudor. Se le veía cómo se iba cargando de rabia, de rebeldía. Bolito presentía una explosión: Ricardo volaría hecho pedazos, harto de pensar en su mujer. Hacia el medio día puso el pico a manera de bastón, y rezongó.

—Bolito, Nelia está preñada.

—Son cuatro días nada más —dijo Bolito para aliviarle.

Pero Ricardo no entendía. Se dio a ver, a ver; paseó los ojos por todas partes y amenazó:

—¡Ay concho! ¡Si me dejan!

La carretera sonaba como casa de madera, al techarla; eran golpes sin acorde, sin voluntad.

A las doce dijo un soldado:

—¡A comer!

En la enramada había racimos de plátanos y entregaron un arenque por cabeza. Para asar los plátanos debían ellos mismos hacer fuego. Y el que no quería, que no comiera...

De vuelta, el sexto día, Bolito no quiso decir palabra. Sentía necesidad de llegar pronto para ver a Ninina y encerrarse en el bohío. Tenía la impresión de ir huyendo de algo terrible, de algo que venía pisándole los talones. Al primer cansancio estaría sobre él un rodillo, un horrible y lento rodillo que le destrozaría los huesos, la cabeza, todo... Por su gusto hubiera echado a correr velozmente para llegar antes. Ricardo sólo juraba:

—¡Ay mi mama! ¡Me la pagan así sea de aquí a cien años!

El grupo iba como un rebaño, sin reír, sin comentar.

Todavía estaba el sol alto. Bolito vio su casa y dijo a Ricardo:

—Hasta mañana.

Entró despacio. No vio el perro ni le interesó. Ninina saltó sin acertar a decir palabra; quiso abrazarle, pero él huyó del brazo, cruzó la habitación, cogió el machete y salió por el fondo.

Ninina, de improviso, tuvo la seguridad de que una desgracia la cercaba y gritó. Llamó con fuerza:

—¡Bolito! ¡Bolitoooo!

Mas Bolito no volvió el rostro. Lo que sí hizo fue apresurar el paso un poco más. Se metió en el conuco, atravesó el pequeño cacaotal y se detuvo junto a una palmera, la rodeó, se agachó y comenzó a hoyar. Con la mano izquierda iba sacando la tierra negra y húmeda. Un pie de profundidad tendría el hoyo cuando el machete chocó con algo que dejó oír ruido metálico. Bolito, cuidadosamente, se dio a ensanchar el agujero y extrajo con lentitud una vasija de lata cuadrada. La destapó. Hasta la mitad tenía aceite de coco. Con un brillo raro en los ojos, Bolito sacó de la vasija un reluciente revólver que chorreaba aceite. Lo desgoznó, sonreído, sin ver nada de lo que le rodeaba. Después, con el mismo amor que a un niño, lo puso junto al pecho y comenzó a acariciarlo lentamente...

Hacia las lomas remotas se le iban los ojos húmedos.

El cuchillo

Afuera se come la luz el paisaje; aquí dentro está el hombre y la soledad le come el pecho.

Por las lomas va subiendo el hacha y clarea el monte; se empinan, todavía, algunos troncos sobre el agua; pero el hacha sobra en la tierra llana y sobra también el sol.

El hombre está solo aquí dentro; es como si no mirara su mirada. Sin embargo, igual que el frijol recién nacido apunta la esperanza, y los ojos se le van.

Cuando el becerro está enfermo, con gusanos, se le sigue la huella y se hace la cruz; si el gusano está en el pecho no basta la cruz.

En el monte es otro el hombre: los caminos reales hacen daño. El bohío está a la vera del camino real como si tuviera miedo al monte. El perro ya no ladra cuando el hombre entra: alza la mirada, el hocico pegado en tierra, mueve lentamente el rabo. El hombre sabe que ahora nadie le espera: desde la puerta hasta el patio, un silencio hosco. Sólo habla la luz, de noche, cuando hay quemadas en la loma.

En la tierra parda de la vereda borra el viento las huellas porque no llueve; pero la huella que se hizo en lodo endurece al sol y queda ahí, pétrea y áspera. Por eso es bueno el monte: el pie no halla relieves; se trabaja, no se suda y se canta. La voz se mece de rama en rama, de rama en rama; la tierra es fresca y hay sombra siempre.

El hombre no debiera ir al bohío para no recordarla y para no ver los ojos húmedos del perro que ya no saluda, como si temiera hacer daño.

Nada; no dejó un solo objeto suyo: ni la raíz del cachimbo, ni el peine, ni el pañuelo viejo de madrás que se amarraba a la cabeza.

El hombre es ahora otro: nunca creyó que la mujer pudiera irse así, para siempre. Él pensó que la mujer debía vivir y morir en el bohío de su marido.

Más allá del mes supo con quién: Saro. Ignoraba dónde estaban, pero probablemente no era cerca.

Pero de eso han pasado ya más de quince menguantes y de quince crecientes. Olvidó uno las veces que bajó hinchado el río; las que llenó y secó el maíz; las que se esponjó la tierra a la Luna llena. Por tiempos se ahogaba el bohío en la lluvia y en semanas enteras se achicharraba el sol.

El hombre tenía lista su carga. Las tardes anteriores estuvo caminando por los bohíos lejanos, los más cercanos sin embargo, en busca de encargos. La comadre Eulogia le pidió un «túnico» y un acordeón de boca para el muchacho; don Negro, «fuerte azul» de pantalones.

A la luz verde de la menguante, poco antes del amanecer, cargó la bestia. Allá, atrás y distante, la mancha oscura y recia de la loma...

Ladró el perro, con la cabeza alta, como quien tira mordiscos al cielo manchado de estrellas; el hombre hizo restallar el fute y dijo:

—¡Vamos, animal!

Y la loma, el bohío, el camino, el perro, y la sombra que la menguante alargaba sobre el polvo pardo: todo se fue alejando, alejando. Hasta que la subida deshizo el hombre, la bestia, el fuate...

Así iba el hombre bajo el sol: meciéndose sobre la carga de frijoles, encovados y altivos los ojos, apretados los labios y los dientes. La mañana se iba haciendo dura encima de su cabeza. Tenía una sed rabiosa que le secaba la boca y le hacía estirar el pescuezo en busca del bohío acogedor.

Tuvo una impresión rara, como de cosa que se nos alza en el pecho y nos ahoga. No quiso saltar del animal, sino que lo acercó a la puerta. El bohío parecía recién hecho y limpio. Saludó, fatigado. Aquella cosa en el pecho le hacía daño: era como si se le escondiera la voz. Pidió agua. Vio el brazo de la mujer y adivinó el otro ocupado en sostener el niño que gemía. Entonces, cuando bajó la cabeza para dar las gracias, la vio. Aquello no duró más de un segundo. Oyó a la mujer gritar y la vio cubrirse la cara con la mano que un momento antes sostuviera el jarro de hojalata. Le pareció que enloquecía, él, él mismo; que debía tirarse y ahogarla. Pero el caballo echó a andar. Ahí estaba el camino largo, silencioso, soleado.

El comprador le engañó con un cajón de frijoles, pero él no quiso protestar ni dejarlo entender. Tenía un pensamiento, no por vago menos tenaz: Saro. Porque era indudable que Saro estaba en el bohío, o en el conuco; que no debía hallarse distante. Compró el «fuerte azul» del viejo Negro, el «túnico» y el acordeón de su comadre Eulogia. Quiso irse cuando el comprador le puso en las manos el dinero sobrante; pero estaba allí, en el parador, una cosa que le sujetaba, le clavaba: el cuchillo nuevecito, de mango oscuro redondo, con adornos en latón. Gravemente, como quien ha estado mucho tiempo sin hablar, preguntó:

—¿Cuánto vale ese cuchillo?

El comprador le miró la mano tosca, en la que se dormía todavía el dinero sobrante.

—Lo que tiene ahí —dijo.

El hombre pensaba que Saro le había hecho mucho daño: estaba, allá lejos, el bohío vacío, perdido en aquel silencio hosco y asfixiante; el perro era un compañero que daba más dolor; tenía que trabajar mucho durante el día para dormir después solo, en brava soledad.

—Páselo —dijo.

El camino parecía una soga larga enredada en las patas del caballo. El hombre no pensaba: iba sereno, con serenidad amarga; pero sabía bien qué haría. Después... ¡Qué contra! ¡Para los hombres de verdad se había hecho la cárcel!

Pero el hombre sintió un vértigo cuando vio el bohío: quería no fallar. Ojeó los alrededores: a ambos lados del camino estaba el monte acogedor, donde meterse para

siempre. El camino, sin él, seguiría igual: largo, silencioso, cansado.

—¡Saludooo! —roncó la puerta.

Entonces el niño lloró adentro y le molestó al hombre oírlo llorar.

—Lo voy a dejar huérfano —pensó.

Pero cuando Saro se asomó a la puerta él estaba sereno.

—Vea —dijo sin saber cómo—. En ese paquete hay un túnico pa' su mujer y un acordeón pa' el muchacho. Eran de mi comadre Ulogia, pero...

Los ojos de Saro se quedaron inmóviles, azorados.

El hombre, desenredando ya con las patas del caballo la sogá larga del camino, sentía en la espalda una brisa cálida y lenta que le empujaba. Acarició al rato, con la mano tosca, el mango del cuchillo y pensó:

—Me servirá pa' trabajar...

Cundito

—Le dieron una galleta a Cundito —dijo Querito acercándose al grupo.

—¿Una galleta? ¿Y quién? —inquirió Chucho.

—Genén, el de la vieja Masú —respondió a la vez que buscaba con los ojos dónde sentarse.

Quintín clavó la mirada en Querito, se rascó la barba y abrió la boca como deseando hablar; pero pareció arrepentirse y se conformó con lanzar a considerable distancia un negro salivazo.

Quintín era un hombrecillo arrugado, amarillento, amigo de bien aconsejar y enemigo del mucho hablar. En ese momento pugna por decir y por no decir. El caso es serio: a Cundito le han dado una galleta y las galletas se pagan a puñaladas. Como si no comenzara a hablar ahora, dice:

—Eso es seguro, seguro. Gumersinda, la novia de Genén, está en el lío. ¡Lo apuesto!

—Hasta yo... —afirma Querito.

Emilia vive enfrente y aplancha. Se conoce que lo hace porque canta; tiene una voz agradable y entona bien esas viejas canciones tan del gusto de Quintín. Detrás, el sic-sic de un machete que afilan se mezcla con el canto y se derrama por el llano alfombrado de verdolaga.

Es Ceíto quien afila. Está en cuclillas; por debajo de la pierna derecha pasa el machete, sujeto por el cabo con la diestra; ocupa la otra mano en vaciar, intermitentemente, agua en la piedra de amolar. Apoco pasa la yema del dedo grueso izquierdo por el filo y lava un tanto el colín.

Ceíto se vuelve para ver el grupo y oye a Quintín decir:

—Mal hecho, muy mal hecho. El hijo de mi comadre Masú abusa de Cundito porque es más débil.

—¡Eso no; eso no! —salta Ceíto—. Genén se ha engañado. Cundito no puede quedarse con esa galleta. Los hombres somos o no somos.

Querito, metido en asombro, inquiere:

—¿Pero tú lo sabías y no lo dijiste, Ceíto?

—Es que a mí no me gusta desacreditar a naiden —contesta.

Toma otra vez el jigüerito con su mano izquierda, echa agua en la piedra y sigue afilando su machete.

Al atardecer comenzó el ventarrón. Cundito creía enloquecer con el ruido de los árboles que caían en la loma. La lluvia venía a retazos, como trapos grises tremolados, y le pegaba en el rostro obligándole a cerrar los ojos. El techo de su rancho duró media hora, o menos. Se fue, levantado por las mil manos del viento, que comenzó inmediatamente a destrozar los hilos de tabaco. No se veía más allá de diez pasos, pero el instinto le llevó hasta la barranca. Allí encontró un hueco junto a un viejo tronco y esperó la calma. Era noche cerrada cuando amainó.

¡Ah setiembre maldito! ¡Siempre igual! Debió haber vendido su tabaco en agosto, como todos los años: así no lo hubiera perdido.

Cundito oyó el viento alejarse. Se sentía igual que si un tropel de cientos de caballos corriera por el monte arrancando a su paso arbustos y la tierra misma. Como el poblado estaba al otro lado de la loma nunca lo azotaba el temporal. Cundito dispuso marchar; y se fue, haciendo semicírculos con los brazos, apartando las ramas que le cerraban el camino.

Estuvo así casi media noche. No podía ver ni la tierra que pisaba; la negrura era como una masa compacta y recia, imposible de partir con la simple vista. A veces resbalaba y caía; otras encontraba, providencialmente, algo donde sujetarse.

Pensando iba en el río, que debía bajar botado, cuando le pareció oír una voz muy apagada. Fue un interminable momento durante el cual se le cargó el alma con la idea de muertos, fantasmas, entierros. Sintió las manos frías y un temblorcillo en las piernas. Otra vez la voz, como salida de muy lejos. Era una queja, pero una queja que la humedad traía con acento helador. Cundito se quedó encogido, horadando con los ojos la noche, incapaz de caminar ni de pensar, siquiera...

La reacción no tardó en llegar; vino con la misma intensidad que aquel acogotador temor.

—¿Y si fuera un hombre? —se preguntó.

De súbito pensó que podría ser Genén. Por ahí cerca debía estar su conuco, a juzgar por lo que había caminado. Sí, era él, no cabía duda.

No se acordó de la galleta; en nada pensó. Caminaba tan de prisa como si el camino hubiera estado expedito y alumbrara el sol. Delante de él marchaba su alma con pasos acelerados. La sentía irse, irse... Cuando oyó otra vez la voz, juntó las manos a la boca haciendo embudo y sin dejar de caminar gritó a todo pulmón:

—¡Ya voooooyy!

Un rumor sordo, de agua que se despeña, llegó a él; fue entonces cuando tuvo seguridad: lo que así sonaba era el chorro que había en el fundo de Genén. Una vez en la orilla del fundo, sintió alivio.

—¡Genééén! ¡Genééén! —llamó.

Pero Genén no respondió. Cundito comenzó a tantear, buscando la alambrada. Al fin pasó. Tanteando, tanteando, fue subiendo el repecho hasta ver un montón de escombros que se recortaba negro, aun en la misma oscuridad.

Los brazos de Cundito eran fuertes; tenía en los músculos hierro de su machete. Comenzó a remover maderos, tropezando, cayendo, levantándose. El viento había tirado un árbol sobre el rancho de Genén y éste fue apresado por los horcones de su propia guarida. Cundito logró al fin tocar los pies y se dio a jalar con unos bríos descomunales. Genén se quejaba, aunque muy débilmente.

Fue una lucha que duró una hora larga. Cundito no se daba cuenta de que era él mismo: había perdido la noción de todas las cosas. Ahora no estaba allí; aquél que se quejaba no se nombraba Genén, ni mucho menos; nadie había abofeteado a Cundito;

nunca recibió una galleta de manos de Genén. Lo cierto es que no existía Genén ni existía Cundito. Sólo había dos hombres luchando. Uno mejor dicho...

Cuando logró sacar el cuerpo del otro se retornó a sí un tanto, pero no de modo que pudiera recordar el disgusto. Palpó por todos lados el cuerpo y empezó a asustarle la idea de que pudiera estar muerto. El calor de las axilas, a pesar de estar empapado en agua, le convenció de lo contrario. Llegó entonces el más duro luchar.

Cundito apenas podía con Genén. Además éste se había tornado plomo y no hubo modo de doblarlo para facilitar la carga. La conciencia de su flaqueza enfureció a Cundito y la rabia le dio fuerzas suficientes para echarse al hombro el cuerpo de Genén. Se esforzó en ver hasta que le dolieron los ojos; y al fin comenzó a bajar el repecho, caminando a ciegas y plantando todo el pie para no resbalar.

Se oía distintamente la canción del chorro fortalecido por las aguas, y las sombras trituraron a aquel hombre tambaleante que caminaba abrumado con la carga de su enemigo.

Era como si hubieran surgido del vientre azul de la mañana.

El lodo cubría los pies de Cundito, tal que zapatos. Cundito caminaba balanceándose y la ceniza del amanecer pintaba de gris su cara.

Quintín fue el primero en verlos llegar. Lo único que se le ocurrió pensar fue que Cundito había muerto a Genén en algún lance, pero inmediatamente se dio cuenta que de haber sido así, no lo hubiera traído sobre sus propios hombros. Además, Genén no sangraba.

En la cocina, una vez hubo dejado a Genén en el catre, Cundito se dejó caer sobre una caja de gas vacía. Querito y Chucho hablaban en voz baja y le miraban. Quintín tenía el rostro tranquilo, demasiado tranquilo; se sentó en el pilón, se echó el sombrero sobre la frente y dijo, frotándose las manos:

—Mica, hija, háganos un cafecito.

E inmediatamente, dirigiéndose a Cundito:

—Cuéntanos cómo fue eso.

Cundito no contestó; sacó el cuchillo de la vaina y se entretuvo en hacer rayitas en la tierra. Dijo luego a Ceíto, dejando oír claramente cada palabra:

—Yo me voy, compadre; estoy muy cansado y si bebo café no duermo después. Le encargo que cuando Genén despierte me le diga una cosa.

Volvió el cuchillo a la vaina y se rascó una pierna. Notó la atención prendida en todos los ojos.

—¿Qué...? —preguntó Ceíto rompiendo el silencio.

—Que yo necesito arreglar ese asunto de la galleta y que tenga entendido que Cundo Fría paga las galletas como hombre: a puñaladas.

Dijo, se levantó, escupió en la puerta y salió a pasos largos.

Guaraguaos

El viejo Valerio señaló las aves y dijo:

—¿Usté los está aguaitando? Bueno... Ésos son querebebés. Atrás de los querebebés vienen las golondrinas, atrás de las golondrinas viene el agua, y atrás del agua... ¡Cristiano! Dios sabe lo que viene atrás del agua.

A diez pasos corría el río; inmediatamente después se alzaba el monte tupido: capá, quiebrajacha, amacey, algarrobo, amapolo, palma.

¡Monte! ¡Monte!

Al atardecer, no importa dónde esté, si me hallo solo y sentado en una silla serrana, recuerdo aquel monte. Todo él se iba alzando envuelto en enredaderas: bejuco, camarón, cundeamor, bejuco musú. Todo él estaba como arropado por las hojas que se juntaban, apretaban y confundían hasta no saber uno si bajo las hojas de capá había, verdaderamente, capá. Ahí mismo, a la orilla del río, la tierra se escondía en la tramazón magnífica de raíces de pomos; agua abajo iban siempre los frutos rosados y amarillos. A media tarde sentíamos, arriba, arrullos de palomas.

¡Monte! ¡Monte! ¡Ventre de árboles y de sombra...!

Ya tenemos aquí diez meses el viejo Valerio y yo, diez meses esperando. No sabemos cuándo ha de volver Bucandito; no sabemos en qué lejana parte del país estará ahora; pero le esperamos.

Bucandito se fue antes de que Desiderio se alzara. Bordas había pasado ya para Puerto Plata, al frente de las fuerzas, y nosotros tuvimos la esperanza de que terminara pronto aquello; sin embargo...

—Vea, Juan —sopló el viejo Valerio en esos días—. Tanto rogarle al muchacho, y nada. Cuando el cuerpo pide una cosa...

Así era. ¿Cómo podría yo decir de aquella fiebre que le hacía los ojos brillantes, de aquella admiración que le dejaba mudo, de aquel estarse quedo? Bucandito enloquecía cuando veía pasar un buen jinete armado de colt o de máuser con un pañuelo azul al cuello... Gritaba, empinándose:

—¡Vivan los bolos!

Y si el jinete se volvía y, entusiasmado, replicaba:

—¡Vivaaannn!

Bucandito, niño aún, me clavaba en el brazo las uñas y enseñaba los dientes en una sonrisa inexplicable.

Yo recuerdo lo sucedido una mañana de sol: el viejo Valerio, Bucandito y yo, renovábamos las yaguas del bohío; habíamos abierto las nuevas al sol y las pisábamos con montones de piedra y troncos pesados. Él estaba sobre el caballete, recibiendo las que yo le entregaba. Se veía pequeñín, comparado con las palmas que rodeaban el bohío, entre cuyas ramazones se enredaba el sol caprichosamente. Sentimos pisadas de caballo y nos detuvimos un momento para ver pasar la

cabalgata: era un grupo armado, con pañuelos rojos al cuello. El que parecía ser jefe, de anchas espaldas y jinetear elegante, gritó, en pasando frente a nosotros:

—¡Viva Horacioooo!

Mecánicamente miré a Bucandito: se había alzado sobre el caballete y parecía tan seguro como sobre una roca. Levantó su bracito derecho, quemado por el sol, y su vocecita se coló a través de los mangos y los joberos que servían de espeques:

—¡Embuste! —dijo—. ¡Vivan los bolos!

El grupo se detuvo como clavado.

—¡Muchacho! —regañó el jefe.

Los ojos del viejo Valerio iban del jinete a su hijo; pero Bucandito, como si le hubiera enardecido el regaño, gritó más recio aún:

—¡Que vivan los bolos!

Entonces el otro volvió repentinamente la cabeza, miró a los suyos, se viró a nosotros con una sonrisa amplia y, sacando el revólver que brillaba como espejo, disparó al aire y clavó su montura que se alzó gallarda sobre sus patas traseras.

—¡Tú vas a gritar agora que vivan los rabuses, muchacho e porra! —rabió el hombre.

Y Bucandito:

—¿Quién? ¿Yo? Mejor máteme.

El hombre enfundó otra vez su revólver, hizo caracolear el caballo, metió mano en un bolsillo, sacó un clavao y lo tiró a mis pies a la vez que señalaba a Bucandito y decía:

—Eso es pa' ti, muchacho. ¡Tú vas a ser un hombre de a verdá!

Con las pisadas de los caballos se confundió la voz de Bucandito:

—¡Yo no le cojo cuarto a rabuses!

¡Cierto que Bucandito Valerio fue un hombre!

Recuerdo un caso, por aquellos meses, que me impresionó: salimos a montar nidos de guineas alzadas. Con nosotros iba Princesa, una perra negra, flaca y lenta, huevera como ella sola. En el primer nidal ella se dio a comer huevos y como Bucandito la acosara le fue encima. Se le llevó entre los dientes blancos el meñique de la zurda. El muchacho no se inmutó por aquel chorro de sangre que le salía de la mano: alzó el colín, vomitó una imprecación y de un mandoble partió en dos la cabeza del animal como si hubiera sido un melón. Desde entonces no hubo más perros en la casa.

El tiempo, a esa edad, se nos va de prisa. Un día nos encontramos con dieciocho años encima. Yo tenía poca noción de las cosas que sucedieron entonces, pero Bucandito tenía anhelo de pelea e inteligencia clara y se hacía idea precisa de los motivos que hacían trepidar el país a cada paso.

Una tarde nos fuimos a Jamao Arriba. Empezaban las corridas de San Andrés y había baile allá. A Bucandito parecía no interesarle la diversión, porque se mantenía por el patio o los rincones, conversando con sus amigos en voz baja.

Tengo muy vagamente el recuerdo de aquella noche: la tambora, un acordeón que alargaba las notas, la güira... A ratos me quemaba la garganta con tragos de aguardiente. Bailé con Yeya, la trigueña de Bijero. ¡Qué duros y qué cálidos eran los senos de Yeya!

Camino de casa, cerca del amanecer, Bucandito me dijo:

—Esperémonos un chin, Juan.

Se estuvo un rato callado, como si rumiara algo. Al cabo dijo:

—Tú sabes que abajo de la ceiba salen muertos. Yo quiero verlos antes de dirme.

—¿De irte? —pregunté.

—Sí hombre... Pa'l monte.

Quise mirarle. Sus facciones se desleían en la media luz de la madrugada. ¡Pero yo no podía estar equivocado! ¡Si Bucandito era casi un niño! ¿Sus dieciocho años? ¿Y qué? ¿Dejaba por eso de ser un cuerpecito enclenque, bajito, como si tuviera apenas quince? Tres años antes, nada más, le había dicho un hombre que llegaría a ser macho de verdad. ¿Acaso aquel tiempo que anunciaba el hombre había llegado?

¡Bucandito! ¡Bucandito! El viejo Valerio no dijo palabra cuando no te encontró por la mañana; pero yo sé con seguridad que lo sintió porque sus ojos estuvieron opacos más de una semana.

Bucandito envió noticias desde la Línea Noroeste: los bolos triunfaban bajo la jefatura de Desiderio y se acercaban a Santiago, ciudad que pretendía sitiar. Recomendaba que dejáramos el lugar y nos fuéramos a Loma Tocaya, donde tenía el viejo terrenos, porque probablemente todo el Cibao ardería con la llegada de Horacio. El hombre que nos trajo nuevas mientras esperaba el café que calentaba en el fogón, nos decía:

—Muchacho ese que se ha dado guapo... El general lo quiere y nada más lo oye usted con Bucandito pa' arriba y Bucandito pa' bajo.

Yo sentía el calorcillo que me subía por los pies.

Vi la cara del viejo: por los ojos, por los carrillos, por la frente, por todo el rostro le salía una luz rara, que le hacía joven y bello. Pero no habló.

Fue tal como lo dijo el viejo Valerio: tras los querebebés vinieron las golondrinas; tras las golondrinas vino al agua; sin embargo, nadie sabía lo que podía venir tras el agua.

¡Monte! ¡Monte! ¡Yo te veía escondido en la lluvia gris, aquellos interminables días ahumados! El río bajaba sucio y veloz. Tú estabas allí, tan inmutable, tan sereno como si nada sucediera. A tu sombra se fueron a esconder palomas, calandrias, carpinteros, petigres, guineas, perdices. Los becerros y las gallinas se salvaron de las aguas porque tú les brindaste la seguridad de tu tierra empinada. ¡Monte! ¡Monte!

El viejo Valerio tampoco se inmutaba; seguía callado, encerrado en una costra irrompible, oscura. Día a día, con los pies en el travesaño de la silla, los brazos cruzados y los ojos semicerrados, se pasó aquel tiempo esperando, esperando. ¿Qué

le importaban al viejo Valerio la lluvia, los becerros, los relámpagos? Él esperaba... Nada más.

No vimos el sol en dos meses. Zumbaba en nuestros oídos el ras-ras lento del aguacero. Ni leña seca con que encender una hoguera para calentar café, ¡siquiera! La cuaba era algo precioso que debíamos economizar como oro.

Yo tenía los pies blancos y blandos, como la flor de la campanilla. Y el río... ¡Monte noble y fuerte! ¡Fuiste benigno como para permitir que la orilla del río llegara hasta los troncos de tus primeras palmeras!

¡Qué día aquél, viejo Valerio, cuando vimos el sol empujar suavemente las nubes grises! Las palmas parecían esponjadas, rizaditas, y el gallo manilo batió las alas satisfecho.

¡Qué día aquél, viejo Valerio! Te levantaste pasito de la silla, fuiste a la puerta y dijiste, con una voz sin emoción:

—Pue' ser que venga agora.

Cierto que el río bajaba sucio aún, cierto que la tierra fangosa necesitaba muchos días de sol; cierto que en la tarde lloviznó. Mas a pesar de todo, ¡qué mañana tan eterna en mi alma, viejo Valerio!

Aquella noche me eché en mi barbacoa con una alegría rara, amarga, que me mordía como perro bravo. Ya me hacía falta el zumbido de la lluvia para adormecerme. Sentía al viejo Valerio moverse; esperaba oírle quejarse. Pero se me fueron haciendo pesadas las piernas, los brazos, la cabeza... Sentí, como si aquello sucediera muy lejos, el cacareo desasosegador de las gallinas. Me despertó, al fin, la voz de Valerio que decía:

—Juan, las gallinas están cacareando. Eso es anuncio de desgracia.

¿Cómo no iba yo a comprender que, lo mismo que en el mío, la imagen de Bucandito se había clavado en su cerebro?

Pero el sueño me dominó, precisamente cuando hubiera querido llorar un poco. Una lágrima, siquiera...

Nada más sentí uno: el último. Sonó igual que si hubieran dado una pedrada en un tronco de palma. Él, sin embargo, los había oído todos y preguntó:

—¿Oyó los tiros, Juan?

—¿Tiros? —dudé yo.

—Sí hombre, un droteíto por allá, pa' los lados de La Pelada.

El viejo hablaría, probablemente, con la vista en dirección al techo. Yo estaba así, por lo menos. Por debajo de la puerta se colaba un vientecillo desagradable, que entraba hasta mi rincón, buscaba las rendijas de la barbacoa y me enfriaba la espalda. Yo no pensaba; pregunté, seguramente con la intención de no dejar al viejo así, esperando que yo hablara:

—¿Será alguna fiesta?

Él contestó:

—Hubiéramos oído la tambora.

Dije luego:

—Debe estar amaneciendo.

—Falta mucho todavía —le oí decir.

Y a continuación:

—Me tienen caprichoso esos tiros...

El sueño pudo más que todo ese montón de preguntas que se me iba agrupando en el cerebro y en el corazón. Doblé las piernas, pegué casi las rodillas a la cara, me volví a la pared y me fui hundiendo otra vez en el lodo blando y negro de la noche.

Me tiré de la barbacoa, soñoliento aún, precisamente cuando el gallo manilo saludaba la mañana con un canto recio y prolongado.

Todavía la tierra del piso estaba húmeda y se sentía la brisa mañanera cargada de agua. El viejo Valerio salió de la otra habitación; se apretaba el cinturón y dijo:

—Buen día, Juan.

—Buen día —respondí.

Abrió la puerta del patio, se detuvo un momento, vio el tamarindo donde dormían las gallinas y se metió en el ranchón que nos servía de cocina. Yo cogí el jigüero y me fui al río. Sobre sus aguas se posaba una luz azul tenue. En el monte había tal cantar de pájaros que no parecía sino que celebraban fiestas. Yo vi algunas calandrias en los pomos que orillaban el río, con las plumas levantadas y la cabeza bajo el alita, buscando algún piojillo molesto, sin duda.

El agua estaba más limpia que el día anterior. Tal vez hoy, aquí en la ciudad, tiraría una que no fuera cristalina; pero allá... ¡cuántos días alimentándonos con agua sucia como de poza! ¡Y menos mal que siquiera eso nos quedaba: agua sucia!

Un cuarto de camino había hecho sol y nos miraba de lado, radiante en el cielo más azul que he visto. Uno veía así, a su alrededor, y le parecía estar metido en un círculo de palmeras, tamarindos, cañafístulos, guanábanos. Sólo el monte rompía la línea suave de la curva y se empinaba poco a poco, como si pretendiera alcanzar el sol.

Valerio estaba sentado a la puerta del patio; de vez en cuando se apretaba la mano contra el rostro y sonaba la nariz. Yo llegué a pensar que quizá estuviera enfermo. Pero el viejo, pasado un rato, se levantó, entró la silla al bohío, tomó un machete y me dijo:

—Ayúdeme a talar el frentecito, Juan.

Y nos pusimos a trabajar.

El sol caía de refilón en nuestras espaldas. Estábamos silenciosos y parecíamos oír solamente el ritmo de los machetes que tenían un alegre grito metálico al tronchar los guayabos y los pajonales de cola de gato. Era un trabajo bastante largo, pero

agradable; empezábamos a sudar y yo creía tener en la espalda una gran plancha recién sacada del fuego. Vi eso en el viejo: se había erguido sin prisa; a poco tomó el machete en la mano zurda y con la otra hizo pantalla: miraba por encima del monte.

Hay impresiones que no se olvidan: he ahí una. Recordaré siempre la bella figura del viejo Valerio, firme, con el pecho salido y la cabeza hacia atrás, la mano sobre los ojos, el machete al final del brazo que descansaba alargado, lacio. A pocos metros estaba el río y parecía haberse detenido para verle. El sol se apretaba contra la piel quemada del viejo; le brillaba en los bigotes canos, en la frente ancha y recta, en la punta de la nariz y en la barbilla avanzada.

Aquella mirada fija me arrastró; quise ver también. Pero mis ojos azules debieron hundirse en el azul del cielo. La claridad me hacía daño y se me clavaba en ellos como espinas. Sólo me pareció ver dos pequeñas cruces muy altas, perdidas, que se movían con elegancia y trazaban grandes círculos cada vez más bajos.

El viejo Valerio, como si se le hubiera roto aquel hilo que le sostenía erguido, bajó de golpe la cabeza y se cruzó de brazos, sin soltar el machete. Después se fue moviendo poco a poco y se quedó frente a mí. Su mirada indefinible, serena, inmutable, parecía acariciarme. Dijo:

—Vea, Juan... Esos tiros...

Se le apagó la voz, pero volvió a hablar en tono opaco:

—Dios quiera. Para mí debe haber algún hombre o algún animal malogrado.

Yo estaba agachado, con una rodilla en tierra, y mientras él hablaba me sostenía con la diestra en el cabo del machete y la punta de éste en tierra.

—¿Qué le pasa? —pregunté.

Entonces él señaló muy vagamente el lugar donde estaban aquellas manchitas y explicó:

—Ésos son guaraguaos y están por los lados de La Pelada.

Se dobló, apretó los labios y, como si nada hubiera dicho, se dio a talar con bríos renovados. Los machetes daban pequeños gritos agudos y los primeros arbustos tumbados se mareaban al sol.

Yo pensaba muchas cosas. El trabajo parecía acelerar en mí una fiebre nueva y noble: no sentía el sudor ni el sol; quería nada más trabajar, pero hacerlo sin descanso. Iba abriendo una especie de trochita entre los arbustos, directa al río, y calculaba todo lo que nos era necesario hacer, ya que había sequía. Pronto estarían los caminos transitables y podría uno ir a la tierra llana en busca de carne. Además tendríamos que traer las tres vacas paridas, que ahora vagaban por los terrenos incultos. Y todo esto venía a tiempo: la carne de la puerca gacha se estaba acabando. ¡Qué satisfacción saber que el cacao secaría y que no tardaríamos en tener café bueno!

En ese montón de ideas me asaltó una: los guaraguaos. ¿No habría muerto, por casualidad, uno de los terneros nuevos? ¿Alguna vaca, tal vez? ¿Para qué, si no para

comer carne muerta, habían venido los guaraguaos? Es seguro que estarían lejos, porque las gallinas no habían cacareado temerosas. ¡Hombre!

—¡Viejo! —llamé antes de terminar el pensamiento.

Él me miró con ojos acariciadores.

—Si las gallinas cacarearon anoche, fue por los guaraguaos —terminé.

Y su voz suave me llegó:

—No, hijo. La gallina no ve de noche. Eso fue mal anuncio.

—Será que las aguas han ahogado uno de los becerritos...

Valerio tenía en ese momento una matita de pomo en la mano, pegada a tierra, y la iba a trozar con su machete afilado; pero no lo hizo: se levantó, me miró hondo, sacudió la cabeza. Quería hablar y no se atrevía. Al fin...

—Lo mejor es dir a La Pelada.

Y se quedó viendo el monte.

Estuvo un instante callado; después movió la cabeza de arriba abajo y, como asustado, consintió:

—Sí... Vámonos.

Rompió marcha de una vez, decidido. Yo quise lavarme las manos emporcadas de lodo. El agua lenta y turbia del río era fría como mano de muerte.

¡Monte! ¡Monte! ¡Ventre de árboles y de sombras...! Eres húmedo y acogedor. Mis pies desnudos se pegaban a tu tierra negra; mis ojos azules se enredaban en tus árboles serenos; mis manos ansiosas se prendían de tus bejucos. Era una hora antes de medio día; en la tierra llana el sol se extendía como verdolaga blanca; en mis espaldas era plancha recién sacada del fuego; pero en tu seno pardo parecía tardecita. Yo vi la perdiz, color de hoja seca, brincar confiada; y la paloma gris en las ramas del yagrumo y del cigua prieta, sin temores.

El viejo Valerio caminaba de prisa; su respiración era sonora. No volvía la cara atrás ni decía palabra. Algunas veces levantaba el brazo y cortaba a machetazos los bejucos. Después los retiraba con la punta del arma. Teníamos muy a menudo necesidad de sujetarnos a ramas de árboles para poder subir. Y era como si a cada instante el monte se fuera alzando más, más, más...

La Pelada es una planicie entre las lomas Tocaya y Guarina. Una vegetación pobrísima, de pajonales pardos, resecos, y algún que otro palo de cabirma, es todo lo de admirar en ella. La tierra rojiza, abundante en piedras, parece hozada por cerdos. No se puede caminar de prisa entre aquellos montones de pedruscos disimulados por el pajonal.

A nosotros se nos fue metiendo el sol poco a poco, poco a poco; y lo encontramos de pronto completo, vaciado en La Pelada.

Yo no vi nada, lo juro; pero ¿cómo no había de sorprenderme aquel súbito arrancar de Valerio; su andar preciso, como si supiera a conciencia qué quería hacer?

De pronto vi los cerdos correr acompañándose de gruñidos. Valerio alzó el machete, lo tiró a los animales y dijo:

—¡Chonchos condenados! ¡Comiendo carne de gente!

Fue en ese preciso instante cuando sentí el mal olor que se me pegó a la nariz y se prendió de ella lo mismo que una mano.

Lo que había allí no era más que algo deforme, un montón impreciso de carnes, con el vientre y la cara roídos. Los perros de los alrededores, los ratones, los jíbaros, los cerdos, quizá los guaraguaos, ¡qué sé yo cuántos animales se habían alimentado durante una noche y medio día con la carne de un hombre muerto!

Yo me quedé algo retirado; el viejo Valerio parecía un árbol, porque hasta media pierna se veía hundido entre la yerba tostada de los pajonales. Tenía la mano izquierda en la nariz, y ni un músculo de su cuerpo se movía. Sólo que aquellos ojos estaban muy opacos cuando se volvió para decirme:

—Tráigase un yaguacil, o dos; y si no halla busque yaguas.

Antes de marchar le vi sentarse y dejar el brazo derecho caído entre las piernas. Parecía irse disolviendo en el sol del medio día.

Eso no podría explicarse nunca y por tanto no me detendré en ello, pero yo ruego a todos procurar huir de las tierras incultas porque son crueles como hombres malos. Nadie podría figurarse lo que supone caminar hora y media, atravesar un monte sombrío, con los restos de un hombre auestas. Aquel montón de huesos y carne hedía de un modo horrible. En mi vida, el recuerdo de esa hora y media es atormentador y me sabe a pesadilla. ¡Yo siento a cada instante aquí, en la nariz, en la boca, en el estómago, el asco de aquella jornada!

Cuando soltamos el yaguacil, frente al bohío, procuré no mirar lo que había en él. De lo que la ropa azul dejaba ver sólo la mano izquierda se había conservado intacta, pero llena de manchas azulosas, casi moradas. Yo reconozco que no era yo quien vivía entonces; me parece que no anduve sobre la tierra, sino en el aire, y que entonces estaban las cosas sujetas entre sí con telarañas.

¡Huid de las tierras incultas, porque son crueles como hombres malos!

Yo no hablé media palabra mientras hoyábamos, ni hubiera podido hacerlo. La tierra pegajosa por las lluvias recientes se hacía rebelde. El sudor y el barro nos ponían una costra que parecía apretarnos por todos lados. No teníamos más que dos machetes y el deseo de acabar pronto. ¡Cómo nos miraba desde el oeste el ojo blanco del sol!

El viejo Valerio se fue a cortar la madera mientras yo echaba tierra. Después aquella cruz, rama un momento antes y ahora mondada, blanquecina, parecía un niño que nos llamara con sus bracitos abiertos.

Yo sentía las manos torpes, los dedos hinchados, y un deseo de no hacer nada, como si estuviera por dentro lleno de humo. Valerio se sentó a la puerta, frente a la

tumba. Tenía los ojos muy opacos todavía y hacía ya cuatro horas que no hablaba. Sus manos largas, lentas, estaban juntas entre las piernas. Yo me quedé mirándole y, al rato, como si algo me obligara a hacerlo, dije:

—Vámonos a Jamao, viejo. Yo no puedo seguir viviendo aquí...

Con la vista clavada en la cruz, igual que reanudando una conversación rota, el viejo Valerio recomendó:

—No mate nunca un guaraguao, Juan, y procure que no lo mate naiden.

Y, a mi silencio lleno de asombro que se tragó sus palabras, explicó:

—Si no hubiera sido por ellos no estuviera mi hijo enterrado aquí agora.

Yo grité:

—¿Qué, viejo?

Entonces fue cuando me miró.

—¿No vido el dedo que le faltaba en la mano, el que le llevó la perra?

Viejo Valerio: dejé La Tocaya después de tu muerte; pero no debes ignorar que voy a veces para adornar tu tumba y la de Bucandito.

¡Todavía está mi alma de rodillas frente a tu magnífica serenidad, viejo Valerio!

La sangre

¡Al fin! ¡El viejo Nelico iba a hablar! Era muy duro el silencio del viejo Nelico; sin embargo nadie podría decir si había menos dureza en sus palabras.

A Tato le parecía que alguien le tenía sujeto; un solo gesto bastaría para desbarrancarle.

El viejo Nelico apoyó ambas manos en las rodillas, se impulsó y se puso en pie. Caminó como si se arrastrara. Cuando estuvo frente a su hijo se irguió; parecía más alto. Puso una mano sobre el hombro izquierdo de Tato; entrecerraba los párpados y movía los labios.

—Asunta... —dijo.

Poco a poco, sin él darse cuenta, clavaba las uñas en la carne de su hijo. Tato soportaba la mirada sin explicarse cómo.

—Asunta —repitió—. No te digo que busque pleito, pero si te fuñen... Aguaita... Pa' que la cruz vaya donde ti, que vaya donde otro.

Se movió como para irse, pero volteó repentinamente.

—¡Y que no sepa yo que un hijo mío se ha dado pendejo! —recomendó.

Miraba de lado. Se conocía que no había terminado de hablar; parecía masticar algo. Tato le vio arrastrar los pies y se asombró de que no escupiera, como de costumbre.

El viejo Nelico oyó claramente los tres golpes, porque no había dormido. A seguidas la voz.

—Compadre, compadre...

En la oscuridad tendió la mano y tomó el pantalón. Sentía los pies helados.

—Ya voy —dijo.

Su mujer se movió. Nelico no la vio, mas la sintió. Tuvo ganas de despertarla, porque le pareció que amanecía, pero después recordó que había luna creciente.

Debía ser media noche. Su compadre estaría arrimado a la pared, contra la ventana, estrujándose la cara para espantar el sueño.

Tornó a largar la mano y cogió la camisa: quiso encender un fósforo para ver mejor, pensó en su mujer y desistió.

Hubiera querido evitarlo, pero una fuerza rara le obligaba a hacerlo, y abrió la ventana al fin, aunque sin ruido. La compañera medio se incorporó. Por la ventana se asomaba un paño azul iluminado.

Nelico vio la sombra acercarse, como agarrándose a la pared.

—¿Qué, compadre? —preguntó en voz baja.

—Hay desgracia. Mataron a Gengo —contestó la sombra.

El viejo Nelico abrió la boca: Tato le exprimió el cerebro. La voz cascada de la mujer golpeó su espalda.

—¿Qué pasa, Nelico?

—Nada —dijo volteándose.

Hizo hacia afuera una señal con la mano, cerró la ventana y encendió un fósforo: las sombras empezaron a arremolinarse alrededor de la luz. Su compañera no era más que un bulto deforme y negro, con pequeños brillos rojos.

Caminó hacia la cabecera del catre, tomó el colín y quiso salir. El fósforo era ya una pequeña línea rosada en la punta de sus dedos. La mano de su mujer se engarfió en la manga de su camisa, tiró de él.

—¿Y qué es, Nelico? —preguntó otra vez la voz cascada.

—Nada —murmuró—. Creo que cortaron a Gengo.

A él le pareció que ella se había pasado la mano derecha por la frente.

—¡Jesús! —comentó la mujer.

Nelico echó a andar, con cuidado para no tropezar. Se sentía torpe, a pesar de que los pies estaban más livianos. La mano fue haciendo menos presión en su manga. Al salir empujó levemente la puerta, pero dejó una rendija que cortó en dos la sombra espesa del aposento y los ojos de la mujer.

Es casi seguro que su compadre no hablaría si no anduviera; hay una inexplicable sensación: las palabras salen como de una cinta.

—Lo encontraron al lado de la mallita de Fefa —explica despaciosamente—. Y tiene una puñalada aquí, Dios salve el lugar —termina.

Alza el brazo izquierdo y con la otra mano señala debajo de la axila.

—¡Concho! —comenta Nelico—. Es noble la cortada.

Hay un paréntesis. Parece que el otro exprime un colador de café, porque aprieta los dedos, tal vez piense que está ordeñando.

Con la misma lentitud de antes ilustra:

—Y hasta boca abajo estaba.

Otra vez Tato en su cerebro. Tiene miedo de ver de frente.

—Entonces encontramos el matador —asegura.

Se pasa la mano zurda por el bigote; se balancea como mulo cargado. De improviso, volviendo la cara, como si quisiera aun en la noche ver la impresión que sus palabras producen, pregunta:

—¿Y quién lo halló?

—Balbino —responde el otro con rapidez.

—Eso es raro... Y de noche —aventura Nelico.

—Diba pa' su casa —explica el compadre—. Dice él que estaba en un jueguito de dados. Asigún él no era difunto todavía cuando lo topó, porque dizque asuntó los quejidos. Estaba echado ahí mismo, a la vera del camino real.

Nelico calla. No piensa sino en andar. Raro que las piernas estén esta noche tan ágiles...

—¿Hay mucha gente? —pregunta sin levantar la cabeza.

—Unas cuantas —responde el inquirido.

Ya no hablan más. El colín golpea con regularidad el muslo de Nelico; se oye claramente el tac-tac. Su compadre respira como gente cansada.

La cara del muerto parece moverse cuando el aire agita la luz. Tiene abiertos los ojos y todo el rostro ha tomado color de cera puesta al sol. Hay poca gente. Tres mujeres, a la cabecera, rezan con voz cansada.

Los rostros se ven entre sombras: al moverse alguno, la vela le pega en la piel. Todo el bohío parece hecho con lana: es como si los vivos no fueran de carne y hueso: apenas se siente el crujir de una silla.

Con el pie derecho en el quicio, Nelico se descubrió y dijo:

—Buenas noches.

Casi a coro contestaron los de adentro:

—Noche...

Atravesó con paso seguro la habitación, se dirigió hacia la pared del fondo, donde tres o cuatro parecían conversar sin que se les oyera, y tomó asiento. Uno movió la cabeza para acercársele.

—¿Cómo está mi comadre? —preguntó con voz ajena de entonación.

—Tal cualita —contesta Nelico en el mismo tono, moviendo levemente la mano.

Nadie llora, nadie hace gesto de dolor. Los hombres cuchichean entre sí y una de las rezadoras pasa a menudo su mano negra por la cara, como estirándola.

Nelico dobla el cuerpo, apoya los codos en las rodillas y pregunta:

—¿Gengo tenía familia?

—No, señor —responde alguien.

Se incorpora; va hacia el muerto que está rígido, con la boca entreabierta, en el catre. Tiene las manos cruzadas sobre el vientre.

Nelico ve la mancha de sangre en la axila. De momento su voz, la única voz en ese silencio forzado, tiene entonaciones potentes:

—Apareje su caballo y vaya al pueblo, Meco. Hay que avisar a la autoridad.

A seguidas cruza la habitación, se planta frente al grupo, detiene los ojos en cada uno, como buscando, y pregunta:

—¿Dónde está Balbino?

Pero no espera la respuesta: señala una sombra que debe ser un hombre. Ordena:

—Tráigame a Balbino, Justino.

La luz de la vela, pegada al catre, junto a la cabeza del muerto, parece tropezar a cada paso; por instantes alumbra hasta cerca de los rincones. Ahora, por ejemplo, enrojece la mano seca de Nelico.

Las rezadoras hablan entre sí; una sujeta la frente con la mano que sostiene el rosario. Alguien comenta:

—Tamaña cosa venir de tan lejos a morir.

Nelico no parece viejo: la oscuridad le lima las arrugas. Cuando da el frente a la luz, los ojos le enrojecen como si tuvieran brasas en el fondo.

Camina con paso cansado, como cuando habló con Tato; se dirige a una silla, carga con ella y toma asiento junto al muerto. Cruza las piernas. La punta del colín roza la tierra del piso.

Nelico cabecea. A ratos entra gente; entonces levanta el rostro, mira al recién llegado y ojea la herida; él sabe que la herida sangrará cuando entre el matador.

Siente sueño y tiene sabor a ron en la garganta. Se le enfrían las manos si piensa que Balbino llegará de un momento a otro; sin embargo, Tato le exprime el cerebro. Quisiera recordar con precisión qué le dijo ayer tarde. Molesta, pero hubiera podido suceder que el muerto ahora no fuera Gengo, sino Tato...

La habitación se ha ido llenando poco a poco de gente, el rumor de conversaciones es espeso; se siente humo arañar en la garganta.

Nelico oye los perros ladrar. Son como tachuelas clavadas en una tela negra. También los gallos...

No debe tardar en llegar la leche tibia del día.

Nelico oyó pisadas. Su corazón corría, corría. Su corazón golpeaba como un caballo bueno golpea con sus pezuñas la tierra.

La mancha roja de la camisa pareció agrandarse. Nelico vio la mancha crecer y notó que fluía sangre, pero muy lentamente. De pronto, aquello fue un golpe que parecía llenar todo el pecho del difunto. Nelico tuvo miedo de que no fuera cierto y palpó. Sí: la sangre caliente, pegajosa y roja, le había mojado la mano.

Tenía la cabeza llena de aire. Los ojos abiertos, muy abiertos, vivieron ese instante sólo para mirar la puerta. Y ahí estaba; lo veía. Era una sombra vaga, diluida en la media luz del amanecer. Se movía. Parecía no querer entrar. A ratos los pies amagaban hacerlo.

Pero de pronto la sombra se movió y apoyó una mano en la puerta. Nelico vio la cara negra, con los ojos brillantes. La vela se había vuelto dos en los ojos del que llegaba.

Nelico creyó volverse loco. Todavía pensó que tal vez no fuera cierto. Podría muy bien ser Balbino. Pero entonces la sombra hizo señales con la mano, como llamando. Murmuró luego:

—Taita...

Nelico no supo cómo lo hizo. Tenía un miedo horrible de que los demás hubieran visto. La mancha de sangre seguía agrandándose.

Veía, veía...

No fue él, no. Alguien le sujetó por los brazos y le puso en pie. Caminó. Era una sensación de blandura, de andar sobre algodón. El amanecer llegaba cansado y gris. Nelico se sentía marchar hacia el amanecer.

—Venga —dijo Tato sin entonación.

Le siguió. Tenía casi la seguridad de que el muerto venía detrás. No lo hacía en sus pies, no; era como volando. Estaría tieso, las manos en el vientre.

—Fui yo —dijo Tato volviéndose inesperadamente.

La cara de Nelico estaba ahora verdosa. El amanecer pasaba por sus pómulos una mano suave, untada de aceite. No veía ni hablaba. Sus ojos eran, acaso, agujeros abiertos sobre una noche cualquiera.

Sentía vagamente rumor de conversación. Los de adentro hablarían cosas sin importancia. ¿Qué era esto, Dios? Gengo, Tato... Quería tomar café y trabajar.

Tato arrancaba briznas de yerba de guinea. Al rato alzó la cabeza y habló:

—Emprésteme su caballo, taita. Tengo que dirme.

De pronto le pareció llenarse de claridad; sujetó la mano de su hijo con fuerza increíble.

—¿Y fuiste tú, Tato?

Se sentía asombrado. El entrecejo estaba como si dos dedos negros y finos le atravesaran la frente; le brillaban los ojos y la mañana comenzaba a poner sus dos puntitos blancos en ellos.

—Sí, fui yo: pero como hombre...

—¡Ah! —comentó.

Ahora se le volvía todo confuso. Había hablado ayer tarde con Tato; recuerda algo. ¡Qué vaguedad! Pero tal vez Tato estuviera en este momento en su casa, sobre el catre, apuñalado. Y sería sangre suya, su sangre...

Estuvo largo rato con la vista en el suelo. Ya brillaban los cogollos de los árboles.

—Sí, vete, hijo. Dile a tu mama que te dé el bayo y una onza que tengo en mi baúl.

No hablaba ni con tranquilidad ni con dolor. Era como si la voz saliera del camino y no de él.

Tato se destocó, se arrodilló y rogó:

—La bendición, taita...

No contestó. Miraba aquel agujero blanco que se agrandaba en el cielo. Sintió gente arrimarse a la puerta.

—Y coge mi silla y mi revólver —dijo.

Tato se incorporó. Comenzó a caminar como si fuera hacia el sol. Se veía encorvado. Quizá ahora no pudiera andar: tendría sangre en el pecho.

El viejo Nelico se volvió; arrastraba los pies. Le dio trabajo sentarse de nuevo frente a Gengo. Pero no pensaba ya en que el matador viniera. Tenía sólo la preocupación de que Tato podría muy bien esconderse por el agujero blanco que se alzaba lentamente sobre la tierra...

Lucero

José Veras miró a su compadre mansamente, hizo resbalar los ojos y chasqueó los labios; se le acercó, dobló la cabeza y, como temeroso de que lo oyeran, dijo:

—Lo ojiaron, compadre.

El otro tuvo miedo de que José Veras rompiera a llorar; había algo muy doloroso en su voz.

Pero José Veras volvió rápidamente el rostro y clavó en la loma una mirada más dura y asesina que una bala.

Es posible que por los caminos reales del Cibao no pase otro animal como aquél. Andaba, y nadie veía sus pezuñas menudas en tierra: las llevaba siempre ocultas en el oro del polvo. Su cola ondulaba como río, sin salir de cauce, y era elegante aun llevándola amarrada en trenzas con una cinta azul. Su pescuezo brillante estaba siempre arqueado. Su piel... Lucero: ¡cómo brillaba tu piel al sol!

Tenía en la frente, como clavada en su pelo negruzco, una mancha blanca. Poco más abajo, y a los lados, los ojos le reventaban llenos de luz.

Es posible que por los caminos reales del Cibao no pase otro animal como aquél.

José Veras estaba sentado a la puerta del bohío. Acababa de secar la saliva con el roce de su ancho pie.

—Vea —dijo—. Yo tengo nada más cuatro cosas, manque sea pobrecito: Lucero, mi revólver, mi gallo y mi mujer.

Echó el cuerpo sobre las piernas, se frotó las manos y prosiguió:

—Y si me fueran a quitar lo mío, nada más quisiera que me dejaran a Lucero.

Filo Soto recostó su silla en el marco de la puerta, tiró un brazo tras el asiento y murmuró:

—Hasta yo, si fuera mío...

Y se quedó viendo el camino.

Esperaban. La tierra estaba más parda que nunca. Allá lejos azuleaban las lomas.

—Asunte, José —recomendó Filo—; asigún veo, va a tener mal viaje. Aguaite cómo está la loma.

José levantó sin prisa la cabeza y corroboró:

—Este tiempo puñetero... Agua y agua y agua. Dios quiera que ese muchacho haiga amarrado a Lucero. Horita oscurece y cualquiera no sale de noche.

Casi antes de que terminara, una voz llamó, de adentro.

—Compadre...

—Voy —contestó José.

A su espalda, en la penumbra de la puerta, asomó una cara trigueña y arrugada.

—No se apure —observó—. Era pa' decirle que atraque con el caballo.

—Aquí estamos esperando ese condenado muchacho, compadre.

El otro caminó sin hacer ruido, sacó la cabeza para ver el camino y tropezó con Filo Soto.

—Buena tarde, Filo.

—Buena, don Justo. ¿Cómo sigue la enferma?

—Igual —dijo.

Y a seguidas:

—Mi compadre sale horitica pa' el pueblo.

Filo movió la cabeza, como quien dice que sí. Después observó:

—Estará toda la noche andando.

—Pero voy bien montado —terminó José Veras.

Ese barro rojo no es barro: es mil manos juntas, pequeñas y fuertes, que se aferran a las patas del animal y lo dejan exhausto. Y la lluvia en la noche no es lluvia: es arenilla pegajosa lanzada contra la cara y los muslos.

No se ve una raíz; no se sabe dónde está el hoyo. El camino es tierra recién amasada tirada sobre la loma. Nada más.

José Veras pensó muchas cosas y luchó mucho consigo mismo, pero sobre todo eso estaba lo otro: Lucero.

Lucero iba a malograrse una pata; Lucero podía desbarrancarse de momento. Cierto que él iba encima, pero... él, ¿qué era él?

Sentía al animal buscar a tientas el lugar donde plantar el casco con seguridad. A veces removía la cabeza y resoplaba. José agarraba los estribos y levantaba los pies, temeroso de que un tocón le destrozara un dedo.

Ahí mismo, a ambos lados del camino, la lluvia caía pesadamente y con lentitud. Alguien dejaba caer piedras desde muy alto.

A José le molestaba andar tan despaciosamente, pero tenía miedo de apurar el animal. No. Además... ¡Bueno! Hubiera sido mejor que la mujer hubiese muerto ayer mismo u hoy; daba igual. El caso era no haber tenido necesidad de hacer este viaje perro...

Pero ya era demasiado mortificarse. Lo mejor sería buscar bohío donde parar. José Veras no estaba dispuesto a que Lucero se malograra, aunque se le muriera la mujer a Justo Mata.

Estaban sentados, algunos en sillas, otros en un banco largo, los restantes en el suelo. José Veras sentía la tela secarse sobre su cuerpo y le hacía bien el calorcillo. Las llamas se levantaban y enrojecían los rincones de la cocina.

El hombre que le abrió la puerta, oscuro y medio desnudo, dijo a la vez que le miraba los ojos:

—Que Dios le guarde el caballo, amigo.

Y el viejo de la barbilla blanca aprobó:

—Y dígallo.

José sentía un agradecimiento verdadero subirle del pecho y calentarle más que la fogata. Dijo, entre sonrisas:

—Yo estoy en creer que él fue el que me trujo, porque yo no veía ni an mi mano.

Entonces el viejo chupó su cachimbo, miró de reajo la marmita donde se calentaba el agua, y murmuró:

—Vea... Usté es hombre arrestado. Yo no me tiro este camino solo y de noche.

El más joven, que estaba allá en el rincón, entre sombras y a la punta del banco, corroboró:

—¡Jesús! ¡Ni an por paga!

El viejo miró la puerta. Sus brazos rodeaban sus rodillas y la mano parecía pegada al cachimbo para siempre. Se pasó la izquierda por los ojos, como si tuviera sueño, y explicó, a la sonrisa dudosa de José Veras:

—Usté no ha podido darse cuenta, porque la noche está bien cerrada, pero vea: un chin más abajo de la subida que usté cogió pa' llegar aquí hay tres cruces. Por delante de esas tres cruces —aseguró señalando el probable lugar— no pasa naiden de todo este pedazo de noche.

Ahora ya no había sonrisa en José. Él había visto la intensa palidez que tenían los demás, había sentido el frío silencio que se pegaba a los hombres. Sus ojos estaban más brillantes que de costumbre. Recordaba. Sí: muy probable. Él creyó haber adivinado, en la oscuridad, tres cruces. ¡Concho! ¡Verdad! ¡Si Lucero se había quedado largo rato parado frente a ellas, con las orejas rectas y temblando, tal vez sí de miedo!

José Veras no pudo resistir. Casi gritaba.

—¡Dígame lo que pasa! —rogó.

Pero el viejo no contestó. Aquel silencio frío seguía pegándose a los hombres, pegándose más que el barro rojo de mil manecitas fuertes.

Se oía claramente el glu-glu del agua que hervía ya.

El viejo se volvió, miró a uno de aquellos hombres y ordenó:

—Mayía, atienda el agua. Háganos un cafecito, que el amigo está muy entripado y no es bueno que se acueste asina.

José vio la cara de aquel que se levantó a ver el agua. Se le conocía el miedo: parecía hurgar con los ojos, a un mismo tiempo, en todos los lugares de la cocina.

—Lo que pasa —dijo el viejo inesperadamente— es que ahí sale el difunto Frosito, al que mataron en los tiempos de Perico Lazala. Asigún me contaba el viejo Félix, fueron unos criminales del Sur, dizque pa' robarle el caballo.

—¡Yo no lo vide! —aseguró violentamente José.

—Ni falta que hace, amigo —cortó el viejo—. Por aquí lo hemos visto nada más dos o tres, y no hemos quedado con ganas de verlo. Créalo...

José se sentía muy delgado, muy capaz de ser roto por cualquier débil cosa: una ramita, por ejemplo. El viejo estaba sentado ahí, en el suelo, mirando la puerta y con la mano clavada, como si fuera para eternamente, en el cachimbo. Pero el viejo

volvió su mirada clara, casi azul, sobre José y dejó oír estas palabras, dichas con serenidad y claridad.

—Dos veces lo vide y dos veces me ha ojiado el animal; pero un hijo de mi compadre Chemo que diba a pie murió ojiado por él. Asina que le agradezco haberse conformado con el caballo, porque si no...

—Pero... ¿y eso?

José hizo la pregunta nervioso. No comprendía si se estaban burlando de él. No se sentía. Todas las cosas eran claras como agua de río limpio. Estos hombres, estos hombres... ¿No sería acaso una pesadilla?

—Vea...

El viejo le miraba fijamente ahora. Había empezado a hablar. Desde atrás del fogón, los ojos del muchacho que atendía al café pendían del viejo.

—Ojea a los que van sin montura porque cree que son los criminales, y a los que van a caballo porque dizque cree que todos los que pasan son el de él.

El hombre moreno que le abrió la puerta musitó:

—Jesús, Ave María Purísima...

José Veras no sentía ya la ropa secarse sobre su cuerpo.

Serían las diez. Comenzaba a subir una cuesta de tierra que no era roja ni negra ni amarilla. Lucero levantaba las patas pesadamente y José Veras se daba cuenta de ello. Tenía la boca amarga y cerrada a disgusto. Los ojos buscaban cuidadosamente cada piedra, cada tocón del camino, para apartar el animal. Le molestaba el sol, no por él, sino por Lucero.

Y allá, a media cuesta, Lucero se detuvo, trató de volver la cabeza, bajó el pescuezo de pronto y cayó golpeando el camino con sus rodillas lustrosas y finas.

José pretendió hacer algo. Quitó de pronto la silla al animal, le tiró de las orejas, quiso abrirle la boca.

Los ojos luminosos de Lucero le miraban desde una lejanía indecible, muy tristes.

José lo vio después, con sus patas temblorosas, blanqueando la mirada, estirarse y resoplar con trabajo.

No quería llorar, pero le asomaban las lágrimas a los ojos. Esperó. Esperó. Cargó luego con la silla y se fue. Al atardecer llamó a la puerta, miró fijamente al hombre moreno que le había abierto la noche anterior, y dijo:

—Guárdeme esta silla aquí, amigo. Entréguesela a cualquiera que vaya pa' los lados de casa.

El hombre moreno le vio irse. Pero no pensó que José Veras iba a esperar la noche sentado al lado de las tres cruces y que a la hora de las ánimas iba a atronar el monte con su vozarrón:

—¡Yo estoy aquí, carajo! ¡Salme, muerto! ¡Salme, Frosito, pa' que me hagas mal de ojo a mí también! ¡Sal, pendejo!...

Era media tarde. Su compadre le vio casi al llegar. Venía a pie. Nada comprendió y sólo atinó a preguntar:

—Adiós... ¿y Lucero?

—Lo ojieron, compadre —dijo una voz rota.

Tuvo miedo de que José Veras rompiera a llorar: había demasiado dolor en su voz.

Pero José Veras se irguió, volvió rápidamente el rostro y clavó en la loma una mirada más dura y asesina que una bala.

Lo mejor

Por la tierra seca y dorada de la enramada empezaban a entrar lenguas de agua.

Tilo tenía los ojos entrecerrados y sentía sueño. A ratos el caballo movía una pata. Estaría también soñoliento.

El otro metió mano en un bolsillo, sacó cachimbo y vejiga, llenó el primero y se dispuso a fumar. Antes dijo:

—Yo voy a dar una chupadita, compadre.

Tilo veía ahora el agua caer por el alero de la enramada. Sentía ganas de tirarse del caballo y echarse en el suelo; pero ese polvo dorado se pegaba mucho a la ropa.

—Se me hace que no escampa hoy —dijo como para sí—. Yo estoy pensando en seguir.

—¡Ah hombre mal agradecido! —comentó el otro.

Tilo lo miró. El rostro de su compañero enrojeció al resplandor del fósforo con que encendía el cachimbo. Sobre la silla había cruzado el paraguas y afincaba los pies en los estribos. Soltó una bocanada de humo espeso que le envolvió momentáneamente; después sujetó el cachimbo, lo enderezó y dijo:

—¡Dizque queriendo mojarse con tan buen techo! —indicaba con los ojos las yaguas de la enramada.

Tilo veía cómo los hilos grises de la lluvia se estrechaban hasta cubrir las palmas mohínas.

—Apure su caballo, que la noche está aquí —aconsejó Tilo.

El compadre clavó su montura. Era un rucio careto, natural, largo. Se apareó con el melao de Tilo a poco andar. Su compadre llevaba la mano izquierda apoyada en la pierna y la rienda alta en la derecha.

—Asunte —dijo—. Este trotecito es el de los caminos largos. Manque sea dudoso se llega más pronto.

—Pero es que yo tengo hambre —objetó Tilo.

—Asujétesela. Horita estamos en el fundo de Sico.

Tilo alargó la mirada y le pareció ver el camino rojo subiendo, extenuado. Podría muy bien no ser más que una barranca... Pero estaba intrigado. Se alzó sobre los estribos, extendió el brazo y señaló:

—¿Qué es aquello?

—Rancho Arriba —inició el otro.

El compadre seguía con la mano en el muslo. Llevaba la cabeza baja y el caballo parecía un arco.

—Debe estar muy resbaloso —aventuró Tilo por decir algo.

—Asigún —dijo el compadre sin alzar la cabeza.

Y cinco o seis pasos más allá:

—Parece que por aquí no ha llovido tanto.

Sin dar explicaciones clavó su caballo, tiró de la rienda y quedó inmóvil, atravesado en el camino real. Tilo le vio llevar una mano atrás; en la mano vino luego la botella.

—Dese un trago —ordenó alargándosela.

Tilo sintió el ardor en la garganta, escupió y comentó:

—¡Concho!

El otro adelantó dos pasos, pegó el anca de su montura a la cabeza de la de Tilo y, en voz muy baja, dijo:

—Vamos a esperar la noche ahí.

Su índice derecho señalaba el monte tupido. Tilo tuvo ganas de protestar, pero le ahogaban los ojos del compadre.

La noche era cálida y pesada. Tilo no podía verse las manos. Oía el resoplar de su caballo y a veces lo sentía doblarse buscando mejor trillo. Le parecía estar metido en un horno oscuro o en un vientre inmenso. A ratos se llevaba la mano al revólver, lo acomodaba algo, metía dedo en el gatillo: eso le hacía sentirse más fuerte.

En su imaginación veía claramente a su compadre doblado, empeñado en mirar de lado, con los ojos negrísimos flotando sobre el barro. El caballo sería un arco, acaso...

La voz, así, sin esperarla, le impresionó como si fuera sacrilegio:

—Haga lo menos ruido posible porque en la subida vive un hombre medio peligroso. Ni an me acordaba ya.

Sintió el rucio apresurarse un poco y la voz sonó más cerca, casi soplándole:

—Si usted no me pregunta cómo se llamaba la cuesta, hago tamaña caballá.

No habló más. Tilo tenía ganas de quejarse por el hambre o por cualquier cosa. Era igual. Podía también decir que sentía retorcimiento en las costillas.

La noche se los tragaba, se los tragaba. Tal vez no, porque ellos estaban mejor. Pero lo cierto era que se sentían partes de lo negro.

Tilo no se explicaba cómo su compadre pudo dar con el bohío, porque también el bohío estaba perdido en el vientre oscuro.

El compadre arrimó el caballo bajo el alero. Fue entonces cuando la montura suya quiso saltar, atenaceado el oído por ese ladrido seco. Luego oyó el gruñir sordo del perro. El rucio pateaba y bajaba el pescuezo.

Tres golpes suaves se pegaron a las tablas de la pared. Adentro hubo rumor de gente que se movía. Después la voz de su compadre se enredó a la noche:

—Sico... Soy yo...

Por las rendijas vino luz. Tilo adivinaba un hombre que se vestía. Tal vez tuviera sueño aún.

Él sentía frío. Su compañero debía tener los ojos reventones. Poco a poco, sin quererlo, calentó la culata del revólver con sus dedos nerviosos.

¡Al fin! La aldaba sonó. Se comprendía que Sico abría la puerta con precauciones. Después, muy lentamente, un cuadro de luz se fue haciendo ancho hasta alumbrar las

patas enlodadas del rucio.

El compadre se atravesó en la puerta. Sólo veía su sombra, Brillante en los contornos. Oyó a Sico decir:

—Creía que no diba a llegar. Bájese y dentre.

Tenía la jumiadora en una mano, ala altura de la cabeza, y todo un lado de la cara rojo. El brazo derecho de su compadre enlazó el tronco de Sico. Al apearse sintió como que nunca tocaría tierra con sus pies. El suelo era blando y pegajoso.

Su compadre dijo:

—Alevante a su mujer, Sico. Mi compadre se está muriendo de hambre.

Entonces Sico le miró. La jumiadora estaba en los dos ojos de Sico, al fondo. Alargó la mano y sintió unos dedos fuertes apretujándosele.

Hablaron largo, pero Tilo apenas ponía caso. Sentía sueño y hambre; mejor sueño que hambre. El compadre servía ron y manoteaba; su voz era apagada hasta lo increíble. También en sus ojos negrísimo estaba la jumiadora. Tilo lo veía mejor ahora: enjuto, trigüeño; el bigote ralo, caído; la boca fina y torcida, por el cachimbo, tal vez. Afinó la mirada cuando Sico dijo:

—El viejo Nano es gobiernista y no se puede contar con naiden mientras esté aquí.

El compadre sirvió otro trago. Tilo le veía algo raro en la frente. Hubo un momento en que el hombre tuvo intención de blasfemar; se comprendió. Sin embargo, se contentó con golpear la mesa con los nudillos.

—Bueno —dijo al rato, lentamente—, pero nosotros no vamos a fracasar por un viejo.

—Yo creo —aventuró Sico sin levantar los ojos.

Tilo sintió algo rozarle la pierna. El perro estaba ahí; era berrendo y grande. Después oyó la mujer trajinar en la cocina. El hambre seguía rascándole la garganta.

Su compañero se dobló. Ahora la jumiadora le alumbraba apenas la nariz. Alargó una mano, tocó la pierna de Sico y silabeó:

—Acuche...

Tornó a enderezarse, sirvió más ron, escupió y prosiguió:

—Usté sabe cómo están las cosas. Si no tumbamos al gobierno el gobierno acaba con nosotros.

Sico asintió con un movimiento de cabeza. Dijo:

—Ahora es.

—¿Ese viejo Nano vive todavía en Los Prietos? —preguntó su compadre.

—Todavía —confirmó.

Tilo sintió un relente frío en la espalda. Sico se puso en pie, al tiempo de decir:

—Déjeme atender a la montura.

Pero el otro le sujetó un brazo y ordenó:

—No desensille el mío, que tengo necesidá de dar una salidita.

Sico se volvió; parecía muy asustado y abría la boca.

—Asunte —recomendó—. No trate de conquistar al viejo Nano, porque le puede costar caro.

—No es eso —dijo el compañero moviendo la mano.

Tilo se levantó desde el fondo espeso de su sueño.

—Saldrá después que comamos, compadre —dijo.

—Claro... —aseguró el otro.

Cruzó las piernas, sacó cachimbo y vejiga, llenó el primero y se dio a encenderlo con la luz roja y gruesa de la jumiadora.

Estaba en el catre, acurrucado, friolento. Pensaba en su compadre y le parecía oírle llegar. Sico era hombre simpático. El camino, su caballo. Había un montón de cosas en el cerebro de Tilo. Hasta la mujer de Sico, y su sancocho. ¡Buena yuca!

Raro, pero el sueño parecía estacionado. Lo sentía, sí; pero sin la pesadez de antes. Quizá fuera el hambre, más que otra cosa.

Inesperadamente aquéllo. Indudablemente eran tiros. Uno, dos, tres. Nada más. Los tiros serían, acaso, fosforitos en el vientre negro e inmenso de la noche. Alargó el pescuezo y esperó. Tenía frío, mucho frío.

Le pareció, al rato, que venía alguien a caballo.

Cierto; ahí estaba. Sintió cómo una persona trataba de abrir el portón. Después las pisadas sonaron en el patio. El que fuera desmontó. Cuatro, cinco minutos. Había ruido de estribos y hebillas. Desensillaba, de seguro. Oyó claramente el manotazo dado en el anca del caballo. Luego el cuidado, al andar, de alguien. Una aldaba se dejó caer, pero apenas rompía la masa espesa de la noche. Ahora, ya en la habitación, las espuelas sonaban con desparpajo. Él tenía la mano agarrotada sobre la culata del revólver. La voz le jamaquió:

—Que duerma con Dios, compadre.

Sintió los nervios aflojar. Lo último fue el crujir del catre bajo el cuerpo enjuto y trigueño.

Tilo comprendió entonces, y tuvo ganas de rezar por el alma de don Nano, que a esa hora debía estar muy lejos.

San Andrés

Toda la tarde anterior la pasó Guarín hablando de lo mismo: el gallo gallino.

—Yo quisiera echarlo con el canelito de Toño —le decía a Yoyo—. Dende que asomó por el cascarón sabía yo que se diba a dar legítimo ese gallino. Figúrese, encastado por mí.

Se quedó un rato pensativo y dijo, mientras miraba la puerta.

—Lo malo está en que gane la pinta negra. Yo no le juego a la pinta ganadora, compai Yoyo.

Y al otro día, desde el amanecer, empezó a prepararse. Se vistió como lo pedía la solemnidad: saco de casimir negro, pantalón de dril, polainas resacas, zapatos amarillos, camisa blanca y sombrero «panza de burro». El potro, reluciente a fuerza de aceite de coco y de aguacate, tenía nerviosidad de muchacha que espera novio. Guarín se terció el colt, signo de su autoridad como alcalde pedáneo, y montó de un salto, sin poner pie en estribo. Ya así, pensó poner su gallo en una funda, pero le pareció después que el trayecto era muy corto.

—¡Eloísa! —llamó—. Páseme el pollo y no se olvide de la vela del difunto.

Clavó. Las patas del animal parecieron deshacer un dibujo del camino.

—¡Tráigame dulces, taita! —gritó Nandito al tiempo de despedirse el sol, en el recodo, de las ancas del potro.

El día era digno de noviembre. Una brisa fresca y suave bajaba de las lomas y doblaba la yerba páez. De allá arriba bajaban unas manchas blancas. Las muchachas, de seguro, que venían a la fiesta. En el alambre de una cerca un pollo jabao batió las alas, como satisfecho, y cantó con claridad y fuerza.

—Buena seña —se dijo Guarín optimista cuando vio su gallo erizar las plumas del pescuezo para contestar al jabao.

Ahora le hacía falta el compadre Andrés Segura. Venía, hasta cinco antes, todos los años a su lado, sonreído y feliz. Nadie gozaba estas peleas como el difunto. Se armó de pleito, una Nochebuena, y lo abalearon.

—Compadre —recomendaba en su último día—, sólo le pido que me prenda una vela todos los San Andrés; si no, le salgo y le hago perder su gallo.

Él pretendía consolarle:

—No se apure, compadre. Yo tengo tres plomos en el cuerpo y estoy buenesiningo y sano. Total, esto es una caballaíta. Pa' el otro santo suyo está usted en la gallera, como en todos.

Pero Guarín sabía que estaba hablando mentira: era un balazo noble el que tenía su compadre. Amaneciendo el día veinticinco dobló un poco la cabeza, se esforzó en sonreír, palideció, perfiló la nariz y se fue al otro mundo.

Todos los años, en San Andrés, se quemaban velas en su casa por el descanso de su compadre.

Estaba ganando la pinta clara. El primero fue un jabao de su cuñado Fernando, que mató en la segunda picada. Y siguió la clara arriba. A menos que no cambiara en la tarde... Porque Guarín acostumbraba pelear sus gallos a última hora, para coronar bien el día.

Como a las cinco consiguió casarlo. Le presentaron un girito que salía con el suyo hasta en la medida de las espuelas; ni que pesarlos hubo. Su rival era un desconocido. Claro que pudo haber conseguido otro desde temprano, pero él no se tiraba con ningún buen amigo. Y eso que Fello le mandó un canelo por trasmano.

—Lo que es dende hoy en adelante, a mi compai Fello le ando con cuidado, Rogelio. Dizque tirándose conmigo. ¿Usté ha visto?

Soltaron los gallos, por fin. En la primera picada el de Guarín levantó bien. Se conoció que acabaría matando. La voz del dueño se alzó sobre el griterío que llenaba, desde la gallera, todo el poblado.

—¡Doy veinte a cinco a mi gallo! ¡Vente a cinco!

—Pago —contestó tranquilamente el del giro.

El gallino picó y cortó al vuelo, en el pescuezo.

—¡Doy treinta a cinco! —vociferó Guarín entusiasmado.

—Pago —volvió a decir el otro.

Medio atontado por el golpe, el girito se detuvo y aguantó nuevo tiro de su rival; mas de súbito emprendió carrera, como tratando de cansar al matón.

La valla del gallino alborotó de un modo inaudito. En lo mejor de esta explosión de entusiasmo, el gallo perdido se detuvo, clavó su pico en el pescuezo del perseguidor y lanzó un espolazo que, atravesando un ojo del otro, le vació interiormente el opuesto. Enloquecido, el gallino dio vueltas tirando picotazos al aire. Tuvo como una heroica lucidez: batió las alas, cantó con voz débil y cayó sobre el lado derecho, sacudido por temblores.

Guarín, sin decir palabra, bajó a la arena, envolvió su gallo en una mirada de dolor y comenzó a pagar las apuestas. Luego se echó al brazo su pupilo muerto y salió de la gallera con la garganta seca.

No sabía cómo caminaba ni se explicó por qué había entrado a la pulpería. Ya en ella pidió, sin alzar la vista.

—Póngame un trago de arial oro, don Antonio.

Lo tomó de un solo golpe, pegó en el mostrador con el fondo del vaso y tornó a pedir:

—Echeme otro de la misma medida.

Bebiendo estaba cuando llegó Fello.

—Arrepare en esto, Guarín —recomendó—: el hombre del giro vino nada más que a ganarle, porque naiden lo ha visto dende la pelea.

—No converse caballá —escupió él—. Acompañeme a un trago.

Y dirigiéndose al pulpero:

—¡Ponga dos de a medio oro, don Antonio!

En el estrecho espacio que dejaba el mostrador, Guarín pretendía caminar, pero tambaleaba. En lo alto, hacia el oeste, el crepúsculo venía a lomos de burro cansado. Los hombres y las mujeres estaban regados por el pobladito y de rato en rato salían grupos a los que acompañaban ladridos.

Guarín estaba solo en la pulpería; el gallino, frío, dejaba caer el pescuezo por el brazo de su dueño, que no quería deshacerse de él. Hablaba, mas las palabras se le enredaban en la lengua.

—Don Antonio, póngame dos tragos dobles —dijo trabajosamente.

Y como el pulpero trajera un vaso, explicó:

—No, viejo; no. Yo quiero dos tragos en dos vasos.

Don Antonio le miró asombrado. ¿Para quién era el otro servicio?

—Bueno —asintió—. Como usted quiera, Guarín; pero sepa que no bebo.

—No es pa' usted, compai —replicó—. No es pa' usted. Ese otro se lo va a beber el difundo Andrés Segura, que hoy es día de su santo.

Guarín no terminaba de decir esto cuando apareció en la puerta, hacia su espalda, el desconocido dueño del giro que ganó la pelea. Entró sin hacer ruido, echó mano al vaso y se bebió el ron de un sorbo; puso su diestra sobre el hombro de Guarín muerto de asombro, y dijo:

—Dios se lo pagará, compadre; la culpa fue de su mujer, que no prendió la vela.

Al bajar la puerta, desapareció. Guarín se tiró afuera sin comprender lo que sucedía. Llegó hasta la esquina, mudo y sintiendo que la cabeza se le iba, pero en ninguna parte vio sombra de persona. Mas, cuando quiso volver a la pulpería, el gallino muerto se estremeció, levantó el pescuezo y rompió los tímpanos de Guarín con un canto sonoro.

La negación

Viendo a José Dolores se recibe la impresión de que vivió caminando: hay en todo él como polvo de camino. Sus ojos parecen devolver paisajes. José Dolores habla y uno evoca a la abuela, cuando registraba baúles.

—Éste fue mi primer traje largo —dejaba oír la vieja.

Y así él. Arrinconados por ahí, en su cerebro, tiene los recuerdos.

Ahora se entretiene en cortar andullos; va sacando finísimas rajitas que luego deshace entre las manos.

—En mi tiempo no había carretera —dice—. Por eso no me acostumbro. Dende que se me estiricó el bayo juré no andar más que con esto —y señala los pies.

Sonríe. Tiene una alegría de hombre sano, acostumbrado al bien y cargado de conformidad.

Por la puerta se ven las cosas como alambradas: la lluvia es recia, sonora.

Dos pequeños desgranar el maíz. En la sombra de un rincón se adivina la silla de montar.

—Con Dios por delante —proyecta su huésped— entre unos diítas siembro todo ese limpio que usted vido antes de llegar. El maíz es degallao.

José Dolores piensa que Eufemio también estará preparando la siembra. Tendrá un conuco para los víveres de la casa. Él recuerda haberle dejado buena tierra recién lista para frijol. ¡Las cosechas que habrá hecho en tanto tiempo!

Se alegra de pensar en el hijo; su contento es tal que le salta por los ojos. En este momento, por ejemplo, se siente capaz de seguir su camino, a pesar de la lluvia y de la noche que se le viene encima.

Eufemio debe estar ajembrado. Quizá tenga algún hijo. ¡Quién sabe!

El roce de las mazorcas hace dúo a la lluvia: rass rass...

José Dolores siente olor de cocina.

—Es Cunda —explica el huésped—; no le gusta que la gente pase hambre.

Él empieza a sonreír. ¡Grata vida ésta!, de pronto entra un pequeño, chorreando agua y morado de frío.

—Ese becerro condenado no aparece —rezonga.

El más chiquilín lo mira y sonríe.

José Dolores se esponja. La palizada se esconde en la lluvia. Las mazorcas prosiguen su dúo: rass rass...

Cabeceaba el día un sueño cuando se le entró cuerpo adentro la locura. Eso es; locura. Corrió, corrió. La casa, el jardinillo, los mangos detrás; todo lo vio como en derrumbe. Se ahogaba. No supo cuándo saltó la tranca. Aquel perro bermejo que empezó a ladrar... Locura, eso es: locura.

—¡Ufemio! ¡Ufemio!

¡Qué alegría, qué alegría! ¡Había llegado! ¡Y tantos años! ¡Tantos!

—¡Ufemio! ¡Ufemio! —gritó de nuevo.

Fue mujer quien contestó. Apareció en la puerta del bohío, secándose las manos con un trapo listado. La voz era lenta:

—¿Qué quiere usted?

—¿No vive aquí Ufemio, doña?

—Para servirle.

A poco más grita. ¡Qué contento, Dios; qué contento!

—Es que yo soy su taita —dijo.

—¿José Dolores? —preguntó ella asombrada.

Casi no la oyó porque se le iba la cabeza. Hubiera querido meterse por el bohío, corriendo, corriendo; ver todo con aquellos ojos que le saltaban de alegría; abrazar a la mujer, y la casa y el perro.

—Dios te bendiga, hija —logró decir.

Y terminó:

—Porque tú eres su mujer. Segurito...

Entró. El perro bermejo estaba echado a la puerta. Tenía la cabeza entre las piernas y comenzó a gruñir.

Cuando él vio aparecer aquel pequeño por la puerta del patio sintió un vuelco en el corazón. ¡Si tenía su misma cara!

Corrió y lo alzó en brazos.

—¿Cómo te llamas, lindura?

El niño no quiso contestar; le azoraba ese hombre.

—Es tu agüelo, Lolito —terció la mujer.

—¿Le pusieron como a mí?

Las lágrimas le caían en abundancia. No quería contenerlas porque se sentía feliz llorando. La mujer le miró, le miró y prefirió irse. Volvió al rato: el viejo acariciaba al niño y sonreía.

—Usted me va a esperar un chin, taita, en lo que le preparo algo —dijo.

José Dolores puso al nieto en las piernas:

—Agüelo te va a comprar un potriquito —decía—; y si te portas bien te va a llevar al pueblo.

La mujer tornó a poco trayendo plátanos humeantes. Él quería partir su comida con Lolito y sólo tenía ojos para mirarle.

Fue al cabo de un rato cuando preguntó por Eufemio. El alma se le quedó en un hilo al ver la nuera secándose una lágrima.

—¿Muerto? —preguntó angustiado.

La contestación tardó; tal vez no tanto como le pareció a José Dolores.

—Preso.

—¿Preso?

Sobre la rodilla, la mano se le hizo una mueca.

—¿Por qué?

Lolito los miraba como tratando de no oír. El perro bermejo lanzaba dentelladas cazando moscas.

—Robó —dijo ella al fin.

El sol se metió por las rendijas y le encontró listo. Lo único que le hacía extraño era el brillo de los ojos. Se llegó hasta el patio y llamó a la mujer.

—Quiero que me dispense, doña —rogó—. Tenía hambre y sueño y por eso hablé embuste.

Ella no abrió la boca, pero la interrogación se le leía en los ojos.

—Es que yo no soy el taita de Ufemio —explicó.

No esperó. Miró, al pasar, a Lolito. Quiso detenerse; sin embargo, tuvo fuerzas para saltar la tranca con agilidad. Ni siquiera volvió la cara antes de tragárselo el recodo.

Camino real

Cuando terminó la cosecha de tabaco, con la perspectiva de tiempo de agua por delante, decidí ir hacia otra tierra en busca de trabajo. En el camino de Los Higos me alcanzó un hombre que andaba de prisa. Llevaba machete al cinto, una hamaca doblada al hombro y otro pequeño bulto rojo en la mano derecha. Vestía pantalones azules y muy estrechos, camisa amarilla, sombrero de cana. Me saludó en voz baja y siguió; pero a pocos metros se detuvo.

—¿Usted sabe si por aquí habrá finca? —preguntó.

—Yo ando en lo mismo —dije.

La cara era como de madera joven: la nariz fina y recta; abajo se le rompía la piel en carnosa boca; arriba le salía el sol tras unos ojos negros, bajo cejas abundantes.

En el modo de pararse, en la voz; en la firmeza con que miraba, en el entrecejo alto: en todo aquel hombre había algo atractivo y gallardo.

No caminó sino que esperó a que yo estuviera cerca para decir:

—Deberíamos andar juntos...

—¡Claro! —dije.

Y ya fuimos dos voces y cuatro pies para pelear aquel camino tan indiferente y tan retorcido.

En estas acogedoras tierras, nuestros dos hombres hacen amistad muy pronto, porque nadie desconfía de los demás. Una persona puede ser mala en el Este y buena en el Sur; puede haber muerto otra en la Frontera y salvar una vida en el Cibao. Hay tonterías de gran importancia para decidir: los tragos, una mujer, groserías dichas en momentos de ira: he aquí las causas por las que un hombre mata. Aquí, en el Cibao, dos cosas deshonoran: robar o soportar una injuria.

Aquel hombre me había dicho, como quien tira palabras sobre el camino, que se llamaba Floro y que venía de Tavera. Quería ver tierra, según él. Después, sin regateos, bajo una jabilla, abrió su bulto rojo y me tendió casabe y carne salada. No sabía quién era yo ni le importaba. Probablemente esa misma tarde, a ser necesario, hubiera dado gustoso la vida por defender la mía.

—Todos nosotros sernos hermanos en este mundo —dijo mientras comía.

En la noche (sobre nosotros la media herradura del cuarto creciente) dormimos bajo un caimito. Yo estuve buen rato observando el ir y venir de los cocuyos entre los árboles, bajo las negras enaguas del monte que parecía tragarse el camino real. Floro no quiso tender su hamaca «porque yo no tenía». Su machete durmió desnudo y en el filo se hacía menudita la alta Luna.

Floro y yo vimos, el segundo día de caminata, el techo alto de una casa. Era de zinc y las palmeras casi lo cubrían. Todavía tuvimos que andar bastante para ver la cerca. El potrero extenso, de un constante color verde, con algún que otro higüero parido y alguna que otra palma real; las manchas de las reces, berrendas, blancas,

pintas, negras; la yerba de guinea subiendo un cerro, como gruesa e inmensa alfombra; la vivienda, sobre pivotes que debían ser troncos de hoja ancha; la portada de viraje; el limpio de frente a la casa; la laguna que se peleaba con el sol, cerca de la entrada; los patos y las gallinas y hasta los pavos que vimos cruzar durante el rato que estuvimos detenidos; todo nos indicaba que estábamos en sitio donde podíamos encontrar trabajo. Floro me dijo:

—Compai, aquí hallamos.

Abrió la puerta y tomó la ancha avenida. Yo me entretuve en poner la tranca y le vi, doblado pero ágil, alto, fino y dispuesto. Un maldito perro negro se plantó allá, frente a los escalones de la casa, enseñó los blancos dientes y ladró como loco; pero Floro no acertó el paso: quería entrar y le importaba poco el perro.

Yo observaba la galería de la casa y vi salir un hombre alto y ancho de hombros, que apoyó ambas manos en la pasarela; estaba vestido con pantalón negro y camisa blanca; tenía además la cabeza cubierta de sombrero oscuro. Al pronto me pareció criollo, porque su color era quemado como el de casi todos los de esta tierra de sol, pero cuando habló, por el tono de la voz, por no sé qué altivez al llamar, pensé que era extranjero.

—¡Pirata! ¡Quieto! —tronó.

El perro movió el rabo, dejó de ladrar, volvió la cabeza para ver al dueño y entró muy humildemente bajo la casa.

Floro se descubrió. Tenía un porte gallardo y atractivo.

—Saludo —dejó oír.

Y yo, cuando estuve cerca, agregué:

—Saludo.

El señor alto entrecerró los ojos y levantó el labio superior. Noté que tenía las cejas casi blancas y muy apretadas.

—Buen día —respondió.

E inmediatamente después:

—¿Qué se les ofrece? Están en su casa.

Floro dejó su bulto rojo sobre un escalón y movió el cuerpo en media vuelta para deshacerse de la hamaca. Subió luego con desparpajo, como si la casa fuera suya.

—Nosotros quisiéramos un trabajito —dijo cuando estuvo frente al señor.

El extranjero volvió a entrecerrar los ojos, observó detenidamente a Floro.

—¿Un trabajito? —preguntó.

—Cualquiera —observé yo.

Entonces se volvió a mí, hizo lo mismo que con Floro y apoyó el codo derecho en la pasarela de la galería.

—¿De dónde son ustedes? —preguntó de improviso.

Floro dijo:

—Yo soy de Tavera y mi amigo de La Vega; pero él viene de la vuelta de Santiago.

—¿De Tavera? —el señor parecía dudar—. ¿De Tavera? Sí —añadió, como quien se contesta a sí mismo—. Allá tengo buenos amigos: los Núñez.

Floro amplió:

—Con los Núñez estoy yo emparentado.

—Bien, bien —aprobó el señor.

Y a seguidas:

—Sí, tengo trabajo. Quiero que mis peones se ocupen en una cosa cada uno. Me hacen falta un ordeñador y alguien que entienda de caballos.

Él no nos miraba ahora. Hablaba como para sí.

—Vea —observó Floro—. Estamos bien porque yo de caballo entiendo mi chin.

—¿Doma? —preguntó el otro.

—¿Yo? Yo le amanso hasta al Enemigo Malo.

El señor se movió, como para entrar.

—Hay que suponer que usted ordeña —dijo mirándome.

—¡Claro! —asentí.

Entonces él caminó hasta el extremo de la galería que estaba a su espalda, apoyó ambas manos, como cuando nos recibió. Yo le veía la ancha espalda y admiraba su buena camisa blanca. Usaba pantuflas de cuero amarillo.

—¡Selmo! —llamó.

Y una voz contestó:

—¡Ya voy, don Justo!

Un hombre bajito, pero aparentemente fuerte, quemado, con ropa burda de trabajo, ojillos inquietos y negro pelo alborotado, subió a poco los escalones.

—Esta gente trabajará aquí —dijo señalándonos el señor—. Llévalos ahora a la cocina para que coman.

Y sin esperar nuestras gracias ni agregar una sílaba, dio la espalda, entró a la casa y le vi sentarse junto a una mesita que soportaba una increíble carga de libros y periódicos.

El corral estaba bastante lejos de nuestro dormitorio, había que hacer una caminata de casi media hora, por entre el potrero húmedo. Era redondo y amplio, de troncos gruesos superpuestos hasta una altura superior a la de un hombre. De tarde se arreaban las vacas paridas hasta allí. ¡Cómo cansaba andar a saltos entre la yerba cortante, por todo aquel inmenso potrero, buscando las reses que estaban rezagadas, escondidas en esa gran alfombra verde! Después había que apartarlas de sus crías y encerrar éstas en el chiquero, hecho en el mismo corral. Alguna vaca recentina enfurecía cuando le llevaban el ternero y constantemente estaba uno expuesto a una cornada, o a varias.

A la semana yo conocía todas las vacas hábiles para el ordeño por sus nombres: India, Grano de Oro, Graciosa, Caprichosa, Rabo Negro, Lirio Blanco, y ¡tantas más! Y los nombres de los terneros, entre los que muchos se distinguían porque uno tenía la pezuña negra y el otro no; porque uno tenía el rabo grueso y el otro delgado.

Eran bastantes las vacas a ordeñar. A las dos de la mañana estaba yo en pie; y a esa hora, con el muchacho que debía ayudarme, un trigueñito vivo y callado, tomaba el camino del corral con mi linterna de mano. Siempre, como si hubiera hecho promesa, Liquito, el ayudante venía tras de mí silbando algún merengue.

¡Qué fantástica belleza la del potrero, las noches de Luna, cuando sobre las palmeras húmedas de sereno se hacía plata la luz!

Día a día, muchas veces cuando todavía no había terminado el primer ordeño, se aparecía el señor en su gallardo caballo melao; se arrimaba al corral desde su montura, una mano sobre la otra en el arzón de la silla; preguntaba cómo estaba la faena; se interesaba por saber cuánta leche daba cada vaca. Y si yo le decía que tal o cual estaba herida, se tiraba del animal, venía, me miraba con aquellos ojos entrecerrados, observaba la herida de la res y decía:

—Bien, bien. Creolina.

O prefería callar.

Al amanecer, empezando el sol a hacer cristales en las pencas de las palmeras, venía Silvano con los burros para llevar la leche a la casa. Don Justo veía la operación de la carga, decía alguna maldición si se derramaba algo de líquido y terminaba clavando su melao para ir al último potrero, al otro lado del río, donde Floro cuidaba de los caballos y de los mulos y donde, por no sé qué herencia árabe lejana, don Justo se detenía complacido hasta bien entrado el día, acariciando con mirada y mano enamoradas las ancas de algún bello potro o la crin larga y rizada de alguna yegua parida.

¿Eres tú, hombrecillo de ciudad, quien habla despectivamente del campesino y le llamas entre otras cosas haragán?

¡En el campo trabaja el hombre sin tregua! Yo lo sé por mí, que tenía el día corto siempre, aunque Silvano o Selmo me ayudaran cuando tenía que estampar una res, capar un toro o despuntar un becerro guapetón. Luego, ¿sabes tú lo desamparada, lo pesada que es aquella vida? Si llovizna, empiezan los toros a quejarse con mugidos aterradores; de noche nos come la oscuridad: dondequiera asegura la tradición que aparece un fantasma, los mismos cocuyos asustan, porque «son almas en pena de muertos»; hay alimañas, como la cacata, capaces de poner la vida de un hombre en peligro; no tiene uno diversión, porque trabaja igualmente un día laborable que un domingo, y si juega gallos o va a una fiesta, debe doblar el trabajo luego; de noche grita el campo por boca de los perros condenados; no puede uno chancear con un compañero, que el campesino es susceptible y bravo; no se gana con qué mudar una mujer; a media madrugada hay que vestirse con la ropa sucia y húmeda. Ya soñoliento, cuando los ojos buscan la hamaca, le pesa al hombre doblarse para lavar sus pies. ¿Y si llueve? ¿Has pensado tú, mariquita de ciudad, que gastas paraguas y capa de agua, lo que significa tomar, friolento y cansado, bajo la lluvia fina de la madrugada, sin que nada te abrigue, el camino del potrero? ¿Lo has pensado? ¿Sabes

acaso lo que es desatar el nudo de un lazo de majagua que en la noche se hinchó con la lluvia? Hay que prenderse de él con los dientes, porque los dedos entumecidos no tienen fuerza. Si tienes un minuto libre, es para afilar el machete o el cuchillo; después de comida, a tejer la sogá que se está desflecando; antes de cena, a componer el aparejo de tu montura que empezó a romperse; al anochecer, echar el caballo flaco y viejo, con que arreas las vacas al río, al potrero para que coma. ¿Y lo otro? Ordeñar, curar las reces con gusanos, untarles creolina en las heridas, juntarlas al atardecer para ver si falta alguna, apartar las paridas de las horras. En esto último nada más se te va un día, mariquita de ciudad.

¡Y eres tú solo, tú solo, tal vez como mucho con un chiquillo que tenga los ojos grandes, sea delgado y vivo y se llame Liquito, tan pequeñín que apenas lo ves sobre el caballo entre la alta yerba de guinea! ¡Tú solo, sin tener con quien charlar, con quien desahogarte! ¡Tú solo en todo aquel campo monstruosamente egoísta! ¡Tú solo, sin un espejo donde verte, siquiera!

¿Y los otros, los que trabajan en las siembras, en el cacaotal, en el maizal; esos infelices a quienes el amo visita todas las tardes «para ver qué hacen los vagos»? Día a día, ¿sabes?, tumbando, talando, desyerbando para que la maleza no se trague el tabaco; quemando, cortando los racimos de palma y sancochando rulos para los puercos; siempre revueltos entre los platanales, manchados y untados de esa savia pegajosa que deja el plátano: abriendo la mazorca del cacao, fermentando y secando el grano de oro; enloquecidos entre la cogida del café y la siembra del maíz, entre el arreglo de la palizada que se llevó el río y la templada del ya viejo alambre de púas; entre la peligrosa tumba de los cocos de agua y la hachada del viejo árbol seco para leña. ¡Ay, muñequito de ciudad, que en el campo se aprovecha todo y es muy duro el trabajo! ¡Pesa demasiado el hacha, demasiado recia es la tela de fuerte azul con ^que te hacen la camisa y es sobrada la exigencia del señor que te obliga trabajar doce horas diarias para darte cinco pesos cada día treinta!

¿Y Selmo, que fabrica el queso, echa maíz a las gallinas, atiende a don Justo, le hace sus diligencias en el pueblo, reparte la leche que deben llevar los muchachos a la ciudad, se ocupa en la venta de la leña, barre el frente de la casa, tuesta el café?

¿Y la negra María, la pobre y vieja negra, que hace humear el fogón de madrugada y tiene café colado a las cuatro, como si quisiera brindarle al mismo sol; que cocina en pailas enormes, que lava la sal porque al amo le gusta limpia antes de molerla, y desgalla el arroz descascarado a pilón, y sala la carne para que no le caigan querezas, y limpia de tierra la papa, la batata, el ñame, la yuca, antes de pelarlos; parte la cuaba con que ha de encender el fogón, astilla la leña rebelde, baja al patio en busca de cilantro; recorre los nidales tras los huevos y va hasta el alambre para conseguir un musú que le sirva de estropajo? ¿Y esa pobre negra que cocina para más de veinte hombres, no habla en todo el día, la cerca la noche fregando y tiene todavía que subir a la casa para rezar al amo la letanía, el rosario, la oración y todos los rezos juntos?

¿Y Liquito, trigueñito pequeñín, de cejas negras y finas, de ojos sinceros y asombrados, que no abre la boca porque si hablara empezaría a quejarse para no terminar? Liquito el niño, que recuerda desde cuándo está aquí y sabe muy bien que dejará esto cuando la muerte lo sorprenda; que crecerá acomodándose a esta vida sufrida, sin esperanza de mejorar, sin ambición, sin conciencia.

¿Y Floro? ¡Ah, diablos! Floro está allá, en la humedad, como hongo de camino, metido entre el estiércol de los mulos todo el día con la cal sobre la matadura del animal que se peló cargando leña, que la cal impedirá la culebrilla y con la culebrilla se desgracian las monturas. Floro está allá: medio día para bañar los caballos de silla y cortarles la comida; medio día para tejer sogas, componer angarillas y arreglar árganas; la madrugada para lanzar los diez mulos que hoy y mañana y pasado mañana tienen que llevar la carga, sea cacao, leña, leche, cocos, maíz, café, andullos, plátanos, tabaco, naranjas, batatas, yuca; los diez, los veinte, los treinta que han de estar continuamente pisoteando caminos enlodados o caminos secos, bajo la amenaza del fute, cuyos trallazos los enloquecen de terror; los veinte, los treinta mulos que no pueden quejarse y a los que se les da demasiada paga con un poco de cal sobre la matadura y un potrero amplio donde comer cinco o seis días corridos, si no hay carga. Los mulos de la recua de don Justo, como nosotros, recua infeliz de don Justo o de cualquier otro amo.

¿El campesino? ¿El campesino haragán? ¿El campesino que paga todos los impuestos igual que el rico, que no tiene escuela ni teatro ni luz eléctrica? ¿El campesino a quien reclutan para mandarle a las revoluciones, a la matanza? ¿El campesino a quien el comisario del pueblo quita su caballo «para hacer una diligencia oficial» y se lo devuelve deshecho? ¿El campesino bondadoso, con su casa abierta a todos los caminantes, la mesa puesta a todo hambriento, la hamaca o el catre tendidos a todo soñoliento, la voluntad presta a señalar el buen camino para quien se perdió en las lomas o en la sabana o en el monte? ¿El campesino que trabaja desde antes del sol mañanero hasta más allá del sol de la tarde, sembrando el tabaco para que fume el hombre de ciudad, sembrando el cacao para la golosina o el chocolate, el café para el vicio o la fortaleza, los frijoles y el arroz para la comida; que cría cerdos y vacas y gallinas; que lo produce todo y lo vende por centavos miserables, para enriquecer a los demás, los otros, los echados del templo a latigazos? ¿Es haragán ese hombre?

Nuestro dormitorio era una sola habitación larga, de tablas de palma, sin pintar, techada con yaguas. Tenía tres puertas al oeste y dos ventanas al norte. El piso era la misma tierra, alisada por tantas pisadas; los rincones rezumaban humedad y criaban yerbas. Había montones de tusa, higüeros secos, aparejos, sillas de montar, frenos. Las gallinas andaban por ella todo el día, buscando cucarachas y otras alimañas; ensuciaban los dos bancos largos de madera amarilla donde nos sentábamos y hacían sus nidales entre la tusa o en los viejos aparejos. Las rendijas anchas, por donde nos entraba el sol, estaban cubiertas de telarañas.

Por la mañana se veían las hamacas pegadas a la pared, pequeños bultos de tela azul o amarilla, pero a prima noche empezábamos a desatarlas y colgarlas. Hacia las siete, si no teníamos que desgranar maíz, íbamos a la laguna, cerca de la entrada, nos lavábamos los pies y volvíamos para echarnos cada uno en su hamaca; charlábamos luego un rato, pues que sin ver la cara del otro y con el cachimbo en la boca, descansado ya, es mejor hablar y contar al grupo silencioso algo nuevo para ellos o algo viejo en ellos, aunque lo ignoren.

Entre dos puertas, en la pared que daba al oeste, colgábamos la linterna de mano y su luz roja nos encendía los ojos. En la pared de enfrente se agigantaba cada movimiento de la hamaca o se hacía monstruoso el tamaño del hombre que, de pronto, se incorporaba para ver mejor al hablar. Después, cuando el sueño empezaba a mordernos, íbamos limpiando el cachimbo, golpeándolo contra la palma de la mano zurda, medio doblados en la hamaca, como quien va a tirarse. Luego uno decía:

—Noche.

Y las voces iban gradualmente apagándose; pero siempre se despedía cada quien del grupo con un:

—Que duerman bien...

—Hasta mañana.

Hasta que, improviso, alguno preguntaba:

—¿Se puede apagar la luz?

Y si alguien contestaba:

—Sí.

O si el silencio se tragaba la pregunta, el que la había hecho se tiraba de su hamaca, levantaba el tubo y soplabla. La noche entraba de pronto, como un murciélago inmenso y silencioso. Acaso Pirata o Boca Negra trataran de romperla a ladridos, en la entrada o bajo el piso de la casa del amo.

Con el tiempo de agua me trajo don Justo un compañero, porque las vacas daban más leche y mi trabajo se hacía largo. Se llamaba Prieto y era indio oscuro, con cejas peladas, nariz ancha, boca gruesa y ojos glaucos. Se le veía, en el pelo castaño, en la disparidad entre su color y sus ojos, entre sus pómulos y sus cabellos, que era hombre endemoniado. Regularmente son bravos y callados estos cibaños que traen encima todas las razas.

Prieto trabajaba mucho y reía más. Tenía unos grandes y blancos dientes de negro que le daban aspecto de hombre fuerte. Rezongaba a menudo, porque el amo no le dejó llevar sus gallos de pelea, «mi único vicio», como decía él. Don Justo creía que los peones perdían tiempo en atender a sus gallos.

Prieto me tomó pronto gran cariño. Me decía que había dejado su mujer encinta, en Palmarejo, y que andaba «por el mundo» en busca de dinero para el parto. No se explicaba, entre otras cosas, por qué yo era tan cordial con Floro, «un hombre que tiene las cejas tan paradas y que con naide habla». Poco a poco se me fueron

haciendo largos los ratos de ocio; pero comprendía que si el amo llevó a Prieto no fue para aliviarme la faena, sino porque temía que con la abundancia de trabajo, el ordeño terminara tarde y se perdiera leche. Sin embargo, Prieto acabó siendo mi Cirineo y yo llegué a quererle como a hermano menor.

Una lluviosa tarde, después de pensarlo mucho, me atreví hacer lo que durante tanto tiempo fue mis más hondo deseo en la finca.

Cuidadoso de no ensuciar con mis enlodados pies los escalones, subí, la palabra prieta en la garganta y una ligera liviandad en el pecho; me detuve en la galería y esperé a que don Justo levantara la cabeza y él mismo me empujara a decir qué deseaba.

Estaba en su mecedora amarilla; tenía a su lado la mesita de mármol cargada de libros, revistas y periódicos; entre sus piernas largas y delgadas, cubiertas con pantalones negros, había un libro grande, de canto dorado; la mano oscura de tanto sol acariciaba la página que no tardaría en volver. Don Justo respiró hondo y levantó la cabeza. Era la suya una cara cuadrada, de frente alta y arrugada, de cejas blancas y apretadas, nariz alta y despótica desde el entrecejo, junto al que se escondían los ojillos negros de párpados arrugados, hasta las ventanillas levantadas; tenía la boca fina y ancha, sobre mentón cuadrado, entre la blanca pelambre de la barba. De la quijada al pescuezo le sobraba piel. Probablemente don Justo fuera calvo; yo no puedo decirlo porque nunca le vi destocado, sino siempre con aquel sombrero de fieltro oscuro, bajo el que parecía escondido.

—¡Hola, Juan! —dijo.

Su voz era gruesa y autoritaria, aunque no quisiera. Ese día parecía estar de buen humor. Entrecerró el libro, el índice derecho entre las páginas que leía, y agregó, al tiempo que se estrujaba la cara, como quien tiene la vista cansada, con la mano zurda:

—Descansando, ¿eh?

—Un poco, don Justo —contesté.

Él debió leerme la indecisión en la cara.

—¿Qué te trae? —preguntó.

—Desearía que me prestara algo de leer —dije.

El viejo se llevó la mano izquierda a la rodilla del mismo lado, meció el cuerpo hacia adelante, entrecerró más los ojillos y levantó el labio superior.

—¿Qué leer? —dudó.

Se le veía el asombro en las arrugas de los ojos, en las de la boca, en aquel labio levantado, en la actitud de espera que tenía todo él.

Había una agradable penumbra en la habitación. Yo distinguía bien el pedazo de sala que tenía enfrente; no así los rincones de la izquierda, envueltos en sombras.

Don Justo resopló, hizo un esfuerzo y se puso en pie. Me pareció un poco cargado de espaldas.

—Bien, Juan —dejó oír.

Se acercó a la mesilla, puso en ella el libro, abierto bocabajo, como para no perder la página que había estado leyendo cuando yo le interrumpí, y se volvió a mí. Levantó los brazos y me pareció que iba a apretarse el cinturón.

—¿Qué te gustaría leer? —preguntó de repente.

—Algo importante, don Justo, que enseñe —expliqué.

—¿Que enseñe?

Pero esta última pregunta la hizo en un tono especial, como si al mismo tiempo se estuviera haciendo otra por dentro. Oí como si hubiera alargado demasiado la primera sílaba.

—Sí —dije—. De carácter social o político; algo que no sea novela, por ejemplo.

Repentinamente el viejo alzó la cabeza. Otra vez arrugó el labio superior. Me di cuenta, entonces, de que tenía dientes postizos.

La oscuridad del rincón que yo veía se iba haciendo más espesa y empezaba a invadir el cuadro de luz que entraba por la puerta abierta en cuyo vano estaba yo de pie, con el sombrero de cana entre las manos. Don Justo parecía también una sombra, algo de otro mundo con las lucecillas de sus ojos interrogando, alto, la camisa blanca impecable, los brazos colgantes, las manos oscuras inmóviles junto a las piernas, la cara corroída por la penumbra y la pelamen blanca.

El viejo dio la espalda, respiró fuerte una vez más y pareció buscar algo sobre la mesilla.

—Bien, Juan —dejó oír—. Busca tú mismo. Aquí hay mucho que leer.

Yo no me acordé de que podía ensuciar el piso con mis pies enlodados. La mancha blanca de la camisa se hizo a un lado y las pantuflas de don Justo rasgaron el silencio que yo llevaba dentro.

¡Ah, el asombro de aquella gente cuando, al saludar, tropezaban con el compañero embebido en su lectura! Yo estaba sentado en uno de los largos bancos, bajo la luz roja de la linterna. Por las tres puertas entraba el aire en ráfagas y ululaba en las rendijas de la pared de enfrente. Del potrero venía el viento húmedo. Olía a sal y estiércol el viento.

Los hombres llegaban, duros, callados y mal olientes, con su burda ropa azul, descalzos y enlodados; saludaban, sorprendidos; iban a un rincón, dejaban el colín o la sogá o el aparejo y buscaban asiento en el otro banco. Después desenvainaban el cuchillo que lleva cada campesino a la cintura, sacaban la vejiga de puerco, extraían de ella el andullo y lo picaban cuidadosamente sobre un extremo del banco. Yo adivinaba los ojos prendidos en mí cuando estrujaban el tabaco entre ambas manos, cuando llenaban el cachimbo, cuando guardaban la vejiga. Les veía la cara enrojecer al llevar el fósforo encendido hasta cerca de la boca, para encender mejor. Después ellos, un brazo cruzado sobre el vientre y el otro ocupado en el cachimbo, herméticos y calmosos, se daban a verme.

Oí dos, apoyados a una ventana, quejarse del mal tiempo. Hablaban con voz apagada, pero yo comprendía que hubieran querido hablar de mí. Las letras me bailaban ante la vista. Me sentía satisfecho y lleno de una gran ternura.

Aquella noche llegó Floro un poco más tarde. No se fijó en mí al entrar, sino que fue derecho hacia el rincón más cercano y tiró un bulto de sogas.

—Me están fuñendo las sanguijuelas —dijo.

Prieto estaba tendiendo su hamaca, el cachimbo a la boca y cubierto todavía con su sombrero de cana. Se volvió como azorado.

—¿Le han caído a usted? —preguntó.

—¿A mí? —Floro parecía malhumorado—. Al melao de don Justo se lo están comiendo.

Selmo cruzó las piernas.

—Jum —observó—. Cuídelo, porque lo quiere más que a la niña de sus ojos.

Prieto dijo:

—Dejemos el conversao, que a Juan le molesta.

—Ustedes no molestan —protesté.

Entonces Floro me miró, endureció la vista, arrugó el entrecejo y vino hacia mí.

—Adiós, Juan, y ¿qué es eso?

—Leyendo —expliqué.

—¿Leyendo? —dudó—. ¿Usted sabe de letra?

Yo sonreí. Floro estaba de pie ante mí, las manos a la cintura, alto, delgado. La luz de la linterna le enrojecía la cara y escondía sus ojos en sombras. Caminó y se sentó a mi lado.

—Vea —dijo—. Yo hasta había pensado que usted sabía de letra.

Tenía las manos entre las piernas y el cuerpo tirado sobre éstas. Yo observé sus manos largas y ásperas, con gruesas venas de relieve. Se movió y tomó una revista. La acercó a los ojos. Veía las figuras, los grabados. Estuvo así un largo rato; después se levantó, fue hacia su hamaca y la desató.

—Yo daría hasta un brazo por saber un chin —dijo mientras la colgaba.

Y una voz aseguró, allá en la sombra de una ventana:

—Dichoso el que pueda. Ojalá yo y mi alma.

Yo me quise hundir en la lectura, pero me parecía estar caminando sobre barro resbaladizo. Hasta muy tarde tuve en el cráneo, mortificándome como un abejón, esas palabras.

—Ojalá yo y mi alma.

Una noche, la recia lluvia queriendo destrozar el techo de yaguas, estábamos arrinconados unos, los más en sus hamacas, Prieto y Floro mirando grabados de las revistas. Una luz clara y violenta iluminó, a través de las rendijas, nuestra habitación. Selmo se santiguó y murmuró:

—Ave María Purísima.

Yo me quedé mirándole y pregunté:

—¿Por qué has hecho eso, Selmo?...

—Para que la Virgen me libre de los relámpagos —contestó.

Nada dije, pero me atormenté pensando si convenía explicar a esta gente que una tempestad nada tenía que ver con Dios; que eso consistía, sencillamente, en un choque de nubes. ¡Señor! ¿Cómo es posible que los hombres vivan ignorantes de por qué oyen; en la creencia de que todas las cosas vienen de un ser milagroso; de que sus vidas están dispuestas así y no tienen derecho a rebelarse, a pretender una vida mejor?

La lluvia seguía roncando en las yaguas. De rato en rato venía la luz clara, rápida, y sobre nosotros resonaba el trueno. De pronto me mordió la desigualdad, la horrible desigualdad entre estos hombres buenos, trabajadores, sufridos, conformes con su vida miserable, descalzos, hediondos y sucios; y los otros, retorcidos entre sus lacras morales, codiciosos, fatuos, vacíos, innecesarios; o los menos, los amos autoritarios, rudos, despóticos. Una amargura que venía de muy hondo me subió a los labios, y hablé. Yo no recuerdo qué dije, pero lo que fuera lo hice con calor y sinceridad, porque la gente callaba y me miraba; algunos, acostados ya, levantaron la cabeza y me observaron. Arriba resonaba la lluvia, a veces el relámpago alumbraba y entonces retumbaba el trueno; entre las rendijas mugía el viento. Pero mi voz era más fuerte que la voz de la naturaleza.

Alguien aprobó, aprovechando una pausa mía:

—Asina es, señores.

Yo hablaba. Les decía que en la ciudad los hombres viven con toda comodidad, limpios y tranquilos; que no debían creer en aparecidos, en fantasmas, en brujerías; que sobre nosotros descansaba la carga de todo el país; que la tierra era de todos y para todos y puesto que nosotros la trabajábamos, nuestro debía ser el provecho.

—La única riqueza de la República —explicaba— es su agricultura; si nos negamos a trabajar el país morirá de hambre.

En el calor de mi discurso, cuando me parecía fácil convencerles de qué era un amo, me atajó Selmo.

—Pero don Justo es un buen hombre —dijo.

Y entonces Floro, que había estado callado y me miraba, tronó:

—¡Buen hombre! ¡Carajo!

Prieto agregó:

—A mí no me dejó traer mi gallo.

Y otro dijo:

—Verdá es; mire a ver si nosotros tenemos acordeón pa' divertirnos. Don Justo se ha creído que todos nosotros somos sus hijos.

Yo me sentía molesto y callé ¡Señor, que los hombres vivan como cerdos y cabritos, ignorantes de sus más elementales derechos!

Me dolía la cabeza de un modo horrible, pero había de seguro alguna parte del cuerpo que me dolía más. Yo no podía localizarla.

Esa noche soñé con millares de hombrecillos, abrumados bajo el peso de enormes fardos; pasaban lejos de mí, doblegados, y apenas les distinguía los rostros estirados por viejos sufrimientos. Yo estaba amarrado con cadenas, en medio de la gran llanura cruzada por aquellos hombrecillos, y no podía desatarme a pesar del violento deseo que tenía de correr y ayudarles.

—¡Idiotas! —grité—. ¡Tirad los fardos!

Y una voz sin entonación salida de todas aquellas bocas, contestó:

—¡Estamos bien así!

Como perdíamos tiempo en la enseñanza, dormíamos dos o tres horas menos. Yo estaba la mitad de ese tiempo enseñándoles las letras, el resto explicándoles mil cosas. Floro conocía ya los veintiocho signos, pero no sabía escribirlos; a Prieto le era difícil señalar la «q», porque la confundía con la «p». Nunca, en los años que he vivido, gocé de tanta satisfacción como en aquellos días.

Una mañana, terminado el ordeño, Liquito me llamó para que viera su nombre, hecho a punta de cuchillo en uno de los maderos que formaba el corral. Aquel niño suscitaba en mí una emoción rara, como si en él se encerrara mi esperanza. Los otros tenían mucho lastre, pero él... ¡Quién sabe cuánto podía florecer la semilla que yo sembraba en Liquito!

Pero mi situación se hacía difícil en la finca. Don Justo no me hablaba con la buena voluntad de antes; noté que procuraba esquivar mi conversación; le molestaba a ojos vistas que le pidiera periódicos y revistas. Una madrugada estaba el viejo como siempre, arrimado desde encima del caballo a la pared del corral; se clareaba el limpio cielo tropical y yo le veía la cara amarillenta y arrugada. Liquito me trajo a Grano de Oro, una vaca mansa, que no necesitaba «maneo» para el ordeño; como quería ganar tiempo, puesto que me quedaban algunas vacas por despachar y otras tantas a Prieto, no le puse la «manea» en las patas traseras. Yo no sé qué demonio raro le entró a Grano de Oro: tiró una patada, cabeceó y dio media vuelta. La lata de leche que estaba a mi lado, hacia mi izquierda, fue volcada por el animal.

—¡Condenado! —rugió don Justo, los ojos brillantes y la barbilla levantada.

Yo le miré y observé después a Prieto. Había levantado el rostro y miraba extrañado a don Justo.

A mí me ardía el pecho y parecía tener una brasa en la boca, pero me hice el fuerte y nada dije.

Dos días después, en la noche, estábamos sentados Floro y yo a la entrada del dormitorio. Un limpio y estrellado cielo azul nos cobijaba. Por sobre los cerros del oeste se levantaba la uña cortada de la luna creciente.

Los muchachos habían encendido hogueras en el patio, junto a la puerta del potrero, y nosotros sentíamos el calor pegarnos en el rostro. Floro, mirando el suelo, las manos juntas entre las abiertas piernas, preguntó:

—¿Por qué está usted aquí, Juan?

Yo no hubiera querido contestarle; pero la noche, las estrellas allá arriba, la brisa cargada de olores que doblaba las yerbas en el potrero... ¡qué sé yo cuántas cosas más!, me obligaron.

Hablaba en voz baja, metido en mis recuerdos. Mi voz me sonaba rara, como si una emoción contenida me cerrara la garganta. Yo era, esa noche, como un árbol del camino, las hojas abiertas a todos los vientos, dueño del paisaje; un árbol de esos que se duermen cuando llueve y se rizan al sol mañanero.

Frente a las fogatas cruzaban los muchachos, las saltaban, bailoteaban; las sombras largas, entre resplandores rojos, llegaban a mis pies. Floro tenía los ojos como carbones encendidos y parecía de piedra.

Los compañeros iban llegando, silenciosos y graves; algunos tomaban asiento en los bancos, dentro; otros se ponían en cuclillas, un brazo sujetando el otro y ese ocupado en el cachimbo; pero todos callaban para oírme. La emoción me fue dando calor, más calor que el que de las hogueras nos llegaba. Veía las caras enrojecidas pendientes de mi conversación; sentía la respiración cansada de esos hombres; me aturdíán las risas de los muchachos que saltaban las fogatas. Y fui, inconscientemente alzando la voz, alzándola, hasta que ella fue como el roncar del río desbordado. Lo decía todo, todo lo que había ido la vida amontonando en mí de amargo, de doloroso, de nauseabundo. Todo... Hasta que una voz, quebrada por la cólera, hizo volver las caras azoradas.

—¿Conque el sabio, eh?

Di el frente al que hablaba, como si no fuera yo. No me dolía esa burla, porque estaba muy hundido en mí mismo.

Por la ventana, los ojillos negros brillando en rojo, la cuadrada quijada dislocada por una sonrisa de sarcasmo, estaba don Justo.

—Ya comprendo —agregó— por qué se trabaja ahora a disgusto aquí.

Ni entonces tuve deseos de contestarle. El calor de las hogueras me envolvía. Además, ¡estaba allá arriba un cielo tan limpio, tan limpio, tan estrellado!

Los hombres se levantaron callados, como siempre; pero Prieto quedó allí, en cuclillas, a mis pies, los brazos agarrados; y Floro, la cabeza baja y las manos juntas.

El viejo dio la vuelta. Oía el rac-rac lento de sus pantuflas y, sin alzar la cabeza, vi sus negros pantalones. Llegó a la puerta. Tenía la boca estirada todavía por esa sonrisa sarcástica que tanto daño hacía.

—No trabaje mañana, Juan —dijo.

No contesté, pero me dolió la despedida.

Él se detuvo apenas un segundo, el tiempo justo para decir eso, y siguió en dirección de las hogueras; pero se volvió, ya algo retirado, y remachó:

—Por la mañana le arreglo la cuenta.

Entonces Prieto, poniéndose en pie, preguntó asombrado:

—¿Lo bota?

—Claro —dije.

Floro me miró como quien insulta. No dijo media palabra, pero se incorporó y se fue. Le vi abrir la puerta del potrero. Bajo la luz lunar parecía verde, como la alta yerba en la que se perdió su figura.

Cuando entré, vi a Selmo, la cara terrosa y la mirada huida. Liquito también estaba allí y parecía asustado. Yo comprendí que quería llorar.

Para la vida de estos trópicos no hay leyes, o están desorganizadas: tras la noche alta y clara, estrellada y fresca, viene el día ahogado, ronco de lluvia. Aquél que yo debí esperar en el camino real, de espaldas a don Justo, al corral, a Prieto, a Floro, a Liquito, a mi sudor mezclado con estiércol, fue un día en que parecía derrengarse el cielo. Regaba el ventarrón la lluvia en menudas gotas grises, que entraban por las rendijas y rociaban la habitación. Las nubes lentas, oscuras y pesadas, estaban tan bajas que no tardarían en tocar las cimas de los cerros. En el potrero se doblaba la yerba y las palmas se dormían sobre el paisaje.

Me levanté temprano. Despacio, como si me sobrara tiempo, arreglé mi bulto; dos mudas de ropa, la hamaca que había mandado comprar al pueblo, el machete. Después me senté recostado a la pared del fondo. Por la puerta se me daban las cosas veladas. En el patio había charcas de agua sucia.

Cerca de medio día asomó un rayo de sol por entre las bajas nubes. Todavía teníamos agua, pero no tanta. Yo pensé entonces ver a don Justo; no pude: en aquella finca inmensa y desolada estaba sembrada gran parte de mí mismo. Los potreros se cercan con alambre de púas y la res que quiere escapar deja trozos palpitantes de su carne entre ellas; yo sería tan sólo una res que escapaba.

Los compañeros empezaron a llegar, cubiertos con yaguas o envueltos en sacos de pita para guarecerse de la lluvia. Venían a comer; se arrinconaban, en cuclillas, friolentos, me miraban. Después Selmo, ahogado por aquel silencio tan sembrado de lástima dijo:

—Lo que ha hecho Floro...

Yo oí esa voz apagada. Al rato dijo alguien a quien se le adivinaba el cachimbo en la boca:

—Y vea, don Justo no se lo perdona.

Otra vez el silencio. Pesaban demasiado las nubes sobre nosotros. Yo observaba aquellas caras con el deseo de no olvidarlas después.

De pronto oscureció la habitación. Había alguien a la puerta. Una voz aguardentosa y recia dijo:

—¡Dese preso!

Y vi los ojos enrojecidos de un hombre oscuro, con los labios gruesos y nariz agresiva, prendidos en mí.

—¿Yo? —pregunté.

Entonces asomó la cara de don Justo tras la espalda del hombre oscuro.

—Sí, a ti, a ti, desvergonzado —dijo.

Me clavó las uñas en la hombrera de la camisa; me miró por primera vez, sin arrugar la cara; pero tenía el mentón desencajado por aquella odiosa sonrisa.

Yo agregué retazos de murmuraciones que estallaron en el coro, palabras del viejo y del desconocido que llegó con él: Floro había robado el caballo melao de don Justo y me acusaban de complicidad. Pensé, abrumado y lejano, que lo que se perseguía era no pagarme. Entonces me sacó de hondo, como una luz violenta que me deslumbraba, la voz del viejo.

—¡Amarre a ese canalla!

—¿A mí? ¿A mí? —interrogué angustiado.

Me saltaba algo en la cabeza. Había muchos ojos clavados en mí. La gran tierra era de todos. Había que dejarse comer por ella un día.

—¡Que me amarre, si se atreve! —grité.

Entonces oí la voz de Prieto, colérica y sonora:

—¡Juan no es ladrón, carajo!

Pero me llevaron, codo con codo, doblado. El patio estaba resbaloso. Ya en él volví la cara: Liquito se estrujaba los ojos con los puños, sacudido por los sollozos; en el rostro de Selmo asomaba una sonrisa fría y dolorosa.

La lluvia gris, que parecía levantarse de la tierra, me envolvía hasta ahogarme, como si hubiera sido una niebla espesa y cálida. Todavía vi, en la ventana de la cocina, los pómulos lustrosos de la negra María suspendidos sobre mí.

Me dejaron en la sala, tirado sobre una silla desvencijada. Por lo que decían entendí que esperaban a Floro. Lo habrían mandado perseguir, de seguro.

Lo trajeron al fin, a la caída de la tarde, amarrado. Levantó la cabeza cuando entró a la medio oscura sala de don Justo. Su mirada era dura y altiva. Nadie hubiera podido resistir aquellos ojos negros, audaces y luminosos. Su cara se había hecho filosa y el perfil cortaba.

—Para qué me procura usted —dijo, más bien que preguntando, ordenando.

Don Justo juntó los labios. Le silbaba la palabra entre ellos.

—¡Ladrón! —exclamó.

—¡Más ladrón es usted!

El viejo levantó sus grandes y quemadas manos. Parecía invocar algún santo.

—¡Canalla!

—¡Mejor cállese! —gritó Floro.

Entonces el hombre oscuro, con los labios apretados, se adelantó, el puño cerrado y el brazo alto.

Mi compañero le miró como si hubiera querido fulminarle.

—¡No me ponga la mano! —rugió.

Pero el hombre oscuro no hizo caso. Yo dejé caer los párpados. A un mismo tiempo me sentí frío y medio asfixiado. Cuando miré de nuevo vi a Floro sacudir la cabeza, tembloroso de ira.

El otro, el que le había traído bajo la fría lluvia, por todo aquel enlodado camino, sonrió.

El viejo habló con voz ronca. Parecía que entraban sonidos por todas las puertas. Yo cerré los ojos y esperé.

La oscuridad avanzaba cansada y se escondía en los rincones de la sala. Oí la voz del viejo.

—Lléveselo —dijo.

Yo pensé:

—¿A cuál de los dos?

Pero a mí me dejaron, y me soltaron, además. Tenía las manos amoratadas, frías, y me dolían los brazos.

Don Justo, sin mirarme la cara, me despachó:

—Váyase a dormir —rezongó.

Y al rato:

—Se irá de aquí mañana.

En la noche, todas las miradas clavadas en mí y conociendo cuánto hubieran dado por poder preguntar algo, pensé que el viejo había tenido miedo de que yo fuera tras Floro en la negra noche. Podría soltarlo, hasta matar al alcalde pedáneo que le llevaba. Y sabe Dios si hubiéramos vuelto a pedirle cuentas a él.

Una lasitud suprema me invadía. Antes de dormir tuve pena por el viejo don Justo, que pensaba tan mal de los demás. Pero no me pregunté por qué había robado Floro.

Al otro día, solo bajo el turbio cielo, con la fe arruinada, salí de aquella casa. Tan sólo la mano negra de la vieja María se sacudió, desde la ventana de la cocina, para decirme adiós. Pirata, el perro que nos ladró a la llegada, llegó conmigo hasta el portón. Vi las palmas adormecerse sobre el paisaje y un pato con su andar inseguro acercarse a la laguna. Después, el camino enlodado, desolado, largo.

Rica y grande es esta tierra cibaëña. Se alza al cielo en la loma, se arrastra en el valle; silba allá el viento entre los recios pinos y desmelenada aquí la palma serena.

Rica y grande tierra ésta. Hay muchos caminos reales, tantos como pies que los busquen. Se hunde el camino entre el follaje, baja a las hondonadas, se enloda en las charcas y en la sabana pelada se tuesta al sol. Crecen a su vera el mango y el cajuil, la guanábana y el caimito, el zapote y el níspero; la ceiba gigante y la jabilla lo ven, desde sus altas ramas, saltar sobre sus raíces.

Somos pocos los hombres que hollamos estos caminos en busca de trabajo, porque son contados los cibaëños que no tienen fundo; además, no abundan las grandes fincas. Por eso dos hombres que buscan trabajo pueden encontrarse un día, aunque el Cibao sea grande y rico, aunque hayan estado años sin verse, aunque la cárcel le haya podrido a uno un buen trozo de la vida.

Floro y yo estamos aquí, bajo la jabilla desde la que caen gotas pesadas y sonoras. Ha llovido en la madrugada. Cerca muge el río Jima, que corre raudo y sucio.

Esperamos a que el Jima se calme para cruzarlo. Floro tiene rámpanos en un pie y no quiero que atrape una infección entre las turbias aguas.

El camino está aquí, a nuestra vera; es pedregoso y gris. Baja de pronto y se ahoga en el río.

Yo pienso y bostezo; Floro hace, con el cuchillo, dibujos en la tierra. De pronto habla:

—Vea, Juan —dice.

Señala los dibujos. Leo distintamente: Floro. Y entonces me asalta, como llama voraz y rápida, el recuerdo.

—¿Por qué robaste, Floro? —pregunto de improviso.

El mira asombrado y calla. De seguro había olvidado aquello. Además, en el Cibao es deshonra robar. Pero, apagadas y lentas, me llegan sus palabras:

—Yo estaba cansado de verlo a usted asina.

—¿A mí? —inquiero.

—Tenía ganas de que usted tuviera cuartos para dirse.

Comprendo. Un nudo me cierra la garganta. Tengo miedo de gritar.

—Usted no es gente de esto, compadre —asegura violentamente, la mano apoyada en una raíz de la alta jabilla.

—¿Yo? —pregunto, por decir algo.

Y entonces, él, como si todavía le pesara haber fracasado, sonrío amargamente y dice:

—Hubiera vendido el caballo en cuarenta pesos. Con eso le sobraba a usted.

—¿Y tú? —digo.

—A mí naiden me conoce. Continúas que yo había estado en la cárcel una vez que malogré un sinvergüenza.

Él calla. Arriba barre el viento las hojas de la jabilla. Veo el tobillo de Floro hinchado, el rámpano como una cueva. Probablemente fuera el grillo. ¡Y por mí! ¡Por mí! Claro: él se fue por el potrero la misma noche que don Justo me despidió.

Me levanto. Del otro lado del río, por la ladera escarpada, sembrado de piedras menudas y grises, sube el camino cansado. A su lado muge el Jima de aguas raudas y turbias.

Pienso:

—Debí tomar otra vía.

Recuerdo la parte norte del Cibao, por donde gime la tierra bajo la locomotora. He visto allá, junto a los raíles largos y paralelos, los restos de alguna potente máquina inglesa ahogada por la yerba, por el monte. El monte cibaño se ha señoreado de la civilización. Nada que no salga del corazón mismo de esta tierra podrá dominarla. Y el corazón del hombre aquí es tan dadivoso y tan fragante como la tierra.

El camino real está a nuestra vera, esperándonos. Otro lado del río sube por la ladera pedregosa. Floro y yo no sabemos adonde vamos.

¡Es tan rico y tan grande este Cibao, y son tantos los caminos que lo cruzan!

Cuentos escritos en el exilio

Los amos

Cuando ya Cristino no servía ni para ordeñar una vaca, don Pío lo llamó y le dijo que iba a hacerle un regalo.

—Le voy a dar medio peso para el camino. Usté está muy mal y no puede seguir trabajando. Si se mejora, vuelva.

Cristino extendió una mano amarilla, que le temblaba.

—Mucha' gracia', don. Quisiera coger el camino ya, pero tengo calentura.

—Puede quedarse aquí esta noche, si quiere, y hasta hacerse una tisana de cabrita. Eso es bueno.

Cristino se había quitado el sombrero, y el pelo abundante, largo y negro le caía sobre el pescuezo. La barba escasa parecía ensuciarle el rostro, de pómulos salientes.

—Ta' bien, don Pío —dijo—; que Dió se lo pague.

Bajó lentamente los escalones, mientras se cubría de nuevo la cabeza con el viejo sombrero de fieltro negro. Al llegar al último escalón se detuvo un rato y se puso a mirar las vacas y los críos.

—Qué animao 'ta el becerrito —comentó en voz baja.

Se trataba de uno que él había curado días antes. Había tenido gusanos en el ombligo y ahora correteaba y saltaba alegremente.

Don Pío salió a la galería y también se detuvo a ver las reses. Don Pío era bajo, rechoncho, de ojos pequeños y rápidos. Cristino tenía tres años trabajando con él. Le pagaba un peso semanal por el ordeño, que se hacía de madrugada, las atenciones de la casa y el cuidado de los terneros. Le había salido trabajador y tranquilo aquel hombre, pero había enfermado y don Pío no quería mantener gente enferma en su casa.

Don Pío tendió la vista. A la distancia estaban los matorrales que cubrían el paso del arroyo, y sobre los matorrales, las nubes de mosquitos. Don Pío había mandado poner tela metálica en todas las puertas y ventanas de la casa, pero el rancho de los peones no tenía puertas ni ventanas; no tenía ni siquiera setos. Cristino se movió allá abajo, en el primer escalón, y don Pío quiso hacerle una última recomendación.

—Cuando llegue a su casa póngase en cura, Cristino.

—Ah, sí, cómo no, don. Mucha' gracia'—oyó responder.

El sol hervía en cada diminuta hoja de la sabana. Desde las lomas de Terrero hasta las de San Francisco, perdidas hacia el norte, todo fulgía bajo el sol. Al borde de los potreros, bien lejos, había dos vacas. Apenas se las distinguía, pero Cristino conocía una por una todas las reses.

—Vea, don —dijo—, aquella pinta que se aguaita allá debe haber parió anoche o por la mañana, porque no le veo barriga.

Don Pío caminó arriba.

—¿Usté cree, Cristino? Yo no la veo bien.

—Arrímese pa' aquel lao y la verá.

Cristino tenía frío y la cabeza empezaba a dolerle, pero siguió con la vista al animal.

—Dese una caminadita y me la arrea, Cristino —oyó decir a don Pío.

—Yo fuera a buscarla, pero me ‘toy sintiendo mal.

—¿La calentura?

—Unjú. Me ‘ta subiendo.

—Eso no hace. Ya usted está acostumbrado, Cristino. Vaya y tráigamela.

Cristino se sujetaba el pecho con los dos brazos descarnados. Sentía que el frío iba dominándolo. Levantaba la frente. Todo aquel sol, el becerrito...

—¿Va a traérmela? —insistió la voz.

Con todo ese sol y las piernas temblándole, y los pies descalzos llenos de polvo.

—¿Va a buscármela, Cristino?

Tenía que responder, pero la lengua le pesaba. Se apretaba más los brazos sobre el pecho. Vestía una camisa de listado sucia y de tela tan delgada que no le abrigaba.

Resonaron pisadas arriba y Cristino pensó que don Pío iba a bajar. Eso asustó a Cristino.

—Ello sí, don —dijo—; voy a dir. Deje que se me pase el frío.

—Con el sol se le quita. Hágame el favor, Cristino. Mire que esa vaca se me va y puedo perder el becerro.

Cristino seguía temblando, pero comenzó a ponerse de pie.

—Sí; ya voy, don —dijo.

—Cogió ahora por la vuelta del arroyo —explicó desde la galería don Pío.

Paso a paso, con los brazos sobre el pecho, encorvado para no perder calor, el peón empezó a cruzar la sabana. Don Pío le veía de espaldas. Una mujer se deslizó por la galería y se puso junto a don Pío.

—¡Qué día tan bonito, Pío! —comentó con voz cantarina.

El hombre no contestó. Señaló hacia Cristino, que se alejaba con paso torpe como si fuera tropezando.

—No quería ir a buscarme la vaca pinta, que parió anoche. Y ahorita mismo le di medio peso para el camino.

Calló medio minuto y miró a la mujer, que parecía demandar una explicación.

—Malagradecidos que son, Herminia —dijo—. De nada vale tratarlos bien.

Ella asintió con la mirada.

—Te lo he dicho mil veces, Pío —comentó.

Y ambos se quedaron mirando a Cristino, que ya era apenas una mancha sobre el verde de la sabana.

En un bohío

La mujer no se atrevía a pensar. Cuando creía oír pisadas de bestias se lanzaba a la puerta, con los ojos ansiosos; después volvía al cuarto y se quedaba allí un rato largo, sumida en una especie de letargo.

El bohío era una miseria. Ya estaba negro de tan viejo, y adentro se vivía entre tierra y hollín. Se volvería inhabitable desde que empezaran las lluvias; ella lo sabía, y sabía también que no podía dejarlo, porque fuera de esa choza 110 tenía una yagua donde ampararse.

Otra vez rumor de voces. Corrió a la puerta, temerosa de que nadie pasara. Esperó un rato; esperó más, un poco más; ¡nada! Sólo el camino amarillo y pedregoso. Era el viento ahí enfrente, el condenado viento de la loma, que hacía gemir los pinos de la subida y los pomares de abajo; o tal vez el río, que corría en el fondo del precipicio, detrás del bohío.

Uno de los enfermitos llamó, y ella entró a verlo, deshecha, con ganas de llorar pero sin lágrimas para hacerlo.

—Mama, ¿no era taita? ¿No era taita, mama?

Ella no se atrevía a contestar. Tocaba la frente del niño y la sentía arder.

—¿No era taita, mama?

—No —negó—, tu taita viene después.

El niño cerró los ojos y se puso de lado. Aun en la oscuridad del aposento se le veía la piel lívida.

—Yo lo vide, mama. ‘Taba ahí y me trujo un pantalón nuevo.

La mujer no podía seguir oyendo. Iba a derrumbarse, como los troncos viejos que se pudren por dentro y caen un día, de golpe. Era el delirio de la fiebre lo que hacía hablar así a su hijo, y ella no tenía con qué comprarle una medicina.

El niño pareció dormitar y la madre se levantó para ver al otro. Lo halló tranquilo. Era huesos nada más y silbaba al respirar, pero no se movía ni se quejaba; sólo la miraba con sus grandes ojos. Desde que nació había sido callado.

El cuarto hedía a tela podrida. La madre —flaca, con las sienes hundidas, un paño sucio en la cabeza y un viejo traje de listado— no podía apreciar ese olor, porque se hallaba acostumbrada, pero algo le decía que sus hijos no podrían curarse en tal lugar. Pensaba que cuando su marido volviera, si era que algún día salía de la cárcel, hallaría sólo cruces sembradas frente a los horcones del bohío, y de éste, ni tablas ni techo. Sin comprender por qué, se ponía en el lugar de Teo, y sufría.

Le dolía imaginar que Teo llegara y nadie saliera a recibirlo. Cuando él estuvo en el bohío por última vez —justamente dos días antes de entregarse— todavía el pequeño conuco se veía limpio, y el maíz, los frijoles y el tabaco se agitaban a la brisa de la loma. Pero Teo se entregó, porque le dijeron que podía probar la propia defensa y que no duraría en la cárcel; ella no pudo seguir trabajando porque enfermó, y los muchachos —la hembrita y los dos niños—, tan pequeños, no pudieron

mantener limpio el conuco ni ir al monte para tumbar los palos que se necesitaban para arreglar los lienzos de palizada que se pudrían. Después llegó el temporal, aquel condenado temporal, y el agua estuvo cayendo, cayendo, cayendo día y noche, sin sosiego alguno, una semana, dos, tres, hasta que los torrentes dejaron sólo piedras y barro en el camino y se llevaron pedazos enteros de la palizada y llenaron el conuco de guijarros y el piso de tierra del bohío crió lamas y las yaguas empezaron a pudrirse.

Pero mejor era no recordar esas cosas. Ahora esperaba. Había mandado a la hembrita a Naranjal, allá abajo, a una hora de camino; la había mandado con media docena de huevos que pudo recoger en nidales del monte para que los cambiara por arroz y sal. La niña había salido temprano y no volvía. Y la madre ojeaba el camino, llena de ansiedad.

Sintió pisadas. Esta vez no se engañaba; alguien, montando caballo, se acercaba. Salió al alero del bohío, con los músculos del cuello tensos y los ojos duros. Miró hacia la subida. Sentía que le faltaba el aire, lo que la obligaba a distender las ventanas de la nariz. De pronto vio un sombrero de cana que ascendía y coligió que un hombre subía la loma. Su primer impulso fue el de entrar; pero algo la sostuvo allí, como clavada. Debajo del sombrero apareció un rostro difuso, después los hombros, el pecho y finalmente el caballo. La mujer vio al hombre acercarse y todavía no pensaba en nada. Cuando el hombre estuvo a pocos pasos, ella le miró los ojos y sintió, más que comprendió, que aquel desconocido estaba deseando algo.

Había una serie de imágenes vagas pero amargas en la cabeza de la mujer; su hija, los huevos, los niños enfermos, Teo. Todo eso se borró de golpe a la voz del hombre.

—Saludo —había dicho él.

Sin saber cómo lo hacía, ella extendió la mano y suplicó:

—Deme algo, alquito.

El hombre la midió con los ojos, sin bajar del caballo. Era una mujer flaca y sucia, que tenía mirada de loca, que sin duda estaba sola y que sin duda, también, deseaba a un hombre.

—Deme alquito —insistía ella.

Y de súbito en esa cabeza atormentada penetró la idea de que ese hombre volvía de La Vega, y si había ido a vender algo tendría dinero. Tal vez llevaba comida, medicinas. Además, comprendió que era un hombre y que la veía como a mujer.

—Bájese —dijo ella, muerta de vergüenza.

El hombre se tiró del caballo.

—Yo no más tengo medio peso —aventuró él.

Serena ya, dueña de sí, ella dijo:

—‘Ta bien, dentre.

El hombre perdió su recelo y pareció sentir una súbita alegría.

Agarró la jáquima del caballo y se puso a amarrarla al pie del bohío. La mujer entró, y de pronto, ya vencido el peor momento, sintió que se moría, que no podía

andar, que Teo llegaba, que los niños no estaban enfermos. Tenía ganas de llorar y de estar muerta.

El hombre entró preguntando:

—¿Aquí?

Ella cerró los ojos e indicó que hiciera silencio. Con una angustia que no le cabía en el alma, se acercó a la puerta del aposento; asomó la cabeza y vio a los niños dormir. Entonces dio la cara al extraño y advirtió que hedía a sudor de caballo. El hombre vio que los ojos de la mujer brillaban duramente, como los de los muertos.

—Unjú, aquí —afirmó ella.

El hombre se le acercó, respirando sonoramente, y justamente en ese momento ella sintió sollozos afuera. Se volvió. Su mirada debía cortar como una navaja. Salió a toda prisa, hecha un haz de nervios. La niña estaba allí, arrimada al alero, llorando, con los ojos hinchados. Era pequeña, quemada, huesos y pellejo nada más.

—¿Qué te pasó, Minina? —preguntó la madre.

La niña sollozaba y no quería hablar. La madre perdió la paciencia.

—¡Diga pronto!

—En el río —dijo la pequeña—; pasando el río... Se mojó el papel y na' más quedó esto.

En el puñito tenía todo el arroz que había logrado salvar. Seguía llorando, con la cabeza metida en el pecho, recortada contra las tablas del bohío.

La madre sintió que ya no podía más. Entró, y sus ojos no acertaban a fijarse en nada. Había olvidado por completo al hombre, y cuando lo vio tuvo que hacer un esfuerzo para darse cuenta de la situación.

—Vino la muchacha, mi muchacha... Váyase —dijo.

Se sentía muy cansada y se arrimó a la puerta. Con los ojos turbios vio al hombre pasarle por el lado, desamarrar la jáquima y subir al caballo; después lo siguió mientras él se alejaba. Ardía el sol sobre el caminante y enfrente mugía la brisa. Ella pensaba: «Medio peso, medio peso perdido».

—Mama —llamó el niño adentro—, ¿no era taita? ¿No 'tuvo aquí taita?

Pasándole la mano por la frente, que ardía como hierro al sol, ella se quedó respondiendo:

—No, jijo. Tu taita viene después, más tarde.

Luis Pie

A eso de las siete la fiebre aturdí al haitiano Luis Pie. Además de que sentía la pierna endurecida, golpes internos le sacudían la ingle. Medio ciego por el dolor de cabeza y la debilidad, Luis Pie se sentó en el suelo, sobre las secas hojas de la caña, rayó un fósforo y trató de ver la herida. Allí estaba, en el dedo grueso de su pie derecho. Se trataba de una herida que no alcanzaba la pulgada, pero estaba llena de lodo. Se había cortado el dedo la tarde anterior, al pisar un pedazo de hierro viejo mientras tumbaba caña en la colonia Josefita.

Un golpe de aire apagó el fósforo, y el haitiano encendió otro. Quería estar seguro de que el mal le había entrado por la herida y no que se debía a obra de algún desconocido que deseaba hacerle daño. Escudriñó la pequeña cortada, con sus ojos cargados por la fiebre, y no supo qué responderse; después quiso levantarse y andar, pero el dolor había aumentado a tal grado que no podía mover la pierna.

Esto ocurría el sábado, al iniciarse la noche. Luis Pie pegó la frente al suelo, buscando el fresco de la tierra, y cuando la alzó de nuevo le pareció que había transcurrido mucho tiempo. Hubiera querido quedarse allí descansando; mas de pronto el instinto le hizo sacudir la cabeza.

—Ah... Pití Mishe ta eperán a mué —dijo con amargura.

Necesariamente debía salir al camino, donde tal vez alguien le ayudaría a seguir hacia el batey; podría pasar una carreta o un peón montado que fuera a la fiesta de esa noche.

Arrastrándose a duras penas, a veces pegando el pecho a la tierra, Luis Pie emprendió el camino. Pero de pronto alzó la cabeza: hacia su espalda sonaba algo como un auto. El haitiano meditó un minuto. Su rostro brillante y sus ojos inteligentes se mostraban angustiados. ¿Habría perdido el rumbo debido al dolor o la oscuridad lo confundía? Temía no llegar al camino en toda la noche, y en ese caso los tres hijitos le esperarían junto a la hoguera que Miguel, el mayor, encendía de noche para que el padre pudiera prepararles con rapidez harina de maíz o les salcochara plátanos, a su retorno del trabajo. Si él se perdía, los niños le esperarían hasta que el sueño los aturdiere y se quedarían dormidos allí, junto a la hoguera consumida.

Luis Pie sentía a menudo un miedo terrible de que sus hijos no comieran o de que Miguel, que era enfermizo, se le muriera un día, como se le murió la mujer. Para que no les faltara comida Luis Pie cargó con ellos desde Haití, caminando sin cesar, primero a través de las lomas, en el cruce de la frontera dominicana, luego a lo largo de todo el Cibao, después recorriendo las soleadas carreteras del Este, hasta verse en la región de los centrales de azúcar.

—¡Oh, Bonyé! —gimió Luis Pie, con la frente sobre el brazo y la pierna sacudida por temblores—, pití Mishé va a ta eperán to la noche a son per.

Y entonces sintió ganas de llorar, a lo que se negó porque temía entregarse a la debilidad. Lo que debía hacer era buscar el rumbo y avanzar. Cuando volvió a

levantar la cabeza ya no se oía el ruido del motor.

—No, no ta sien palla; ta sien pacá —afirmó resuelto. Y siguió arrastrándose, andando a veces a gatas.

Pero sí había pasado a distancia un motor. Luis Pie llegó de su tierra meses antes y se puso a trabajar, primero en la colonia Carolina, después en la Josefita; e ignoraba que detrás estaba otra colonia, la Gloria, con su trocha medio kilómetro más lejos, y que don Valentín Quintero, el dueño de la Gloria, tenía un viejo Ford en el cual iba al batey a emborracharse y a pegarles a las mujeres que llegaban hasta allí, por la zafra, en busca de unos pesos. Don Valentín acababa de pasar por aquella trocha en su estrepitoso Ford; y como iba muy alegre, pensando en la fiesta de esa noche, no tomó en cuenta, cuando encendió el tabaco, que el auto pasaba junto al cañaveral. Golpeando en la espalda al chofer, don Valentín dijo:

—Esa Lucía es una sinvergüenza, sí señor, ¡pero qué hembra!

Y en ese momento lanzó el fósforo, que cayó encendido entre las cañas. Disparando ruidosamente el Ford se perdió en dirección del batey para llegar allá antes de que Luis Pie hubiera avanzado trescientos metros.

Tal vez esa distancia había logrado arrastrarse el haitiano. Trataba de llegar a la orilla del corte de la caña, porque sabía que el corte empieza siempre junto a una trocha; iba con la esperanza de salir a la trocha cuando notó el resplandor. Al principio no comprendió; jamás había visto él un incendio en el cañaveral. Pero de pronto oyó chasquidos y una llamarada gigantesca se levantó inesperadamente hacia el cielo, iluminando el lugar con un tono rojizo. Luis Pie se quedó inmóvil del asombro. Se puso de rodillas y se preguntaba qué era aquello. Mas el fuego se extendía con demasiada rapidez para que Luis Pie no supiera de qué se trataba. Echándose sobre las cañas, como si tuvieran vida, las llamas avanzaban ávidamente, envueltas en un humo negro que iba cubriendo todo el lugar; los tallos disparaban sin cesar y por momentos el fuego se producía en explosiones y ascendía a golpes hasta perderse en la altura. El haitiano temió que iba a quedar cercado. Quiso huir. Se levantó y pretendió correr a saltos sobre una sola pierna. Pero le pareció que nada podría salvarle.

—¡Bonyé, Bonyé! —empezó a aullar, fuera de sí; y luego, más alto aún:

—¡Bonyéeeee!

Gritó de tal manera y llegó a tanto su terror, que por un instante perdió la voz y el conocimiento. Sin embargo siguió moviéndose, tratando de escapar, pero sin saber en verdad qué hacía. Quienquiera que fuera, el enemigo que le había echado el mal se valió de fuerzas poderosas. Luis Pie lo reconoció así y se preparó a lo peor.

Pegado a la tierra, con sus ojos desorbitados por el pavor, veía crecer el fuego cuando le pareció oír tropel de caballos, voces de mando y tiros. Rápidamente levantó la cabeza. La esperanza le embriagó.

—¡Bonyé, Bonyé! —clamó casi llorando—, ¡ayuda a mué, gran Bonyé; tú salva a mué de murí quemá!

¡Iba a salvarlo el buen Dios de los desgraciados! Su instinto le hizo agudizar todos los sentidos. Aplicó el oído para saber en qué dirección estaban sus presuntos salvadores; buscó con los ojos la presencia de esos dominicanos generosos que iban a sacarlo del infierno de llamas en que se hallaba. Dando la mayor amplitud posible a su voz, gritó estentóreamente:

—¡Dominiquén bon, aquí ta mué, Lui Pie! ¡Salva a mué, dominiquén bon!

Entonces oyó que alguien vociferaba desde el otro lado del cañaveral. La voz decía:

—¡Por aquí, por aquí! ¡Corran, que está cogío! ¡Corran, que se puede ir!

Olvidándose de su fiebre y de su pierna, Luis Pie se incorporó y corrió. Iba cojeando, dando saltos, hasta que tropezó y cayó de bruces. Volvió a pararse al tiempo que miraba hacia el cielo y mascullaba:

—Oh Bonyé, gran Bonyé que ta ayudán a mué...

En ese mismo instante la alegría le cortó el habla, pues a su frente, irrumpiendo por entre las cañas, acababa de aparecer un hombre a caballo, un salvador.

—¡Aquí está, corran! —demandó el hombre dirigiéndose a los que le seguían.

Inmediatamente aparecieron diez o doce, muchos de ellos a pie y la mayoría armada de mochas. Todos gritaban insultos y se lanzaban sobre Luis Pie.

—¡Hay que matarlo ahí mismo, y que se achicharre con la candela ese maldito haitiano! —se oyó vociferar.

Puesto de rodillas, Luis Pie, que apenas entendía el idioma, rogaba enternecido:

—¡Ah, dominiquén bon, salva a mué, salva a mué pa llevá manyé a mon pití!

Una mocha cayó de plano en su cabeza, y el acero resonó largamente.

—¿Qué ta pasan? —preguntó Luis Pie lleno de miedo.

—¡No, no! —ordenaba alguien que corría—. ¡Denle golpes, pero no lo maten! ¡Hay que dejarlo vivo para que diga quiénes son sus cómplices! ¡Le han pegado fuego también a la Gloria!

El que así gritaba era don Valentín Quintero, y él fue el primero en dar el ejemplo. Le pegó al haitiano en la nariz, haciendo saltar la sangre. Después siguieron otros, mientras Luis Pie, gimiendo, alzaba los brazos y pedía perdón por un daño que no había hecho. Le encontraron en los bolsillos una caja con cuatro o cinco fósforos.

—¡Canalla, bandolero; confiesa que prendiste candela!

—Uí, uí —afirmaba el haitiano. Pero como no sabía explicarse en español no podía decir que había encendido dos fósforos para verse la herida y que el viento los había apagado.

¿Qué había ocurrido? Luis Pie no lo comprendía. Su poderoso enemigo acabaría con él; le había echado encima a todos los terribles dioses de Haití, y Luis Pie, que temía a esas fuerzas ocultas, ¡no iba a luchar contra ellas porque sabía que era inútil!

—¡Levántate, perro! —ordenó un soldado.

Con gran asombro suyo, el haitiano se sintió capaz de levantarse. La primera arremetida de la infección había pasado, pero él lo ignoraba. Todavía cojeaba

bastante cuando los soldados lo echaron por delante y lo sacaron al camino; después, a golpes y empujones, debió seguir sin detenerse, aunque a veces le era imposible sufrir el dolor en la ingle.

Tardó una hora en llegar al batey, donde la gente se agolpó para verlo pasar. Iba echando sangre por la cabeza, con la ropa desgarrada y una pierna a rastras. Se le veía que no podía ya más, que estaba exhausto y a punto de caer desfallecido.

El grupo se acercaba a un miserable bohío de yaguas paradas, en el que apenas cabía un hombre y en cuya puerta, destacados por una hoguera que iluminaba adentro la vivienda, estaban tres niños desnudos que contemplaban la escena sin moverse y sin decir una palabra.

Aunque la luz era escasa todo el mundo vio a Luis Pie cuando su rostro pasó de aquella impresión de vencido a la de atención; todo el mundo vio el resplandor del interés en sus ojos. Era tal el momento que nadie habló. Y de pronto la voz de Luis Pie, una voz llena de angustia y de ternura, se alzó en medio del silencio, diciendo:

—¡Pití Mishé, mon pití Mishé! ¿Tú no ta enferme, mon pití? ¿Tú ta bien?

El mayor de los niños, que tendría seis años y que presenciaba la escena llorando amargamente, dijo entre llanto, sin mover un músculo, hablando bien alto:

—¡Sí, per; yo ta bien; to nosotros ta bien, mon per!

Y se quedó inmóvil, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

Luis Pie, asombrado de que sus hijos no se hallaran bajo el poder de las tenebrosas fuerzas que le perseguían no pudo contener sus palabras.

—¡Oh Bonyé, tú sé gran! —clamó volviendo al cielo una honda mirada de gratitud.

Después abatió la cabeza, pegó la barbilla al pecho para que no lo vieran llorar, y empezó a caminar de nuevo, arrastrando su pierna enferma.

La gente que se agrupaba alrededor de Luis Pie era ya mucha y pareció dudar entre seguirlo o detenerse para ver a los niños; pero como no tardó en comprender que el espectáculo que ofrecía Luis Pie era más atrayente, decidió ir tras él. Sólo una muchacha negra de acaso doce años se demoró frente a la casucha. Pareció que iba a dirigirse hacia los niños; pero al fin echó a correr tras la turba, que iba doblando una esquina. Luis Pie había vuelto el rostro, sin duda para ver una vez más a sus hijos, y uno de los soldados pareció llenarse de ira.

—¡Ya ta bueno de hablar con la familia! —rugía el soldado.

La muchacha llegó al grupo justamente cuando el militar levantaba el puño para pegarle a Luis Pie, y como estaba asustada cerró los ojos para no ver la escena. Durante un segundo esperó el ruido.

Pero el chasquido del golpe no llegó a sonar. Pues aunque deseaba pegar el soldado se contuvo. Tenía la mano demasiado adolorida por el uso que le había dado esa noche, y, además, comprendió que por duro que le pegara Luis Pie no se daría cuenta de ello.

No podía darse cuenta, porque iba caminando como un borracho, mirando hacia el cielo y hasta ligeramente sonreído.

La Nochebuena de Encarnación Mendoza

Con su sensible ojo de prófugo Encarnación Mendoza había distinguido el perfil de un árbol a veinte pasos, razón por la cual pensó que la noche iba a decaer. Anduvo acertado en su cálculo; donde empezó a equivocarse fue al sacar conclusiones de esa observación. Pues como el día se cercaba era de rigor buscar escondite, y él se preguntaba si debía internarse en los cerros que tenía a su derecha o en el cañaveral que le quedaba a la izquierda. Para su desgracia, escogió el cañaveral. Hora y media más tarde el sol del día 24 alumbraba los campos y calentaba ligeramente a Encarnación Mendoza, que yacía bocarriba tendido sobre hojas de caña.

A las siete de la mañana los hechos parecían estar sucediéndose tal como había pensado el fugitivo; nadie había pasado por las trochas cercanas. Por otra parte la brisa era fresca y tal vez llovería, como casi todos los años en Nochebuena. Y aunque no lloviera los hombres no saldrían de la bodega, donde estarían desde temprano consumiendo ron, hablando a gritos y tratando de alegrarse como lo mandaba la costumbre. En cambio, de haber tirado hacia los cerros no podría sentirse tan seguro. Él conocía bien el lugar; las familias que vivían en las hondonadas producían leña, yuca y algún maíz. Si cualquiera de los hombres que habitaban los bohíos de por allí bajaba aquel día para vender bastimentos en la bodega del batey y acertaba a verlo, estaba perdido. En leguas a la redonda no había quien se atreviera a silenciar el encuentro. Jamás sería perdonado el que encubriera a Encarnación Mendoza; y aunque no se hablaba del asunto todos los vecinos de la comarca sabían que aquel que le viera debía dar cuenta inmediata al puesto de guardia más cercano.

Empezaba a sentirse tranquilo Encarnación Mendoza, porque tenía la seguridad de que había escogido el mejor lugar para esconderse durante el día, cuando comenzó el destino a jugar en su contra.

Pues a esa hora la madre de Mundito pensaba igual que el prófugo: nadie pasaría por las trochas en la mañana, y si Mundito apuraba el paso haría el viaje a la bodega antes de que comenzaran a transitar los caminos los habituales borrachos del día de Nochebuena.

La madre de Mundito tenía unos cuantos centavos que había ido guardando de lo poco que cobraba lavando ropa y revendiendo gallinas en el cruce de la carretera, que le quedaba al poniente, a casi medio día de marcha. Con esos centavos podía mandar a Mundito a la bodega para que comprara harina, bacalao y algo de manteca. Aunque lo hiciera pobremente, quería celebrar la Nochebuena con sus seis pequeños hijos, siquiera fuera comiendo frituras de bacalao.

El caserío donde ellos vivían —del lado de los cerros, en el camino que dividía los cañaverales de las tierras incultas— tendría catorce o quince malas viviendas, la mayor parte techadas de yaguas. Al salir de la suya, con el encargo de ir a la bodega, Mundito se detuvo un momento en medio del barro seco por donde en los días de zafra transitaban las carretas cargadas de caña. Era largo el trayecto hasta la bodega.

El cielo se veía claro, radiante de luz que se esparcía sobre el horizonte de cogollos de caña; era grata la brisa y dulcemente triste el silencio. ¿Por qué ir solo, aburriéndose de caminar por trochas siempre iguales? Durante diez segundos Mundito pensó entrar al bohío vecino, donde seis semanas antes una perra negra había parido seis cachorros. Los dueños del animal habían regalado cinco, pero quedaba uno «para amamantar a la madre», y en él había puesto Mundito todo el interés que la falta de ternura había acumulado en su pequeña alma. Con sus nueve años cargados de precoz sabiduría, el niño era consciente de que si llevaba el cachorrillo tendría que cargarlo casi todo el tiempo, porque no podría hacer tanta distancia por sí solo. Mundito sentía que esa idea casi le autorizaba a disponer del perrito. De súbito, sin pensarlo más, corrió hacia la casucha gritando:

—¡Doña Ofelia, emprésteme a Azabache, que lo voy a llevar allí!

Oyéranle o no, ya él había pedido autorización, y eso bastaba. Entró como un torbellino, tomó el animalejo en brazos y salió corriendo, a toda marcha, hasta que se perdió a lo lejos. Y así empezó el destino a jugar en los planes de Encarnación Mendoza.

Porque ocurrió que cuando, poco antes de las nueve, el niño Mundito pasaba frente al tablón de caña donde estaba escondido el fugitivo, cansado, o simplemente movido por esa especie de indiferencia por lo actual y curiosidad por lo inmediato que es privilegio de los animales pequeños, Azabache se metió en el cañaveral. Encarnación Mendoza oyó la voz del niño ordenando al perrito que se detuviera. Durante un segundo temió que el muchacho fuera la avanzada de algún grupo. Estaba clara la mañana. Con su agudo ojo de prófugo, él podía ver hasta donde se lo permitía el barullo de tallos y hojas. Allí, al alcance de su mirada, no estaba el niño. Encarnación Mendoza no tenía pelo de tonto. Rápidamente calculó que si lo hallaban atisbando era hombre perdido; lo mejor sería hacerse el dormido, dando la espalda al lado por donde sentía el ruido. Para mayor seguridad, se cubrió la cara con el sombrero.

El negro cachorrillo correteó, jugando con las hojas de caña, pretendiendo saltar, torpe de movimientos, y cuando vio al fugitivo echado empezó a soltar diminutos y graciosos ladridos. Llamándolo a voces y gateando para avanzar, Mundito iba acercándose cuando de pronto quedó paralizado: había visto al hombre. Pero para él no era simplemente un hombre sino algo imponente y terrible: era un cadáver. De otra manera no se explicaba su presencia allí y mucho menos su postura. El terror le dejó frío. En el primer momento pensó huir, y hacerlo en silencio para que el cadáver no se diera cuenta. Pero le parecía un crimen dejar a Azabache abandonado, expuesto al peligro de que el muerto se molestara con sus ladridos y lo reventara apretándolo con las manos. Incapaz de irse sin el animalito e incapaz de quedarse allí, el niño sentía que desfallecía. Sin intervención de su voluntad levantó una mano, fijó la mirada en el difunto, temblando mientras el perrillo refulaba y lanzaba sus pequeños ladridos. Mundito estaba seguro de que el cadáver iba a levantarse de momento. En su miedo,

pretendió adelantarse al muerto: pegó un salto sobre el cachorrillo, al cual agarró con nerviosa violencia por el pescuezo, y a seguidas, cabeceando contra las cañas, cortándose el rostro y las manos, impulsado por el terror, ahogándose, echó a correr hacia la bodega. Al llegar allí, a punto de desfallecer por el esfuerzo y el pavor, gritó señalando hacia el lejano lugar de su aventura:

—¡En la Colonia Adela hay un hombre muerto!

A lo que un vozarrón áspero respondió gritando:

—¿Qué ‘tá diciendo ese muchacho?

Y como era la voz del sargento Rey, jefe de puesto del Central, obtuvo el mayor interés de parte de los presentes así como los datos que solicitó del muchacho.

El día de Nochebuena no podía contarse con el juez de La Romana para hacer el levantamiento del cadáver, pues debía andar por la Capital disfrutando sus vacaciones de fin de año. Pero el sargento era expeditivo; quince minutos después de haber oído a Mundito el sargento Rey iba con dos números y diez o doce curiosos hacia el sitio donde yacía el presunto cadáver. Eso no había entrado en los planes de Encarnación Mendoza.

El propósito de Encarnación Mendoza era pasar la Nochebuena con su mujer y sus hijos. Escondiéndose de día y caminando de noche había recorrido leguas y leguas, desde las primeras estribaciones de la Cordillera, en la provincia del Seybo, rehuendo todo encuentro y esquivando bohíos, corrales y cortes de árboles o quemas de tierras. En toda la región se sabía que él había dado muerte al cabo Pomares, y nadie ignoraba que era hombre condenado donde se le encontrara. No debía dejarse ver de persona alguna, excepto de Nina y de sus hijos. Y los vería sólo una hora o dos, durante la Nochebuena. Tenía ya seis meses huyendo, pues fue el día de San Juan cuando ocurrieron los hechos que le costaron la vida al cabo Pomares.

Necesariamente debía ver a su mujer y a sus hijos. Era un impulso bestial el que le empujaba a ir, una fuerza ciega a la cual no podía resistir. Con todo y ser tan limpio de sentimientos, Encarnación Mendoza comprendía que con el deseo de abrazar a su mujer y de contarles un cuento a los niños iba confundida una sombra de celos. Pero además necesitaba ver la casucha, la luz de la lámpara iluminando la habitación donde se reunían cuando él volvía del trabajo y los muchachos le rodeaban para que él los hiciera reír con sus ocurrencias. El cuerpo le pedía ver hasta el sucio camino, que se hacía lodazal en los tiempos de lluvia. Tenía que ir o se moriría de una pena tremenda.

Encarnación Mendoza estaba acostumbrado a hacer lo que deseaba; nunca deseaba nada malo y se respetaba a sí mismo. Por respeto a sí mismo sucedió lo del día de San Juan, cuando el cabo Pomares le faltó pegándole en la cara, a él, que por no ofender no bebía y que no tenía más afán que su familia. Suciedera lo que sucediera, y aunque el mismo Diablo hiciera oposición, Encarnación Mendoza pasaría la Nochebuena en su bohío. Sólo imaginar que Nina y los muchachos estarían

tristes, sin un peso para celebrar la fiesta, tal vez llorando por él, le partía el alma y le hacía maldecir de dolor.

Pero el plan se había enredado algo. Era cosa de ponerse a pensar si el muchacho hablaría o se quedaría callado. Se había ido corriendo, a lo que pudo colegir Encarnación por la rapidez de los pasos, y tal vez pensó que se trataba de un peón dormido. Acaso hubiera sido prudente alejarse de allí, meterse en otro tablón de caña. Sin embargo valía la pena pensarlo dos veces, porque si tenía la fatalidad de que alguien pasara por la trocha de ida o de vuelta, y le veía cruzando el camino y le reconocía, era hombre perdido. No debía precipitarse; ahí, por de pronto, estaba seguro. A las nueve de la noche podría salir, caminar con cautela orillando los cerros, y estaría en su casa a las once, tal vez a las once y un cuarto. Sabía lo que iba a hacer; llamaría por la ventana de la habitación en voz baja y le diría a Nina que abriera, que era él, su marido. Ya le parecía estar viendo a Nina con su negro pelo caído sobre las mejillas, los ojos oscuros y brillantes, la boca carnosa, la barbilla saliente. Ese momento de la llegada era la razón de ser de su vida; no podía arriesgarse a ser cogido antes. Cambiar de tablón en pleno día era correr riesgo. Lo mejor sería descansar, dormir...

Despertó al tropel de pasos y a la voz del niño que decía:

—‘Taba ahí, sargento.

—¿Pero en cuál tablón; en ése o en el de allá?

—En ése —aseguró el niño.

«En ése» podía significar que el muchacho estaba señalando hacia el que ocupaba Encarnación, hacia uno vecino o hacia el de enfrente. Porque a juzgar por las voces el niño y el sargento se hallaban en la trocha, tal vez en un punto intermedio entre varios tablones de caña. Dependía de hacia dónde estaba señalando el niño cuando decía «ése». La situación era realmente grave, porque de lo que no había duda era de que ya había gente localizando al fugitivo. El momento, pues, no era de dudar, sino de actuar. Rápido en la decisión, Encarnación Mendoza comenzó a gatear con suma cautela, cuidándose de que el ruido que pudiera hacer se confundiera con el de las hojas del cañaveral batidas por la brisa. Había que salir de allí pronto, sin perder un minuto. Oyó la áspera voz del sargento:

—¡Métase por ahí, Nemesio, que yo voy por aquí! ¡Usté, Solito, quédese por aquí!

Se oían murmullos y comentarios. Mientras se alejaba, agachado, con paso felino, Encarnación podía colegir que había varios hombres en el grupo que le buscaba. Sin duda las cosas estaban poniéndose feas.

Feas para él y feas para el muchacho, quienquiera que fuese. Porque cuando el sargento Rey y el número Nemesio Arroyo recorrieron el tablón de caña en que se habían metido, maltratando los tallos más tiernos y cortándose las manos y los brazos, y no vieron cadáver alguno, empezaron a creer que era broma lo del hombre muerto en la Colonia Adela.

—¿Tú tá' seguro que fue aquí, muchacho? —preguntó el sargento.

—Sí, aquí era —afirmó Mundito, bastante asustado ya.

—Son cosa de muchacho, sargento; ahí no hay nadie —terció el número Arroyo.

El sargento clavó en el niño una mirada fija, escalofriante, que lo llenó de pavor.

—Mire, yo venía por aquí con Azabache —empezó a explicar Mundito— y lo diba corriendo asina —lo cual dijo al tiempo que ponía el perrito en el suelo—, y él cogió y se metió ahí.

Pero el número Solito Ruiz interrumpió la escenificación de Mundito preguntando:

—¿Cómo era el muerto?

—Yo no le vide la cara —dijo el niño, temblando de miedo—; solamente le vide la ropa. Tenía un sombrero en la cara. Taba asina, de lao...

—¿De qué color era el pantalón? —inquirió el sargento.

—Azul, y la camisa como amarilla, y tenía un sombrero negro encima de la cara...

Pero el pobre Mundito apenas podía hablar; se hallaba aterrorizado, con ganas de llorar. A su infantil idea de las cosas, el muerto se había ido de allí sólo para vengarse de su denuncia y hacerlo quedar como un mentiroso. Seguramente en la noche le saldría en la casa y lo perseguiría toda la vida.

De todas maneras, supiéralo o no Mundito, en ese tablón de cañas no darían con el cadáver. Encarnación Mendoza había cruzado con sorprendente celeridad hacia otro tablón, y después hacia otro más; y ya iba atravesando la trocha para meterse en un tercero cuando el niño, despachado por el sargento, pasaba corriendo con el perrillo bajo el brazo. Su miedo lo paró en seco al ver el torso y una pierna del difunto que entraban en el cañaveral. No podía ser otro, dado que la ropa era la que había visto por la mañana.

—¡'Ta aquí, sargento; 'ta aquí! —gritó señalando hacia el punto por donde se había perdido el fugitivo—. ¡Dentro ahí!

Y como tenía mucho miedo siguió su carrera hacia su casa, ahogándose, lleno de lástima consigo mismo por el lío en que se había metido. El sargento, y con él los soldados y curiosos que le acompañaban, se había vuelto al oír la voz del chiquillo.

—Cosa de muchacho —dijo calmamente Nemesio Arroyo.

Pero el sargento, viejo en su oficio, era suspicaz:

—Vea, algo hay. ¡Rodiemo ese tablón di una ve'! —gritó.

Y así empezó la cacería, sin que los cazadores supieran qué pieza perseguían.

Era poco más de media mañana. Repartidos en grupos, cada militar iba seguido de tres o cuatro peones, buscando aquí y allá, corriendo por las trochas, todos un poco bebidos y todos excitados. Lentamente, las pequeñas nubes azul oscuro que descansaban al ras del horizonte empezaron a crecer y a ascender cielo arriba. Encarnación Mendoza sabía ya que estaba más o menos cercado. Sólo que a diferencia de sus perseguidores —que ignoraban a quién buscaban—, él pensaba que

el registro del cañaveral obedecía al propósito de echarle mano y cobrarle lo ocurrido el día de San Juan.

Sin saber a ciencia cierta dónde estaban los soldados, el fugitivo se atenía a su instinto y a su voluntad de escapar; y se corría de un tablón a otro, esquivando el encuentro con los soldados. Estaba ya a tanta distancia de ellos que si se hubiera quedado tranquilo hubiese podido esperar hasta el oscurecer sin peligro de ser localizado. Pero no se hallaba seguro y seguía pasando de tablón a tablón. Al cruzar una trocha fue visto de lejos, y una voz proclamó a todo pulmón:

—¡Allá va, sargento, allá va; y se parece a Encarnación Mendoza!

¡Encarnación Mendoza! De golpe todo el mundo quedó paralizado. ¡Encarnación Mendoza!

—¡Vengan! —demandó el sargento a gritos; y a seguidas echó a correr, el revólver en la mano, hacia donde señalaba el peón que había visto el prófugo.

Era ya cerca de mediodía, y aunque los crecientes nubarrones convertían en sofocante y caluroso el ambiente, los cazadores del hombre apenas lo notaban; corrían y corrían, pegando voces, zigzagueando, disparando sobre las cañas. Encarnación se dejó ver sobre una trocha distante, sólo un momento, huyendo con la velocidad de una sombra fugaz, y no dio tiempo al número Solito Ruiz para apuntarle su fusil.

—¡Que vaya uno al batey y diga de mi parte que me manden do' número! —ordenó a gritos el sargento.

Nerviosos, excitados, respirando sonoramente y tratando de mirar hacia todos los ángulos a un tiempo, los perseguidores corrían de un lado a otro dándose voces entre sí, recomendándose prudencia cuando alguno amagaba meterse entre las cañas.

Pasó el mediodía. Llegaron no dos, sino tres números y como nueve o diez peones más; se dispersaron en grupos y la cacería se extendió a varios tablonés. A la distancia se veían pasar de pronto un soldado y cuatro o cinco peones, lo cual entorpecía los movimientos, pues era arriesgado tirar si gente amiga estaba al otro extremo. Del batey iban saliendo hombres y hasta alguna mujer; y en la bodega no quedó sino el dependiente, preguntando a todo hijo de Dios que cruzaba si «ya lo habían cogido».

Encarnación Mendoza no era hombre fácil. Pero a eso de las tres, en el camino que dividía el cañaveral de los cerros, esto es, a más de dos horas del batey, un tiro certero le rompió la columna vertebral al tiempo que cruzaba para internarse en la maleza. Se revolcaba en la tierra, manando sangre, cuando recibió catorce tiros más, pues los soldados iban disparándole a medida que se acercaban. Y justamente entonces empezaban a caer las primeras gotas de la lluvia que había comenzado a insinuarse a media mañana.

Estaba muerto Encarnación Mendoza. Conservaba las líneas del rostro, aunque tenía los dientes destrozados por un balazo de máuser. Era día de Nochebuena y él había salido de la Cordillera a pasar la Nochebuena en su casa, no en el batey, vivo o

muerto. Comenzaba a llover, si bien por entonces no con fuerza. Y el sargento estaba pensando algo. Si él sacaba el cadáver a la carretera, que estaba hacia el poniente, podía llevarlo ese mismo día a Macorís y entregarle ese regalo de Pascuas al capitán; si lo llevaba al batey tendría que coger allí un tren del ingenio para ir a la Romana, y como el tren podría tardar mucho en salir llegaría a la ciudad tarde en la noche, tal vez demasiado tarde para trasladarse a Macorís. En la carretera las cosas son distintas; pasan con frecuencia vehículos, él podría detener un automóvil, hacer bajar la gente y meter el cadáver o subirlo sobre la carga de un camión.

—¡Búsquese un caballo ya memo que vamo' a sacar ese vagabundo a la carretera!
—dijo dirigiéndose al que tenía más cerca.

No apareció caballo sino burro; y eso, pasadas ya las cuatro, cuando el aguacero pesado hacía sonar sin descanso los sembrados de caña. El sargento no quería perder tiempo. Varios peones, estorbándose los unos a los otros, colocaron el cadáver atravesado sobre el asno y lo amarraron como pudieron. Seguido por dos soldados y tres curiosos a los que escogió para que arrearan el burro, el sargento ordenó la marcha bajo la lluvia.

No resultó fácil el camino. Tres veces, antes de llegar al primer caserío, el muerto resbaló y quedó colgado bajo el vientre del asno. Éste resoplaba y hacía esfuerzos para trotar entre el barro, que ya empezaba a formarse. Cubiertos sólo con sus sombreros de reglamento al principio, los soldados echaron mano a pedazos de yaguas, a hojas grandes arrancadas a los árboles, o se guarecían en el cañaveral de rato en rato, cuando la lluvia arreciaba más. La lúgubre comitiva anduvo sin cesar, la mayor parte del tiempo en silencio aunque de momento la voz de un soldado comentaba:

—Vea ese sinvergüenza.

O simplemente aludía al cabo Pomares, cuya sangre había sido al fin vengada.

Oscureció del todo, sin duda más temprano que de costumbre por efectos de la lluvia; y con la oscuridad el camino se hizo más difícil, razón por la cual la marcha se tornó lenta. Serían más de las siete, y apenas llovía entonces, cuando uno de los peones dijo:

—Allá se ve una lucecita.

—Sí, del caserío —explicó el sargento; y al instante urdió un plan del que se sintió enormemente satisfecho.

Pues al sargento no le bastaba la muerte de Encarnación Mendoza. El sargento quería algo más. Así, cuando un cuarto de hora después se vio frente a la primera casucha del lugar, ordenó con su áspera voz:

—Desamarren ese muerto y tírenlo ahí adentro, que no podemos seguir mojándono'.

Decía esto cuando la lluvia era tan escasa que parecía a punto de cesar; y al hablar observaba a los hombres que se afanaban en la tarea de librar al cadáver de cuerdas. Cuando el cuerpo estuvo suelto llamó a la puerta de la casucha justo a tiempo para

que la mujer que salió a abrir recibiera sobre los pies, tirado como el de un perro, el cuerpo de Encarnación Mendoza. El muerto estaba empapado en agua, sangre y lodo, y tenía los dientes destrozados por un tiro, lo que le daba a su rostro antes sereno y bondadoso la apariencia de estar haciendo una mueca horrible.

La mujer miró aquella masa inerte; sus ojos cobraron de golpe la inexpresiva fijeza de la locura; y llevándose una mano a la boca comenzó a retroceder lentamente, hasta que a tres pasos paró y corrió desolada sobre el cadáver al tiempo que gritaba:

—¡Hay m'shijo; se han quedao guérfano... han matao a Encarnación!

Espantados, atropellándose, los niños salieron de la habitación, lanzándose a las faldas de la madre.

Entonces se oyó una voz infantil en la que se confundían llanto y horror:

—¡Mama, mi mama...! ¡Ése fue el muerto que yo vide hoy en el cañaveral!

El funeral

Cuando empezaron a caer las lluvias de mayo el agua fue tanta que se posó en los potreros formando lagunatos. Despeñándose por los flancos de la loma, chorros impetuosos arrastraban piedras y levantaban un estrépito que asustaba a las vacas. Las infelices mugían y se acercaban a las puertas del potrero, con las cabezas altas, como rogando que las sacaran de ese sitio. Los entendidos en ganado, que oían a las reses bramar, decían que pronto se les reblandecerían las pezuñas. Aconsejado por ellos, don Braulio dispuso que llevaran las vacas hacia las cercanías de la casa, pero se negó resueltamente a que Joquito bajara con ellas.

Joquito, pues, se quedó solo en el potrero. Estuvo inquieto toda la tarde y pasó la noche bajo un memizo, bramando de cuando en cuando. Bramó también unas cuantas veces al día siguiente; sin embargo no se desesperó sino al atardecer; a la hora de las dos luces, sin duda convencido de que sus compañeras no regresarían, lanzó bramidos tan prolongados y tan dolorosos que hicieron ladrar de miedo a todos los perros de la comarca. Al iniciarse la noche se oyó el toro hacia el fondo del potrero, pegado a las lomas; más tarde, cerca del camino real, lo que indicaba que recorría el campo sin cesar y de seguir así no tardaría en saltar sobre la alambrada. Poco antes del amanecer don Braulio oyó a los perros que ladraban en forma agitada muy cerca de la casa; a poco oyó un bramido corto y el sordo trote de la bestia, que sin duda correteaba alegremente por el camino real.

Suelto en aquel lugarejo, donde no había más reses que las ventitantas de don Braulio, un toro como Joquito era una amenaza para todo el vecindario, de manera que había que encerrarlo en el potrero cuanto antes, y para eso salió don Braulio con sus peones y unos cuantos perros.

Don Braulio montaba su potro bayo, verdadera joya entre caballos, y encabezaba el grupo. Llevaban media hora de marcha y los hombres iban charlando alegremente; de pronto una mujer gritó que el toro venía sobre ellos, noticia que produjo alguna confusión. Como en un frenesí, los perros comenzaron a ladrar y a correr hacia el frente, como si hubieran olido a Joquito. Con efecto, Joquito no tardó en dejarse ver. Avanzaba en una carrera de paso parejo, ladeándose con gracia juvenil y hacía retumbar la tierra bajo sus patas. Al tropezar con los perros se detuvo un momento y miró en semicírculo. Estudiaba la situación, que no le era favorable porque no había salida sino hacia atrás, y Joquito no parecía dispuesto a volver por donde había llegado. De súbito pateó la tierra, bajó la testuz y lanzó un bramido retumbante, que hizo huir a los perros. Los hombres se habían quedado inmóviles.

Pero don Braulio era un viejo duro, y diciendo algunas palabras bastante puercas se adelantó hacia el animal. Joquito no dudó un segundo: con la cabeza baja, arremetió con todo su peso. Los peones vieron esa mole rojiza, de brillante pelamen, cuya nariz iba rozando el suelo, arremeter ciegamente con la cola erecta. Don Braulio ladeó su bayo y eludió el encuentro. Joquito se detuvo en seco. Como los peones

gritaban y le tiraban sogas al tiempo que los perros lo atormentaban con sus ladridos, el toro se llenaba de ira y rascaba la tierra con sus patas delanteras. La cola parecía saltarle de un lado a otro, fueleándole las ancas.

Don Braulio volvió a pasar frente al animal, y éste, fuera de sí, se lanzó con tanta fuerza sobre la sombra del caballo que fue a dar contra la palizada del conuco de Nando, y del golpe echó abajo un lienzo de tablas. Al ver ante sí un hueco abierto, Joquito pareció llenarse de una diabólica alegría; se metió en el conuco y en menos de un minuto tumbó dos troncos jóvenes de plátano, destrozó la yuca y malogró un paño de maíz tierno. Nando se lamentaba a gritos y don Braulio pensaba cuánto iba a costarle esa tropelía de su toro.

Dos veces más se repitió el caso, en el término de media hora: una en el arrozal del viejo Morillo, más allá del arroyo, donde Joquito batió la tierra y confundió las espigas con el lodo; otra en el bohío de Anastasio, en cuyo jardín entró haciendo llorar de miedo a los niños y asustando a las mujeres. Don Braulio pensó que tendría que matar al toro, y era un milagro que a medio día Joquito siguiera vivo.

A las dos de la tarde, sudados, molidos, los peones pedían reposo para comer. Habían recorrido a paso largo todo el sitio desde la Cortadera hasta el Jagüey, desde la loma hasta el fundo de Morillo. Algunos vecinos se habían unido a la persecución y los perros acezaban, cansados. Plantado en su caballo, don Braulio se sentía humillado. En eso, de un bohío cercano alguien gritó que Joquito llegaba.

—¡Ahora veremos si somos hombres o qué! —gritó don Braulio.

Apareció el toro, pero no con espíritu agresivo; ramoneaba tranquilamente a lo largo del camino, moviéndose con la mayor naturalidad. Por lo visto Joquito no quería luchar; sólo pedía libertad para correr a su gusto y para comer lo que le pareciera.

Pero los perros estaban de caza, y en viendo al toro comenzaron a ladrar de nuevo. Con graves ojos, Joquito se volvió a ellos, y en señal de que los menospreciaba, tornó a ramonear. Los perros se envalentonaron, y uno de ellos llevó su atrevimiento hasta morderle una pata. Joquito giró violentamente y en rápida embestida atacó a sus perseguidores. El animal había perdido otra vez la cabeza.

Pero también don Braulio había perdido la suya. El cansancio, la idea de todos los daños que tendría que pagar, la vergüenza de haber fracasado, y quizá hasta el hambre, le encolerizaron a tal punto que espoleó al bayo sin tomar precauciones. Así, el choque fue inevitable. El golpe paralizó a la peonada, que durante unos segundos interminables vio cómo Joquito mantenía en el aire al bayo, mientras don Braulio hacía esfuerzos por sujetarse al pescuezo de su caballo. De súbito el caballo salió disparado y cayó sobre las espinosas mayas que orillaban el camino, y de su vientre salió un chorro de sangre que parecía negra. Desde el suelo, adonde había sido lanzado, don Braulio sacó su revólver y disparó.

Entre los gritos de los peones resonaron cinco disparos, Joquito caminó, con pasos cada vez más tardíos; después dobló las rodillas, pegó el pescuezo en tierra y

pareció ver con indecible tristeza su propia sangre, que le salía por la nariz y se confundía con el lodo del camino.

Hasta los perros callaron, por lo menos durante un rato. Algunos peones corrieron para ayudar a don Braulio a ponerse de pie. Debió sufrir golpes, porque se sujetaba las caderas y tenía la cara descompuesta. Cuando lo conducían hacia la casa, dijo:

—Desuéllenlo ahí mismo.

Extrayendo los cuchillos de las cinturas, varios hombres se lanzaron sobre Joquito, y una hora más tarde la carne del toro, partida en grandes piezas, era llevada a la cocina de don Braulio. Ahí pareció terminar todo.

Tornó a lloviznar, y el agua borró el último rastro de la sangre de Joquito. Los perros se hartaron con los pedazos inservibles de la víctima, y cuando se acercaban las cuatro de la tarde nada parecía haber sucedido y nada indicaba que Joquito había sido muerto y descuartizado en el camino real.

Pero de pronto resonó en la vuelta del camino un bramido lleno de tristeza y de ira a la vez. En alocada carrera, los niños llenaron los vanos de las puertas, porque les pareció que el propio Joquito bramaba desde más allá de la vida. Pero no era Joquito. Un toro negro, nunca visto en el lugar, apareció por el recodo, caminó con el pescuezo alargado, venteó, abriendo los hoyos de la nariz, y tornó a bramar como antes. Por los lados de la loma respondió otro bramido, y el toro volvió hacia allá sus desolados ojos. Parecía esperar algo; después caminó más, pegó el hocico en tierra, olió el lodo y revolvió el fango con patas pesadas. Allí, olfateando, buscando, estuvo un momento; al cabo alzó otra vez la cabeza, y con un grito angustioso, impresionante, cargó de pesadumbre los cuatro vientos.

Los niños de la casa no se atrevieron a moverse; apenas respiraban. De pronto vieron aparecer una vaca gris. Igual que el toro, era desconocida en el lugar e igual que él se acercó, olió y lanzó un doliente quejido. Juntas ya, las dos reses empezaron a patear. Daban vueltas, como ciegas, como forzadas, y tornaban a quejarse. Inesperadamente reventó cerca otro potente bramido, y de algún lugar no lejano salió otro. Entonces se arrimó a la puerta un viejo campesino y se puso a observar los matorrales.

—Horita ‘tá esto cundió de toros —dijo.

Seguía cayendo fina y susurrante la llovizna. Una vaca pasó al trote y fue a juntarse con el toro y la vaca que daban vueltas en el lugar donde había caído Joquito. También ella gritó, oliendo el lodo. Y de pronto llegaron por caminos insospechados seis o siete reses más, que hicieron lo mismo que las otras tres. Juntando los cuernos parecían hacerse preguntas sobre lo que había ocurrido allí, y a poco empezaron todas a bramar a un tiempo, a agitarse, a cruzar los pescuezos entre sí, a mover las colas con apenada lentitud.

En el aposento de don Braulio, donde las mujeres colocaban cataplasmas en las caderas del amo, resonaban los angustiosos gemidos de las bestias. La gente se asomaba a la puerta a ver qué sucedía. ¿De dónde salían tantas reses? Ya había más

de docena y media y la lluvia, que engrosaba a medida que la tarde caía, no detenía la marcha de otras que se veían llegar a lo largo de los callejones. Aquel lugar no era sitio de ganadería y con la excepción de las reses de don Braulio, no había vacas ni toros. ¿De dónde salían las que llegaban, pues?

El viejo campesino explicó que cuanto res oyera aquellos bramidos iría al sitio, aunque tuviera que caminar horas y horas. Era el velorio de un hermano, y ninguna faltaría a la cita.

—Son asina esos animales —dijo.

En efecto, así eran. Media hora después, vacas, novillas, bueyes, toretes y becerros se amontonaban en el sitio donde cayó Joquito. Olían la tierra, gemían y se restregaban los unos a los otros. Hollaban al lodo con sus pezuñas y parecían preguntar llenos de dolor, a los montes, a los cielos y al camino qué habían hecho de su hermano, de su vigoroso y bravo compañero. Los bramidos de los toros, los quejidos de las vacas, los balidos de los pequeños se confundían en una imponente música funeral, y resonaban bajo ella los rancos gemidos de los bueyes viejos. Asustados por aquel concierto lúgubre, los caballos de la vecindad erizaban las orejas y se quedaban temblando, y los perros buscaban abrigo en los rincones de los bohíos.

Mientras crecía sin cesar, el grupo seguía mugiendo y cada vez se enardecía y se desesperaba más. Se hacían más rancos sus gritos de dolor. Desde las vueltas distantes de los callejones seguían saliendo compañeros, que nadie sabía para dónde iban, y que debían recorrer grandes distancias para llegar a la cita. Atravesando arroyos, toros enormes que sin duda habían roto las alambradas de sus potreros, llegaban para llorar por aquel que no habían conocido. Con su pesado andar, desde las lomas descendían viejos y graves bueyes cargadores de pinos; finas novillas hendían las yerbas de los pastos y se dirigían al lugar de la tragedia.

Había pasado ya más de una hora desde que llegó el toro negro, primero en comenzar el funeral de Joquito. Eran, pues, más de las cinco y el día lluvioso iba a ser corto. Cansados de llorar, los toros empezaron a remover la tierra con sombría desesperación; la removían y la olían, como reclamando la sangre de Joquito que ella se había bebido. Iban y venían de una a otra orilla del camino, atropellándose con majestuosa lentitud, y parecían preguntar a la noche, que ya se insinuaba, donde estaba su hermano, porqué le habían asesinado, qué justicia tan bárbara era la de los hombres.

Pareció que la noche iba a hacerse de golpe, por un corte súbito de la escasa luz que todavía quedaba sobre el mundo. Inesperadamente, antes de que se produjera tal golpe, los animales, como si un maestro invisible los hubiera dirigido, rompieron en un impresionante *crescendo* final, y el imponente lloro ascendió a los cielos y flotó allá arriba, en forma de nube sonora que oprimía los corazones. El *crescendo* se mantuvo un rato; después fue debilitándose; un minuto más tarde comenzaba a dispersarse todo aquel concierto acongojador, y al cabo de otro minuto más sólo se oía en la distancia el bramido de algún toro que abandonaba el lugar. Los quejidos

fueron oyéndose cada vez más y más distantes; cada vez parecía ser menor el número de los que gritaban, y al fin, cuando la oscuridad empezaba a adensarse, se oía uno que otro bramido perdido, más lejano a medida que transcurrían los segundos y a medida que la noche crecía.

El viejo campesino pensó que muchos de los bueyes que llegaron allí andarían toda esa noche sin descanso, y tendrían que trepar lomas, echando a rodar las piedras; que muchas vacas y novillas cruzarían arroyos y lodazales en busca de sus querencias; que algunas de esas reses se estropearían con las raíces y los tocones, otras se cortarían con las púas de los alambres, y quién sabía a cuántas les caerían gusanos en las heridas que recibirían esa noche.

Pero no importaba lo que pudieran sufrir. Habían cumplido su deber; habían ido al funeral de Joquito. Lo dijo así él.

—¿Sin conocerlo? —preguntaron los niños.

—Unjú, sin conocerlo. Las reses son asina.

Y el viejo campesino pensó con satisfacción en la ventaja de ser hombre. Porque ni él, ni sus amigos, ni nadie en fin perdía su sueño a causa de que en un camino real cayera muerto un señor desconocido.

Rumbo al puerto de origen

Habiendo hecho sus cálculos con toda corrección, Juan de la Paz llegó a la altura de Punta del Este a las seis de la tarde, minutos más, minutos menos. El mar había sido un plato y probablemente seguiría siéndolo toda la noche. Así se explica que a Juan de la Paz le resultara fácil ver, a la pálida y agobiante luz de la hora, el aleteo de la paloma sobre el agua. Con la acostumbrada rapidez de toda su vida el solitario navegante pensó que estaría herida y que sería un buen regalo para Emilia; y sin demorar un segundo maniobró para acercarse al ave, favorecido por una suave pero sostenida brisa que soplaban desde el este. Gentilmente, la balandra viró y enderezó hacia la paloma.

Con efecto, la paloma debió haber recibido un golpe en el ala izquierda, pues sobre ese lado se debatía sin cesar moviendo con loco impulso la derecha y levantando la pequeña cabeza. El terror de aquel animal de tierra y aire abandonado a su suerte en el mar era de tal naturaleza que cuando advirtió la proximidad de la balandra pretendió saltar para alejarse. Pero Juan de la Paz no se preocupó. Había dispuesto llevarle ese regalo a Emilia y ya nada podía evitar que lo hiciera. En su imaginación veía a la niña echándole los brazos al cuello en prenda de gratitud, y tal vez dándole un beso. Así, visto que el ave lograba avanzar unos pasos hacia estribor, Juan de la Paz maniobró para girar en redondo y situarse de manera que él quedara a babor. La maniobra salió limpia, pero su resultado no pudo ser peor. Pues ocurrió que impulsada por la sostenida brisa del este la balandra se alejó unos palmos de la paloma precisamente en el momento en que Juan de la Paz abandonaba vela y timón para inclinarse sobre el agua en pos del ave; el movimiento de la balandra le llevó a sacar todo el cuerpo fuera del casco, en absoluto ajeno a la idea de que, aprovechada en toda su extensión por la brisa, la vela resultaría batida con inesperada fuerza. Eso pasó, y Juan de la Paz se vio súbitamente lanzado al agua.

A Juan de la Paz le habían sucedido muchos y graves contratiempos; y en la costa del Golfo y en Isla de Pinos todo el mundo sabía que había estado veinte años en presidio. Pero jamás pensó él que en un atardecer tan plácido, estando solo a bordo, le ocurriría caer al mar a causa de estar persiguiendo una paloma, animal que nada tenía de marino. Aunque estaba hecho a pensar con la rapidez del rayo quedó aturdido durante algunos segundos; eso sí, clavó mano en el ave, si bien lo hizo maquinalmente; y fue después de tenerla sujeta cuando volvió atrás los pequeños y pardos ojos. En esos instantes se demudó, incapaz de comprender lo que estaba sucediendo. Pues moviéndose a velocidad asombrosa, la balandra se alejaba al favor de la brisa, rumbo noroeste, franca, firme y gallarda como si la tripulara el diablo.

Un segundo después de haber visto tal cosa, Juan de la Paz comprendió que no podría alcanzar su embarcación y que él y la paloma estaban solos en medio del mar, al iniciarse la noche, seis horas alejados de la tierra más cercana. El cambio de luces del atardecer daba al momento una ominosa solemnidad de cementerio. En

relampagueante fracción de tiempo el hombre sintió la muerte triturándole el alma y un tumulto de ideas le asaltó de improviso. Podía tratar de nadar hacia Isla de Pinos, en pos de Punta del Este; pero entonces se alejaría más de la balandra, y ésta era su único haber en el mundo. Podía dirigirse hacia la cayería, sin embargo eso significaba exponerse al ataque de los tiburones, acaso al de los caimanes y, desde luego, llegar a las corrientes de los canales completamente agotado. Cuando pensó tomar una decisión se acordó de la paloma; entonces vio, con verdadera indiferencia, que la había apretado sin darse cuenta con dedos de hierro y que la pobre ave herida agonizaba entre temblores. Y esa fue su última sensación consciente, pues a partir de tal momento comenzó a luchar como un loco para sobreponerse al miedo y para salvar la vida.

El miedo, sobre todo, le abrumaba. Por ejemplo, temió que la ropa le estorbara; se la quitó y la fue abandonando tras sí; pero cuando se sintió desnudo le aterrorizó la idea de que en llegando a aguas bajas una barracuda lo dejara inútil como hombre. La luna, que estaba en el horizonte al caerse de la balandra, iluminaba ya la vasta extensión de agua, y pensó que gracias a su luz algún pescador solitario podía verlo y rescatarlo; sin embargo a la vez la luna lo llenaba de pavor porque se decía que la claridad favorecía la posibilidad de que los tiburones le vieran de lejos. Hecho al mar, Juan de la Paz nadaba con economía de esfuerzos; pero no era joven ya, ni cosa parecida, y temía agotarse antes de tocar tierra.

Poco a poco —y esto es lo cierto—, a medida que pasaba el tiempo y comprobaba que ninguno de sus temores se cumplían, fue acostumbrándose a su nueva situación; acaso influyera en ello el ejercicio, tal vez la oscura idea de que mientras el mar se mantuviera tranquilo podría nadar sin alterar el lento pero seguro ritmo que había logrado imponerse a sí mismo. Mas a eso de las once, mientras al favor de la posición de la luna mantenía el rumbo hacia Cayo Largo —a sus cálculos, la tierra más cercana—, le pareció ver una luz en el horizonte. De improviso su estado de ánimo cambió. Una especie de oleada de locura, desatada dentro de su atormentada cabeza, le invadió por dentro y trastocó del todo sus ideas. Jadeante, ansioso, quiso levantarse sobre el agua. ¡Sí, allá, a la distancia, había una luz! Fuera de sí cambió el rumbo y empezó a nadar de prisa, cada vez más de prisa, cogido por un salvaje impulso de vida. En ese instante —cosa rara— sintió acumulados todos los miedos que había ido dejando según avanzaba, y otros muchos que no sabía distinguir. De golpe comenzó a gritar, a lanzar estentóreos «¡aquí, aquí, aquí!», con una voz que chillaba a efectos del terror y que cada vez iba siendo menos audible. Esforzándose a más no poder trataba de dar saltos para dominar más distancia. Pero le era imposible sobreponerse al horizonte y ver casco alguno de barco. Por momentos aquella luz fulgía lejos, tal vez a varias millas; y Juan de la Paz quería reconocerla a cada nueva aparición, distinguir si era de goleta, de vapor o de algún bote pescador. A ratos se acordaba de la paloma, abandonada, muerta ya, sobre el mar; y pensaba que acaso había derivado a favor de la corriente, sin acabar de hundirse. Y era curioso que en esa lucha por salvar la vida,

en medio de brincos imposibles, de gritos que se perdían en la tremenda soledad líquida, de mezcla delirante entre esperanza y pavor, surgiera de pronto, una vez y otra vez y otra más, la imagen de la paloma, flotando panza arriba bajo la luna, un ala rota y la otra extendida, las rojas patas encogidas y desordenadas las plumas de la cola. Pero he ahí que de súbito Juan de la Paz se dijo a sí mismo que estaba perdiendo el juicio, y cobró instantáneo reposo. No había tal barco; él estaba solo, del todo solo en la inmensidad del mar, y nadie más que él era responsable de su vida. Sentía el corazón golpeándole desusadamente y resolvió flotar un rato bocarriba, los brazos y las piernas abiertos, para descansar un poco y observar la luna; de esa manera se recuperaría y a la vez recuperaría el rumbo. En la terrible lucha por salvar la vida su instinto animal era capaz de sobreponerse a todo. Así, un cuarto de hora después Juan de la Paz reanudaba su marcha, nadando lenta pero firmemente hacia Cayo Largo.

A medianoche alcanzó a ver rojizos y cárdenos reflejos ante sí; a la vez un pesado olor de petróleo se imponía al yodado del mar. Hasta poco antes le había sido fácil ver, con bastante frecuencia, siluetas de peces que saltaban alrededor suyo o a cierta distancia; ahora eso había dejado de ocurrir desde hacía acaso media hora, de donde podía inferirse que había una prolongada mancha de aceite crudo o de petróleo deslizándose en el mar; y de improviso Juan de la Paz recordó que, en ruta hacia Cienfuegos, un barco había encallado días antes en los bajos del Golfo. Si el petróleo era de tal barco lo mejor sería internarse en la extensión que él cubriera y ayudarse de la corriente que lo arrastraba, pues con seguridad esa corriente iba a dar a uno de los cayos que corren en hilera irregular desde la Punta de Zapata hasta la altura de Punta del Este. Juan de la Paz conocía uno por uno todos esos cayos, los canalizos que los separaban, el que tenía agua dulce y el que no, el que era sólo diente de perro pelado o tenía arena y yerba, el que tenía mangles y cacería, el más frecuentado por los pescadores de Batabanó y el más alejado de las rutas usadas a diario.

Como lo pensó lo hizo, lo cual tuvo buenos y malos resultados. Los buenos estuvieron patentes cuando a eso de las dos de la mañana vio a distancia de una milla, o cosa así, la negruzca mancha de una tierra atravesada en medio del mar, lo que le puso al borde de repetir la desenfadada media hora que había padecido cuando creyó ver la luz de un barco; los malos habían de verse mucho más tarde, tan pronto el calor del sol pegara en el petróleo que se había incrustado en el nacimiento de cada uno de los pelos que le cubrían el cuerpo.

Serían las tres, a juicio de Juan de la Paz, cuando en un movimiento de natación sintió que su pie derecho tocaba algo blando. Poco a poco fue dejándose descender. Aquello podía ser lodo, podía ser vegetación marina, podía ser un pulpo o simplemente el revuelo del agua que deja a su paso un pez mayor. Pero no tardó en darse cuenta de que era lodo. ¡Lodo! ¡Había llegado, por fin! Temeroso de algo inesperado fue aplicando un pie, uno solo. Sí, había llegado. Ahora bien, ¿a dónde? Cuando pudo responderse a esta pregunta clareaba ya el sol. Había llegado, para su mal, a las marismas de Cayo Azul, y lo que tenía por delante era una marcha

agotadora sobre suelo cenagoso y en medio del agua, él que no tenía fuerzas para otra cosa que para dejarse caer en una sombra y dormir, o para beber, hasta rendirse, agua fresca.

Sin embargo había que seguir; y Juan de la Paz siguió, maltratándose los pies con los tallos de los nacientes mangles, cayéndose a ratos y levantándose con mil trabajos, nadando en los cortos canalizos, adoloridos los ojos a causa del esfuerzo hecho para ver si ante su paso pululaban los temibles piojos del mar, que se guarecen en la uretra y desgracian al hombre; buscando en la media luz del amanecer el cornudo espinazo del cocodrilo, que a menudo se refugia en esas marismas. Cuando tocó tierra, por fin, a eso de las ocho, anduvo como un ciego algunos pasos y se dejó caer sobre un arenazo. Allí abusaron de él el sol y el petróleo. Despertó varias veces, pero sin recuperar el dominio de sí mismo; se movió cuanto pudo, porque comprendía que se quemaba. Mas no le fue posible sobreponerse al agotamiento. Al mediar la tarde, el cuello, la espalda, los muslos y los hombros estaban cargados de ampollas. En los labios hinchados y adoloridos, secos de sed, su propia respiración pegaba como fuego. Necesitaba agua dulce. Pensó que escarbando en la arena podía hallar alguna. Pero de pronto su atención se volvió hacia la orilla de la marisma que había recorrido para llegar al arenazo, pues allá se veía un madero que flotaba. ¡No, no era uno; eran tres, cuatro, varios! Entonces se levantó y aguzó los pardos ojuelos. La providencia le mandaba esos maderos para que saliera de allí. Donde se hallaba no podía tener esperanzas de rescate; rodeado de marismas, y más allá de prolongados bajíos el arenazo en que había tocado quedaba fuera de las rutas de los pescadores, y desde luego mucho más lejos aún del paso habitual de los barcos. Sin pensarlo, actuando a impulsos de una fuerza ciega, Juan de la Paz echó a andar hacia afuera para recorrer otra vez bajo la noche que se acercaba el camino que había hecho entre el amanecer y el día. Cuando retornó al arenazo iba empujando los maderos y correteando de un lado a otro para no perder ninguno. Casi anochece ya; a la sed y al ardor de las ampollas se sumaban las picadas de los jejenes, que con la llegada de las primeras sombras se hacían presentes en oleadas. Al borde del desfallecimiento y hostigado por el miedo a los jejenes, Juan de la Paz se echó a dormir con la mayor parte del cuerpo en el agua y la cabeza en la arena de la orilla. Antes de entregarse al sueño estuvo buen rato madurando un plan.

Ese plan descansaba, sobre todo, en conservar los maderos —cuatro piezas aserradas que serían de seis por ocho pulgadas y de cinco pies de largo—; después, en hallar algo cortante, aunque se tratara de una concha de caracol de la que pudiera sacar esquirlas con alguna pesada piedra; por último, pensaba que metiéndose de nuevo en la marisma podría cortar ramas de mangle y sacar de ellas fibra con que amarrar los maderos en forma de balsa. La sed no le preocupaba tanto, porque el aire húmedo lo refrescaba. Desde la caída de la tarde habían empezado a formarse nubes hacia el nordeste y el viento estuvo enfriando, con ligera tendencia a soplar desde el norte. Ello quería decir que la lluvia no andaba lejos, y ya bebería cuando cayera. Lo

que le hacía sufrir eran las quemaduras y los jejenes, más numerosos y agresivos cada vez.

Juan de la Paz despertó, evidentemente con fiebre, bastante pasada la media noche; y al levantarse se asustó, él, que apenas tenía ya fuerzas para sentir miedo. Pues era el caso que se oía el mar, cosa increíble horas antes, cuando la inmensa mole de agua se veía tranquila de un confín al otro; y además de oírse el mar, según pudo él notar tan pronto se puso de pie y dejó su húmedo lecho, se oía el viento, que soplaba frío y grueso. Debatiéndose en medio de grises y ventrudas nubes, la luna parecía moverse con gran trabajo allá arriba. Pequeño, rojo y negro de ampollas y de petróleo, el reseco pelo pegado a la frente, agotado por el sol, pero también consumido por el sufrimiento, desnudo en medio de la noche y del mar, Juan de la Paz comprendió de pronto cuán inútil había sido todo su esfuerzo y qué duro castigo le había reservado Dios para el final de sus días, a pesar de que había sufrido ya la condena de los hombres. Del fondo de su ser empezó a crecer un amargo sentimiento de lástima consigo mismo, y a medida que tal estado de ánimo se definía metiéndose como una despaciosa invasión de agua por todos los antros de su cuerpo, en alguna oscura parte de su conciencia iban tomando cuerpo la figura de la paloma, derivando corriente abajo, muerta pero no sumergida, y el rostro de Emilia, tan pálido y sin embargo tan sonreído. De súbito Juan de la Paz se derrumbó; cayó de rodillas en la arena, elevó los ojos y las manos al cielo y pidió perdón.

—¡Perdóname, Virgen de la Caridad, tú que todo lo puedes! —exclamó.

Y a seguidas se echó a llorar, con amargo llanto de infante desvalido, mientras iba doblándose sobre sí mismo hasta quedar con los codos clavados en la arena, como un musulmán en oración. Desnudo, solo bajo la oscurecida luna, rodeado por un mar cuyas olas poco a poco se levantaban más y más, Juan de la Paz era la imagen dolorosa y ridícula, a la vez, del desamparo. Temblando de fiebre y de frío, agujoneado por los insectos, adolorida la llagada piel, el naufrago sólo acertaba a ver en su imaginación a la paloma y a la niña; y de súbito, llenándole de espanto, comprendió que de las redondas líneas que formaban la carita de Emilia surgía la de Rosalía, mustia y espantada.

Nadie puede describir lo que pasó entonces por el alma de Juan de la Paz. Algo estalló en ella en tal momento, algo horrible y bárbaro, que le hizo ponerse de pie y comenzar a correr, con los brazos en alto y las manos crispadas allá arriba, mientras gritaba con un alarido espantoso, que más que el de un ser humano parecía el de una poderosa bestia alanceada cerca del corazón. Loco, totalmente fuera de sí, se lanzó otra vez hacia la marisma; pero cuando hubo dado unos veinte pasos dio vuelta, con tanta velocidad como si hubiera seguido en línea recta; se lanzó sobre los maderos y cogió dos, uno en cada mano. Era increíble que pudiera cargarlos, pues además del tamaño el agua de que estaban saturados los hacía pesados. Pegando saltos, chapoteando, volviendo a ratos la cabeza con una impresionante mirada de terror,

Juan de la Paz se perdió en dirección al mar abierto, donde el viento norte hacía subir las olas a respetable altura. Cogido a los maderos se tiró sobre el agua.

Y agarrado como un loco, con manos y pies, fue dejándose llevar por las dos piezas, sin saber adonde iba, interesado ahora oscuramente más en huir que en salvarse.

Juan de la Paz fue recogido por un vivero de Batabanó que acertó a dar con él, en medio del mal tiempo, a la altura de Cayo Ávalos, según el patrón «por la divina gracia de Dios», entre cuatro y media y cinco de la tarde. El naufrago fue tendido en la cámara de la tripulación, que estaba bajo cubierta, a popa. Aunque mantenía los ojos abiertos se hallaba inconsciente y por tanto no podía hablar. A las nueve de la noche se le oyó murmurar algo así como «agua», y se la sirvieron a cucharadas. A las once se le dio un poco de ron y a media noche se le sirvió sopa caliente de pescado. Rodeado de marineros, todos los cuales le conocían bien, Juan de la Paz tomó su sopa con gran esfuerzo, pues tenía los labios destrozados; después suspiró y se quedó mirando hacia el patrón.

—Esto es cosa rara, Juan —dijo el patrón—, porque ayer vimos tu balandra navegando con viento de amura.

—Iba sola —explicó Juan de la Paz, con voz apenas perceptible.

Y después, mientras los circunstantes se miraban entre sí, asombrados, agregó:

—Me caí.

Era imposible pedirle que contara detalles. Se le veía estragado, destruido; sólo los rápidos y desconfiados ojuelos parecían vivir en él, y eso, a ratos. Estaba tendido en el camastro, moviéndose entre quejidos para rehuir el contacto del duro colchón con la quemada piel. Además, por dentro estaba confundido. Hacía esfuerzos por recordar a Emilia, y no podía; ni siquiera su nombre surgía a la memoria, si bien sabía que tenía una hijita y que trataba de pensar en ella. En cambio ahí estaban, como si se hallaran presentes, la paloma y Rosalía. La paloma y Rosalía habían muerto. Ninguna de las dos vivía. Y sin embargo no se iban, aunque nada tenían que ver con lo que estaba pasando. Nada le recordaban, nada le decían. Entonces oyó la voz del patrón:

—¿Y cómo te caíste, Juan de la Paz?

Si le oían o no, eso no importaba. El caso es que él contestó:

—Por coger una paloma.

Los que le rodeaban oyeron y les pareció extraño que un pescador se cayera de su barco por coger una paloma. Pero quién sabe. Tal vez eso ocurrió en un canalizo; acaso la paloma volaba de cayo a cayo y tropezó con el barco. De todas maneras quizá valía la pena aclarar las cosas, porque cierta vez, muchos años atrás, Juan de la Paz había cometido un crimen espantoso; y aunque lo pagó con veinte años en Isla de Pinos, a nadie le constaba que no fuera capaz de cometer otro. Así, el patrón insistió:

—¿Por coger una paloma? ¿Y pa' qué querías tú esa paloma, Juan de la Paz?

Juan de la Paz parecía dormitar, acaso a resultas del bien que le produjo la sopa de pescado. Sin embargo se le oyó contestar, con despaciosa y clara voz:

—Pa' llevársela de regalo a Rosalía.

Un silencio total siguió a estas palabras. El patrón miró a los circunstantes, uno por uno, con impresionante lentitud; después se puso de pie y tomó la escalerilla para salir a cubierta. Sin hablar, los demás le siguieron. Afuera soplaba el norte, cada vez con más vigor.

—¿Oí mal o dijo Rosalía, Gallego? —preguntó el patrón a uno de sus hombres.

—Sí, dijo Rosalía, y bien claro —aseguró el interpelado.

—Eso quiere decir que Juan de la Paz está volviendo al puerto de origen —explicó el patrón.

Y nadie más habló. Pues todos ellos conocían bien la historia de Juan de la Paz. Todos ellos sabían que había cumplido veinte años, de una condena de treinta, por haber asesinado, para violarla, a una niña de nueve años llamada Rosalía. Más exactamente, Rosalía de la Paz.

La desgracia

El viejo Nicasio no acaba de hallarse a gusto con el aspecto de la mañana. Mala cosa era coger el camino a pie y que le cayera arriba el aguacero y se botara el río y se llenara de lodo la vereda del conuco.

Con aspecto de hambrientas, las pocas gallinas del viejo se metían en el bohío, persiguiendo cucarachas, o irrumpían en la cocina, aleteando para treparse en las barbacoas en busca de granitos de arroz. Nicasio cogió una mazorca de maíz y se puso a desgranarla. Revoloteando y nerviosas, las gallinas se lanzaban a sus pies.

Desde el patio vecino una voz de mujer gritó los buenos días; después asomó un rostro de cuatro líneas y el paño negro en la cabeza. Nicasio se fue acercando a la palizada.

—¿No le jalla algo raro al día? —preguntó la mujer.

Nicasio tardó en responder. Fumaba, mascaba un grano de maíz y seguía atendiendo a las gallinas, todo a un tiempo.

—Ello sí, Magina. Pa' mí como que se va a poner un tiempo de agua.

—Unq unq —negó ella—. Yo hablo de otra cosa. Me da el corazón que algo malo va a pasar. Anoche sentí un perro llorando.

Nicasio espantó a las gallinas, que saltaban sobre su mano. Tornó a ver el cielo. El camino del Tireo, rojo como la huella de un golpe, flanqueaba los cerros y se perdía en la distancia; encima se veían nubes cargadas.

—Vea Magina —dijo Nicasio al rato—, no ande creyendo zanganá. Lo peor que pué pasar es que llueva.

La mujer no entendía bien a Nicasio. Cuando se quedan solos, los viejos se ponen raros y caprichosos.

—¿Que llueva? —preguntó ella intrigada.

—Sí, que llueva, porque el frijol no se pué secar y se malogra la cosechita. Tengo mucho bejuco cortao.

Magina hubiera querido contestar que el bohío de Inés no quedaba muy lejos del conuco de su padre, y que bien podía éste llevar allí los frijoles para que no los dañara la lluvia; pero se quedó callada porque Nicasio parecía no ponerle atención. Estaba empezando el sol a subir; sobre los firmes de la loma la luz se debatía con el peso de las nubes, y Nicasio observaba hacia allá. Magina lo veía con placer. Había algo simpático y viril en aquel hombre, acaso los negros ojillos llenos de vigor o el blanco bigote hirsuto. Años antes, cuando vivía la mujer de Nicasio, ella se dio cuenta de que le gustaba su vecino; pero él nunca le dijo nada, tal vez porque la difunta andaba muy enferma... Ya no podía ser. Había pasado el tiempo y los dos se habían ido gastando poco a poco... Alzó la voz:

—Lleve el bejuco al bohío de su hija.

Él se volvió repentinamente a la mujer.

—¿Cómo voy a trepar esa loma cargao, Magina?

Eso dijo; pero en realidad no era por la loma por lo que no llevaba el bejuco a casa de Inés. Lo cierto es que a Nicasio no le gustaba visitar a nadie. Iba a ver a la hija sólo cuando le quedaba en camino de alguna diligencia. Le agradaba ver a los nietos; pero no se hallaba bien en casa ajena.

—Ahora le traigo café —oyó decir a Magina.

Observando cómo el sol despejaba por completo las nubes, esperó un rato. Llegó la mujer con el café; se lo tomó en dos sorbos; después dijo adiós, y de paso por el bohío cogió el machete y un macuto. Magina le vio tomar el callejón y salir a la sabana con paso rápido, y pensó que el viejo estaba fuerte todavía a pesar de su pelo cano y de sus dientes gastados y negros. Cuando Nicasio desapareció entre los matorrales frente al pinar, Magina volvió a su cocina. «Ojalá y no llueva», pensó con cierta ternura. Después se puso a hervir leche y no se acordó más de su vecino.

Nicasio empezó a sentir el sol en la subida del Portezuelo. Se dijo que ese sol tan picante era de agua, y lamentó haber salido. Pero era tarde para volver atrás. Chorreaba sudor cuando llegó al conuco. Comenzó a trabajar inmediatamente, porque sabía que iba a llover; podía apostar pesos contra piedras a que llovería; y deseaba tener cortado todo el bejuco de frijol antes de que cayera el agua.

No lo logró, sin embargo. Cayeron unas gotas pesadas, gruesas, y a seguidas se desató un chaparrón. Nicasio recogió los bejucos que tenía cortados, los llevó a un rincón y pensó buscar hojas de plátano para cubrirlos; pero no había tiempo. El chaparrón degeneró en aguacero violento, que azotaba árboles y tierra. Nicasio tuvo que meterse bajo un árbol. Vio el agua descender en avenidas rojizas y más abundante cada vez. En diez minutos toda la loma estaba ahogada entre la lluvia, y no era posible ver a cinco pasos.

—Tendré que dirme pa' onde Inés —dijo Nicasio en voz alta.

Con esas palabras pareció conjurar a los elementos. Se desató el viento; comenzó a oscurecer, como si atardeciera. En un momento el conuco parecía un río.

Nicasio cruzó los brazos y echó a andar. Trepar la loma era difícil. Resbalaba, afincaba el machete en tierra, se agarraba a los arbustos. Inés vivía arriba, totalmente arriba. A Nicasio le parecía una locura de Manuel hacer el bohío en lugar tan extraviado. En tiempos de agua, sólo así, para buscar abrigo, podía nadie ir a casa de Manuel.

Había pasado la hora de comer cuando el viejo alcanzó el bohío. La puerta que daba al camino estaba cerrada. Del lado del patio comenzó a ladrar un perro. Nicasio se fue corriendo bajo el alero, pues la lluvia seguía cayendo con todo su vigor, y cuando pasó por el aposento que daba al lado del patio sintió ruido y voces, palabras dichas en tono bajo. La puerta de la cocina sí estaba abierta, y el viejo saludó antes de entrar. Junto al fogón se hallaba el nieto, que le pidió la bendición de rodillas. Nicasio le miró. Era triste el niño. Tendría seis años. Se le veía el vientre crecido, el color casi traslúcido, los ojos dolientes.

—Dios lo bendiga —dijo el abuelo.

Detrás del fogón estaba la niña. Era más pequeña, y con su trenza oscura repartida en ambos lados del cuello y su expresión inteligente parecía una mujer que no hubiera crecido. Nicasio sonrió al verla.

—¿Y tu mama? ¿Y Manuel? —preguntó.

—Taita no ‘ta —dijo el niño.

A Nicasio le resultó sorprendente la respuesta del niño porque había oído voz de hombre en el aposento.

—¿Que no? —preguntó.

El nieto le miró con mayor tristeza. Siempre que hablaba parecía que iba a llorar.

—No. Él salió pa’ La Vega dende ayer.

Entonces Nicasio se volvió violentamente hacia el bohío, como si pretendiera ver a través de las tablas del seto.

—¿Y tu mama? ¿No ‘ta aquí tu mama?

Se había doblado sobre el niño y esperaba ansiosamente la respuesta. Deseaba qué dijera que no. Le ardía el pecho, le temblaban las manos; los ojos quemaban. No se atrevía a seguir pensando en lo que temía. Afuera caía la lluvia a chorros. Con un dedito en la boca, la niña miraba atentamente al abuelo.

—Mama sí ‘ta —dijo la niña con voz fina y alegre.

—Ella ‘ta mala y Ezequiel vino a curarla —explicó Liquito.

La sospecha y el temor de Nicasio se aclararon de golpe. Llevaba todavía el machete en la mano, y con él cruzó el patio lleno de agua. El perro gruñó al ver al viejo. Con andar ligero Nicasio entró en el bohío, caminó derechamente hacia el aposento y golpeó en la puerta con el cabo del machete. Oyó pasos adentro.

—¡Abran! —ordenó.

Oyó a la hija decir algo y le pareció que alguien abría una ventana.

—¡Que no se vaya ese sinvergüenza! —gritó el viejo.

Un impulso irresistible le impedía esperar. Cargó con el cuerpo sobre la puerta y oyó la aldaba caer al piso. Ezequiel, pálido, aturdido, pretendía saltar por la ventana, pero Nicasio corrió hacia allá y le cerró el camino. El viejo sentía la ira arderle en la cabeza, y precisamente por eso no quería precipitarse. Miró a su hija; miró al hombre. Los dos estaban demacrados, con los labios exangües; los dos miraban hacia abajo. Nicasio se dirigió a Inés, y al hablar le parecía que estaba comiéndose sus propios dientes.

—¡Perra! —dijo—. ¡En el catre de tu marío, perra!

Ezequiel —un garabato en vez de un hombre— se fue corriendo pegado a la pared, hasta que llegó a la puerta; de pronto la cruzó y salió a saltos. Nicasio no se movió. Daba asco ese desgraciado, y a Nicasio le parecía un gusano comparado con Manuel. Inés empezó a llorar.

—¡No llore, sinvergüenza! —gritó el viejo—. ¡Si la veo llorar, la mato!

La veía y veía a la difunta. Su mayor dolor era que una hija de la difunta hiciera tal cosa. Le tentaba el deseo de levantar el machete y abrírle la cabeza. Sacudió el

machete, casi al borde de usarlo. La hija se recogió hacia un rincón, con los ojos llenos de pavor.

—¡Váyase antes que la mate! No quiero verla otra vez. No vuelva a ponerse ante mi vista. ¡Váyase! —decía Nicasio.

Pegada a la pared, ella iba moviéndose lentamente, en dirección a la puerta. Miraba siempre al padre; le miraba con expresión de miedo. ¡Y era bonita la condenada, con su piel amarilla y su cabello castaño!

Como Nicasio avanzaba sobre ella, Inés pensó que el camino más corto era hacia el patio. Pero el padre le conoció la intención.

—¡Por esa puerta no! —dijo.

Le parecía inconcebible que la hija viera a sus hijos. Era indigna de verlos después de lo que había hecho.

Inés comenzó a temblar y a llorar.

—Taita... Perdón, taita —musitaba.

El viejo la tomó por un brazo y la condujo hacia la puerta que daba al camino; con la punta del machete levantó la aldaba y al mismo tiempo obligaba a Inés a avanzar. Cuando la hija estuvo en el vano de la puerta, la empujó y la maldijo.

—¡Que ni en la muerte tenga reposo tu alma! —gritó.

Vio a su hija lanzarse al agua, que corría arrastrando lodo, y a la lluvia que caía a torrentes, y sintió deseos de echarse sobre una silla a descansar, tal vez a dormir. Si hubiera sabido llorar lo hubiera hecho, aunque hubiera sido sólo con una lágrima. Pero se rehízo pronto, cruzó el bohío y salió hacia la cocina.

—¡Liquito! —llamó—. Busque el burro y póngase un pantalón, que se van pa' casa conmigo Inesita y usted.

Salieron bajo la lluvia. Nicasio iba detrás, arreando el asno y esforzándose en no pensar. Silenciosos, los niños se dejaban llevar sin preguntar a qué se debía el viaje.

Fue al otro día por la mañana, al decir Magina que a pesar de sus prevenciones nada malo había ocurrido, cuando Nicasio se dio cuenta de que había habido desgracia en la familia.

—Sí pasó —explicó mientras echaba maíz a las gallinas—. Se murió Inés ayer.

—¿Cómo? —preguntó Magina llena de asombro—. ¿Y los muchachos? ¿Y Manuel?

—Los muchachos vinieron conmigo anoche. Manuel 'ta pa'l pueblo en el entierro.

La vieja parecía aturdida. Se cogía la cabeza con ambas manos.

—¿Pero de qué murió? ¿Usted ha visto qué desgracia?

Entonces Nicasio levantó la cara.

—Vea Magina —dijo mientras miraba fijamente a la vieja—, morir no es desgracia. Hay cosas peores que morir.

Y alejó la mirada hacia las nubes que salían por detrás de las lomas, aquellas malditas nubes por las cuales había él llegado a la casa de Inés.

—¿Peor que morir? —preguntó Magina—. Que yo sepa, ninguna.

—Sí —respondió lentamente Nicasio—. Saber es peor.

Magina no entendió. Nicasio la miró un instante, con extraños ojos de loco, y ella pensó que los viejos, cuando se quedan solos en el mundo, se vuelven raros y difíciles de comprender.

El hombre que lloró

A la escasa luz del tablero el teniente Ontiveros vio las lágrimas cayendo por el rostro del distinguido Juvenal Gómez, y se asombró de verlas. El distinguido Juvenal Gómez iba supuestamente destinado a San Cristóbal, y el teniente Ontiveros sabía que hasta unas horas antes Juvenal Gómez había sido, según afirmaba su cédula, el ciudadano Alirio Rodríguez, comerciante y natural de Maracaibo; y sabía además que Juvenal Gómez y Alirio Rodríguez eran en verdad Régulo Llamozas, un hombre de corazón firme y nervios duros, de quien nadie podía esperar reacción tan insólita. El teniente Ontiveros no hizo el menor comentario. Las lágrimas corrían por el rostro cetrino, de pómulos anchos, con tanta abundancia y en forma tan impetuosa que sin duda el distinguido Juvenal Gómez no se daba cuenta de que estaban atravesando Maracay.

Las lágrimas, en realidad, habían empezado a acumularse ese día a las cuatro de la tarde, pero ni el propio Régulo Llamozas pudo sospecharlo entonces. A las cuatro de la tarde Régulo Llamozas se había asomado a la veneciana, levantando una de las hojillas metálicas, para distraerse mirando hacia el pedazo de calle en que se hallaba. Esto sucedía en Caracas, Urbanización Los Chaguaramos, a dos cuadras del sudeste de la Avenida Facultad. La quinta estaba sola a esa hora. Se oían afuera el canto metálico de algunas chicharras y adentro el discurrir del agua que se escapaba en la taza del servicio. Y ningún otro ruido. La calle, corta, era tranquila como si se hallara en un pueblo abandonado de los Llanos.

Mediaba julio y no llovía. Tampoco había llovido el año anterior. Los araguaneyes, las acacias, los caobos de calles y paseos se veían mustios, velados y sucios por el polvo que la brisa levantaba en los cerros desmontados por urbanizadores y en los tramos de avenidas que iban removiendo cuadrillas de trabajadores. El calor era insufrible; un sol de fuego caía sobre Caracas, tostándola desde Petare hasta Catia.

Régulo Llamozas había entreabierto la hojilla de la veneciana a tiempo que de la quinta de enfrente salía un niño en bicicleta; tras él, dando saltos, visiblemente alegre, correteaba un cachorro pardo, sin duda con mezcla de perro pastor alemán. Régulo miró al niño y le sorprendió su expresión de vitalidad. Sus pequeños ojos aindiados, negrísimos y vivaces, brillaban con apasionada alegría cuando comenzó a maniobrar en su bicicleta, huyendo al cachorro que se lanzaba sobre él ladrando. La quinta de la que había salido el niño no era nada del otro mundo; estaba pintada de azul claro y tenía bien destacado en letras metálicas el nombre de Mercedes. «Mercedes», se dijo Régulo. «La mamá debe llamarse Mercedes». De pronto cayó en la cuenta de que en toda su familia no había una mujer con ese nombre. Laura sí, y Julia; su propia mujer se llamaba Aurora; la abuela había tenido un nombre muy bonito: Adela. Todo el mundo la llamaba Misia Adela. Pronto no habría quien dijera «misis» a las señoras, por lo menos en Caracas. Caracas crecía por horas; había traspuesto ya el millón de

habitantes, se llenaba de edificios altos, tipo Miami, y también de italianos, portugueses, canarios.

Una criada salió de la Quinta Mercedes. Por el color y por la estampa debía ser de Barlovento. Gritó, dirigiéndose al niño:

—¡Pon cuidao a lo' carro, que horita llega el dotó pa' ve a tu agüelo!

Pero el niño ni siquiera levantó la cabeza para oírla. Estaba disfrutando de manera tan intensa su bicicleta y su juego con el cachorro, que no podía haber nada importante para él en ese momento. Pedaleaba con sorprendente rapidez; se inclinaba, giraba en forma vertiginosa. «Ése va a ser un campeón», pensó Régulo. La muchacha gritó más:

—¡Muchacho el carrizo, atiende a lo que te digo! ¡Ten cuidao con el carro del dotó!

El pequeño ciclista pasó como una exhalación frente a la ventana de Régulo, pegado a la acera de su lado. Régulo le vio el perfil naciente pero expresivo, coronado con un mechón de negro pelo lacio que le caía sobre las cejas. Aun de lado se le notaba la sonrisa que llevaba. Era la estampa de la alegría.

Para Régulo Llamozas, un hombre que se jugaba la vida a conciencia, ver el espectáculo de ese niño entregado con tal pasión a su juego era un deslumbramiento. Por primera vez en tres meses tenía una emoción desligada de su tarea. A través del niño la vida se le presentaba en su aspecto más común y constante, tal como era ella para la generalidad de las gentes; y eso le producía sensaciones extrañas, un tanto perturbadoras. Todavía, sin embargo, no se daba cuenta de la fuerza con que esa imagen iba a remover su alma.

La barloventeña volvió a entrar en la Quinta Mercedes. Estaba ella cerrando la puerta tras sí cuando a las espaldas de Régulo sonó el teléfono. No esperaba llamada alguna. Se sorprendió, pues, desagradablemente, pero acudió al teléfono.

—¿Es ahí donde alquilan una habitación? —dijo una voz de hombre tan pronto Régulo había descolgado.

—Sí —respondió.

En el acto comprendió que ese simple «sí», tan breve y tan fácil de decir, había sido tembloroso. Él era un hombre duro, y además con idea clara de su función y de los peligros que se desprendían de ella. Nadie sabía eso mejor que él mismo. Pero ahora estaba frente a la realidad; había llegado al punto que había estado esperando desde hacía tres meses.

—Entonces voy a verla dentro de una hora —dijo la voz.

—Está bien; lo espero —contestó Régulo, tratando de dominarse.

Colgó, y en ese momento sintió que le faltaba aire. Luego, habían dado con su escondite. Probablemente cuando sus compañeros llegaran ya habrían estado allí los hombres de la Seguridad Nacional. Durante una fracción de minuto hizo esfuerzos por serenarse; después, con movimientos rápidos, se dirigió a la habitación y del cajón de la mesa de noche sacó su pistola. Era una Lüger que le había regalado en

Panamá un amigo dominicano. Se metió en el bolsillo izquierdo del pantalón dos peines cargados y se colocó el arma en la cintura, sobre la parte derecha del vientre, sujetándola con el cinturón. A esa altura tuvo la impresión de que su energía se había duplicado; todo su cuerpo se hallaba tenso y la conciencia del peligro lo hacía más receptivo. Oyó con mayor claridad el ruido del agua que caía en la taza del servicio, las chicharras de la calle, los ladridos juguetones del cachorro, que debía estar correteando todavía tras el pequeño ciclista. Pero su atención estaba puesta en los automóviles. Esperaba oír de momento la marcha veloz y el frenazo potente de un auto de la Seguridad Nacional. Si eso sucedía y el niño se hallaba todavía en la calle, correría peligro, porque él, Régulo Llamozas, no se dejaría coger fácilmente. La sola idea de que el niño pudiera ser herido le atormentó fieramente y le produjo cólera. Se sintió encolerizado con la negra, que no se llevaba al muchacho, y con la señora Mercedes, sin saber quién era ella. De la cintura arriba le subió un golpe de sangre cálida; llegaba en sustitución de la que había huido a los ignorados antros del cuerpo cuando oyó a través del teléfono la pregunta sobre la habitación que se alquilaba. En escasos minutos su organismo había sido sacudido y llevado a extremos opuestos.

A causa del niño estaba olvidando cosas importantes. «Guá, las bichas», se dijo de pronto; y se dirigió al clóset; lo abrió y de la tabla de abajo sacó una gran cartera negra. Haló el zíper. Allí estaban «las bichas» —tres granadas de piña, pintadas de amarillo—, los papeles y su única remuda de interiores y medias, todas piezas de nylon. Colocó la cartera sobre la cama, descolgó su paltó y fue a coger su corbata, que estaba en el espaldar de una silla, sin embargo no la cogió, porque alguna fuerza oscura le llevó a sacar de la cartera una granada, que sopesó cuidadosamente en la mano mientras clavaba la mirada con creciente intensidad en el peligroso artefacto. De ese amarillo y pesado huevo metálico, cuya cáscara estaba formada por cuadros, fue emanando una sensación de seguridad que en escaso tiempo devolvió a Régulo Llamozas el dominio de sus nervios. «Esos vergajos van a saber lo que es un hombre», pensó. A seguidas volvió a colocar la granada en la cartera; después se puso la corbata y el paltó. Sin duda alguna se sentía mejor.

Faltaba casi toda la hora para que llegaran sus amigos, pero nadie podía saber cuánto faltaba para que llegara la Seguridad Nacional. Desconfiado de sus propios oídos, Régulo entreabrió de nuevo una hojilla de la veneciana, pues muy bien podía haber gente a pie vigilándole ya. Enfrente sólo se veía al muchacho felizmente entregado a su incansable pedalear. El cachorro se había rendido, por lo visto; estaba sentado en la acera de la Quinta Mercedes, muy erguido, mirando a su amito con ojos alegres y húmedos de ternura, la lengua colgándole por un lado de la boca, una oreja enhiesta y la otra caída. Régulo abandonó el sitio y se fue a la sala.

La quinta en que se hallaba tenía sólo dos dormitorios. Los inquilinos eran un matrimonio sin hijos, ella maestra y él vendedor de licores; salían temprano y no volvían hasta las siete y media o las ocho de la noche. Régulo había hablado poco con ellos, entre otras razones porque hacía sólo dos días que lo habían llevado a esa nueva

«concha». En la sala había muebles pesados, algunos retratos familiares, un Corazón de Jesús de buen tamaño, un florero con rosas de papel sobre la mesita del centro y dos grupos de loza imitación de porcelana en dos rinconeras. Régulo halló que esa sala se parecía a muchas. «A Aurora le gustarían estos muebles», se dijo. «Si tengo que defenderme aquí, estos corotos van a quedar inservibles», pensó. De inmediato se halló recordando otra vez a su mujer. Silo mataban o si lograba huir, la Seguridad iría a su casa, detendría a Aurora, tal vez la torturarían, y Aurora no podría decir una palabra porque él no había querido ni siquiera enviarle un recado. «La primera sorprendida sería ella si le dijeran que yo estoy en Venezuela», se dijo. De inmediato, sin saber por qué, recordó que en la casa del pequeño ciclista estaban esperando al doctor para ver al abuelo. «Esos doctores se tardan a veces cuatro y cinco horas», pensó.

Ahora sí sonaba un auto en la calle. Otra vez, de manera súbita, sintió la paralización total de su ser. La impresión fue clara: que todo lo que bullía en su cuerpo se había detenido de golpe. Reaccionó con toda el alma, imponiéndose a sí mismo valor. «La bicha, primero la bicha», dijo; y en un instante se halló en el dormitorio, con una granada de nuevo en la mano derecha. Cautamente tornó a entreabrir la persiana. Un Buick verde venía pegándose a su acera. Había dos hombres dentro; uno al timón, otro atrás. En una fracción de segundo Régulo reconoció al de atrás. A seguidas metió la granada en la cartera, sujetó ésta, corrió a la sala, salió a la calle, cerró la puerta tras sí y en dos pasos estuvo en el automóvil.

—Qué hay, compañero —dijo.

El que hacía de chofer puso el carro en movimiento, tal vez un poco más de prisa de lo que convenía. Régulo volvió el rostro. No se veía otro auto en la calle. La negra salía corriendo en pos del niño y el perro saltaba tras ella.

—Cayeron Muñoz y Guaramato —dijo el de atrás.

—¿Muñoz y Guaramato? —preguntó Régulo.

Mala cosa. Los dos habían estado con él en una reunión, tres noches atrás.

—Yo creo que es mejor ir por las Colinas de Bello Monte —opinó el que manejaba.

—Sí —aseguró el otro.

Régulo Llamozas no pudo opinar. Iban con él y por él, pero él no podía decir qué vía le parecía más segura. Durante tres meses no había podido decir una sola vez que quería ir a tal sitio; otros le llevaban y le traían. Tres meses, desde mediados de abril hasta ese día de julio, había semivivido en Caracas, saliendo sólo de noche; tres meses en las tinieblas metido en el corazón de una ciudad que ya no era su Caracas, una ciudad que estaba dejando de ser lo que había sido sin que nadie supiera decir qué sería en el porvenir; tres meses jugándose la vida, viendo compañeros de paso en reuniones subrepticias, cambiando impresiones a media voz, transmitiendo órdenes que había recibido en Costa Rica, instruyendo a hombres y mujeres de la resistencia. No había podido ver el Ávila a la luz del sol ni había podido salir a comerse unas

carraotas en un restorán criollo. Todo el mundo podía hacerlo, millones de venezolanos podían hacerlo; él no. «Colinas de Bello Monte», pensó. De pronto recordó que había estado en esa urbanización dos semanas atrás, en la casa de un ingeniero, y que desde una ventana había estado mirando a sus pies las luces vivas y ordenadas de la Autopista del Este y de la Avenida Miranda, que se perdían hacia Petare, y los huecos iluminados de docenas de altos edificios, que se levantaban en dirección de Sabana Grande y de Chacao con apariencia de cerros cargados de fogatas en cuadro.

—Entra por la calle Edison y trata de pegarte al cerro —dijo el de atrás hablando con el que guiaba.

—¿Habrán hablado Muñoz y Guaramato? —preguntó Régulo.

—Esos compañeros no hablan, vale. Pero ya tú sabes: el tigre come por lo ligero. Esta misma noche estás raspando. Lo que venga que te coja afuera.

—¿Por dónde me voy?

—Por Colombia, vale. Ya no está ahí Rojas Pinilla. Ese camino está ahora despejado.

Por Colombia... Rojas Pinilla había caído hacía dos meses... Desde luego, para ir a Colombia había que pasar por Valencia, y de paso, ¿sería una locura ver a Aurora? Pero claro que sería una locura. Si la Seguridad Nacional sabía que él estaba en Venezuela, la casa de su familia tenía vigilancia día y noche.

—Oye, vale, el camino de aquí a la frontera es largo —dijo.

—Bueno, pero eso está arreglado. Tú vas a viajar seguro. Figúrate que vas a ser soldado, el distinguido Juvenal Gómez, y que te va a llevar un teniente en su propio auto. Hay que trasladar el retrato de tu cédula a otro papel, nada más.

Un automóvil negro pasó rozando el Buick; de los cuatro hombres que iban en él, uno se quedó mirando a Régulo. Durante un instante Régulo temió que el auto negro se atravesaría delante del Buick y que los cuatro hombres saltarían a tierra armados de ametralladoras. No pasó nada, sin embargo. Su compañero comentó:

—Pavoso el hombre.

Régulo sonrió. De manera que el otro se había dado cuenta... Era gente muy alerta la que le rodeaba.

—¿Un teniente? —preguntó, llevando la conversación al punto en que había quedado—. ¿Pero de verdad o como yo?

—De verdad, vale... El teniente Ontiveros.

El teniente Ontiveros llegó manejando una ranchera justo a la hora acordada, y habló poco pero actuó con seguridad. Régulo Llamozas, convertido ahora en el distinguido Juvenal Gómez —con todo y uniforme— comenzó a sentirse más confiado cuando dejó atrás la alcabala de Los Teques; en la de La Victoria, ni él ni el teniente tuvieron siquiera que bajar del vehículo.

Camino hacia Macaroy, silenciosos él y el compañero, Régulo Llamozas se dejaba ganar por la extraña sensación de que ahora, en medio de la oscuridad de la

carretera, iba consustanciándose con su tierra, volviendo a su ser real, que no terminaba en su piel porque se integraba con Venezuela. Mientras la ranchera rodaba en la noche, él saboreaba lentamente una emoción a la vez intensa y amarga. Esos campos, ese aire, eran Venezuela, y él sabía que eran Venezuela aunque no pudiera verlos. Sin embargo, tenía conciencia de otra sensación; la de una grieta que se abría lentamente en su alma, como si la rajara, y la de gotas amargas que destilaban a lo largo de la grieta.

En verdad, sólo ahora, cuando se encaminaba de nuevo al destierro, encontraba a su Venezuela. ¿Quién puede dar un corte seco, que separe al hombre de su pasado? Esa patria por la cual estaba jugándose la vida no era un mero hecho geográfico, simple tierra con casas, calles y autopistas encima. Había algo que brotaba de ella, algo que siempre había envuelto a Régulo, antes del exilio y en el exilio mismo; una especie de corriente intensa; cierto tono, un sonido especial que conmovía el corazón.

—Vamos a parar en Turmero —dijo de pronto el teniente—. Va a subir ahí un compañero. Creo que usted lo conoce, pero no se haga el enterado mientras no salgamos de Turmero.

Cruzaban los valles de Aragua. Serían las once de la noche, más o menos, y la brisa disipaba el calor que el sol sembraba durante doce horas en una tierra sedienta de agua. Régulo no respondió palabra. Cada vez se concentraba más en sí mismo; cada vez más parecía clavado, no en el asiento, sino en las duras sombras que cubrían los campos. Iba pensando que había estado tres meses viviendo en un estado de tensión, con toda el alma puesta en su tarea; que en ese tiempo había sido un extraño para sí mismo, y que sólo al final, esa misma tarde, minutos antes de que sonara el teléfono, había dado con una emoción que era personalmente suya, que no procedía de nada ligado a su misión, sino a la simple imagen de un niño que jugaba en bicicleta al sol de la tarde.

—Turmero —dijo el teniente cuando las luces del poblado parpadearon por entre ramas de árboles.

En un movimiento rápido, el teniente Ontiveros guió la ranchera hacia el centro de la especie de plazuela que separa a los dos comercios más importantes del lugar. Había a los lados maquinaria de la empleada en la construcción de la autopista, camiones de carga y numerosos hombres chachareando afuera mientras otros se movían dentro de los botiquines.

—Quédese aquí. El compañero viene conmigo dentro de un momento —explicó Ontiveros.

—Está bien —aceptó Régulo.

Trató de no llamar la atención. No debía hacerse el misterioso. Lo mejor era mirar a todos los lados. «Hasta Turmero cambia», pensó. Vio al teniente que bebía algo frente al mostrador y que volvía la cabeza a un sitio y a otro, sin duda tratando de dar con el compañero que viajaría con ellos. «El teniente éste está jugándose la vida por

mí. No, por mí no; por Venezuela», se dijo. En realidad, eso no le causaba asombro; él sabía que había muchos militares dispuestos a sacrificarse.

La brisa movía las hojas de un árbol que quedaba cerca, a su izquierda, y de alguna llave que él no podía ver caía agua. Agua, agua como la que sonaba sin cesar en la taza del servicio, allá en Caracas; sí, en Caracas, en el pedazo de calle de Los Chaguaramos, solitario como la calle de un pueblo abandonado; allí donde el pequeño ciclista pedaleaba sin cesar, seguido por el cachorro.

No estando el teniente con él, se sentía intranquilo; de manera que lo mejor era tener una granada en la mano, por lo que pudiera suceder. La sacó de la cartera y empezó a palparla. En ese instante oyó pasos. Alguien se acercaba a la ranchera. Miró de refilón, tratando de no dar el rostro; eran el teniente y el compañero. Hablaban con toda naturalidad, y en una de las voces reconoció a un amigo. Pero se hizo el desinteresado.

—Podemos ir los tres delante —dijo el teniente Ontiveros—. Córrase un poco, distinguido Gómez.

El distinguido Gómez, todavía con la granada en la mano, se corrió hacia el centro; el teniente dio la vuelta y entró por el lado izquierdo al tiempo que el otro tomaba asiento en el extremo derecho. Súbitamente liberado de su reciente inquietud, Régulo Llamozas sentía necesidad de decir un chiste, de saludar con efusión al amigo que le había salido al camino en momento tan difícil. El teniente Ontiveros encendió el motor, puso la luz y la ranchera echó a andar. En un instante Turmero quedó atrás. Régulo Llamozas se volvió al recién llegado y le echó un brazo por el hombro.

—¡Vale Luis, qué alegría! Nunca pensé que te vería en este viaje.

—Pues ya lo ves, Régulo. Aquí estoy, siempre en la línea. Me dijeron que debía acompañarte hasta Barquisimeto y he venido a hacerlo; de Barquisimeto en adelante te acompañará otro.

Hablaron un poco más de las tareas clandestinas, de los desterrados, de los caídos.

—Yo tenía reunión con Leonardo la noche de su muerte —dijo Luis.

El teniente mencionó a Omaña, contó cosas suyas. Los faros iban destacando uno por uno los árboles de la carretera; y de pronto hubo silencio, porque estaban llegando a la alcabala de Maracay.

Fue después que les dieron paso cuando Luis inició un tema nuevo. Movié el cuerpo hacia su izquierda, como para ver mejor a Régulo, y preguntó de pronto:

—¿Cómo está Aurora? ¿Hallaste grande a Regulito?

—No los he visto —explicó Régulo—. Yo entré por Puerto la Cruz y todavía no he estado en Valencia. Estoy pensando que si pasamos por Valencia después de la una podría llegar un momento a la casa, pero tengo sospechas de que la Seguridad esté vigilando los alrededores.

—¿En Valencia? —preguntó Luis, con acento de sorpresa—. Pero si Aurora no vive en Valencia. Vive en Caracas.

Régulo Llamozas sintió que le daban un latigazo en el centro del alma.

—¿Cómo en Caracas? ¿Desde cuándo? —inquirió casi a gritos—. Desde que su papá se puso grave.

Régulo no pudo hacer otra pregunta. Se sentía castigado por olas de calor que le quemaban el rostro. Comenzó a pasarse una mano por la barbilla y sus negros ojos se endurecían por momentos.

—¿Pero tú no lo sabías? —preguntó el amigo.

Régulo trató de dominar su voz, temeroso de hacer un papel ridículo.

—No, vale —dijo—. Tengo tres meses aquí y hace cuatro que salí de Costa Rica.

—Pues sí —explicó Luis—... Ella vive en la calle Madariaga, en Los Chaguaramos, en una quinta que se llama Mercedes.

No se oyeron más palabras. Ya estaban en Maracay. Debía ser media noche, y la brisa de las calles llegaba fresca después de su paso por los samanes de la llanura. El teniente Ontiveros volvió el rostro y a la luz del tablero vio, con asombro, las lágrimas cayendo por las mejillas del distinguido Juvenal Gómez.

Victoriano Segura

Todo lo malo que se había pensado de Victoriano Segura estaba sin duda justificado, pues a las pocas semanas de hallarse viviendo allí se presentaron en su puerta dos policías y se lo llevaron por delante. Aquella vez era bastante avanzada la tarde. Pero en otra ocasión los agentes del orden público llegaron muy de mañana y al parecer con mala sangre, porque cuando —al tomar la esquina— Victoriano Segura se detuvo como para hablar, uno de ellos le empujó, lo amenazó con su palo y le gritó algunas malas palabras. En la primera ocasión su mujer salió a la puerta y estuvo mirando a su marido y a los policías hasta que doblaron; la segunda ni eso pudieron ver los vecinos, pues él le dijo a voces que no le diera gusto a la gente, que se quedara adentro y no le abriera la puerta a nadie.

Victoriano era alto, probablemente de más de seis pies, muy flaco, muy callado, de ojos saltones y manchados de sangre; tenía la piel cobriza, el pelo áspero y la nariz muy fina; y tenía sobre todo un aire extraño, una expresión que no podía definirse. El contraste entre su silencio y su voz producía malísima impresión; pues sólo hablaba de tarde en tarde para llamar a la mujer y pedirle café, y entonces su voz grave y dura se expandía por gran parte de aquella pequeña calle dejando la convicción de que Victoriano era un hombre autoritario y violento. Esa sensación se agravaba debido a que Victoriano Segura jamás se dirigía a nadie en la calle; no sonreía ni contestaba saludos. Además, su propia llegada al lugar tuvo algo de misteriosa.

El lugar era una calle todavía en esbozo, en la que tal vez no habría más de veinte casas, y de éstas sólo tres podían considerarse de algún valor. Por de pronto, nada más esas tres tenían aceras; las restantes daban directamente a la hierba o al polvo, si no llovía —porque cuando llovía la calle se volvía un lodazal—. Ahora bien, según afirmaba con su graciosa tartamudez el anciano Tancredo Rojas, la gente que vivía allí era «de... cente, de... cente». Con lo cual aludía a los viajes de Victoriano Segura seguido de esas escoltas policiales.

La casa que alquiló Victoriano tenía hacia el este un solar cubierto de matorrales y arbustos, donde el vecindario tiraba latas viejas, papeles y hasta basura; hacia el oeste vivían dos hermanas viejecitas, una de ellas sorda como una tapia y la otra casi ciega. Cuando se corrió la voz de que las dos veces Victoriano había sido llevado a la policía por robo, la gente comenzó a temer que de momento asaltaría a las viejas, de quienes se decía que guardaban algún dinero. En poco tiempo el miedo a ese asalto y la posibilidad de que se produjera —tal vez con asesinato y otros agravantes— dominó en todos los hogares, y en consecuencia, de la alta y seca figura de Victoriano comenzó a emerger un prestigio siniestro, que ponía pavor en el corazón de las mujeres y bastante preocupación en la mente de los hombres. Una noche, a eso de las nueve, se oyeron desgarradores gritos femeninos que salían de la casa de las dos ancianas. Armado de machete, el hijo de don Tancredo corrió para volver a poco diciendo que allí nada ocurría. Interrogada por él, la vieja medio ciega dijo que había

oído gritos, pero hacia la casa de Victoriano Segura. La gente comentó durante varios días el valor del hijo de don Tancredo y acabó asegurando que los gritos eran de la mujer de Victoriano, a quien ese malvado maltrataba.

Eso, en una calleja tan pequeña, donde todos se conocían y todos se llevaban bien y se trataban con cariño, aumentó la sensación de malestar que producía el hombre. Él era carretero; guardaba la carreta en el patio y soltaba el mulo en el solar vecino, donde otro mulo descansaba día por medio; salía muy temprano a trabajar y a eso de media tarde se sentaba a la puerta de la calle, con la silla arrimada en el seto de tablas. Alguna que otra tarde se oía su voz; era cuando llamaba a su mujer para pedirle café. Sólo en esas ocasiones, y cuando iba a comprar algo, se veía a la mujer, que era una criatura callada, más oscura que el marido pero muy bonita, de pocas carnes, más bien baja, de cabellos crespos, bellos ojos negros y boca muy bien dibujada.

—Pobrecita —comentaban las mujeres cuando la veían—, tener que vivir con un hombre así...

La casa en que vivían había estado vacía muchos meses; y nadie vio a Victoriano Segura llegar a verla, a nadie preguntó quién era el dueño ni cuánto cobraban por alquilarla. De buenas a primeras amaneció un día allí. Sin duda se había mudado a medianoche, usando su propia carreta. Ese solo hecho dio lugar a muchas conjeturas; agréguese a él el comportamiento del hombre, sus dos detenciones acusado de robo, según se decía en la calleja, y los gritos nocturnos bajo su techo. Todo lo malo imaginable podía pensarse de Victoriano Segura.

Por eso resultó tan sorprendente la conducta del extraño sujeto cuando la desgracia se hizo presente por vez primera en aquel naciente pedazo de calle. La noche de San Silvestre, después que las sirenas de los aserraderos, las campanas de las dos iglesias y millares de cohetes dieron la señal de que había comenzado un año nuevo, se oyeron gritos de socorro. Inmediatamente la gente pensó: «Es José Abud». Y era José Abud. Su acento libanés no podía confundirse.

El viejo Abud no era tan viejo; seguro que no tenía sesenta años. Su casa era la mejor del vecindario, y hablando con toda propiedad, la única de dos plantas. Abajo estaba el comercio y arriba vivía la familia; abajo era de ladrillo, arriba de madera. José Abud se había casado pocos años antes con la hija de un compatriota: tenía tres niños preciosos y, además, a su madre. La vieja Adelina Abud, que había emigrado de su lejana tierra ya de años, apenas hablaba con claridad. Anciana ya, quedó parálitica, según decían en el barrio, debido a castigo de Dios porque no era católica.

En medio de la noche se oyeron golpes de puertas que se abrían y voces que resonaban preguntando qué pasaba. De primera intención todo el mundo creyó que había muerto la madre de José Abud. Pero con incontenible estupor la gente que se asomaba a las puertas y a las ventanas vio penetrar en sus casas una extraña claridad rojiza. Entonces de todas las bocas surgió el grito:

—¡Fuego! ¡Es fuego en la casa de José Abud!

Atropelladamente vestidos a medias, hombres, mujeres y muchachos comenzaron a corretear por la calleja. Súbitas y violentas llamaradas salían, con pasmosa y siniestra agilidad, por debajo del balcón de la gran casa; se oían el chasquido del fuego y el trepidar de las puertas. Agudos lamentos de mujeres y voces de hombres íbanle dando al terrible espectáculo el tono de pavor que merecía. Allá arriba, corriendo por el balcón de un extremo al otro, como enloquecidos, se veían a José, con dos hijos bajo los brazos, y a la mujer con otro en alto.

—¡Que bajen por la escalera antes de que se queme; que bajen por la escalera! ¡Baja, José; bajen! —gritaban desde la calle.

Pero se notaba que el aturdido libanés y su mujer no entendían. A lo mejor ignoraban que el comercio era pasto del fuego y por eso creían que la escalera se conservaba todavía en buen estado. Después se supo que efectivamente era eso lo que pensaban José Abud y su mujer. No podía ser de otra manera, pues cuando la familia se dio cuenta del siniestro fue cuando vieron las llamas reventando, como gigantesca flor viva, por la pared de atrás de la casa, y ya había trepado y consumido en un momento parte de los altos, hacia el fondo; así que ellos ignoraban que el comercio ardía.

—¡Hay que abrir esa puerta pronto! —gritó alguien, refiriéndose a la puerta de la escalera.

En un instante apareció un hombre con un pico y otro con una barreta; golpearon la puerta e hicieron saltar los cierres. Cálido, picante, con agrio olor, el humo salió por allí. Pero la gente no perdió tiempo, y se vio a varios hombres meterse a toda prisa escaleras arriba. Cuando retornaron llevaban a los niños en brazos y empujaban a José y a su mujer, que estaban aterrorizados. A seguidas se vio el impetuoso río de fuego abrir brecha en el lienzo de madera que dividía la escalera del comercio; se oyó el crepitar de las tablas, y tras el crepitar entraron las múltiples llamas ensanchándose y despidiendo chispas.

Victoriano Segura se había levantado. Debió vestirse muy de prisa, porque tenía la camisa abierta. Esa noche —¡por fin!— no se mantuvo apartado, si bien tampoco se mezcló con la gente. Se paró en la acera de la casa de don Julio Sánchez, que pegaba con la de José Abud y era también de ladrillos, aunque de una sola planta. Allí, los brazos cruzados sobre el pecho, atento al siniestro, callado, podía vérsese enrojeciendo y brillando, como un alto y flaco e inmóvil muñeco de cobre que resultara a ratos iluminado por el aleteo de las llamas. Al parecer no atendía más que al súbito e incesante crecer y decrecer de las llamaradas, cuando oyó a José Abud exclamar, con voz que parecía llegada de otro mundo:

—¡Mamá, mamá está arriba! ¡Mamá se quema!

Entonces, braceando como si nadara, Victoriano Segura avanzó. La gente sintió su presencia. Aquella extraña mirada se convirtió de pronto en la de una fiera; un brillo imponente le alumbró los ojos, y su voz de piedra, esa voz que aterrorizaba al vecindario, baja, fuerte, dura, se impuso al tumulto, a los gritos y a las quejas.

—¿Dónde está la vieja? ¡Dígame dónde está la vieja! —demandó más que preguntó.

La gente se quedó muda. «Éste quiere entrar para robar», pensaron muchos. Pero la mujer de José Abud, que era joven y estaba desesperada por la tragedia, no pensó así y gritó que estaba en su habitación.

—¡La última de allá, de allá! —explicaba entre llanto a la vez que indicaba con la mano que el sitio estaba hacia el fondo y hacia el oriente, esto es, donde más fuerte debía ser el fuego en tal momento.

Victoriano Segura la miró a fondo durante diez o doce segundos. Las llamas iluminaban su rostro cobrizo y su pelo áspero; y era fácil advertir que los músculos de la cara estaban contrayéndosele.

—¡No, no; usted no! —gritó José Abud al tiempo que trataba de agarrarlo para que no fuera, tal vez porque alguien acertó a decirle que ese hombre pretendía aprovechar el desconcierto para ir a robar.

Mas ya era tarde para que Victoriano Segura pudiera oírlo. Se metió de un salto por la puerta de la escalera; se le vio saltar todavía más, como un enorme gato flaco y ágil, que podía moverse sin hacer ruido y sin mostrar esfuerzo.

—¡Se va a matar ese hombre! —gritó de pronto una mujer.

—¡Sí, se va a matar, se va a asfixiar! ¡Salga de ahí, Victoriano! —gritaron varias voces a un tiempo.

A esa hora la multitud era ya grande. Gentes de las calles cercanas y hasta del centro del pueblo habían llegado de todas direcciones atraídas por el resplandor y por el escándalo. Llegaron policías que comenzaron a dar órdenes y a apartar a la multitud. Las señoras del vecindario corrían de nuevo hacia sus casas, recordando que habían dejado las puertas abiertas y que las circunstancias eran propicias para que se metieran por ellas los rateros. Por fin, en grupos dispersos comenzaron a llegar los bomberos, a pesar de que no podrían hacer nada allí debido a que no había de dónde sacar agua. Los policías, los bomberos y todos los recién llegados hacían la misma pregunta.

—¿Cómo empezó?

Y todos oían las atropelladas noticias de que allá arriba había una vieja paralítica y un hombre que se había metido a salvarla. Por eso los que llegaban se ponían a mirar hacia «allá arriba» con tanta angustia como los vecinos de la calleja.

Las conversaciones eran como un mar; un mar en el que de pronto se levanta una ola y a poco vuelve a caer. Sobre el constante abejoneo se alzaba de improviso un clamor, un comentario quejumbroso o una observación que salía del corazón mismo de la multitud.

Cinco minutos no son nada; y nadie puede en cinco minutos, por muy de prisa que lo haga todo, subir a una casa, sacar de su lecho a una anciana paralítica y conducirla a la calle, aunque la casa no esté ardiendo. Ahora bien, el fuego es un elemento muy veloz; es inclemente, salvaje, y su entraña maligna está fuera del

tiempo. De manera que una carrera entre el hombre y el fuego es muy desigual para el hombre; y así, cinco minutos, que no son nada para salvar una vida, resulta un largo tiempo para perderla. Tal vez nadie pensó eso aquella noche de San Silvestre, mientras la casa de José Abud ardía; pero es indudable que todos lo sintieron. Para el expectante vecindario, una vez transcurridos cinco minutos podían darse por muertos a Victoriano Segura y a la vieja Adelina Abud. Es probable, sin embargo, que todavía hubiera alguien pensando que Victoriano no estaba tratando de sacar a la enferma, sino buscando el sitio donde José Abud guardaba su dinero; y para las personas que tenían esa sospecha, de momento aparecería Victoriano en el balcón y daría un salto o haría algo diabólico; desaparecería a los ojos de todos con la fortuna de Abud.

Por el extremo este, el balcón comenzó a arder. Una llamarada surgió, con inteligente y demoníaca maldad, sobre el seto del alto, hacia el lado de allá; envolvió y pareció acariciar la balaustrada; la lamió y en un instante la hizo arder.

Si el balcón cogía fuego, ¿qué iba a ser de Victoriano y de la vieja? Las voces comenzaron a hacerse más altas, los ayes de las mujeres, más frecuentes. Había llegado ya el momento en que la gente lanzaba maldiciones por la lentitud del hombre en salir, lo cual indicaba que su probable muerte —la horrible muerte por el fuego— comenzaba a ganarle simpatías. Aunque no había dudas de que todos pensaban en la vieja paralítica, podía advertirse que sobre ese pensamiento iba superponiéndose, con rasgos cada vez más fuertes, la imagen de Victoriano Segura. Aquel hombre parecía llamado a promover en torno suyo una atmósfera dramática. Instintivamente la gente volvía la cabeza hacia la casa de Victoriano, en cuya puerta, tal vez muy angustiada pero de todas maneras muy dueña de sí misma, sin gritar y sin moverse, se veía a su mujer pequeña, bonita, de grandes ojos negros y de cutis oscuro que el fuego enrojecía. Los vecinos de la calle sentían deseos de acercarse a ella y hablarle sobre su marido.

De súbito se la vio abrir la boca.

—¡Victoriano! —dijo, y corrió hacia el fuego.

El hombre había salido al balcón. Lo hizo durante un instante; asomó hacia la multitud su rostro duro, y entró de nuevo a toda prisa. Ese movimiento acentuó las sospechas de los que las tenían. El hombre había hallado el dinero y andaba buscando por dónde escapar. A seguidas volvió a salir, armado de un palo que seguramente había sido la pata de una mesa; y brutalmente, con una seguridad y una fiereza impresionantes, comenzó a golpear la balaustrada del balcón por el extremo que daba al techo de la casa de don Julio Sánchez. Entre el piso del balcón y ese techo podía haber una diferencia de vara y media, que se convertían en dos varas y media desde el pasamanos; además, podía haber una vara de espacio vacío de una casa a la otra. La multitud comprendió de inmediato que el plan de Victoriano consistía en romper la balaustrada para sacar por ahí a la vieja.

—¡Que suban algunos al techo de don Julio! —comenzó a pedir la gente, una voz por aquí, dos por allá, otra más lejos.

Fue admirable la prontitud con que apareció una escalera. Tal vez era de los bomberos. Pero nadie ponía atención en los bomberos ni en los policías. Es el caso que apareció una escalera, y tres o cuatro hombres la agarraron al tiempo que otros trepaban hacia el techo. Mientras tanto, allá, arriba, indiferente al fuego del balcón, que avanzaba hacia sus espaldas, Victoriano Segura iba destrozando la balastrada. Logró romper el pasamanos y se prendió de él con terrible fuerza; lo haló, lo removi6. Cuando lo hizo saltar se detuvo un poco para quitarse la camisa. Al favor de las llamas se vio entonces que a pesar de su delgadez era musculoso y fuerte como un animal joven.

Seis o siete hombres que se movían tropezando y estorbándose lograron ganar el techo de la casa de don Julio; alguien les gritó que subieran la escalera para ayudar a Victoriano. A ese tiempo éste había hecho saltar todos los balaustres y había entrado de nuevo en la casa. El humo iba saliendo por las puertas, en violentas bocanadas grises negras que avanzaban como impetuosos remolinos. Parecía imposible librarse de su efecto. La anciana no podría salvarse, cosa que todos aseguraban en voz baja. También estaban seguros, a tal altura, de que Victoriano iba en busca de la vieja.

Ya había sido eliminada totalmente la última sospecha. En medio de la angustia los sentimientos iban desplazándose. Mucha gente pensó que la anciana no podría salvarse, pero que el hombre sí, si no seguía arriesgándose. No se daban cuenta de que Victoriano había pasado a ser el objeto de la preocupación general. Inconscientemente, la multitud empezó a moverse hacia el sitio donde se hallaba su mujer. Después de haber gritado el nombre de su marido, ella se había quedado inm6vil, con la boca cubierta por una mano y los ojos fijos en el balcón.

A poco un enorme clamoreo subió de todas las bocas y hubo muchos que aplaudieron, aunque de manera dispersa, como con miedo. Victoriano Segura había aparecido en el balcón con la anciana en los brazos. Pero parecía muy tarde, porque, favorecidas por una ligera brisa, las llamas avanzaban y cubrían todo el sitio. El espacio que el hombre tenía que recorrer sería de tres varas solamente; mas en esas tres varas dominaba ya el fuego; y además, no era cosa de salir corriendo y dejar caer a Adelina. Colocarse de espaldas al fuego, con la anciana en brazos, para bajar la escalera, o aun entregársela a alguien de los que estaban sobre el techo de la casa de don Julio, requería mucho esfuerzo y un gasto de tiempo que ya no podía hacerse. Por cierto una parte cayó, precisamente cuando Victoriano se acercaba al extremo que él mismo había roto poco antes. La gente bramó cuando vio ese pedazo de balcón, consumido por el fuego, caer entre chispas y estruendo.

Pero Victoriano no volvió la cabeza. Había llegado al borde del balcón y durante un segundo se le vio dudar. Tal vez pensaba lanzarse con la anciana en brazos, lo cual hubiera sido una locura. Gesticulando y gritando, los seis o siete hombres que estaban en el techo de don Julio le invitaban a algo. Tranquilamente, dándoles la espalda, Victoriano se sentó; después empezó a dar una vuelta, de manera que quedó sentado con las piernas al aire y la vieja Adelina en ellas; luego tomó a la vieja por las axilas

y comenzó a bajarla. La enferma se movía igual que un péndulo, inerte, más como una gran muñeca de madera que como un ser vivo. Los de abajo tendían las manos y daban gritos.

Por momentos salían huyendo, porque las llamas avanzaban sobre ellos. Era impresionante ver que esas llamas casi envolvían a la paralítica y sin embargo no la conmovían.

—¡Déjala caer, déjala caer! —gritaban los hombres agrupados bajo los pies de la anciana.

Como todo el mundo, ellos no pensaban tanto en Adelina como en Victoriano, a quien una corta dilación convertiría en víctima. Se concebía ya hasta que la vieja muriera, pero nadie podía aceptar a esa altura la idea de que muriera Victoriano.

Ahora bien, era evidente que a aquel hombre no le importaban gran cosa los demás. Las opiniones pueden cambiar en un minuto, y con ellas los sentimientos a que han dado origen; mas la naturaleza humana no varía tan de prisa. Ese Victoriano Segura que estaba jugándose la vida en el balcón era el mismo que dejaba sin contestar los saludos de sus vecinos. Estaba tan aislado allá arriba como se mantenía en su casa. Por un momento su mujer perdió la serenidad; corrió hacia el fuego y gritó:

—¡Victoriano, suéltala y tírate!

Y en medio del tumulto, del continuo estallido de las maderas que ardían, de aquel mar de voces, el marido oyó a su mujer. La oyó porque se le vio buscarla con los ojos. Ella dijo entonces:

—¡Acuérdate, Victoriano; acuérdate!

¿Qué se acordara de qué? ¿Qué significaban esas palabras? ¿Había alguna razón por la cual él no debía dejarse matar o inutilizar por el fuego? La gente se miró entre sí. El misterio seguía rodeando a ese hombre flaco y alto, a ese ser impenetrable, duro y callado. Debía ser muy importante lo que decía la mujer, porque Victoriano se volvió a los hombres que se agrupaban bajo él, en el techo vecino, y dejó oír, por segunda vez en esa doliente noche, su voz metálica e impresionante.

—¡Allá va! —dijo estentóreamente.

Y soltó a la anciana, a quien los otros recibieron en tumulto. Un segundo después, con la agilidad de un enorme gato, Victoriano se tiró. A seguidas crujió el resto del balcón, y levantando sordo estrépito cayó a la calle envuelto en chorros de fulgurantes chispas. La gente se distrajo viendo esa caída y esas chispas, razón por la cual muy pocos se dieron cuenta de que Victoriano Segura había corrido por el techo de la casa de don Julio y había saltado después a la calle. Ya allí, imponiéndose con su dura mirada y su gran tamaño, pidió paso y se lo dieron. Cuando algunos quisieron buscarlo para hablar con él, era tarde. Confusamente, se había oído el golpe de su puerta.

Durante todo el día de Año Nuevo estuvieron humeando los escombros de la que había sido la mejor construcción en la pequeña calle. Hombres y muchachos, y hasta

alguna mujer, hacían grupos frente al lugar del siniestro y cambiaban impresiones. De rato en rato un muchacho señalaba hacia la casa de Victoriano Segura y decía:

—Mire, él vive ahí.

Pero nadie vio a Victoriano ese día. Y como tampoco se le vio salir al siguiente, unos cuantos vecinos, encabezados por José Abud, fueron a visitarlo. A las llamadas en la puerta salió la mujer, pero no abrió del todo, sino sólo un poco.

—¿Qué desean? —preguntó.

Con su graciosa tartamudez, don Tancredo Rojas comenzó a tratar de decir que todos ellos querían saludar al «hé... roe, hé... roe, hé... roe de, de, de...».

Pero la mujer no deseaba oír más. Se había puesto nerviosa y se agarraba a la hoja de la puerta como si temiera que algún espíritu maligno pudiera abrirla del todo.

—Ay, señores... Miren, él no está aquí —dijo—. Mejor váyanse. Él no quiere que venga gente a la casa. Perdónenme, señores... Pero váyanse.

El grupo cambió miradas.

—Pero... pero... pero... —comenzó a decir don Tancredo, mientras hacía moverse de un lado a otro la empuñadura de su bastón, cuya puntera había clavado en tierra.

—No, señor... Mire...

Evidentemente la mujer no sabía qué hacer. Entonces intervino don Julio, cuya voz era muy aguda.

—Muy bien, señora, muy bien —dijo—. Pero le dice que vinimos a verlo. Queríamos saber si estaba bien y si necesitaba algo. Adiós, señora.

El pobre José Abud, abrumado por la desgracia, no abría la boca. Caminaba junto a sus compañeros de comisión como quien marcha tras el entierro de un ser querido.

Los días fueron transcurriendo sin que volviera a verse a Victoriano Segura sentado a la puerta de su casa. La gente muy madrugadora alcanzaba a oír el ruido de su carreta. Volvía a media tarde, pero no salía más. Esa conducta, desde luego, llenaba de confusión a todo el mundo, si bien ya no causaba mala impresión. A juicio del vecindario, Victoriano era un hombre extraño, en cuya vida había algún misterio. Muy pocos mencionaban sus prisiones; la mayoría recordaba los gritos de mujer aquella noche; en cuanto al repetido «¡acuérdate!» que le lanzó la suya la noche del fuego, se pensaba que tenía relación con ese misterio que le rodeaba; por lo demás, debía ser muy celoso, a juzgar por la recepción que se les hizo a los señores que estuvieron en su casa después del incendio. Pero el miedo de que pudiera asaltar a las ancianas del lado se había disipado del todo. Sólo persistía esa atmósfera de misterio en torno suyo. Algún día se sabría la verdad.

Todavía hoy, al cabo de los años, aquellos a quienes tanto intrigaba su conducta ignoran esa verdad; sólo ahora la sabrán, si es que alguno de ellos lee esta historia.

Pues Victoriano Segura se esfumó tan extrañamente como había llegado, si bien de manera mucho más dramática. Ocurrió que una tarde llegó a la calleja con su carreta cargada de tablas. Muchos de los vecinos le vieron meter esas tablas en la

casa, y como en los días siguientes se le oyó martillar, se pensó que estaba haciendo arreglos en la vivienda; tal vez hacía una mesa para comer o remendaba una ventana rota.

Por entonces el mes de febrero iba muy avanzado, lo cual quiere decir que había brisas cuaresmales y el cielo estaba brillante. El aire iba y venía cargado con los presagios del carnaval y la Semana Santa. Una adorable paz ganaba el corazón de la gente; y en aquella pequeña calle que estaba surgiendo a la orilla misma de los campos, el frecuente canto de los pájaros y el murmullo de los árboles hacían más sensibles esos rasgos de profunda esencia musical con que se embellecen los días sin importancia.

En medio de tal ambiente, dulce y limpio, ocurrió la partida de Victoriano Segura. Fue a eso de las nueve de la mañana. Algunas mujeres parloteaban desde sus puertas con las vecinas; algunos muchachos jugaban dando carreras o empinaban papalotes; algunas gallinas picoteaban las manchas de yerba que se veían aquí y allá. Inesperadamente se abrió el portón que daba al patio donde Victoriano guardaba la carreta y se oyó su dura voz arreando al mulo. Hábilmente conducida, la carreta quedó parada junto a la puerta de la casa. Cachazudamente, Victoriano puso dos piedras junto a una de las ruedas, una para impedir que se moviera hacia delante, la otra para impedir que se moviera hacia atrás. Después de eso entró en la casa.

¿Quién podía prever lo que sucedió inmediatamente? Algunos minutos más tarde la puerta se abrió de par en par y Victoriano Segura salió de espaldas, cargando con un extremo de ataúd; al otro extremo apareció luego la mujer. Usando toda su fuerza, que debía ser mucha, el hombre colocó la punta del féretro en el borde de la carreta; después tomó la que cargaba la mujer y comenzó a empujar. Se le veía endurecido por la tensión. No era fácil hacer rodar el ataúd. Victoriano lo removía de un lado a otro, y la lúgubre carga iba entrando lentamente en la carreta. Secándose los ojos con la mano, la mujer no cesaba de llorar. Ni siquiera movía la cabeza. Bajo aquel sol límpido era una estampa dura la de esa mujer llorando en silencio mientras su marido luchaba con el impresionante cargamento.

El hombre logró al fin llevar el ataúd a donde quería; se le vio entrar en la casa con su mujer, salir a poco, tocado de sombrero negro, y cerrar la puerta. Ella llevaba en la mano una vela encendida y al parecer había comenzado a rezar. Sin subirse en la carreta, dominando el mulo desde afuera, Victoriano Segura dio tres «¡arres!» en voz alta. Tambaleante y despaciosa, la carreta se perdió en la esquina, sin duda camino del cementerio. Tras ella, la cabeza baja, con la mano de la vela mecánicamente alzada, se perdió la mujer. Nunca más volvió la gente de la pequeña calle a verlos. Se presumió que él había vuelto de noche para llevarse los enseres y el otro mulo.

Pero yo vi a Victoriano Segura muchos años más tarde. Le conocí inmediatamente, no sólo porque había cambiado poco —si bien algo de su rostro denunciaba el paso del tiempo—, sino porque su estancia en la calleja me había causado mucha impresión y por tanto no lo olvidé. Cuando ocurrieron los sucesos en

que él fue protagonista yo era un muchacho; uno de los que oían hablar de él y de la misteriosa atmósfera que lo rodeaba, uno de los que despertaron sobresaltados la noche del siniestro en la casa de José Abud. Yo estaba junto a mi madre, viéndole luchar con el ataúd la mañana en que él se fue. Volvimos a encontrarnos en la cárcel, adonde me habían llevado mis ideas políticas. Estaba en una gran celda, junto con otros presos; labraba un pedazo de madera con una pequeña cuchilla y parecía aislado en medio de sus compañeros. Cuando se puso de pie para ir a su camastro los demás le abrieron paso en silencio.

—Usted es Victoriano Segura —le dije atravesándome en su camino.

—Sí, ¿por qué? —contestó.

Era su misma voz dura de otros tiempos, era su misma mirada metálica, impresionante y reservada. Tenía canas y algunas arrugas, y nada más.

—Yo lo conocí a usted —dije—. Vivíamos casi enfrente. Fue cuando se quemó la casa de José Abud.

A mí me pareció que algo veló el brillo de su mirada. Pero no dijo una palabra. Se fue a su camastro, y allí estuvo largas horas labrando su pedazo de madera. Retornó a su soledad, a esa áspera soledad en que viviera siempre. Fue una semana más tarde cuando yo me atreví a preguntarle por su mujer. Estuvo largo rato mirándose las manos, dándoles vueltas de las palmas a los dorsos, tocándoselas una con otra. Al fin dijo:

—En el lazareto.

A poco recomendó:

—Que no lo sepa nadie.

Entonces yo tuve un vislumbre, así, relampagueante, de que su antigua soledad se había debido...

—Ahora me explico —empecé a decir, mientras él me clavaba su imperiosa mirada—... Aquel ataúd era...

—Su mamá —dijo—; la mamá de mi mujer, que murió lázara. Al parecer halló que había hablado demasiado, porque se puso de pie y se fue a un rincón. Se sentó allí y se dedicó a contemplar el patio, donde algunos reclusos charlaban y se movían sin cesar. Ya no volví a dirigirle la palabra sino cuando un mes después se me avisó que recogiera mis pertenencias porque iban a dejarme en libertad ese mismo día. Me le acerqué para preguntarle si quería que visitara a su mujer en el leprocomio. Y he aquí lo que me dijo entonces Victoriano Segura mirándome a los ojos:

—No vaya. Su mamá perdió la nariz y tal vez ella la pierda también. Usted la conoció cuando era bonita. Si usted la ve ahora con mi consentimiento, es como si la viera yo.

Y me dio la espalda, que a mí me pareció de mármol, como la de una estatua.

La mancha indeleble

Todos los que habían cruzado la puerta antes que yo habían entregado sus cabezas, y yo las veía colocadas en una larga hilera de vitrinas que estaban adosadas a la pared de enfrente. Seguramente en esas vitrinas no entraba aire contaminado, pues las cabezas se conservaban en forma admirable, casi como si estuvieran vivas, aunque les faltaba el flujo de la sangre bajo la piel. Debo confesar que el espectáculo me produjo un miedo súbito e intenso. Durante cierto tiempo me sentí paralizado por el terror.

Pero era el caso que aún incapacitado para pensar y para actuar, yo estaba allí: había pasado el umbral y tenía que entregar mi cabeza. Nadie podría evitarme esa macabra experiencia. La situación era en verdad aterradora.

Parecía que no había distancia entre la vida que había dejado atrás, del otro lado de la puerta, y la que iba a iniciar en ese momento. Físicamente, la distancia sería de tres metros, tal vez de cuatro. Sin embargo lo que veía indicaba que la separación entre lo que fui y lo que sería no podía medirse en términos humanos.

—Entregue su cabeza —dijo una voz suave.

—¿La mía? —pregunté, con tanto miedo que a duras penas me oía a mí mismo.

—Claro... ¿Cuál va a ser?

A pesar de que no era autoritaria, la voz llenaba todo el salón y resonaba entre las paredes, que se cubrían con lujosos tapices. Yo no podía saber de dónde salía. Tenía la impresión de que todo lo que veía estaba hablando a un tiempo: el piso de mármol negro y blanco, la alfombra roja que iba de la escalinata a la gran mesa del recibidor, y la alfombra similar que cruzaba a todo lo largo por el centro; las grandes columnas de mayólica, las cornisas de cubos dorados, las dos enormes lámparas colgantes de cristal de Bohemia. Sólo sabía a ciencia cierta que ninguna de las innumerables cabezas de las vitrinas había emitido el menor sonido.

Tal vez con el deseo inconsciente de ganar tiempo, pregunté.

—¿Y cómo me la quito?

—Sujétela fuertemente con las dos manos, apoyando los pulgares en las curvas de la quijada; tire hacia arriba y verá con qué facilidad sale. Colóquela después sobre la mesa.

Si se hubiera tratado de una pesadilla me habría explicado la orden y mi situación. Pero no era una pesadilla. Eso estaba sucediéndome en pleno estado de lucidez, mientras me hallaba de pie y solitario en medio de un lujoso salón. No se veía una silla, y como temblaba de arriba abajo debido al frío mortal que se había desatado en mis venas, necesitaba sentarme o agarrarme a algo. Al fin apoyé las dos manos en la mesa.

—¿No ha oído o no ha comprendido? —dijo la voz.

Ya dije que la voz no era autoritaria sino suave. Tal vez por eso me parecía tan terrible. Resulta aterrador oír la orden de quitarse la cabeza dicha con tono normal,

más bien tranquilo. Estaba seguro de que el dueño de esa voz había repetido la orden tantas veces que ya no le daba la menor importancia a lo que decía.

Al fin logré hablar.

—Sí, he oído y he comprendido —dije—. Pero no puedo despojarme de mi cabeza así como así. Deme algún tiempo para pensarlo. Comprenda que ella está llena de mis ideas, de mis recuerdos. Es el resumen de mi propia vida. Además, si me quedo sin ella, ¿con qué voy a pensar?

La parrafada no me salió de golpe. Me ahogaba. Dos veces tuve que parar para tomar aire. Callé, y me pareció que la voz emitía un ligero gruñido, como de risa burlona.

—Aquí no tiene que pensar. Pensaremos por usted. En cuanto a sus recuerdos, no va a necesitarlos más: va a empezar una vida nueva.

—¿Vida sin relación conmigo mismo, sin mis ideas, sin emociones propias? —pregunté.

Instintivamente miré hacia la puerta por donde había entrado. Estaba cerrada. Volví los ojos a los dos extremos del gran salón. Había también puertas en esos extremos, pero ninguna estaba abierta.

El espacio era largo y de techo alto, lo cual me hizo sentirme tan desamparado como un niño perdido en una gran ciudad. No había la menor señal de vida. Solo yo me hallaba en ese salón imponente. Peor aún: estábamos la voz y yo. Pero la voz no era humana; no podía relacionarse con un ser de carne y hueso. Me hallaba bajo la impresión de que miles de ojos malignos, también sin vida, estaban mirándome desde las paredes, y de que millones de seres minúsculos e invisibles acechaban mi pensamiento.

—Por favor, no nos haga perder tiempo, que hay otros en turno —dijo la voz.

No es fácil explicar lo que esas palabras significaron para mí. Sentí que alguien iba a entrar, que ya no estaría más tiempo solo, y volví la cara hacia la puerta. No me había equivocado; una mano sujetaba el borde de la gran hoja de madera brillante y la empujaba hacia adentro, y un pie se posaba en el umbral. Por la abertura de la puerta se advertía que afuera había poca luz. Sin duda era la hora indecisa entre el día que muere y la noche que todavía no ha cerrado.

En medio de mi terror actué como un autómeta. Me lancé impetuosamente hacia la puerta, empujé al que entraba y salté a la calle. Me di cuenta de que alguna gente se alarmó al verme correr; tal vez pensaron que había robado o había sido sorprendido en el momento de robar. Comprendía que llevaba el rostro pálido y los ojos desorbitados, y de haber habido por allí un policía, me hubiera perseguido. De todas maneras, no me importaba. Mi necesidad de huir era imperiosa, y huía como loco.

Durante una semana no me atreví a salir de casa. Oía día y noche la voz y veía en todas partes los millares de ojos sin vida y los centenares de cabezas sin cuerpo. Pero en la octava noche, aliviado de mi miedo, me arriesgué a ir a la esquina, a un

cafetucho de mala muerte, visitado siempre por gente extraña. Al lado de la mesa que ocupé había otra vacía. A poco, dos hombres se sentaron a ella. Uno tenía los ojos sombríos; me miró con intensidad y luego dijo al otro:

—Ése fue el que huyó después que ya estaba...

Yo tomaba en ese momento una taza de café. Me temblaron las manos con tanta violencia que un poco de la bebida se me derramó en la camisa.

Ahora estoy en casa, tratando de lavar la camisa. He usado jabón, cepillo y un producto químico especial para el caso que hallé en el baño. La mancha no se va. Está ahí, indeleble. Al contrario, me parece que a cada esfuerzo por borrarla se destaca más.

Mi mal es que no tengo otra camisa ni manera de adquirir una nueva. Mientras me esfuerzo en hacer desaparecer la mancha oigo sin cesar las últimas palabras del hombre de los ojos sombríos:

—... después que ya estaba inscrito...

El miedo me hace sudar frío. Y yo sé que no podré librarme de este miedo; que lo sentiré ante cualquier desconocido. Pues en verdad ignoro si los dos hombres eran miembros o eran enemigos del Partido.

El indio Manuel Sicuri

Manuel Sicuri, indio aimará, era de corazón ingenuo como un niño; y de no haber sido así no se habrían dado los hechos que le llevaron a la cárcel en La Paz. Pero además Manuel Sicuri podía seguir las huellas de un hombre hasta en las pétreas vertientes de los Andes y esa noche hubo luna llena, cosas ambas que contribuyeron al desarrollo de esos hechos. El factor más importante, desde luego, fue que el cholo Jacinto Muñiz tuviera que huir del Perú y entrara en Bolivia por el Desaguadero, lo cual le llevó a irse corriendo, como un animal asustado, por el confín del altiplano, obsesionado por la visión de un paisaje que le daba la impresión de no avanzar jamás. El cholo Jacinto Muñiz fue perseguido de manera implacable, primero en el Perú, desde más allá del Cuzco, y después por los carabineros de Bolivia que recibían de tarde en tarde noticias de su paso por las desoladas aldeas de la Puna. Jacinto Muñiz no podía liberarse de esa persecución, pues había robado las joyas de una iglesia, y eso no se lo perdonarían ni en el Perú ni en Bolivia; y para fatalidad suya era fácil de identificar porque tenía una cicatriz en la frente, desde el pelo hasta el ojo derecho. Cuando llegó a la choza del indio Manuel Sicuri, el cholo Jacinto Muñiz contó que ésa era la huella de una caída, lo cual desde luego era mentira.

Manuel Sicuri cuidaba de un rebaño de ovejas y de nueve llamas; las ovejas llevaban prendidas en la lana, a medio lomo, cintas de color azul, lo que servía para identificarlas como de su propiedad. Esa medida sobraba, porque no era fácil que en aquella zona sus ovejas se mezclaran con otras ya que no había más en millas a la redonda; pero era la costumbre de los aimarás del altiplano y Manuel Sicuri seguía la costumbre. De seguir la costumbre en todo su rigor, sin embargo, quien debía cuidar de los animales era María Sisa, la mujer de Manuel, y además debía sembrar la papa y la quinua y la cañahua —los cereales de la Puna—, pues el hombre debía irse a trabajar a La Paz o tal vez a las minas. Pero resultaba que no sucedía así porque Manuel era huérfano de padre y madre y tenía tres hermanitos —dos de ellos hembras— y él quería a esos niños con toda la fuerza de su alma. Además María estaba embarazada. Propiamente, María tenía siete meses de embarazo.

A medida que se extiende hacia el sudoeste, en dirección a las altas cumbres de la Cordillera Occidental, el altiplano va haciéndose menos fértil. Es una vasta extensión llana como una mesa. El aire transparente y frío es limpio y seco, sin gota de humedad. Cada vez más, son escasas las viviendas, y cada vez más va acentuándose en la tierra el cambio de color; pues hacia el norte es gris y en ocasiones amarilla y verde, mientras que hacia el sur va tornándose pardusca. El grandioso paisaje es de una impresionante hermosura y de aplanadora soledad. Cuando comienzan las primeras estribaciones de la Cordillera hacia el sudoeste —que son sucedidas más tarde por otras eminencias peladas de nevadas cumbres, y después por otras y otras más— comienzan también las enormes arrugas en el lomo de la montaña, sin duda los canales por donde en épocas lejanas corrieron aguas despeñadas.

Pero eso es ya cayendo hacia el lado de Chile; y Manuel Sicuri tenía su choza en tierras de Bolivia. El indio podía tender la vista en redondo y durante leguas y leguas no veía vivienda alguna. Su casa estaba hecha de tierra, y su propia madre había ayudado a levantarla. No había ventana para que no entrara el viento helado de la Cordillera, y sólo tenía una puerta que daba al este. De noche se quemaba la boñiga de las llamas y hasta de las ovejas, que Manuel iba recogiendo sistemáticamente día tras día; y su fuego era la única luz y el único calor de la vivienda. No había habitación alguna, sino que todo el cuadrado encerrado en las paredes de la choza era usado en común. Los tres niños y el indio Manuel Sicuri y su mujer embarazada dormían juntos, sobre pieles de oveja, en el piso de tierra. En un rincón había un viejo arcón en que se guardaban ropas que habían sido del padre y de la madre de Manuel, cortos calzones de lana y faldas y chales de colores, los zarcillos de oro de María y los trajes de boda de la pareja, alguna loza de desconocido origen y un pequeño sombrerito negro de fieltro que usó María en la peregrinación a Copacabana, a orillas del Titicaca. Encima del arcón se amontonaban las pieles de las ovejas que habían muerto o habían sido sacrificadas el último año. El arcón quedaba en el rincón más lejano de la izquierda, según se entraba, en el primero del mismo lado estaba amontonado el chuño, y entre el chuño y el arcón, la lana, la lana que pacientemente iba hilando María Sisa, la mayor parte de las veces mientras se hallaba sentada a la puerta de la choza. Junto a la lana dormían los perros, dos perros flacos, con los costillares a flor de piel, que no tenían función alguna y se pasaban los días recostados o caminando sin rumbo fijo por el altiplano, a veces corriendo tras las ovejas. En el primer rincón de la derecha, con el hierro contra el piso, estaba el hacha.

Esa hacha, en realidad, no tenía uso ni nadie en la familia sabía por qué estaba allí. Tal vez el padre de Manuel Sicuri, que vivió hacia el norte, había sido leñador, aunque no era posible saber dónde ya que en la zona no había bosques; tal vez se la vendió, a cambio de una o dos parejas de llamas, algún cholo que pasó por la región. Pero el hacha era reverentemente guardada porque cierta vez, estando Manuel recién nacido, hubo un invierno muy crudo y los pumas bajaron de la Cordillera en pos de ovejas; y en esa ocasión el hacha fue útil, pues con ella mató el padre a un puma que llegó hasta la puerta misma de su choza. Eso había sucedido, desde luego, más hacia el nordeste. Una vez muerto el padre, al mudarse hacia el sur, Manuel Sicuri se llevó el hacha. A menudo Manuel jugaba con ella. Ocurría que en las tardes de buen tiempo él les contaba a los yokallas y a María cómo había sido el combate entre la fiera y su tata; entonces él mismo hacía el papel de puma, y se acercaba rugiendo, en cuatro pies, dando brincos, hasta la misma puerta. Los niños reían alegremente, y Manuel también. De pronto él salía corriendo, cogía el hacha y hacía el papel de su padre; se plantaba en la puerta, daba gritos de cólera, blandía el arma y la dejaba caer sobre el cráneo del animal; a esa altura, Manuel volvía a hacer el papel del puma, y caía de lado, rugiendo de impotencia, agitando las manos y simulando que eran garras. Cuando el puma estaba ya muerto, tornaba Manuel a ser el padre, sin perjuicio de que

hiciera también de oveja y balara y corriera dando los saltos de los corderos, imitando el miedo de los tímidos animales. Toda la familia reía a carcajadas, y Manuel reía más que todos. En realidad, Manuel reía siempre y a toda hora estaba dispuesto a jugar como un niño.

Uno de esos atardeceres, cuando la luz de julio en el altiplano era limpia y el aire cortante, los perros comenzaron a ladrar. Ladraban insistentemente, pero no a la manera en que lo hacían cuando corrían tras una oveja o cuando —lo que pasaba muy pocas veces— algún cóndor volaba sobre el lugar dejando su sombra en la tierra, sino que sus ladridos eran a la vez de sorpresa y de cólera. Entonces Manuel fue a ver lo que pasaba. Dio la vuelta a la casa y al corral, que quedaba al oeste de la vivienda y era también de tierra. Allá, a la distancia, hacia la caída del sol, se veía avanzar un hombre.

Ese hombre era el cholo Jacinto Muñiz. Cuando se acercaba, una hora después, casi al comenzar la noche, Manuel, la mujer y los pequeños se reunieron tras el corral. Por primera vez en mucho tiempo aparecía por allí un ser humano. Evidentemente el hombre hacía grandes esfuerzos para caminar, lo cual comentaban Manuel y su mujer. Los niños callaban, asustados. De haber sido un conocido, o siquiera un indio como ellos, que usara sus ropas y tuviera su aspecto, Manuel hubiera corrido a darle encuentro y tal vez a ayudarlo. Pero era un extraño y nadie sabía qué le llevaba a tan desolado sitio a esa hora. Lo mejor sería esperar.

Cuando estuvo a cincuenta pasos, el hombre saludó en aimará, si bien se notaba que no era su lengua. Manuel se le acercó poco a poco. María espantó los perros con pedruscos y pudo oír a los dos hombres hablar; hablaban a distancia, casi a gritos. El forastero explicó que se había perdido y que se sentía muy enfermo; dijo que tenía sed y hambre y que quería dormir. Su ropa estaba cubierta de polvo y su escasa barba muy crecida. Pidió que le dejaran descansar esa noche, y antes de que su marido respondiera María dijo, también a gritos, que en la vivienda no había dónde. Aunque hablaba aimará se apreciaba a simple vista que ese hombre no era de su raza ni tenía nada en común con ellos; pero además su instinto de mujer le decía que había algo siniestro y perverso en ese duro rostro que se acercaba. Ella era muy joven y Manuel no llegaba a los veinte años, y ante el extraño, que tenía figura de hombre maduro, ella sentía que ellos eran unos yokallas, unos niños desamparados. Pero Manuel no era como su mujer; Manuel Sicuri era confiado, de corazón ingenuo, y por otra parte sabía que muchas veces Nuestro Señor se disfrazaba de caminante y salía a pedir posada; eso había ocurrido siempre, desde que tata Dios había resucitado, y debido a ello era un gran pecado negar hospitalidad a quien la pidiera. En suma, aquella noche el cholo peruano Jacinto Muñiz, prófugo de la justicia en dos países, durmió sobre pieles de oveja en la choza de Manuel Sicuri. María Sisa se pasó la noche inquieta, sin poder pegar ojo, atenta al menor ruido que proviniera del sitio donde se había echado Jacinto Muñiz.

Pero Jacinto Muñiz durmió, y lo hizo pesadamente, con los huesos agobiados de cansancio. Había bebido pito e infusión de coca, que la propia María le había preparado. Ni siquiera se quitó la chaqueta. Estaba durmiendo todavía cuando Manuel Sicuri salió de la vivienda. Al despertar vio a María Sisa agachada ante una vasija de barro que colgaba de tres hierros colocados en trípode, hacia el último rincón derecho de la casucha; abajo de la vasija había fuego de boñiga de llamas. María cocinaba chuño con carne seca de carnero. Los tres niños estaban sentados junto a la puerta, charlando animadamente. María se levantó y se dobló otra vez hacia el fuego, de manera que se le vieron las corvas. Jacinto Muñiz se sentó de golpe y se pasó la mano por la cara. María Sisa se volvió, tropezó con la cicatriz sobre el ojo y sintió miedo. El párpado estaba encogido a mitad del ojo, y eso le hacía formar un ángulo; la parte interior del párpado resaltaba en el ángulo, rojiza, sanguinolenta, y debajo se veía el blanco del ojo casi hasta donde la órbita se dirigía hacia atrás. Aquello por sí solo impresionaba de manera increíble, pero resultaba además que en medio de ese ojo desnaturalizado había una pupila dura, siniestra, fija y de un brillo perverso. María Sisa se quedó como hechizada. Entonces fue cuando el extraño explicó que se había hecho esa herida al caerse, muchos años atrás. María esperó que el hombre se pusiera de pie, se despidiera y siguiera su camino. Pero él no lo hizo, sino que se quedó sentado y mirándola con una fijeza que helaba la sangre de la mujer en las venas. Ella estaba acostumbrada a los ojos honrados de su marido y a los tímidos y tristes de las ovejas y las llamas o a los humildes y suplicantes de sus perros. Para disimular su miedo se dirigió a los niños diciéndoles trivialidades y su sonora lengua aimará no daba la menor señal de su terror. Pero por dentro el pavor la mataba.

En cambio Manuel Sicuri no sintió miedo. Ese día volvió más temprano que otras veces, y al ruido de las ovejas y al ladrido de los perros salió su mujer a decirle, con visible inquietud, que el hombre seguía en la casa y que no había hablado de irse. Manuel Sicuri dijo que ya se iría; entró, charló con Jacinto Muñiz como si se tratara de un viejo conocido y le ofreció coca. Después, sentado en cuclillas, oyó la historia que quiso contarle el peruano.

—Vengo huyendo de más allá del Desaguadero, del Perú —explicó señalando vagamente hacia el noroeste— porque el gobierno quería matarme. Un gamonal me quitó la mujer y las tierras y yo protesté y por eso quieren matarme.

Eso podía entenderlo muy bien Manuel Sicuri; también en Bolivia, durante siglos, a ellos les habían quitado las tierras y las mujeres, y su padre le había contado que cierta vez, cuando todavía no soñaba casarse con su madre, miles de indios corrieron por la Puna, en medio de la noche, armados de piedras y palos, en busca de un presidente que huía hacia el Perú después de haber estado durante años quitándoles las tierras para dárselas a los ricos de La Paz y Cochabamba.

—Si saben que estoy aquí, me buscan y me matan. Yo me voy a ir tan pronto me sienta bien otra vez. Además, yo voy a pagarte —dijo el peruano.

Manuel Sicuri no respondió palabra. No le gustó oír hablar de que le pagaría, pero se lo calló. ¿Y si resultaba que ese hombre, con su terrible aspecto, era el propio Nuestro Señor que estaba probando si él cumplía los mandatos de Dios? De manera que se puso a hablar de otras cosas; dijo que esa noche seguramente habría helada, porque había cambio de luna de creciente a llena, y la luna llevaba siempre frío.

Con efecto, así ocurrió. Manuel oyó varias veces a las ovejas balar y se imaginaba la Puna iluminada en toda su extensión mientras el helado viento la barría. Muy tarde se quejó uno de los yokallas; Manuel se levantó a abrigar al grupo y el peruano preguntó, en las sombras, qué ocurría. A Manuel le inquietó largo rato la idea de que el peruano no estuviera dormido. Pero se abandonó al sueño y ya no despertó hasta el amanecer. El frío era duro, y hasta el horizonte se perdían los reflejos de la escarcha. Había que esperar que el sol estuviera alto para salir; y como se veía que el día iba a ser brumoso, tal vez de poco o ningún sol fuerte, Manuel empezó a llevar afuera las papas de la última cosecha para convertirlas en chuño deshidratándolas en el hielo.

En ese trabajo estaba, a eso de las siete de la mañana, cuando los perros comenzaron a ladrar mirando hacia el norte. También Manuel miró; un hombre se veía avanzar, un hombre como él, de su raza. Manuel entró en su casa.

—Viene gente —dijo, dirigiéndose más al cholo peruano que a su mujer.

Entonces Manuel Sicuri vio a Jacinto Muñiz perder la cabeza. Su miedo fue súbito; se levantó de golpe, apoyándose en una mano, y sus negros ojos se volvieron, como los de una llama asustada, a todos los rincones de la choza.

—¡Tengo que esconderme —dijo—, tengo que esconderme, porque si me cogen me matan!

—Aquí no —respondió calmadamente, pero asombrado, Manuel Sicuri—; aquí no es Perú.

—¡Sí, yo lo sé, pero es que yo herí al gamonal y parece que murió! ¡Si me cogen me matan!

Manuel Sicuri y María Sisa se miraron como interrogándose. A partir de ese momento, María sabía que sus temores eran fundados; y también a ella le dio miedo, tanto miedo como al extraño. Manuel dudó todavía, sin embargo. Con indescriptible rapidez pensó lo que debía hacerse; corrió hacia el arcón, tiró las pieles de ovejas en tierra y separó el arcón de la pared en forma tal que entre el mueble y el rincón podía caber un hombre.

—Ven aquí —dijo.

El cholo corrió y de un salto se metió allí; con toda premura Manuel fue tirando las pieles sobre él y el arcón. Nadie podía sospechar que allí había un hombre. Luego, volviéndose a los niños, que habían visto todo aquello en silencio, les ordenó que se callaran y que a nadie dijeran nada; a seguidas volvió a su trabajo afuera, como si no hubiera visto al indio que avanzaba por la alta pampa.

Resultó que el hombre era un chasquis, esto es, un correo enviado a recorrer las distantes y perdidas viviendas de esa zona para informar que se buscaba a un cholo

peruano con una cicatriz en la frente; a juicio del mallcu, es decir del jefe indígena que había mandado al chasquis a ese recorrido, el prófugo buscaba cruzar hacia Chile, pero en vez de dirigirse hacia el sudoeste desde el último sitio en que se le había visto, caminaba en derechura al sur, lo que indicaba que debía pasar por allí.

—No, no ha pasado por aquí —explicó Manuel.

El chasquis se había sentado en cuclillas y bebía chicha que se guardaba en una vasija de barro. María no hallaba donde poner los ojos, pero Manuel Sicuri se había vuelto impenetrable. Estaba él también en cuclillas y preguntó al visitante de dónde venía y cuánto hacía que se hallaba en camino y cómo estaban en su casa. Hablaba lentamente. Se refirió a la helada y dijo que el invierno iba a ser muy duro. Demoró mucho en esa charla antes de abordar el asunto; pero al fin lo hizo.

—¿Por qué buscan a ese peruano? —preguntó.

—Robó una iglesia allá en su tierra —dijo el chasquis—; robó la corona de la Virgen y el cáliz y el manto de tatica Jesús Nazareno, que tenía oro y piedras finas.

Manuel estuvo a punto de venderse. Vio a su mujer mirarle con una fijeza de loca y él mismo sintió que la cabeza le daba vueltas. Tuvo que apoyarse en tierra con una mano. ¡De manera que el cholo Jacinto Muñiz había robado a mamita la Virgen! Pero ya él había dicho que no había pasado por ahí, y decir lo contrario era probablemente buscarse un lío con las autoridades. Con el pretexto de seguir regando las papas en la escarcha, María salió. Manuel pensaba: «Si digo ahora que está aquí van a llevarme preso por esconderlo; si no digo nada, tata Dios va a castigarme, se me morirán las ovejas y las llamas y tal vez ni nazca mi hijo». No descubría su emoción, no denunciaba su pensamiento, pues seguía con su rostro hermético, sus ojos brillantes, sus rasgos inmóviles, cerrada la boca que era tan propensa a la risa; pero por dentro estaba sufriendo lo indecible. Entonces sucedió lo que más deseaba en tal momento: el chasquis se levantó y dijo que iba a seguir su camino. Y he aquí que sin saber por qué, aunque sin duda llevado a ello por el miedo, Manuel Sicuri se levantó también y explicó que iba a acompañarle, que iría con él hasta una pequeña comunidad de cuatro chozas que quedaba casi en las faldas de la Cordillera Real, cuyas nevadas cumbres se veían en sucesión hacia el este y el sur. Tendría que caminar tres horas de ida y tres de vuelta, pero Manuel Sicuri lo haría porque necesitaba saber qué pensaba el chasquis. A lo mejor el chasquis había visto algo, sorprendido una huella, un movimiento sospechoso bajo las pieles de oveja, y se iría sin dar señales de que sabía que el cholo Jacinto Muñiz se hallaba escondido en la casa de Manuel Sicuri. Así pues, dijo que iría con él; y después de haber caminado unos cinco minutos dejó al chasquis solo y volvió al trote.

—Cuando estemos lejos, a mediodía, sacas de ahí al peruano y que se vaya. Dile que ande de prisa y derecho hacia la caída del sol; por ahí no hay casas ni va a encontrar gente.

Esto fue lo que habló con su mujer, pero como el chasquis podía estar mirando, quiso despistarlo y entró en su choza. Después explicó que había vuelto a la vivienda

para coger coca. Y sin más demora emprendió la marcha por la helada Puna en cuya amplitud rodaba sin cesar un viento duro y frío.

Así fue como actuó Manuel Sicuri durante esa angustiosa mañana. De manera muy distinta sintió y actuó el cholo peruano Jacinto Muñiz. En el primer momento, cuando supo que llegaba un hombre, el miedo le heló las venas y le impidió hasta pensar. En verdad, sólo se le había ocurrido esconderse, sin que atinara a saber dónde; y cuando Manuel Sicuri eligió el escondite y le llevó allí, él le dejó hacer sin saber claramente lo que estaba ocurriendo. Las pieles le ahogaban, aunque de todas maneras hubiera sentido que se ahogaba aun estando a campo abierto. Él oyó al chasquis llegar y en ese momento su miedo aumentó a extremos indescriptibles; le oyó hablar de él mismo y entonces empezó a olvidar su terror y a poner toda su vida en sus oídos.

Cuánto tiempo transcurrió así, sintiéndose presa de un pavor que casi le hacía temblar, era algo que él no podía decir. Pero es el caso que cuando Manuel Sicuri dijo que no había pasado por allí sintió que empezaba a entrar en calor y cinco minutos después estaba sereno, otra vez dueño de sí y dispuesto a acometer y a luchar si alguien pretendía cogerle.

La conversación entre Manuel y el chasquis debió durar media hora, y antes de que hubiera transcurrido la mitad de ese tiempo el cholo Jacinto Muñiz se sentía seguro. Muchas palabras se le perdían, puesto que él no hablaba aimará como un indio, sino lo necesario para entenderse con ellos; y mientras los dos hombres hablaban y él seguía a saltos la charla, comenzó a pensar en otra cosa; sería más propio decir que comenzó a sentir otra cosa. De súbito, y tal vez como reacción contra su pavor, Jacinto Muñiz recordó a la mujer de Manuel Sicuri tal como la había visto el día anterior, agachada frente al fuego. Ella le daba la espalda y su posición era tal que la ropa se le subía por detrás hasta mostrar las corvas. Jacinto Muñiz había pensado: «Tiene buenas piernas esa india», idea que le estuvo rondando todo el día y toda la noche, al extremo de que lo tenía despierto cuando Manuel Sicuri se levantó para abrigar a los niños. Ahí, en su escondite, Jacinto Muñiz veía de nuevo las piernas de la mujer e incontenibles oleadas de calor le subían a la cabeza. Al final ya no tenía más que eso en la mente y en el cuerpo.

Pero Jacinto Muñiz no pensaba atacar a la mujer. En el fondo de sí mismo lo que le preocupaba era huir, salvarse, alejarse de allí tan pronto como pudiera, sobre todo después de saber que la mujer y su marido estaban enterados de cuál había sido su crimen. La idea de atacarla le vino más tarde, cuando, a poco de haberse ido Manuel Sicuri con el chasquis, la mujer retiró las pieles que lo cubrían y le dijo que saliera. Ella le explicó que debía irse, y por dónde y a qué hora, y cuando él preguntó por Manuel ella cometió el error de decirle que estaba acompañando al chasquis.

Con su repelente ojo de párpado cosido, Jacinto Muñiz miró fijamente a María. María tenía el negro pelo partido al medio y anudado en moño sobre la nuca; era de piel cobriza, tirando a rojo, de delgadas cejas rectas y de ojos oscuros y almendrados,

de altos pómulos, de nariz arqueada, dura pero fina, y de gran boca saliente. Era una india aimará como tantas otras, como millares de indias aimarás, bajita y robusta, pero tenía la piel limpia en los brazos y las piernas y era joven; estaba embarazada, ¿pero que le importaba eso a él, un hombre acosado, un hombre en peligro que estaba huyendo hacía casi un mes? Sintiéndose fuera de sí y a punto de perder la razón, Jacinto Muñiz dijo que sí, que se iría, pero que le diera charqui o quinua o cañahua, algo en fin con que comer en el camino.

María Sisa también tenía miedo, como lo había tenido Jacinto Muñiz y como lo había tenido Manuel Sicuri. Pero además María sentía asco de ese hombre. ¡Por la Virgen de Copacabana, ese bandido había robado una iglesia y estaba en su casa! Lo que ella quería era que se fuera inmediatamente.

—No hay charqui y tenemos muy poca quinua y muy poca cañahua —dijo secamente mientras vigilaba los movimientos del cholo.

—Dame chuño entonces —pidió él.

María quería decirle que no. Tata Dios iba a castigarla si le daba comida a su enemigo. Pero tal vez si le negaba el chuño, que estaba a la vista en el rincón, el hombre diría que no se iba. Llena de repulsión se encaminó al rincón y se agachó para recoger el chuño. Para fatalidad suya los niños estaban afuera, regando papas sobre la escarcha.

El ataque fue tan súbito y los hechos se produjeron tan de prisa que María no pudo describirlos más tarde. Cuando se agachaba, el hombre se lanzó sobre ella y la agarró fuertemente por los hombros, forzando éstos de tal manera, hacia un lado, que María cayó de espaldas. Como era una mujer joven y fuerte se defendió con las piernas, pero al parecer aquello enfureció al peruano o sin duda lo excitó más. María levantó los brazos y no lo dejaba acercarse. No gritó propiamente, porque en ese momento perdió del todo su miedo y se sintió colérica, pero comenzó a decirle al atacante cosas en voz tan alta que los niños corrieron y uno de ellos, el mayor, agarró al hombre por la ropa. Jacinto Muñiz pegó al niño con un codo y lo lanzó a tierra. Había ocurrido que la vasija con la chicha había sido dejada en el suelo cerca de la puerta, donde la había puesto Manuel Sicuri después de haberle servido al chasquis; el atacante la vio y la tomó en una mano. María quiso evitar el golpe porque pensó: «Ya a matar a mi niño». «Mi niño» era, desde luego, el que llevaba en el vientre. Y ese pensamiento la turbó. No tuvo, pues, serenidad bastante para defenderse, y la vasija golpeó sobre su frente, rompiéndose en inúmeros pedazos. María sintió el deslumbramiento del golpe y algo cálido que le corría a los ojos. Debió perder el conocimiento, puesto que apoco comprendió que el peruano estaba violándola. Pero su indignación y su asco eran tan grandes que ellos le dieron fuerzas, y logró, doblando la quijada del hombre, quitárselo de encima. Entonces se puso en pie de un salto y corrió; corrió como despavorida a través de la Puna, volviendo el rostro cada quince segundos para asegurarse de que él no la seguía. El hombre salió a la puerta y comenzó a correr tras ella. Pero sucedió que el llanto de los niños, las voces de María

y el ruido de la lucha excitaron a los perros y ambos se lanzaron tras Jacinto Muñiz. Éste se agachó varias veces para coger piedras y tirárselas a los animales. Estaba como loco, y el rojizo párpado levantado se le veía como una brasa en medio de la noche. Comprendió al fin que no podría alcanzar a María Sisa; volvió entonces a la choza, recogió su sombrero, se llenó los bolsillos de chuño, sacó de las vasijas en que se guardaban cocay lejía y salió de nuevo. Desde lejos María le vio salir y le vio irse huyendo por detrás del corral; hacia el oeste, a toda carrera, como espantado por algún enemigo invisible. En el día sin sol, pero sin niebla, su figura se fue alejando, tornándose cada vez más pequeña, mientras la mujer lloraba de miedo y de vergüenza sin atreverse a volver a su choza.

Todavía le quedaban a María Sisa —y sin duda también a los niños, si bien tal vez ellos no comprendían lo sucedido a pesar de que veían a María sangrando por la frente— unas cinco horas de angustia antes de que volviera Manuel Sicuri. Pero ocurrió que Manuel retornó antes. Llevaba dos horas de marcha junto al chasquis y estaba ya seguro de que éste no tenía sospechas de que el peruano se encontrara en su casa, cuando le dio al propio chasquis por decir que quizá sería bueno que él volviera a su vivienda.

—Tu mujer y los niños están solos, y ese mal hombre puede llegar allá. Estuvo preso en su tierra por una muerte, me dijo el mallcu, y a eso se debe que tenga una cicatriz sobre el ojo.

¿Sí? Manuel Sicuri se quedó mirando al chasquis. Éste no era capaz de adivinar lo que estaba pasando en tal momento por la cabeza de Manuel Sicuri. Jacinto Muñiz estaba en su casa y seguramente había oído desde su escondite cuanto ellos hablaron. Tal vez le diera miedo a Jacinto Muñiz y por miedo de que le denunciaran matara a María y a los yokallas. Era un hijo del demonio el hombre que había robado la corona de mamita. ¿Qué no sería capaz de hacer?

—Sí —dijo Manuel Sicuri—. Hablas bien, chasquis. Yo me devuelvo.

Se devolvió, pero no podía caminar a su paso normal; algo le hacía correr a trote corto, algo que él no quería definir. Podía ser temor a tata Dios; quizá tata Dios iba a ponerse bravo con él por haber dado auxilio al cholo. Podía ser un oscuro sentimiento con respecto a María; no le había gustado el extranjero y se lo había dicho. ¿Qué hacía Jacinto Muñiz despierto a medianoche?

Por momentos el indio Manuel Sicuri aumentaba la velocidad de su trote. Iba siguiendo sus propias huellas sólo que al revés; otro acaso no las vería, pero Manuel Sicuri las distinguía bien claras, sus huellas y las del chasquis, a veces desaparecidas donde había muchas piedras, esas menudas y abundantes piedras del altiplano, y a trechos grabadas en el polvo o en las plantas rastreras que quedaban aplastadas durante largo tiempo después de haber sido pisadas. El día iba aclarando lentamente, de manera que de vez en cuando él podía ver su sombra, una sombra vaga, y calcular la hora. Era bastante más allá del mediodía. El viento seguía fuerte y frío, pero el trote le producía calor.

Poco a poco, a fuerza de atender a la regularidad de su paso, Manuel Sicuri fue dejando de pensar. Pasada la primera hora de marcha alcanzó a ver su casa: se veía como de humo, perdida en el horizonte y muy pequeña. No había nadie cerca; no se distinguían ni las llamas ni las ovejas ni a María. Tal vez nada había sucedido. Mantuvo su paso. Lentamente la choza fue destacándose y creciendo y la Puna ampliándose, a la vez que la luz iba aumentando y los nacientes colores de la tierra, muy débiles de por sí, iban cobrando seguridad. Oyó los perros ladrar y después los vio correr hacia él.

Cuando llegó a la puerta iba a reírse contento, pues nada había ocurrido; María estaba en cuclillas, de espaldas, y los niños, silenciosos, se agrupaban en un rincón. Pero entonces María volvió el rostro y Manuel Sicuri vio la herida en su frente.

—¿Cómo fue? —preguntó.

Su mujer empezó a llorar sin hacer gesto alguno.

—¿El peruano, fue el peruano?

Ella dijo que sí con la cabeza; después, secándose las lágrimas, se puso a relatar el atropello. Los niños la oían sin moverse de su rincón.

Al principio Manuel oyó a María sin decir palabra, pero el aspecto que iba cobrando su rostro denunciaba fácilmente lo que sucedía en su interior. Comenzó como si un golpe lo hubiera atontado, después los ojos se le fueron transformando y cobrando un brillo metálico que nunca antes habían tenido; la boca se le endurecía segundo a segundo. María Sisa contaba y contaba, con sus rutilantes y cortantes palabras aimarás, sin alzar la voz, gesticulando a veces, señalando de pronto el rincón de los chuños donde había sido atacada. Llevaba todavía la palabra cuando Manuel Sicuri vio el hacha, aquella hacha con que su padre había dado muerte al puma; y dejó a María Sisa con la palabra en la boca antes de que se acercara al final del relato. De un salto Manuel Sicuri corrió al rincón y cogió el hacha.

—¿Por dónde se fue, por dónde se fue? —preguntaba el indio, con la ansiedad del perro de caza que ha olfateado en el aire la presencia de la pieza.

Entonces el mayor de los yokallas, que había estado silencioso, intervino para señalar con su bracito mientras decía que hacia allá, hacia la Cordillera Occidental. Manuel se echó el hacha al hombro y corrió; dio la vuelta a la vivienda, pasó tras el corral, se detuvo un momento para reconocer las huellas y emprendió de nuevo el trote. Ya no perdería las huellas ni durante un minuto. De nada valió que María Sisa corriera tras él y le llamara a voces. Animados como si se tratara de un juego, los perros corrieron también, soltando ladridos, pero no tardaron en regresar. Por la alta planicie, a esa hora iluminada en toda su extensión por el sol del invierno, se perdió Manuel Sicuri tras las huellas de Jacinto Muñiz.

A la caída de la tarde alcanzó a ver una figura moviéndose en la lejanía. Pronto iba a oscurecer, pero sin duda que ya estaba subiendo, tras las faldas de la Cordillera, la enorme luna llena, la clara, la casi blanca luna llena invernal. Así, aquel hombre que marchaba penosamente hacia el oeste no se le perdería en las sombras. No tenía

hacia dónde ir que él no le viera. No había una casa, no había un árbol, no había una cañada en toda la extensión, ni a derecha ni a izquierda, ni hacia atrás ni hacia delante; no había repliegue de terreno que pudiera ocultarlo; no había piedras grandes ni colinas y ni siquiera pajonales en la dilatada llanura; no había gente que le diera amparo ni animales entre los que ocultarse. Podía huir si le veía; pero acabaría cansándose, y él, Manuel Sicuri, no se cansaría. Un indio aimará no se cansa a la hora de hacerse justicia; puede esperar días y días, meses y meses, años y años, y no se apresura, no cambia su naturaleza, no da siquiera señales de su cólera. No descansa y no se cansa. Aquel hombre era el cholo Jacinto Muñiz, aquel hijo del demonio había muerto a otros hombres y había robado a mamita la Virgen y a tatica Dios el Nazareno; aquel salvaje había atropellado a María Sisa, su mujer, que esperaba un niño suyo, un varoncito como él. Nadie podría salvar a Jacinto Muñiz. Y a fin de evitar que mientras la luna subía y aclarara la llanura el cholo peruano aprovechara la oscuridad para cambiar de dirección, Manuel Sicuri apresuró el paso con el propósito de alcanzarle pronto.

En verdad, Jacinto Muñiz se sentía ya a salvo. Su plan era caminar toda esa noche. No se cansaría, porque llevaba buena provisión de coca para mascar, y la coca le evitaría el cansancio. Aprovecharía la luna y marcharía derecho hacia la cordillera. Allí podría haber casas, tal vez algunas comunidades aimarás, y sin duda habrían enviado a ellas también chasquis anunciando su probable llegada; y ahora tenía encima dos delitos; uno en el Perú, el otro en Bolivia. Fue afortunado, porque María Sisa no había muerto; sin embargo la había atacado y ya debía saberlo su marido y probablemente también el chasquis, si había vuelto con él. De haber casas en las cercanías de la cordillera él las alcanzaría a ver con tiempo, antes de amanecer, puesto que la luna alumbraría toda la noche; en ese caso su plan era torcer rumbo al sur, lo más al sur que pudiera, hasta alcanzar un paso hacia Chile. Jacinto Muñiz ignoraba que para bajar a Chile hubiera debido tomar rumbo sudoeste desde el primer momento, y que aun así no era fácil que lograra salir de Bolivia sin ser apresado. No importaba; tenía coca y chuño, luego, podía resistir mucho todavía. Tan seguro estaba de su soledad que no volvía la vista. Tal vez de haberla vuelto, otro hubiera sido su destino.

Oscureció del todo y la luna no salía. Durante media hora Manuel Sicuri trotó derecho hacia el poniente. Sabía que esa era la dirección que llevaba el peruano y que no iba a cambiarla; se lo decía su instinto, se lo decía el corazón. Arreció el frío; comenzó a arreciar en el momento mismo en que el sol desapareció tras la mole de las montañas, y Manuel Sicuri se dijo que esa noche habría helada otra vez. El frío le quemaba las desnudas piernas, pero él apenas lo sentía; estaba acostumbrado y, además, esa noche no le afectaría nada. Mientras trotaba volvía la mirada hacia la Cordillera Real, que le quedaba a la espalda; sabía que la luna no tardaría en iluminar sus altos picos. Poco a poco la luna fue mostrando su radiante y dulce faz; fue elevándose como una gran ave de luz, apagando en sus cercanías las rutilantes

estrellas que habían comenzado a aparecer. En diez minutos más la enorme llanura, la fría, la solitaria Puna estaba llena de luz de un confín a otro. Con gran sorpresa, Manuel Sicuri notó que había acortado la mitad, por lo menos, de la distancia entre él y Jacinto Muñiz. Un indio del altiplano como él podía distinguir al otro claramente, con su traje negro destacándose sobre el fondo de la Puna. Entonces Manuel apresuró su trote, exigió de sus duras piernas mayor velocidad. De rato en rato iba pasándose el hacha del hombro derecho al izquierdo o del izquierdo al derecho. En el mango y en el hierro del hacha destellaba la luna.

Manuel Sicuri no habría podido calcular la distancia en términos nuestros, porque no los conocía, pero a eso de las siete y media entre él y el peruano no había dos kilómetros de distancia. La solitaria cacería se aproximaba, pues, a su fin. Él lo sentía; él veía ya el final, y sin embargo su corazón no se apresuraba. Iba natural y resueltamente a convertir su resolución en hechos, y eso no le excitaba porque él sabía que así debía suceder y así tenía que suceder.

Pero cuando la distancia se acortó más aún —lo cual era posible porque Jacinto Muñiz iba a paso normal mientras Manuel Sicuri corría al trote— el prófugo oyó las pisadas de su perseguidor; o quizá no las oyó sino que intuyó el peligro. El caso es que se detuvo y miró hacia atrás. Por el momento no debió ver nada, porque estuvo quieto, sin duda recorriendo con la vista la llanura durante algunos minutos. Pero al cabo de rato algo columbró; una mancha, de la cual salían brillos, marchaba hacia él. ¿Qué era? ¿Se trataba de alguna llama que pastaba a esa hora en la Puna? Él no era práctico, no conocía la vida del altiplano. Podía ser una llama o un hombre; podía ser incluso un animal feroz, un perro perdido o un puma. Lo que se movía avanzaba rápidamente y él lo veía sin distinguirlo. Sintió miedo.

—¿Quién es? —gritó en castellano; y al rato preguntó a voces en aimará quién era.

Pero no le contestó nadie. Su voz se perdió, desolada, trágicamente sola, en aquel desierto enorme. La hermosa luz lunar hacía más patética esa voz angustiada.

—¿Quién es, quién es? —gritó de nuevo.

Manuel Sicuri avanzaba, avanzaba sin tregua. El monstruo estaba allí, parado, sin moverse; estaba esperando, tática Dios lo tenía esperando, clavado a la tierra. Nadie salvaría a ese criminal que había robado a la Virgen y que había atropellado a María Sisa, a su mujer María Sisa, que iba a tener un niño suyo. Ya estaba a quinientos metros, tal vez a menos. Y Manuel Sicuri, que se sentía seguro de que la presa no se le iría, gritó entonces, sin dejar de correr:

—¡Soy yo, Manuel Sicuri, asesino: soy yo que vengo a matarte!

Claro, a esa distancia no era posible ver el rostro de Jacinto Muñiz, pero Manuel Sicuri podía adivinar cómo se había descompuesto, pues para que sufriera le había dicho él quién era, para que padeciera sabiendo que le había llegado su hora.

Jacinto Muñiz quedó confundido. Pensó que lo que llevaba el indio sobre el hombro era un fusil, y en ese caso, ¿de qué le valía echar a correr? Pero vio que el

indio seguía en su trote; distinguía ya su figura, un ente casi fantasmal, azul gracias a la luz de la luna, azul y negro; un ser terrible, una especie de demonio seguro de sí, cuyas piernas brillaban; algo indescriptible y sin embargo espantoso, de marcha igual, inexorable, mortal.

—¡No, no me mates, hermano; hermanito, no me mates!

Jacinto Muñiz dijo esto en español, y a seguidas se tiró de rodillas, las manos juntas, temblando, empavorecido. Toda esa noche era pavorosa, toda aquella inmensidad solitaria aterrorizaba, toda la dulce luz de la luna era un espanto. Él mismo oyó su voz como saliendo de otra parte.

—¡No me mates, hermanito! ¡Te doy la corona, hermanito; toma la corona!

Así, de rodillas como estaba, y con Manuel Sicuri ya a veinte metros de distancia, metió la mano en el pecho y sacó de él algo brillante, rutilante. Era la corona de la Virgen, la que había robado. La joya destelló, y cuando Jacinto Muñiz la lanzó fue como un pedazo de luna cayendo, rodando, saltando por la Puna. Pero Manuel Sicuri no se detuvo a cogerla. Entonces el peruano se puso de pie y echó a correr.

Trazando círculos, unas veces hacia el norte y otras hacia el este, yendo ya al sur, ya de nuevo al poniente, ahogándose, loco de terror, Jacinto Muñiz huía. Pero he aquí que a medida que huía aumentaba su pavor; su propia sombra moviéndose ante él cuando se dirigía al oeste, le llenaba de espanto. El helado viento zumbándole en los oídos contribuía a su miedo. Por encima de ese zumbido oía claramente las regulares y veloces pisadas de Manuel Sicuri, cuyo tremendo silencio era el de una fiera.

—¡Hermanito, no me mates! —clamaba él, volviendo el rostro sin dejar de correr, más aterrorizado al percatarse de que el indio no llevaba fusil, sino un hacha.

Pero Manuel Sicuri no contestaba, no decía nada; sólo le seguía, le seguía infatigablemente, convertido por las sombras y la luz de la luna en un fantasma tenebroso.

Jacinto Muñiz tropezó con algunos pedruscos, resbaló y se cayó. Manuel Sicuri se acercó a diez pasos, tal vez a ocho. Jacinto Muñiz logró incorporarse, y se lanzó hacia el sur, derecho hacia el sur. El delante y Manuel Sicuri atrás, corrieron en línea recta diez minutos, quince minutos, veinte minutos; y cada vez el indio estaba más cerca, cada vez sus pisadas eran más fuertes. La gran llanura esplendía, cargada de luz y de silencio. Manuel Sicuri no tenía por qué preocuparse; esto es, no se sentía preocupado. Era una actitud muy aimará la suya, aunque no sea fácil de comprender. El indio Manuel Sicuri iba a hacer justicia; estaba seguro de que no tardaría en hacerla. No había, pues, razón para que se excitara. Ese hombre que corría no podría salvarse; huiría cuanto quisiera, tal vez horas y horas, pero ellos dos estaban solos en la solitaria Puna, y él, Manuel Sicuri, no se cansaría, no tropezaría con los khulas de la pampa, no caería; y poco a poco iba acercándose al monstruo; pie a pie, pulgada a pulgada, iba llegando a su meta. Jacinto Muñiz podía seguir huyendo. Eso no encolerizaba a Manuel Sicuri. Lo único que tenía él que hacer era mantener su paso, su trote seguro y constante, y no perder de vista al cholo.

El cholo volvió a tropezar y cayó de nuevo. Eso le ocurría porque volvía la cara para ver a su perseguidor; le sucedía porque había sido perverso y tenía miedo. Manuel Sicuri se le acercó a tres pasos. De no haber sido él un indio aimará, dueño de sí mismo, le hubiera tirado el hacha y tal vez le hubiera herido. Pero podía también no herirle y entonces el otro ganaría tiempo mientras él volvía a recoger el arma. No; no había porqué adelantarse. Jacinto Muñiz caería en sus manos. Todavía podía esperar; es más, podía esperar toda esa noche y todo el día siguiente y toda una semana, y un mes y un año y una vida; lo que no podía hacer era actuar sin tino y perder su oportunidad.

Pero el minuto fatal se acercaba de prisa. Jacinto Muñiz empezaba a sentir que se ahogaba, que perdía fuerzas. ¿Cuánto tiempo llevaba huyendo a locas por el iluminado altiplano? No lo sabía, y sin embargo a él le parecía una eternidad. Por momentos perdía la vista y toda aquella llanura le resultaba pequeña. Siguiendo círculos, dando vueltas, doblando de improviso, volvía a pasar por donde ya había pasado. Alcanzó a ver algo brillante ante sí y reconoció la corona. Pensó agacharse para cogerla, pero si se agachaba el indio iba a alcanzarle. Gritó entonces:

—¡La corona, mira la corona; te regalo la corona!

Y la señalaba con la mano, en un afán ridículo por distraer a Manuel Sicuri. Manuel Sicuri sí la vio; podía hacer eso, podía distinguir la corona y seguir su carrera con los ojos puestos en ella sin importarle si era una joya o no, propiamente sin pensar en ella. Porque Manuel Sicuri no pensaba en nada, ni siquiera en María, ya había pensado cuando cogió el hacha al salir de su casa. Lo que tenía que hacer ahora no era pensar, sino actuar.

De manera inapreciable la luna había ido ascendiendo por un cielo brillante que iba limpiando el aire frío. Subía y subía mientras abajo los dos hombres corrían. Al fin, a eso de las diez, Manuel Sicuri se hallaba a un paso de Jacinto Muñiz. Pero ni aún en tal momento pensó estirar los brazos y usar su hacha. Todavía no. Era necesario estar seguro, golpear firme. Pero como el momento de actuar se acercaba se quitó el hacha del hombro y la sujetó por el hierro con la mano izquierda y por el cabo con la derecha. Jacinto Muñiz volvió una vez más la cabeza, y en ese instante comprendió que no había salvación para él. Entonces retornó a ser, de súbito, el hombre audaz y duro que había causado muertes y robado una iglesia. Lo pensó con toda rapidez, o quizá ni llegó a pensarlo porque lo llevaba en la sangre; se dijo: «Sólo luchar puede salvarme». Y de golpe paró en seco y dio media vuelta.

Pero Manuel Sicuri había pensado que eso podía suceder o tal vez, como Jacinto Muñiz, no lo había pensado si no que lo llevaba por dentro. Es el caso que cuando el otro se detuvo él saltó de lado, con un brinco dado a dos pies, rápido como el de un bailarín. A tiempo que daba ese brinco blandió el hacha, la revolvió por debajo y la alzó. En tal momento Jacinto Muñiz se lanzó sobre él, y a la luz de la luna Manuel Sicuri vio algo que brillaba en su mano. Como un relámpago le cruzó por la cabeza la idea de que se trataba de un cuchillo, y como un relámpago también saltó hacia atrás

y dejó caer el hacha. El golpe fue seco, en el hueso del antebrazo, y Jacinto Muñiz cayó sobre su costado derecho, aunque no del todo sino doblado, casi de rodillas. A seguida el peruano avanzó a gatas y con la mano izquierda se agarró al pie derecho de Manuel Sicuri; se sujetó allí con la fuerza de un animal salvaje. Manuel Sicuri temió que iba a caerse, y para librarse de ese peligro volvió a blandir el hacha y la dejó caer en el brazo izquierdo del cholo. Lo hizo con tal fuerza que oyó el chasquido del hueso.

—¡Asesino! —gritó Jacinto Muñiz levantando la cabeza.

Manuel Sicuri le vio esforzarse por ponerse de pie, apoyándose en los codos. Estaba ahí, pegado a él, con los brazos inutilizados, y todavía su siniestro ojo resplandecía y en todo su rostro, iluminado por la luna, podían apreciarse el odio y la maldad. Entonces Manuel Sicuri levantó de nuevo el hacha y golpeó. Esta vez lo hizo más seguro de sí; golpeó en el cuello, cerca de la cabeza, inclinando el hacha con el propósito de que por lo menos una punta penetrara algo en el pescuezo del cholo. La cabeza de Jacinto Muñiz se dobló como la de un muñeco y golpeó la tierra. Manuel Sicuri se retiró un poco y se puso a oír la sonora respiración del herido, los débiles gemidos con que iba saliendo poco a poco de la vida, el borbotar de la sangre en su lento fluir. Tres o cuatro veces el cuerpo de aquel hombre se agitó de arriba a abajo; al fin extendió los brazos y se quedó quieto, levemente sacudido por los estertores de la muerte.

Al cabo de un cuarto de hora, cuando comprendió que no había peligro de que Jacinto Muñiz se levantara a luchar de nuevo, Manuel Sicuri se sentó cerca de su cabeza y se puso a oír la cada vez más apagada respiración del moribundo. Puesto que iba a morir ya, Manuel Sicuri no volvería a golpearle, pero no se movería de allí mientras no estuviera seguro de que había expirado. La gran Puna se dilataba bajo la luna y el viento frío sacudía la ropa del caído. Pero Manuel Sicuri no se movía; no se movería sino cuando supiera a ciencia cierta que su justicia estaba hecha.

Casi a medianoche el ruido de respiración cesó del todo, el cuerpo se movió ligeramente y sus piernas temblaron. Manuel Sicuri puso su mano sobre la parte del rostro de Jacinto Muñiz que daba arriba y advirtió que ese rostro estaba frío como la escarcha. Entonces, a un mismo tiempo, Manuel comenzó a preparar su aculico de coca y ceniza y a pensar en María. En toda esa noche no había pensado en ella.

Manuel Sicuri esperó todavía cosa de un cuarto de hora más, al cabo del cual, convencido de que el cholo Jacinto Muñiz jamás volvería a la vida, se levantó, se puso su hacha en el hombro y salió en busca de la corona. «Hay que devolvérsela a mamita», pensó. Y con la luna ya casi a medio cielo, el indio emprendió el retorno.

Su mal estuvo en que no trotó a la vuelta, porque pensaba que llegaría a su casa a la salida del sol. Cuando fue a cruzar la puerta ya eran las siete y más, y allí estaba acucillado, tomando pito, el chasquis del día anterior. El chasquis había caminado de noche para aprovechar la luna y arribó a la casa de Manuel Sicuri antes que él. El chasquis vio el hacha ensangrentada y Manuel Sicuri sabía que a un indio aimará de

cuarenta años se le podía engañar una vez, pero no dos. Tuvo que contarle todo, pues; y al terminar sacó del seno la corona.

—Hay que llevársela a mamita —dijo—. Quiero llevársela yo mismo, yo y María.

Pero no pudo llevársela, porque así como él no podía engañar al chasquis, el chasquis no podía engañar a su mallcu ni su mallcu a los carabineros ni éstos al juez. El juez, a causa de que la ley lo ordenaba, dijo que Manuel Sicuri debía ir a la cárcel.

En la cárcel de La Paz, un día, Manuel contaba a sus compañeros cómo su padre había muerto un puma a hachazos. Él mismo hacía el papel de puma, y después el de su padre, y los indios reían a carcajadas. Viéndoles reír, Manuel Sicuri se puso de pronto serio. Ocurrió que en su cabeza estalló una pregunta, como de una tormenta estalla un rayo; una pregunta para la cual él no hallaba respuesta. Pues sucedía que su padre había muerto un puma a hachazos y nadie le había dicho nada y todo el mundo halló muy bien que lo hubiera hecho y no lo separaron a causa de ello de su yokalla, de él, Manuel Sicuri, que entonces estaba recién nacido. Con la misma hacha él había dado muerte a una fiera peor que aquel puma, y he aquí que el juez lo había hallado mal y lo había separado de su yokalla, tan pequeñito y tan desvalido.

¿Por qué, tatica Dios, sucedían cosas así?

Pero Manuel Sicuri no hizo la pregunta en voz alta. Se había quedado súbitamente mudo; se encaminó a una ventana, se sentó allí, junto a las rejas, extrajo de su bolsillo coca y lejía y se puso a preparar el aculico.

Sobre los techos de La Paz comenzaba a caer en tal momento una lluvia fina.

Cuento de Navidad

Capítulo I

Más arriba del cielo que ven los hombres había otro cielo; su piso era de nubes, y después, por encima y por los lados, todo era luz, una luz resplandeciente que se perdía en lo infinito. Allí vivía el Señor Dios.

El Señor Dios debía estar disgustado, porque se paseaba de un extremo al otro extremo del cielo. Cada zancada suya era como de cincuenta millas, y a sus pisadas temblaba el gran piso de nubes y se oían ruidos como truenos. El Señor Dios llevaba las manos a la espalda; unas veces doblaba la cabeza y otras la erguía, y su gran cabeza parecía un sol deslumbrante. Por lo visto, algo preocupaba al Señor Dios.

Era que las cosas no iban como Él había pensado. Bajo sus pies tenía la Tierra, uno de los más pequeños de todos los mundos que Él había creado; y en la Tierra los hombres se comportaban de manera absurda, guerreaban, se mataban entre sí, se robaban, incendiaban ciudades; los que tenían poder y riquezas y odiaban a los vecinos ricos y poderosos, formaban ejércitos y solían atacarlos. Unos se declaraban reyes, y mediante el engaño y la fuerza tomaban las tierras y los ganados ajenos; apresaban a sus enemigos y los vendían como bestias. Las guerras, las invasiones, los incendios y los crímenes comenzaban sin que nadie supiera cómo ni debido a qué causa, y todos los que iniciaban esas atrocidades decían que el Señor Dios les mandaba hacerlas; y sucedía que las víctimas de tantas desgracias le pedían ayuda a Él, que nada tenía que ver con esas locuras. El Señor Dios se quedaba asombrado.

El Señor Dios había hecho los mundos para otra cosa; y especialmente había hecho la Tierra y la había poblado de hombres para que éstos vivieran en paz, como si fueran hermanos, disfrutando entre todos de las riquezas y las hermosuras que Él había puesto en las montañas y en los valles, en los ríos y en los bosques. El Señor Dios había dispuesto que todos trabajaran, a fin de que ocuparan su tiempo en algo útil y a fin de que cada quien tuviera lo necesario para vivir; y con la claridad del Sol hizo el día para que se vieran entre sí y vieran sus animales y sus sembrados y sus casas, y vieran a sus hijos y a sus padres y comprendieran que los otros tenían también sembrados y animales y casas, hijos y padres a quienes querer y cuidar. Pero los hombres no se atuvieron a los deseos del Señor Dios; nadie se conformaba con lo suyo y cada quien quería lo de su vecino, las tierras, las bestias, las casas, los vestidos, y hasta los hijos y los padres para hacerlos esclavos. Ocurría que el Señor Dios había hecho la noche con las tinieblas, y su idea era que los hombres usaran el tiempo de la oscuridad para dormir. Pero ellos usaron esas horas de oscuridad para acecharse unos a otros, para matarse y robarse, para llevarse los animales e incendiar las viviendas de sus enemigos y destruir sus siembras.

Aunque en los cielos había siempre luz, la lejana luz de las estrellas y la que despedía de sí el propio Señor Dios, se hizo necesario crear algo que disipara de vez en cuando las tinieblas de la tierra, y el Señor Dios creó la Luna. La Luna iluminó entonces toda la inmensidad. Su dulce luz verde amarilla llenaba de claridad los espacios, y el Señor Dios podía ver lo que hacían los hombres cuando se ponía el Sol. Con sus manos gigantescas, Él hacía un agujero en las nubes, se acostaba de pechos en el gran piso gris, veía hacia abajo y distinguía nítidamente a los grupos que iban en son de guerra y de pillaje. El Señor Dios se cansó de tanta maldad, acabó disgustándose y un buen día dijo:

—Ya no es posible sufrir a los hombres.

Y desató el diluvio, esto es, ordenó a las aguas de los cielos que cayeran en la Tierra y ahogaran a todo bicho viviente, con la excepción de un anciano llamado Noé, que no tomaba parte en los robos, ni en los crímenes ni en los incendios y que predicaba la paz en vez de la guerra. Además de Noé, el Señor Dios pensó que debían salvarse su mujer, sus hijos, las mujeres de sus hijos y todos los animales que el viejo Noé y su familia metieran dentro de una arca de madera que debía flotar sobre las aguas.

Pero eso había sucedido muchos millares de años atrás. Los hijos de Noé tuvieron hijos, y los nietos a su vez tuvieron hijos, y después los bisnietos y los tataranietos. Terminado el diluvio, cuando estuvo seguro de que Noé y los suyos se hallaban a salvo, el Señor Dios se echó a dormir. Siempre había sido Él dormilón y un sueño del Señor Dios duraba fácilmente varios siglos. Se echaba entre las nubes, se acomodaba un poco, ponía su gran cabeza sobre un brazo y comenzaba a roncar. En la tierra se oían sus ronquidos y los hombres creían que eran truenos.

El sueño que disfrutó el Señor Dios a raíz del diluvio fue largo, más largo quizá de lo que Él mismo había pensado tomarlo. Cuando despertó y miró hacia la Tierra quedó sorprendido. Aquel pequeño globo que rodaba por los espacios estaba otra vez lleno de gente, de enorme cantidad de gente, unos que vivían en grandes ciudades, otros en pequeñas aldeas, muchos en chozas perdidas por los bosques y los desiertos. Y lo mismo que antes, se mataban entre sí, se robaban, se hacían la guerra.

Por eso se veía al Señor Dios preocupado y disgustado; por eso iba de un sitio a otro, dando zancadas de cincuenta millas. El Señor Dios estaba en ese momento pensando qué cosa debía hacer para que los hombres aprendieran a quererse entre sí, a vivir en paz. El diluvio había probado que era inútil castigarlos. Por lo demás, el Señor Dios no quería acabar otra vez con ellos; al fin y al cabo eran sus hijos, Él los había creado, y no iba Él a exterminarlos porque se portaran mal. Si ellos no habían comprendido sus propósitos, tal vez la culpa no era de ellos, sino del propio Señor Dios, que nunca se los había explicado.

—Tengo que buscar un maestro que les enseñe a conducirse —dijo el Señor Dios para sí.

Y como el Señor Dios no pierde su tiempo, ni comete la tontería de mantenerse colérico sin buscarle solución a los problemas, dejó de dar zancadas, se quedó tranquilo y se puso a pensar. Pues ni aún Él mismo, que lo creó todo de la nada, hace algo sin antes pensar en el asunto. Una vez había habido un Noé, anciano bondadoso, a quien el Señor Dios quiso salvar del diluvio para que su descendencia aprendiera a vivir en paz, y resultó que esos descendientes del buen viejo comenzaron a armar trifulcas peores que las de antes del tremendo castigo. Había sido mala idea la de esperar que la gente cambiara por miedo o gracias al ejemplo de Noé; por tanto, el Señor Dios no perdería su tiempo escogiendo castigos ejemplares ni buscando entre los habitantes de la tierra alguien a quien confiarle la regeneración del género humano. Pero entonces, ¿quién podría hacerse cargo de ese trabajo?

El Señor Dios pensó un rato, que podía ser un día, un año, o un siglo, pues para Él el tiempo no tiene valor porque Él mismo es el tiempo, lo cual explica que no tenga ni principio ni fin. Pensó, y de pronto halló la solución:

—El mejor maestro para esos locos sería un hijo mío.

¡Un hijo del Señor Dios! Bueno, eso era fácil de decir pero muy difícil de lograr. ¿Pues qué mujer podía ser la madre del Hijo de Dios? Sólo una Señora Diosa como Él; y resulta que no la había ni podía haberla. Él era solo, el gran solitario; y sin duda si hubiera estado casado nunca habría podido hacer los mundos, y todo lo que hay en ellos, en la forma en que los hizo, porque la mujer del Señor Dios, cualquiera que hubiera sido —aun la más dulce e inteligente— habría intervenido alguna que otra vez en su trabajo, y debido a su intervención las cosas habrían sido distintas; por ejemplo, la mujer hubiera dicho: «¿Pero por qué le pones esa trompa tan fea al pobrecito elefante, cuando le quedaría mejor un ramo de flores?». O quizá habría opinado que la jirafa fuera de patas larguísimas y pescuezo de seis pulgadas. Ocurrió siempre que cualquier mujer convence a su marido de que haga algo en esta forma y no en aquélla; y así es y tiene que ser porque ella es la compañera que sufre con el marido sus horas malas, y el marido no puede ignorar su derecho a opinar y a intervenir en cuanto él haga.

Pero el Señor Dios era solitario, y tal vez por eso puso mayor atención en los animales machos que en las hembras, razón por la cual el león resultó más fuerte que la leona, el gallo más inquieto y con más color que la gallina, el palomo más grande y ruidoso que la paloma. Y la verdad es que como Él no tenía necesidades como la gente, ni sentía la falta de alguien con quien cambiar ideas, no se dio cuenta de que debía casarse. No se casó, y sólo en aquel momento, cuando comprendió que debía tener un hijo, pensó en su eterna soltería.

—Caramba, debería casarme —dijo.

Pero a seguidas se rió de sus palabras. ¿Con quién podía contraer matrimonio? Además, aunque hubiera con quien, Él estaba hecho a sus manías, que no iba a dejar fácilmente; entre otras debilidades le gustaba dormir de un tirón montones de siglos, y a las mujeres no les agradan los maridos dormilones.

La situación era seria y había que hallarle una solución. Eso que sucedía en la Tierra no podía seguir así. El Señor Dios necesitaba un hijo que predicara en ese mundo de locos la ley del amor, la del perdón, la de la paz.

—¡Ya está! —dijo el Señor Dios; pero lo dijo con tal alegría, tan vivamente, que su vozarrón estalló y llenó los espacios, haciendo temblar las estrellas distantes y llenando de miedo a los hombres en la Tierra.

Hubo miedo porque los hombres, que van a la guerra como a una fiesta, son, sin embargo temerosos de lo que no comprenden ni conocen. Y la alegría del Señor Dios fue fulgurante y produjo un resplandor que iluminó los cielos a la vez que su tremenda voz recorrió los espacios y los puso a ondular. El Señor Dios se había puesto tan contento porque de pronto comprendió que el maestro de ese hatajo de idiotas que andaban matándose en un mundo lleno de riquezas y de hermosuras tenía que ser en apariencia igual a ellos, es decir, un hombre, y que por tanto la madre de ese maestro debía ser una mujer. Así fue como el Señor Dios decidió que Su Hijo nacería como los hijos de todos los hombres; nacería en la Tierra y su madre sería una mujer.

Alegre con su idea, el Señor Dios decidió escoger a la que debía llevar a Su Hijo en el vientre. Durante largo rato miró hacia la Tierra; observó las grandes ciudades, una que se llamaba Roma, otra que se llamaba Alejandría, otra Jerusalén, y muchas más que eran pequeñas. Su mirada, que todo lo ve, penetró por los techos de los palacios y recorrió las chozas de los pobres. Vio infinito número de mujeres; mujeres de gran belleza y ricamente ataviadas, o humildes en vestir; emperatrices, hijas de comerciantes y funcionarios, compañeras de soldados y de pescadores, hermanas de labriegos y esclavas. Ninguna le agradó. Pues lo que el Señor Dios buscaba era un corazón puro, un alma en la que jamás se hubiera albergado un mal sentimiento, una mujer tan llena de bondad y de dulzura que Su Hijo pudiera crecer viendo la belleza y la ternura reflejada en los ojos de la madre. El Señor Dios no hallaba mujer así; y de no hallarla toda la humanidad estaría perdida, nadie podría salvar a los hombres. De una mujer dependía entonces el género humano; y sucede que de la mujer depende siempre, porque la mujer está llamada a ser madre, la madre buena da hijos buenos, y son los buenos los que hermocean la vida y la hacen llevadera.

Iba el Señor Dios cansándose de su posición, ya que estaba tendido de pechos mirando por el agujero que había abierto en las nubes, cuando acertó a ver, en un camino que llevaba a una aldea llamada Nazaret, a una mujer que arreaba un asno cargado de botijos de agua. Era muy joven y acababa de casarse con un carpintero llamado José. Su voz era dulce y sus movimientos armoniosos. Llevaba sobre la cabeza un paño morado y vestía de azul. El Señor Dios, que está siempre enterado de todo, sabía que se llamaba María, que era pobre y laboriosa, que tenía el corazón lleno de amor y el alma pura. El Señor Dios tenía la costumbre de regañar consigo mismo, de manera que en ese momento dijo:

—Debo ser tonto, ¿pues por qué he estado buscando mujeres en las grandes ciudades y en los palacios, si yo sabía que María estaba en Nazaret?

Ocurre que el Señor Dios prefería admitir que era tonto antes que aceptar que de tarde en tarde su memoria le fallaba. Ya estaba algo viejo, si bien es lo cierto que Él había nacido viejo porque desde el primer momento de su vida había sido como era entonces, y desde ese primer momento lo sabía todo y tuvo sobre sí la responsabilidad de la vida, es decir, la de dar la vida, la de poblar los espacios de mundos, y los mundos de seres, de plantas y de piedras, de montañas y de mares y de ríos. Con tantas preocupaciones encima, ¿a quién ha de extrañarle que se olvidara de la existencia de María? La había olvidado, y esa era la verdad aunque Él no quisiera admitirlo. Pero he aquí que acertó a verla y de inmediato la reconoció; en el instante supo que ella debía ser la madre de Su Hijo. Gran descanso tuvo el Señor Dios en ese momento. Los hombres seguían en sus trifulcas, sus guerras y sus rapiñas, y desde allá arriba el Señor Dios oía sus gritos, el tropel de sus caballerías atacándose unas a otras; veía a los reyes ordenando matanzas y celebrando grandes fiestas, a los mercaderes discutiendo a voces y a los sacerdotes de las más variadas religiones dirigiendo los cultos, a los navíos cruzando los mares y a los pastores peleando a pedradas con los leones de los desiertos para defender sus ovejas. Y pensaba Él: «Pronto esos locos van a oír la voz de Mi Hijo».

Para el Señor Dios decir «pronto» era como para nosotros decir «dentro de un momento», sólo que el tiempo es para Él muy distinto de lo que es para nosotros. Todavía Su Hijo tenía que nacer, crecer y llegar a hombre. Pero si el Señor Dios había sufrido miles de años las locuras del género humano, ¿qué le importaba esperar unos años más?

Ahora bien, si se quiere que algo esté hecho dentro de un siglo, lo mejor es empezar a hacerlo ahora mismo; y así es como pensaba y piensa el Señor Dios. Además, Él no tiene la mala costumbre de soñar las cosas y dejarlas en sueño. Las mejores ideas son malas si no se convierten en hechos, y el Señor Dios sabía que es preferible equivocarse haciendo algo a quedarse sin hacer nada por miedo a cometer errores. De manera que Él no debía perder tiempo, como no lo había perdido jamás cuando tenía algún quehacer por delante. Y ahora tenía uno muy importante: el de dar un hijo suyo a los hombres para que éstos oyeran por la boca de ese hijo la palabra de Dios.

Sucedía que María estaba casada desde hacía poco. Por otra parte, aunque se hallara soltera, el Señor Dios no podía bajar a la Tierra para casarse con ella. Él no era un hombre sino un ser de luz, que ni había nacido como nosotros ni moriría jamás, a pesar de lo cual vivía y sentía y sufría. Era, como si dijéramos, una idea viva. Lo que Su Hijo traería a la vida no sería su rostro; no serían sus ojos ni su nariz, sino parte de su luz, de su propio ser, de su esencia. Pero para que la gente lo viera y lo oyera debería tener figura humana, y para tener figura humana debía nacer de una mujer. Visto todo eso, no hacía falta que Él se casara con María; sólo era necesario

que el hijo de María tuviera el espíritu del Señor Dios. Y eso había que hacerlo inmediatamente.

De vez en cuando el Señor Dios tiene buen humor; le gusta hacer travesuras allá arriba. Esa vez hizo una. Él pudo haber soplado sobre sus manos y decir:

—Soplo, hazte un pajarillo y ve donde está María, la mujer del carpintero José, en la aldea de Nazaret, y dile que va a tener un hijo mío.

Pero sucede que ese día Él estaba de buen humor; y sucede además que Él conocía el corazón humano y sabía que nadie iba a creer a un pajarillo. Por eso se arrancó un pelo de su gran barba, se lo puso en la palma de la mano y dijo:

—Tú vas a convertirte ahora en un ángel y te llamarás el Arcángel San Gabriel. ¡Pero pronto, que no estoy por perder tiempo!

Aquello pareció cuento de hadas. En un segundo el blanco pelo se transformó; creció, le salieron alas, se le formó una hermosa cabeza cubierta de rubios cabellos. Al abrir los azules ojos el Arcángel se llevó el gran susto.

—Buenos días, Señor... —empezó a decir, temblando de arriba abajo.

—Señor Dios es mi nombre, joven —aclaró el Señor Dios—, y para lo sucesivo sepa que soy su jefe, de manera que vaya acostumbrándose a obedecerme.

—Sí, Señor Dios; se hará como Usted manda.

—Empezando por el principio, como en todas las cosas, aprenda buenos modales, salude con cortesía a sus mayores y tenga buena voluntad para cumplir mis órdenes. Atienda bien, porque ustedes los ángeles andan siempre distraídos y olvidan pronto lo que se les dice. No ponga esa cara seria. Es muy importante saber sonreír, sobre todo en su caso, pues usted va a tener una función bastante delicada, como si dijéramos, una misión diplomática.

—No sé qué es eso, Señor Dios; pero en vista de que Usted lo dice, debe ser así.

—Me parece muy inteligente esa respuesta, Gabriel. Creo que vas a ser un arcángel bastante bueno. Ahora, fíjate en esa bola pequeña que va rodando allá abajo. Obsérvala bien; es la Tierra, y allá vas a ir sin perder tiempo.

El Arcángel San Gabriel miró hacia abajo y vio un tropel de mundos que pasaba a gran velocidad, y como él acababa de abrir los ojos, más aún, acababa de nacer, no estuvo atinado cuando señaló a uno de esos mundos mientras preguntaba:

—¿Es aquella de color rojizo que va allá?

Eso no le gustó al Señor Dios, pues Él nunca había tenido paciencia para enseñar. De haberla tenido no habría pensado en un hijo para que sirviera de maestro a los hombres.

—Jovenzuelo —dijo—, haga el favor de poner atención cuando se le habla, y no tendrá que oír las cosas dos veces. Le he señalado la otra bola, la que está a la izquierda.

El Arcángel Gabriel era tímido. En verdad, no había tenido tiempo de formarse carácter. Le confundió sobremanera que el Señor Dios le tratara unas veces de «tú» y otras de «usted», y se puso a temblar de miedo.

—¡Eso sí que no! —tronó el Señor Dios—. Estás lleno de miedo, y nadie que lo tenga puede hacer obra de importancia. Tampoco hay que tener más valor de la cuenta, como les ocurre a algunos de esos locos que pueblan la Tierra y creen que el valor les ha sido concedido para hacer el mal y abusar de los débiles. Pero te advierto, hijo mío, que la serenidad y la confianza en sí mismo son indispensables para vivir conmigo; no quiero ni a los tímidos, porque todo lo echan a perder por falta de dominio, ni a los agresivos, que van por ahí causando averías, sino a los que son serenos, porque la serenidad es un aspecto de la bondad, y la bondad es una parte de mí mismo. ¿Entiendes?

El Arcángel dijo que sí, pero la verdad es que no entendió palabra; se sentía confundido, sorprendido de lo que le estaba ocurriendo minutos después de haber salido de un pelo de barba. Sólo atinaba a ver el desfile de mundos a lo lejos y a oír el vozarrón del Señor Dios.

—Bueno —prosiguió el Señor Dios—, pues si entendiste ya sabes que esa que te señalo es la Tierra. Vas a irte allá sin perder tiempo; te dirigirás a una aldea llamada Nazaret, que está cerca de un lago al cual los hombres llaman de Genezaret. Aprende bien el nombre para que no cometas errores. En esa aldea de Nazaret vive una mujer llamada María. Hace un momento la vi llevando agua a su casa y tal vez no haya llegado todavía; vestía de azul claro, llevaba un paño morado sobre la cabeza y arreaba un asno cargado de botijos de agua. Te doy todos esos detalles para que no te confundas. Podrás conocerla además por la voz, pues su voz es melodiosa como ninguna otra. Si sucede que al llegar tú ya ella se ha metido en su choza, pregunta a cualquiera que veas por María, la mujer del carpintero José; es seguro que te dirán dónde vive, porque la gente de la Tierra es curiosa y amiga de novedades, razón por la cual te ayudarán para después pasarse un mes charlando sobre tu visita a la joven señora. ¿Me vas entendiendo?

—Sí, Señor Dios.

—Entonces queda poco que decirte. Al llegar allá te dirigirás a María con mucha urbanidad, y le dices que Yo he dispuesto tener un hijo y que ella será la madre; que se prepare, por tanto, a ser la madre del Hijo de Dios. Eso es todo. Vete en el acto, que tengo un poco de sueño y antes de dormir quiero saber cómo te irá en tu embajada.

San Gabriel iba a salir cuando se le ocurrió preguntar:

—¿Y si me pregunta cómo va a ser Su Hijo, qué nombre habrá de ponerle, qué oficio tendrá?

—Le dirás que será como todos los hijos de hombres y mujeres y que sólo ha de distinguirse de los demás por la grandeza y la luminosidad de su espíritu; que será humilde, bondadoso y puro; que le llame Jesús y que su oficio será mostrar a la humanidad el camino del amor y del perdón. Le dirás también que está llamado a sufrir para que los demás puedan medir el dolor que hay en la Tierra comparándolo

con el que Él padecerá y porque sólo sufriendo mucho enseñará a perdonar también mucho.

El Arcángel no esperó más. Sentía que las palabras del Señor Dios henchían su alma, la llenaban con fuerza musical, con algo cálido y hermoso. Se le olvidó despedirse, cosa que el Señor Dios no le tomó en cuenta, porque pensó que no podía aprenderlo todo de golpe. Un instante después San Gabriel veía la Tierra tan cerca que casi podía tocarla.

Capítulo II

Viendo las ciudades de la Tierra, los ricos palacios en lo alto de las colinas y a orillas de los mares; admirando el esplendor con que vivían los reyes y sus favoritos, los grandes mercaderes y los jefes de tropas, San Gabriel se preguntó por qué el Señor Dios había resuelto tener un hijo con una mujer pobre, que moraba en choza de barro y arreaba asnos cargados de agua por caminos polvorientos. ¿No era el Señor Dios el verdadero rey de los mundos, el dueño del universo, el padre de todo lo creado? ¿No debía ser su hijo, pues, otro rey? Si tenía que nacer de mujer, ¿por qué Él no había escogido para madre suya a una reina, a la hija de un emperador, a la heredera de un príncipe poderoso? A juicio de San Gabriel el Hijo de Dios debía nacer en lecho adornado con cortinas de terciopelo y seda, entre oro y perlas, rodeado por grandes dignatarios y damas deslumbrantes, y a su alrededor debía haber un ejército de esclavos listos a servirle; así, todos los pueblos le rendirían homenaje y veneración desde su nacimiento, y los grandes y los pequeños le obedecerían porque estaban acostumbrados desde hacía muchos siglos a respetar y honrar a quienes nacían en cunas de reyes. ¿Había dicho el Señor Dios que Su Hijo estaba llamado a mostrar al género humano el camino de la paz, del amor y del perdón, o había él oído mal? De ser así, ¿no le sería más fácil imponer la paz si nacía hijo de rey y por lo mismo obedecido por millares de soldados que harían lo que Él les ordenara?

El Arcángel San Gabriel se detuvo un momento a meditar. Pensó que tal vez él estaba equivocado; a lo mejor se había confundido y el Señor Dios no le había hablado de choza ni de mujer pobre ni de asno ni de botijos de agua. Volvería allá arriba a preguntarle al Señor Dios, y hasta de ser posible discutiría con Él el asunto.

Pero el hermoso ángel ignoraba que el Señor Dios estaba mirándolo; e ignoraba también que el Señor Dios sabía qué cosa estaba pensando él en tal momento. Podemos imaginar, pues, el susto que se llevó cuando oyó la enorme voz del Señor Dios llamándole. He aquí lo que le dijo el Señor Dios:

—Gabriel, estás pensando mal. Te dije lo que te dije, no lo que tú crees ahora que debí decirte. Mi Hijo nacerá en casa pobre, porque si no es así, ¿cómo habrá de conocer la miseria y el padecimiento de los que nada tienen que son más que los poderosos? ¿Cómo quieres tú que Mi Hijo conozca el dolor de los niños con hambre

si El crece harto? Mi Hijo va a ofrecer a la humanidad el ejemplo de su sufrimiento, ¿y quieres tú que se lo ofrezca desde el lujo de los palacios? Gabriel, ¡no me hagas perder la paciencia, caramba! No te metas a enmendar mis ideas. Cumple tu misión y hazlo pronto, que estoy cayéndome de sueño y no me hallo dispuesto a perdonarte si me desvelo por tu culpa. ¡Ya lo sabes!

¿Qué más debía decirse? El pobre Arcángel estuvo a punto de caer de bruces en pleno lago de Genezaret, pues del susto se le olvidó usar las alas. En un segundo se dirigió a la choza del carpintero José; y tan asustado iba que pegó un cabezazo contra la pared. En el acto se le formó un chichón. Para suerte suya la choza no era uno de esos palacios de mármol donde él creyó que debía nacer el Hijo de Dios pues de haber sido uno de ellos, el hermoso Arcángel se habría roto un hueso.

Frente a la choza había un hombre barbudo, de cara bondadosa, que aserraba un madero. «Éste debe ser el carpintero José», pensó San Gabriel. Y era José sin duda, pues cerca de él había un rústico banco de carpintero y sobre éste, madera cortada e instrumentos del oficio.

—¿Qué desea usted? —le preguntó el carpintero, a quien le pareció muy raro que el visitante, en vez de tocar a la puerta como lo hace todo el mundo, llamara golpeando con la cabeza en la pared.

—Deseo saber dónde vive el carpintero José —explicó el Arcángel.

—Aquí mismo, joven; yo soy José. Le advierto que si viene a buscarme para algún trabajo, me halla con muchos compromisos.

Ésa era una manera de estimular el interés del visitante, pues la verdad es que José estaba por esos días sin trabajo. De ahí que le desconsolara mucho oír al recién llegado, que decía:

—No, señor; se trata de otra cosa. Yo vengo a hablar con María, su mujer.

—¿María? —dijo José, como un eco—. Fue a la fuente en busca de agua. Tendrá que esperarla un poco. ¿Desea sentarse?

—No, prefiero esperarla aquí.

José no perdió del todo la esperanza, y se puso a hablarle al visitante de su oficio.

—A mí siempre me están buscando para trabajos de carpintería —afirmaba— porque nadie hace mesas y reclinatorios tan buenos ni tan baratos como yo. Por eso me mantengo ocupado todo el año.

José hablaba y San Gabriel pensaba en la rapidez con que se habían producido los hechos desde su aparición al conjuro del soplo del Señor Dios. Todo había sucedido tan de prisa que todavía María no había vuelto de la fuente. El señor Dios la había visto arreando el asno, y antes de que ella retornara a su casa había nacido el arcángel, había oído las recomendaciones del Señor Dios, había viajado a la Tierra, había pensado disparates, se había casi descabezado contra la pared de la choza y había cambiado frases con José.

—Caramba —se dijo él lleno de asombro—, la verdad es que mi jefe actúa sin perder tiempo.

¿Sin perder tiempo? ¿Y qué es el tiempo para el Señor Dios, si ocurre que a la vez Él es el tiempo y está más allá del tiempo? El tiempo es algo así como la respiración de los mundos, y el Señor Dios es la vida misma de los mundos, de manera que el tiempo viene a ser la respiración del Señor Dios; ideas muy complicadas, desde luego, para San Gabriel. Desde allá arriba el Señor Dios veía esas ideas en la cabeza de su embajador, y pensaba: «A este Gabriel le valdrá más recordar mis instrucciones y no meterse en honduras, porque ya va llegando María».

Así sucedía, en verdad. Con su alegre y linda cara de muchacha, María iba acercándose a la choza. De sólo verla, el Arcángel la conoció; lo cual no tuvo buenos resultados, porque como estaba pensando en aquello del tiempo, se turbó y olvidó que el Señor le había recomendado usar modales urbanos para dirigirse a la joven señora. También es verdad que él nunca antes había hablado a una mujer; que en un instante había pasado de la nada a la vida y había viajado de los cielos a la Tierra; en fin, que había tenido muchas emociones y muchas experiencias en corto rato, lo cual tal vez podría explicar su turbación. Es el caso que cuando María llegó se le puso delante y sólo atinó a decir esto:

—Si no me equivoco usted es María, la mujer de ese señor que está ahí aserrando madera. Bueno, yo tengo que hablar con usted algo muy importante. Se lo voy a decir en presencia de su marido, porque según me dijo el Señor Dios la gente de esta Tierra es muy dada a charlar sobre todas las cosas, y es mejor que haya testigos. Lo que tengo que decirle es que el Señor Dios va a tener un hijo y usted va a ser la mamá. Con que ya lo sabe. Si tiene algo que preguntar hágalo ahora mismo porque el Señor Dios se siente con sueño y no quiere que yo pierda el tiempo hablando tonterías con usted.

La joven María se quedó boquiabierta, más propiamente, muda del asombro. Pero el que se asustó más fue su marido. Tan pronto oyó lo que había dicho San Gabriel soltó la sierra y salió detrás del Arcángel, que ya se iba.

—¡Oiga, amigo! ¿Usted sabe lo que ha dicho? ¿No sabe usted que el Hijo de Dios va a tener que sufrir mucho, según dicen las Escrituras, y que van a matarlo en una cruz?

San Gabriel atajó aquel torrente de palabras explicando:

—Todo lo que usted quiera, señor; pero yo he venido a cumplir una misión que me encomendó el Señor Dios. Yo lo siento mucho, pero lo que le suceda al Hijo de Dios no es asunto mío. Lo único que puedo decirle es que su papá quiere que le pongan el nombre de Jesús.

Dicho lo cual pegó un salto, extendió las alas y se perdió en el cielo, a tal velocidad que ningún ojo humano podía seguirlo.

El bueno de José cayó de rodillas, se agarró una mano con la otra, elevó las dos a lo alto y después se dobló hasta pegar la cabeza con el polvo del camino.

—¡Ay María, María! —exclamó—. ¿Cómo se te ocurre tener un hijo de Dios? ¿No sabes que todos los profetas han dicho que el Hijo de Dios tendrá que sufrir

mucho entre los hombres, que será escarnecido, torturado y muerto en una cruz, como el peor de los criminales? ¿Qué va a ser de nosotros, María? ¿Por qué te has metido en tal compromiso sin hablar antes conmigo?

La pobre María oía a su marido sin lograr comprender por qué hablaba así. ¿Pues qué tenía ella que ver con lo que disponía el Señor Dios; qué sabía ella de lo que había hablado San Gabriel, a quien nunca antes había visto y cuyo nombre ignoraba?

El Señor Dios veía a la joven señora confundida, a José con el rostro desfigurado por el sufrimiento, y sólo atinó a intervenir diciendo:

—¡No seas tonto, José, que María no ha tenido parte en la decisión mía, y el nacimiento de Mi Hijo no es cosa suya ni tuya, sino mía!

Lo cual era verdad, pero también es verdad que desde que los hombres comenzaron a poblar la Tierra habían adquirido la costumbre de echar sobre sus mujeres la culpa de cuanto pasaba. El Señor Dios ignoraba esto porque Él nunca había visto de cerca cómo se comportaban los matrimonios; debido a que lo ignoraba le habló así a José. De haber estado al tanto de pequeñeces como ésa habría pasado por alto las palabras del marido de María, pues es lo cierto que tenía sueño y quería echar una siesta.

Una siesta del Señor Dios puede ser de días, de meses o de años. Pero la de esa ocasión no iba a ser muy larga. Porque he aquí que Él estaba en lo mejor del sueño cuando de pronto despertó diciendo:

—Caramba, si ya va a nacer Mi Hijo. Por poco lo olvido.

Desde hacía millares de siglos nacían niños en la Tierra. Nacían hijos de reyes, de labriegos, de pastores, de guerreros; nacían niños blancos, amarillos, negros; nacían hembras y varones, unos robustos, otros débiles; unos chillones y otros casi callados, unos ricos y otros pobres, unos de ojos azules y otros de ojos castaños y de ojos negros; niños de todas clases, de todas las figuras; niños que nacían en medio de las guerras, en los campamentos, entre lanzas y sables y caballos, y niños que nacían en los bosques, rodeados de árboles, de pajarillos y de mariposas; niños que nacían en los caminos, mientras sus padres viajaban, y niños que nacían en las barcas, sobre los ríos y los mares; niños que nacían en grandes casas llenas de alfombras y niños que nacían en las cuevas de los pastores, al pie de las montañas. Lo que jamás se había visto era el nacimiento de un niño que fuera el Hijo del Señor Dios. El Señor Dios no tenía experiencia en casos de nacimientos, lo cual explica que el de Su Hijo le tomara de sorpresa.

Así sucedió. El Señor Dios despertó cuando ya Su Hijo estaba a punto de nacer. Ahora bien, Él había resuelto que el niño nacería pobre, y nacer pobre es tanto como nacer desconocido. Si el alumbramiento de María se hubiese dado en Nazaret, alguna gente iría a ayudarla, a ver a la criatura; no faltarían los vecinos, los parientes y los conocidos de María y José. En ese caso no se cumpliría la voluntad del Señor Dios. El niño, pues, no nacería en la aldea de Nazaret; y a fin de que así fuera el Señor Dios hizo correr la voz de que María y José tenían que hacer un viaje a Belén porque el

emperador de Roma, que gobernaba en esos lugares, había ordenado que todo el mundo debía inscribirse en el sitio de donde procedía su familia. La familia de María era de Belén de Judá, un pueblo que estaba al sur de Nazaret. En Belén había nacido, muchos cientos de años antes, un rey llamado David. En Belén debía nacer el Hijo de Dios.

Montando el asno que usaba para llevar agua de la fuente a la casa, María iba hacia Belén por caminos llenos de polvo y de piedras rojizas. El sol de los inviernos calentaba toda la llanura; casi hacía hervir el aire. María cubría su rostro con un paño de color rojo, el asno caminaba despacio y detrás iba José agitando una rama seca con la cual pegaba de vez en cuando al paciente borrico. Cada cinco o seis horas se detenían; era cuando llegaban a las cercanías de un pozo, donde debían coger agua para el camino. Pues en las tierras donde nació el Hijo de Dios apenas hay ríos; la sed atormenta a las bestias y a las gentes; en escasos lugares se ven árboles y sólo se hallan con profusión arbustos espinosos; los vientos levantan nubes de tierras quemadas por la sequía y las ovejas se refugian a la sombra de las montañas, donde el rocío nocturno permite que crezcan los yerbajos que necesitan para sustentarse.

Con gran trabajo llegaron María y José a Belén y hallaron el poblado lleno de forasteros, visitantes de las aldeas vecinas que iban allí a inscribirse y aprovechaban el viaje para vender lo poco que tenían. Las pequeñas calles eran muy estrechas y torcidas, de manera que el borrico, cargado con María, apenas podía pasar por entre los montones de quesos, de pieles de carneros; de higos y de botijos que los vendedores extendían sobre las piedras. Mientras pasaba, José iba gritando que pagaría bien a quien le ofreciera una habitación para él y para su mujer, que llegaban de lejos y necesitaban albergue. Pero nadie pudo ofrecerles techo, ni aun por una noche. Las casas, en su mayoría pobres, estaban llenas desde hacía días con los visitantes de los contornos. Nadie ponía atención en los gritos de José, que estaba angustiado porque sabía que su mujer iba a dar a luz y quería que lo hiciera como todas las mujeres, en una habitación. José no sabía que el Señor Dios había dispuesto que Su Hijo debía nacer pobremente, tan pobremente como podría nacer un ternero o un potrillo.

Siguieron, pues, María y José cruzando las callejuelas. Veían pasar ante ellos jóvenes con corderos cruzados sobre los hombros, muchachos que llevaban palomas enjauladas o racimos de perdices muertas; pasaban ancianas con telas que ellas mismas habían tejido; de vez en cuando cruzaban grupos de asnos cargados con botijos de vino y de aceite. Todo el mundo gritaba ofreciendo algo en venta. Belén estaba lleno de mercaderes.

No habiendo hallado albergue para él y para María, José fue a dar a un establo, hacia el camino del sur. En el establo descansaban las bestias de labor de los campesinos que iban a Belén, y se veían allí mulas, bueyes, jumentos y caballos, cabras y ovejas. Como José y María llegaron tarde, casi todas las bestias dormían ya. El sitio era pobre, con el techo en ruinas, las paredes a medio caer, el piso lleno de

excremento de los animales. Pero había calor, el calor que despedían las bestias, y un olor fuerte, que resultaba a la vez grato, parecía llenar el aire del lugar.

Cuando el Señor Dios despertó, ya estaba naciendo Su Hijo. Nació sin causar trastornos, muy tranquilamente; pero igual que todo niño, gritó al sentir el aire en la piel. Gritó, y un viejo buey que estaba cerca volvió los ojos para mirarle; mugió, acaso queriendo decir algo en su lengua, y su mugido hizo que una mula que estaba a su lado se volviera también para ver al recién nacido. En ese momento fue cuando el Señor Dios abrió allá arriba las nubes y dijo:

—¡Pero si ya nació Mi Hijo!

De momento el Señor Dios pareció desconcertado. Nunca había El pasado por un caso igual, pues aunque los mundos y todo lo que en ellos hay habían sido creados por Él, jamás había tenido un hijo directo, nacido de su propia esencia. Lo primero que hizo fue preguntarse qué debía Él hacer para que la gente supiera que Su Hijo había llegado a la Tierra.

El punto no era para ser resuelto a la ligera. Pues sucedía que el Señor Dios quería que se supiera que Su Hijo había nacido, pero que sólo lo supieran aquellos escasos seres capaces de comprender lo que ello significaba; más aún, los muy contados que podían conmoverse por el nacimiento de un niño sin tener que estar enterados de que ese niño era el Hijo de Dios. Al Señor Dios le hubiera sido fácil crear de un soplo diez docenas de ángeles y enviarlos a la Tierra armados de trompetas para que fueran por todas partes pregonando que había nacido Su Hijo, que acababa de nacer en el establo de Belén y que el Señor Dios iba a proclamarlo como su heredero. En ese caso, grandes multitudes habrían corrido, atropellándose y hasta dándose muerte, cada quien empeñado en llegar antes que los otros, unos cargados de oro, otros de mirra y de perfumes, o llevando rebaños de corderos y de vacas, pajarillos y plantas raras. Porque sucede que el género humano es así, y acostumbra rendir homenaje a los poderosos y a sus hijos, a aquellos de quienes puede esperar algún bien o de quienes teme un castigo. ¿Y quién es más poderoso que el Señor Dios?

O pudo Él anunciarlo con anticipación, mediante un cataclismo, secando un gran río o mudando de lugar una montaña, pues que todo eso y mucho más podía hacer. Pudo incluso haberlo dicho con su gran vozarrón, gritando desde allá arriba:

¡Hombres locos, ahora está naciendo Mi Hijo, que va a predicar en mi nombre entre ustedes!

Y pueblos enteros, con sus ganados y sus esclavos, habrían salido apresuradamente hacia Belén. Podemos imaginarnos a grandes multitudes trasladándose a través de los desiertos y los lugares poblados, cocinando bajo el sol, durmiendo a campo raso, enfermándose, muriendo, naciendo, dejando los pozos y los estanques sin agua y dando muerte, para alimentarse, a toda clase de animales.

El Señor Dios no aspiraba a tal movilización. Todo lo que Él quería era que unos cuantos hombres, muy pocos —los que tuvieran el alma limpia y generosa— supieran

que ya había nacido Su Hijo. Quería decirlo y que sólo lo entendieran algunos habitantes de la Tierra.

Como hacía siempre que se veía en aprietos, el Señor Dios meditó; nunca hizo Él cosa alguna sin antes pensarlo dos veces, y en algunos casos hasta tres veces.

Sentado en medio del enorme piso de nubes, el Señor Dios veía los cielos llenos de estrellas que iluminaban la inmensidad. Todas esas estrellas eran soles que Él había hecho millones de años antes. Era de noche ya, pero nunca es de noche allá arriba, donde Él está, porque los espacios están bañados por un resplandor indescriptible. En medio de ese resplandor estaba el Señor Dios, sentado como un rey, cogiéndose las rodillas con las manos y contemplando las estrellas. De pronto llamó a una, un hermoso lucero de color azul claro, casi más blanco que azul. Le dijo:

—¡Ven acá, tú!

Y aunque el lucero estaba a una distancia fantástica, se le vio salir de golpe, a gran carrera, si bien era difícil apreciar que se movía; se le vio acercarse, con su luz cegadora y espléndida, y correr y correr por los cielos en derechura hacia el Señor Dios.

—Vete a la Tierra —le dijo Él cuando lo tuvo cerca— y pósate sobre un establo que hay en un pueblo llamado Belén. Hay tres establos allí, uno a la salida del camino que va a Jerusalén, que queda al norte: otro a la salida del camino del oeste y otro a la salida del camino de Hebrón, que queda al sur. En este último acaba de nacer Mi Hijo, y es sobre ese establo donde debes colocarte. Atiende bien, que no quiero equivocaciones. Ustedes los luceros son bastante alocados y no ponen la debida atención en lo que se les dice, de donde provienen luego grandes errores. Lo primero es atender para poder entender. Así es que ya lo sabes: te posas sobre el establo que está hacia el sur.

En un instante se vio al lucero alejarse; iba hacia la tierra a tal velocidad que en pocos segundos su tamaño pasó a ser el de una naranja, y después el de una moneda, y después el de un anillo.

En un salto se hallaba sobre el establo, aunque bastante alto desde luego. Cuando se situó allí dirigió un rayo hacia el establo.

No era muy tarde, y mucha gente estaba despierta; buen número se hallaba en las pequeñas calles; algunas charlaban y en muchos sitios las gentes encendían hogueras para amortiguar el frío, que era fuerte aquella noche.

Pues bien, de toda esa gente que todavía estaba despierta en Belén, ninguna vio al lucero. Es costumbre de los hombres no ver aquellas cosas que antes no se les han anunciado, sobre todo si esas cosas son de apariencia humilde o se confunden con las que nos rodean. A pesar de su significación especial, el lucero parecía uno más, una de las tantas estrellas que llenan los cielos, y la gente que había en Belén no se detuvo a verlo.

Capítulo III

Pero cuatro personas vieron el lucero y se sintieron atraídas por él, cada una, desde luego, según su manera de ser, pues no todo el mundo es igual.

Una de ellas se hallaba a gran distancia, a distancia tan enorme que sólo se explica que viera el lucero porque veía con ojos de bondad, capaces de penetrar hasta lo increíble, y con alma sencilla que adivinaba lo extraordinario por muy oculto que estuviera. Esa persona era un viejecito rechoncho, alegre, de constante buen humor, que tenía su vivienda en un lejano país donde en invierno los campos se cubrían de nieve y los árboles se quedaban sin hojas y los pajarillos tenían que huir a otros climas para no morir de frío. El viejo señor acostumbraba vestir de rojo para que los niños de las cabañas que había por allí le reconocieran en medio de la nieve cuando él iba a visitarlos; usaba adornos blancos en las mangas y en la chaqueta, gran cinturón negro y altas botas también negras; tenía copiosa barba blanca y llevaba gorro rojo con adornos blancos. Era el anciano más simpático que nadie podía ver jamás. Se reía siempre y tanto, que la risa le había arrugado la cara. El frío del invierno le enrojecía la nariz y el viento le azotaba la barba, pero a él no le importaba. Iba de choza en choza para entretener con sus cuentos a los niños; les llevaba regalos, y todo el mundo lo quería, todos lo recibían con alegría y alborozo, todos se llenaban de animación cuando veían su estampa rechoncha y roja luchando con la ventisca y con la nieve. Tenía varios nombres el buen viejo; unos le llamaban Nicolás y los niños muy pequeños, que no sabían pronunciar su nombre, le llamaban Colás o Claus, pero había otros que le decían Papá Noel.

Pues bien, el simpático don Nicolás fue uno de los que vio el lucero. Iba él con un saquito de juguetes de madera, que él mismo hacía en sus ratos de ocio para regalar a los niños, cuando vio a la distancia aquella luz. A don Nicolás todo le parecía hermoso; nada le desagradaba porque pensaba que cuanto hay en la Tierra tiene algún fin, y que la gente que sólo ve el lado feo de las cosas afea la vida de los demás y se amarga la suya. Por eso le agradó ver aquella luz y se quedó con la vista fija en ella.

—Me gustaría saber qué quiere decir ese lucero —dijo en voz alta—, pues por alguna razón está alumbrando tanto. Nunca se ha visto que un lucero dé tal cantidad de luz y eso significa algo bueno.

Lo que no se imaginaba el viejo era que el Señor Dios estaba allá arriba mirándole a él, y que el Señor Dios oye a las gentes hasta cuando sólo piensan, razón por la cual Él sabe lo que hay en el corazón y en la cabeza de cada quien.

Don Nicolás contemplaba la luz y apreciaba la distancia a que se hallaba.

—Está muy lejos —dijo—, pero voy a ir allá. Es verdad que no tengo animal que me lleve, mas no importa; iré a pie.

El Señor Dios oyó aquello y pensó: «¡Caramba con el viejo! Si sale a pie, cuando llegue Mi Hijo tendrá barbas. Debo ayudarle a hacer ese viaje con la mayor rapidez posible». Y como a la hora de ayudar el Señor Dios no anda dudando, sino que actúa inmediatamente, se arrancó un pelo de la ceja derecha y le gritó:

—¡Conviértete en reno ahora mismo, y además en trineo, y vete a buscar a don Nicolás, un viejo que está allá, en medio de esa llanura blanca que se ve por el norte! Te vas sin perder tiempo y le dices que suba en el trineo, que tú lo vas a llevar a donde se halla el lucero. Fíjate bien en lo que oyes, porque ustedes los renos son muy dados a estar pensando sólo en el pasto de las primaveras y no ponen la debida atención en lo que se les dice. Recoges al viejo don Nicolás y lo llevas hasta donde está el lucero, y ahí lo dejas a la puerta del establo de Belén, y esperas que él salga para que lo transportes otra vez a su tierra. No quiero equivocaciones; observa que en Belén hay tres establos, uno a la salida de...

—Sí —le interrumpió el reno, un hermoso animal todo blanco, con la cornamenta como dos ramas nevadas—, ya oí cuando se lo decía al lucero: uno a la salida para Jerusalén, otro hacia el oeste y otro hacia el sur.

El Señor se quedó mudo de asombro. ¿Cómo podía explicarse que ese animal hubiera oído lo que Él le decía al lucero, si no había nacido todavía cuando Él hablaba con el lucero? Por primera vez el Señor Dios tenía un misterio que resolver.

—Es que tú olvidas que yo era ceja tuya hasta hace poco, y por eso oí lo que hablaste con la estrella —explicó el reno como si supiera lo que el Señor Dios se preguntaba en silencio.

—¿Qué es eso de tratarme de «tú», atrevido?

El Señor Dios estaba simulando una indignación que en verdad no sentía. Buscaba confundir al reno para que éste no se diera cuenta de la turbación en que lo había dejado la inteligente observación del animal. Pero no consiguió su propósito, porque el reno seguía mirándole con la mayor frescura. Entonces el Señor Dios le gritó que no perdiera el tiempo y que se marchara en seguida, a lo que el precioso animal respondió pegando un brinco de más de cien millas, seguido del blanco trineo que llevaba atado por blancas correas. En cosa de segundos se perdió en la inmensidad.

Mientras el reno se lanzaba a los espacios, tres personas discutían sobre el lucero. Se trataba de unos reyes del desierto, cada uno de los cuales reinaba en un oasis, los lugares donde hay agua en medio de las arenas, allí donde crecen las palmeras de dátiles y los pastores se reúnen de noche junto con los peregrinos y los mercaderes y los guerreros para descansar de los trabajos del día.

Los tres oasis eran vecinos, y eso explica que los reyes pasaran muchas horas juntos. Acostumbraban contarse historias entre sí, relatarse los acontecimientos de cada uno de los pequeños reinos, explicar cómo cobraban los impuestos y cómo administraban justicia; se entretenían jugando ajedrez, a lo que eran muy aficionados, y mientras jugaban iban comiendo dátiles, que colocaban en una gran bandeja de plata, y discutían durante horas enteras el movimiento de algunas piezas.

Entre ellos había uno de muchos años, rostro flaco y barba blanca, llamado Gaspar. Era todo un rey por el porte, la mirada de sus ojos, negros como el carbón, y la hermosa nariz aguileña. Se ponía un brillante manto azul lleno de piedras preciosas

y un turbante de tela de oro y parecía más que un rey. Pero tenía mal humor y era muy tacaño, casi avaro. Nunca hubo rey que hablara menos que él, ni ninguno que amara más las monedas de oro. Le gustaba contar él mismo sus tesoros y a nadie perdonaba una dilación en pagar los impuestos, por pequeña que fuera la suma que debía pagar. Gastaba lo menos posible, y por eso era flaco, pues hasta para comer era económico. Su gran preocupación era tener más camellos que nadie, y más ovejas y más oro y piedras preciosas. A pesar de lo cual en el fondo era un buen hombre, y huía de los que sufrían porque si veía a alguien sufriendo acababa ablandándose y dándole algunos dátiles o un pedazo de queso. Se contaba que cierta vez ordenó que le dieran a un mendigo un vaso de leche y a una vieja que ya no podía trabajar le regaló una moneda de plata. Aquello fue un acontecimiento de gran significación, y el propio rey Gaspar se disgustó por su debilidad, al extremo de que prohibió que se hablara de ello en su presencia, tan mal se sentía cada vez que recordaba que por esa causa en su tesoro había una moneda menos.

Pero eso sí, el rey Gaspar era justo; no admitía que se cometiera ninguna crueldad con sus súbditos, no aceptaba que a nadie se le cobrara de más ni un pelo de camello, y cuando sabía que alguien había procedido mal montaba en cólera y mandaba darle veinte azotes, o cincuenta, o cien, de acuerdo con el delito que hubiera cometido.

Otro de los reyes era Melchor, muy distinto de Gaspar en su figura, puesto que no tenía tanta estatura pero sí más carnes, ni tanta edad aunque también llevaba barba, una barba negra muy bonita, muy bien arreglada y de no más de una pulgada de largo. Melchor era de rostro redondo y de nariz también redonda; y no tenía la mirada altanera, pues sus ojos castaños eran dulces y bondadosos; el pelo, menos oscuro que la barba, le caía sobre los hombros. Ese pelo tan largo no le quedaba tan bien como el suyo blanco al rey Gaspar, hay que reconocerlo, pero él se lo mantenía limpio y perfumado con los mejores aceites.

El rey Melchor se parecía a Gaspar en una cosa: en que hablaba poco. Pero jamás tenía mal humor. No era parlanchín porque acostumbraba decir sólo aquello que le parecía que era necesario y verdadero, razón por la cual antes de hablar se medía mucho y meditaba una por una las palabras que iba a usar. Era un rey observador y disciplinado, que se levantaba siempre a la misma hora, hacía cada día lo que había hecho el día anterior y estudiaba cuidadosamente todo problema. No había manera de que entrara en guerra con otros reyes. Él vivía en paz con todo el mundo y afirmaba que respetando los derechos de los demás reyes jamás tendría que ir a la guerra. Eso no quiere decir que era tímido o cobarde; de ninguna manera. Cierta vez que unos guerreros atacaron a gente de su tribu y les quitaron unas cuantas ovejas y dos camellos, el Rey Melchor montó a caballo —un hermoso caballo blanco que era su favorito— y se fue solo a enfrentarse con los asaltantes. Cuando éstos le vieron llegar sin compañía alguna pensaron que el rey Melchor había dejado sus guerreros ocultos en algún sitio para después exterminarlos por sorpresa, y resolvieron devolverle las ovejas y los camellos. Pero la verdad es que Melchor no se había hecho acompañar

de nadie. Desde ese día todas las tribus del desierto le cobraron gran respeto. Como su amigo Gaspar, Melchor era rico, pero no tenía mucha estima por sus riquezas; más que el oro amaba la paz, y más placer que llevar encima piedras preciosas le producía ver a su pueblo alegre y saludable.

Cuando el rey Gaspar y el rey Melchor estaban solos resultaba divertido oírles hablar, y sobre todo oírles discutir sobre las jugadas de ajedrez. Pues en sus discusiones no decían más de tres palabras cada uno, y pasaba tanto tiempo entre lo que uno decía y lo que le respondía el otro, que a veces los que estaban cerca no se acordaban de lo que había dicho Gaspar cuando oían lo que contestaba Melchor, o viceversa. Pero esas discusiones se animaban mucho si estaba presente el rey Baltasar. Ése sí que hablaba, y se divertía él solo, y él solo se decía y se respondía, se reía y se ponía serio. Se trataba de un personaje animado, lleno de vitalidad y alegría, que muy difícilmente dejaba a nadie terminar de hablar sin que le interrumpiera para contestarle o hacer un chiste. Aun mismo tiempo jugaba ajedrez, comía dátiles y contaba una historia. Era el rey más raro del mundo, porque a la vez que se movía mucho y hablaba más, tenía majestad, sobre todo cuando quería tenerla. Entonces erguía la cabeza, le brillaban los ojos y abría las aletas de la nariz; se ponía altivo y hermoso y parecía crecer.

Baltasar era negro. Pero no un negro tosco, como mucha gente imagina que son todos los negros, sino más bien de bella presencia, muy bien proporcionado, más alto que bajo, más delgado que grueso. No tenía el color brillante; su piel era de un negro apagado. Tenía la frente pequeña, las cejas muy dibujadas, los ojos muy grandes, la nariz recta; no achatada como la de muchos negros, ni aguileña como la del rey Gaspar, ni redonda como la del rey Melchor. Sus labios eran gruesos y largos y sus dientes fuertes y blancos. Tenía la cara bien cortada, el cuello poderoso, los hombros llenos de músculos, y también los brazos. Hablaba a grandes voces, se reía por nada, y por nada se ponía bravo, y entonces imponía temor, porque era agresivo y muy astuto. Probablemente no había en toda la tierra rey mejor que Baltasar. Si oía llorar a un niño mandaba sus guardias a preguntar qué ocurría; si un anciano se sentía enfermo, él mismo iba a darle las medicinas; si alguien no podía pagar sus impuestos, decía:

—No importa, otro día será.

Se contaba que una vez que fue a la guerra venció a su enemigo, el rey que había atacado su oasis, y que sus guerreros le llevaron un niño prisionero y le dijeron:

—Mira, rey Baltasar, éste es el hijo de tu enemigo y su heredero. Mátalo para que te quedes con su reino y repartas sus riquezas entre nosotros.

Ésa era la costumbre de la época; así actuaban todos los reyes y por tanto nadie hubiera tomado a mal que Baltasar decapitara al niño. Pero Baltasar se indignó, dijo que lo que le pedían era un crimen, y tomando su cimitarra gritó a sus guerreros que el primero que volviera a darle consejo parecido iba a quedarse sin cabeza en el acto.

—¡En el acto! —gritaba, con los grandes ojos enrojecidos de cólera.

Baltasar vestía con lujo; le gustaba usar un blanco turbante que prendía con un rubí del tamaño de un huevo de paloma; se ponía en las muñecas y en los tobillos ajorcas de oro, se colgaba al cuello un gran collar lleno de monedas y se ponía un cinturón cuajado de piedras preciosas. Pero no usaba manto.

—El manto no les queda bien a los negros —decía riéndose.

Era un hermoso grupo el de los tres reyes; Gaspar con su manto azul tachonado de piedras y su turbante dorado, Melchor con su turbante rojo y su manto amarillo, si bien este último no llevaba piedras u oro, porque al rey no le agradaba el lujo; Baltasar con su turbante blanco y su traje verde, su collar, sus ajorcas y su cinturón.

Como los tres eran muy limpios, llevaban todo el tiempo pantalones blancos, de seda brillante, muy pegados a las piernas, y los tres usaban rojas babuchas, que son zapatos de tela de punta larga y hacia arriba. Daba gusto verlos en las noches claras, cuando se sentaban sobre una gran alfombra bajo las palmeras a jugar ajedrez. Como reyes de Oriente, no usaban sillas ni sillones, sino cojines y las propias piernas cruzadas bajo ellos.

Una de esas noches fue cuando apareció el lucero. Jugaban Gaspar y Baltasar; junto a ellos, comiendo dátiles en silencio, estaba Melchor. Baltasar iba a mover una pieza, pero se distrajo mirando algo a través de las palmeras. Estuvo un momento deslumbrado, un momento nada más, y de pronto exclamó:

—¡Majestades, algo raro está sucediendo en el mundo! ¡Miren ese lucero, vean esa luz! ¡Nunca se ha visto un lucero como éste!

Melchor se volvió para ver, pero Gaspar no. Gaspar sólo atendía al tablero y estudiaba la posible jugada de su contrincante.

—Juega, Baltasar —dijo.

Pero Baltasar no tenía intención de jugar, pues seguía mirando hacia el lucero.

—Sí, algo pasa —comentó muy calmadamente Melchor.

—Y a nosotros, ¿qué nos importa lo que pase? —preguntó con su habitual aspereza Gaspar—. Lo que tenemos que hacer es seguir jugando.

El rey negro no hizo caso; peor aún, se puso de pie y abandonó su puesto frente al tablero.

—¡No, señor! —dijo—. Tú estás equivocado, rey Gaspar. Lo que anuncia ese lucero debe ser algo muy grande, y yo no me lo pierdo. ¡Hay que ir ahora mismo para allá a ver qué está sucediendo!

—¿Ir?

Esa pregunta de una sola palabra sonó como un relincho, y quien la hizo fue Gaspar. Del disgusto que le causó la proposición del rey Baltasar tiró el tablero a diez varas de distancia; inmediatamente, como le sucedía cada vez que montaba en cólera, se puso a masticar el aire y la blanca barba iba y venía como el rabo de una paloma.

—Espérate, Gaspar; cálmate y atiende. Creo que vale la pena saber qué pasa.

Ése que habló fue el rey Melchor, lo cual indignó más a Gaspar, ¿pues cómo se explica que un hombre sensato, un rey tranquilo y metódico como Melchor hablara

de ir a ver qué ocurría?

—¿Te has vuelto loco? —respondió Gaspar—. Ve tú, si quieres, y acompaña a este curioso entrometido. Yo no me muevo de aquí.

—Pues vas a moverte, sí señor —terció Baltasar gesticulando a diestra y siniestra—. Tienes que ir, porque si se trata de algo bueno nosotros queremos compartirlo contigo.

—¿Qué bueno ha de ser? ¿Cuándo has visto tú que ocurra nada bueno en el mundo? Además, yo no voy a dejar mi reino abandonado. ¿Qué sería de mis tesoros?

El calmoso rey Melchor puso una mano en el hombro de Gaspar, y habló:

—Algo me dice que conviene que vayamos, Gaspar. En cuanto a tus tesoros, llévatelos contigo. Yo voy a ir de todas maneras y me llevaré los míos, porque no sé qué tiempo gastaré en el viaje.

—¡No hay más que hablar! ¡Pronto, traigan dos camellos! —gritaba ya Baltasar; y casi antes de terminar, decía:

—Te quedarás aquí solo, rey Gaspar. Si te ataca alguna tribu guerrera perderás la vida y los tesoros, porque Melchor y yo vamos a ver qué significa ese lucero.

A regañadientes, sin ningún entusiasmo, el rey Gaspar admitió ir él también. Pidió un camello más, el mejor de los suyos; hizo que le colocaran sus tesoros en dos cofres y vigiló atentamente esa operación. Viéndole actuar, Baltasar y Melchor mandaron a buscar sus tesoros y en poco tiempo los tres reyes se hallaban sobre sus ricos arneses.

Los guardias reales quisieron acompañarles, pero ellos dijeron que no, que irían solos. Ya al salir, Baltasar dijo:

—Melchor, tú que eres el más juicioso, di hacia dónde alumbra el lucero.

—Es hacia Belén.

—Bien, ¡pues ya estamos andando hacia Belén! —gritó Baltasar.

Y así fue. Sus súbditos se agolparon para verlos partir en la clara noche, y les gritaban adioses. Los reyes notaron que se alejaban muy de prisa, y después observaron que los camellos no trotaban, sino que parecían saltar, y cada vez eran más grandes los saltos, mayores las distancias que recorrían en el aire. Apenas podía afirmarse que ponían las patas en tierra. Aquello era la cosa más rara que jamás le había sucedido a un grupo de reyes.

Es oportuno consignar aquí que hasta el propio rey Gaspar se impresionó, y a tal punto que se vio en el caso de confesar:

—En verdad, parece que el lucero anuncia algo extraño. Palabras a las que el rey negro respondió con una gran risotada, lo cual le hizo tragar mucho aire, porque a esa altura volaban a tremenda velocidad.

Capítulo IV

Había sucedido que el Señor Dios también se enteró a tiempo de que los tres reyes iban camino de Belén. El Señor Dios estaba esa noche lleno de curiosidad, cosa que no debe causar asombro porque se trataba de que Su Hijo acababa de nacer, y quería saber quiénes estaban dispuestos a honrar a ese niño. El Señor Dios era de esta opinión: «Los hombres son locos y por eso parecen malos, pero uno solo, o dos o tres capaces de ser cuerdos, buenos y puros, justifican todo mi trabajo, y con que haya dos o tres en la Tierra me basta para pensar que mi obra no ha sido un fracaso». Esa noche del nacimiento de Su Hijo halló que había cuatro, esto es, el simpático don Nicolás y los tres reyes. A los cuatro los veía Él con gran ternura; y de la misma manera que pensó que don Nicolás no iba a poder hacer el viaje desde sus lejanas tierras nevadas hasta Belén a pie, y le envió el blanco reno y el trineo, asimismo pensó que si los reyes se atenían únicamente al trote de sus camellos llegarían con algunos días de retraso, trasnochados y bastante estropeados. Por eso desde allá arriba Él dijo:

—Vamos, camellitos, apuren el paso y vuelen un poco.

Ni que decir que los propios camellos no sabían lo que les pasaba, porque a poco ya ni ponían las patas en tierra. Sobre ellos, sus jinetes se llenaban de asombro, tal vez con la excepción de Baltasar, a quien los sucesos extraños le producían alegría.

De esa manera, volando en vez de trotar, las hermosas bestias del desierto llegaron como exhalaciones a Belén; y a un tiempo, como si supieran qué hacían, doblaron sus rodillas en la puerta del establo. El primero de los tres reyes que se tiró de su camello fue Baltasar. Al asomarse a la puerta vio a una hermosa y joven mujer que envolvía a un recién nacido en blancas telas, a un hombre de negra barba que le ayudaba en su tarea, a un calmoso buey echado, que rumiaba y parecía reflexionar sobre lo que estaba a su vista, y a una mula que mordisqueaba pasto seco. Por el roto techo del establo entraba la vivísima luz del lucero, llenaba de resplandor al grupo de la mujer, el hombre y el niño, y daba tal transparencia al cuerpo del niño que éste parecía hecho en el más fino de los cristales.

El rey Baltasar, el alegre y bondadoso rey del desierto, tenía un corazón puro, un corazón de esos que reconocen la verdad y no la niegan. En un segundo había observado que a pesar de estar recién nacido, aquel niño tenía los ojos abiertos e iluminados, ojos a la vez claros y profundos, como los de los seres que han visto cuanto hay que ver en la vida. Entonces Baltasar gritó, volviéndose a Gaspar y a Melchor, que todavía estaban sentados sobre sus camellos:

—¡Majestades, aquí hay un niño que debe ser el Hijo de Dios!

Esas palabras sorprendieron a José, quien no pudo menos que preguntar:

—¿Tan pronto le llegó la noticia, señor?

Melchor se asomó a la puerta antes que Gaspar. También él miró, sólo que lo hizo con su acostumbrada calma, estudiando la escena con mucho detenimiento. Ya se sabe que Melchor no se aventuraba a dar opiniones si no estaba muy seguro de lo que diría.

—¿Es o no es ese niño el Hijo de Dios? —le preguntó, lleno de entusiasmo, el rey Baltasar.

Pero Melchor meditó todavía un poco más; alzó los ojos para cerciorarse de que la luz que alumbraba al hermoso grupo era la del lucero; contempló con verdadero interés al niño, y terminó admitiendo:

—Sí, ese niño es el Hijo de Dios.

Al oír al sereno y juicioso Melchor hablar así, el corazón del rey Baltasar se desbordó de alegría. En verdad, parecía haberse vuelto loco. Corrió hacia la puerta exclamando:

—¡Es el Hijo de Dios, rey Gaspar! ¡Tenemos que darle nuestros tesoros! ¡Ha sido una suerte traer los tesoros para que podamos ofrendárselos ahora al niño!

Oír a Gaspar tales exclamaciones y saltar como si lo hubiese picado un animal venenoso, fue obra de un segundo.

—¿Qué dislates son éstos, rey Baltasar? ¿Te has vuelto loco? ¿Crees tú que yo voy a darle mis tesoros al primer niño que encuentre? ¡Señor! —agregó, elevando los brazos al cielo y levantando su cabeza, lo cual era un espectáculo bastante cómico, visto que todavía estaba sobre el camello y éste se hallaba arrodillado—, ¡este desdichado rey negro ha perdido el juicio y quiere que lo pierda yo también!

Pero el rey Baltasar no ponía atención en las quejas de su amigo y compañero. Se dirigió a su camello y comenzó a descargar los tesoros. Viéndole actuar, el rey Gaspar casi enloquecía.

—¡Melchor, rey Melchor! —gritaba, apelando al buen juicio de su amigo y colega—. ¡Este loco va a darle sus tesoros a ese niño porque dice que es el Hijo de Dios!

Con su gran paciencia, Melchor le contestó:

—Sí señor, es el Hijo de Dios, y yo también voy a poner mis tesoros a sus pies.

A poco más pierde la razón el rey Gaspar. Estaba lívido. Era, en verdad, un rey de mal humor, que necesitaba de muy poca cosa para sentirse colérico, y cuando se ponía así la barba le subía y le bajaba sin cesar, del cuello a la nariz y de la nariz al cuello. Preguntaba ahogándose:

—¿Pero cómo es posible que le den a ese niño todos sus tesoros? ¿No comprenden que van a quedarse en la miseria? ¿Y yo, qué va a ser de mí? ¿Creen ustedes que yo voy a arruinarme porque ustedes se empeñen en creer que ese recién nacido es el Hijo de Dios? ¿Quién me lo asegura?

—No charles tanto, rey Gaspar —dijo Baltasar—; nos lo asegura el corazón, que nunca se equivoca. Ve tú a verlo y después di lo que quieras.

—¡Claro que iré. Y ya verán ustedes que ése no es el Hijo de Dios!

Ocupado en descargar sus tesoros, Melchor no hablaba.

El rey Gaspar se lanzó de su camello, y tanta ira llevaba que se enredó los pies y cayó de narices en el polvo. Pero se levantó de prisa y entró al establo dispuesto a probar que sus dos amigos estaban equivocados. Sin embargo, he aquí que al cruzar

la puerta quedó alelado, allí estaba el grupo. El hombre y la mujer se veían en actitud de adoración; el niño sonreía al viejo rey malhumorado; el buey y la mula parecían observarlo, como si dijeran: «Vamos a ver cuál es ahora tu opinión».

Algo sintió el rey en su corazón; como una música, como una luz, como un calor suave y bienhechor. Elevó los ojos hacia el techo y creyó que hasta el lucero esperaba sus palabras. Poco a poco fue acercándose al grupo; cayó de rodillas, tomó una mano del niño y dijo:

—El Señor te bendiga, preciosa criatura.

Y entonces se puso de pie y caminó hacia su camello. El rey Baltasar y el rey Melchor iban entrando ya con sus tesoros; el primero sonrió con bastante indiscreción, casi burlándose del viejo rey Gaspar. Pues el rey negro del desierto era más franco de lo necesario y con sus ribetes de burlón. Pero Melchor ni siquiera alzó los ojos. Ya afuera, Gaspar sacó de uno de los cofres dos monedas de oro y se las guardó en su cinturón.

—El Señor Dios me perdonará si me quedo con éstas —dijo—, pero yo no quiero exponerme a estar completamente arruinado como este par de locos. A lo mejor más tarde hacen falta estas monedas para que ellos mismos no se mueran de hambre.

Después cogió sus tesoros y los llevó hasta los pies del niño. Muy silenciosamente, los tres reyes abrieron sus cofres, y la luz del lucero sacaba brillo de los rubíes, las esmeraldas, los brillantes y el oro que había en ellos. Tanto era el brillo que el buey volvió sus pesados ojos hacia la mula, como queriendo decirle: «fíjate cuántas cosas hermosas han traído estos tres reyes». Con lo cual pareció estar de acuerdo la mula, porque también ella miró al buey y después fijó la vista en los abiertos cofres.

No sólo el buey y la mula, sin embargo, contemplaban aquel montón de riquezas; también el Señor Dios las veía desde arriba. Las veía y sonreía moviendo de un lado a otro la gran cabeza. Se sentía feliz el Señor Dios, no por los tesoros, sino porque su ofrenda significaba un homenaje a Su Hijo. Y como de vez en cuando al Señor Dios le gustaban las travesuras, se reía de que el colérico y viejo Gaspar hubiera guardado dos monedas de oro.

—Ese rey es un gran tipo —decía, y por la blanca barba de Gaspar le llegó a la memoria la de don Nicolás, razón por la cual se preguntó:

—¿Pero qué será de ese otro viejo? ¿Por qué no habrá llegado todavía? ¡De seguro que el tonto del reno se ha distraído! Los renos sólo piensan en el pasto. ¿Dónde estará ahora?

Buscando con la mirada alcanzó a verlo: volaba a velocidad increíble. El brioso animal partía los aires, con las patas de atrás juntas y extendidas, las delanteras dobladas por las rodillas y también juntas, el poderoso cuello erguido, la linda cabeza derecha y abiertas las ventanas de la nariz. Atrás, en el trineo, muy sonreído y muy tranquilo, iba don Nicolás. Llevaba sobre las piernas el saquito lleno de juguetes de madera, con el cual, echado al hombro, iba de choza en choza cuando cayó del cielo,

a su lado, el reno con el trineo. El reno habló para decir: —Me parece que tú eres don Nicolás, ¿no?

—Sí, soy yo —oyó que le respondieron.

A lo que, sin perder tiempo, replicó el reno:

—Entonces súbete aquí, porque el Señor Dios dice que si haces el viaje a pie hasta donde ves la luz, llegarás un poco cansado.

Don Nicolás no era hombre de formular muchas preguntas, ni andaba buscándole dificultades a las cosas, de manera que le pareció lo más natural del mundo aprovechar la oportunidad que le ofrecían, y ni corto ni perezoso se acomodó en el trineo. A poco notó que iban volando, cosa que no le sorprendió porque tampoco tenía él la costumbre de sorprenderse: en esta vida todo puede suceder, hasta lo más inesperado. Pero creyó del caso hacer algún comentario; así es que le preguntó al blanco animal:

—¿Tú eres un reno o un avión?

A pesar del ruido del aire, que era mucho, el reno le oyó porque volvió la cabeza para responderle:

—No hagas preguntas, porque no puedo perder tiempo. El Señor Dios es muy estricto cuando da órdenes y yo recibí la de llevarte cuanto antes a Belén. Por esa razón vamos volando, no porque yo sea avión ni cosa parecida.

—Bueno, bueno —explicó don Nicolás—, no es mi intención causarte enojos. Si lo del avión te ha molestado, dalo por no dicho. Lo que sí desearía que me explicaras es eso de Belén. ¿Qué es Belén?

—Siento no poder decírtelo, pero ni yo mismo lo sé. Agárrate, no vayas a caerte, porque dentro de poco vamos a llegar y en Belén no hay nieve. Si te caes te rompes por lo menos una costilla.

—¿De manera que me traes volando tan lejos para que me rompa una costilla? No esperaba eso. Pero en fin, hágase la voluntad de Dios —comentó Nicolás.

—Eso mismo digo yo y eso es lo que estoy haciendo —afirmó el reno.

Fue exactamente cuando terminó de decir esas palabras cuando el Señor Dios acertó a verlos desde su altura.

Cuando el reno y su pasajero se acercaban, el lucero parecía despedir mayor luz. Era una fuente de resplandor, una creciente semilla de claridad, el más espléndido espectáculo que podía disfrutarse en la Tierra. Hasta el reno quedó deslumbrado.

—¡Qué luz tan limpia! —dijo.

Don Nicolás opinó en alta voz que mejor que ver al lucero en ese momento era ver la tierra para saber dónde iban a bajar. Estaba preocupado por la integridad de sus costillas.

—Ése es un problema mío que resolveré por mí mismo. Y no me distraigas, que ya estamos llegando —explicó el reno.

Así era. Un instante después el hermoso animal ponía sus cuatro patas a la puerta del establo, y el trineo, que había descendido con tanta suavidad como si se hallara

sobre montones de algodón, chirriaba ligeramente al sentirse frenado por el suelo.

—¿Aquí es? —preguntó don Nicolás.

—Aquí —respondió el reno.

Don Nicolás descendió, con alguna dificultad porque era grueso y de bastantes años. Súbitamente el reno se deshizo en el aire, con todo y trineo. Don Nicolás lo vio deshacerse, pero tampoco eso le resultó extraño. Era costumbre suya no asombrarse de nada. Con su saco al hombro, se dispuso a entrar en el establo.

Pero en ese momento salían de allí tres hombres vestidos lujosamente, con trajes que él jamás había visto ni imaginado. El primero en salir fue un negro de arrogante estampa, vestido de verde con turbante blanco; le seguía un anciano flaco, muy altivo, de manto azul y turbante dorado, en cuyo rostro destacaba una barba blanca; por último, iba un señor de talla mediana, también medianamente grueso, de barba negra y corta y manto amarillo y turbante rojo. Los tres salían con expresión feliz.

—¿Quiénes serán estos señores? —se preguntó don Nicolás, y se quedó mirándoles, a la vez que los tres le miraban a él, tal vez sorprendidos por su figura, su ropa tan desusada en esos parajes, su barriga saliente y su semblante alegre.

Los reyes comenzaron a hablar entre sí. El negro avanzó hacia su camello y de pronto se puso a gritar:

—¡Majestades, vengan a ver; aquí ha sucedido algo raro! ¡Los camellos están cargados de tesoros!

Melchor y Gaspar corrieron a comprobar lo que decía su compañero Baltasar, y los dos se quedaron mudos de asombro ante aquellas riquezas. Allí había muchas veces más tesoros de los que ellos habían dejado a los pies del niño. No podían comprenderlo. Melchor, siempre sensato, estudió la situación en silencio y después dijo:

—Aquí debe haber un error, majestades. Propongo que averigüemos quiénes son las personas que olvidaron estas riquezas, y que se las devolvamos cuanto antes. Es posible que haya habido un cambio de camellos y que éstos no sean los nuestros, sino otros.

¿Para qué dijo tal cosa? El rey Gaspar por poco lo fulmina. Saltó con la agilidad de un mono y quería meterle los puños por los ojos.

—¿Estás loco? —decía—. ¿Cómo se te ocurre decir eso? ¿Qué persona con dos dedos de frente va a dejar abandonados tres camellos cargados de riquezas? ¿No ves, además, que éstos son nuestros camellos? ¿Estás tan ciego que no los reconoces?

Baltasar terció para decir:

—Majestades, puede ser que sea un regalo del Señor Dios en vista de que le hemos dado a Su Hijo cuanto teníamos.

El rey Gaspar no necesitaba explicación tan estimulante para estar de acuerdo con su amigo, y olvidando las muchas veces que él había criticado a Baltasar por ligero, afirmó:

—Así es, sin duda alguna. Baltasar siempre acierta porque este negro es muy inteligente. Además, ya es tarde, nosotros estamos cansados, y yo opino que lo más prudente es que volvamos a nuestros reinos y allá hagamos las averiguaciones del caso. Yo, por lo menos, me voy ahora mismo.

Dicho y hecho: se trepó en su camello y en el acto salió al trote. Baltasar dijo:

—No lo dejemos ir solo, Melchor, porque podría suceder que un grupo de bandoleros le asaltara en el camino.

Y como Melchor estuviera de acuerdo, con la salvedad de que al llegar debían investigar el origen de los tesoros, montaron y se fueron.

Tuvieron que hacer trotar a las bestias para alcanzar a Gaspar, que iba ya bastante lejos, siempre murmurando:

—¡Pero qué cambio el de Melchor! ¡Ha perdido el buen juicio ese pobre rey! ¡Proponer que hiciéramos averiguaciones a esta hora!

Mientras ellos se alejaban, el bueno de don Nicolás los veía desde la puerta del establo y el Señor Dios desde su agujero en las nubes. Don Nicolás pensaba: «Son raros, pero simpáticos». Y el Señor Dios: «La verdad es que Mi Hijo ha sido honrado debidamente por esos reyes».

En su satisfacción, Él no sabía a cuál prefería. Le habían gustado el entusiasmo del negro y la tranquilidad de Melchor, pero le habían hecho sonreír las inquietudes y la picardía de Gaspar.

Estaba sonriéndose todavía el Señor Dios cuando don Nicolás decidió entrar al establo. Quería ver qué había en el destartalado caserón en cuyo interior entraba a raudales la luz del lucero. Se oían adentro balidos de ovejas y ruidos de animales que se movían. Don Nicolás se asomó a la puerta, ¡y qué conmovedora escena la que vieron sus ojos! Del lucero caía un rayo de luz sobre el niño; éste dormía de la manera más plácida imaginable sobre un montón de heno seco; a su lado, contemplándole con arrobos, estaba una joven y bella mujer en cuyo rostro se adivinaba la dicha maternal; cerca de ambos, un señor de negra barba preparaba pedazos de madera para encender una hoguera, porque la noche era fría. Sin embargo no era en el grupo humano, y en su honda paz, donde estaba la parte conmovedora de la escena; era en su fondo. Pues tras la mujer, el hombre y el niño se hallaban varios de los animales del establo —el buey, una vaca, un asno y una oveja—, y todos miraban fija y dulcemente hacia el niño, con ojos casi humanos, como si comprendieran que esa criatura que dormía sobre el montón de heno no era igual que todos los niños del mundo. En su candor de viejo bondadoso, a don Nicolás no se le escapó la extraña atención de los animales. Pensó: «Los animales sólo se sienten atraídos por las almas puras, y eso quiere decir que este niño ha nacido con un alma excepcional», pero no dijo eso ni nada parecido; sólo dijo:

—Buenas noches, señores.

José levantó la cabeza y dejó de atender su hoguera. La figura de don Nicolás le causó verdadera sorpresa. ¿De dónde llegaba ese viejo gordo y bonachón? Jamás

había visto él a nadie que vistiera así ni que tuviera ese aspecto; ese cutis tan rojizo, esos ojos tan azules, esas cejas tan largas y tan blancas. El rostro del recién llegado tenía un aire fuera de lo común. Por lo demás, hablaba con voz pausada y alegre.

—Bienvenido a este lugar —dijo José.

—Creo que esto es Belén; por lo menos, eso explicó el reno —expuso don Nicolás por decir algo para empezar la conversación.

José pensó: «¿De qué reno hablará? ¿Qué será un reno?». Pero se tranquilizó con la idea de que tal vez «reno» era el nombre de alguna persona a quien él no conocía.

—Sí, esto es Belén —explicó— y esta casa es el establo, mejor dicho, uno de los establos de Belén.

—Yo he venido aquí sin saber cómo ni por qué, señor —dijo don Nicolás—, pero lo cierto es que me alegro de haber venido porque en mi vida había visto niño tan bello, tan sano y tan tranquilo. Me parece que si Dios tiene un hijo deberá ser así.

José miró entonces a María y ambos sonrieron.

—Señor —dijo José—, usted no anda errado, porque ese niño que duerme ahí es el Hijo de Dios.

—Ah, claro. Tenía que ser. Eso es lo que me ha traído hasta aquí, el sentimiento de que algo grande había sucedido por estos lados —explicó don Nicolás como si hablara consigo mismo y como si no hubiera más gente allí.

José se puso de pie y se acercó a don Nicolás; luego, mostrándole los cofres abiertos, dijo:

—Mire lo que le han traído los reyes del desierto.

Don Nicolás contempló las joyas, las piedras preciosas, el marfil, las monedas; pero lo miró todo sin mayor interés.

—Sí, muy hermoso. También yo le traigo algo. No son tesoros porque soy pobre. Se trata de juguetes de madera que yo mismo hago, ovejas y patos y caballitos tallados en pedazos de árbol.

Con movimientos muy naturales don Nicolás se descolgó el saco del hombro, lo abrió y comenzó a sacar sus juguetes. María tomó uno de ellos y se lo llevó a la cara.

—¡Qué lindos son, señor! —dijo.

—Gracias, señora, pero yo sé que no son lindos ni ricos; sólo que se los ofrezco al niño de todo corazón.

—¿No quiere calentarse y tomar algo? —preguntó José, que se sentía conmovido y no hallaba qué decir ni qué hacer.

—No, porque el reno me espera y tenemos que hacer un viaje muy largo.

—Pero debería descansar un rato aquí con nosotros, señor —opinó María.

—No, no puedo. Debo irme. Quisiera darle un encargo, señor; quisiera que le dijera al Señor Dios de mi parte que tiene el hijo más bello y más sano del mundo, que me ha dado mucha alegría conocerlo y que si ese niño va alguna vez por mis tierras yo le guardaré muchos juguetes.

Y buenas noches, señores. Muy buena suerte para usted, señora.

En diciendo esto, don Nicolás dio la espalda y salió. Se sentía feliz; había visto un niño hermoso y una escena delicada, y a él lo bello le hacía dichoso. Además siempre recordaría esa extraordinaria luz que bañaba el establo y hacía transparente el cuerpo del Hijo de Dios. Al salir vio que del aire mismo se formaba el reno.

—Vámonos, que se hace tarde y no quiero líos. Por aquí jamás han visto un reno y la gente podría asustarse si me ve —dijo el animal.

Don Nicolás trepó en el trineo, con la misma tranquilidad de antes a pesar del mal rato que pasó cuando se acercaban al establo. Instantes después iban volando a centenares de millas por minuto y a alturas que daban vértigo. En medio de su vuelo, el reno pensaba: «Me dan ganas de pasar cerca del Señor Dios para que nos vea y sepa que ya está hecho todo lo que me pidió». Lo cual era gran tontería del reno, porque pasara lejos o cerca, el Señor Dios estaba mirándole; le seguía a través de los espacios, desde su agujero en las nubes. Al paso del animal, el Señor Dios se puso a pensar así: «dentro de un momento don Nicolás se hallará de nuevo en sus tierras y quizá piense que ha soñado. Pero no ha soñado. Ha ofrendado a Mi Hijo sus juguetes, le ha dado el cariño de su corazón. De acuerdo con su carácter y sus medios, ha estado a la altura de los tres reyes. Mi Hijo ha sido debidamente honrado».

En eso bostezó. Tenía sueño el Señor Dios. El Señor Dios era un consumado dormilón, y hay personas que piensan que con ello Él ha dado mal ejemplo a algunos hombres, lo cual es señal de gran ignorancia. Pues sucede que antes, millares de siglos antes, el Señor Dios estuvo millones de años sin dormir un segundo, trabajando día y noche. Fue cuando hizo los mundos. Hay miles de millones de mundos, y Él los hizo uno a uno. Él soplabla y decía: «Tú, soplo, hazte un mundo». Y ya estaba. Primero hacía un sol, después varios mundos para que rodaran alrededor de ese sol. Creó millones de soles y miles de millones de mundos. Cada vez que hacía uno de éstos lo lanzaba bien lejos, y le decía «Tú girarás en esa dirección y de ahí no te saldrás nunca. Ten cuidado, porque ustedes los mundos son dados a no atender cuando se les habla y después se ponen a hacer disparates, y si tú haces alguno te convierto en cometa para que viajes sin cesar de un extremo a otro del firmamento. O te hago reventar». Y de sus manos salieron soles y soles, mundos y mundos, todas esas estrellas que se ven de noche e infinito número que no pueden verse. Jamás descansaba. Cada uno de ellos le consumía por lo menos un día y una noche de trabajo, de manera que el Señor Dios estuvo millares de millones de días y de noches sin descansar y sin dormir, lo cual explica que después sintiera sueño constantemente. Era, pues, una gran tontería de algunos hombres echarle en cara que fuera dormilón.

Pero además de todas esas razones, el Señor Dios no tenía por qué estar despierto siempre. Pues ocurre que después de haber hecho tantos mundos Él escogió la Tierra y en ella creó los animales, las aves, y los peces, los insectos y los microbios, creó las plantas desde los grandes árboles hasta las rosas y las yerbas, hizo los mares, los lagos y los ríos; y al fin creó al hombre y a la mujer. Cuando éstos estuvieron creados, el Señor les dijo: «Ahí tienen la Tierra para que la pueblen». Y les dio inteligencia a

fin de que la usaran en conquistar la felicidad. Hecho todo eso, ¿de qué más tenía que ocuparse? La verdad es que de nada más, y como se aburría mucho sin compañía alguna allá arriba, lo mejor que podía hacer era dormir.

Esa noche del nacimiento de Su Hijo, sin embargo, no se durmió inmediatamente porque estaba pensando en los tres reyes y en don Nicolás. Pensaba Él que algo debía hacerse para que ellos le recordaran siempre a la humanidad el nacimiento de Su Hijo. Y de pronto halló la solución; la halló y la dijo en voz alta, a pesar de que era innecesario puesto que nadie le oía. He aquí lo que dijo:

—A partir de este momento los cuatro serán inmortales y cada año irán de casa en casa repartiendo juguetes entre los niños.

Acabando de hablar, empezó a acomodarse para dormir. Mas resultó que alguna idea le bulló en la gran cabeza. Pensó: «Pero los pobres reyes van a resfriarse si recorren las tierras de las nieves, y el buen viejo don Nicolás se ahogará de calor si tiene que visitar a los niños de los países cálidos». Y ese pensamiento le desveló un poco. Tornó a dar vueltas, se arropó con una nube, bostezó de nuevo.

—Ah, caramba —dijo de pronto, golpeándose la frente con una mano, y de nuevo en alta voz—, si la solución es tan fácil. Lo mejor es que don Nicolás visite las casas de los niños que viven en los países de nieves y los reyes las de los que viven en las tierras calurosas. Así se les evitan a los cuatro enfermedades y contratiempos.

El Señor Dios, sin embargo, olvidó que don Nicolás viajaría en trineo y llevado por un reno veloz, mientras los reyes cabalgarían camellos, animales más lentos, razón por la cual el primero podría llegar siempre el día de la Navidad mientras que los segundos perderían tiempo y llegarían más tarde, quizá dos semanas después. Pero ese era un detalle casi sin importancia. El Señor Dios tenía demasiado sueño para detenerse en detalles. Se dispuso, pues, a dormir, y en el acto estaba roncando.

Allá abajo, en Belén, se oyeron ruidos que procedían del cielo.

—¡Va a llover, va a haber tormenta! —decía la gente mientras se apresuraba a recoger sus cosas y buscar abrigo—. ¡Ya está tronando!

Pero no había tales truenos. Lo que ellos oían eran los ronquidos del Señor Dios, que duraron toda esa noche. A la salida del sol dejaron de oírse, lo cual no significa, en manera alguna, que el señor Dios había despertado; al contrario, dormía más profundamente. Ese sueño duró, por cierto, varios años.

Capítulo V

Mientras el Señor Dios dormía, Su Hijo crecía en la Tierra, se hacía hombre y salía a predicar la palabra de Su Padre.

—Amaos los unos a los otros —decía a las multitudes—, no hagas a tu prójimo lo que no quieres que te hagan a ti, y recuerda que serás medido con la vara con la que midas a los demás.

El Hijo del Señor vestía con humildad, andaba descalzo por los caminos polvorientos de Galilea, visitaba a los pobres y a los enfermos, curaba a los paralíticos y hacía hablar a los mudos; los ciegos recobraban la vista con sólo tocar sus vestiduras.

—¡Jesús cura a los enfermos y devuelve la paz a los espíritus, Jesús predica el perdón de los pecadores y la vida eterna! —decían los hombres, las mujeres y los niños, llenos de asombro—. ¡Jesús multiplica los panes y los peces: Jesús el Cristo es el Hijo de Dios!

Cubierto con sus vestiduras humildes, descalzo y quemado por el sol, el Hijo de Dios parecía, sin embargo, un rey, pues tenía el porte digno, la mirada benevolente y señorial, los gestos tranquilos, la voz dulce. Predicaba bajo los árboles, rodeado de gente, o a orillas del lago; dormía en las barcas o en las chozas de los pescadores. Les decía a los hombres que abandonaran la crueldad, que no vieran sólo lo feo y malo de los demás, sino lo bello y limpio; que no despojaran a nadie de lo suyo; que todos eran creación de Dios que había hecho la Tierra para la felicidad de todos. Jesús, el niño que había nacido en el establo de Belén aquella noche en que el lucero alumbró la ruta de don Nicolás y de los reyes, hablaba para que los hombres supieran cuál era el deseo del Señor Dios. Él era el maestro que el Señor Dios había elegido para que enseñara a la humanidad a vivir en la paz y en el amor.

—En verdad, de verdad os digo que aquellos que sean buenos y puros de corazón se sentarán conmigo a la diestra de Mi Padre —aseguraba Jesús.

En los atardeceres llegaba de las montañas una brisa que refrescaba cuando pasaba sobre las aguas del lago; las estrellas comenzaban a parpadear a lo lejos, los pajarillos volaban torpemente, aturcidos por el sueño, hacia los nidos donde sus polluelos los esperaban, y Jesús se apartaba entonces de las multitudes, se retiraba un poco, entre las grandes piedras o entre los escasos árboles que de vez en cuando se veían cerca de los caminos, y allí oraba pidiendo a Dios que le diera fuerzas para convencer a los hombres de que cambiaran la cólera por la dulzura, la codicia por la generosidad, la crueldad por la justicia.

Pero el Señor Dios sabía que deberían pasar miles de años antes de que los hombres se dejaran guiar por las palabras de Jesús. Muchos las oírían y las seguirían, pero otros muchos lucharían para que nadie las oyera. Pues en la Tierra había gentes que vivían lujosamente gracias a que eran crueles y atemorizaban a los demás para despojarlos de sus bienes, y que eran codiciosos y querían las riquezas del mundo para ellas solas. Esas gentes tuvieron miedo de las prédicas de Jesús, lo hicieron preso y le acusaron de faltar a la ley de Dios. Así como los reyes y don Nicolás, cuando Él nació, creyeron que era el hijo de Dios sin que necesitaran oírsele decir a nadie —porque ellos eran puros de corazón y no temían la llegada del Hijo de Dios a la Tierra—, y así como cuando Él fue hombre mucha gente humilde y buena creyó en Él y le siguió por los caminos y le daba albergue y pan; así los grandes señores, que eran coléricos, codiciosos y crueles, le odiaron porque Él predicaba el perdón, la

bondad y la justicia, y eso era lo contrario de lo que ellos llevaban en sus almas. Rodeados de hombres con espadas y lanzas, fueron una noche al huerto donde Él oraba y le hicieron preso. Esa noche le abofetearon; el otro día le vistieron de blanco, que era el traje de los locos, le pusieron en la cabeza una corona de espinas y en el hombro una pesada cruz de madera, y a latigazos y pedradas le hicieron subir un cerro. Desfallecido de hambre y agotado por el maltrato, Jesús caía a menudo bajo la cruz, pero a golpes le obligaban a levantarse de nuevo. Cuando llegaron a la cima lo clavaron sobre la cruz, por las manos y los pies, y después metieron la cruz en un hoyo. A ambos lados pusieron en dos cruces a dos ladrones, como para que la gente creyera que Jesús era también un ladrón. En el extremo de una caña de bambú colocaron una esponja llena de hiel y vinagre, y cada vez que Jesús se desmayaba a causa del dolor le hacían beber esa mezcla. Muchos desdichados que ignoraban por qué lo hacían daban gritos de contento al pie de la cruz; otros, asustados, se escondían en las faldas del cerro; otros lloraban en silencio. Al fin le dieron una lanzada a Jesús en un costado, y entonces Él dijo, con voz de moribundo:

—Padre, padre, ¿por qué me has abandonado?

La queja de Su Hijo subió velozmente a los cielos y despertó al Señor Dios. De inmediato miró hacia la Tierra y vio allá abajo, sobre un cerro pelado, a Su Hijo que pendía de una cruz. La indignación le sacudió. ¡Los locos de la Tierra habían crucificado a Su Hijo mientras Él dormía, le habían martirizado, le habían escarnecido y torturado sólo porque predicaba la palabra de Dios! Se indignó tanto que hizo temblar aquel cerro; saltaban las piedras por los aires, cruzaban el aire los relámpagos y en medio del día las tinieblas de la noche descendieron sobre las cabezas de los que habían crucificado a Jesús. En ese momento, Jesús expiraba. El dolor del Señor Dios era indescriptible. Y entonces se le oyó decir:

—¡Dentro de tres días resucitarás y vendrás a estar aquí conmigo; y desde aquí juzgarás a hombres y mujeres por los siglos de los siglos!

Eso dijo, y a partir de tal momento el llanto o la queja de cualquier niño de la Tierra removerían sus entrañas. Con ellas removidas se hallaba, y en vista de que su indignación era tan grande que de haber seguido despierto habría acabado con el género humano, prefirió dormir de nuevo dos días más. En el tercero estaría despierto para recibir a Su Hijo.

Llegó Jesús allá arriba, y le tocó entonces atender a los hombres, juzgar cuál de ellos había procedido mal y cuál bien, cuál cumplía la palabra de Dios y cuál no. El Señor Dios no tenía en qué ocuparse. A veces se ponía a recorrer los cielos, fijaba sus ojos en uno de los mundos, lo observaba, seguía su ruta; otras veces volvía la mirada a la Tierra y tomaba cuenta de cómo iban cambiando las cosas allá abajo. Morían los reyes, los imperios desaparecían, se formaban nuevos pueblos. Poco a poco mucha gente iba sumándose al número de los que creían en las prédicas de Jesús, y en lugares distantes se invocaba el nombre del niño que había nacido en Belén y se le llamaba Hijo de Dios. Año tras año Gaspar, Melchor y Baltasar recorrían los países

cálidos dejando juguetes en las casas donde había niños, y don Nicolás iba a los países fríos para hacer lo mismo. De cuando en cuando, digamos cada doscientos o cada trescientos años, el Señor Dios se sentía cansado y se dedicaba a dormir.

Así fueron pasando los siglos. Pasaron quinientos años, pasaron mil, mil quinientos, mil novecientos. Ya estaban pobladas casi todas las tierras, hombres de diversas razas cruzaban los mares en barcos; algunos habían inventado máquinas con las cuales se montaban fábricas de numerosos objetos y era grande el número de ciudades que se veían aquí y allá. Pero los hombres no dejaban de matarse entre sí; construían armas para dar muerte, formaban ejércitos para hacerse la guerra, algunos señores se creían dueños del destino, sometían los pueblos al terror y se hacían adorar como jefes insustituibles. De tarde en tarde —es decir, de siglo en siglo— el Señor Dios despertaba, veía a esos desdichados y sentía pena por ellos, ¿pues a qué conducía que alguien se hiciera emperador o amo de los demás, si lo que debe procurar el hombre no es hacerse poderoso, sino bueno? El poder se acaba cuando se acaba la vida, pero la bondad perdura porque produce felicidad en los demás.

Algunas veces los hombres parecían volverse juiciosos; usaban la inteligencia en hacer buenas cosas; cortaban las montañas para ir de un mar a otro, unían las ciudades con caminos de tierra y cemento o por medio de ferrocarriles, levantaban hospitales para curar a los enfermos, inventaban medicinas, hablaban de paz entre los pueblos, de bienestar y felicidad para todos; pero a veces retornaban a sus locuras. En una ocasión el Señor Dios los vio navegando por debajo del agua y en otra oyó ruidos raros, quiso ver y le pareció que pasaban grandes pájaros de metal. Los hombres habían creado el submarino y el avión.

Tras una guerra en que murieron millones de hombres el Señor Dios observó, muy complacido, que en todos los países celebraban la paz con grandes muestras de alegría. Pero veinte años después se oyó un gran estruendo; el Señor Dios hizo su agujero en las nubes y se asomó. Su disgusto no tuvo límites porque la humanidad estaba matándose de nuevo. Las ciudades quedaban destruidas al paso de los aviones, el fondo de los mares se llenaba de barcos hundidos. Gobernantes, filósofos y oradores de uno de los bandos afirmaban que los seres humanos de unos pueblos eran superiores a los restantes habitantes del siglo, que había razas con todos los derechos y otras destinadas a la esclavitud. El Señor Dios no cabía en sí de la indignación. ¿Cómo era posible que olvidaran que todas las razas eran obra suya, creación del señor Dios, único rey verdadero del universo? Su Hijo, su propio Hijo, ¿no había nacido del vientre de una mujer que pertenecía a una de las razas que esos locos llamaban inferiores?

Aquella guerra llevaba años cuando se produjo un ruido inconcebible, que llamó la atención del Señor Dios. Fue una explosión que Él sólo había oído cuando algún mundo estallaba. A seguidas de la explosión se alzó a las alturas una columna de humo resplandeciente, que parecía un hongo gigantesco.

—Ya hicieron esos locos explotar el átomo —dijo el Señor Dios.

Eso le preocupó mucho, pues si los hombres no se apresuraban a dominar el átomo para ponerlo al servicio del bien, podían hacer volar la Tierra entera. A seguidas oyó otra explosión. Entonces se llenó de cólera.

—¡Paz! —gritó a toda voz—. ¡Paz en la tierra o los hago desaparecer a todos ahora mismo!

¿Oyeron esas terribles palabras los que dirigían la matanza en la Tierra, o sin oírlas sintieron que una hecatombe amenazaba al género humano? No se sabe. El caso es que se hizo la paz. De los frentes de guerra volvieron los buques llenos de soldados; las madres abrazaron a sus hijos, las hermanas a sus hermanos, las mujeres a sus maridos. Muchos millones de jóvenes quedaron enterrados en países lejanos; otros desaparecieron en las arenas de los mares. Pero los cañones ya no tronaban ni se oía el estruendo de las bombas. Ese mismo año, cuando en todas partes se celebraba la Navidad y en los templos se oían los cánticos de Nochebuena, el Señor Dios oyó un llanto. Era el llanto de un niño; subía desde la Tierra y sonaba en el silencio de los cielos en forma desgarradora. «Ese niño sufre», pensó el Señor Dios lleno de amargura. Recordó el día en que Su Hijo moría en la cruz, sintió que el corazón se le llenaba de dolor; miró hacia abajo, y he aquí lo que vio:

Había en la Tierra un río, y al norte de ese río un país que los hombres llamaban Estados Unidos de América; y allí caía la nieve. Al sur había otro país; se llamaba México y estaba entre los países cálidos. El Señor Dios nunca se había preguntado por qué los hombres se agrupaban en países, los bautizaban con nombres, establecían fronteras entre ellos. Esas costumbres pertenecían a lo que Él llamaba «pequeñeces humanas», que ningún interés tenían para Él. Ahora bien, como en muchas otras partes del globo donde sucedían cosas parecidas, en esos dos países que estaban juntos los habitantes eran distintos y hablaban lenguas diferentes.

El niño que lloraba era de México; no tenía madre y vivía con su abuela y su padre en una choza de barro, cerca de la frontera. Era una criatura de pelo negro, de negros ojos, de linda piel quemada y blancos dientes. Lloraba porque no tenía juguetes con que celebrar la Navidad de Jesús.

¿Cómo y por qué era posible que un niño sufriera por falta de juguetes en un mundo de gentes que habían destruido en la guerra cientos de ciudades y millones de vidas? ¿Cómo podía explicarse que los hombres fabricaran cañones y bombas en vez de juguetes para los niños? ¿Por qué sufría él; qué le impedía ser feliz esa noche, a él, pequeño retoño de vida, ignorante de las maldades humanas? El Señor Dios no podía comprenderlo y se sentía abrumado por aquel llanto.

—¡Nicolás, por ahí hay un niño que llora a causa de que no tiene juguetes esta noche! —gritó Él con su gran vozarrón.

Don Nicolás, a quien la gente llamaba Santa Claus o Papá Noel, oyó al Señor Dios y juntó las manos sobre la boca para responder, lo más alto que pudo:

—¡Lo sé, Señor, pero no está en mis tierras, sino en las de los Reyes!

—¿Y a mí qué me importa que esté en tierras de los Reyes? ¡Yo no fijé fronteras como han hecho los hombres, y ese niño está cerca de donde tú te hallas! ¡Ponle remedio a eso antes de que me enoje!

Jamás había oído el bueno de Santa Claus lenguaje tan impresionante. Pero comprendió que el Señor Dios tenía razón, puesto que él se hallaba en Tejas, cerca de la frontera con México, y los Reyes Magos andaban lejos, hacia el sur. La conclusión a que llegó Santa Claus fue ésta: «El Señor Dios está de mal humor, y vale más complacerle». Y como él estaba acostumbrado a hacer las cosas de la mejor manera posible, se metió en una casa donde entendió, por las antenas, que había estación de radioaficionados, y comenzó a llamar a los tres reyes. Al cabo de mucho rato oyó una voz que decía:

—ORK, ORK... Baltasar contestando, Baltasar contestando a don Nicolás, por favor, hagan cadena.

¡Por fin! Parecía que la situación iba a mejorar. Santa Claus no perdió tiempo en informar:

—Hay un niño llorando cerca de aquí, rey Baltasar, en la frontera con México, y el Señor Dios dice que es porque no tiene juguetes. Me pidió que arreglara eso y parece estar de mal humor. A mí se me acabaron ya los juguetes. ¿Crees tú que podríamos hacer algo para complacer al Señor Dios?

La voz de Baltasar cruzó en el acto los aires para explicar que también ellos, los Reyes Magos, habían oído al Señor Dios cuando se dirigía a Santa Claus, pero que no podían hacer nada por el momento en favor del niño porque carecían de juguetes suficientes para toda la población infantil y por eso habían dejado a ese niño fuera de las listas.

—Tuvimos que racionar las entregas este año a causa de la guerra última —decía Baltasar.

El Señor Dios estaba oyendo desde allá arriba, y sin pedir permiso se metió en la conversación.

—¡No quiero explicaciones, quiero soluciones! ¡Si ese niño sigue llorando voy a hacer un escarmiento ejemplar con todos ustedes, con los Reyes y con don Nicolás! ¡Ya lo saben! —tronó.

Es inútil hablar del mal rato que pasaron Santa Claus y el rey Baltasar. Los dos se quedaron mudos; y al fin se oyó la voz de Santa Claus diciendo:

—¿Ya oíste? El Señor Dios pierde la cabeza cuando oye a un niño llorando. Piensen ustedes en alguna manera de resolver el caso, que por mi parte yo haré algo.

Para Santa Claus la situación no era fácil. Pues pasaba ya de medianoche y él había repartido todos los juguetes que había tenido. Volvía de retorno a su hogar cuando oyó hablar al Señor Dios; y he aquí que al oír aquel vozarrón el hermoso reno se había asustado. Hacía más de mil novecientos años que no lo oía. A partir de ese momento se puso nervioso, y cuando Santa Claus tomó su trineo, después de haber localizado por radio a Baltasar, estaba también en estado de nervios a causa de que no

tenía práctica en el manejo de la estación de radio y la electricidad le asustaba. No ha de producir asombro, pues, que, nervioso el que le guiaba y nervioso el reno, éste se asustara en un momento dado y cayera en una zanja. En ese incidente el hermoso animal se dislocó una pata. De manera que a la hora de tener que resolver el problema del niño mexicano, Santa Claus se encontraba con que no tenía juguetes y con que no podía trasladarse a otros sitios para buscarlos, porque su reno se había inutilizado.

Hay momentos muy difíciles en toda vida, aun en la vida de un inmortal como Santa Claus; y uno de ellos es cuando debe escogerse entre la forma de hacer algo y el fin con que se hace. Por ejemplo, esa noche, ¿había de pensar en la manera o en el fin? Todas las tiendas estaban cerradas; era inútil, pues, tratar de comprar algo para el niño mexicano. Sin embargo, algún juguete tenía que aparecer. El fin que perseguía era bueno, sin duda, ¿pero podía él lograrlo con métodos malos? Baltasar le había dicho que los reyes habían dejado al niño fuera de sus listas; además, todo indicaba que estaban muy lejos de la frontera, y por otra parte el Señor Dios había sido muy categórico. «Ponle remedio a eso antes de que me enoje», había dicho. Ese «ponle» quería decir que le pusiera remedio él, Santa Claus, y nadie más.

En verdad, el momento no era agradable. Santa Claus pensaba, con razón: «Yo no puedo meterme a escondidas en la casa de un niño para llevarme alguno de sus juguetes; eso sería robo». Y en cuanto a solicitarlo como regalo, ¿qué diría un señor a quien Santa Claus llamara, a esa hora de la noche, para decirle que quitara a uno de sus hijos cualquier juguete y se lo diera a él para llevárselo a un niño mexicano? Santa Claus se exponía a que ese señor no le creyera, a que llamara en su auxilio a la policía pensando que se trataba de un farsante que pretendía entrar en su hogar quién sabe con qué propósitos, o en último término que llamara a un manicomio para que cargaran con él. En tantos siglos conviviendo con ellos, Santa Claus había aprendido a conocer a los hombres y sabía que muchos no creen en la existencia ni de Santa Claus ni de los Reyes Magos.

La única solución que le pareció hacedera fue la de meterse directamente en la habitación de un niño, de uno cualquiera, pues la mayoría de ellos es de alma pura y adivinan la verdad donde la oyen; llegar y decirle: «Vengo a que me des uno de esos juguetes que yo te traje hoy, porque del lado mexicano, cerca de la frontera, hay un niño que no tiene con qué jugar esta noche».

Ésa le pareció la solución correcta. Pero he aquí que tratando de ponerla en práctica pasó el risueño Santa Claus malos momentos. Uno de ellos fue en la primera casa donde entró, porque el padre del niño oyó que alguien abría la ventana y comenzó a dar grandes voces.

—¡Ladrones, ladrones, socorro! —gritaba.

Los gritos eran tan desaforados que Santa Claus tuvo que desistir y buscar otro lugar. Escogió un barrio apartado; y ya estaba abriendo la verja de una de esas graciosas casitas norteamericanas de dos pisos, cuando de buenas a primeras sintió un rugido, oyó a su espalda algo como una exhalación, y se halló a seguidas con tamaño

perrazo pegado a sus pantalones. No fue fácil desprenderse de aquel feroz animal. Santa Claus no pudo explicarse nunca, después del episodio, cómo se las arregló él para saltar la verja con todo y perro. Éste, muy persistente, creyó que su deber era seguir prendido, por varias cuadras, de los fondillos de Santa Claus.

Pero alguna vez tenían que terminar las tribulaciones del bondadoso anciano. Un cuarto de hora después de ese mal rato vio una casa abierta y a un matrimonio de mediana edad charlando adentro.

—Buenas noches, señores —dijo Santa Claus con su mejor voz—. Vengo en busca de algún juguete, aunque sea usado, para un niño que se ha quedado sin él.

La señora fue muy gentil y atendió a Santa Claus graciosamente.

—Aquí hay algunos de un sobrino nuestro que no ha venido a buscarlos —dijo—. Están bajo el árbol de Navidad. Escoja usted mismo el que le guste.

Santa Claus escogió un pequeño automóvil. Se despidió de prisa y salió más de prisa aún. Debía tratar de llegar a la frontera antes de que se hiciera tarde, y además tenía que dejar al reno en lugar seguro. Puesto que la noche no había sido afortunada, esperaba nuevos contratiempos antes de dar fin a su misión.

Capítulo VI

Pero no sólo el viejo Santa Claus pasó apuros esa noche. También los estaban pasando los Reyes Magos, y no hay que tener mucha imaginación para sospechar que las tribulaciones de los Reyes Magos eran mayores que las de Santa Claus, pues el hecho de que fueran tres personas de caracteres tan distintos complicaba siempre los problemas.

Los Reyes iban saliendo ya de México, en camino hacia La Habana, cuando Baltasar, que estaba dejando un juguete en la casa de un niño cuyo padre tenía estación de radioaficionados, acertó a recibir la llamada de Santa Claus. Salió a saltos en busca de sus compañeros, y dio con Melchor, que disfrutaba, sobre su camello, de un corto sueño. Baltasar le contó en el acto lo que sucedía, a lo que respondió Melchor diciendo:

—Mal se presenta la situación, Baltasar. Yo entregué ya el último de mis juguetes, a ti sólo te quedaba ése que dejaste en la casa de donde vienes; en cuanto a Gaspar, tenía tres niños a quienes visitar. Ojalá demos con él antes de que haya ido donde el último.

Baltasar no era rey que se quedara callado; echaba afuera cuanto pensaba y sentía. Por esa causa comenzó a protestar de la costumbre que habían adoptado en los años recientes, la de almacenar con anticipación en cada país los juguetes que iban a repartir en él.

—Eso se llama organización, Baltasar —explicaba Melchor—. No podemos ir contra los tiempos. Es absurdo quedarse atrasado.

—Por no quedarnos atrasados ahora nos vemos en apuros. Propongo que nos metamos en una tienda y nos llevemos cualquier juguete para ese niño.

—Sería un hermoso ejemplo para los niños del mundo que el rey Baltasar amaneciera preso por robo con fracturas.

—Que yo amanezca preso no importa; lo importante es que ese niño no siga llorando.

—A los ojos de alguna gente, puede que tengas razón. Pero hay mucha que vería el asunto por otro lado.

—¿Por qué otro lado?

—Dirían: «Claro, tenía que ser el negro el que cometiera ese robo».

Baltasar no tardó un segundo en responder:

—Es verdad, pero eso tiene solución; métete tú en la tienda y así no dirán que fue el rey negro.

Melchor miró calmadamente a su compañero al tiempo que decía:

—Ni el negro ni Melchor, rey Baltasar. Nosotros tenemos que actuar en forma correcta. Hablemos con Gaspar y veamos entre los tres cómo resolvemos el caso.

—¡Allá lo veo! —exclamó Baltasar señalando hacia una hermosa avenida.

Y en efecto, allá se veía al rey Gaspar, iluminado por las farolas eléctricas, con su barba blanca agitada por el aire, cabalgando su camello, casi flotando tras él su brillante manto azul.

—Rey Gaspar, acércate, que tenemos que hablar —gritó Baltasar.

—No es hora de hablar, sino de apresurarnos. Se hace tarde y nos esperan en Cuba —respondió Gaspar.

—¿De qué se ríe este loco? —preguntó dirigiéndose a Melchor.

—De que tenemos que hacer un viaje a la frontera del norte, donde hay un niño que llora porque lo dejamos sin juguetes —explicó Melchor.

—¿Cómo? ¿A esta hora y sin tener qué llevarle?

—Sí, compañero, a esta hora, y hay que buscar algo que llevarle. Es orden del Señor Dios —dijo, con muchos movimientos de brazos y manos, el rey Baltasar.

—¡Esto es un desorden, un verdadero desorden! —clamó el rey Gaspar—. Ai Señor Dios le era muy fácil resolver ese asunto sin nuestra intervención.

Entonces se oyó el vozarrón del Señor Dios, que venía desde la altura:

—¡Son ustedes los que tienen que resolverlo, mentecatos, para que otra vez se guarden mucho de sacar de la lista a un niño, por pobre y olvidado que sea!

Al oír esas palabras, hasta los camellos se echaron a temblar. Ni siquiera el rey Gaspar se atrevió a insinuar una protesta. Durante buen rato los tres se quedaron mudos, mirando hacia arriba, donde sólo rutilantes estrellas se veían. Una brisa bastante fría pasaba meciendo las copas de los árboles y limpiando el cielo de nubecillas, y se oía, como un zumbido, el rumor de la ciudad.

—Majestades, ya lo han oído. Hay que buscar un juguete, por lo menos uno, y salir en el acto hacia la frontera —afirmó Baltasar.

Pero no era fácil hallar el juguete y no era fácil llegar hasta la frontera a tiempo usando los viejos camellos; puntos ambos que fueron materia de discusión entre los reyes. Al fin Baltasar propuso algo práctico: alquilar un avión que los dejara lo más cerca posible del lugar donde vivía el niño que lloraba.

—¿Y cómo alquilarlo? ¿Dónde está el dinero? ¿No gastaron ustedes todos los tesoros que nos dio el Señor Dios comprando juguetes? ¿No me hicieron gastar también los míos? Ahora ha llegado el momento de lamentar esas locuras.

Como es claro, esto lo dijo el rey Gaspar, por cierto con voz bastante agria.

—La única solución es vender los camellos —apuntó calmamente el rey Melchor.

—¿Qué has dicho, rey Melchor? ¿Estás perdiendo la razón? ¿Qué se ha hecho de tu antigua cordura? ¿Vender yo mi camello?

Era otra vez el rey Gaspar quien hablaba. La verdad es que al rey Gaspar le ponía fuera de sí oír alguna proposición que significara pérdida. Pero no le sucedió lo mismo al rey Baltasar. Éste era expeditivo; lo que le interesaba era resolver el problema del momento y no se detenía en consideraciones sobre lo que sucedería mañana. Baltasar se agarró a la idea de Melchor como uno que va cayéndose al mar se agarraría a un clavo ardiendo; y tanto arguyó, opinó, habló y gritó que un cuarto de hora después salía con los tres camellos en busca de un circo que había visto poco antes. Quería proponerle al dueño que le comprara los tres animales. Ya iba lejos Baltasar, y todavía oía las protestas del viejo rey Gaspar.

No se sabe cómo se las arregló el rey negro, pero es el caso que en poco tiempo volvió diciendo que ya estaba todo arreglado y que el avión esperaba por ellos. Sólo una cosa no había podido obtener, el juguete para el niño; pero según le dijeron en el circo, al llegar al aeropuerto de destino podrían hallarlo. En suma, antes de que Gaspar pusiera fin a sus protestas, los tres amigos iban volando, camino de la frontera del norte.

Nunca pensaron los tres reyes del desierto, en más de mil novecientos años que tenían repartiendo juguetes, que algún día usarían un pájaro de metal para ir a dar un poco de felicidad a un niño que vivía en choza de barro, a centenares de millas de distancia. Pero las sorpresas que ofrece la vida son muchas y eran incontables las vueltas que había dado el mundo desde la noche en que fueron a Belén; todo había cambiado, todo era distinto. Sólo el Señor Dios seguía siendo igual, y Él velaba por la dicha de los pequeños porque también Él había tenido un hijo y nada agradaba más a su corazón que ver felices a los niños.

Los cambios habían sido grandes y los reyes del desierto lo sabían mejor que nadie, porque recorrían año tras año parte de la Tierra y veían cada vez más novedades. El hombre era audaz; usaba su inteligencia en inventar las cosas más raras. No sólo fabricó el avión, el teléfono, el radio, la televisión, máquinas que servían para todos los usos y medicinas que curaban casi todas las enfermedades, sino que además, iba extendiéndose la idea de que la verdadera comodidad no se lograba

nunca si el alma del hombre se mantenía inquieta, y la manera de tranquilizar el alma no era dando al cuerpo los mejores alimentos; la manera más adecuada era buscando la paz por medio de la bondad. Los hombres iban aprendiendo que no era teniendo más poder o más conocimiento solamente como lograrían la felicidad, sino refinando sus sentimientos y haciéndolos cada vez más firmes y puros. Con la ambición se conquista el poder, con el estudio se conquistan las ciencias; pero sólo con la bondad se conquista la dicha.

El Señor Dios persistía en un punto; y he aquí cómo Él lo decía para sí: «Los hombres tienen que aprender a quererse, porque el amor los hará bondadosos y los salvará de ser codiciosos, crueles e injustos». El Señor Dios ponía toda su ternura en los niños porque ellos saben querer naturalmente, y se llenaba de ira cada vez que oía a un padre decir a sus hijos que para ganar buen éxito en la vida hay que ser duros de corazón, egoístas y fríos. Pero esos padres, por suerte, eran cada vez menos. El Señor Dios veía con placer que cada día la humanidad avanzaba hacia el amor, que cada día era mayor el número de los que deseaban ser bondadosos. Por ejemplo, el dueño del circo que compró los camellos de los Reyes Magos no necesitaba para nada de esos pobres animales, pero le hizo creer a Baltasar que le hacían falta a fin de que el rey negro y sus compañeros tuvieran dinero para el viaje.

El viaje fue rápido, pero no tanto que llegaran a tiempo para hallar gente en el aeropuerto. Era muy poca la que se veía y ya estaban cerradas las pequeñas tiendas. De manera que cuando Baltasar preguntó dónde podría comprar un juguete para un niño que lloraba porque no tenía ninguno, le dijeron que ya no había comercios abiertos. En ese momento se le acercó un hombre humilde, vestido con ropa sencilla de algodón y una especie de cobertor que le cubría los hombros y el pecho. Tenía los pies calzados con pedazos de goma de automóvil. Era pálido, delgado, de pelo muy negro que le caía sobre la frente. Su estampa iba pregonando su pobreza, pero a la vez su rostro reflejaba bondad. Con mucha dulzura en la voz explicó:

—Yo fabrico juguetes de madera para venderlos en estos días. ¿Me permite ofrecerle el único que me queda? Es rústico, hecho a cuchillo, y deseo regalárselo.

Al terminar de hablar echó al suelo un saco que llevaba a la espalda, y de él extrajo ropa sucia, frutas, un paquete de maíz y algunas otras cosas que llevaba a su casa. Revuelto con todo eso estaba el juguete, un precioso caballito de madera que arrastraba tras sí una diminuta carreta.

—Amigo, esto es una belleza. Dios ha de pagarle a usted su bondad —dijo efusivamente el rey Baltasar.

Melchor se acercó, miró con su habitual calma el juguete, y comentó:

—Está muy bien hecho. Gracias.

Pero Gaspar no dijo nada; esto es, no dijo nada acerca del regalo que acababan de recibir, porque habló de otra cosa. Preguntó:

—¿Y el niño? ¿Dónde vive el niño ése?

El malhumorado rey sabía que el niño vivía en la frontera del norte, pero hacía la pregunta porque deseaba que sus dos amigos terminaran cuanto antes de hablar con el hombre que les había obsequiado el juguete. La acción del desconocido le conmovió como pocas veces, desde que vio al Hijo de Dios en el establo de Belén, se había sentido conmovido.

Y al rey Gaspar no le gustaba que le sucediera eso. Recordaba con toda nitidez que por haber experimentado una emoción parecida, casi dos mil años antes, había regalado a una vieja enferma una moneda de plata, y, ¡caramba!, jamás se perdonaría él esa debilidad, aunque viviera diez mil siglos. Baltasar, que a todo esto se hallaba hablando con otra persona, había oído la pregunta de Gaspar y no tardó en contestarle.

—Este señor está explicándome que la frontera queda lejos. Parece que tendremos que alquilar un automóvil para ir allá.

Por lo visto, era la peor noche en la vida de Gaspar. No acababan de darle disgustos.

—¿Alquilar un automóvil? —preguntó—. ¿Y con qué dinero, rey Baltasar?

Y he aquí que de pronto se oyó una gran voz que caía de lo alto y decía:

—¡Con las dos monedas de oro que te guardaste la noche en que nació Mi Hijo, rey Gaspar, avaro del demonio!

Desde luego, es inútil tratar de describir la escena que se produjo allí. De los presentes, sólo los tres reyes oyeron la voz. Nunca jamás se vio un grupo real más confundido que ése. El primero en reaccionar fue Baltasar.

—Conque dos monedas de oro, ¿eh?

Tenía un tonillo que era a la vez burlón y colérico. Dejándolo a un lado, se dirigió a Melchor, como un general en jefe que da órdenes en medio de la batalla.

—¡Melchor, busca un automóvil, el primero que pase, y contrátalo sin discutir el precio, que Gaspar tiene dinero!

En verdad, Gaspar estaba tan apenado que tuvieron que empujarlo para que entrara al automóvil. Tardó mucho en hablar. A su lado, mirándole en silencio, con expresión severa, iba Melchor. Probablemente llevaban ya media hora de camino cuando el rey Gaspar dijo:

—¡Ha sido una injusticia lo que el Señor Dios ha hecho conmigo, y ha sido además una tontería obligarme a gastar el último dinero! ¡Yo guardaba esas monedas para un caso de necesidad!

—Sí, claro, las guardaste casi veinte siglos —comentó Baltasar.

Durante todo el viaje, cada diez, a veces cada ocho y hasta cada cinco minutos, se oía a Gaspar murmurar.

—¡Es una injusticia quitarme lo último que me quedaba!

Tanto lo dijo y tanto lo repitió, que oyéndole el rey Melchor acabó por dormirse como si lo arrullara una canción de cuna. Mientras tanto, el automóvil iba a toda marcha hacia la frontera y Baltasar, el rey negro, que no usaba manto, se frotaba los

brazos con ambas manos porque la noche era fría. El alegre rey echaba de menos el clima de su oasis, cálido en el día y fresco en la noche. Las temperaturas heladas no se habían hecho para él.

Sin embargo había una persona que estaba pasando más frío que Baltasar, a pesar de que se hallaba acostumbrado a las nieves. Era Santa Claus. Pues el buen viejo, deseoso de llegar lo más pronto posible a la choza del niño mexicano, e imposibilitado de usar su reno, se fue a pie y decidió lanzarse al río y cruzarlo a nado. Mala idea fue ésa, porque el risueño Santa Claus no tenía edad para andarse dando chapuzones en agua helada, y menos a las dos de la mañana. Y como su ropa era de lana, conservó la humedad y no se calentó a pesar de la caminata que tuvo que hacer por entre breñales y cerros pelados. Caminó a campo traviesa, orientándose por el llanto del niño, oyendo a ratos ladridos de perros, buscando afanosamente con la mirada, en medio de la oscuridad, la choza adonde se dirigía.

A menudo tropezaba, volvía a levantarse, se caía y gateaba como los niños. Debido a todo ello iba ensuciándose la ropa en forma lamentable. Y no cesaba de sentir frío. En una ocasión estornudó.

—Creo que me he resfriado —dijo el buen viejo en alta voz.

Y así era. Pero resfriado o no, siguió su marcha. Columbró al fin la choza. Había una ventana mal cerrada, y por ella entró Santa Claus. La vivienda era pobre, aunque limpia; su piso era de tierra y sólo tenía dos habitaciones, una que debía ser la de recibir a la gente, que hacía a la vez el papel de sala, depósito y comedor, y otra en la que estaban el niño que lloraba y su abuela. La anciana, ya muy gastada por los años, dormía sobre una estera de paja. Al oír el ruido, el niño preguntó:

—¿Quién es? ¿Son los Reyes Magos?

No tenía miedo, sino esperanza, la esperanza de que a esa hora los Reyes Magos llegaran hasta el apartado lugar donde él vivía y embellecieran su soledad con el juguete que él les había pedido. Por primera vez desde que recorría la Tierra en su oficio de Santa Claus, don Nicolás sintió que el corazón se le contraía. Una lágrima le tembló en cada párpado; se secó la derecha con la manga, pero la izquierda cayó, rodó hasta el blanco bigote y allí se perdió. Y por primera vez también dijo una mentira.

—Sí, somos los Reyes Magos —aseguró con voz que casi no se oía.

La habitación estaba oscura, pero él adivinó una sonrisa en los labios del niño.

—Gracias, Reyes queridos —respondió el niño en tono conmovedor.

A seguidas se oyeron conversaciones afuera, algo como una discusión, una voz que murmuraba:

—¡Me han hecho gastar mis últimas monedas y ahora no tengo ni con qué pagar el viaje de retorno!

Santa Claus recordó esa voz; le pareció la de un viejo barbudo, de manto azul, que subía a un camello frente al establo de Belén en el momento en que él llegaba allí casi dos mil años atrás. Era el mismo tono inconfundible de hombre de mal humor.

Santa Claus se asomó a la ventana y en tal momento volvió a estornudar. Oyó a alguien decir:

—No discutas más, rey Gaspar, que en la choza están despiertos. ¿No oíste el estornudo?

En ésa le pareció reconocer la voz del hombre que llevaba manto amarillo, aquel que le decía al rey malhumorado que debía averiguar a quién pertenecían los tesoros que hallaron en sus camellos. Sí, estaba en lo cierto, no cabía duda de que los que hablaban eran los Reyes Magos. Pero podía estar equivocado. Después de todo, habían transcurrido casi veinte siglos. De todas maneras, Santa Claus tenía que irse ya; y cuando iba a saltar de la ventana se dio de manos a boca con el rey negro. Éste le miró en esa posición inesperada, trepado en la ventana, y en el acto gritó:

—¡Majestades, déjense de discutir y vean quién está allí! ¡Es Santa Claus, el viejo que estuvo en Belén aquella noche! ¿No se acuerdan de él?

—¿Qué me importa a mí quién sea? Lo que yo digo es que el Señor Dios me ha hecho gastar mis únicas dos monedas y ahora estamos en este hoyo sin que sepamos cómo vamos a salir de él.

Está de más decir que fue el rey Gaspar quien habló. En cambio, Melchor inclinó la cabeza con mucha cortesía y se dirigió a Santa Claus con estas palabras:

—Aunque la ocasión resulte desusada, me complace saludarlo, don Nicolás.

El rey negro lo dijo en otra forma. Fue así:

—¡Venga un abrazo, compañero; porque a pesar de que hemos estado cerca de dos mil años sin vernos, usted es nuestro compañero!

De esa manera, y en tan lejano lugar, volvieron a encontrarse, veinte siglos después, los que la noche del nacimiento de Jesús le rindieron homenaje en su pobre cuna de heno. Mientras Baltasar entraba a la choza para dejar el caballito de madera y la carretita a los pies del niño —que ya en ese momento dormía como un bendito—, Melchor y Santa Claus se fueron andando por una senda llena de piedras. Con los brazos cruzados sin moverse de allí, Gaspar rezongaba sin descanso:

—¡Ha sido una injusticia del Señor Dios; ha sido una injusticia! Así lo halló Baltasar, que prácticamente lo arrastró tras sí. Poco después los tres reyes y Santa Claus iban bajando y trepando cerros, cayéndose, levantándose, en una marcha sólo amenizada por los estornudos de Santa Claus y las quejas de Gaspar.

Desde arriba, el Señor Dios los contemplaba. Los veía irse juntos apoyándose entre sí, buscando orientación en medio de la oscuridad.

—Voy a mandar un lucero para que les señale el camino —dijo.

Y a seguidas, como casi dos mil años atrás, llamó a una estrella, una deslumbrante estrella que surcó el firmamento a velocidad increíble para acercarse al Señor Dios, de cuya boca oyó esta orden:

—Vete allá abajo, a la Tierra. Allí hay un sitio que es la frontera entre dos países llamados Estados Unidos y México; cerca de esa frontera van buscando rumbo cuatro

tunantes amigos míos. Alúmbrales el camino. Pero atiende bien, porque ustedes las estrellas son tontas, no oyen lo que se les dice y después...

No quiso seguir hablando; sacudió una mano, como indicando que ya estaba dicho todo lo que tenía que decir, y volvió a colocarse de pechos sobre el piso de nubes, la cara en el agujero desde el cual veía hacia la Tierra. Mas he aquí que se durmió. Se durmió un instante nada más.

Y al abrir los ojos vio esta escena:

Por las llanuras de Tejas, tirando de dos cuerdas amarradas a un trineo, iban el rey Baltasar y el rey Melchor; tras el trineo, empujando, uno alegremente, el otro con cara de disgusto, iban Santa Claus y el rey Gaspar. Echado en el trineo se veía el hermoso reno, una de cuyas patas delanteras estaba hinchada. La luz de un naciente sol de invierno iluminaba con pálidos reflejos al curioso grupo. En toda la extensión, las gentes dormían.

—Vaya, vaya, de manera que ahí tenemos juntos a los reyes y a don Nicolás. Se reunieron para hacer feliz a un niño indio y ahora van sudando para aliviar a un reno cojo. No está mal el ejemplo. Ojalá los hombres aprendan la lección y se unan para cosas parecidas.

Eso dijo el Señor Dios. Quería hacerse el humorista porque se sentía conmovido y se daba cuenta de que si no tomaba el asunto a chanza iba a llorar de emoción. Y es el caso que si lloraba sus lágrimas iban a inundar la Tierra; caerían en ella como si se desfondaran las fuentes de los cielos, porque las lágrimas del Señor Dios, que jamás había llorado, debían ser infinitas. Si se permitía llorar, hombres y animales, valles y montañas se ahogarían, como en los tiempos del diluvio. No; el Señor Dios no lloraría. Pero como estaba emocionado debía hacer algo.

Y se puso a silbar. Silbando se incorporó y comenzó a caminar poco a poco. Sin darse cuenta empezó a danzar. Lo que silbaba era una música celestial, de una finura inconcebible; y su danza era jubilosa y tierna, la danza misma de la felicidad. Abajo, en la Tierra, se oyó aquella música. La oyeron los pajarillos, que entonces despertaban y comenzaban a volar a su ritmo; la oyeron las flores, que en los países fríos se hallaban todavía sin nacer, cubiertas por la nieve, y en los países cálidos estaban mustias.

Y las flores no nacidas, y las mustias, comenzaron a cobrar vida y color, a perfumar el aire, que también danzaba y las hacía danzar. La oyeron Santa Claus y los Reyes Magos que alzaron sus rostros al cielo, sonrieron y dijeron los cuatro a un tiempo:

—Parece que el Señor Dios está contento.

Y la oyó aquel hombre humilde que había regalado a los reyes su caballito y su carretita de madera. Él había llegado a su choza de madrugada, poco antes de que saliera el sol, y había hallado despierta a la anciana madre, una mujer envejecida por los años y por la miseria, de cuerpo mínimo, ligeramente encorvada, cuyos tristes ojos irradiaban bondad.

—Buenos días, mamacita —dijo el hombre.

—Dios me lo bendiga, mi hijo. ¿Cómo te fue?

—Vendí todos los juguetes, menos uno que regalé, y compré maíz y medicinas.

—Falta hacen las dos cosas en esta casa. Dios es bueno. Acuéstate.

—Ahora no. Quiero que le dé la medicina al niño. ¿Cómo sigue?

—Ha estado más tranquilo que anoche. Debe haber delirado algo, porque le oí hablando anoche. Tal vez estaba soñando con los Reyes Magos, el pobrecito.

Clareaba ya, y el hombre entró en la habitación donde dormía su hijo enfermo. Por el tierno rostro moreno se difundía una sonrisa inocente que embellecía en forma indescriptible la miserable covacha de barro. El padre sintió que su corazón aleteaba y se inclinó para besar la pequeña frente.

Pero de pronto vio algo junto al niño; algo que le paralizó. Lo veía y no podía creerlo. Allí había un autito, un regalo de reyes para su hijo, y junto al autito la misma carretita que él había dado horas antes a tres hombres estrafalariamente vestidos, de túnicas y turbantes. Sólo que ahora el caballito y la carretita fulguraban, despidiendo reflejos a la naciente luz del día.

Asustado, tomó la carretita en sus manos y se encaminó hacia la anciana, que desde la otra habitación le miraba con la serenidad soberana de sus años. Quiso llamar la atención de la madre, decir algo, explicarle que aquel era el juguete que él mismo había hecho, pero que ahora era distinto, macizo, pesado, de un metal que él conocía pero cuyo nombre no se atrevía a pronunciar en ese momento, y que brillaba porque estaba recubierto de piedras de valor incalculable.

Pero no se dirigió a la madre, sino que dijo:

—¿Qué es esto, Señor?

Alzó los ojos a la altura, como esperando una respuesta. No hubo respuesta. Lo único que oyó fue una música que bajaba de los cielos, una música que iba envolviéndolo todo, como si las nubes hubieran estado cargadas de jilgueros y éstos cantaran celebrando el nacimiento del sol.

SANTA MARÍA DEL ROSARIO

La Habana, febrero de 1956

Más cuentos escritos en el exilio

Todo un hombre

Yeyo va a explicar su caso. Tiene gestos parcos y voz sin importancia. La gente se asombra de verle tan humilde. Es de cuerpo mediano, de manos gruesas y cortas, de ojos dulces. La verdad es que parece avergonzado de la importancia que le da el público. El juez le mira con fijeza y la gente se agolpa y se pone de pie. Yeyo está contando su caso con una tranquilidad desconcertante.

Él había oído hablar de Vicente Rosa, claro. En la región nadie ignoraba su fama; además, lo había visto con frecuencia. Vicente Rosa era lo que muchos llaman un hombre de sangre pesada. ¿Antipático? No; a él, Yeyo, no le caían los hombres ni mal ni bien; cada uno es como es y eso no tiene remedio. Pero si le preguntaran qué clase de hombre le parecía ser Vicente Rosa diría que un abusador. Cuando estaban construyendo la carretera de Jima le dieron a Vicente un cargo de capataz y estableció una casa de juego. Los peones, campesinos ignorantes, muchos de ellos haitianos, perdían allí el escaso jornal; después caían desfallecidos de hambre sobre el camino que construían y Vicente los arreaba a planazos. Un día los infelices se negaron a seguir siendo explotados. ¡Mala idea! Vicente montó en cólera y empezó a repartir machetazos. Algunos quisieron defenderse, pero aquel hombre era un torbellino. Abrió cráneos, tumbó brazos, seguido de los seis o siete amigos que les salen siempre a tales fieras, y entre alaridos de mujeres y de niños echaba por tierra los bohíos y les prendía fuego. Hasta los montes vecinos persiguió a los aterrorizados peones, y después se las arregló tan bien con la gente del pueblo que hasta presos fueron algunos de los perseguidos. Siempre sucede igual, claro, y también le parecía a Yeyo que tal cosa no tiene remedio.

Lo malo estuvo en que Vicente Rosa abusó de su fama de guapo. En la gallera nadie se atrevía a cobrarle si perdía, y cuando entraba en una pulpería el pulpero rogaba a Dios que se fuera pronto. Lo mismo si estaba una hora que si estaba diez bebiendo, decía tranquilamente que le apuntaran lo que fuera y nunca se acordaba de la deuda. En las fiestas le quitaba a los hombres las parejas sin decir palabra... Un hombre sangrudo, lo que se dice sangrudo.

El caso con Yeyo ocurrió así:

Por las vueltas de Pino Arriba vivía Eleodora. Toda la gente que llenaba la sala del tribunal vio a Eleodora. Bajo el pelo de brillante negrura mostraba la frente trigueña; después, las cejas finas, los ojos pequeños, y la nariz y la boca. ¡Qué boca, Dios! Sonrió dos veces y la gente se moría porque lo hiciera de nuevo. Era una boca menuda, de labios carnosos y dientes macizos. Cuando el juez le ordenó levantarse para jurar, muchos hombres la miraron alhelados. ¡Eso sí era mujer! Eleodora miraba a Yeyo con simpatía y la gente no quería admitir que hubiera algo entre dos seres tan distintos.

Yeyo era muy firme hablando. El juez preguntó:

—¿Estaba usted enamorado de la joven?

—Me gustaba —dijo resueltamente.

—Yo le pregunto a usted si estaba enamorado.

—Eso de enamorarse no es asina, señor. A uno le gusta lo bonito, pero enamorarse viene de adentro y asigún las condiciones de la mujer. Tal vé andaba por enamorarme... No se lo puedo asegurar, pero si el señor me lo permite le diré que lo que pasó hubiera pasao manque ella hubiera sido vieja y fea.

Descontando todos los circunloquios de la tramoya judicial, el caso puede sintetizarse así: Vicente Rosa, con su fama de guapo y sus ojos atravesados, estaba un día dándose tragos en la pulpería de Apolonio Torres, y allí mismo, sentado sobre una pila de aparejos, fumaba pacíficamente su cachimbo Yeyo Ramírez. Por dos veces estuvo Vicente mirándole con sorna. Yeyo, tranquilo, indiferente, le devolvía las miradas. Parece que Vicente perdió los estribos. Ordenó un trago de cuatro dedos y se dirigió con él hacia Yeyo.

—¡Beba, decolorío! —ordenó.

El joven no movió un músculo. Simplemente respondió:

—No bebo, amigo.

—¡Beba, le digo! —tronó el guapo.

—Le he dicho que no bebo.

—¡Beba! ¿O no sabe quién le habla?

—Sí, yo lo sé; usted es Vicente Rosa, pero yo no bebo.

Los tres o cuatro hombres que estaban en la pulpería se apresuraron a intervenir. Un viejo negro explicó:

—No puede, amigo; ‘ta enfermo.

Yeyo rectificó fríamente:

—Unq unq, no ‘toy enfermo na’. Lo que pasa es que no me da la gana de complacer al amigo.

Vicente Rosa hizo ademán de irle arriba, pero se le echaron encima los demás y lo contuvieron. Tenía los ojos fulgurantes como candelas y soplaba como animal.

—Váyase, Yeyo —rogaba el viejo negro.

—No puedo —explicaba Yeyo—, porque ‘ta al caer una jarina y si me mojo me da catarro.

Hecho un ciclón, Vicente Rosa luchaba por desasirse de los otros, y hacía temblar toda la pulpería.

—Aquiétese, Vicente, aquiétese —suplicaba el pulpero.

Sólo Yeyo estaba tranquilo allí. Seguía fumando con escalofriante serenidad y sus ojos dulces parecían ver el tumulto desde lejos. Por segundos volvía la mirada hacia el camino real, como si no tuviera que ver nada con lo que sucedía. El color azul de las lomas presagiaba lluvia.

—Vea que viene gente, Vicente —dijo el pulpero.

Y en efecto, llegó gente. Al ver la brega Eleodora se detuvo un instante, pero en seguida alzó la voz para pedir media libra de azúcar y un centavo de jabón, y esa voz,

que parecía un canto de ruiseñor, aplacó la reyerta. Fue un toque mágico. Vicente Rosa abrió la boca y desendureció los ojos. La muchacha, cortada, se volvió a Yeyo. Había percibido el ambiente de violenta admiración que había estallado a su presencia y parecía avergonzada.

Yeyo se levantó y se dirigió a ella.

—¿Ha visto? Ya empezó la jarina.

La muchacha se lamentó:

—Anda la porra, dique llover agora —y miró hacia el camino.

El que no quiso ver la llovizna fue Vicente Rosa. Ni se movía ni hablaba ni parecía recordar su reciente furia. Eleodora se puso de espaldas al mostrador. En el inicio de sonrisa que le llenaba el rostro de gracia se le veía el placer que le daba tanta admiración, aunque pareciera estar solamente interesada en el leve caer de la llovizna que iba haciendo brillar las hierbas y que empezaba a engrosar imperceptiblemente, cubriendo en la distancia la masa negruzca de las lomas.

De súbito aquella calma se rompió con unos pasos felinos de Vicente Rosa. Sus ojos volvieron a tener el brillo de antes y su boca volvió a mostrar el mismo gesto desdeñoso. Echó el cuerpo sobre el mostrador, mientras Eleodora simulaba estar tranquila. Vicente Rosa se le acercó más. Eleodora hizo un movimiento inapreciable, rehuyendo al hombre, y cruzó los brazos. Poco a poco su cara iba haciéndose pálida y dura.

Con una insultante sonrisa de media cara, Vicente Rosa preguntó:

—¿Cómo te llamas, lindura?

—Eleodora —contestó ella secamente.

—Tú vas a ser mujer mía —aseguró él.

Ella le cortó de arriba abajo con una mirada relampagueante y se apartó más. Entonces Vicente Rosa levantó una mano y la asió por la muñeca. La muchacha se revolvió y empezó a injuriarle. Yeyo Ramírez puso el cachimbo en el mostrador.

—Suéltela, amigo —dijo con voz serena.

Vicente soltó una palabra gruesa y se le fue encima a Yeyo. Pero Yeyo no esperó el ataque. Del mostrador, sin que nadie supiera cuándo, tomó la botella de ron con que el pulpero servía a Vicente. Los hombres corrieron, dando voces, a meterse entre los dos, y Eleodora lanzó un grito al ver la botella hecha pedazos y la sangre salir a chorros. Vicente Rosa quiso levantarse y sacar el cuchillo que llevaba a la cintura, pero Yeyo le sujetó el brazo, se lo torció hasta hacerle soltar el arma y después le pegó con el pie en la cara. El pulpero se llevaba las manos a la cabeza. Yeyo se volvió a la muchacha. Estaba un poco pálido, pero la voz no se le había alterado.

—Venga, que la voy a llevar a su casa —dijo.

La sentía temblar a su lado y veía gente correr hacia la pulpería. Cuando llegaba a la puerta del bohío de Eleodora, dijo:

—Anda... Se me quedó el cachimbo en la pulpería. Déjeme dir a buscarlo.

Eleodora estaba tan asustada que no trató de impedirlo.

Cuando los pocos amigos de Yeyo se enteraron de lo que había pasado, se presentaron en su casa. Yeyo vivía solo. Tenía un conuquito bien cuidado, que desde el mismo bohío iba en suave pendiente hasta las orillas del arroyo. Aislado en aquel campo de viviendas desperdigadas, forjaba su vivir pacientemente, sin meterse con nadie. Un compadre suyo quiso dormir con él esa noche.

—No me ofenda, compadre —dijo secamente.

El compadre se fue cuando ya la noche confundía los árboles y las piedras, las alambradas y el camino.

Yeyo no se durmió en seguida. Apagó la luz y estuvo fumando su cachimbo y pensando en lo ocurrido. Recordaba fijamente cada movimiento de Vicente Rosa, y recordaba también, no sabía por qué, el caballito que tenía estampado la etiqueta del ron. Percibió un aire fresco.

—Qué calamidá —se dijo—, presentarse tiempo de agua con el arroz madurando.

El aire indicaba que la lluvia seguiría. Había llovido hasta medio día, pero después paró de llover y el agua caía apenas reblandeció los caminos.

No le daba sueño a Yeyo. ¿Le gustaba Eleodora? Sí, le gustaba. Ahora, que para casarse... eso había que verlo. Él sospechaba que a la muchacha le agradaba más de la cuenta que los hombres la galantearan.

Los amigos decían que Vicente Rosa iba a cobrarse la herida. Bueno, que lo hiciera. A él no le preocupaba eso gran cosa. Le molestó un poco darse cuenta de que estaba atento a los rumores de afuera. El silencio del campo, sostenido bajo el pausado ronronear de la brisa, hacía que la noche fuera grande e impresionante. Acaso tremolaban las hojas de un mango, tal vez una yagua vieja del techo se levantaba y tornaba a caer. El oído de Yeyo sabía distinguir cada ruido. Dejó de fumar, golpeó el cachimbo contra la palma de una mano, se puso de lado y se cubrió lo mejor que pudo.

El sueño empezó a llegar lentamente. Al principio era como una remota sordera que apagaba los rumores más fuertes al tiempo que hacía perder la noción de ciertas partes del cuerpo; después el mundo fue reduciéndose, haciéndose más pequeño, más diminuto, hasta que llegó el momento en que los ruidos de afuera, el frío, la aspereza del catre, se esfumaron del todo. Pero todavía quedaba un punto imperceptible, una línea inapreciable, que duraría menos que todo lo que puede medirse. Iba a pasar ya al sueño completo. Y ahí fue cuando Yeyo alzó de golpe la cabeza. Había oído pasos. Sonaban apagados y lentos, pero eran pasos. Yeyo aguzó su atención. Se oían unas voces casi no dichas. Le pareció que alguien recomendaba irse por detrás del bohío. Creyó oír que decían:

—Yo me quedo aquí.

—Vicente Rosa —dijo Yeyo, en un susurro.

Con extraordinario sigilo, cuidándose de que el catre no hiciera ruido, se fue echando afuera y le parecía que nunca iba a lograrlo. De la silla cogió la ropa y sujetó el cinturón por la hebilla, para que no sonara; después se puso la camisa, pero sin

abotonarse. Todavía tuvo tiempo de llevarse el sombrero a la cabeza, pues se preparaba como si fuera a salir. Andaba buscando a tientas el cuchillo sobre la silla cuando llamó una voz desconocida:

—¡Yeyo, Yeyo, alevántese!

No respondió. Aún no daba con el cuchillo. La voz sonaba por un lado del bohío. ¿Quién sería ese perro? Algún amigote de Vicente Rosa. Y Vicente Rosa debía estar en la puerta, acechando que él saliera para asesinarlo.

—¡Yeyo, Yeyo, alevántese!

Buscaba aún. Iba a ponerse nervioso. Lo mejor era desentenderse de todo y hacer luz, qué caray. De todas maneras iban a matarlo. Le había llegado su hora; eso era todo. Pero en ese momento, cuando ya estaba buscando en el bolsillo del pantalón la caja de fósforos, recordó que había puesto el cuchillo en el catre, bajo la almohada.

La voz llamó de nuevo. ¿Quién sería el condenado ése?

Yeyo se pegó a la pared, y con pasos cuidadosos se arrimó a la puerta; después, empleando la mano izquierda, fue levantando la aldaba sin que se produjera el menor sonido; y de golpe abrió la puerta y avanzó.

—Vide una sombra —explica— y le metí el cuchillo. Asina fue el asunto.

La gente alza la cabeza para ver el rostro de Yeyo. Él no dice una palabra más y el silencio de la sala se hace palpable. El juez levanta la mirada.

—Dígame, acusado: ¿por qué sabiendo usted que quien estaba en la puerta era Vicente Rosa, y que iba a matarlo, no se quedó en su catre, con lo cual hubiera podido evitarse la tragedia?

Yeyo pone cara de persona que no entiende y mira en redondo hacia el público como buscando que alguien le explique tan extraña pregunta.

—Le he preguntado —insiste el juez— ¿por qué no se quedó acostado, con lo cual se hubiera evitado la tragedia?

Yeyo parece comprender entonces. Tranquilo, con su voz dulce y sus ojos inocentes, se vuelve hacia el magistrado y dice:

—Porque cuando a uno van a llamarlo a su casa, manque uno sepa que es pa' matarlo, su deber 'ta en atender al que lo llama.

Fragata

La resolución de Fragata fue tan sorprendente que hasta doña Ana se sintió conmovida. Doña Ana no dijo media palabra, pero se mantuvo en la puerta, pálida e inmóvil, hasta que Fragata desapareció por la esquina balanceando su enorme cuerpo.

La muchacha había llegado hacía un mes. Mucha gente la vio entrar en la callecita, caminando junto a una carreta que llevaba muebles y litografías de imágenes religiosas, pero a ninguna se le ocurrió pensar que iba a vivir allí. Era una criatura tan extraña, tan gorda, tan fea, y llevaba la cara tan pintarrajeada, que la gente pensó —vaya usted a saber por qué— que iba a seguir de largo, buscando el camino de Pontón. Por esa causa fue mayúsculo el asombro cuando a una voz suya el carretero detuvo el mulo frente a doña Ana, en la puerta de una casucha vacía que estaba desalquilada desde mucho tiempo atrás.

Algunos vecinos se detuvieron a observar. La muchacha buscó en su cartera una llave y abrió el candado. Durante unos minutos pareció registrar adentro; después salió y empezó a dar órdenes al carretero. Jamás, desde que existía aquella callecita, se había oído por allí una voz tan estentórea.

El lugar era pobre. Excepto la de doña Ana, la de don Pedrito y alguna más, las casas eran bohíos. La calle nunca había sido arreglada. Se acumulaban allí, confundidas, tierra, yerba y piedras, y cuando llovía se formaban lodazales. Pero esa misma miseria daba al sitio un aspecto austero, al que contribuía la falta de pintura en los frentes de las viviendas. La gente no se sentía a disgusto, porque, como decían a menudo los vecinos, aunque la calle no era vistosa, las personas eran decentes. Siempre había sido así, hasta que llegó Fragata.

Al escándalo que hacía ésta dando órdenes al carretero, se asomó doña Ana a la puerta. Quedó confundida y en el acto se sintió molesta. Don Pedrito, un viejo comerciante retirado, de éstos que llevan siempre las manos a la espalda, se acercó con ánimo de comentar.

—Tiene todo el aspecto de una fragata, ¿verdad, señora? —dijo don Pedrito.

Doña Ana, que no encontraba en quién descargar su disgusto, le dio por toda respuesta una mirada fulminante y no puso atención en el símil; ello no fue obstáculo para que éste tuviera éxito, pues a poco la muchacha gorda fue conocida de chicos y grandes por Fragata.

Fragata era enorme, y lo parecía más porque vestía trajes transparentes de colores claros, que la hacían ridícula. Tenía una cara de facciones groseras y causaba malestar vérsela tanto y tan mal pintada. A veces se ponía en la cabeza lazos de cintas, como si hubiera sido una niña de pocos años. Caminaba abriendo las piernas y balanceando dos brazos cortos, pero gruesos hasta lo increíble.

Desde el día de su llegada empezaron a visitarla los tipos más raros y a la segunda noche hubo escándalo en su casa. La pequeña calle dormía ya cuando se oyeron gritos, maldiciones y carreras. A la mañana siguiente, acompañada de un policía al

que hacía reír con lo que le iba diciendo, Fragata apareció en la esquina con la cabeza vendada. A un hombre que pasaba se le ocurrió hacer un chiste a costa de ella, y sin respetar la presencia del policía, Fragata empezó a insultarlo a grito pelado.

A partir de ese día doña Ana inició la ofensiva sobre su marido.

—Esto es insoportable —le decía—. Mira lo que hemos ganado por venir a vivir a semejante barrio. ¡Bonito ejemplo para los niños!

Los niños, sin embargo, no comprendían nada. Fragata era una diversión para todos los de la calle. Así, grande y gorda como era, se ponía a jugar con los pequeños, a perseguirlos y gritarles palabras extrañas, que parecían sucias, pero que estaban matizadas de una ternura conmovedora. Corría tras los muchachos, llamándolos por los nombres más raros y tirándoles piedras. Se reía a carcajadas con ellos y cuando alcanzaba a alguno se ponía a estrujarlo, a besarlo, tirada en pleno polvo de la calle aun cuando su traje estuviera acabado de planchar. Esto ocurría sobre todo de tarde, cuando el silencio era tal que la risa de Fragata podía oírse en los dos extremos de la calleja.

De noche empezaban a llegar a la casa de Fragata hombres que iban de otros barrios, mandaban buscar ron a la pulpería de doña Negra y armaban escándalos. Muchas veces la muchacha se emborrachaba y salía a la puerta gritando obscenidades. Una de esas noches insultó a don Ojito, venerable de una logia, que vivía tres casas más abajo de la de doña Ana.

Los sábados en la tarde Fragata se ponía su mejor ropa, algún traje lleno de arandelas y cintajos, y sacaba una silla a la acera y se sentaba allí muy circunspecta. Al mismo tiempo, nadie sabía por qué, las tardes de los sábados era cuando Fragata resultaba más agresiva, pues a la menor provocación respondía con sus peores insultos. Ocurrió muchas veces que estando en un cambio de palabrotas la muchacha saliera corriendo después de haber cambiado súbitamente su cara feroz en un rostro lleno de alegría. Era que Fragata había visto a un niño y se había olvidado de todo. Entonces parecía diferente; sus ojos brillaban con una luz resplandeciente y se le advertía una especie de ausencia por todo lo que no fuera el niño. A veces recorría la callecita jugando como si no hubiera tenido más de siete años. En muchas ocasiones, tras haber perseguido a un muchacho, volvía a su casa y hallaba algún amigo esperándola; entonces se metía con él en sus habitaciones, volvía para cerrar la puerta de la calle y se quedaba adentro hasta que se la veía de nuevo despidiendo al visitante.

Los vecinos vivían escandalizados. Iban a comentar el asunto con doña Ana y aseguraban, muy serios, que eso no podía seguir. Doña Ana comentaba:

—Le dije muchas veces a Pepe que no me trajera a vivir en un barrio como éste.

—Pues mire, doña, que este lugar fue siempre muy pobre, pero muy decente —explicaba alguna vecina.

—No lo digo por ustedes —enmendaba doña Ana— sino porque a las orillas se lanza gente de mal vivir. Miren el ejemplo ahí.

«Ahí» era Fragata. En ocasiones doña Ana quedaba mal al señalarla, porque muchas veces la muchacha parecía transformada, convertida de súbito en un ser angustiado y digno de compasión. Se le veía caminar por la acera de su casucha, con las manos enlazadas en la espalda y la cabeza baja, y durante horas enteras permanecía silenciosa, sin responder siquiera a las provocaciones de los hombres que pasaban. En ocasiones entraba y se lanzaba sobre su cama a sollozar; otras veces cerraba la puerta y se iba, nadie sabía adonde, para retornar al día siguiente o dos días después.

Una tarde don Pedrito le contó a don Pepe algo extraño. Dijo que cierto conocido suyo había dormido en la casa de Fragata y a media noche la muchacha se levantó y empezó a pegarle y a insultarle. «¡Vete de aquí, condenado, maldito; vete o te voy a matar!», gritaba Fragata. El hombre, que se había asustado, se asustó más cuando la muchacha pasó de los insultos al llanto y se le acercó, arrastrándose sobre el piso, para agarrarse a sus piernas, gimiendo desconsoladamente, quejándose de que ni él ni nadie pudiera darle un hijo. El hombre se vistió y huyó mientras Fragata, de rodillas en medio de la habitación, hablaba amargamente con sus imágenes litografiadas. Don Pedrito y don Pepe comentaron ese episodio de muchas maneras y convinieron en que Fragata estaba loca y era un peligro para todos; al final acordaron hacer algo para poner remedio a ese estado de cosas. Tal vez, sin embargo, no hubieran pasado de las palabras si al día siguiente no hubiera ocurrido lo que ocurrió.

Ese día siguiente fue domingo. En la noche acudió a la casa de Fragata más gente que nunca. Los viajes a la pulpería, en pos de ron, fueron incontables. A eso de las doce se oyeron voces airadas e insultos. En varios hogares de la callecita los vecinos despertaron y algunos llegaron a abrir sus puertas. Había un escándalo infernal, como si muchas personas hubieran estado pegándose entre sí, y se oía la voz estentórea de Fragata gritar:

—¡No me da la gana! ¡Mi cuerpo es mío y nadie manda en él!

Agregó varias rotundas aseveraciones, por las que el vecindario dedujo que Fragata estaba rechazando alguna insinuación que le había desagradado; después se la oyó amenazar con muertes. El tumulto fue de tal naturaleza que don Pepe tuvo que salir a la acera y reclamar silencio.

En las primeras horas del lunes don Pepe se fue a ver a don Pedrito y luego acompañado de éste, se dirigió a la casa de don Ojito. A eso de las ocho estaban los tres reunidos con doña Ana en la sala de ésta.

—Lo que va a hacer es insultarlos, provocar otro escándalo y dejarlos en ridículo —dijo doña Ana cuando le explicaron lo que los tres señores habían acordado.

—No crea que pensamos distinto, señora —admitió don Ojito.

—Entonces, ¿para qué se molestan? ¿Por qué mejor no hablar con la policía?

—Lo haremos después que hayamos agotado los medios pacíficos, Ana —explicó su marido.

Serían las ocho y media cuando Fragata abrió la puerta y asomó por ella la cara, que —cosa rara— estaba desnuda de pinturas. Inmediatamente volvió a cerrar. Los hombres se cambiaron señales como diciéndose «ahora»; y atravesaron la calle. Muy circunspecto, don Ojito llamó con los nudillos. Cuando Fragata abrió los señores entraron con solemnidad, como si cumplieran una visita de duelo. Desde la ventana de su habitación doña Ana los vio entrar.

—En la que nos vemos, Señor, por vivir en este barrio. Dios quiera que esa mujer no empiece ahora a insultarlos —exclamó doña Ana, volviendo la mirada hacia sus santos.

Pero, cosa extraña, no oyó la voz de Fragata. Pasó un minuto, pasaron dos, tres, cinco, que a doña Ana le parecieron una hora. Fue adentro, limpió algunos muebles; después sintió rumor de pisadas y volvió a ver hacia la calle. En ese momento, silenciosos y al parecer impresionados, los hombres se dirigían hacia ella. Doña Ana corrió a abrir la puerta.

—¿Los insultó? ¿Qué dijo? —inquirió.

El que habló fue don Ojito.

—No señora. Nos oyó y se echó a llorar.

—¿A llorar?

—Sí, y dijo que si ella hubiera sabido que les estaba dando malos ejemplos a los niños de por aquí, se hubiera mudado hacía tiempo. Preguntó por qué no se lo habíamos dicho antes.

Doña Ana parecía negada a comprender.

—¿Preguntó eso? —articuló vagamente. Y de pronto buscó con la mirada a su marido—. ¿Dónde está Pepe? —inquirió volviendo la cara a todos lados, como si tuviera miedo de que Fragata lo hubiera fascinado.

—Ella dijo que quería irse hoy mismo, ahora mismo —explicó don Pedrito.

Doña Ana salió a la puerta. Estaba pálida y silenciosa. Durante más de media hora, mientras llegaba la carreta y la cargaban, esperó allí, sin moverse y sin hacer un comentario. Vio a Fragata salir, tan pintarrajeada como siempre, con un traje azul claro y vaporoso que la hacía ver más gorda aún. El sol ardía en la pequeña calle, de casuchas miserables. La carreta iba despacio, bailoteando. Fragata marchaba a su lado. Al llegar a la esquina la muchacha se detuvo un instante y volvió la cara. Desde su puerta, doña Ana estaba observándola. Durante unos segundos Fragata contempló la calleja triste y sucia y los árboles que ocultaban a lo lejos el camino de Pontón; después giró y echó a andar de nuevo.

La carreta empezaba a doblar la esquina. En el silencio de la mañana se oían distintamente sus crujidos, los golpes de sus ruedas contra las piedras. No tardó en desaparecer, con su marcha bamboleante. Tras ella desapareció también Fragata.

Mujer al fin, doña Ana pensó un momento en aquella mujer que se iba así, sola, nadie sabía adonde. Le pareció que la vida era dura con Fragata. Pero reaccionó de pronto.

—Se lo merece, por sinvergüenza —dijo en alta voz.

Y antes de entrar contempló la callecita, que volvía a ser apacible a partir de ese momento.

—Por vivir en este barrio miserable —aseguró como si hablara con alguien.

Y cerró la puerta con un golpe rotundo.

Dos amigos

Duck oyó decir varias veces que un viaje cambia siempre algún aspecto de la vida del viajero. Así, pues, cuando la familia decidió el traslado a un pueblo de la costa con el propósito de pasar el verano, él se llenó de aprensión y se puso nervioso.

Sin duda que tal manera de sentir indicaba timidez, lo cual no podía enorgullecer a Duck. Pero el mal no tenía remedio. Acaso no hubiera sido tímido si hubiera vivido con más libertad. Metido día y noche en la casa, sin haber hecho una locura en lo que tenía de existencia, siempre sujeto a órdenes, a paseos limitados por las cercanías del hogar, siempre atemorizado a la sola idea de disgustar a la señora, a la niña, a los sirvientes, al chofer, se acostumbró tanto a no atreverse a nada que hasta el pensamiento de cambiar de casa le asustaba.

Todas esas cosas iba pensando Duck mientras el automóvil se deslizaba en rauda marcha por la carretera. Sombras fugaces de casas pequeñas, de árboles y de vehículos pasaban junto al coche. Se cansó de ver y se durmió. Cuando abrió los ojos estaba en un poblado de aspecto extraño, con casas bajitas, calles sucias, niños desnudos, gente extravagantemente vestida —o desvestida—, una playa donde se veían mujeres con escasa ropa y un mar azul. Observando ese mar estaba Duck cuando oyó que le llamaban. Bajó del automóvil de un salto y se puso a ver la casa. Sin duda que en nada se parecía a la hermosa construcción donde él había vivido hasta ese día. ¿Empezarían los cambios por ahí? No muy seguro de sí, Duck entró, recorrió las habitaciones estudiándolas con detenimiento y al fin escogió una del fondo para echar sus habituales siestas; después le intrigó la agitación que notaba en torno suyo, y cuando supo que todo se debía al vaciado de las maletas se fue al patio y se puso a estudiar las cercanías de su provisional vivienda.

Extraño lugar aquél. Había mucha luz y a lo lejos se alcanzaba a ver el mar. Algunos niños hablaban a grito pelado. Duck observó que no se parecían a los niños de la ciudad, tan cuidadosos de sus ropas. Éstos eran de mala presencia, sin duda clásicos tiradores de piedras y perseguidores de perros. ¡Desagradable encuentro sería el suyo con uno de esos arrapiezos! De sólo pensarlo se sintió él a disgusto, y tratando de evitar que tal cosa pudiera convertirse en realidad se fue a una esquina de la casa.

Allí estaba el bueno, el correcto, el tímido Duck, sentado sobre sus patas traseras, oliendo con delectación el aire, cuando vio acercarse un extraño perro cuya raza no conocía. Era alto, flaco, de orejas caídas y rojizos ojos, de pelo amarillento y trote vulgar. Duck se asustó y —como ocurría siempre que tenía miedo— se echó a ladrar. Sin dejar su trote, el grandullón volvió a Duck los ojos y siguió su camino.

—¡Diablos! —se dijo Duck confuso y lleno de admiración—, ¿habrá tenido miedo de mí ese armatoste con figura de perro?

Al imaginarse tal cosa el tímido Duck se llenó de vanidad, pero de inmediato comprendió que con un solo mordisco el otro podía dar cuenta de él. En el conflicto

de sentimientos que se apoderó de su almita, Duck se sintió sin autoridad sobre sí mismo; así se explica que sin saber lo que estaba haciendo se pusiera a ladrar, esa vez mientras corría hacia el desconocido y amenazaba morderle una pata. De pronto se sintió morir porque el grandullón se detuvo en seco, volvió a mirarle con frialdad, y al fin le dijo:

—¡Hola!

¡Ah, eso sí que era extraordinario! De manera que aquel extraño perro no sólo parecía ignorarlo sino que al cabo respondía a sus ladridos con un saludo afectuoso. ¿Qué costumbres eran ésas? Duck no atinaba a explicárselo, porque, asustado todavía, se dejó llevar del miedo y respondió ahogándose:

—¡Hola!

El otro movió ligeramente la cabeza, como aprobando el saludo, y después ordenó con voz autoritaria:

—Acércate a que te huela.

Duck se quedó paralizado. ¿Por qué acercarse? ¿No sería una treta para hacerle pagar su altanería? ¡Qué segundo pasó Duck! Pero aquel grandullón le tenía como hechizado.

—¿No oyes? —preguntó.

Muy despacio, receloso, él se acercó y el otro empezó a olerle.

—¡Demonios! —dijo—. Hueles como una señorita.

—Es que me bañan con jabón fino —explicó Duck.

El otro arrugó el entrecejo.

—¡Miserable! —rezongó de pronto—. ¿Jabón de olor mientras miles de hermanos tuyos pasan hambre?

Duck se quedó mudo, sin hallar qué responder. El desconocido hizo una mueca despreciativa, parecida a la de un hombre que escupe con desdén, y diciendo algo en que se oían la palabra «aristócrata» y otras de ese jaez, echó a andar gravemente, con la seriedad y el aplomo de un perro habituado a pensar en problemas intrincados. Duck le vio irse con su trote poco distinguido y, cuando sin dignarse volver la cabeza el extraño dobló la esquina, Duck se quedó ajeno a lo que le rodeaba, pensando por primera vez en su vida en el vasto, en el numeroso género de los perros, y al fin se dijo, con cierto dejo amargo, que aquel extraño hermano debía andar triste.

—Verdaderamente —pensaba mientras se dirigía a su nueva morada— que acaso haya por ahí perros hambrientos. Nunca lo había advertido.

Muy absorto en tales ideas, cayó en darse cuenta de que un gato se erizaba cerca de él sólo cuando oyó a su lado el bufido del minino. Cogido de sorpresa, Duck sintió un miedo violento, y con los ojos desorbitados de pavor se lanzó en una carrera de increíble velocidad que terminó en la habitación más apartada de la casa después de varios tropezones con muebles y con personas.

Allí, ahogándose y nervioso, dejó pasar el tiempo y dormitó. A ratos despertaba asustado. Cada vez más confundido, preguntándose a qué se debían los sucesos del

día —nada importantes, es verdad, pero muy raros—, se sumió en cavilaciones que hasta entonces no le habían mortificado. Llegó la noche, la triste noche de ese apartado lugar, y Duck soñó que andaba por las callejuelas acompañado del grandullón. Así, cuando abrió los ojos a la luz del amanecer, su primer pensamiento fue para el ignorado compañero del día anterior, y mientras desayunaba se decía con pesadumbre que acaso aquel otro andaría buscando qué comer. Se prometió guardarle algo, pero no pudo porque tenía hambre y le pareció poco lo que comía. Tras el desayuno se dirigió al sitio donde la tarde pasada vio al otro, y allí se sentó a observar el distante mar, los chillones colores de las casas y el brillo del sol sobre las aguas, y a percibir los mil olores que le llevaba el aire.

Iba pasando la mañana sin novedad alguna, y el correcto Duck se aburría en su esquina cuando en un momento en que miraba hacia la playa le pareció ver la figura del grandullón cruzando la calle al trote. Duck se alborotó y ladró a todo pulmón; incluso corrió algo. Pero el otro —si era él— siguió su marcha sin volver la cabeza. Duck se molestó.

—Lo mejor sería ir a aquella esquina —pensó.

A seguidas se asustó. ¿A la esquina? Si en la casa se enteraban de que él era capaz de albergar ideas tan descabelladas, le amarrarían inmediatamente. Sólo pensarlo era arriesgado.

—En verdad —se dijo Duck— que los viajes hacen cambiar.

Pensando eso estaba, totalmente abstraído, cuando sintió olor de perro. Rápidamente levantó la cabeza. ¡Ah, diablos, si ahí estaba el otro!

—Buen día —saludó, alegre, el joven Duck.

—Ah, ¿eres tú, señorita? —respondió con visible desprecio el grandullón.

Duck se sintió herido en lo más hondo de su alma.

—No soy señorita. Me llamo Duck —dijo.

—¿Duck? ¿Has dicho Duck? ¡Oh, oh, oh!

—Sí, Duck —explicó.

El otro se sentó, a decir verdad, con movimientos nada elegantes.

—Jovenzuelo —rezongó de pronto—, ¿cómo permite usted que le llamen con un nombre tan cursi?

¿Cursi? ¿Qué quería decir tal palabra? Duck no entendía.

—Es que así me han llamado siempre. ¿Y usted, qué nombre tiene?

—¿Para qué quiere usted saberlo, joven?

Duck hubiera querido gemir. Lo despreciaban, acaso por su tamaño, tal vez por su timidez.

—Es que me gustaría ser su amigo —explicó.

—¿Amigo? ¿Amigo mío un perro que huele tan tan femeninamente?

Nada más dijo. Lo que le quedara por dentro —y sin duda que no era poco— pretendió expresarlo con la actitud que tomó al empezar a trotar de nuevo. Duck le vio partir y se sintió tan humillado que se le revolvió el ánimo. Se llenó de ira. El

bueno, el correcto, el tímido Duck rompió en un segundo todos los frenos de la educación, y encendido de vergüenza se lanzó tras el grandullón. Gruñía mil cosas a medida que corría, y cuando se halló junto a las patas del desconocido gritó un estentóreo «¡oiga!» que hizo volver la cabeza al otro.

—¿Cómo? ¿Qué significa esto? —inquirió el trotón.

—Significa —empezó Duck—, significa, significa...

Pero de ahí no podía pasar. Todo su valor se había esfumado de golpe, como un copo de algodón que arde.

—¿Significa qué? Diga, jovenzuelo insolente, ¡diga! —ladró el grandote.

Eso era demasiado. Duck no pudo resistir. Se echó a temblar, temeroso de que aquel bárbaro le diera un mordisco por su audacia.

Pero cuando temía tal cosa vio Duck con sorpresa que el grandullón despejaba el entrecejo y se sentaba plácidamente. ¿Qué había ocurrido? Misterio. Por lo visto aquel prójimo era maestro en esos cambios inesperados. También Duck se sentó. No sabía qué iba a salir de allí, pero sus emociones habían sido tan fuertes y tan dispares, que ya ni miedo podía sentir. El otro empezó a hablar y a Duck le pareció que su voz cobraba un tono benévolo, paternal, que entró como oleada de calor ligero y confortante en las venas de Duck y llenó de aliento su pobrecito corazón. Había vuelto a tutearle.

—Has dicho —oía Duck— que quieres ser mi amigo. Ignoro si tienes las condiciones de lealtad, de generosidad, de discreción, de valor, y en general todas aquellas virtudes necesarias para que la amistad, don sagrado, pueda embellecer tu inútil vida. Me temo que no. Sin embargo estoy cansado de la fama de altivo con que seres inferiores bautizan mi amor a la soledad.

Duck alzó los ojos y le pareció ver una mancha de tristeza nublando el rostro del desconocido. Había callado un momento y parecía recordar o meditar.

—Sí, estoy cansado —siguió—; no de la soledad, que es el estado perfecto de los fuertes, sino de la calumnia de mis compañeros. Pues bien, serás mi amigo; es decir, haré lo posible para que seas mi amigo, porque no creo que tú, criatura pervertida por tus amos, sirvas para ser eso tan alto y tan sublime que se llama un amigo. ¿Entiendes?

—Sí entiendo —aseguró Duck, aunque la verdad era que no entendía nada ni sentía otra cosa que una confusa alegría por la esperanza de amistad que le brindaban.

—Bien, pues prepárate. Mañana vendré a buscarte.

Esto dicho, el singular perro echó a andar y se perdió en el fondo de la calle mientras Duck le contemplaba con orgullo, alborozado, sintiendo que la alegría le hacía temblar el corazón.

Al otro día temprano, removiendo el rabo, Duck recibió a su nuevo amigo; pero el otro no se detuvo sino que dijo secamente:

—¡Andando!

—Pero ¿ahora? —interrogó Duck.

—Desde luego, joven.

—Es que ahora...

—¿Cómo? ¿Ésas tenemos? ¿Empiezas con la pretensión de imponerme tu voluntad?

—No, no... —pretendió explicar Duck, asustado por la luz que temblaba en las pupilas del otro.

Pero comprendió que lo mejor en ese momento era no hablar sino actuar, y empezó a caminar con la cabeza gacha. El grande trotaba a su lado y Duck no tardó en hacerse cargo de que al paso que llevaban no podría él resistir mucho, porque aquel trote le exigía una carrera a cuyo ritmo no estaba acostumbrado el bueno, el correcto, el tímido Duck. A buen paso, pues, iban ambos, y Duck abría los ojos para ver cuanto había en torno suyo. Bajaron hasta la playa y después tomaron de nuevo hacia arriba, por una calle desconocida. Duck halló que casi todas las que debían ser viviendas tenían aspecto miserable; eran pequeñas, de madera, sucias y viejas. En las puertas se veían mujeres mal vestidas y niños desnudos.

—¿También ésas son casas? —preguntó Duck sin dejar su rápido andar.

—Sí —aseguró el otro—. ¿No lo sabes? Son casas y por j desdicha abundan más que las que tú conoces.

La calle aparecía ahora enyerbada, con una especie de barranco al final y lodo rojizo en algunos lugares.

—¿Y cómo viven adentro? —preguntó Duck.

—¿Vivir? No viven, hijo mío; padecen la vida.

Duck no contestó. Se quedó pensando en las palabras de su compañero, tratando de penetrar su misterioso significado; pero no pudo detenerse mucho en su cavilación porque un penetrante mal olor le cortó las ideas. A cada paso aumentaba la fetidez. Duck arrugaba la nariz, queriendo rehuir el aire podrido que le mareaba.

—¡Puaf, qué mal olor! —comentó.

El otro volvió la cabeza con aire amargado y digno.

—¿Ha dicho usted mal olor, joven? ¿Sí? Pues sepa que tras él ando. Lo que así le mortifica es mi desayuno.

—¿Qué? ¿Qué ha dicho?

—He dicho, joven, que lo que le huele tan mal es mi desayuno.

Duck quiso comentar algo, pero el otro no estaba para oír comentarios. Con precisión de soldado torció hacia la derecha, y Duck le vio irse sin que pudiera seguirle. Aquella fetidez no le dejaba dar un paso. Era cada vez más fuerte, más dominante, y ya maleaba todo el aire. Duck sentía en todo el cuerpo el hedor y empezaba a nublársele la vista cuando vio acercarse a su amigo; llegaba a carrera desenfrenada, con las orejas pegadas al pescuezo y el rabo entre las piernas. Apenas le oyó Duck decir, i cuando pasaba por su lado:

—¡Huya, jovencito!

Empavorecido de súbito, también él se dio a correr. Parecían dos sombras en fuga. Duck se ahogaba. Quería preguntar algo y no podía. Unas cuadras más allá el otro volvió la cabeza y al ver que no les seguían dobló una esquina y acortó el paso. Preguntó Duck:

—¿Qué... qué... qué su... ce... sucedió?

Aun en fuga, el grande no perdía su aire digno.

—Que me perseguían por comer aquella basura —dijo altivamente.

—¿Aquello tan hediondo?

—Sí, joven; hasta la basura se nos niega a los que tenemos la desventura de no ser objetos de lujo.

Con aire molesto, el perseguido cerró la boca y Duck comprendió que a partir de esas palabras su amigo no hablaría más sobre el incidente. Se había sentado y con sus ojos serios observaba las afueras del pueblo. A lo lejos estaba el mar. El sol arrancaba reflejos de las aguas. Sobre una altura, a espalda de ambos amigos, un viejo árbol extendía sus ramas poderosas. El grande se quedó mirando aquel árbol y Duck hubiera jurado que por sus ojos vagaba un aire triste y conmovedor. Al cabo de cierto tiempo se levantó, señaló aquel lugar con el hocico y dijo, como ordenando:

—Vamos a dormir un poco ahí.

Anduvieron lentamente y se acomodaron entre las raíces. Desde donde estaba Duck podía ver los techos de las casas, rojos y envejecidos, las calles llenas de arena y de toda suerte de objetos inservibles, la gente llenando la playa y recortándose sobre el cielo, la vela de una embarcación. Con la cabeza entre las piernas el amigo de Duck dormía plácidamente. Duck le miraba y sentía que una admiración extraordinaria por ese compañero llenaba sus venas de alegría. ¡Qué raro, qué fuerte, qué atrayente perro era su amigo! Vivía como le daba la gana, sin amos, libre. Él se hallaba orgulloso de esa amistad. Su corazón cantaba como si en él se hubieran alojado jilgueros.

De vez en cuando una hoja arrancada por la brisa caía lentamente, dando vueltas, en la sombra donde los dos perros descansaban. Duck sentía deseos de jugar con ellas, de corretear y ladrar persiguiéndolas, pero temía despertar a su compañero. Se quedó, pues, tranquilo mientras la brisa acariciaba sus ojos y se los cerraba poco a poco. Era tarde ya cuando oyó al grande gruñir algunas interjecciones. Al levantar la cabeza, Duck se asombró de la hora. Pronto iba a oscurecer. En las calles empezaban a caer las sombras del crepúsculo y el cielo, allá lejos —donde se juntaba con el mar—, se llenaba de reflejos cárdenos.

—Me voy, me voy a casa. Se ha hecho muy tarde —dijo Duck asustado.

El otro le miró con sorna.

—Joven —aseguró—, mi experiencia me ha enseñado esto que voy a decirle: si usted va a su casa hoy, le pegarán; pero si no va hoy ni mañana, sino pasado mañana, le recibirán alegremente, casi con una fiesta, le mirarán como a un resucitado y para

usted serán las mejores caricias y los tratos más finos. Ahora, usted escoja entre esas dos perspectivas.

Duck pensó un momento. Acaso no le faltaba razón al amigo, y en verdad su deseo era seguir con él, aprendiendo a su lado, conociendo ese misterio que es la vida; pero tenía tanto miedo de hacer algo que no fuera aprobado por sus amos...

—Es que siento hambre —explicó.

—¿Hambre? ¿Has dicho hambre?

A Duck le desconcertaban los cambios inesperados de su compañero; tan pronto le trataba de usted como le tuteaba. Parecía despreciarle. Clavaba en él sus ojos sangrientos y Duck sentía que aquella mirada le enfriaba el alma.

—Hambre... —seguía con tono irónico—. Miles y miles y miles de hermanos nuestros padecen miseria en este mundo; tú has comido regaladamente hasta ahora y hoy dices que tienes hambre. Decididamente, joven Duck, no tienes condiciones para ser mi amigo. Vamos, te acompañaré hasta tu casa.

Duck se detuvo y se puso a estudiar a su compañero. ¿Qué había querido decirle? ¿Iba a abandonarle?

—Veo en tus ojos la duda —aseguró el grande—. Quieres seguir conmigo, pero quieres también disfrutar del bienestar que tienes en tu casa. Tu corazón desea dos cosas distintas, y entre ellas vacilas. Se explica, porque eres joven.

A paso mesurado, el compañero caminaba, con su torpe manera de hacerlo, sin dejar de hablar. Duck no era tan ignorante que no supiera apreciar el dolor que dejaba ver el tono de su amigo. A él le llegaba ese dolor y le hacía sufrir. Oía:

—En la vida, y atiende a este consejo que te da un viejo a quien el porvenir no le reserva nada nuevo, no hay mayor fuente de angustia que la duda. Quien duda no vive. Escoge siempre, lo mejor o lo peor, no importa, pero escoge. Y ahora —dijo cambiando de voz— anda con cuidado, que estamos pasando frente a una casa donde hay un compañero bastante colérico y mal educado.

Duck tembló cuando observó que desde la puerta de la casa un bull-terrier de aspecto malhumorado le clavaba los ojos con mala intención. Sigilosamente cambió de lado y dejó el flanco peligroso a su compañero. Una cuadra más allá volvía aún la cabeza, receloso, y mientras no se sintió seguro de ataques por la retaguardia no pensó en lo que había dicho su amigo. Éste iba calmamente, como quien rumia una preocupación. Duck observaba que su paso no le parecía ya tan atropellado.

Viéndole de perfil podía apreciar la gravedad y la decisión en sus líneas, en su boca seria, en sus orejas caídas. De todo él surgía un aire altivo y modesto a la vez.

—Te voy a llevar hasta tu casa —le oyó decir de nuevo—, pero antes deseo que conozcas cierto lugar.

Había oscurecido ya. Del lado del mar salían estrellas. En la distancia, negras, las aguas brillaban. Anduvieron más. Iban orillando el pueblo y de pronto Duck notó que su amigo se hacía cauteloso, como si temiera algo; notó que todo su rostro tomaba un aspecto emocionado, que casi le hacía parecer un cachorro. Llevaba alta la cabeza y

sin duda olía con delectación el aire. Se detuvo. Cerca había una casa de amplio portal.

—Allí, allí —dijo su amigo.

Duck quiso ver, pero no lo consiguió. Señalando con la cabeza, su amigo insistía:

—Allí, mírala. Ahora se levanta, fíjate.

Una perrita no más grande que Duck, blanca y lanuda, se asomó al portal y estuvo inmóvil algunos segundos. Parecía pensar en algo distante, soñar acaso.

—¿Ella? —preguntó Duck.

—Sí, ella —respondió su amigo sentándose—. Ella... ¡Qué simple es decirlo! La conocí recién nacida, hace menos de un año; ahora su presencia renueva mi vida y mi viejo corazón tiembla a su solo recuerdo.

Duck se volvió, extrañado. ¿Era idea suya o estaba conmovido su amigo? Duck se apesadumbraba oyéndole. Notó que por el lado opuesto de la calle se asomaban otros perros, tres, acaso cuatro. Venían alegres.

—Ella prefiere a éstos —oyó Duck decir—. Son jóvenes. No hay que culparla.

A Duck le pareció que su amigo había suspirado y él no entendía por qué lo había hecho. ¿Acaso sufría? Él, Duck, sólo tenía hambre; hambre y miedo de dar disgustos en la casa o de que se los dieran a él. Esperó largo rato mientras su amigo parecía abismarse en sus ideas.

—¿Nos vamos? —preguntó al fin.

—Sí, nos vamos —respondió el otro.

Dieron la vuelta y anduvieron a buen paso. Al final de una calleja se veía la casa de Duck. Se acercaban. Su compañero iba como quien ignora la presencia de cuanto le rodea. De pronto Duck le vio plantarse en seco, alzar la cabeza, mirarle despectivamente, y cuando azorado e impresionado fue a preguntar qué le pasaba, oyó una voz sorda y colérica que preguntaba:

—¿Es usted capaz de creer lo que le he dicho de aquella jovencita? Se trata de una comedia, ¡de una comedia! ¿O tuvo usted la ilusión de que yo le abriera mi intimidad a un ser despreciable como usted, que huele a señorita y que se llama Duck? ¿La tuvo? ¡Diga si la tuvo!

Empavorecido, Duck vio cómo el otro avanzaba hacia él, le mostraba los dientes, le descubría una fiereza no sospechada. De golpe, con los ojos llenos de un brillo infernal, el grande pegó un salto y se abalanzó sobre él. Con esguince rápido, preguntándose a qué se debía tal actitud, Duck hurtó el cuerpo y echó a correr. Se sentía morir. Era, huyendo, una bola de carne y pelos con ojos desorbitados. En la casa le vieron subir los escalones a toda velocidad y alguien gritó que había vuelto.

El grande se quedó plantado en la calle. No se movió de allí sino después que Duck desapareció de su vista. Después dio lentamente la vuelta.

—Ahora —dijo— estoy tranquilo. Él no perderá su bienestar porque tendrá un mal recuerdo de su primera aventura y yo no corro el peligro de encariñarme con él. Porque es lo cierto que iba tomándole afecto.

Pero nadie oyó esas palabras porque aunque las dijo en voz alta, sólo un hombre pasaba cerca cuando las decía, y los hombres son incapaces de entender el noble lenguaje de los perros.

Un niño

A poco más de media hora, cuando se deja la ciudad, la carretera empieza a jaderar por unos cerros pardos, de vegetación raquílica, que aparecen llenos de piedras filosas. En las hondonadas hay manchas de arbustos y al fondo del paisaje se diluyen las cumbres azules de la Cordillera. Es triste el ambiente. Se ve arder el aire y sólo de hora en hora pasa algún ser vivo, una res descarnada, una mujer o un viejo.

El lugar se llama Matahambre. Por lo menos, eso dijo el conductor, y dijo también que había sido fortuna suya o de los pasajeros el hecho de reventarse la goma allí, frente a la única vivienda. El bohío estaba justamente en el más alto de aquellos chatos cerros. Pintado desde hacía mucho tiempo con cal, hacía daño a la vista y se iba de lado, doblegándose sobre el oeste.

Sí, es triste el sitio. Sentados a la escasa sombra del bohío los pasajeros veían al chofer trabajar y fumaban con desgano. Uno de ellos corrió la vista hacia las remotas manchas verdes que se esparcían por los declives de los cerros.

—Allá —señaló— está la ciudad. Cuando cae la noche desde aquí se advierte el resplandor de las luces eléctricas.

En efecto, allá debía estar la ciudad. Podían verse masas blancas vibrando al sol y atrás, como un fondo, la vaga línea donde el mar y el cielo se juntaban. Pasó un automóvil con horrible estrépito y levantando nubes de polvo. El conductor del averiado vehículo sudaba y se mordía los labios.

De los tres viajeros, jóvenes todos, uno, pálido y delicado, arrugó la cara.

—No veo la hora de llegar —dijo—. Odio esta soledad.

El de líneas más severas se echó de espaldas en la tierra.

—¿Por qué? —preguntó.

Quedaba el otro, de ojos aturcidos. Fumaba un cigarrillo americano.

—¿Y lo preguntas? Pareces tonto. ¿Crees que alguien pueda no odiar esto, tan solo, tan abatido, sin alegría, sin música, sin mujeres?

—No —explicó el pálido—; no es por eso por lo que no podría aguantar un día aquí. ¿Sabes? Allá, en la ciudad, hay civilización, cines, autos, radio, luz eléctrica, comodidad. Además, está mi novia.

Nadie dijo nada más. Seguía el conductor quemándose al sol, golpeando en la goma, y parecía que todo el paisaje se hallaba a disgusto con la presencia de los cuatro hombres y el auto averiado. Nadie podía vivir en aquel sitio dejado de la mano de Dios. Con las viejas puertas cerradas, el bohío medio caído era algo muerto, igual que una piedra.

Pero sonó una tos, una tos débil. El de ojos aturcidos preguntó, incrédulo:

—¿Habrá gente ahí?

El que estaba tirado de espaldas en la tierra se levantó. Tenía el rostro severo y triste a un tiempo. No dijo nada, sino que anduvo alrededor del bohío y abrió una puerta. La choza estaba dividida en dos habitaciones. El piso de tierra, disparejo y

cuarteado, daba la impresión de miseria aguda. Había suciedad, papeles, telarañas y una mugrosa mesa en un rincón, con un viejo sombrero de fibras encima. El lugar era claro a pedazos: el sol entraba por los agujeros del techo, y sin embargo había humedad. Aquel aire no podía respirarse. El hombre anduvo más. En la única portezuela de la otra habitación se detuvo y vio un bulto en un rincón. Sobre sacos viejos, cubierto hasta los hombros, un niño temblaba. Era negro, con la piel fina, los dientes blancos, los ojos grandes, y su escasa carne dejaba adivinar los huesos. Miró atentamente al hombre y se movió de lado, sobre los codos, como si hubiera querido levantarse.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó con dulzura.

—No, nada —explicó el visitante—; que oí toser y vine a ver quién era.

El niño sonrió.

—Ah —dijo.

Durante un minuto el hombre estuvo recorriendo el sitio con los ojos. No se veía nada que no fuera miserable.

—¿Estás enfermo? —inquirió al rato.

El niño movió la cabeza. Después explicó:

—Calentura. Por aquí hay mucha.

El hombre tocó su bracito. Ardía, y le dejó la mano caliente.

—¿Y tu mamá?

—No tengo. Se murió cuando yo era chiquito.

—¿Pero tienes papá?

—Sí. Anda por el conuco.

El niño se arrebujo en su saco de pita. Había en su cara una dulzura contagiosa, una simpatía muy viva. Al hombre le gustaba ese niño.

Se oían los golpes que daba el conductor afuera.

—¿Qué pasó? —preguntó la criatura.

—Una goma que se reventó, pero están arreglándola. Así hay que arreglarte a ti también. Hay que curarte. ¿Qué te parece si te llevo a la capital para que te sanes? ¿Dónde está tu papá? ¿Lejos?

—Unjú... Viene de noche y se va amaneciendo.

—¿Y tú pasas el día aquí solito? ¿Quién te da la comida?

—Él, cuando viene. Sancocha yuca o batata.

Al hombre se le hacía difícil respirar. Algo amargo y pesado le estaba recorriendo el fondo del pecho. Pensó en la noche: llegaría con sus sombras, y ese niño enfermo, con fiebre, tal vez señalado ya por la muerte, estaría ahí solo, esperando al padre, sin hablar palabra, sin oír música, sin ver gentes. Acaso un día cuando el padre llegara lo encontraría cadáver. ¿Cómo resistía esa criatura la vida? Y su amigo, que había afirmado momentos antes que no soportaba ni un día de soledad...

—Te vas conmigo —dijo—. Hay que curarte.

El niño movió la cabeza para decir que no.

—¿Cómo que no? Le dejaremos un papelito a tu papá, diciéndoselo, y dos pesos para que vaya a verte. ¿No sabe leer tu papá?

El niño no entendía. ¿Qué sería eso de leer? Miraba con tristeza. El hombre estaba cada vez más confundido, como quien se ahoga.

—Te vas a curar pronto, tú verás. Te va a gustar mucho la ciudad. Mira, hay parques, cines, luz, y un río, y el mar con vapores. Te gustará.

El niño hizo amago de sonreír.

—Unq unq, yo la vide ya y no vuelvo. Horita me curo y me alevanto.

Al hombre le parecía imposible que alguien prefiriera esa soledad. Pero los niños no saben lo que quieren.

Afuera estaban sus amigos, deseando salir ya, hallarse en la ciudad, vivir plenamente. Anduvo y se acercó más al niño. Lo cogió por las axilas, y quemaban.

—Mira —empezó—... allá...

Estaba levantando al enfermito y le sorprendió sentirlo tan liviano, como si fuera un muñeco de paja. El niño le miró con ojos de terror, que se abrían más, mucho más de lo posible. Entonces cayó al suelo el saco de pita que lo cubría. El hombre se heló, materialmente se heló. Iba a decir algo y se le hizo un nudo en la garganta. No hubiera podido decir qué sentía ni por qué sus dedos se clavaron en el pecho y en la espalda del niño con tanta violencia.

—¿Y eso, cómo fue eso? —atinó a preguntar.

—Allá —explicó la criatura mientras señalaba con un gesto hacia la distante ciudad—. Allá... un auto.

Justamente en ese momento sonó la bocina. Alguien llamaba al hombre y él puso al niño de nuevo en el suelo, sobre los sacos que le servían de cama, y salió como un autómata, aturdido. No supo cuándo se metió en el automóvil ni cuándo comenzó a rodar. Su amigo el pálido iba charlando:

—¿Te das cuenta? Es la civilización, compañero... Cine, luz, periódicos, autos...

Todavía podía verse el viejo bohío refulgiendo al sol. El hombre volvió el rostro.

—La civilización es dolor también; no lo olvides —dijo.

Y se miraba las manos, en las que le parecía tener todavía aquel niño trunco, aquel triste niño con sus míseros muñoncitos en lugar de piernas.

El río y su enemigo

Sucedió lo que cuento en un lugar que está más abajo de Villa Rivas, en las riberas del Yuna. Cuando pasa por allí el Yuna ha recorrido ya muchos kilómetros y ha fecundado las tierras más diversas. Nacido en las fragosidades de la Cordillera, descendiendo en paciente y prolongada marcha docenas de lomas, el gran río llegaba al sitio de que hablo hecho un poderoso, aunque sereno mundo de aguas.

Yo estaba pasándome unas vacaciones donde mi viejo amigo Justo Félix. Debía retornar el día siguiente a la capital y pasaba la última noche en la sala de la casa — un vasto caserón de madera fabricado sobre altos pivotes para que el río no se metiera en las habitaciones cuando se desbordaba—. Nos hallábamos esa noche reunidos mi huésped, cómodamente sentado en una mecedora; su mujer, señora de pocas carnes y pelo blanco, que cosía en silencio; la hija menor de Justo, muchacha de cutis rosado y abundante pelo castaño, muy atrayente; dos nietecitos de Justo, Balbino Coronado y yo.

La lámpara alumbraba pobremente y los rincones de la sala se conservaban en penumbras. Balbino se había sentado en una silla serrana. Yo había entrado desde el comedor y tuve que fijarme en él porque me quedaba justamente delante. Nunca le había visto, y aquella noche, tan pronto mis ojos tropezaron con él, sentí que me hallaba frente a un hombre de difícil personalidad. Él no levantaba los ojos. Muy seco, muy tieso en su silla, sólo se movía para escupir, cosa que hacía con frecuencia, tirando la saliva en el piso. De momento, tan rápidamente como un relámpago, sus ojos fulguraban despidiendo reflejos; era cuando miraba a la hija de mi huésped, la cual parecía sentirse molesta y no osaba levantar la cabeza. Yo pensé que eran novios disgustados o estaban a punto de serlo.

Justo empezó a hablar de cosas interesantes, a contar cómo había él aprendido a cazar con machete los cerdos cimarrones que frecuentan los bosques y las faldas de la vecina Cordillera, y al conjuro de su voz le parecía a uno ver las escenas, vivir la misteriosa y profunda fuerza del monte que cubre ambas orillas del Yuna. Con buenas dotes de narrador, con descripciones sobrias y acertadas que llenaban su relato de interés, hablaba de una cacería en la que había tomado parte el año anterior y yo seguía el hilo de su historia sin mover un músculo, cuando vi a Balbino ponerse de pie, dar las buenas noches y tomar la puerta. Justo dejó de hablar, miró hacia el que se iba, después a su mujer y a su hija, y haciendo una mueca que lo mismo podía querer decir «¿qué ha pasado?» o «ya se fue ése», se quedó silencioso y como preocupado.

—Un hombre extraño —comenté para animar el momento.

Justo movió la cabeza de arriba abajo.

—Bastante —dijo por toda respuesta.

La mujer de mi amigo hizo alguna pregunta sobre la administración de la finca y se enredó con su marido en una conversación doméstica. La muchacha alzó la cabeza, me miró y sonrió. Me pareció atrayente. Tenía los ojos limpios y aire saludable y

vivaz. Hasta ese momento no lo había notado. Como creía que había algo entre ella y Balbino, hallé lógico que, si estaban disgustados, él se fuera con la cara de pocos amigos que llevaba, pues la muchacha bien valía un disgusto. Le dije algo, empezamos a hablar, y ya pasó Balbino a segundo plano. Por desdicha aquello duró poco. Los nietos de mi amigo no tardaron en irse a dormir; al rato la mujer de Justo hizo una señal a su hija, ésta pidió permiso, dio las buenas noches y madre e hija tomaron el camino de sus habitaciones. Nos quedarnos solos mi huésped y yo.

Hora llena de impresionante calma, aquélla en que estábamos me infundía sentimientos de bienestar. Se oía el vago rumor del bosque y del río; la brisa de la noche pasaba por la arboleda vecina; desde la sala se veían cruzar los cocuyos iluminando la oscuridad y un coro de grillos parecía hacer germinar sobre la tierra una rara música de encantamiento.

Ésa era mi última noche en el lugar y quería disfrutarla. Sentía el deseo de hablar de Balbino Coronado, de saber algo de su vida, porque la verdad era que el hombre me había interesado; pero sentía también una especie de holganza espiritual que me impedía alzar la voz. Me levanté y me fui a la puerta.

—Esta noche sale la luna temprano —dijo mi huésped a mi espalda.

—Me gustaría verla en el río —dije.

Entonces Justo me invitó a seguirle; bajamos los escalones y fuimos por una vereda estrecha hasta llegar a los guijarros que marcaban la orilla del Yuna.

Una poderosa masa de árboles cubría del todo el agua y aquel sitio tenía un olor penetrante y suave a la vez. No hablábamos. Acaso Justo me llamaba la atención sobre alguna piedra o alguna rama que podía hacerme daño, pero yo apenas le oía. Me había entregado a disfrutar de la noche. La fuerza del mundo se sentía allí. Cantaba alegre y dulcemente el río, chillaban algunos insectos y las incontables hojas de los árboles resonaban con acento apagado. De pronto por entre las ramas enlazadas apareció una luz verde, pálida, delicada luz de hechicería, y vimos las ondas del río tomar relieve, agitarse, moverse como vivas. Todo el sitio empezó a cobrar un prestigio de mundo irreal. Los juegos de luz y sombra animaban a los troncos y a los guijarros y parecía que se iniciaba una imperceptible pero armónica danza, como si al son de la brisa hubieran empezado a bailar dulcemente el agua, los árboles y las piedras.

Absorto ante la tranquila y maravillosa escena, estuve sin moverme hasta que Justo dijo que la luna se apagaba. Unas nubes oscuras que vagaban por el cielo la cubrieron lentamente. Mi amigo y yo dejamos el lugar, pero yo me sentía tan emocionado que no pude callarlo. Hablé del paisaje, del Yuna majestuoso, de la dicha que se gozaba viviendo allí. Justo me oía en silencio, igual que si jamás hubiera oído hablar así. Caminábamos muy despacio. Por momentos un rayo de luz atravesaba las masas de nubes y llenaba el sitio de claridad. Tomándome por un brazo, mi amigo empezó a hablar.

—Al hombre —dijo— no se le puede entender. ¡Qué gran refrán es ése de que cada cabeza es un mundo!

Me quedé esperando que dijera algo más, porque aquellas palabras no tenían aparente relación con lo que yo había dicho. Él debió leerme la duda en la actitud.

—Sí, amigo; sé lo que digo —siguió—. Aquí mismo tiene usted un caso. ¿Vio a Balbino Coronado, ese joven que estaba hace una hora con nosotros? ¿Sabe usted por qué tenía esa cara tan extraña?

—Supongo —respondí— que estará enamorado de su hija y le molestó que ella no le pusiera atención.

Mi amigo sonrió con suficiencia.

—No, no es eso. Estaba así porque él siente las avenidas del Yuna.

—¿Que las siente?

—O las presiente, si halla usted más justa esta palabra.

Yo no pude evitar la mirada de asombro con que me fijé en Justo. Él pareció no darle importancia a ese gesto mío.

—Usted —dijo— me ha hablado hace poco de la emoción que le ha producido el río, ¿no es así? Yo, en cambio, conozco a otra persona —Balbino Coronado— que siente por el Yuna un odio mortal, un odio que no puede tenerse sino por un hombre que nos ha hecho mucho daño.

Me intrigaron las palabras de mi amigo.

—Explíquese mejor —le pedí.

En medio del patio había un tronco tirado. La tierra, los ranchos, las piedras del lugar adquirirían un color grisáceo con la luz que llegaba a ratos del cielo. Todo parecía allí detenido. El lento vaivén de las masas de árboles que orillaban el río producía la impresión de que el patio iba deslizándose pausadamente por una pendiente fantasmal. Sobre las masas negras se veía el firmamento plomizo, y yo sentía que sólo la vida vegetal tenía razón de ser allí. El hombre estaba de más en el corazón silencioso de la noche. Tal vez influidos por ese sentimiento, mi amigo y yo habíamos hablado en voz baja, como si hubiéramos temido ser considerados intrusos en aquel sitio.

—¿Quiere que nos sentemos en ese tronco? —preguntó Justo.

Dije que sí con la cabeza. Mi amigo se sentó a mi lado, encendió un cigarro y empezó a hablar. Yo oía sus palabras, que sonaban apagadas. Explicaba él que dos veces por año, y una cuando menos, el Yuna recibe agua en las cabezadas y empieza a crecer. Poco a poco va descendiendo de la Cordillera más veloz, más ancho, y acaba bajando con un caudal imponente. En esas épocas el río llega a las llanuras tan cargado de agua que se sale del cauce; los vividores de esos parajes no hacen nada que no sea ver cómo el Yuna va adueñándose lentamente de toda la extensión, metiéndose por las tierras sembradas, inundando las sabanas y los sitios más bajos. En ocasiones las avenidas son violentas y entonces se oye el río rugir día y noche y se ven las masas de agua que descienden iracundas, negras, y asaltan los barrancos más

altos y ganan en marchas impetuosas los altozanos donde la gente fabrica sus bohíos. Cuando ocurre eso el desborde arranca árboles de cuajo, arrastra viviendas y animales, se lleva pedazos enteros de conucos, porque el agua cava la tierra y la deshace. Las familias que viven en las márgenes suben a los lugares altos llevándose consigo los cerdos, las gallinas y las vacas. Desde su casa, Justo había visto en alguna de esas inundaciones kilómetros y kilómetros de agua esparcida sobre la tierra y en una ocasión su familia había estado días enteros sin poder salir de la vivienda porque el río se había metido hasta allí mismo y golpeaba sin cesar los pivotes de ojancho que sostenían la casa.

—Conozco el Yuna —aseguraba mi amigo— como si fuera una persona, y siento por él gran cariño porque sé que esas avenidas fecundan toda la región. En cambio, Balbino Coronado lo odia a muerte.

Mi amigo calló. Yo seguí un momento imaginando cómo sería aquel sitio ocupado por las aguas desbordadas.

—¿Y por qué lo odia? —pregunté al cabo.

—Mire, hasta hace tres años Balbino Coronado era dueño de tierras, bien pocas por cierto, unas quince tareas, pero él las aprovechaba como nadie; las tenía sembradas de cuanto puede dar un conuco pequeño. Al parecer le había costado mucho trabajo adquirir esa pequeña propiedad. Estaba situada a la orilla del río, cerca de aquí, detrás de ese monte que se ve a nuestra espalda. Vino el Yuna crecido por este tiempo, dos años atrás, y le comió la tierra en una noche. Al otro día el conuco de Balbino Coronado era cauce del río y todavía pasa por ahí. El muchacho casi se volvió loco y para mí que desde entonces no anda bien de la cabeza.

La historia era curiosa. Quise saber más, y mi amigo me dijo que muchas veces había hallado a Balbino en el sitio donde había estado su conuco mirando con ojos desorbitados el majestuoso e indolente río.

—Hace un rato —explicó— cuando lo vi a usted quedarse extasiado a la orilla del Yuna, yo pensaba en Balbino, para quien el río no tiene nada de bello. Por eso le dije que cada cabeza es un mundo.

—Es raro —terminé yo por todo comentario.

Mi amigo chupó dos o tres veces su cigarro, miró hacia el cielo y habló algo de posibles lluvias; después se puso de pie.

—Vamos a dormir —dijo—. Mañana tiene usted que irse y debemos madrugar para arreglar el viaje.

Detrás suyo tomé el camino de la casa, y todavía desde la puerta contemplé un momento el dormido paisaje. Cruzando a toda marcha enormes nubes oscuras, la luna se entreveía en la altura. Antes de dormirme pensé un poco en Balbino Coronado. Extraña historia la suya. Lamenté no haberlo conocido antes; hubiera tratado de intimar con él, de estudiarlo; pero no lo pensé mucho porque me fui durmiendo rápidamente.

Muy temprano sentí voces cerca de mi habitación. Me levanté a toda prisa pensando que tal vez era tarde, y al abrir la puerta vi a Balbino gesticular airadamente al tiempo que decía cosas ininteligibles. Justo estaba frente a él y le miraba fijamente.

—Cálmate, Balbino —dijo.

Me acerqué a ellos. Con las manos clavadas en los hombros de Justo, el otro tenía los ojos desorbitados, luminosos e impresionantes; su faz era agresiva y al parecer Balbino padecía de angustia.

—¡Vuelve; le digo yo que vuelve! —aseguraba.

Se comprendía que estaba desesperado, pero yo no sabía debido a qué. Entre su aspecto y el de un loco no había diferencia alguna. Mi amigo lo tomó por la cintura y se lo fue llevando de allí. Iban a salir ya del comedor cuando llegó la hija de Justo. Súbitamente Balbino se detuvo y bajó la cabeza. Con una voz dulcísima ella le increpó:

—¿Cómo es eso? ¿Es que no vas a hacerme caso?

Balbino no se movía. Yo me hallaba confundido y hubiera jurado que aquel hombre se había ruborizado.

—Vete a la cocina —ordenó con suavidad la hija de mi amigo— y que te den desayuno.

Silencioso y como humillado, Balbino se alejó sin alzar la cabeza. La muchacha le miró, después volvió los ojos al padre y movió las manos como quien lamenta algo.

—Sólo le hace caso a ella cuando está así —pretendió explicarme Justo.

—¿Así? ¿Qué quiere decir?

—Es la avenida. Cree que el Yuna va a crecer hoy.

—¿Crecer hoy? No me parece.

Justo sonrió.

—Usted no se va, amigo. Balbino nunca ha fallado en eso.

—¿Y qué tiene que ver mi viaje con el Yuna?

—¿Pero no se lo expliqué anoche? ¿Cómo va usted a cruzar ese río si se bota?

Hablando nos sentamos a desayunar. Los nietos de mi amigo charlaban y contaban episodios de los desbordes. A poco empezó a llover y no me fue posible poner un pie fuera de la casa. A través de la ventana vi el patio lleno de agua. La hija de Justo se adormecía con el canto de la lluvia.

—El pobre Balbino se vuelve loco de ésta —aseguró.

Molesto con el fracaso de mis planes, me fui a la habitación y estuve acostado hasta mediodía. A esa hora la lluvia parecía menos fuerte. Debajo del piso gruñían los perros y cacareaban las gallinas. Ráfagas de viento sacudían los árboles cercanos.

Todo el mundo en la casa demostraba cansancio y sólo el más pequeño de los nietos de Justo parecía contento por la proximidad de la inundación. Los peones que entraban de rato en rato no decían palabra y el ambiente estaba cargado de preocupación.

A la caída de la tarde la lluvia había cesado del todo. Yo estaba en la galería viendo cómo unos patos se solazaban en las charcas, cuando vi a Balbino entrar a saltos y cruzar ante mí sin darse cuenta de mi presencia. Con todo el pelo caído sobre la frente, más nervioso que por la mañana, con los ojos más fúlgidos, Balbino tomó a Justo por un brazo y le dijo:

—¿No oye cómo viene roncando ese maldito?

Justo le miró con seriedad.

—Deja eso ya —ordenó secamente—. Yo no oigo nada. Son cuentos tuyos. Además, Lucía está ahí y te va a regañar.

Balbino pareció impresionado; empezó a irse, pero de pronto se volvió.

—¡Y lo mato; si crece lo mato! ¡Le juro por mi madre que lo voy a matar!

La voz de Lucía se oyó en la sala y como si lo hubieran conjurado, Balbino echó a correr hacia los escalones, los bajó a saltos y se perdió en el patio. Yo pensé que estaba al borde de un ataque de locura.

La noche cayó rápidamente. Pasamos las primeras horas en la sala, hablando de temas variados. Cuando la familia se fue a dormir quise ver desde la galería el espectáculo de la naturaleza triste. Un cielo plomizo, como lleno de humo, clareado por la luna —a la que ocultaban nubes pesadas— se extendía agobiador sobre todo cuanto los ojos dominaban. En el patio brillaba a trechos el agua aposada.

—¿Quiere que bajemos a ver cómo está el río? —preguntó Justo.

Yo no tenía interés en ir, pero me sentía dispuesto a dejarme llevar. Tomamos un atajo que no era el mismo por el cual habíamos pasado la noche anterior; caminamos un rato largo, orillando la masa de árboles, y de pronto, en un recodo, nos sorprendió el horizonte amplio. Estábamos en un sitio sin vegetación, una especie de vasta playa guijarrosa. Allí curvaba violentamente el río, yéndose hacia el oriente, y desde nuestro lugar podíamos ver una llanura pelada que se extendía sobre la margen opuesta y que parecía terminar en lo que debían ser las primeras estribaciones de la Cordillera.

Del Yuna se elevaba un rumor sordo, que agobiaba como una amenaza. Aparentemente, el río era tranquilo en ese sitio. Desde donde estábamos la playa iba en descenso y dos metros hacia abajo el agua golpeaba con vago murmullo. La luz confusa de aquella noche se tendía sobre el paisaje. Los árboles que se alcanzaban a ver hacia la izquierda y la derecha lucían mustios, inmóviles, y despedían un brillo apagado. Silencioso y serio, Justo parecía vigilar la amplia masa líquida que susurraba a nuestros pies. De pronto, me tomó un brazo y señaló hacia el recodo de donde surgía el río.

—¡Mire, mire! —dijo.

Yo traté de ver y no acerté a dar con lo que inquietaba a mi amigo.

—¡Mire, mire cómo viene el condenado!

Temblorosa de emoción o de miedo, su mano señalaba con mayor vigor al tiempo que la otra se clavaba en mi brazo. Entonces observé con detenimiento. De súbito creí

oír un murmullo creciente, que iba haciéndose más fuerte por segundos. Atendí con toda la atención de que soy capaz. De golpe vi un lomo de agua parda que rodaba sobre el río y se lanzaba rugiendo en la que parecía plácida superficie; lo vi avanzar, descender y tornar a levantarse; lo vi hirviendo, arrojando espumas rojizas; lo vi rascar con furia las márgenes; lo vi agitarse, sacudirse, encrespase como una persona poseída de un frenesí. Troncos y animales llegaban coronando una ola, y tras esa llegó otra y después otra y a poco otra más. Ya el agua estaba a un metro de nosotros. Aquel líquido vivo empezó a esparcirse en la llanura que teníamos enfrente y a los pocos minutos todo el recodo donde se agitaban los pendones que crecen en las playas eran lecho del río, y los pendones iban desapareciendo rápidamente bajo el seguro avance.

Yo estaba asustado, lo confieso. Veía salir el agua del recodo y la veía adueñarse del lugar. Pensaba en la noche anterior, tan dulce, tan hechicera, y pensaba también en los campesinos a quienes la inundación arrebataría cerdos y reses y arrojaría de sus casas. Sin decir palabra Justo observaba, tan atento como yo.

Ignoro cuánto tiempo estuvimos allí. Mi amigo debió cansarse porque me pidió que nos fuéramos. Yo hubiera deseado contemplar un rato más aquel turbio paisaje que a mi juicio debía tener mucho parecido con los de los primeros días de la creación. La vaga luz lunar sobre la extensión ahogada, el sordo rugido del río y su golpear incesante en el barranco y el triste aspecto de la vegetación daban la impresión de que toda la naturaleza estaba empavorecida, así como la noche anterior me había parecido que hasta las piedras transpiraban paz.

Nos fuimos de allí oyendo el rumor amenazante. Justo iba hablando de lo que le esperaba a la gente de las cercanías y nos aproximábamos a la casa eludiendo las charcas cuando de repente surgió de las sombras una figura humana que pareció confundida al vernos. Pero su confusión duró apenas segundos. En brusca arrancada, el que fuera echó a correr y los perros se lanzaron tras él, ladrando con vehemencia.

Durante un momento no supimos qué hacer. De pronto Justo se volvió, me sujetó por una manga de la camisa y gritó:

—¡Corra!

A seguidas emprendió una carrera loca tras la sombra que huía. Mi impresión fue grande. No acertaba a darme cuenta de lo que estaba pasando.

—¡Corra! —tornó a gritar Justo.

¿Qué sentí? No fue valor ni deseo de luchar; lo sé, y no me engaño ni trato de engañar a nadie. Lo que tuve fue vergüenza de que a mi amigo le sucediera algo estando yo allí, y acaso miedo de verme solo en aquel lugar y en aquella noche fantasmal. Corrí también, corrí como quien huye de alguna amenaza; vi a Justo meterse en la oscuridad de la masa de árboles y le seguí sin saber por qué. Sentía el viento en mis oídos y los tenaces gritos de los perros me torturaban y me angustiaban. La sombra que perseguíamos cruzó por una pequeña zona de luz que dejaba un claro

entre los árboles. Con increíble rapidez yo pensaba que el que fuera podía esconderse entre el bosque y esperar el paso de Justo para herirle a mansalva.

—¡Justo, Justo! —grité con la pretensión de advertirle que se cuidara.

Pero no me oía. Calculé que estábamos cerca del río, acaso a veinte metros. Se distinguía ya el rumor del agua, aquel sordo murmullo que levantaban las olas; y de súbito vi el Yuna a través de los troncos y vi la borrosa figura lanzarse al cauce blandiendo en la mano derecha un hierro que en la confusa claridad despedía reflejos siniestros.

—¡Justo, Justo! —torné a gritar.

Pero ya era imposible que me oyera. La voz apenas me salía. Me ahogaba y el corazón quería salirse del pecho. Los condenados perros se acercaban al agua y aumentaban su furioso ladrar. Otros perros contestaban desde los sitios cercanos. A pique de llegar a la orilla oí a Justo lanzar voces coléricas.

Y cuando, frío por el esfuerzo, agotado, casi a punto de caerme, desemboqué en el pequeño claro donde pensé que estaba Justo, vi en medio del agua a un hombre que se debatía entre las oleadas y que lanzaba machetazos a la superficie del río. Lo que se distinguía de su rostro —la mirada brillante y el gesto duro de la boca— daba la impresión de que estaba poseído por una cólera que ningún hombre corriente podía sentir. Por encima del rugido del agua oía su voz.

—¡Maldito, río maldito! —exclamaba.

Desde la orilla yo llamaba a Justo a gritos. Otro lomo de agua se acercaba rugiendo a aquel hombre que se retorció y se agitaba en medio del Yuna. Vi el agua acercarse a él hirviendo, espumeando, enrollándose, mordiéndose a sí misma. Aquella mole parduzca avanzaba de una orilla a la otra, y las piedras de las orillas saltaban como hojas y el barro se deshacía al contacto con aquella fuerza ciega. Vi el agua acercarse y vi el gesto de ira que endureció por última vez las facciones del hombre. Todavía alzó el machete una vez más, y un tronco que rodaba llevado por la corriente se interpuso entre él y mis ojos. Justo Félix, que había llegado a mi lado, gritó, haciendo rebotar el grito de orilla en orilla.

—¡Balbinoooo... Sal, Balbinoooo!

Pero Balbino no salió.

Cinco días después, cuando bajó la crecida, se vio que el cauce del río había cambiado y las quince tareas de Balbino Coronado habían quedado libres de agua y listas para levantar un buen conuco. Sin embargo, hasta donde me informaron, se quedarían sin dar fruto porque Balbino Coronado no tenía quien lo heredara.

La bella alma de don Damián

Don Damián entró en la inconsciencia rápidamente, a compás con la fiebre que iba subiendo por encima de treinta y nueve grados. Su alma se sentía muy incómoda, casi a punto de calcinarse, razón por la cual comenzó a irse recogiendo en el corazón. El alma tenía infinita cantidad de tentáculos, como un pulpo de innúmeros pies, cada uno metido en una vena y algunos sumamente delgados metidos en vasos. Poco a poco fue retirando esos pies, y a medida que iba haciéndolo don Damián perdía calor y empalidecía. Se le enfriaron primero las manos, luego las piernas y los brazos; la cara comenzó a ponerse atrozmente pálida, cosa que observaron las personas que rodeaban el lujoso lecho. La propia enfermera se asustó y dijo que era tiempo de llamar al médico. El alma oyó esas palabras y pensó: «Hay que apresurarse, o viene ese señor y me obliga a quedarme aquí hasta que me queme la fiebre».

Empezaba a clarear. Por los cristales de las ventanas entraba una luz lívida, que anunciaba el próximo nacimiento del día. Asomándose a la boca de don Damián — que se conservaba semiabierta para dar paso a un poco de aire— el alma notó la claridad y se dijo que si no actuaba pronto no podría hacerlo más tarde debido a que la gente la vería salir y le impediría abandonar el cuerpo de su dueño. El alma de don Damián era ignorante en ciertas cosas; por ejemplo, no sabía que una vez libre resultaba totalmente invisible.

Hubo un prolongado revuelo de faldas alrededor de la soberbia cama donde yacía el enfermo, y se dijeron frases atropelladas que el alma no atinó a oír, ocupada como estaba en escapar de su prisión. La enfermera entró con una jeringa hipodérmica en la mano.

—¡Ay, Dios mío, Dios mío, que no sea tarde! —clamó la voz de la vieja criada.

Pero era tarde. A un mismo tiempo la aguja penetraba en un antebrazo de don Damián y el alma sacaba de la boca del moribundo sus últimos tentáculos. El alma pensó que la inyección había sido un gasto inútil. En un instante se oyeron gritos diversos y pasos apresurados, y mientras alguien —de seguro la criada, porque era imposible que se tratara de la suegra o de la mujer de don Damián— se tiraba aullando sobre el lecho, el alma se lanzaba al espacio, directamente hacia la lujosa lámpara de cristal de Bohemia que pendía del centro del techo. Allí se agarró con suprema fuerza y miró hacia abajo; don Damián era ya un despojo amarillo, de facciones casi transparentes y duras como el cristal; los huesos del rostro parecían haberle crecido y la piel tenía un brillo repelente. Junto a él se movían la suegra, la señora y la enfermera; con la cabeza hundida en el lecho sollozaba la anciana criada. El alma sabía a ciencia cierta lo que estaba sintiendo y pensando cada una, pero no quiso perder tiempo en observarlas. La luz crecía muy de prisa y ella temía ser vista allí donde se hallaba, trepada en la lámpara, agarrándose con indescriptible miedo. De pronto vio a la suegra de don Damián tomar a su hija de un brazo y llevarla al pasillo; allí le habló, con acento muy bajo. Y he aquí las palabras que oyó el alma:

—No vayas a comportarte ahora como una desvergonzada. Tienes que demostrar dolor.

—Cuando llegue gente, mamá —susurró la hija.

—No, desde ahora. Acuérdate que la enfermera puede contar luego...

En el acto la flamante viuda corrió hacia la cama como una loca diciendo:

—¡Damián, Damián mío; ay mi Damián! ¿Cómo podré yo vivir sin ti, Damián de mi vida?

Otra alma con menos mundo se hubiera asombrado, pero la de don Damián, trepada en su lámpara, admiró la buena ejecución del papel. El propio don Damián procedía así en ciertas ocasiones, sobre todo cuando le tocaba actuar en lo que él llamaba «la defensa de mis intereses». La viuda lloraba ahora «defendiendo sus intereses». Era bastante joven y agraciada, en cambio don Damián pasaba de los sesenta. Ella tenía novio cuando él la conoció, y el alma había sufrido ratos muy desagradables a causa de los celos de su exdueño. El alma recordaba cierta escena, hacía por cierto pocos meses, en la que la mujer dijo:

—¡No puedes prohibirme que le hable! ¡Tú sabes que me casé contigo por tu dinero!

A lo que don Damián había contestado que con ese dinero él había comprado el derecho a no ser puesto en ridículo. La escena fue muy desagradable, con intervención de la suegra y amenazas de divorcio. En suma, un mal momento, empeorado por la circunstancia de que la discusión fue cortada en seco debido a la llegada de unos muy distinguidos visitantes a quienes marido y mujer atendieron con encantadoras sonrisas y maneras tan finas que sólo ella, el alma de don Damián, apreciaba en todo su real valor.

Estaba el alma allá arriba, en la lámpara, recordando tales cosas, cuando llegó a toda prisa un sacerdote. Nadie sabía por qué se presentaba tan a tiempo, puesto que todavía no acababa de salir el sol del todo y el sacerdote había sido visita durante la noche.

—Vine porque tenía el presentimiento; vine porque temía que don Damián diera su alma sin confesar —trató de explicar.

A lo que la suegra del difunto, llena de desconfianza, preguntó:

—¿Pero no confesó anoche, padre?

Aludía a que durante cerca de una hora el ministro del Señor había estado encerrado a solas con don Damián, y todos creían que el enfermo había confesado. Pero no había sucedido eso. Trepada en su lámpara, el alma sabía que no; y sabía también por qué había llegado el cura. Aquella larga entrevista solitaria había tenido un tema más bien árido; pues el sacerdote proponía a don Damián que testara dejando una importante suma para el nuevo templo que se construía en la ciudad, y don Damián quería dejar más dinero del que se le solicitaba, pero destinado a un hospital. No se entendieron y al llegar a su casa el padre notó que no llevaba consigo su reloj. Era prodigioso lo que le sucedía al alma, una vez libre, eso de poder saber cosas que

no habían ocurrido en su presencia, así como adivinar lo que la gente pensaba e iba a hacer. El alma sabía que el cura se había dicho: «Recuerdo haber sacado el reloj en casa de don Damián para ver qué hora era; seguramente lo he dejado allá». De manera que esa visita a hora tan extraordinaria nada tenía que ver con el reino de Dios.

—No, no confesó —explicó el sacerdote mirando fijamente a la suegra de don Damián—. No llegó a confesar anoche, y quedamos en que vendría hoy a primera hora para confesar y tal vez comulgar. He llegado tarde, y es gran lástima —dijo mientras movía el rostro hacia los rincones y las doradas mesillas, sin duda con la esperanza de ver el reloj en una de ellas.

La vieja criada, que tenía más de cuarenta años atendiendo a don Damián, levantó la cabeza y mostró dos ojos enrojecidos por el llanto.

—Después de todo no le hacía falta —aseguró—, que Dios me perdone. No necesitaba confesar porque tenía una bella alma, un alma muy bella tenía don Damián.

¡Diablos, eso sí era interesante! Jamás había pensado el alma de don Damián que fuera bella. Su amo hacía ciertas cosas raras, y como era un hermoso ejemplar de hombre rico y vestía a la perfección y manejaba con notable oportunidad su libreta de banco, el alma no había tenido tiempo de pensar en algunos aspectos que podían relacionarse con su propia belleza o con su posible fealdad. Por ejemplo, recordaba que su amo le ordenaba sentirse bien cuando tras laboriosas entrevistas con el abogado, don Damián hallaba la manera de quedarse con la casa de algún deudor —y a menudo ese deudor no tenía dónde ir a vivir después— o cuando a fuerza de piedras preciosas y de ayuda en metálico —para estudios, o para la salud de la madre enferma— una linda joven de los barrios obreros accedía a visitar cierto lujoso departamento que tenía don Damián. ¿Pero era ella bella o era fea?

Desde que logró desasirse de las venas de su amo hasta que fue objeto de esa mención por parte de la criada, había pasado, según cálculo del alma, muy corto tiempo; y probablemente era mucho menos todavía de lo que ella pensaba. Todo sucedió muy de prisa y además de manera muy confusa. Ella sintió que se cocinaba dentro del cuerpo del enfermo y comprendió que la fiebre seguiría subiendo. Antes de retirarse, mucho más allá de la medianoche, el médico lo había anunciado. Había dicho: —Puede ser que la fiebre suba al amanecer; en ese caso hay que tener cuidado. Si ocurre algo llámenme.

¿Iba ella a permitir que se le horneara? Se hallaba con lo que podría denominarse su centro vital muy cerca de los intestinos de don Damián, y esos intestinos despedían fuego. Perecería como los animales horneados, lo cual no era de su agrado. Pero en realidad, ¿cuánto tiempo había transcurrido desde que dejó el cuerpo de don Damián? Muy poco, puesto que todavía no se sentía libre del calor, a pesar del ligero fresco que el día naciente esparcía y lanzaba sobre los cristales de Bohemia de los que se hallaba sujeta. Pensaba que no había sido violento el cambio de clima entre las

entrañas de su exdueño y la cristalería de la lámpara, gracias a lo cual no se había resfriado. Pero con o sin cambio violento, ¿qué había de las palabras de la criada? «Bella», había dicho la anciana servidora. La vieja sirvienta era una mujer veraz, que quería a su amo porque lo quería, no por su distinguida estampa ni porque él le hiciera regalos. Al alma no le pareció tan sincero lo que oyó a continuación.

—¡Claro que era una bella alma la suya! —corroboraba el cura—. Bella era poco, señor —aseguró la suegra.

El alma se volvió a mirar y vio cómo, mientras hablaba, la señora se dirigía a su hija con los ojos. En tales ojos había a la vez una orden y una imprecación. Parecían decir: «Rompe a llorar ahora mismo, idiota, no vaya a ser que el señor cura se dé cuenta de que te ha alegrado la muerte de este miserable». La hija comprendió en el acto el mudo y colérico lenguaje, pues a seguidas prorrumpió en dolorosas lamentaciones:

—¡Jamás, jamás hubo alma más bella que la suya! ¡Ay, Damián mío, Damián mío, luz de mi vida!

El alma no pudo más; estaba sacudida por la curiosidad y por el asco; quería asegurarse sin perder un segundo de que era bella y quería alejarse de un lugar donde cada quien trataba de engañar a los demás. Curiosa y asqueada, pues, se lanzó desde la lámpara en dirección hacia el baño, cuyas paredes estaban cubiertas por grandes espejos. Calculó bien la distancia para caer sobre la alfombra, a fin de no hacer ruido. Además de ignorar que la gente no podía verla, el alma ignoraba que ella no tenía peso. Sintió gran alivio cuando advirtió que pasaba inadvertida, y corrió, desolada, a colocarse frente a los espejos.

¿Pero qué estaba sucediendo, gran Dios? En primer lugar, ella se había acostumbrado durante más de sesenta años a mirar a través de los ojos de don Damián; y esos ojos estaban altos, a un metro y setenta centímetros sobre el suelo; estaba acostumbrada, además, al rostro vivaz de su amo, a sus ojos claros, a su pelo brillante de tonos grises, a la arrogancia con que alzaba el pecho y levantaba la cabeza, a las costosas telas con que se vestía. Y lo que veía ahora ante sí no era nada de eso, sino una extraña figura de acaso un pie de altura, blanduzca, parda, sin contornos definidos. En primer lugar, no se parecía a nada conocido, pues lo que debían ser dos pies y dos piernas, según fue siempre cuando se hallaba en el cuerpo de don Damián, era un monstruoso y, sin embargo, pequeño racimo de tentáculos como los del pulpo, pero sin regularidad, unos más cortos que otros, unos más delgados que los demás y todos ellos como hechos de humo sucio, de un indescriptible lodo impalpable, como si fueran transparentes y no lo fueran, sin fuerza, rastreros, que se doblaban con repugnante fealdad. El alma de don Damián se sintió perdida. Sin embargo sacó coraje para mirar más hacia arriba. No tenía cintura. En realidad, no tenía cuerpo ni cuello ni nada, sino que de donde se reunían los tentáculos salía por un lado una especie de oreja caída, algo así como una corteza rugosa y purulenta, y del otro un montón de pelos sin color, ásperos, unos retorcidos,

otros derechos. Pero no era eso lo peor, y ni siquiera la extraña luz grisácea y amarillenta que la envolvía, sino que su boca era un agujero informe, a la vez como de ratón y de hoyo irregular en una fruta podrida, algo horrible, nauseabundo, verdaderamente asqueroso, ¡y en el fondo de ese hoyo brillaba un ojo, su único ojo, con reflejos oscuros y expresión de terror y perfidia! ¿Cómo explicarse que todavía siguieran esas mujeres y el cura asegurando allí, en la habitación de al lado, junto al lecho donde yacía don Damián, que la suya había sido un alma bella?

—¿Salir, salir a la calle yo así, con este aspecto, para que me vea la gente? —se preguntaba en lo que creía toda su voz, ignorante aún de que era invisible e inaudible. Estaba perdida en un negro túnel de confusión. ¿Qué haría, qué destino tomaría?

Sonó el timbre. A seguidas la enfermera dijo:

—Es el médico, señora. Voy a abrirle.

A tales palabras la esposa de don Damián comenzó a aullar de nuevo, invocando a su muerto marido y quejándose de la soledad en que la dejaba.

Paralizada ante su propia imagen el alma comprendió que estaba perdida. Se había acostumbrado a su refugio, al alto cuerpo de don Damián; se había acostumbrado incluso al insufrible olor de sus intestinos, al ardor de su estómago, a las molestias de sus resfriados. Entonces oyó el saludo del médico y la voz de la suegra que declamaba:

—¡Ay, doctor, qué desgracia, doctor, qué desgracia!

—Cálmese, señora, cálmese —respondía el médico.

El alma se asomó a la habitación del difunto. Allí, alrededor de la cama se amontonaban las mujeres; de pie en el extremo opuesto a la cabecera, con un libro abierto, el cura comenzaba a rezar. El alma midió la distancia y saltó. Saltó con facilidad que ella misma no creía tener, como si hubiera sido de aire o un extraño animal capaz de moverse sin hacer ruido y sin ser visto. Don Damián conservaba todavía la boca ligeramente abierta. La boca estaba como hielo, pero no importaba. Por allá entró raudamente el alma y a seguidas se coló laringe abajo y comenzó a meter sus tentáculos en el cuerpo, atravesando las paredes interiores sin dificultad alguna. Estaba acomodándose cuando oyó hablar al médico.

—Un momento, señora, por favor —dijo.

El alma podía ver al doctor, aunque de manera muy imprecisa. El médico se acercó al cuerpo de don Damián, le tomó una muñeca, pareció azorarse, pegó el rostro al pecho y lo dejó descansar ahí un momento. Después, despaciosamente, abrió su maletín y sacó un estetoscopio; con todo cuidado se lo colocó en ambas orejas y luego pegó el extremo suelto sobre el lugar donde debía estar el corazón. Volvió a poner expresión azorada; removió el maletín y extrajo de él una jeringa hipodérmica. Con aspecto de prestidigitador que prepara un número sensacional, dijo a la enfermera que llenara la jeringa mientras él iba amarrando un pequeño tubo de goma sobre el codo de don Damián. Al parecer, tantos preparativos alarmaron a la vieja criada.

—¿Pero para qué va a hacerle eso, si ya está muerto el pobre? —preguntó.

El médico la miró de hito en hito con aire de gran señor; y he aquí lo que dijo, si bien no para que le oyera ella, sino para que le oyeran sobre todo la esposa y la suegra de don Damián:

—Señora, la ciencia es la ciencia, y mi deber es hacer cuanto esté a mi alcance para volver a la vida a don Damián. Almas tan bellas como la suya no se ven a diario y no es posible dejarle morir sin probar hasta la última posibilidad.

Este breve discurso, dicho con noble calma, alarmó a la esposa. Fue fácil notar en sus ojos un brillo duro y en su voz cierto extraño temblor.

—¿Pero no está muerto? —preguntó.

El alma estaba ya metida del todo y sólo tres tentáculos buscaban todavía, al tacto, las venas en que habían estado años y años. La atención que ponía en situar esos tentáculos donde debían estar no le impidió, sin embargo, advertir el acento de intriga con que la mujer hizo la pregunta.

El médico no respondió. Tomó el antebrazo de don Damián y comenzó a pasar una mano por él. A ese tiempo el alma iba sintiendo que el calor de la vida iba rodeándola, penetrándola, llenando las viejas arterias que ella había abandonado para no calcinarse. Entonces, casi simultáneamente con el nacimiento de ese calor, el médico metió la aguja en la vena del brazo, soltó el ligamento de encima del codo y comenzó a empujar el émbolo de la jeringuilla. Poco a poco, en diminutas oleadas, el calor de la vida fue ascendiendo a la piel de don Damián.

—¡Milagro, Señor, milagro! —barbotó el cura.

Súbitamente, presenciando aquella resurrección, el sacerdote palideció y dio rienda suelta a su imaginación. La contribución para el templo estaba segura, ¿pues cómo podría don Damián negarle su ayuda una vez que él le refiriera, en los días de convalecencia, cómo le había visto volver a la vida segundos después de haber rogado pidiendo por ese milagro? «El Señor atendió a mis ruegos y lo sacó de la tumba, don Damián», diría él.

Súbitamente también la esposa sintió que su cerebro quedaba en blanco. Miraba con ansiedad el rostro de su marido y se volvía hacia la madre. Una y otra se hallaban desconcertadas, mudas, casi aterradas.

Pero el médico sonreía. Se hallaba muy satisfecho, aunque trataba de no dejarlo ver.

—¡Ay, sí se ha salvado, gracias a Dios y a usted! —gritó de pronto la criada, los ojos cargados de lágrimas de emoción, tomando las manos del médico—. ¡Se ha salvado, está resucitado! ¡Ay, don Damián no va a tener con qué pagarle, señor! —aseguraba.

Y cabalmente en eso estaba pensando el médico, en que don Damián tenía de sobra con qué pagarle. Pero dijo otra cosa. Dijo:

—Aunque no tuviera con qué pagarme lo hubiera hecho, porque era mi deber salvar para la sociedad un alma tan bella como la suya.

Estaba contestándole a la criada, pero en realidad hablaba para que le oyeran los demás; sobre todo, para que le repitieran esas palabras al enfermo unos días más tarde, cuando estuviera en condiciones de firmar.

Cansada de oír tantas mentiras el alma de don Damián resolvió dormir. Un segundo después don Damián se quejó, aunque muy débilmente, y movió la cabeza en la almohada.

—Ahora dormiré varias horas —explicó el médico— y nadie debe molestarlo. Diciendo lo cual dio el ejemplo, y salió de la habitación en puntillas.

Maravilla

La baja de la carne —por los días aquellos en que un toro de veinticinco arrobas valía veinticinco pesos— salvó a Maravilla del puñal del matarife, pero no pudo torcer su destino. El dueño llegó, le dio la vuelta estudiándolo detenidamente, le golpeó las ancas y dijo, mientras chupaba su cigarro, que era un crimen vender tan hermoso animal a ese precio; después se fue, cambiando opiniones con el viejo Uribe, y Maravilla empezó a mordisquear la grama con su calma habitual. Cuando el viejo Uribe volvió se plantó frente a la bestia y sin quitarle el ojo de encima se pasó largo rato con los brazos clavados en la cintura, la boca cerrada y la cara ensombrecida. Allí estuvo Uribe con sus piernas torcidas y sus hombros estrechos hasta que llegó el boyero Eusebio, a quien dijo, con cierta pesadumbre, que había que abrirle la nariz a Maravilla y que el dueño había dispuesto mandarlo a la loma.

—¿Pa'l arrastre? —preguntó Eusebio.

—Unjú —respondió Uribe.

Algo murmuró el boyero. Uribe se fue sin ponerle mayor caso. Ya había él pensado eso mismo y estaba de acuerdo con lo que dijera Eusebio sobre la belleza del animal y la pena de enviarlo al trabajo. Al cabo, ¿no era igual matarlo?

Eusebio salió a la amanecida de un lunes arreando a Maravilla. Eusebio temía que la gordura le hiciera daño y lo ahogara en la subida de la loma. Con su piel rojiza y su hermoso cuello, Maravilla se veía fuerte y poderoso. Su conductor y él iban flanqueando el primer repecho de la Cordillera por el lado de San José; abajo, hacia el sur, flotaban manchas de humo mecidas por el viento y entre las arboledas se extendía rápidamente un tono oscuro. Eusebio se detuvo un instante para contemplar la llanura y pensó que había escogido mal día. «De las doce pa' bajo llueve», se dijo.

El boyero Eusebio era muy viejo en esas andanzas para no saber con exactitud qué decían las señales del tiempo. Con toda seguridad llovería. El aserradero estaba bien distante y si le cogía el agua con Maravilla cansado iba a tener que encomendarse a todos los santos para llegar antes de la noche. Dispuso, pues, apurar al animal. Al principio Maravilla rompía en trote cuando oía la voz potente de Eusebio ordenándole más prisa, pero al cabo empezó a sentir cansancio y un golpe fuerte en el pecho, algo así como si el corazón le hubiera estado creciendo. El calor era agobiante y el poco sol que llegaba quemaba como una llama. Fatigado y respirando sonoramente, Maravilla logró ganar el firme de la loma.

En aquellos sitios sólo había pinos. Las negras raíces se extendían cruzando el camino y los enormes troncos, cubiertos de cáscara rugosa, se sucedían en desorden. Al pie de uno de ellos, babeando y cansado, se detuvo Maravilla.

Las manchas oscuras iban ganando las primeras estribaciones de la loma; a lo lejos se podía columbrar algún techo pardo y entre la confusión de las arboledas se distinguían los tonos claros de los potreros. Expandiendo las costillas a resoplidos, Maravilla quiso descansar mientras contemplaba el paisaje con ojos inexpresivos.

Pero Eusebio veía acercarse la lluvia y opinó que debían seguir. Gritó dos o tres veces, y aunque Maravilla quiso complacerlo, no pudo. Estaba ahogándose; sentía el corazón pesado como una piedra y apenas podía batir la cola. Eusebio perdió la paciencia, y con una larga vara que no había utilizado en toda la mañana agujijoneó al animal pinchándole las ancas. Maravilla saltó como si lo hubieran picado con una punta de fuego. El boyero volvió a clavarlo. Fuera de sí por el dolor, Maravilla echó a correr y su enorme cuerpo se balanceaba mientras sus pisadas resonaban sordamente. Profiriendo gritos, Eusebio le siguió.

La sospecha de que el hombre pudiera alcanzarlo y volver a causarle dolor enfriaba en sus venas la sangre del animal. Se sentía cada vez más asustado y sus propios pasos le causaban angustia. Favorecido por los desniveles del firme de la loma, anduvo a toda carrera hasta que el sol desapareció entre las nubes y el viento empezó a presagiar la cercanía de la lluvia. El boyero había dejado de gritar. Arremolinándose en las copas de los pinos, la brisa arrancaba hojuelas. El lugar iba tornándose oscuro y desagradable. Maravilla sintió de golpe la soledad. Ese sentimiento no era nuevo; él había sido siempre muy sensible a la tristeza de la lluvia. Pero entonces, en aquel sitio apartado, sin compañeros y con el recuerdo de los pinchazos, la tristeza le pareció mayor. Se detuvo y volvió los ojos en redondo buscando la presencia de algún toro o de alguna vaca. El viento tomaba fuerzas por momentos. Los pinos jóvenes se doblaban y gemían como seres vivos; el batir de las hojuelas llenaba el paraje de un rumor entristecedor. Maravilla perdió su calma habitual. El mismo Eusebio se había detenido y observaba aquellas señales de mal tiempo con evidente preocupación. Repentinamente asustado, Maravilla lanzó un mugido largo y doloroso.

—¡Cállate, condenado! —gritó el boyero.

A seguidas, como si el animal le hubiera insultado, se puso a dar voces ordenando que siguiera y el desdichado Maravilla pudo notar en el brillo de sus ojos que se había puesto fuera de sí. Temeroso de algo malo, Maravilla echó a andar. Sólo el miedo podía hacerle caminar. Estaba agobiado, con el pecho como lleno de aire, las ancas adoloridas y las rodillas duras. La furia del viento aumentó de golpe y el grito de los pinos azotados se hizo más fuerte. Y de pronto comenzó a llover. De los pinos caían gotas gruesas y al sentirlas el animal perdió hasta el miedo que tenía; sólo le quedó su sentimiento de soledad y desamparo y empezó a mugir tristemente. Eusebio buscó el cobijo de un tronco y se dobló y se cubrió como pudo mientras Maravilla, batiendo la cola, mugía con acento doliente. Al fin, también Maravilla buscó abrigo al pie de un pino. Él y el hombre podían verse por entre el agua. Desde su lugar, Eusebio contempló la bestia, tan poderosa, tan fuerte, y volvió a sentir pena por el destino que le esperaba.

Cuando la lluvia cesó había caído tanta agua que durante horas estaría bajando por los flancos de la loma y llenando el camino. El barro era pegajoso y en algunos sitios las patas de Maravilla se metían casi hasta las rodillas en aquella pasta rojiza.

Sin duda Eusebio quería ganar el tiempo perdido y por eso gritaba como un endemoniado. Hostigado por aquella voz Maravilla apuraba el paso, cuidándose de clavar bien las pezuñas. Antes de una hora se sentía cansado; le dolían las ancas y respiraba con dificultad.

—¡Echa, que horita llegamos! —gritaba Eusebio.

Y él «echó». Todavía caían algunas gotas de agua rezagadas y los pinos se revolvían, llevados y traídos por el viento. De pronto Maravilla percibió un rumor sordo, como de río despeñándose.

—¡Para, para! —ordenó el hombre.

Al tiempo de decirlo se le puso delante y le pegó la garrocha en la frente. Con las patas y el vientre llenos de barro, molido, cansado, el animal se detuvo y miró en redondo. Eusebio señaló un camino que descendía a la derecha de Maravilla, y éste vio que abajo, casi como si estuvieran a sus patas, había algunos bohíos y un rancho largo, cubierto de zinc, del cual salía humo.

—¡Echa! —tornó a gritar el boyero.

Empezaba a oscurecer. Con sus lentos ojos, Maravilla vio la bajada del camino, por el cual rodaba agua, y sintió miedo. El descenso era difícil, mucho más que la peor de las subidas, porque como él tenía las patas delanteras más cortas que las de atrás, sentía que todo el peso del cuerpo se le iba a la cruz y tiraba de él hacia delante, como queriendo desriscarle de cabeza. Lleno de hoyos, de piedras, de lodo y de raíces, aquel sendero le parecía a Maravilla la peor prueba de su vida. Por momentos volvía los ojos al boyero pidiéndole que lo dejara allí, que no lo mortificara más con sus gritos. Quería descansar, echarse a rumiar, dormir un poco. Oscurecía rápidamente. Maravilla adelantaba con suma cautela, afirmando cada pezuña en terreno sólido. Correteando arriba, sin tirarse a las profundas zanjas del camino, sujetándose a los troncos y gritando sin cesar, Eusebio blandía su garrocha sobre los ojos del animal. Enloquecido por el tormento, Maravilla se puso a mugir, y su mugido era casi un grito de angustia. No podía más. Veía los bohíos y distinguía ya algunos hombres que saltaban sobre los pinos cortados; los veía y pensaba que jamás podría él llegar allá abajo. Desde el fondo del hoyo subieron ladridos de perros y voces agudas.

—¡Echa! —gritaba Eusebio sin cesar.

Pero Maravilla resolvió no «echar» más. Volvió los ojos a Eusebio, le miró largamente, y decidido a soportar lo que le llegara dobló las patas delanteras y se recostó en el lodo; pareció recobrar de golpe su acostumbrada placidez y se puso a ver, por entre los pinos, las lomas más cercanas. El boyero lanzó un grito agudo.

—¡Condenao! —rugió—. ¡Arriba, maldecío!

La bestia hizo como si no lo oyera, lo cual llenó al hombre de cólera. Blandiendo la garrocha le asestó varios golpes en el espinazo y después empezó a clavarle la punta en las ancas. El animal sentía aquel clavo como un punto de fuego, pero prefería ese tormento al de seguir andando. Eusebio perdió completamente la cabeza;

los ojos le enrojecieron como brasas, saltó al camino y comenzó a golpear a Maravilla en las costillas, dándole con el mango de la garrocha; después le pegó con pies y manos. Los gritos del boyero eran insufribles. Estaba como loco y llegó a pensar en saltarle un ojo a aquella bestia incommovible, pero al fin decidió hacer algo más práctico: le tomó la cola, se la dobló por la mitad y apretó con todas sus fuerzas. Maravilla sintió de pronto un dolor tan agudo que perdió la vista y creyó que iba a morir. Mecánicamente se paró. De poder hacerlo hubiera gritado como los seres humanos. Aquel dolor insoportable le había dejado sin fuerzas. Eusebio volvió a tomarle la cola, y temeroso de que repitiera su crueldad, Maravilla echó a andar. No tenía ya voluntad. Sólo el miedo lo empujaba y se movía como un madero arrastrado por la corriente de un río. Fue bajando la pendiente poco apoco, mugiendo con tristeza. El ruido de la brisa entre los pinos, el del agua que rodaba y el que subía del fondo le atontaban más. Pensaba en el potrero y recordaba los días en que fue castrado.

Llegó, al fin, metida ya la noche y levantando un vuelo de ladridos. Eusebio le hizo entrar en un corralejo y vio perros acercársele con los dientes desnudos; se echó en un aserrín caluroso y al mismo tiempo húmedo, y su cansancio era tal que durmió hasta la madrugada.

Por la mañana hubo sol y la bestia pudo darse cuenta, observando lo que le rodeaba, de que estaba en un aserradero. Había por todas partes troncos de pinos; algunos hombres sacaban parejas de bueyes enyugados y se iban con ellos. Del lado opuesto a aquel por donde había llegado Maravilla corría un río. Justamente encima del río, acaso a quinientos metros de distancia, la loma estaba calva, sin un árbol, y mostraba su entraña rojiza. Maravilla vio que algunas parejas de bueyes llegaban al calvero y que dos hombres golpeaban los troncos que arrastraban los bueyes; los troncos se desprendían, resbalaban por una zanja profunda que caía a tajo sobre el río, y formando un estrépito infernal rodaban haciendo saltar piedras y barro, y pegaban en el agua, de la cual se elevaban columnas de espuma. El río se remansaba en ese punto, pero inmediatamente volvía a correr llevándose los troncos. Varios hombres armados de varas terminadas en hierros curvos saltaban de tronco en tronco y los iban empujando y ordenando para que no se amontonaran. Los cantos de aquellos hombres y los gritos de los boyeros que desde arriba pedían atención se confundían con el rumor del agua, el ruido de la tierra y los ladridos de los perros. Un humo oloroso a madera se elevaba continuamente de una chimenea. Algunos mulos esperaban que acabaran de cargarlos; les amarraban tablas en los lados y salían a trote ligero, arreados por los recueros, que gritaban y hacían restallar sus foetes. Maravilla trató de dormir, pero el ruido no lo dejaba. No se movió, sin embargo. Estuvo allí toda la mañana, y los chicos —también algunos que no lo eran— se acercaban a mirarle y a decir su nombre en alta voz. Con su mirada noble, Maravilla los observaba mientras rumiaba con lentitud.

Bien entrada la tarde lo sacaron del corralejo y lo llevaron junto a un viejo buey negro, de ancas peladas y cuernos rugosos, que estaba en mitad de una explanada y que tenía aspecto penoso. Aquel huesudo compañero parecía agobiado por los años. Excepto la quijada, nada se movía en su cuerpo, ni siquiera la cola, por mucho que las moscas se posaban en las llagas que le había formado la garrocha. No se movió tampoco cuando pusieron a su lado a Maravilla. Maravilla se impresionó cuando trajeron un yugo que colocaron en su cabeza y en la del viejo buey. Sintió que amarraban el yugo a sus cuernos, pero no intentó impedir la operación. Se quedó quieto un rato y no comprendió de qué se trataba sino más tarde, cuando quiso moverse y observó que no podía hacerlo ni podía mover la cabeza. Así, en ese estado, le hicieron andar. Todo el resto de la tarde tuvo que pasarlo aprendiendo a soportar el yugo, a parar en seco, a recular. Le dolía el pescuezo y debía estar atento a la menor presión de su compañero o a la voz del boyero. Dar la vuelta, lo cual se hacía girando sobre las patas delanteras, le parecía un tormento infernal.

Aquello duró varios días, pero al fin se acostumbró al yugo, al ruido de la sierra, a los silbidos de las máquinas, al estrépito de los troncos que caían, a las voces de mando. Y un día —una clara mañana de junio— Maravilla fue sacado con su viejo compañero y llevado a la loma. Le hicieron caminar horas y horas por entre pinos, por bajadas y subidas, por lugares donde las hojas caídas hacían el suelo resbaloso y por otras donde las piedras golpeaban sus patas. El sol penetraba en todas partes y la brisa hacía sonar dulcemente la loma. Sin duda el día era bello, pero Maravilla no podía apreciarlo porque iba sometido al yugo, con la cabeza baja, sin poder moverla. A su lado, calmoso y triste, caminaba lentamente el viejo buey negro, ducho en sufrimientos. Anduvieron larga distancia y al fin llegaron a un claro donde reposaban troncos enormes de pino a los cuales habían quitado la corteza para que resbalaran fácilmente sobre el camino. Cuando Maravilla y su compañero llegaron allí oyeron a dos hombres saludar alegremente al boyero que los conducía.

—Vamos a ponerle este tronco, que es de buen tamaño —dijeron.

—No —opinó el boyero—, Maravilla es nuevo y hay que ponerle carga liviana.

Los otros protestaron que nada importaba eso y al cabo de una ligera discusión se acordó que yendo con el Negro, no había miedo de que Maravilla no pudiera cargar pesado. Mientras los hombres discutían los animales reposaban a la sombra de los pinos. El sitio era plácido. La brisa danzaba suavemente y alguna avecilla —muy raras en esos parajes— saltaba y piaba arriba.

Pero el descanso no fue largo. Los hombres escogieron un tronco enorme y en el extremo más grueso, justamente en el corazón, le clavaron una especie de gran púa. Utilizaban una mandarría y sus golpes resonaban multiplicándose de árbol en árbol hasta perderse a lo lejos. Una vez terminada esa faena llevaron a los bueyes junto a la cabeza donde habían clavado la púa, pusieron en ésta una cadena y colgaron la otra punta de la cadena en una argolla que llevaba colgando el yugo.

Maravilla oyó el tintineo de los hierros y temió que iba a empezar de nuevo algo desagradable.

Así fue, por desdicha. El boyero gritó hasta cansarse, le clavó la garrocha y le hizo andar. A su lado, como una sombra, con paso seguro, iba el Negro. Maravilla procuraba mantener la cabeza baja porque el peso del tronco tiraba de él hacia atrás. Le ardían los nacimientos de los cuernos, quemados por las sogas. Lentamente, con mucho trabajo, los animales fueron saliendo a un camino formado por huellas de pinos arrastrados. El tronco se rodaba hacia adelante en los desniveles y golpeaba en las patas de Maravilla. Delante, dando gritos, saltaba el boyero.

Molesto, acalorado, resoplando, Maravilla veía que el camino se alargaba dos horas, tres horas, hasta que le pareció oír el ruido de las sierras. Por otros caminos descendían parejas de bueyes que, igual que ellos, llevaban troncos. Faltaba poco para la caída de la tarde y el sitio iba cobrando un aire amable. El sol no tardaría en hundirse en la llanura distante. Arreados por su boyero, Maravilla y el Negro se acercaban al calvero. Otra pareja estaba ya allí. Con las patas afincadas en la tierra, inmóviles, los dos bueyes esperaban que soltaran la cadena. Maravilla vio cómo lo hacían, y vio de pronto levantarse la punta del tronco como si éste estuviera manejado por un brazo gigantesco; oyó el estrépito que hacía el pino pegando contra el declive y luego el golpe en el agua seguido por gritos de hombres. La pareja de bueyes quedó allí todavía medio minuto, como clavada, acaso asustada. Al fragor de la caída, los dos bueyes abrieron los ojos y después empezaron a caminar con lentitud.

Lleno de recelo, Maravilla oyó la voz del boyero animándoles a él y al Negro a acercarse. De su lado —el derecho— no había nada entre sus patas y el abismo. Un ligero movimiento, un descuido fugaz, y sus pezuñas resbalarían. Al ver allá abajo hombre y troncos confundidos con el agua, Maravilla empezó a temblar. Con la mirada vidriosa, con las patas vacilantes, frío de miedo, fue andando pulgada a pulgada. La voz del boyero le enloquecía. Sentía a su lado al compañero, confiado, tranquilo, hecho desde hacía años a ese peligro, y no se explicaba por qué tenía una respiración normal cuando la suya le hacía estallar las costillas.

De pronto sintió que su pata trasera derecha resbalaba, que la tierra se deshacía bajo ella. El boyero gritó con un alarido agudo y torturante. Maravilla quiso saltar y sintió que no podía. Durante un segundo su corazón se detuvo y su sangre se heló. Tembló más. Inesperadamente, el pito de la sirena estalló abajo, penetró en el bosque, sacudió los pinos y paralizó la vida de Maravilla. Fue un segundo, un solo segundo mortal. Enloquecido, el animal quiso huir, escapar al yugo, al terrible instante. Su pata batió el aire y, abierto de ancas, la sintió rodar por el abismo hasta que él pegó con el vientre en la tierra. Mugió, lleno de pavor y de dolor. El pesado tronco se fue cargando de lado, moviéndose con cruel lentitud, y Maravilla sentía ese movimiento y comprendía a qué conducía. Pero luchó; clavó las tres pezuñas restantes, las afincó furiosamente, restregó el hocico contra la tierra. Una fuerza descomunal tiraba de su cabeza hacia arriba y él sabía que si le daba a esa fuerza la menor ventaja, quedaría

desnucado. Hizo un esfuerzo desesperado y sus ojos se llenaron de sangre, se le hinchó el pescuezo, se le crecieron las venas del vientre y los músculos de las ancas y los muslos le quedaron en relieve. A su lado, silencioso y obstinado, el Negro se mantenía firme, con una de las patas traseras apoyada en una raíz, tirando también su cabeza hacia abajo. Asustado hasta la palidez, el boyero corría de un lado a otro dando voces.

Allá abajo alguien llamó la atención y la gente empezó a murmurar. Corrían de todos lados y se agrupaban a ver la escena. Los perros ladraban y esos ladridos atormentaban a Maravilla. Éste luchaba con su destino en aquel calvero y desde abajo se le veía librando la batalla por su vida.

Poco a poco, con lentitud espeluznante, el pino iba rodando y saliéndose hacia el abismo. Maravilla sintió que perdía la vista, que entre él y la tierra se interponía una mancha de sangre. No podía respirar; le faltaba el aire y su corazón debía estar creciéndole por segundos. Crujieron las sogas del yugo y la cadena. Maravilla oyó resoplar al Negro y le pareció que también pateaba, que también iba cediendo. La fuerza que tiraba de su cabeza era cada vez más poderosa. Un poco más y aquello iba a decidirse.

—¡Suban para aguantar el tronco; que suban para aguantar el tronco! —gritaban de abajo.

El tronco se movió, se hizo más pesado, se agitó como un péndulo, y la cadena quedó tan templada que chirrió. La pezuña de la pata trasera izquierda de Maravilla, que hasta entonces había estado fija, comenzó a rodar, a resbalar, a deshacer la tierra. El peso aumentó hasta lo indecible. La bestia perdió la vista durante unos segundos y su corazón pareció estallar.

De abajo vieron cómo un ligero movimiento decidió la lucha en favor del tronco. En un instante las cabezas de ambos bueyes se movieron, se alzaron; sus patas delanteras batieron el aire y se vio a las dos bestias resbalar, empujadas por el tronco, que saltó pegando con un extremo en un saliente del declive y se lanzó luego al vacío en una mecida gigantesca. Golpeando contra las piedras y las raíces, Maravilla y Negro rebotaron, ensangrentando la zanja, y cayeron con estrépito. Los hombres vociferaron. Allá arriba, pálido, el boyero buscaba un sendero para bajar.

De pronto, un hombre de ojos autoritarios corrió desde el aserradero y hendió el grupo de gente con los brazos.

—¡Corran —ordenó con voz estentórea— y saquen esos bueyes, que su carne sirve todavía!

Los de varas largas corrieron en dirección de Maravilla y del Negro saltando sobre los troncos que iba arrastrando el agua y otros fueron en busca de machetes y cuchillos mientras los perros aullaban de alegría pensando en un próximo festín.

Al caer la noche la carne de Maravilla estaba lista para ser enviada a las carnicerías de la comarca. Fue así como se cumplió su destino, a pesar del bajo precio de la carne, que por esos días era una miseria.

Un hombre virtuoso

Con voz premiosa, don Juan Ramón llamó a su mujer. Tenía ya largo rato sentado a la puerta de su casa, observando hacia la de enfrente. Parecía un gato en acecho. La mujer llegó secándose las manos con el delantal.

—Siéntate aquí, porque yo tengo que ir al patio. Atiende a lo que hace Quin. En media hora ha ido dos veces a la pulpería, y eso da que pensar.

La mujer, respetuosa de las manías del marido, obedeció con resignado gesto, y cuando su cónyuge volvió, rindió cuentas de su misión: nada había sucedido. Él la miró fijamente y ella advirtió la desconfianza en sus ojos.

—Te digo que no, Juan Ramón.

Bien, no era cosa de discutir. Su mujer había sido siempre así, medio burlona, y a su edad no podría cambiar. Aceptó, pues, el resultado, pero se propuso aumentar la vigilancia para no darle después a la mujer el gusto de pensar que él no había tenido razón.

Pasado un rato Quin dejó el martillo sobre un parador, se detuvo en la puerta, como persona que no sabe a punto fijo qué debe hacer, se atusó los enormes bigotes grises y se quedó viendo hacia la calle.

¿Qué pensaba Quin? Eso era lo que hubiera querido saber don Juan Ramón. Tenía allí, a su alcance, a ese hombre de pocas carnes, de frente abultada y ancha, de mirada vaga y sonrisa un tanto maligna; estaba parado a pocos metros de él y sin embargo no le veía. ¿Por qué Quin no le veía? Volvió Quin a pasarse la mano por el bigote y a poco adelantó un pie. Rompería a andar, seguro que empezaría a caminar.

Pero de pronto Quin dio la vuelta, tomó otra vez su martillo y se puso a clavar. Don Juan Ramón se desilusionó. Una tristeza indefinible bajó a los aposentos de su alma y amargó sus rincones más apartados. Si la mujer hubiera estado allí habría visto cómo los redondos y tenaces ojos de su marido habían perdido brillo. Donjuán Ramón se sintió desilusionado y hasta pensó levantarse e irse al patio. Pero no podía moverse de allí. Esperaba que algo sucedería, y además gozaba un poco del sol que entraba por la puerta y calentaba sus viejos pies friolentos.

Pasaron los minutos, uno tras otro, sin descanso y sin prisa; pasó un cuarto de hora. Don Juan Ramón temía que le entrara sueño y buscaba en la calle algo en que poner su atención, un papel que volara llevado por la brisa o una mariposa que pasara con su alocado trajinar.

Y de pronto advirtió que Quin había salido y con su lento anclar iba camino de la pulpería. Don Juan Ramón se sintió traicionado. Aquella endiablada piedra brillante que le llamó la atención había sido la causa de su descuido.

Quin iba subiendo ya la acera de la pulpería. Don Juan Ramón se puso a dar un paseo frente a su casa. Con las manos a la espalda y los ojos clavados en la pulpería, trataba de ver qué hacía Quin en ella, y no podía. Sus viejos ojos no alcanzaban ya

tan lejos. ¿Y qué haría Quin en la pulpería; qué buscaba con tantos viajes a la pulpería?

Quin salió y volvía con la cara más animada. Don Juan Ramón oyó su voz ronca y gastada saludándole, y hasta le pareció que había levantado una mano en gesto afectuoso. Pero don Juan Ramón no se dejaba engañar por saludos. Se sentía disgustado. ¡Esa maldita piedra! Su mujer también era culpable, porque si en vez de estar por allá adentro berreando con la cocinera se hubiera quedado en la puerta, habría visto algo. Es que no se puede hallar gente que ligue realmente con uno.

Mordiéndose los labios, don Juan Ramón entró y cruzó hasta el patio. No quería seguir vigilando; sabía que era inútil. Hasta el patio llegaban los rítmicos golpes del martillo de Quin. Don Juan Ramón esperaba un rato, media hora más. Pero no pudo esperar tanto. Pues los golpes habían cesado y él se dirigió a su observatorio, aunque ya sin el interés de antes. Se sentó un poco a disgusto, y desde su silla podía ver la sombra de Quin removiendo baúles y tomando medidas.

Quin trabajaba con animación porque se sentía estimulado. Cada vez que perdía el ánimo —lo cual le sucedía varias veces en la jornada— iba a la pulpería, y el pulpero, que conocía su timidez, le servía un vasito de ron antes de que llegara. Quin se escondía tras una estiba de sal, levantaba el codo, alzaba la cabeza, abría su enorme boca y se echaba en ella el ron. Se humedecía siempre los bigotes, cosa que le agradaba porque después iba remojando los labios con las gotas que pendían de los gruesos pelos, y la ilusión de que estaba bebiendo le duraba un rato largo. Pero si había gente Quin se hacía el desentendido, hablaba con el pulpero de alguna cosa; en ocasiones hasta compraba algo que no necesitaba, y no se atrevía a echar los ojos sobre el vasito. Cuando notaba que los presentes no pensaban irse se marchaba haciendo al pulpero una seña con la cual indicaba que volvería pronto.

Ese miedo de que la gente supiera que él bebía evitaba que Quin se emborrachara. Nadie le vio borracho nunca, y don Juan Ramón no había sospechado de él hasta el día anterior, cuando notó que había hecho cinco viajes a la pulpería en pocas horas. Don Juan Ramón había hablado varias veces con Quin, y si era verdad que lo había hallado un poco raro, a veces muy tímido y a veces más alegre de lo justo, no sospechó de él.

Allá en el taller de Quin se alzó una voz tarareando una vieja canción. Don Juan Ramón oyó y le pareció estar soñando. ¿Cantando Quin, Quin cantando? No; no era posible.

—¡Ana, Ana! ¿Oyes a alguien cantar? ¿Te parece que alguien canta?

La mujer se acercó y dijo que sí, que a su juicio Quin cantaba; estaba segura de que ésa era su voz. Don Juan Ramón no quería creerlo; se levantó, decidido a averiguarlo todo, y con las manos en la espalda cruzó la calle. Quin tarareaba acompañándose del martillo. Don Juan Ramón estuvo un rato en la puerta, observándole, hasta que Quin se volvió y le miró. Algo raro halló don Juan Ramón en los ojos del baulero. Quin se cortó, dejó de cantar y se puso a buscar clavos en una

cajita. Avisado ya, don Juan Ramón se hizo el distraído. Para él lo más importante en ese momento era oler. Toda la vida se le fue a la nariz. Empezó a hablar, a elogiar los grandes baúles forrados de lata multicolor que estaban amontonados junto a una pared. Pero en realidad, lo que hacía era acercarse a Quin para percibir el olor, para cogerle el rastro de su vicio.

Sin embargo no podía. Allí hedía a todo, y el mismo Quin despedía un tufo a ropa vieja y a cola que mareaba a don Juan Ramón. Además, Quin rehuía al visitante.

Habla que habla, pasaba el tiempo y don Juan Ramón no daba señales de irse. Quin debía tener algo por dentro porque volvía angustiado los ojos a la calle y parecía mortificado. Don Juan Ramón observaba esa inquietud de Quin y disfrutaba el inefable contento de andar tras una buena pista. Pasó media hora. Quin estaba sintiendo la necesidad de un poco de ron; perdía el sosiego, buscaba baúles que arreglar, y entre todos los que había allí no encontraba por cuál empezar. Subió el sol, y sólo cuando de enfrente llamó la voz de doña Ana diciendo que era hora de comer decidió don Juan Ramón dejar a su víctima. Quin respiró como quien sale de un peligro y se fue derecho a la pulpería.

Quin creía que a un hombre como don Juan Ramón se le engaña fácilmente. Si al entrar en la pulpería hubiera vuelto la cara, habría visto que la puerta de don Juan Ramón no estaba cerrada: allí detrás, acechando, ardían los ojos del vecino, y cuando Quin salió a comer, don Juan Ramón se fue a ver al pulpero, a quien con fingida inocencia le sacó el secreto de los viajes de Quin.

Pasada la hora de la siesta, Quin iba a salir en busca de su primer vasito de la tarde cuando oyó que le llamaban. Su vecino cruzó la calle, esa vez con pasos enérgicos, y cuando estuvo a su lado le preguntó de buenas a primeras, con voz tan grave que impresionó a Quin de mala manera:

—Dígame, ¿va usted a beber otra vez?

El baulero no supo qué contestar. Era tímido y no se atrevía a negar ni se atrevía a decir la verdad. Se quedó perplejo, con los ojos turbios.

Don Juan Ramón le tomó por un brazo y le empujó hacia adentro. De súbito lo dejó libre, se echó hacia atrás y empezó a hablar. Lo que le salía de la boca era un chorro de palabras. Quin estaba alelado. Peroraba el otro sobre los efectos del alcohol en la naturaleza humana, y el baulero se llenaba de susto.

—... Los espíritus alcohólicos alojados en el estómago ascienden a través de las paredes estomacales, se introducen en las venas, se confunden con la sangre, destruyen las válvulas del corazón, y un día, quizá hoy mismo, acaso esta noche, mientras usted duerme, se queda bonitamente muerto, sin saber por qué. Y en cuanto al cerebro...

Quin abría la boca y se quedaba inmóvil y frío. ¿Y era eso así, Señor? ¿Estaba él realmente en peligro de morir en ese mismo instante? El miedo empezaba a adueñarse de todo su ser y sentía la columna vertebral blanda, los pulmones agarrotados y la garganta seca. Abría los ojos cada vez más. Donjuán Ramón seguía

hablando. Hablaba de Dios, de la virtud, de la moral, de fisiología, de economía... Era un torrente de palabras que ahogaba a Quin.

Mientras su víctima se acongojaba y se hundía por segundos en un mar de tribulaciones, don Juan Ramón paladeaba el delicado placer de sentir que estaba salvando a una criatura caída en los horribos antros del vicio. Veía a Quin asustado y a medida que aumentaba el miedo del vecino crecía la sensación de seguridad y de alegría que iba ganando el alma suya, su atormentada alma de hombre virtuoso.

Donjuán Ramón ignoraba de dónde le salían tantos conceptos. Él mismo se asombraba de lo mucho que sabía, y entusiasmado por su irresistible elocuencia hablaba y hablaba sin descanso, con los ojos metidos en los despavoridos ojos de Quin. Éste, al fin, no pudo resistir más de pie y se dejó caer sobre un baúl, y desde allí alzaba la cabeza hacia su vecino con atribulado gesto de súplica. Pero aquello no ablandaba a don Juan Ramón, que volvió a martillar lo de las paredes estomacales, las venas y el corazón. Quin apenas podía pensar ya. Sin duda esa misma noche le tocaría morir. Sus gruesos bigotes temblaban y sentía frío en los huesos.

Nunca hubiera podido decir Quin cuánto tiempo duró aquello. A él le pareció una eternidad. Su miedo llegó a nublarle la vista, a hacerle perder la noción de todo. Sobre él, incansable, don Juan Ramón suplicaba:

—Dígame que no va a beber más; por la salvación de su alma, por el bien del género humano, dígame que no va a beber más.

Quin no sabía qué responder, y tan pronto aseguraba que sí como que no. Pensaba en la noche, la horrible noche solitaria y oscura, y él muerto sobre su catre, muerto, ¡muerto! Ah, Dios, ¿por qué bebía, por qué había cogido ese maldito vicio? Y tal vez no sería en la noche; sino en la tarde; quizá sería una hora después, mientras martillaba sobre un baúl.

¿Cómo iba él a beber más, cómo? No. Juraba que no; lo juraba por sus recuerdos más sagrados. ¡Oh, morir en la soledad, a media noche! Era escalofriante. No podía pensarlo. Sentía el vientre helado y le golpeaban las sienas. Y la voz de ese señor, esa voz.

Paralizado de miedo, Quin no fue esa tarde a la pulpería y en la noche no pudo dormir. En la oscuridad veía su cuerpo, con todo y ropa, con sus viejos pantalones y su saco raído, metido en un ataúd, bajo tierra. Los gusanos —millones y millones de malignos gusanos— entraban por las cuencas de sus ojos, trepaban por sus bigotes, destruían en un segundo sus flacas mejillas. Su corazón recibía de golpe una carga de alcohol y dejaba de funcionar. Los espíritus alcohólicos —¿cómo eran esos espíritus, Señor?— subían en rauda ascensión a su cerebro y allí se metían por cuevas y hendeduras hasta envenenarlo todo y revolver la masa encefálica tal como él revolvía la cola.

Quin sentía sueño, un sueño pesado, que le salía de los huesos, y hubiera querido poder abandonarse a ese sueño. Empezaba a dormirse y de pronto abría los ojos, despavorido. ¡No, no! ¿Cómo dormir, mientras la muerte acechaba? Se le helaría la

sangre sin él darse cuenta, se quedaría ahí sin vida... Era insufrible; él no podía sufrir más.

Los ruidos de la noche crecían desmesuradamente. Las cucarachas se movían dentro de los baúles y parecían un ejército de gusanos que llegaba lentamente, en busca de su víctima. El tiempo se retardaba hasta lo imposible. Allí estaba el pulpero sirviendo un vasito. Quin iba a cogerlo, a echárselo en la boca, pero surgían los terribles espíritus, aquellos infernales espíritus, y Quin caía desmayado. La noche era interminable; no tenía fin; jamás acabaría. Ahí, en su catre, Quin se ahogaba.

De golpe despertó lleno de terror. Se había dormido, y ya las luces del día clareaban el aposento. ¿Estaba realmente vivo? ¿Y si era su alma la que había despertado mientras su cuerpo yacía sin vida? La angustia de la duda roía el corazón del baulero. Se movió un poco; se llevó las manos al bigote y lo encontró en su lugar, lacio y abundante. Luego, estaba vivo, porque un alma no tiene bigote; aunque él había oído decir que el ánima de ciertos difuntos no quiere admitir, al principio, que no pertenece ya al mundo de los hombres y siente como si en realidad no lo hubiera dejado. ¡Qué tormento tan difícil de explicar! ¿Pero estaba él vestido? Pues sí, estaba vestido. Por lo visto no se quitó la ropa para acostarse. ¿Y vivía? ¿Eran verdaderos esos ruidos que llegaban de la calle?

Todavía incrédulo, Quin anduvo por su habitación, llenándose de susto cuando alguna sombra entraba por las rendijas agrandándose en el aposento. Al abrir la puerta vio a don Juan Ramón sentado enfrente, con los ojos fijos en el taller.

Quin se puso a trabajar. Estaba pálido, nervioso, y no acertaba a meter un clavo derecho. A cada momento se sorprendía disponiéndose a tomar el camino de la pulpería, pero se detenía a pensar un instante en la fuerza de los hábitos y en las paredes estomacales y los espíritus alcohólicos. ¡Y qué fuerte era eso de la costumbre! El cuerpo le pedía un vasito, uno nada más; se lo reclamaba la garganta.

Una hora después llegó don Juan Ramón, le preguntó cómo había pasado la noche y volvió a hablar de los estragos del alcohol. Pero Quin no le oía. Le ardía el estómago, le temblaban las manos, le faltaba aire; le parecía que estaba perdiendo la vista. ¡Oh, qué falta le hacía un vasito, uno solo! Aguantó una hora. Don Juan Ramón se fue, pero se sentó en la acera a vigilarle. Cuando el sol llegó a mitad del cielo Quin empezó a sudar y a sentir náuseas. ¡Un vasito, uno solo! Sabía que si tomaba aunque sólo fueran dos dedos se entonaría y se le pasaría aquel vértigo que le aturdió. Pero donjuán Ramón estaba enfrente, vigilando, y dentro de su alma estaba el miedo que le paralizaba. Martilló todavía en un cuadro de madera destinado a un baúl pequeño. De pronto un frío de hielo subió desde sus pies hasta su frente, y cayéndose, aturdido, sin vista, se dirigió al catre y se echó en él. Ya no supo más de sí ni se enteró de que los vecinos —las vecinas, para decirlo con más propiedad— entraron, arreglaron el aposento, le quitaron la ropa y se hicieron cargo de él. Cuando volvió en sí, dos días más tarde, entrada la noche, vio resplandores de luces a sus lados y oyó algo así como una confusa voz lejana que hablaba de la gracia divina. Después alguien le tomó la

muñeca y le abrió la boca. En seguida todo volvió a ser vago, distante. Por la mañana, al otro día —¿o era el mismo día, con otra luz?—, creyó oír decir, con bastante claridad:

—Fue por dejar de beber. Sobrevino una depresión...

La voz pasó a ser murmullo, y ese mismo murmullo se alejaba más, cada vez más y más y más. En el fondo de su pecho comenzó a formarse una sensación agradable de tranquilidad, de honda paz. De pronto sintió que no podía respirar. Una señora dijo que sonreía, y así debía ser, sólo que bajo sus enormes bigotes nadie podía ver si movía o no los labios. Lo que sucedía era que Quin buscaba gotas de ron en los pelos; las buscaba como en un sueño. Fue su último deseo.

Don Juan Ramón estaba sentado a la cabecera del moribundo. Muy serio, vigilaba atentamente la faz de su vecino. De pronto levantó una mano, indicando que todo había acabado, y dijo solamente:

—Ya.

Sobre el rostro de Quin se había extendido velozmente un tinte amarillo y a seguidas empezaron los huesos a brotar, a crecer, a querer salirse de la piel.

Don Juan Ramón se volvió y escudriñó con ávida mirada la cara del médico. ¿Había dicho que fue por dejar de beber, o había él oído mal? Fingió indiferencia al preguntarlo.

—Sí —respondió el médico—. No siempre pueden dejarse las costumbres de golpe.

Don Juan Ramón se quedó mudo de asombro. ¿Era posible que un médico afirmara tal cosa? ¿Por qué? ¿Por qué?

Súbitamente don Juan Ramón creyó ver algo raro en los ojos del joven galeno, y de pronto, relampagueante, iluminando los rincones más oscuros de su alma, sintió la sospecha. Se puso de pie, casi de un salto, y se acercó al médico. Otra vez volvió a agitarse todo su ser, asentir la vida entera alojada en la nariz. El instinto le decía que había dado con una buena pista, y temblaba de emoción.

Porque sin duda alguna el médico había hablado así para calmar su propia conciencia. También él debía ser, como Quin, un desgraciado vicioso.

El difunto estaba vivo

La atmósfera del juicio se cargó más cuando Jesús Oquendo, peón de obras públicas y testigo presencial, dijo con toda seriedad:

—Lo que pasa es que el difunto ‘taba vivo.

—¿Cómo? —preguntó el juez, intrigado y al parecer de mal humor.

—Sí, yo lo vide y él fue el matador.

Entonces en la concurrencia empezó alguien a reírse. El propio fiscal soltó una carcajada, y cuando el juez alargó el brazo para coger la campanilla, en medio de las risas que se extendían por toda la sala resonó una voz enérgica, de tono angustiado, asegurando a gritos:

—¡Sí, estaba vivo; yo puedo asegurar que estaba vivo!

La sala —público, funcionarios, jueces— se llenó de estupor. El juez se quitó los lentes y miró con detenimiento y disgusto al que había gritado; igual que los del juez, todos los ojos se clavaron en él. «Él» era un hombre joven, bien parecido, arrogante y sin embargo de aspecto triste; se hallaba en medio del público y todo el mundo sabía que había sido el ingeniero jefe de las obras. El asombro era completo, ¿pues cómo podía nadie explicarse que un ingeniero asegurara tal cosa? Además, desde que empezó la instrucción del sumario el ingeniero había negado conocer las causas de los hechos, a pesar de que fue él quien recogió el cuerpo herido de Felicio.

A eso se refería el juez cuando preguntó despaciosamente:

—¿Y cómo se explica que ahora —y recalco esta palabra— sepa usted tanto?

—Porque sólo ahora he comprendido la causa oculta de cuanto ocurrió —respondió sin titubear el ingeniero.

El juez se volvió al secretario; los dos cambiaron palabras en voz baja y luego consultaron al fiscal. El abogado acusador se había quedado mudo e inmóvil. Al cabo de largo rato de confusión, de movimientos y cuchicheos, el juez hizo sonar la campanilla y pidió al ingeniero que dijera cuanto supiera. La expectación en el público era tal que nadie se quedaba tranquilo en su asiento.

El ingeniero empezó con este extraño exordio:

—El honorable señor juez tiene que ser benévolo y permitir todas mis disquisiciones, por alejadas que parezcan del asunto, pues cuanto voy a decir aquí es importante para conocer la verdad. Al principio creía que el culpable era yo por haber cedido a las peticiones del sargento. Yo pude haber trazado la carretera por otro sitio; el terreno es llano, de igual grado de humedad en todo el valle hasta llegar al poblado, y las dificultades de desagüe son las mismas en el centro que en cualquiera de sus orillas. Además, la gente del lugar, que no está enterada ni de estos particulares ni de la petición que me hizo el sargento, ha estado considerándome responsable de la tragedia e incluso un degenerado incapaz de respetar el reposo de un muerto. Esta circunstancia dificultó mucho mi situación y me impidió conocer el origen de los hechos, pues lo que yo me preguntaba hasta atormentarme era por qué el viejo Felicio

reaccionó de tal manera si el difunto don Pablo no era de su sangre. Pero cuando habló el testigo Jesús Oquendo comprendí toda la verdad; es que don Pablo no había muerto.

—¿No puede el testigo ceñirse a la exposición de los hechos que presencié? —interrumpió el juez.

—Sí y no; pues los hechos que presencié carecen de valor si se desconocen otros, y debo hablar de esos otros. Esta historia, señor juez, tiene dos inicios, uno reciente y otro lejano. El reciente empezó cuando el sargento Felipe fue a verme para pedirme que desviara la carretera haciéndola cruzar por el cementerio; el lejano, cuando llegó al lugar por vez primera don Pablo de la Mota. Si no puedo referirme a ambos, es mejor que no hable, señor juez.

La sensación de intriga que había en la sala del juicio al terminar el ingeniero estas palabras era tan densa que el propio juez se había dejado ganar por ella. Así, el ingeniero pudo explicarse sin límites. He aquí un resumen de cuanto dijo:

Resulta que el sargento Felipe tenía un poco de tierra más allá del cementerio; propiamente, entre éste y el pueblo. Dos veces ya había pedido al ingeniero que desviara la carretera a fin de que pasara por esa tierra. Para complacer al sargento era forzoso cruzar el cementerio, pues no podía, sin exponerse a investigaciones y reprimendas de sus superiores, trazar un curva innecesaria y, además, cerrada. Y si la carretera cruzaba el cementerio, era inevitable que la cuneta derecha pasara a todo lo largo de la fosa de don Pablo de la Mota.

—Habría que quitar esa cruz y sacar de ahí los huesos, si todavía duran —dijo el ingeniero a unos peones.

Ahora bien, la mayor parte de los peones era del lugar; de ahí que poco tiempo después el viejo Felicio estaba enterado de todo. Esa misma tarde el ingeniero recibió su visita. Era un anciano casi ciego, bajito, de piel oscura, encanecido, tardo para hablar. Sentado en la silla del acusado, frente al juez, permanecía tranquilo y la gente se movía para verle. Según explicó el ingeniero, al visitarle fue muy respetuoso, pero firme. Estaba temblando, y aunque el ingeniero creyó que eso se debía a sus años supo después que era a causa de la ira. Explicó que remover los huesos de don Pablo de la Mota lloraría ante la presencia de Dios; que el difunto descansaba ahí con todo derecho, porque él mismo había dedicado esas tierras a cementerio, y que mientras él, Felicio, estuviera vivo, no consentiría que lo dejaran sin sepultura. A todas las explicaciones que le dio el ingeniero contestó obstinadamente con las mismas razones que había expuesto en el primer momento. El ingeniero creyó que iba a perder la cabeza.

—Pero señor —dijo—, ¿a mí qué me importa lo que usted siente o deja de sentir?

—¿Que no le importa? ¿Usted se atreve a decir que no le importa lo que siente un hombre? ¿Y no le importa tampoco el reposo de un difunto? —preguntó Felicio, con el acento de una persona que está a punto de perder la razón.

—¡No, no me importa! —gritó el ingeniero, fuera ya de sí.

—¡Antonce máteme, máteme agora; quiero morirme antes que ver los güesos del difunto don Pablo sin reposo!

A todo esto los obreros de la obra habían dejado de trabajar; oían y miraban, y el ingeniero comprendió que no tardarían en sentirse irritados. Casi toda era gente del lugar y quién sabe lo que empezarían a pensar. ¿No habría en ese cementerio familiares de esos hombres enterrados?

—¡Llévense a este viejo de aquí, pronto! —ordenó a voces; y después se fue a pasos largos, disgustado consigo mismo.

Ya en el pueblo cometió un error: se puso a beber y lo hizo con exceso. Estaba borracho cuando el sargento entró en la pulpería, y aunque lo razonable hubiera sido que los tragos le dieran por pelearse con el sargento —pues a él se debían sus trastornos morales—, se sometió al ron, que no acata razones, y acabó abrazado al militar. A eso de las nueve de la noche el ingeniero y el sargento reían a carcajadas, eran los amigos más grandes en todo el país y hablaban horrores del difunto y de Felicio.

—Desenterramos los güesos y los enterramos otra vez junto con el viejito ése —decía tartamudeando el sargento.

De pronto empezó a apostrofar al dependiente, a pesar de que el muchacho no respondía ni una sílaba.

—¡Sinvergüenza! ¿Usté se atreve a decir que mi propiedad no vale más que los güesos del difunto, eh? ¡Manque no lo diga lo ‘ta pensando! ¡Dígalo pa’ que vea cómo se muere un hombre, pedazo e sinvergüenza! ¡Atrévase a decir que esos güesos valen más de trescientos pesos!

Eso era verdad, pues los restos de don Pablo de la Mota no valían trescientos pesos; no valían nada en dinero. Ahora bien, también era verdad —aunque eso no podía saberlo el dependiente— que si los huesos no hubieran estado allí nadie hubiera dado veinte pesos por la tierra que el sargento le había quitado a doña Masú Pérez. El sargento había obtenido esa propiedad a cambio de dejar tranquilo al hijo de la señora, un muchachón medio loco que tenía deudas con la justicia por cuenta de cierto lío de faldas. Si la carretera lo cruzaba, el terreno subiría de valor.

—... Y como yo necesito ese dinero, que boten al viejo de ahí —explicaba el militar entre eructos, mientras abrazaba al ingeniero.

—Si todavía está ahí —añadió éste—, pues es probable que ya no haya ni huesos. El terreno es muy húmedo —añadió a manera de explicación.

Pero como pudieron ver todos el día siguiente, la osamenta de don Pablo estaba entera. El viejo era tan duro bajo la tierra como había sido sobre ella.

—Al ver aquel esqueleto en el fondo de la tumba sentí lo degradante que había sido mi conducta. No debí haber accedido a la petición del sargento, aunque eso me hubiera costado el cargo; no debí haber bebido la noche anterior; no debí haber tratado tan groseramente a Felicio pues el anciano respetaba la memoria del muerto como debí yo respetar su descanso eterno.

Así habló el ingeniero ante el juez; e inmediatamente empezó a explicar por qué Felicio, que se hallaba en la obra junto con los peones cuando abrieron la vieja fosa, estaba tan vinculado al recuerdo del difunto. Ésa era una historia antigua, pues Felicio había entrado a trabajar con don Pablo cuando apenas tenía veinte años. Don Pablo era ya hombre de más de cuarenta y reinaba como dueño absoluto en todas aquellas tierras.

En esa época había pocos bohíos; ahora hay un pueblo, y para comunicarlo con Jarabacoa y La Vega se hizo la carretera; pero según pudo averiguar el ingeniero, cuando don Pablo lo vio por vez primera, toda la llanura, desde las lomas de Río Grande hasta las del Tireo —un valle triangular entre montañas— era monte salvaje, donde no entraba el sol. Don Pablo llegó acompañado de un peón, contempló el hermoso y agreste panorama y volvió a irse por la ruta del Sur, abriendo él mismo lo que años más tarde iba a ser el camino de San Juan. Regresó meses después, con tres peones y una negra cocinera llamada María.

Nadie supo jamás de dónde había salido don Pablo. Se estableció allí y con el tiempo era dueño de potreros, siembras de tabaco y caña, de varios conucos, reses, caballos y mulos. Durante mucho tiempo vivió aislado, sin trato con personas que no fueran sus peones y la cocinera. Al cabo de largos años de vivir entregado al cuidado del desmonte y a levantar sus potreros bajó un día a Tireo, conoció una muchacha y se la llevó. Antes del año empezó a tener hijos, y todos fueron varones.

Para los días de la guerra con los españoles el hombre estaba metido en familia, lo que no le impidió asegurar cierta noche, asombrando a quienes le oían, que tal vez se fuera a soltarles sus tiros a los extranjeros. No lo hizo, y esa fue la única cosa que dejó sin hacer después de haberla anunciado.

A raíz de la paz murió la mujer de don Pablo. Él no la lloró ni lamentó su falta con una sola palabra; pero desde entonces se hizo más esquivo y silencioso. Poco después murió también la negra María. Los hijos y los peones esperaban que alguna otra mujer remplazaría por lo menos a la cocinera; pero don Pablo ni siquiera mencionó la posibilidad de hacerlo. Los hijos tuvieron que atenderse solos y acostumbrarse a asar ellos mismos los cerdos cimarrones o los becerros que mataban. Don Pablo comía con ellos. Desde lo alto del caballo señalaba el pedazo que debían asarle; sin apearse del caballo se lo llevaba a la boca y con él en la mano se iba tras la peonada a vigilar el trabajo.

Criados como salvajes, los hijos de don Pablo se dieron agresivos. Era frecuente que algún vecino del Tireo se acercara al viejo para darle quejas de los hijos.

—Ezequiel se metió en la propiedad y me mató un puerquito, don.

—Don Pablo, meta a sus muchachos en cintura, que ayer me tumbaron una palizá.

Aunque casi nunca respondía a quienes le iban con esas acusaciones, don Pablo sentía disgusto por el comportamiento de sus herederos; los llamaba, se quedaba

mirándolos y les daba un bofetón o les echaba un «ajo». Un día se cansó de oír quejas. Al que le fue a dar una le respondió:

—Los hombres son para entenderse con los hombres. Si el muchacho lo embroma, mátele y tíreselo a los perros.

La gente del Tireo le tenía respeto a don Pablo y murmuraba que un señor que decía esas cosas debía andar mal de la cabeza.

La verdad era que aquel personaje resultaba impenetrable. Jinete en un caballo flaco, se pasaba los días de sol a sol atendiendo a la siembra, a la producción del melado, a las reses o al remiendo de palizadas. De tanto andar al sol tenía la piel oscura y su bigote y su pelo blancos resaltaban sobre el color pardo de la cara, aumentando la energía que denunciaban sus facciones.

De año en año don Pablo bajaba a San Juan a vender andullos, cueros de reses o melado. Cuando volvía de uno de esos viajes, al cabo de diez o doce días de andar por lomas y caminos infernales, llegaba tan silencioso como si no hubiera ido a parte alguna; respondía a los saludos de los peones con un movimiento seco de la mano; muchas veces seguía en el mismo caballo dirigiendo los trabajos y sólo en la noche pisaba la puerta de la casa.

Cuando llegó al lugar la noticia de la guerra de los seis años empezaron los hijos a cuchichear entre sí y a formar grupos con los peones. Don Pablo notaba la rara actitud de sus hijos y callaba. Un día desaparecieron los tres mayores con cinco de los trabajadores y ocho animales de silla y dejaron dicho que se iban a la frontera del Sur. A partir de entonces se agrió el carácter de don Pablo. Cuando algún caminante contaba en la noche relatos de la guerra o cuando algún peón de los que bajaban al Tireo llegaba con noticias de la frontera, don Pablo se ponía a escuchar, pero haciéndose el que atendía a otra cosa. No nombraba nunca a sus hijos.

Otro día desaparecieron dos más. Se llevaron cuatro caballos y dos peones. El viejo no salió de su casa, pretextando que llovía. Empezaba a notarse en su rostro el paso de los años, y al tiempo que se le descarnaban las mejillas y las sienes, el pelo del bigote se le hacía más blanco, más erizado el de las cejas y más escaso el de la cabeza. El día de la fuga de los muchachos el viejo estuvo, por primera vez en su vida, una hora sin moverse de una silla; ese día, también por primera vez en su vida, posó su mano en la cabeza de uno de los dos herederos que le quedaban. Fue en la de Remí, el menor, que tendría entonces quince o dieciséis años, y el joven Remí pudo ver cómo una leve sombra de ternura apagó durante un instante el fulgor de los ojos de su padre.

Meses más tarde ocurrió una tragedia; un toro cimarrón le mató al mayor de los dos hijos que le quedaban. El peón que llevó la noticia llegó ahogándose y lívido.

—Sí, don Pablo; yo ‘taba con él y lo vide. Por esa loma anda el maldito con las tripas de Merardo entre los chifles.

El viejo se levantó de golpe y pareció que los huesos de la cara querían salirse de la piel.

—¿Cómo? —preguntó.

Sin esperar respuesta entró en su aposento, se amarró un pesado sable, tomó una antigua tercerola que nunca usaba y ordenó al peón que entramojara los perros. Se le podían oír las lágrimas por dentro.

—¡Vamos! —mandó.

Silenciosos y llenos de respeto, los hombres le vieron coger el camino de la loma y durante cuatro días no supieron palabra ni de él ni de su peón.

Al cuarto día de ausencia, ya metida la noche, les vieron volver. Don Pablo entró mudo, y se le podía ver en el rostro la enorme fatiga moral que padecía. Ante el silencio de todos su peón contaba en la enramada:

—Pasaba un animal cerca y lo dejaba seguir. No más me preguntaba: «¿Ése?». Pero yo conocía bien al maldito. Era joco en negro y tenía una oreja gacha. El viejo y yo sube repecho, baja barranco, busca aquí, busca allí. Veníamos a comer en la noche, como quien dice, con algún puerquito que se arrimaba; pero el viejo ni an tentaba la comida. Ayer, casi al caer el sol, asunto yo a los perros orejones y cantando. Jum... Me malicié que era el condenao; me lo dijo el corazón. ¿Y pueden creer que era él? El viejo ni an resollaba. Soltamos los perros y al rato asomó el toro los chifles por un claro. «Aguáitelo ahí, don Pablo; ése es el maldito», grité yo. El viejo parecía como descuidao; pero se viró en un repente y... ¡tuá! ¡Le partió una pata de un tiro! El animal pegó un grito y bregó por levantarse, pero llegó el viejo, que taba como tembloroso: ¡tuá!; el otro tiro en la otra pata. Yo no sabía que don Pablo tenía tanto pulso. No más se veía ese toro dando vuelta y vuelta sobre las patas partías. En eso yo me le fui arriba al animal, y don Pablo me atajó y me dijo que me quitara, que 110 me atreviera a acercarme. Echaba candela por los ojos, créanmelo. Ahí mesmo salió en carrera, le agarró un chifle al animal y le cayó a machetazos por la cara. El toro fuetiaba la tierra con el rabo y pegaba unos gritos que partían el corazón.

El peón arrugaba la cara y los otros le oían en silencio mientras arriba, batidas por la brisa, iban y volvían sin descanso las llamas de un pedazo de pino encendido que habían amarrado a un espeque.

—Asina —seguía la voz— tuvo el viejo un rato largo; después parece que se cansó, cogió el sable y se lo metió entero al animal. El pobre toro boquiaba entre tanto tormento, y todavía boquiaba cuando el viejo lo dejó. Don Pablo ‘taba embarrao en sangre de arriba abajo y me dijo que cogiera el camino. Dende que salimos no ha dicho ni jota. ‘Tá como si se le hubiera caído la lengua.

Así, como si se le hubiera caído la lengua crecía Remí, el último de los hijos, llamado a morir en brazos de Felicio. Hablaba poco, como el padre, pero era más afectuoso. Aunque nunca el viejo y él cambiaban una prueba de cariño se sentía el afecto que los ligaba y algunos peones sorprendieron más de una vez a don Pablo con los ojos puestos en las últimas vueltas del camino cuando Remí hacía un viaje y se demoraba más de lo normal.

Un día Remí abrazó a dos de sus hermanos que volvían de la frontera. Tuvo un alegrón tan grande que no pudo disimularlo; el viejo, en cambio, apenas los saludó. Los hermanos mostraban cicatrices y barbas, y durante muchas noches los peones se reunieron en la enramada para oírles relatos de la guerra. De los otros hermanos no sabían palabra y ni siquiera los mencionaban. En cierto momento don Pablo fue a llamar a uno de ellos y el nombre que le salió a los labios fue el del mayor, que acaso a tal hora estaba enterrado allá en el Sur. Cuando Remí se volvió notó una vaga palidez en las mejillas de su padre y un brillo doloroso en sus ojos.

Los hermanos volvieron a trabajar y su vida se deslizaba en el sitio como si nunca hubieran abandonado aquel paraje. Pasaron seis meses, ocho, diez... Un día, por fin, llegó alguien con una queja, y poco a poco, igual que antes, empezaron las querellas con los vecinos distantes. Con los ojos inyectados en sangre, las barbas negras y crespas, jinetes en buenos caballos, los dos endiablados hijos de don Pablo recorrían los confines del sitio buscando pelea, y como la gente de los contornos sabía de lo que eran capaces, los dejaba hacer, temerosa. Uno de ellos anduvo enamorando a una joven del Tireo y ella no le dio oídos. El galán decidió ver al padre de la muchacha, y allá se fue con su hermano. El padre trató de esquivar el problema diciendo que él no podía obligar a su hija a ser la mujer de un hombre que no le gustaba, y los hermanos contestaron con un ultimátum en regla: o les daban la prenda de ahí en tres días o ellos irían a buscarla como hombres, se la llevarían y después darían candela al bohío.

Así lo hicieron. Una noche se presentaron en la casa, cada uno armado de sable y carabina. El padre de la muchacha había preparado a sus familiares y peones, y cuando los asaltantes, sin apearse de los caballos, con las cabezas de los animales metidas en la casa, dijeron que iban a buscar «lo suyo», recibieron en respuesta el ataque de los asaltados. Los hijos de don Pablo no eludieron la pelea. El menor de ellos resultó herido en una pierna; pero cuando los hermanos se alejaron de allí dejaban el bohío en llamas, un peón muerto, a la muchacha herida y al padre agonizante. El vecindario oyó la precipitada carrera de las dos bestias que montaban los hijos de don Pablo; en cuanto a éstos, nadie más volvió a verlos. Muchos años después llegó al sitio un hombre que dijo haberlos conocido y contó que el mayor se había dedicado a robar reses y que el otro murió peleando en el Este.

La bárbara agresión de aquellos demonios distanció a la gente del Tireo de don Pablo. La misma noche del suceso se supo éste en la casa del viejo, pero a él no le dijeron palabra hasta el otro día. Le tembló el bigote y le ardieron los ojos al oír lo que le contaban; después se levantó, dio algunos paseos lentos por la sala y al fin hizo llamar a casi todos sus peones. Cuando estuvieron reunidos dijo con voz pausada: — Tienen dos días para buscarme a esos bandidos. Si no los pueden traer vivos, tráiganlos muertos.

Sin detenerse a pensarlo mucho, uno de los peones se adelantó. —Para nosotros no son bandidos, don, sino sus hijos, y ni yo ni ninguno de nosotros va a hacer preso

a un hijo suyo, contimás tirarle.

—¡Tienen dos días para buscarlos! —remachó don Pablo lleno de cólera.

Los peones se miraron entre sí. Otro explicó:

—Mire, don Pablo, una noche y casi un día nos llevan por delante. Ellos conocen bien los cubujones de la loma y no los vamos a encontrar, contimás que van bien montaos.

Ante ese razonamiento don Pablo pareció dudar. Miró fijamente al que había hablado, se llevó las manos a la espalda y se puso a dar paseos. Remí temió que él mismo se lanzara a perseguir a los muchachos.

Por cuenta de ese suceso Remí no quiso seguir cortejando a una muchacha del Tireo que le gustaba y como ya estaba en edad de tener mujer, el disgusto lo desmejoraba. El viejo comprendía lo que le ocurría al hijo y un día lo llamó:

—Vístase de limpio y ensille su caballo —le ordenó.

Sin hablar y sin tratar de averiguar qué se proponía el viejo, Remí le obedeció. Tomaron el camino del Tireo y ambos iban mudos. Don Pablo no levantó la cabeza sino cuando llegaron a los primeros ranchos del lugar. A la vera del arroyo, entre amagos de selva, pardeaba un bohío. Una muchacha blanca, tierna todavía y ágil y tímida como una paloma, se metió huyendo en la casa. Don Pablo le gritó que se cambiara de ropa, entró tras ella y sin preámbulo alguno le soltó al hombre que salió a recibirlo:

—Aliste a su muchacha, que Remí está enamorado de ella y se la lleva hoy mismo.

Oyendo hablar al hombre de sus cosechas, siempre mudo y grave, don Pablo esperó el café; después salió, dijo que iba a la pulpería, donde ordenó que le despacharan dos cajas de ron en una mula, y volvió para decir a Remí que lo esperaba con la pareja en su casa. Cuando los enamorados llegaron encontraron a los peones asando dos lechones. En la enramada comieron y bebieron, alumbrados por los hachones de cuaba. Don Pablo estuvo levantado hasta muy tarde, cosa que jamás había hecho, y alguna vez se le vio sonreír, con una sonrisa torpe a la que no estaba acostumbrado.

Esa noche, sentado a su lado, estaba él todavía muchachón Felicio Rojas, que poco antes había entrado a formar fila entre los peones de don Pablo.

Una vez Felicio tuvo que ir a la loma en busca de Grano de Oro, novilla cebada que debía ser llevada al corral; pero en el camino olvidó la orden y esa misma tarde llegó a la casa arreando a Pinto, un buey viejo que había sido echado a la sabana para que se hartara de pasto. Los peones se rieron de él y todavía hay quien diga en el lugar, a lo mejor ignorando el origen del dicho: «Cuidao si en ve de Grano de Oro trai a Pinto».

Así de distraído era Felicio en su juventud; con el andar de los años aquel mal pareció agravarse en vez de mejorar, y al mismo tiempo aumentaba su extraña

sensibilidad moral. Había muchas cosas que Felicio reputaba por mal hechas y que a otros le parecían corrientes, y había muchas que otros juzgaban decentes y él no.

—Don Pablo mata a un hombre y no lo hace por mal, sino por autoridad; pero esos muchachos suyos que se jueron dispué de lo del Tireo eran malos manque hicieran el bien —decía; y sentenciosamente agregaba:

—El hombre bueno lo merece todo; el malo lo que hace es malgastar lo que se come.

De haber sido por don Pablo el sitio no se hubiera poblado, porque él no consentía tener cerca gente que no estuviera bajo su mando. No le dolía dar tierras, repartirlas o arrendarlas, siempre que fuera a personas que reconocieran su jefatura moral y se abstuvieran de querer penetrar su intimidad.

Cierta vez llegó al lugar un hombre de las vueltas de La Vega, y como en realidad aquellos terrenos no habían sido legalmente adjudicados a nadie, se creyó autorizado a tomar su parte y empezó a tender una palizada. El viejo lo supo, montó a caballo, llamó a unos cuantos peones entre los que iba Felicio, y tumbó la palizada. Cuatro o cinco días más tarde volvió el desconocido a pararla; alguien se lo dijo a don Pablo, quien, sin decir una palabra, montó a caballo y salió hacia allá. En el camino pechó al hombre.

—Óigame, amigo —tronó—, si usted quiere sembrar o criar aquí, hágalo sin cuidado; pero si usted quiere seguir vivo, tumbe esa palizada ahora mismo.

A espaldas del papá, Remí aconsejaba lo contrario.

Los años pasaban también por aquel rincón del mundo, y el viejo iba perdiendo bríos. Un bohío hoy, otro más tarde; un rancho allá y alguno a la vera del río, entre el tupido monte de negros y copudos árboles fue apareciendo gente y en la tierra cubierta de maleza y de yerba fueron naciendo, como ligeras cicatrices, veredas que llevaban de una puerta a otra.

Llegó el día en que la férrea mano de don Pablo dejó de gobernar los destinos de aquel triángulo de tierra metido entre lomas. Seguía siendo el amo, pero sus ojos perdían luz entre los largos pelos de las cejas y los huesos de su rostro se pronunciaban cada vez más. Algunas veces se refería a la poca hombría del hijo que no daba descendencia. La nuera enfermaba mucho y se quejaba de cólicos. Uno de esos terribles dolores acabó con ella y la enterraron cerca de Merardo y de dos peones que habían muerto años atrás, en el mismo sitio donde don Pablo pidió que sepultaran a su mujer y a la negra María. Jinete en un hermoso potro negro acompañó el ataúd de su nuera, y desde su montura siguió con fría mirada la operación del enterramiento. Felicio estaba allí y siempre recordó aquel grave y silencioso instante. Oyendo el golpe de los picos que cavaban la zanja de la carretera, oía Felicio el de la tierra cayendo sobre la madera que albergaba el cuerpo de la difunta desde muchísimos años atrás. Como si el tiempo no hubiera pasado le parecía ver al viejo, callado, de mirada fija, inmóvil, y le parecía oír su voz diciendo, al emprender el camino de regreso, que ahí quería tener él su última morada. Sí, ésas habían sido sus

palabras, y una vez dichas se había vuelto lentamente hacia el valle, en cuyo césped brillaba el sol. Al final, hacia el Tireo, se veían los negros penachos de los pinos y sobre ellos el cielo radiante. Según creyó siempre Felicio, ésa fue la única vez, en lo que él recordaba, que don Pablo se detuvo a contemplar el paisaje.

Antes del año Remí tenía otra mujer, con la cual fue padre. Cuando ocurrió esto don Pablo estaba ya más que viejo. Había enflaquecido tanto que sólo le quedaba la piel sobre los huesos; con la flacura parecía haber aumentado su natural solitario y a veces se pasaba días enteros sin abrir la boca.

Al nacer el muchacho don Pablo se animó un poco. Acechaba que no hubiera gente en la casa y se acercaba silencioso a la hamaca de cuadro en que dormía el nieto y le hacía caricias en la mejilla con la punta de sus duros y temblorosos dedos. Desde recién nacido exigió que le pusieran Antonio, en recuerdo de su mujer, que se llamó María Antonia. Aquel hombre enigmático debió guardar veneración por la difunta, con quien ni siquiera se había casado, ya que en tan remotos tiempos no había habido en toda la comarca ni cura ni juez civil.

No pareció sino que don Pablo sólo esperaba la satisfacción de tener un nieto para abandonarse a las manías que le apuntaban. Agravada su naturaleza solitaria con la vejez, se disgustaba profundamente cada vez que alguien iba a verle. Llegó día en que se negó a ponerse su ropa y andaba por las cercanías de la casa vestido con un batón de tela que le daba a media pierna; cuando llegaban mujeres de visita se echaba maíz en la falda, se levantaba el ruedo de ésta hasta la altura del pecho y salía a echarles el maíz a las gallinas. Era ridículo y triste verle en tal facha, y Felicio sufría como nadie tales espectáculos, pues en tan largo tiempo a su lado había aprendido a quererle como a un padre.

Cerca de los noventa debía andar don Pablo cuando se le conoció el primer quebranto. Jamás se había quedado un día en la cama y no podía admitir que tenía que mantenerse acostado. Comprendiendo que no tardaría en morir, los vecinos empezaron a visitar la casa. Don Pablo no tardó en darse cuenta de la realidad, y cuando adivinó que la cercanía de su muerte era causa de esas visitas pidió la ropa que había dejado de usar en los últimos tiempos y ya anochecido tomó la puerta y se fue, sin hacer caso de la nuera que se esforzaba en convencerle de que no saliera.

Cuando pasaron dos horas salieron en su busca. Una luna radiante metalizaba los matorrales y los árboles. La vecindad se erizaba de miedo, llena de aullidos de perros y mugidos de toros.

Fue Felicio quien dio con él cuando se levantaban las primeras luces del día. Yacía en el fondo de un barranco, descalabrado, con los brazos y las piernas tendidos y los ojos abiertos. El antiguo peón se ahogaba cuando le daba la noticia a Remí, y lloraba horas más tarde, al abrir la fosa que iban a profanar años después los picadores de obras públicas. Al andar del tiempo, Remí, su mujer y su hijo Antonio iban a morir a causa de la influenza, y serían enterrados cerca de don Pablo.

Al llegar a este punto el ingeniero pidió tomar agua. Nadie se movía en la sala. Con toda suavidad, como si temiera hacer ruido, el fiscal se rascaba la cabeza o limpiaba sus lentes con el pañuelo.

—A partir de ahora debo contar las cosas, no como las vimos nosotros sino como con toda seguridad las vio y las sintió Felicio. Él está aquí y hasta ahora se ha negado a hablar, pero estoy seguro de que al final declarará y repetirá mis palabras. Es un viejo respetuoso, que 110 miente; yo diría que espiritualmente Felicio es un hijo de don Pablo de la Mota.

Al llegar ahí el ingeniero, Felicio se puso de pie. Estaba temblando y por las mejillas le rodaban lágrimas que se secaba con el dorso de una mano. El público vio eso y se conmovió. Parece que Felicio quiso hablar, lo cual causó expectación porque era la primera vez que iba a hacerlo; no pudo, sin embargo, y lo que hizo fue mover la cabeza de arriba abajo, aprobando lo que acababa de oír. Lentamente volvió a sentarse mientras seguía estrujándose los ojos con la mano. El ingeniero había callado y el juez y los asistentes miraban hacia Felicio.

—Yo había visto a Felicio allí, sentado sobre una tumba, oyendo el golpe de los picos y tratando de ver lo que se hacía —explicó el ingeniero.

Sí, allí estaba. No quería creer lo que veía y esperaba que a última hora se ordenaría la suspensión del trabajo. Siempre había sido él así: no se avenía a aceptar que la gente procediera mal sino cuando ya era evidente que lo había hecho. En ese momento, por ejemplo, Felicio no pensaba en que estaban abriendo la tumba, sino que pensaba en don Pablo y lo veía ante él tal como había sido antes de volverse maniático; lo veía con su estampa alta, flaca, su piel quemada, sus bigotes blancos, su mirada fría; lo veía moverse, observándolo todo y siempre tan callado. De pronto oyó voces. Felicio hizo un esfuerzo, se puso de pie y caminó. Los hombres rodeaban el hoyo y señalaban algo. Felicio quiso ver.

—¡Sigue picando, tú! —gritó alguien.

Dos peones se tiraron al hoyo mientras el resto hacía gestos de repulsión y algunos se persignaban. Con sus cansados brazos, Felicio se abrió camino y se acercó al hoyo. Lo que había en el fondo era borroso para sus ojos, y cuando empezaba a distinguir oyó una exclamación.

—¡Concho, ‘tá enterito todavía! —dijo una voz.

Entonces Felicio volvió el rostro a los que le rodeaban. Sí, debía ser que habían dado con la osamenta de don Pablo. Estaba ahí, en ese lugar, y él lo sabía mejor que nadie; pero se negaba a admitir que no hubieran respetado el descanso del difunto. Miró de nuevo hacia el hoyo; al principio todo le pareció barro revuelto con madera, pero después distinguió el esqueleto, del cual, debido a un golpe de pico, se había desprendido un brazo.

En ese momento todo se confabuló para que las cosas ocurrieran como sucedieron. Serían las once del día, más o menos, y un sol radiante iluminaba el valle. Por el camino de Tireo, que estaba al oriente, se acercaban dos hombres a caballo y

uno de ellos montaba un hermoso animal negro cuya crin se batía al paso de la bestia. El grupo que rodeaba el hoyo atrajo a esos hombres y el del caballo negro se tiró de él para ver qué estaba pasando. Al mismo tiempo, a cosa de cien varas y procedentes del pueblo, se acercaban a pie el sargento Felipe y el ingeniero.

Así estaban distribuidos los personajes en el momento en que los picadores dieron con la osamenta de don Pablo de la Mota. Además de todos esos detalles, hay que agregar éste. A la espalda de los trabajadores que estaban junto a Felicio, hacia la mano derecha del viejo, había un pequeño montón de herramientas, mandarrias y martillos entre ellas.

—Ahí ‘tá el difunto. Usté que lo conoció, diga si es él...

Felicio se volvió hacia el que hablaba y después hacia el hoyo. Allá abajo estaba el esqueleto, grande, sucio, con el brazo izquierdo separado. Súbitamente, Felicio reculó. Ahí, dentro del pecho, sintió que algo le estallaba y al mismo tiempo se le fijó en la espalda un terror que lo ahogaba y lo mataría. La idea que tuvo fue la de que don Pablo iba a salir de la tumba, montado a caballo, más colérico que jamás lo había estado en vida y que iba a preguntarle por qué estaba allí y por qué había consentido que profanaran su último sueño.

Aquello fue tan vivamente sentido que Felicio gimió y se llevó las manos a los ojos. Asustados, los que le rodeaban quisieron sujetarle. Entonces Felicio miró en torno suyo y vio a seis pasos del hoyo el caballo negro del recién llegado. Al dar con el animal palideció y gritó, con una voz llena de miedo:

—¡Su caballo; el caballo de don Pablo!

Sí, aquella era la bestia en que don Pablo había estado ahí, en ese mismo sitio, mientras enterraban a la nuera, muchísimos años atrás. Violentando las manos que le sujetaban, Felicio corrió y vociferó, dirigiéndose al hoyo:

—¡Ahí ‘tá su caballo, don Pablo!

Y entonces él vio a don Pablo, que apoyaba una mano en el fondo del hoyo; la derecha, porque no tenía mano izquierda; lo vio levantarse y sujetarse a la pared del hoyo.

—¡Dame la mano! —ordenó el muerto con la misma voz autoritaria de otros tiempos.

Todo sucedió tan de prisa que Felicio no comprendía por qué los demás no hacían algo para evitar lo que estaba sucediendo. Él no podía hacer nada; él estaba paralizado por el miedo, con los ojos vidriados, sudando frío en la frente.

—¡Acompáñame y toma esto! ¡Hay que matar, Felicio! ¡Monta conmigo! —dijo la voz, fría y precisa.

¿Qué le había dado aquel difunto que de pronto volvía a la vida? Ah, sí; el hueso de su brazo izquierdo. Felicio lo tomó y notó que estaba húmedo, sin duda por haber estado tanto tiempo bajo tierra.

Felicio temblaba y quería llorar. Don Pablo de la Mota se veía más viejo que cuando vivía y estaba amarillo y sucio de barro.

Su aspecto era el de un hombre salido de las profundidades de una cueva. Firmemente, con su brazo a faltar, caminó y montó el caballo negro. Al poner el pie en el estribo se volvió y miró a Felicio con ojos glaciales.

—¡Tú aquí atrás! —dijo; y nada más.

Felicio corrió y montó en las ancas. Don Pablo llevaba las riendas. Felicio se dio cuenta de que el animal galopaba y oyó gritos; volvió la cara y vio que entre los hombres que rodeaban el hoyo se producía un tumulto. De súbito él se sintió lleno de ternura por don Pablo y pegó su pecho en la espalda del difunto.

—Don Pablo, ¿se acuerda que se descalabró, la noche que se tiró por el barranco? El muerto dijo:

—Sí; todavía tengo la marca en la frente.

Pero de pronto su voz cambió, y gritó, como cuando ordenaba atajar un toro:

—¡Ahora, Felicio!

Felicio se ladeó y vio ante el caballo al sargento Felipe que enarbolaba un revólver. El ingeniero corría hacia un matorral vecino.

—¿‘Tá loco, viejo condenao? —gritó el sargento a todo pulmón.

Se le veía que estaba asustado; se había puesto pálido y resultaba grotesco pegando saltos con sus piernas torcidas.

—¡Ahora, Felicio, duro! —ordenó el difunto con voz estentórea.

El caballo pasaba velozmente junto al sargento. Felicio alzó el brazo y descargó el golpe. Él no podía pensar que aquel hueso sucio, descarnado y húmedo, pudiera ser tan fuerte. Oyó el chasquido del golpe y vio al sargento caer haciendo un círculo y manando sangre por la cabeza. Entonces sonó un disparo.

—Ay... —dijo don Pablo.

Felicio se asustó.

—¿Lo hirieron, don? —preguntó solícito.

—Sí, aquí —masculló el difunto llevándose la mano al vientre.

Pero a Felicio le resultó curioso comprobar que la mano que tocaba aquel vientre no era la de don Pablo sino la suya. Tal vez era porque el difunto no tenía mano izquierda. Cada vez más asustado, Felicio notó que tocaba un líquido caliente y espeso.

De golpe el caballo se detuvo. Por encima de la cabeza de don Pablo, Felicio vio el cielo y observó que las lomas iban girando allá arriba, todas deslizándose, una tras otra. Dobló la frente, golpeó la silla con el rostro; luego, con todo el cuerpo, la tierra negra y feraz del valle. A su lado, temblando, espantado y sudoroso, estaba el caballo negro. La gente corrió, dividiéndose en dos grupos, uno que se precipitaba hacia el sargento y otro hacia Felicio.

—Yo mismo recogí a Felicio —explicó el ingeniero—; después noté el odio de la gente y me sentí mal. Me acusaban de ser el culpable de la tragedia, y aunque tenían razón hasta cierto punto, el que le dio a Felicio la orden de matar fue el difunto, pues aunque nadie quiera creerlo, el difunto estaba vivo. Sólo ahora lo comprendo.

Lentamente, Felicio volvió a ponerse de pie. Parecía trabado de la espalda por algún dolor. De nuevo empezó a temblar y señalaba con un brazo hacia el ingeniero.

—Sí, sí, sí —comenzó a decir, casi babeando—. El difunto taba vivo y seguirá vivo mientras yo no me muera, porque naiden se muere de a verdá si queda en el mundo quien repete su memoria.

Y aquel viejo casi ciego tenía una figura y una voz tan patéticas, que a pesar de que estaba haciéndolo sin autorización, el juez le dejó hablar sin interrumpirle. El juez evocó la sombra de su padre, tan presente siempre en él, y comprendió al ingeniero y a Felicio. De todo esto surgía, sin embargo, una dificultad: él no podía condenar a un difunto, aunque estuviera vivo.

Y como no quería cavilar mucho, porque se sentía cansado, se puso de pie, sonó la campanilla y dijo:

—El juicio queda declarado suspenso para proceder a las deliberaciones.

Con sus cansados ojos, Felicio vio la sombra de la toga levantarse y alejarse.

—¿Qué habrá aquí el cura? —pensó.

Y siguió sentado, mientras el público abandonaba la sala con las caras vueltas para verle.

Mal tiempo

El viento arreció a medianoche de tal manera que Eloísa empezó a temblar. Tenía miedo de que el huracán destruyera el bohío y éste los aplastara, miedo de lo que pudiera sucederle a su hijo en la soledad de la loma y miedo de que el viejo Venancio despertara y la sorprendiera sentada en el catre, llena de pavor. Así pues, estuvo a punto de gritar asustada cuando oyó la voz de Venancio:

—Tranquilícese, que no es na'. Los troncos e mangos le quitan juerza al viento.

Pero los mangos nada significaban para Eloísa. Toda la vida había sido miedosa. A pesar de sus treinta años viviendo en el lugar no había podido evitar el terror que sentía ante el mar, que estaba bien cerca; y aunque no lo decía, porque hablaba poco y porque su marido no admitía debilidades, se pasaba los días creyendo que desde que Venancio la llevó a ese lugar se hallaba sin amparo alguno en la vida. Además, su hijo andaba por la loma, solo del todo, y quién sabe lo que estaba haciendo ese viento por allá.

Súbitamente el bohío crujió movido por una racha que pasaba haciendo mugir las copas de los mangos; y Eloísa no pudo seguir callada.

—¡Virgen de la Altagracia, ampáranos! —gritó.

El viejo Venancio levantó entonces medio cuerpo en el catre y sujetó a su mujer por un brazo.

—¿Pero usted no oyó lo que le dije? ¡Acuéstese di una ve y si le parece póngase a rezar, pero no lloriquee a esta hora!

Sumisamente ella se acostó. Con los ojos cerrados podía hacerse la imagen del lugar, y ver tras el bohío los doce troncos de mango que el propio marido había sembrado mucho antes de que naciera el primer hijo. Pensar en que esos mangos servían para desviar el viento le producía cierto alivio, a pesar de que tal idea era falsa, porque lo que seguramente la tranquilizaba algo era saber que Venancio no se sentía inquieto en lo más mínimo. Por otra parte tal vez ni eso, ya que en verdad su mayor miedo no era al viento, sino a que el mar se desbordara. Siempre había sentido pavor ante esa posibilidad. El mar estaba tres millas hacia atrás, y por allí la costa caía a pico. Era muy improbable que algún día su tremenda carga de agua subiera; pero Eloísa se había asustado cuando lo vio por vez primera, y jamás se había librado de la impresión recibida entonces, que fue de soledad ante una fuerza gigantesca y ciega. A partir del momento en que empezó a tener hijos vivía segura, sin que pudiera explicarse la razón, de que alguna vez ese mar le mataría a uno de ellos. De pronto pensó en el único que le quedaba, lo vio bajo la lluvia y el viento, guarecido al pie de un árbol, solito en la compacta oscuridad del monte; y empezó a sollozar tratando de que Venancio no la oyera.

Pero Venancio sí la oyó, y en tal ocasión de lo profundo de sí mismo le salió la cólera a estallidos. ¡Esa mujer, con su lloradera y sus temblores, no iba a dejarlo

dormir! La agarró por un hombro, y Eloísa podía sentir, en medio de la oscuridad, los llameantes ojos del marido clavados en ella.

—¿Se va a ‘tar tranquila, sí o no? —preguntó él.

Tratando de dominar su miedo, ella explicó:

—Es que vea... Julián ‘tá solo con este tiempo.

—Julián ‘tá seguro en la loma —sentenció él—. Lo que usted tiene que hacer es dejarse de lagrimeo y dormirse ya mismo.

Y él se durmió al cabo de un rato, aunque no Eloísa. Ni Julián. Julián iba a esa hora río abajo, luchando con las sombras de la noche para que la corriente no le llevara el tronco de caoba con que había resuelto sorprender al viejo. Eso era algo que se salía de lo habitual, pues el muchacho tenía su tarea concreta, que consistía en cortar madera para que el padre hiciera carbón; echaba los palos al suelo, los partía en trozos manejables, los conducía poco a poco hasta la orilla del río y los tiraba al agua; luego iba hacia abajo escoltándolos en su cayuco hasta salir al prolongado arenal que el río y el mar formaban cuando el primero desembocaba en el segundo. Desde la boca hasta su casa, que quedaba a cinco o seis millas hacia el oeste, había un largo trecho desarbolado, a pesar de que al principio hubo ahí manglares que en una época sirvieron para hacer carbón. En tal trecho, unas veces más cerca del río, otras más lejos, se hacían las carboneras; y todo el lugar parecía un antiguo cementerio abandonado. Cruzando los palos debidamente astillados, y colocándolos en hoyos que después cubrían de tierra, en tal forma que a distancia semejaban túmulos, el padre y el hijo carbonizaban la madera y vigilaban el hilo de negruzco humo que día tras día salía por los respiraderos. Unos años atrás el viejo iba al monte con Julián, cada vez más lejos porque a medida que pasaba el tiempo eran menos accesibles los sitios arbolados; mas cuando Venancio empezó a quedarse corto de vista, como ya Julián era bastante fuerte, el padre resolvió que fuera él solo a los cortes. En los primeros meses Venancio se quejaba:

—Vea, Eloísa, si no se hubieran muerto to’s los muchacho que tuvimos aquí no faltaría madera pa’ el carbón.

—Asina sería —aprobaba Eloísa.

De tarde en tarde Venancio preguntaba de pronto:

—¿Cuántos años tendría agora Rafael, Eloísa?

—Veintiocho —respondía la mujer.

—¿Y Justino?

—Veintisiete.

El marido seguía pasando revista a los muertos, a lo mejor calculando cuánto carbón hubiera podido producir con todos vivos. No podía ser de otra manera porque Venancio no se gastaba en excesos sentimentales. Lo que a Eloísa le parecía muy raro era que recordara uno por uno los nombres de los ocho. Al final, indefectiblemente, Venancio comentaba:

—Antonce Julián tiene...

—Agora tiene casi diecinueve —le había dicho Eloísa, exactamente un mes antes de esa noche de mal tiempo.

Con efecto, ésos tenía; pero desde muchacho de once o doce se comportaba como un adulto. Ya en esa época, cuando llegaba con el padre a la loma y daban con un macizo de árboles apropiados, no consultaba al viejo ni le decía una palabra; cogía su pequeño machete y trepaba silencioso a los troncos para empezar a desramarlos; y una vez terminado el desrame, tan pronto Venancio comenzaba a hachar, él se ponía a abrir trocha hacia el río, para que fuera más fácil la conducción de los maderos hasta la vía de agua. Estaba hecho a actuar por su cuenta. A lo sumo, alguna vez el viejo le decía:

—Aquí no, muchacho. Vamo' a ver si jallamos llana por ese rumbo.

Entonces Julián bajaba del tronco en que se hallaba, siempre sin hablar, y se ponía a tumbar bejucos haciendo camino hacia el corazón del monte.

Como no estaba acostumbrado a consultar, tres días antes de esa mala noche había resuelto tumbar el tronco de caoba con que de buenas a primeras se había dado. De inmediato comprendió que tal palo iba a exigirle varias jornadas de trabajo y que debía bregar duro para bajarlo hasta el río, pues si quería sacarle todo su valor tendría que llevarlo sin cortarlo en pedazos. Venancio se molestaría al verlo llegar sin más madera, y como ya estaba casi ciego de tanto meterse en las carboneras, no podría distinguir de pronto la calidad del tronco. Quizá hasta dijera que era ojancho; y a Julián le parecía oírlo:

—Muchacho, ¿cómo cortaste ese palo tan duro en ve' de traer llana?

Entonces él diría:

—Usté 'tá medio ciego, taita. Eso no es ojancho; es un tronco de caoba que vale como cien pesos.

A lo que sin duda alguna el padre contestaría alzando la cabeza, esforzándose en mirarle la cara, y diciendo al cabo de un rato, esquivando discutir sobre su error:

—Antonce busque como venderlo di una ve', y si va al pueblo tráigase algo de comida y cómprele un túnico a Eloísa.

Eso tendría que suceder así y no de otra manera. Además si el padre no mencionaba el túnico de la madre, él iba a comprarlo de todos modos. La vieja tenía ya tal vez más de cincuenta años; era chiquita, delgada, canosa, sufrida, y aunque el hijo no mencionaba tal detalle, entre otras razones porque él no tenía el hábito de hacer comentarios, él notaba que a la hora de servir la comida en la cocina el primer plato era siempre el suyo. Una vez hasta sintió a la madre, tarde en la noche, tirándole arriba un saco vacío.

Durante tres días el muchacho batalló sin descanso. Tumbar el caobo fue lo más fácil; lo difícil fue conducirlo hasta el río. En ocasiones lo hacía rodar al favor de los desniveles del terreno, tras haber limpiado a machete el trayecto que debía seguir el madero; pero en otras tenía que vencer los obstáculos levantando el enorme tronco por el extremo menos pesado. Cuando la tarde caía, y el bosque se poblaba de

pajarillos que llegaban aturdidos por el sueño a llenar las altas ramas de los árboles, Julián se encaminaba hacia el río para dormir en su cayuco, que estaba amarrado en la orilla. El tercer día amaneció con amagos de lluvia, y desde media mañana, una vez comenzó a llover, el muchacho tuvo que luchar con ese nuevo inconveniente, lo que aumentó mucho sus dificultades. Fueron siete u ocho terribles horas las que pasó, con el tronco resbalándole a causa del lodo y el agua, yéndosele de las manos, atravesándose en cualquier pequeño matojo de yerbas. Aun bajo la lluvia Julián sentía el sudor corriéndole por la frente. La ropa se le había endurecido a efectos del agua. Pero no cejó un minuto. A eso de las seis vio el río a escasos metros de distancia; y cuando oscureció del todo sintió que su decisión de echar sin demoras el tronco a la corriente crecía a compás con la oscuridad y con la lluvia, que iban engrosando cada vez más. Era septiembre, el temido septiembre de las islas, y no había esperanzas de que el mal tiempo se debiera a cambios de la luna. Julián sabía, pues, que no debía parar un instante.

A eso de las ocho el caobo cayó al agua. Se le oyó chasquear blandamente; y sin perder tiempo el muchacho deshizo el nudo de la cuerda que sujetaba el cayuco y se metió en él. Con gran trabajo, canaleteando con una mano y con la otra empujando el caobo, logró situarse en medio del río. A partir de ahí la tarea sería menos agobiadora, sobre todo cuando llegara la luz del día; pues mantenerse atento a que el tronco no se le atravesara frente al cayuco o a que no se le embarrancara no era cosa fácil en la compacta oscuridad de la noche. Durante largas horas pudo manejarse relativamente bien, a pesar de la fuerte lluvia. Pero de pronto, a mitad de trecho ente la medianoche y el amanecer, notó que el cayuco se mecía de atrás adelante, como si el agua del río estuviera creciendo en oleadas. Por sí solo ese hecho daba que pensar; cuánto más lo daría media hora después, al comenzar el viento a dejarse sentir soplando con creciente vigor, encajonado entre los árboles de las orillas. Julián, sin embargo, no sintió temor. Sabía bien qué indicaban esos síntomas; pero él había resuelto llevar hasta la playa de la boca el tronco de caoba, y lo llevaría sin duda alguna, pasara lo que pasara.

Endurecido por la sorda lucha que libraban dentro de él el sueño y la atención, Julián se quedó sorprendido de súbito cuando, ya al amanecer, movido inesperadamente por una fuerza de agua, el tronco giró a toda velocidad y se atravesó frente al cayuco. El muchacho corrió, haciendo tambalear la primitiva embarcación. Después que logró evitar el choque alzó la cabeza y vio cómo el viento doblaba las copas de los árboles que orillaban el río.

—Si el tiempo ‘tá malo pa’ bajo, los viejos ni haberán dormío —dijo en voz bastante alta.

Y acertaba, porque Eloísa, por lo menos, no pudo dormir. Durante más de cinco horas estuvo con los ojos abiertos, oyendo el paso cada vez más violento de las ráfagas y el caer incesante de la lluvia, que hacía sonar de manera sorda las yaguas del techo.

El viento empezó a amainar después de amanecer, pero la lluvia fue haciéndose más fuerte, y a eso de las doce era un diluvio lo que se sentía sobre la tierra. Llovió menos en la tarde, para arreciar otra vez al entrar la noche. Solos y silenciosos, dando vueltas en los pequeños límites del bohío, fumando de vez en cuando sus cachimbos, Eloísa y Venancio veían caer el agua, la veían rodar por los pequeños desniveles e ir llenando el patio de lagunatos. En dos ocasiones, una en la mañana y otra bien entrada la tarde, Eloísa comentó como para sí que tal vez su hijo Julián estaría mojándose más de la cuenta en el monte. La última vez Venancio se puso de pie al oírla, y respondió de mal modo, mirándola a los ojos:

—Usté déjese de ‘tar llamando desgracia. El muchacho se pue’ mojar lo que quiera, que no es de azúcar pa’ derretirse.

En lo cual estaba acertado. Julián no era de azúcar; y de todos modos estaba de más hablar de él. Pues había ocurrido que a eso de las diez de la mañana, quizá entre las nueve y media y las diez, el río había empezado a bajar cada vez más cargado. Por momentos unas turbias oleadas cubrían las orillas e iban doblegando los yerbazales. Sin duda el viento que había cruzado hacia las lomas durante la noche había empujado las nubes hasta la cabecera. Y debió ser así, porque de improviso, tal vez un poco pasadas las diez, se oyó el pavoroso ronquido de la masa de agua que bajaba dominándolo todo. Julián se puso de pie en medio del cayuco y miró hacia atrás. Él no sabía lo que era eso, pero muchas veces oyó a Venancio contar historias de violentas crecidas. En medio de la lluvia podían distinguirse los ruidos de los bejucos que se doblaban chasqueando, el golpear del agua en los troncos de los árboles más cercanos y el impresionante fondo del ruido que hacía la propia agua al rodar sobre sí misma, creciéndose en oleadas de un pie de altura.

Durante una fracción de minuto Julián quedó confundido, sin saber qué hacer. Al tratar de ver el caobo advirtió que iba meciéndose, hundiendo en el río ya una punta, ya la otra, y en ocasiones girando como un rehilete. Sentándose otra vez, para no perder el equilibrio, metió el canaleta en la turbia masa líquida y pretendió avanzar lo más aprisa que pudiera, porque era necesario pegarse al palo y dominarlo, a fin de que no embarrancara o no se le atravesara. Si el río estaba arrastrando árboles descuajados, lo cual era posible, y el caobo se le enredaba en uno de ellos, no iba a poder sacarlo en medio de la corriente; le cogería la noche, y como llevaba ya una sin dormir se le haría muy difícil dominar el sueño. Así pues, avanzó cuanto pudo y se arrió al tronco. Pero sucedió que en tal momento el caobo comenzó a girar sobre su eje longitudinal, y Julián cometió el error de querer atraparlo con un pie precisamente cuando otra ola de la crecida venía mugiendo tras él, imponiéndose en el recodo que acababa de dejar tras su espalda. Dos veces el tronco fue y volvió, pegando contra el cayuco; y eso ocurrió con movimientos tan rápidos que Julián no pudo evitar que su pierna, caída al agua cuando perdió la sustentación del tronco, quedara atrapada entre éste y el cayuco. El primer golpe casi le hizo perder el conocimiento, tal fue el dolor que le produjo; el segundo lo aturdió largo rato, sobre todo porque había sentido el

sonido del hueso al quebrarse, y de inmediato algo parecido a la feroz mordedura de un perro en lo recóndito del vientre. Llevado por el instinto el muchacho quiso acudir a cubrirse la pierna con las manos; y entonces el cayuco, atravesado ya en medio del río, se ladeó, soltó su carga, brincó un poco sobre el agua y comenzó a derivar, dando bandazos, corriente abajo. Sobre su fondo de liviana madera la lluvia sonaba con sordo golpear.

Todo aquello duró tal vez lo que un relámpago, y aunque las circunstancias eran aflictivas, Julián ni siquiera las apreció. Perdido el cayuco nadaría otra vez hasta alcanzarlo; y si no podía, porque era demasiado ligero de peso y el agua acaso lo arrastraría con velocidad, nada evitaría que él se arrimara al caobo. De ser así se abrazaría al tronco y se dejaría ir con él, aunque se embarrancara o se enredara en un árbol desarraigado por el río. El muchacho no estaba hecho a cejar, y no lo haría. No le importaba tener que pasar sujeto al caobo un día, una noche más, dos días, dos noches. Ahora ya no se trataba, como minutos antes, de calcular las dificultades que podían proporcionarle la oscuridad, el río crecido y el traspasado; ahora se trataba de salvarse y llegar a la playa de la desembocadura con el caobo. De manera firme y poderosa Julián sentía que el caobo y él, no él sin el caobo o el caobo sin él, tenían necesariamente que correr la suerte juntos, hasta arribar adonde el viejo pudiera dar con ellos. Ese sentimiento le comunicaba fuerzas, a despecho de la pierna, que tiraba de él hacia el fondo.

En verdad, pocos minutos después no podía con ella; un rato más tarde ni siquiera le era dable mover el muslo, y la cadera se le estaba partiendo del dolor. Llovía, estaba metido en el agua, y sin embargo sentía que algo frío, surgido de sí mismo, le empapaba el cuerpo y el rostro. Vio con toda claridad alejarse el cayuco, que discurría rápidamente al favor de la corriente; y vio el caobo moviéndose a saltos, como si alguien lo empujara desde abajo. Pensó gritarle que lo esperara, que él iba para allá. Sin parar mientes en lo que sentía, braceó enérgicamente, una, tres, cinco veces. ¡Ya tenía el tronco ahí, a su alcance! ¡Ah, si hubiera podido detenerlo un instante, un solo instante!

—¡Párate, maldito! —gritó.

Pero en tal momento un extremo del caobo saltó, como un pez que huye, y cuando pegó de nuevo en el agua había sido arrastrado casi dos varas más allá. Julián quiso bracear otra vez; mas de súbito, con un impulso brutal y despiadado, el dolor de la cadera estalló, enfriándole el vientre, y sintió los brazos paralizados. El muchacho abrió la boca, ya con la nariz y la cuenca de los ojos afilados por el color amarillo que iba transfigurando sus facciones. Ciego y sordo, trató de salir adelante, luchando por no hundirse, seguro de que iba a vencer. Hasta que no pudo más. A pesar de que no veía cuando por última vez sacó la cara a la superficie, tuvo, sin embargo, la fugaz impresión de que la lluvia pegaba duramente en el río; lo cual —aunque ya para él estaban desapareciendo la mentira y la verdad— era absolutamente cierto.

No sólo llovía allí, sobre el río, sobre el cayuco que había derivado y girado cien veces hasta quedar varado entre los matorrales de la orilla izquierda, y sobre el tronco de caoba que tan pronto se cruzaba en medio de la corriente como se dejaba arrastrar por el ímpetu de las aguas; sino que con igual intensidad estaba lloviendo en la costa, sobre el bohío donde Eloísa y Venancio, encerrados en los setos de tablas de palma, esperaban no sabían qué.

La lluvia duró todavía dos días y dos noches más. Al tercer día el sol fue surgiendo lentamente. Había lodo y toda la naturaleza se veía cansada; pero Venancio no parecía afligido. En verdad, jamás había cambiado su manera de ser. Mientras tomaba café, bien temprano, se dirigió a la mujer.

—Usté ha estao haciendo mucha zoquetá en estos días —dijo—. Ajuera lloviendo y usté adentro mortificándome...

—Era que estaba pensando en Julián, ingrino y solo en esa loma con un tiempo tan malo —explicó ella.

—Bueno; pero ya el tiempo pasó. Déjese de ‘tar pensando en el muchacho, que a él no le hace falta. El muchacho sabe cuidarse.

Y nada más habló de eso el viejo. Unos minutos más tarde, con los ojos iluminados por alguna idea que le daba cierto aspecto de picardía juvenil, dijo, de pie en el umbral de la puerta:

—Vea, este tiempo debe haber hecho crecer el río, y tal ve’ el agua haiga arrastrao algún tronco de provecho. Me voy pa’ allá.

Y salió inmediatamente, rehuyendo los pozos de agua y los lodazales que cubrían el camino. Eloísa lo vio irse, triste sin saber por qué. El temporal había pasado y con él cualquier peligro. Pero lo cierto era que aquel sol que estaba sucediendo a las lluvias tenía un aspecto parecido al del hogar donde por primera vez planeó un niño cuya madre ha muerto al darlo a luz.

Sin embargo, todo ese cúmulo de sentimientos debía ser causado por sus cincuenta años. Las cosas no andaban mal, como lo probó la vuelta de Venancio, quien retornó a la caída de la tarde con la noticia de que algo bueno había ocurrido.

—Figúrese, Eloísa —dijo— que jallé en la playa un tronco de ojancho, y como tiene buen tamaño va a dar algunos sacos de carbón. Cuando el muchacho vuelva va a encontrar que su taita le tiene una sorpresa.

—Qué bueno —comentó ella, confusamente alegre de que su marido demostrara tal interés por el hijo—. Él se la merece, porque mire que Julián es buen hijo, ¿no le parece, Venancio?

Pero Venancio no la oyó bien. Estaba pensando en otras cosas; y he aquí que, sin darse cuenta, y para confundir más a su mujer, que nunca le había oído expresarse en tal forma, dijo en alta voz lo que pensaba. Que fue esto:

—Dio’ no le falta al pobre, Eloísa. ¡Vea que traer este temporal pa’ ayudarnos!

Y se quedó con la mirada perdida en el cuadro de cielo que se veía a través de la puerta, quizá esperanzado en que viniera otro mal tiempo tan generoso como el que

acababa de pasar.

El Socio

Justamente a una misma hora, tres hombres que estaban a distancia pensaban igual cosa.

En su rancho del Sabanal, el Negro Manzuela maquinaba vengarse de don Anselmo y calculaba cómo hacerlo sin que el Socio se diera cuenta de lo que planeaba; en la cárcel del pueblo Dionisio Rojas cavilaba cómo matarlo tan pronto saliera de allí y de qué manera se las arreglaría para que el Socio no saliera en defensa de aquel odiado hombre; en su bohío de La Gina, sentado en un catre, el viejo Adán Matías apretaba el puño lleno de ira porque no hallaba el medio de matar a don Anselmo sin que el condenado Socio se enterara y pretendiera evitarlo.

Boca arriba en su barbacoa, el Negro Manzuela fumaba su cachimbo y meditaba. No veía cómo recobrar sus tierras. Los agrimensores llegaron con polainas y pantalones amarillos, con sombreros de fieltro y espejuelos; cargaban palos de colores y un aparato pequeño sobre tres patas; estuvieron chapeando, y aunque él sospechó que en nada bueno andaban, se quedó tranquilo para no tener líos con la autoridad. Además, ¿qué miedo iba a tener? Esas tierras eran suyas; el viejo Manzuela las había comprado a peso de título, las heredó el hijo del viejo —su taita—, y luego él.

Don Anselmo estuvo un día a ver el trabajo de los agrimensores y llegó hasta el rancho.

—Andamos aclarando esto de los lindes, Manzuela —dijo.

Y el Negro Manzuela no respondió palabra. Estaba contento de que lo visitara don Anselmo, el dueño de medio mundo de tierras. Estuvo observándole la mulita, inquieta como mariposa.

—¿Ésa fue la que trajo en camión de San Juan? —preguntó.

Don Anselmo no debió oírlo; miraba gravemente el trabajo.

—Bájese pa' que tome café, don —invitó el Negro.

El visitante no quiso bajarse porque andaba apurado. Apurado... Lo que pasaba era que le remordía la conciencia. Le quitó sus tierras, así como si tal cosa. Los agrimensores hablaron hasta decir «ya» y el Negro Manzuela se negó a entender explicaciones. Él sólo sabía que desde la quebrada del Hacho para arriba todo era suyo, y lo demás no le importaba.

Tuvo que importarle, sin embargo. Un día llegaron los peones —ocho, armados de colines, y el capataz de revólver— y tiraron la palizada a la brava. Bueno... Para algo un hombre es un hombre, y fuera de esas tierras que le habían quitado el Negro Manzuela no tenía casi qué perder. Pegado de su cachimbo, cavilando, veía entrar las sombras en su mísero rancho. En la puerta, flaco y torvo, el perro cazaba moscas; afuera la brisa hacía sonar las hojas de los plátanos. Una tórtola cantó, sin duda en el roble de la vereda.

—Hay que arreglar primero lo del Socio —se decía Manzueta mientras, rehuendo las durezas de los varejones, daba vueltas en la barbacoa.

Vueltas estaba dando también en su camastro Dionisio Rojas. El pueblo se hallaba a decenas de kilómetros del Sabanal, hacia el sur, y la cárcel quedaba en una orilla del pueblo. A dos días de su libertad, Dionisio Rojas no dejaba de pensar en la maldad que le habían hecho. No se trataba de la res, y él lo sabía bien como lo sabía don Anselmo; se trataba de la vereda que pasaba por su conuco. Don Anselmo tenía necesidad de esa vereda porque le acortaba la distancia de sus tierras a la carretera. Su hermano estaba dispuesto a entrar en arreglos, pero él no, y por eso inventaron lo de la res. ¿Cómo lo hicieron, que ni los perros se dieron cuenta? Dionisio llegó a pensar si su hermano no había estado en la combinación. Dijeron que la res se había perdido, llegaron al bohío y se pusieron a investigar. Hallaron la cabeza y las patas enterradas en el patio, y más adentro, en pleno conuco, el cuero. ¿Por qué los perros no desenterraron esas cosas para comérselas? Dionisio no lograba averiguarlo. Era para morir de tristeza. ¡Lo habían hecho pasar por ladrón, a él, Dionisio Rojas, un hombre criado tan en la ley, un hombre de su trabajo! Don Anselmo tenía que pagar su «acumulo».

La tarde caía velozmente y desde su camastro podía el preso ver el río, que rodeaba la cárcel por el oeste. En chorro impetuoso, las sombras iban metiéndose en las aguas, ennegreciéndolas.

Así ennegrecían esas mismas sombras las aguas del arroyo en La Gina. El lugar —tres docenas de bohíos desperdigados bajo los palos de lana o en los riscos del arroyo— estaba al oeste del pueblo, a un día de camino en buen caballo. Allí, sobre el catre, pasándose la mano por la cabeza, casi arrancándose los pelos, estaba el viejo Adán Matías. Era bajito, flaco y rojo. Su bigote cano temblaba cada vez que él batía la quijada. Por momentos se ponía de pie, recorría el cuartucho a grandes pasos y volvía a sentarse. Su hija Lucinda se asomaba a la puerta.

—Tranquilícese, taita. Después con calma se arregla eso.

Pero también Lucinda estaba triste y lloraba a escondidas. El viejo, que lo sabía, se llenaba de cólera.

—Ella tiene la culpa, taita —pretendía alegar Lucinda.

—¿Culpa ella, una criaturita sin edá pa' saber lo malo?

Cuanto más se le hablaba peor se ponía el viejo. Iba y volvía por el cuartucho, se sentaba, se paraba, agarraba el machete. Al fin pareció haber resuelto algo.

—¡Lucinda! —llamó a la hora en que la noche se cerraba sobre el monte— ¿Usted cree en eso del Socio?

Con los ojos hinchados de llorar, la hija habló desde la puerta:

—¿Y cómo no voy a creer, taita? Si no fuera asina, ¿cómo le diban a salir bien las cosas a ese hombre?

El viejo no le quitaba la mirada de arriba.

—¡Po' conmigo se le acaban el retozo a él y al Socio! —tronó; y volvió a sentarse, a pasarse la mano por la cabeza, a batir la quijada.

Aunque hiciera preguntas, también Adán Matías creía como su hija, y nadie ponía en duda lo que se decía de don Anselmo. Quince años antes ni Anselmo lo llamaban, sino Chemo. Era feo y antipático, con su perfil rapaz, de nariz corva y mentón duro, con su frente pequeña y sus ojos de hierro. Andaba siempre de prisa, con un gran tabaco en una esquina de la boca y levantándose los pantalones a cada paso. A los que dependían de él no les hablaba sino que les daba órdenes. Consiguió unas tierras en La Rosa, a precio de nada, y sin que se supiera cómo ni cuándo empezó a echar palizadas hacia fuera. Fue por esos días cuando hizo su trato con el Socio. Eso ocurrió en la Loma del Puerco, y aunque el acuerdo se llevó a cabo en secreto, al poco tiempo todo el mundo conocía el trato. La sospecha comenzó cuando en el sitio observaron que don Anselmo no perdía cosecha ni por sequía ni por lluvia, que los hombres más hombres no le pedían cuenta por llevarles las hijas, que la viruela respetaba sus gallinas y el dandi no les daba a sus puercos, que sus gallos ganaban las peleas peor casadas, que las vacas le parían hembras todos los años, que a ninguno de sus caballos le daba la jaba o la cucaracha. Pero con todo, la verdad absoluta no podía saberse porque don Anselmo tenía su malicia para hacer las cosas.

Y el don sabía darse gusto. Levantó en La Rosa una casa enorme, de dos pisos y con galería amplia. Abajo se fueron arrimando bohíos de peones y encargados, y entre las muchachas de esa gente iba él escogiendo.

—Dentro de dos años me guardan ésta —decía.

Usaba automóvil y tenía luz eléctrica, nevera y fonógrafo. Vivía a sus anchas. Todo le salía bien. Igual que si fueran hombres, las palizadas se mantenían anda que anda, siempre hacia fuera, ampliando la propiedad. Una tropa de peones se encargaba de sembrar los postes y tirar el alambre, y durante el año entero aquella tropa vivía ocupada. Llegó el día en que sin salir de las tierras de don Anselmo podía irse de Hinch a Rincón flanqueando la cordillera y sin tener que repechar una loma. Entre las cercas había leguas de potreros, plátanos y cacaotales, extensiones enormes de maíz y de piñas.

Hubo años en que el don agotó la cosecha de muchachas de La Rosa, y entonces se iba a otros lugares y las pagaba en lo que le pidieran. Las admitía de cualquier color, siempre que fueran tiernas; pero las prefería trigueñas, como la nieta de Adán Matías.

Le gustaban trigueñas como le gustaba la tierra con aguadas, igual a la del Negro Manzueta. Y estaba acostumbrado a que todo el mundo cediera ante él, por las buenas —con su dinero— o por las malas, como tuvo que ceder Dionisio Rojas.

Y al hablar del Negro Manzueta conviene decir que se había despertado muy contento.

—¡El gusto que me voy a dar! —dijo en alta voz al echarse de la barbacoa.

Con las costillas casi fuera del cuerpo y las ancas puntudas, el perro aguardaba órdenes.

—¡Ajila por ái, Tiburón, que hoy arreglamos eso de la palizá! —gritó Manzueta.

Salió al claro y se entretuvo en ver cómo de los árboles cercanos se levantaban bandadas de ciguas y cómo el sol vidriaba las pencas de las palmas; después se puso a recoger chamariscos, y al rato, ya sudado, se dio una palmada en la frente.

—¡Anda la porra! —dijo asombrado—. ... Si la cuaba arresulta mejor.

Diciendo y haciendo. Se metió en el bohío, cogió un hacha y un machete y seguido por el perro tomó el camino de la loma. Llegó pasado el mediodía. El sol era candela. El Negro Manzueta subió sin fatigarse y allá arriba empezó a darle hacha a un pino mediano. Estuvo hasta media tarde sacando astillas de cuaba, después gastó media hora buscando bejucos, amarró las astillas y bajó, con ellas al hombro y el perro pegado al pie.

Sin darle descanso al cuerpo y muy contento por lo que iba a hacer, Manzueta se entregó a una curiosa faena; al lado de cada poste fue colocando una astilla, y a veces dos, clavadas en la tierra. Al caer la noche había andado no sabía cuánto; luego empezó el camino al revés, dándoles candela a las astillas. Así, a la hora en que allá en el pueblo el sacristán tocaba las ánimas, en El Sabanal podía verse una hilera de postes ardiendo y a Manzueta corriendo de poste en poste, con una tea en la mano.

Aquella móvil y alegre línea de fuego subía cerros, bajaba hondonadas, atravesaba pajonales. Todo el monte se iluminaba con la demoníaca siembra de Manzueta. El perro ladraba mientras, crepitando y crispándose, se chamuscaban las hojas de los árboles cercanos.

Nadie veía aquello; nadie, por tanto, sabría nunca la verdad. Las llamas iluminaban la sonrisa del Negro Manzueta; los ladridos de Tiburón atronaban, contestados a la distancia por otros; el alambre caía a trechos, enrojecido por las llamas, y la cerca levantada por los peones de don Anselmo no tardaría en irse al suelo. Mientras tanto el fuego seguía extendiéndose, creciendo cada vez más, y los platanales y los ranchos de tabaco se dañarían o arderían. El Negro Manzueta se hallaba contento.

—¡Que venga a salvarlo el Socio! —gritaba lleno de orgullo al tiempo que seguía sembrando fuego.

Pero el Socio sí fue. Sopló de pronto un viento inesperado que subía del arroyo, y arrancó chispas a las llamaradas. El Negro Manzueta vio las chispas volar en dirección de su conuco y pensó en sus plátanos y en su rancho. Mas se rehízo pronto y volvió a sentirse alegre.

Sin duda también el viento estaba contento. Sopló más fuerte, mucho más, y de súbito la candela se extendió sobre un pajonal; caminó como viva, a toda marcha, hacia el conuco de Manzueta; anduvo de prisa, y en pocos segundos hizo una trocha roja, cárdena, coronada de humo negro. Manzueta la vio y subió a su rancho. El perro

ladraba. El hombre vio la llama henchirse de pronto, alzarse y caer de golpe, llevada por la brisa, sobre las yaguas de la vivienda. El Negro corrió más.

—¡Ah, candela maldita! —rugía.

Con el machete en la mano, revolviéndose airado, cruzó y se metió en el rancho. Estaba como ciego de cólera. Golpeaba con el arma. ¡Allá iba la candela metiéndose entre el tabaco! Golpeó más y más. Fue entonces, sin duda, cuando sin saber qué hacía dio con el machete en el varejón de arriba. Inesperadamente se derrumbó el techo, y las yaguas encendidas y los maderos echando llamas le cayeron encima sin que él pudiera defenderse. Saltó y quiso huir cuando notó que la camisa le llameaba. Debió tropezar con algo, y cayó. El perro gritaba y él hubiera querido que se callara. El ardor en la cara y en el vientre era insoportable. ¡Y la candela metiéndose en el conuco! Ahí, en tal momento, pegado a la tierra, impotente, el Negro Manzueta creyó ver el origen de aquella desgracia. Alzó la cabeza, aterrorizado y frío de miedo.

—¡Él, él! —barbotó.

La idea sacudió al hombre de arriba a abajo. Su miedo se hizo súbitamente tan grande que le impedía moverse. Suplicante, casi llorando, logró decir:

—¡Fue él! ¡En el nombre de la Virgen, fue el Socio!

Voraz e implacable, el fuego consumió en poco tiempo la propiedad de Manzueta; pero afuera, en las tierras de don Anselmo, nada habría de pasar. Mientras las llamas se entretenían con lo del Negro, arriba, en el cielo, se presentaron nubes inesperadas que encapotaron la noche y a poco empezó a caer un chaparrón violento que hacía chirriar los postes carbonizados al apagar los troncos encendidos.

Por la mañana encontraron al Negro Manzueta lejos de su rancho. Había ido arrastrándose hasta el camino de La Jagua, seguido por el perro, que se adelantaba en carreras múltiples y veloces y ladraba sin cesar.

Mirando al hombre, una vieja chiquita, flaca y de rasgos duros dijo:

—¿No ven? Eso ha sido el Socio.

Con ojos de asustado, un negro manco que tenía una cicatriz en la frente murmuró:

—Sí, fue el Socio.

—¡Fue el Socio, el Socio! —aseguró la voz de centenares y centenares de personas, mientras en toda la región se comentaba el suceso.

Exactamente a la hora en que entraban al pueblo al quemado Negro Manzueta, ponían en libertad a Dionisio Rojas. Con un paquetito de ropa al hombro, sin un centavo encima, Dionisio se detuvo a mirar la inmensidad del cielo.

—Bueno, al fin llegó mi hora —dijo. Y echó a andar.

Dando pie, se halló en el lugar a medianoche. Había luna. La tierra negra, desnuda y bien barrida hacía resaltar el color blanco de la vivienda. Dionisio contempló con cierta amargura el paisaje familiar y se puso a pensar. ¿Dormirían su hermano y su cuñada? Los perros alborotaron, pero al reconocerlo se tiraron contra el suelo, blandiendo los rabos.

Viendo el bohío, la rabia endureció todo el cuerpo de Dionisio. En seis meses ni su hermano ni su cuñada fueron a verle. ¡Daban ganas de escupirlos a los dos! ¿Llamar? ¡No! Se fue a dormir en la enramada, sobre unas esterillas viejas.

Despertó bien temprano y se dirigió al portón. Vio el conuco desperezarse a la brisa del amanecer, vio las calandrias cruzar en dirección del monte, vio las gallinas bajar de los palos. Nada le alegraba.

De pronto oyó ruido a su espalda y se volvió. El hermano estaba en la penumbra del bohío, mirándole con ojos duros. Dionisio se tiró de las trancas, donde se había sentado, y caminó hacia el bohío. El otro ni se movió.

—Como que se azora de verme —dijo Dionisio.

—Ello sí. No sé a qué viene.

Sujeto a la puerta, su hermano parecía su enemigo. Oyó a la mujer exclamar desde adentro:

—¿Adió...? ¿Y es Dionisio?

Él hubiera preferido no hablar, pero tenía que hacerlo.

—Vengo porque ésta es mi casa y porque quiero averiguar lo de la vereá —dijo.

—La vendí; vendí la tierra de la vereá —explicó secamente el otro.

Dionisio sintió que la cólera le hacía crujir los huesos. Con un brazo apartó a su hermano y entró en el bohío. Allá, por lo hondo, pensó que su hermano estaba flaco; flaco y descolorido. Dionisio buscaba con la mirada dónde sentarse.

—Vea —dijo—, usted no podía hacer eso. La herencia no ta dividía.

—Pero me dio la gana —rezongó el otro—. Me dio la gana, contimás que si taita ‘tuviera vivo lo desheredaba a usted.

Dionisio casi no podía seguir oyendo. ¡Virgen Purísima, las cosas que estaba aguantando desde hacía meses! Pero hizo esfuerzos por mantenerse sereno.

—Asunte —dijo—, don Anselmo me ha deshonrao. Me deshonró pa’ cogerse la tierra de la vereá, y usted, que es mi hermano, se la dio; pero don Anselmo no pasa de hoy vivo. Lo que me ‘tá doliendo es que usted crea lo que dijo de mí ese ladrón.

—Usted dijo la palabra —escupió el hermano—. Usted la dijo. Si quiere hacemos el reparto ya mesmo, pero aquí, en mi casa, no dentra más.

Con la garganta seca y casi ciego de ira, Dionisio se levantó.

—¡Me ‘tá insultando, Demetrio! —gritó.

El otro le señaló la puerta.

—Su sitio ‘tá ajuera —dijo.

—¡Me ‘tá insultando! —tornó él a gritar, fuera de sí.

Y como Demetrio seguía mirándole con tanta dureza y señalando el camino, Dionisio perdió el último resto de serenidad y se fue sobre el hermano. Levantó la mano y pegó. Su hermano era bravo, y en el fondo de su alma, aun en aquel momento, Dionisio se sentía orgulloso de que fuera así. Pero cuando sintió que el otro le golpeaba en la boca hasta sacarle sangre perdió la noción de que era su hermano y sólo le quedó en el cuerpo una cólera sorda. Quiso prenderse con los

dientes de un hombro del hermano y hasta pensó apretarle el cuello hasta ahogarlo. Como no veía ni sentía no se dio cuenta de que Demetrio le estaba echando una zancadilla. Oía a la mujer gritar. A toda velocidad, el bohío se clareaba por las rendijas y los perros ladraban y gemían. Su hermano le clavó un codo en la frente y lo fue doblando poco a poco. Dionisio perdía el equilibrio. De súbito, con un movimiento centelleante, el otro lo soltó y lo empujó. Lanzado como una bala, Dionisio cayó sobre una silla y sintió que la espalda le estallaba. Con la mano sobre la boca, la mujer gritó más fuerte. Dionisio quiso levantarse y no pudo. Las cosas empezaban a borrarle, a írsele de la vista, y una palidez semejante a la de la muerte se extendía a toda carrera por su rostro.

—¡Lo mataste, Demetrio! —oyó decir a la cuñada.

Con gran trabajo, Dionisio pudo articular dos palabras:

—Es-pi-na-zo-ro-to...

A seguidas se desmayó. A la gente del contorno que se apareció allí en el acto, su cuñada le explicaba que Dionisio había vuelto con ánimos de matar a don Anselmo, pero que se enredó en discusión con su hermano...

—... y ya ven el resultado —terminaba ella.

Tras oírla y meditar un momento, Jacinto Flores comentó, atreviéndose apenas a levantar la voz:

—¿Y en este lío no andaré metido el Socio?

Anastasio Rosado abrió los ojos, muy asustado.

—Jum... Pa' mí que asina es.

—¡Sí, fue el Socio, como en lo del Negro Manzueta! —exclamó una mujer.

—¡El Socio, fue el Socio! —repitió, de bohío en bohío, la voz del campo.

De bohío en bohío esa voz corrió como el viento hasta llegar a La Gina. Ahogándose de miedo, Lucinda entró en el aposento de su padre.

—¿Usted lo ve, taita; usted ve que lo del Socio no es juego?

El viejo Adán Matías lanzó un bufido y clavó la mirada en su hija.

—¿Y qué me importa a mí, concho? ¡Lo que tenga otro hombre lo puedo tener yo!

La hija se escabulló y estaba en la cocina encomendándoles a los santos la vida de su padre, cuando entró éste:

—¿Me dijo usted que fue en la Loma del Puerco donde se vio con el Socio?

—Ello sí, taita; asina me lo dijeron.

—Bueno, 'tá bueno. Pero no me hable lloriqueando: Alevante la cabeza y dígame: ¿fue la vieja Terencia, dijo usted, la que arregló el asunto?

—Sí, taita la vieja Terencia, pero ella dique se murió cuando la virgüela.

—Mejor que se haiga muerto pa' que sean menos los sinvergüenzas. Pero alguno de su familia debe saber del asunto, ¿no le parece?

—Dicen que dique una hija; yo no puedo asegurarlo.

—Bueno, si no puede asegurarlo, no hable. Acabe ese sancocho y cálese. Me tiene jarto usted con su lloriqueo.

El viejo Adán Matías volvió a meterse en el cuarto, a dar paseos y a querer tumbarse el pelo a manotazos. Flaco, rojo, incansable, la hija lo veía ir y volver y sentía tristeza. El viejo se tomó su caldo soplando, pero todavía no había acabado cuando se puso de pie, entró en su habitación y salió con su machete mediacinta en la cintura. Al verle los ojos, Lucinda se asustó.

—¿Qué va usted a hacer, taita?

—Usted espéreme y no pregunte —ordenó él.

Estuvo en el patio bregando con un caballo, lo aparejó, y diciendo a la hija que si no volvía antes del amanecer no se apurara, encaminó a la bestia por detrás de la casa y le sacó todo el paso de que ella era capaz.

A la caída de la tarde estaba el viejo Adán Matías frente a la Loma del Puerco. Preguntó en un bohío y le señalaron la vereda que lo llevaría a la casa que buscaba. Llegó oscurecido ya. Al cabo de dos horas de estar repechando loma, al caballo se le sentía el corazón a flor de pecho. A través de la puerta del único bohío que había por allí, Adán vio un hombre, media docena de muchachos y una mujer. El hombre se levantó, salió y se pegó a la bestia.

—¿Vive aquí la hija de una tal Terencia? —le preguntó Adán Matías.

—Ello sí. ¿Quiere verla?

De años, oscura, de piel grasienta, con los sucios cabellos echados sobre las mejillas, con los ojos torcidos hacia abajo y la boca desdeñosa y la nariz larga y un túnico lleno de tierra, a la hija de Terencia sólo le faltaba la escoba entre las piernas para ser una bruja. Al principio la mujer rehuyó explicar lo que sabía, pero el viejo andaba dispuesto a todo y no se quedó corto al ofrecer. Se habían metido en un cuartucho alumbrado por una vela y llevaban más de media hora hablando en voz baja cuando ella aceptó.

—Bueno, mama me dejó el secreto.

Ella vio cómo le brillaban los ojos al viejo y cómo batió la quijada, pero tal vez no se dio cuenta de todo lo que eso significaba para él. Sin embargo, empezó a responder las preguntas de Adán.

—No, ni yo ni naide sabe la fecha. Él sólo se deja ver del que tenga negocio con él. El único que lo conoce bien es don Anselmo, pero ni an mama lo vido nunca.

—‘Tá bien —cortó Adán—. No se entretenga tanto, y siga.

—Bueno, como le diba diciendo: se prende el azufre, pero no en crú, y usted dice la oración; cuando termina coge y pega tres gritos llamándolo, pero han de ser gritos de hombre, porque él no dentra en negocio con gente que se ablande dispué; asina que como él ‘tá en acecho, tiene que andar con cuidao, porque si le tiembla la vo’, ni an se asoma.

Y to’ eso, tal como le digo, sólo al pie del amacey, el que ‘tá arriba mismito, y al punto de la medianoche, ni pa’ tras ni pa’ lante.

—Bueno —dijo Adán—, lo que ‘tá malo es lo del azufre. Tendré que dir al pueblo a buscarlo. Por lo de los gritos no se apure, que a mí no me tiembla na.

Con las manos cruzadas por delante de las rodillas, sentado sobre sus talones, veía el rostro de la mujer envuelto en reflejos mientras la luz de la vela que ardía entre ambos se retorció a los golpes del viento que entraba por las rendijas. La mujer y el viejo estuvieron un rato callados; después Adán Matías se levantó, puso algunas monedas en la mano de la mujer, salió del cuarto, saludó al hombre y se fue. Al choque de las patas de su caballo rodaban piedras por los flancos de la loma. Casi amaneciendo, la hija, que no había dormido, sintió las pisadas de la bestia. Se le aplacó el corazón, que no había dejado de saltarle en el pecho toda la noche. El viejo entró, hizo como que no oía las preguntas de Lucinda, se metió en el catre y a poco empezó a roncar.

—¡Qué bueno que ‘tá durmiendo, dipué de tanto tiempo desvelao! —comentó ella.

Y también ella se durmió.

Pero el sueño no fue largo, porque antes de las ocho Adán Matías estaba aparejando de nuevo el caballo para ir al pueblo en busca de azufre. Y a esa misma hora, don Anselmo recibía a un amigo de la ciudad. Los dos hombres cambiaron frases de amistad, se echaron los cuerpos en los brazos y sobre los pechos, se palmotearon las espaldas y se metieron juntos por la sala y las habitaciones de la hermosa vivienda.

—Anselmo —comentó el visitante—, esto es un encanto. Aquí me paso yo quince días de maravilla.

Se detuvieron frente a unas litografías que colgaban de una pared y vieron la radio y el fonógrafo, bastante viejo, con su colección de discos.

—Esto lo tengo para ustedes, los del pueblo —explicó don Anselmo—, porque yo me aburro con esa música; pero Atilio se empeñó en que le comprara el aparato con los discos, y lo complací.

Salieron al jardín; vieron la pequeña planta eléctrica, el garaje, y después don Anselmo se puso a señalar los muchachos que pasaban y a decir cuáles eran suyos.

—Ése, y aquél que va allí. Fíjate en ese otro, el blanquito; mi misma cara, ¿verdad?

—Pero es un ejército, Anselmo. ¿Y cómo mantienes tantos hijos?

—Yo no, los mantienen las mamás. Viven aquí y cogen lo que quieren.

—Diablos... y ahora, ¿cómo está el harén ahora?

Rascándose el pescuezo, con el tabaco metido en una esquina de la boca, don Anselmo explicó:

—Ahora no anda muy bien. Tengo una muchachita que me traje de La Gina, trigueña de ojos claros. ¡Bonita y mansa la muchacha!

De pronto los ojos de don Anselmo cobraron un tono apagado. Al parecer estaban fijos en un limonero que florecía al fondo del patio.

—Ya estoy envejeciendo —dijo con lentitud— y eso me hace sufrir. Me gusta tanto la vida que preferiría morirme ahora.

—No hables tonterías, Anselmo —desdeñó el amigo.

Anselmo le cogió un brazo.

—Mira, hasta hoy he tenido cuanto he deseado. No quiero envejecer.

El otro no supo qué contestar. Desde los lejanos sembradíos llegaba una suave brisa doblando hojas. Con ella viajaban trinos de pájaros y voces de hombres que cantaban.

—Todo lo que has deseado —comentó, al rato, el visitante—... La gente dice que tú tienes un arreglo con, con...

Don Anselmo sonreía con cierta amargura.

—Dilo —pidió—; puedes decirlo, que no me molesta.

—Bueno, ya tú sabes —terminó el otro.

A su lado, cogido a su brazo, don Anselmo dijo:

—Yo voy a enseñarte ahora cuál es mi socio; lo vas a ver.

Entre curioso y asustado, deseando decir que no y sin atreverse a hacerlo, su amigo lo miraba extrañamente mientras subían las escaleras. Se encaminaron al dormitorio. Allí había una caja de hierro. Don Anselmo la abrió y mostró a su amigo una pila de billetes de banco y una funda con monedas de oro.

—Ése es mi socio —dijo con serenidad.

Todavía estaba el índice de don Anselmo señalando el dinero cuando sonó el bufido. Fue una especie de bufido de cólera. El visitante lo oyó y le pareció que había salido de los labios de su amigo, pero al volverse para mirarlo se impresionó enormemente; con los ojos desorbitados, pálido y tembloroso, el dueño de la casa miraba a través de la ventana y su rostro se veía desfigurado por una mueca de terror.

Unas horas más tarde —a las doce en punto de la noche—, el viejo Adán Matías quemó el azufre, rezó la oración y pegó los tres gritos. Su voz resonó en todo el sitio, y no había en ella la más ligera huella de miedo. A la luz del azufre quemado brillaban los ojos de Adán Matías y parecían más crespos sus canos bigotes.

Aún no se había apagado el eco del último grito cuando se oyó un tronar impetuoso, bárbaro, como si la loma hubiera estado derrumbándose o como si un ciclón llegara descuajando árboles. El viejo no sintió ni frío. De súbito vio una luz verdosa reventar ante él, comenzó a envolverle un humo azul y brillante, y por entre el humo advirtió un rabo que se agitaba con violencia. «Bueno, ya ‘tá aquí», pensó Adán Matías; y se dispuso a hacer su trabajo con la mayor serenidad.

El recién llegado habló con voz estentórea. Dijo que había ido a oírle, pero que no podía perder tiempo.

—Así que diga rápidamente lo que quiere.

Adán Matías se molestó. No estaba acostumbrado a esas maneras y ya era muy viejo para cambiar.

—Si anda tan apurao puede dirse. A mí no me saca naiden de mi paso ni tolero que se me grite —rezongó.

Su oyente pareció asombrado. Era la primera vez que le hablaban en tal forma. Dijo algo en tono más bajo, suavizándose. Medio calmado, Adán Matías se sentó en una piedra, invitó a su interlocutor a que hiciera lo mismo y empezó a explicar qué deseaba.

La negra noche temblaba, llena de grillos y de brisa. Arriba resonaban las hojas del amacey y algunos cocuyos rayaban el monte. Las palabras de Adán Matías eran claras y precisas:

—Dicen que usted le ayuda a cambio de su alma. Bueno, pues yo le ofrezco la mía, la de mi hija y la de la muchacha, y lo único que le pido es que le quite su apoyo a ese condena.

—No —oyó decir—, la de su hija y la de su nieta no; nadie puede negociar con almas ajenas; sólo puede hacerlo con la suya. En cuanto al apoyo, se lo iba a retirar de todas maneras, porque esta mañana, sin respetar mi presencia, negó su sociedad conmigo.

—Lo raro ‘tá en que no lo negara antes. ¿No ve que es un sinvergüenza?

—En presencia mía —lamentó la voz—... No estaba obligado a decir la verdad, pero...

—Pero tampoco tenía que hablar embuste —agregó Adán.

—Así es. No tenía que hablar mentiras.

—Bueno —atajó Adán, molesto por estar oyendo quejas que nada tenían que ver con lo que él buscaba—, ya lo sabe; cuento con que le niegue su apoyo.

—Sí. Mañana puede ir. Yo estaré allí para ayudarle. Así aprovecho y me llevo el alma.

Durante medio minuto, los dos estuvieron callados. Sentado en la piedra, Adán Matías se agarraba las rodillas con ambas manos. De pronto oyó preguntar:

—¿Y usted? ¿Cuándo me da la suya?

—Jum —comentó él— usted como que anda apurao. Cumpla conmigo, que yo no le engaño. ¿No ve que ya soy viejo?

—Trato hecho —aseguró la voz.

—Bueno, trato hecho.

Inmediatamente la Loma del Puerco volvió a resonar. ¡Qué ruido, señor! De seguro iban cayéndose los troncos y los pedregones. Adán Matías se levantó, alzó una mano, abrió la boca y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Y cuidado con jugarme sucio, que de mí no se ríe naiden!

Acabando de decirlo saltó evitando las piedras, palmoteo el pescuezo de su caballo, montó de un salto y echó la bestia cuesta abajo.

—A ver si llegamos a La Rosa con la fresca de la mañana —le dijo en alta voz al animal.

Como si hubiera entendido, éste apuró el paso.

Con la fresca de la mañana llegó a las orillas de La Rosa, pero la casa le quedaba distante todavía. Había pasado ya la hora del ordeño, porque a lo lejos, camino de los potreros, se veían unos muchachos arreando vacas. Contemplando la diversidad de siembras y el buen cuidado de cada una, el viejo Adán Matías pensaba con tristeza en su conuquito de La Gina.

Pasaban de las ocho cuando llegó a la casa. En el patio trajinaban algunos peones y se oían cantos de mujeres que pilaban café, y por entre los cantos el golpe de los mazos en los pilones.

Adán Matías notó de entrada la ayuda ofrecida porque nadie salió a preguntarle qué buscaba. Se tiró del caballo y echó escaleras arriba. Antes de llegar a la puerta del alto probó su machete para saber si salía con ligereza de la vaina. Sí salía. Todo empezaba bien. Un poco fatigado, se detuvo a estudiar el sitio. Entró en una habitación bien amueblada que debía ser la sala; al fondo se veía el comedor, y a la mesa, dos hombres. ¿Cuál de ellos sería don Anselmo? Ambos se reían. Seguro que el condenado estaba haciendo cuentos. Adán Matías se detuvo en el vano de la puerta.

—Las tierras —decía uno de ellos— las fui consiguiendo poco a poco. Compraba frutos a la flor, con la propiedad de garantía. Lo demás era fácil. Con dinero se arregla todo, créelo.

Adán Matías tosió. El que hablaba alzó la cara.

—¿Qué desea, amigo? —preguntó, sin duda asombrado de que alguien hubiera entrado hasta allí sin su permiso.

El viejo se acercó con paso seguro.

—¿Quién es aquí don Anselmo? —inquirió.

El hombre tenía en ese momento un cuchillo untado de mantequilla en una mano y un pan en la otra, y se quedó como alelado, sin mover ninguna de las dos manos. Ignoraba debido a qué, pero sentía algo raro. Quiso saber por qué aquel viejo le preguntaba por don Anselmo.

—Tengo que verlo —explicó el viejo Adán Matías—. Yo soy el agüelo de la Chinita.

—Ah... ¿De la Chinita?

Y de pronto, llevado quién sabe de qué impulso, don Anselmo señaló a su amigo, que estaba sentado frente a él.

—Éste es don Anselmo —dijo.

Adán Matías pensó: «Ahora sí se arregló esto». Y con paso firme se arrimó al supuesto don Anselmo.

—Ah —empezó—. Yo quería verlo, amigo, porque ese asunto de la Chinita...

Pero le pareció que ya había hablado mucho. Haciéndose el distraído, no había despegado la mano del cabo del machete, y de pronto, con velocidad de relámpago, alzó la vaina y sacó el hierro. Al ver aquello, el hombre a quien Adán Matías tomaba por don Anselmo trató de esquivar el golpe, se enredó en la silla y cayó de bruces en

el piso. Silbando en el aire, el machete había cruzado por encima de su cabeza y tropezó, chasqueando, con el pescuezo del verdadero don Anselmo. Al golpe, como de una fuente, saltó la sangre. Durante unos segundos Adán Matías pareció perplejo.

—¡Cónfiro —dijo en alta voz—, me han jugao sucio!

Mientras don Anselmo trataba de escapar a cuatro pies, el amigo se metía bajo la mesa, y ahí, lleno de cólera, fue a buscarlo el viejo.

—¡No soy yo, no soy yo! —gritaba el desdichado—. ¡Es él, él es don Anselmo!

Confundido y verdaderamente disgustado, Adán Matías pensó que el Socio le había jugado sucio; pero su confusión duró muy poco porque inmediatamente tomó una resolución: «Por si acaso, los arreglo a los dos», pensó.

Iba a hacerlo ya, y en eso vio a una vieja que se asomaba por la puerta del aposento. Al ver la escena, la vieja se llevó las manos al pelo y empezó a gritar:

—¡Han herío a Anselmo; corran, que matan a Anselmo!

Con la ancha falda revuelta y moviéndose como una loca, la vieja fue a tirarse sobre el herido.

—Ah, conque éste es el don —exclamó Adán Matías, entre colérico y sardónico.

Y sin pensarlo más se lanzó hacia el herido y le dejó caer el machete en la nuca. Vio la cabeza doblarse de golpe y vio también al Socio, que entró por la ventana con un saco de pita abierto como quien llega a buscar una carga de yuca.

Visto que todo había terminado bien, Adán Matías se volvió y huyó, blandiendo el arma, seguido por la vieja, por el otro hombre y por incontables ladridos. A través de todas las puertas comenzó a salir gente. Al llegar a la galería brincó y cayó al pie de su caballo. Adán veía peones que corrían con machetes y palos y docenas de mujeres y de niños que se atropellaban en dirección hacia la casa, y mientras tanto, él iba rompiendo las costillas de su caballo a talonazos.

—¡Cójnlo, cójanlo, cójanlo! —gritaban a su espalda cien voces.

Apuró cuanto pudo y tomó un callejón. Vio la yerba de los potreros agitada por la gente que corría hacia la casa. El viento le zumbaba en los oídos y él vigilaba la vuelta distante del camino. Por allá iba a doblar, por allá, por allá. ¿Y si no se moría el mentado don Anselmo? Jum... Si no se moría... Por allá iba a doblar, por allá. Se oían los pasos de sus perseguidores. Por allá...

Adán Matías oyó por encima de él un bufido extraño, un bufido endemoniadamente alegre, y alzó la cabeza. Hendiendo el aire, con su frente de chivo y su rabo peludo, el Socio iba cruzando por el cielo. Una risa fina y maléfica le cortaba el rostro, y llevaba al hombro el saco de pita.

—¡Aquí lo llevo! —gritó señalando el saco.

Adán Matías sintió un contento que ni el mejor ron le había dado nunca. ¡Eso sí era cumplir los compromisos!

—¡Ande con cuidao! —recomendó a toda voz—. ¡Asujételo bien, que ése es capaz de dírsele todavía!

Ya el Socio era del tamaño de un gato allá arriba. Adán Matías casi no podía oírlo cuando respondió:

—¡No tenga miedo, que yo soy como usted: a mí no hay quien me juegue sucio!

Adán Matías detuvo el caballo y revolvió una mano.

—¡Que le vaya bien, amigo! —gritó a todo pulmón.

Al verle hablar al aire, los dos perseguidores que le andaban más cerca se miraron entre sí.

—Como que ‘tá loco el viejo ése —dijo uno, con la voz ahogada por la carrera que iba dando.

Y el otro, sin dejar de correr, aseguró:

—Sí, ése ‘tá loco; segurito que ‘tá loco.

Y por loco lo tuvieron cuando se dejó echar mano sin hacer resistencia. Había detenido el caballo; seguía mirando hacia el cielo con el rostro iluminado por una ligera sonrisa, y pensaba, complacido, que aunque el mundo había cambiado mucho, todavía quedaba alguien capaz de cumplir sus compromisos. Y como estaba seguro de que los hijos de don Anselmo le darían muerte ese mismo día, él, Adán Matías, cristiano viejo, no se alarmaba al pensar que tardaría muy poco en entregarle su alma al Diablo.

Trato es trato, y el Diablo se había portado lealmente. «Como un hombre serio», se decía Adán Matías al tiempo de entregarse.

La muchacha de la Guaira

El primer oficial tuvo razón al pensar que un asunto de tal naturaleza debía ser comunicado al capitán, pero el capitán no la tuvo cuando dijo las estúpidas palabras con que más o menos dejó cerrado el episodio. Esas palabras no tenían sentido. Veamos los hechos tal como se produjeron, y eso nos permitirá apreciar el caso en todos sus aspectos.

El «Trondheim», de bandera panameña, aunque en verdad era un barco noruego, entró en La Guaira ese día a las diez de la mañana; a las ocho de la noche había cuatro hombres de la tripulación perdidamente borrachos en los cafetines del puerto, uno detenido por riña y varios más bebiendo. Los venezolanos llaman «botiquines» a los bares; en uno de esos botiquines, prácticamente echada sobre una pequeña mesa, con la barbilla en los antebrazos y los oscuros ojos muy abiertos, había una joven de negro pelo, de nariz muy fina y tez dorada. Por entre las patas de la mesa podía apreciarse que tenía piernas bien hechas, pero Hans Sandhurts, segundo oficial del «Trondheim», no estaba en condiciones de demostrar que le interesaba la dueña de esas piernas. Contó tres hombres de su barco bebiendo en ese botiquín, y él sabía que no tardaría en haber escándalo; y era a él a quien le tocaría después entenderse con el capitán del puerto, ver a los agentes de los armadores, al cónsul de Panamá y a quien sabe cuanta gente más para obtener órdenes de libertad, pagar multas o enrolar nuevos tripulantes, si era del caso, todas las cuales podían ser consecuencias de esas bebentinas desaforadas. Hans Sandhurst, pues, prefería no fijarse en la muchacha de las bellas piernas.

Desde la ventana junto a la cual estaba sentado podía volver la vista hacia el puerto y ver allá abajo su barco, a la luz de la luna, casi perdido entre muchos más, con los amarillos mástiles brillando y la blanca línea en lo alto de las chimeneas. Enclavada entre el mar y los Andes, La Guaira apenas tendrá unos veinte metros de tierra plana natural, y desde el mar la ciudad se ve como un hacinamiento de pequeñas casas blancas trepadas una sobre la otra, destacándose sobre el fondo rojo de la montaña. El Caribe espejeaba bajo la luna, hasta perderse en una lejana línea de verde azul tan claro como el cielo de esa noche. Hans Sandhurst, que de sus cuarenta años había pasado casi diez, intermitentemente, viviendo entre Cartagena, Panamá y Jamaica, amaba ese mar, tan inestable y, sin embargo, tan cargado de vitalidad. Tres veces había fracasado en negocios y otras tantas había tenido que volver a su antigua carrera. Pero no sería extraño que probara de nuevo, quizá para dedicarse al corte de cedro en Costa Rica, o a la pesca del camarón en Honduras, en cuyas costas abundaba ese crustáceo según le asegurara en Hamburgo hacía poco el capitán de un barco italiano. Se embebió Hans Sandhurst durante un rato en la contemplación de la pulida y brillante superficie de agua, en sus tonos verde azules y cuando alzó su vaso de ron lo halló vacío. Se volvió, pues, para pedir más, y ya no estaban allí los tripulantes del

«Trondheim». El segundo oficial los buscó con los ojos, moviendo la cabeza en todas direcciones. Entonces fue cuando la muchacha le sonrió.

Eso sucedió probablemente pasadas las nueve de la noche; a las once no había mesas vacías en el botiquín. Entre voces, gritos, música y chocar de cristales y bandejas, el lugar era la imagen misma de la atolondrada vida nocturna de un puerto en el Caribe. Muchos hombres y mujeres estaban de pie junto al mostrador. A menudo sonaba una risa aguda o se oía alguna frase obscena. Cosa extraña, la muchacha de las bellas piernas no las oía, o si las oía las ignoraba. Parecía colgar sólo de las palabras de Hans Sandhurst, y de vez en cuando comentaba:

—Me gusta como hablas el español; hablas bonito, oficial.

O si no:

—Me gustan tus ojos; tienes ojos honrados, Hans.

Pero lo decía en voz baja, dulce y en cierto sentido triste. Había aceptado bailar algunas piezas, y era casi tan alta como Hans Sandhurst, de hombros bien hechos, de pecho alto, de cintura fina. Vestía un traje vaporoso, de brillante color naranja. Era realmente bonita y parecía muy joven. El segundo oficial del «Trondheim» advertía que casi todos los hombres y muchas de las mujeres se volvían para mirarla cuando bailaba. Con movimiento natural, ella dejaba descansar su cabeza en la de él mientras duraba el baile. Probablemente era debido a lo que había dicho una hora después de haberse sentado él a su mesa:

—Es raro, oficial; me siento bien contigo, me siento descansada.

Sin duda que resultaba muy grata compañera esa muchacha de La Guaira, de voz tan poco usual, de gestos tan armónicos, a la vez dulce y triste. Hans Sandhurst no podía sospechar que bajo esa tierna apariencia hubiera un volcán bullendo. De haberlo sospechado se habría ido antes de las doce; con mayor precisión, cuando vio su reloj de muñeca a las once y tres cuartos. A esa hora había acabado su sexto ron y prefería no beber más. Dijo:

—Tarde ya. Voy a irme porque me espera mucho trabajo mañana.

Entonces en los ojos de la muchacha apareció de pronto el brillo muerto de la desolación. Sujetó al oficial por un brazo y puso frente a él un rostro desatinado del cual había huido de golpe la luz de la vida. En todo ese rostro, sin explicarse debido a qué, él vio un aire de terror. La muchacha habló, pero no ya con aquella voz baja y tierna. Esa voz se había trocado en metálica, dura sin ser aguda.

—¡No, no: no te vayas! —dijo.

No agregó nada más, pero Hans Sandhurst comprendió que no necesitaba agregar palabra y, además, que él no debía irse. Sustituyó, pues, su anunciada ausencia con una petición de ron. Vio al sirviente en otra mesa, le hizo señas con un dedo en alto, y mientras le observaba correr hacia el mostrador oyó que la muchacha musitaba:

—Muchas gracias, oficial.

Dicho lo cual tomó amorosamente un brazo del hombre y recostó en él su cabeza. Hans vio parejas pasar bailando y también vio que en los labios de su compañera se

esbozaba una suave sonrisa. Pero en verdad no analizó la causa de cambios tan rápidos. En esas vertiginosas noches de puertos ocurría a menudo que una mujer joven se sintiera bien junto a un desconocido.

Así iban los acontecimientos, produciéndose sin importancia alguna, cuando el sirviente retornó. Traía un ron y un vaso de agua; pero traía además —cosa que él ignoraba, por supuesto— la semilla de la tragedia. Dijo, con sonrisa melosa, lo que impedía una respuesta negativa:

—No hay mesas vacías, señor, ni asientos desocupados en otras mesas. Allí están dos señores que necesitan sentarse. Yo los conozco; son gente buena. Me preguntaron si usted podría dejarlos sentarse aquí. Son personas decentes, señor.

¿Por qué no? Era habitual que en esos países del Caribe que él conocía los desconocidos se trataran con naturalidad, como compañeros de tripulación. Iba a preguntarle a la muchacha, pero ella había oído al sirviente y ni siquiera movió la cabeza; seguía recostada en su brazo, como perdida, como soñando, lo cual podía entenderse como una aprobación.

—Muy bien —dijo él—, que vengan.

Eran dos hombres de edad muy dispareja, de cerca de cincuenta años, tal vez, el mayor, y de acaso veinticinco el más joven. El primero tenía la piel muy quemada; y esto, junto con el brillante pelo negro y lacio, con los ojos, también negros y ligeramente asiáticos, y con algo duro y misterioso en sus facciones, denunciaba la presencia del indio en su ancestro. No era alto, pero tampoco bajo. Saludó con notable cortesía y tomó asiento. Hans Sandhurst comprendió de inmediato que el hombre había bebido en exceso, a pesar de lo cual le oyó ordenar al sirviente:

—Dos whiskies con soda.

Después observó el vaso de Hans, todavía lleno.

—Ah, ron —comentó—. Acépteme desde ahora el próximo trago.

El joven no había tomado asiento aún. Parecía estudiar el ambiente con mirada profunda y a la vez perspicaz. Tenía probablemente tanta estatura como Hans, si bien era mucho más delgado, y de su piel pálida, de sus ojos ligeramente claros, tal vez también de las líneas alargadas de su rostro y de su cuello —con notable nuez de Adán—, o acaso de la forma vehemente en que parecía aspirar el aire cargado de humo, se desprendía una especie de visible ansiedad, quizá una honda preocupación o esa avidez emocional que caracteriza a los temperamentos creadores. De todas maneras la pareja resultaba interesante. Hans Sandhurst observaba a ambos hombres sin que se le ocurriera relacionarlos con él ni con la muchacha que se apoyaba en su brazo. Pero como sabría más tarde, esos dos hombres llevaban consigo una mecha encendida.

Cuando el joven se sentaba, el mayor estaba preguntando:

—¿Americano?

Con lo cual en realidad quería saber si Hans Sandhurst era estadounidense.

—No, noruego, aunque casi tan latino como ustedes —respondió.

Hubo cierto cambio de frases, con más propiedad, de cumplidos entre él y los dos hombres. Pero la joven parecía no haberse enterado de que ahora había dos extraños sentados a la mesa. Seguía recostada en el brazo, y de pronto, como si hubiera estado acostumbrada a hacerlo desde hacía años, besó con exquisita suavidad el brazo del oficial. Seguía el bullicio, resonaba la música de los discos en el pequeño salón, se alzaban voces y risas y los tres hombres hablaban cortésmente, presentándose entre sí, y ella actuaba como si se hallara a solas con Hans en una remota playa iluminada por la luna o en la intimidad de una pequeña casa donde no viviera nadie más. Por vez primera en esa noche Hans se sintió algo intrigado y se volvió a mirarla. ¿Le gustaba él tanto a ella, o era que tenía una naturaleza de por sí amorosa? Cuando levantó los ojos halló que el joven tenía la cabeza caída como quien se siente muy cansado o como quien está meditando con sobrehumana fuerza mental.

—La función del hombre, ¿cuál es? Eso es lo que no has podido explicarme. Te has perdido en un bosque de palabras, pero has eludido responder —dijo de pronto, dirigiéndose al mayor.

Hans observó que, al hablar, la mirada de ese joven relampagueaba; y observó cuán pacientemente el otro, el mayor, parecía salir de un profundo sueño mientras daba vueltas a su vaso de whisky con soda. Empezó a hablar.

—Perdone, señor... ¿Cómo dijo? Ah, sí, Trondheim; no, Sandhurst, señor Sandhurst. Mi amigo está interesado en algunas cosas que tal vez le aburran a usted. Lamento mucho que la escasez de mesas, en este horrible lugar, le obligue a oír cosas abstractas. Pero es el caso...

Un hombrón de gran cabeza, que había estado bebiendo en la mesa contigua, fue a ponerse de pie en tal instante y cayó de bruces, golpeando el suelo con la violencia de un pilar de cemento. Al parecer se hallaba totalmente ebrio. La muchacha alargó su fino cuello para verlo. Eso, sin duda, le interesaba más que la presencia de los dos extraños en su mesa. El que hablaba calló durante un momento y volvió hacia el caído un rostro desdeñoso.

—Mi amigo —prosiguió— requiere una explicación, o mejor aún, necesita una explicación. Él quiere averiguar cuál es la función del hombre sobre la tierra, lo cual desde luego, implica saber cuál es la de la tierra en el universo. ¿No le parece a usted muy peregrina, y muy fuera de lugar, esa pretensión de mi amigo?

—¿Por qué ha de estar fuera de lugar? —inquirió, repentinamente apasionado, el segundo oficial del «Trondheim»—. Yo creo muy justo que él quiera saberlo.

De súbito comprendió que el joven iba a serle simpático y que la manera de expresarse del mayor no le estaba gustando. Comprendió además que en esa noche casi vacía, que él esperaba malgastar al lado de una muchacha bonita de cortos alcances, había aparecido de golpe algo lleno de interés. Podría oír cosas tal vez importantes, y acaso cambiar ideas que siempre le habían preocupado. Pidió, pues, otro ron, y libertó su brazo, que la muchacha había vuelto a usar como una especie de almohada. El de más edad sonrió y se volvió al joven.

—Miguel, ¿no es esto inesperado? Aquí tienes tú al señor Trondheim, digo Sandhurst, oficial de marina noruego, buscando la respuesta que tú buscas. ¡Señor Sandhurst —dijo alzando su vaso—, bebamos un trago por la búsqueda de la función del hombre!

Esto habló, y a seguidas tumbó la cabeza sobre sus brazos, como poseído de un súbito sueño incontrolable. No cabía duda de que había bebido en exceso. ¿O era que él sí sabía cuál era esa función del hombre y jugaba con la ansiedad de su joven amigo como el ágil y seguro gato juega con el indefenso y aterrorizado ratón? Ese abandono con que se tumbaba sobre la mesa y ese léxico que parecía manejar con especial delectación, ¿no denunciaban en él al hombre profunda y sutilmente cruel, que usaba su sabiduría como una arma peligrosa para herir a los más inexpertos?

—¡No! —clamó duramente el joven—. Es inapropiado venir aquí a brindar con whisky adulterado y ron barato por un tema tan cargado de sufrimientos. No es cosa de alzar un vaso de alcohol por ello, en un lugar como éste, antro de prostitución. ¡Me voy! —aseguró levantándose.

Entonces la muchacha pareció cobrar vida y miró a ese joven. Hans advirtió el interés en todo su rostro y notó el brillo de sus ojos, del todo nuevo, por lo menos para él; no visto antes en esa noche. Comenzaba a sentirse mucho más intrigado.

—Siéntese, por favor, joven —pidió.

Era evidente que también el joven había tomado más de lo debido, porque si no, ¿a qué tanta excitación? ¿Era acaso sagrado el tema que se había planteado, o había en el alma de ese muchacho una desconocida reserva de sentimiento religioso?

—Siéntese, por favor —repitió, cogido ya en los engranajes de la tragedia, todavía no sospechada por él ni por la muchacha ni por los dos recién llegados—. Hablemos del asunto. En realidad, me preocupa tanto como a usted el destino final de la humanidad.

—¿Por qué es necesario hablar de eso, por qué?

Era la muchacha quien hacía la pregunta. ¿Qué ocurría, qué le había llamado la atención hacía un instante, pues: el tema, la palabra «prostitución» dicha por el joven, o el joven mismo? La muchacha estaba resultando rara. Lo mejor sería ignorar su presencia. De todas maneras media hora después, una hora a lo sumo, el segundo oficial del «Trondheim» volvería a su barco. Pero en eso el mayor de los extraños irguió la cabeza.

—Ella es quien tiene la razón. ¿Por qué hablar de eso? Millones de seres viven y mueren sin hacerse la terrible pregunta. Vivir la función de la humanidad es más sabio que tratar de conocerla. ¡Hans Trondheim, brindemos por la vida, que lleva en sí misma su ignorado destino!

En eso se hizo el silencio en todo el salón; es decir, silencio de seres humanos, porque la pesada máquina que daba música seguía trabajando en su rincón y se oía el vivaz ritmo de un joropo invitando a bailar. Una pareja de policías estaba de pie en el salón, uno junto al otro, y ambos recorrieron con la vista todo el ámbito, llevando la

mirada de mesa en mesa como si buscaran a alguien. Pero un parroquiano alzó su mano alegremente y los llamó; los policías sonrieron y caminaron hacia allá. Se les vio entrar en animada charla, negar uno, alegar el otro, y al fin, sin sentarse, tomaron sendos tragos y se fueron de nuevo. Uno de ellos era negro y tenía risa hermosa y natural. Hans Sandhurst pensó: «He aquí un hombre que vive la vida como lo desea este señor». Pero no lo dijo. Temía a la susceptibilidad de esa gente, que a menudo en palabras sin intención descubría una ofensa al país. Hablar de un policía podía resultar peligroso.

—En primer lugar —dijo el joven—, seamos corteses. El señor nos ha aceptado en su mesa y tú sabes que él no se llama Trondheim. Tu error es deliberado y ofensivo.

—Oh, no importa —atajó Hans—, pueden llamarme como deseen. Probablemente ninguno de los que estamos sentados en esta mesa volveremos a vernos pasada esta noche.

La muchacha saltó como sorprendida por un ataque alevoso.

—¿Qué has dicho; por qué has dicho que no volveremos a vernos, Hans?

Mientras hablaba le sujetaba fuertemente el brazo, y en tal momento Sandhurst anotó en su mente este simple detalle: no recordaba cómo se llamaba ella. «Quizá espera que me quede con ella esta noche y le pague bien por la mañana», pensó. Pero la ansiedad que había en sus ojos mientras hablaba no podía estar originada sólo en la esperanza de que él le pagara bien. Había algo más, algo que por el momento él no podía determinar. Trató, sin embargo, de pasar por alto cuanto se refiriera a esa muchacha, sobre todo en tal momento, porque el mayor estaba hablando.

—La función del hombre, bah... Miguel, infinito número de sabios ha pretendido conocerla. Y yo digo que por el camino que estás queriendo transitar llegarás a un solo lugar, que es el refugio de todos los débiles; llegarás a admitir un Dios, cualquier Dios.

—No —respondió el joven—. ¿Por qué he de refugiarme en la religión? Yo no temo a la verdad. Pero mire, señor... Sandhurst, mi tesis es ésta: mi tesis es que la humanidad que puebla este planeta forma parte de un todo mayor. No sé si me hago entender. Yo creo que en esos otros mundos que nos rodean hay también humanidad. No sé qué apariencia tendrán, pero son seres pensantes. Nosotros, pues, somos sólo una parte de esa humanidad universal. Siendo una parte, ignoramos qué piensa o qué siente el resto. Sólo estando todos reunidos podremos aclarar qué fin buscamos.

El joven iba alzando la voz. En el barullo del botiquín no se daba cuenta de que para hacerse oír en su propia mesa estaba hablando muy alto. En la mesa contigua alguien le oía. Había allí dos hombres y dos mujeres, a simple vista muy bebidos también. Y he aquí que uno de esos hombres se puso trabajosamente de pie y se encaminó a ellos. A buen ojo no pasaba de los treinta y cinco años, y tenía aspecto de empleado, acaso de pequeño comerciante. Era muy oscuro, rechoncho, de espejuelos

y nariz muy abierta. Usaba sombrero de fieltro. Se inclinó sobre el joven y apoyó un codo en la mesa.

—¿Por qué le preocupa a usted la humanidad? —preguntó—. Yo soy venezolano, latinoamericano, y lo que deseo saber es cuál es el destino nuestro, a dónde vamos.

El hombre eructó. Hablaba con esfuerzo, aunque sin disparatar. Tenía los ojos turbios debido al alcohol, pero sin duda estaba dando salida a lo que llevaba en el corazón y por eso se expresaba claramente. Hans Sandhurst tenía una vaga idea de lo que estaba ocurriendo en Venezuela, pero no lo sabía a fondo; por eso no pudo advertir cuánta crueldad había en las palabras con que el mayor de sus dos recientes amigos se dirigió al intruso.

—Dígame, señor, ¿cuál es a su juicio el destino de nuestro pueblo? ¿Cree usted que Rómulo Betancourt lo sabe mejor que uno de nosotros?

El borracho miró torvamente y pareció haber recibido un golpe en la nuca.

—Señor, yo no sé si usted es un espía de la dictadura; no sé si es un sirviente de estos militares que están asesinando a lo mejor de Venezuela. Pero usted me ha preguntado y yo le contesto; Sí, Rómulo Betancourt lo sabe. Y ahora, si le parece, denúncieme.

No dijo nada más, sino que a su juicio muy dignamente —aunque apenas podía tenerse en pie—, retornó a su mesa y se dejó caer en su silla como un bulto. Hans Sandhurst notó que de sus dos compañeros, el más joven se había quedado mudo; el otro sonreía. La muchacha parecía no hallarse allí; con un codo en la mesa y la cabeza en la mano, miraba dulcemente al segundo oficial del «Trondheim».

—No hay derecho —dijo el joven dirigiéndose al mayor—. Si alguien ha oído, se ha desgraciado. Fue una provocación tuya.

Por toda respuesta el de más edad sonreía. Pero en esa sonrisa había un resplandor siniestro, cosa que notó ciertamente Hans Sandhurst. Ahora bien, Sandhurst no estaba al tanto de lo que el extraño incidente significaba. Seguía pensando en la función de la humanidad y en lo que sobre ello había dicho el joven. De ahí que hablara como si nada hubiera sucedido. Argumentó:

—Yo creo que el fin del hombre es ser feliz; la humanidad busca inconscientemente la felicidad.

Entonces la muchacha saltó. Se hubiera dicho que nada oía, que no tenía interés en el tema. Y he aquí que al oír esas palabras irrumpió diciendo:

—¡Sí, sí, la gente quiere ser feliz! Yo quiero ser feliz. Tú has dicho lo que yo siento, Hans.

En ese expresivo rostro suyo, que el segundo oficial del «Trondheim» había visto cambiar tantas veces en pocas horas, parecía haberse producido de pronto una explosión de luz; sus ojos resplandecían gozosos y la dulce sonrisa había dejado de ser triste. Los tres hombres se fijaron en ella. Era como si en ese instante hubieran descubierto que ella estaba allí, con ellos. Pero un observador sagaz —y Hans Sandhurst lo era— podía notar matices muy diferentes entre ellos; por ejemplo, el

joven era tolerante, acaso complaciente, como si pensara: «Es muy femenina la reacción de esa muchacha, y por lo demás nunca podrá entender por qué nos preocupa este tema». En cambio el otro tenía una actitud a la vez de sorpresa y de cálculo; parecía decirse: «Ah conque te interesa ser feliz, ¿no? Pero ahora voy a matar esa alegría en germen; ahora voy a demostrarte que no eres más que un simple gusano de polvo llamado a desaparecer, mísera vendedora de tu cuerpo». En cuanto a él mismo, Hans Sandhurst, segundo oficial del «Trondheim» metido en esa discusión con dos desconocidos sobrecargados de whisky y soda, ¿qué pensaba de la mujer? Pues pensaba: «No es una muchacha común; se trata de una alma amorosa que de pronto, sin saber por qué, ha sentido que hay una filosofía que justifica su vida, su natural sensualidad, sus aciertos y sus errores. Si dispusiera de tiempo me gustaría saber quién es ella y por qué está aquí». Y a seguidas, por un fenómeno de traslación mental muy frecuente en él, se encontró pensando en que debía escribirle a aquel capitán italiano para que le diera más detalles sobre los camarones de Honduras; sabía el nombre de su buque y le escribiría al cuidado de los armadores. A ese punto miró su reloj; marcaba la una y cuarenta y cinco minutos, más propiamente, la una y cuarenta y dos minutos. Pero no sentía deseos de irse. El de más edad estaba empezando a hablar de nuevo.

—Bien, bien; aquí tenemos a Miguel, el preocupado Miguel, elaborando una tesis de amplitud universal. ¡Hum! Yo supongo que tienes la esperanza, mi joven amigo, de que los platillos voladores sean realidad y de que en ellos esté acercándose a la tierra una humanidad más avanzada que la nuestra, ¿no?

—Sí, puede ser, ¿por qué no puede ser? —respondió Miguel—. Ocurrió ya, sucedió cuando los españoles llegaron a América; para los indios americanos las carabelas de los conquistadores eran tan inconcebibles como para nosotros los platillos, y sus tripulantes tan extraños como los habitantes de Marte hoy.

El otro sonreía.

—Miguel —dijo tornándose súbitamente serio y sujetando al joven por un hombro—, no desbarres; una tesis filosófica no se defiende con argumentos absurdos. Estás hablando de lo que desearías que sucediera, no de nada que está sucediendo o que pueda, científicamente, suceder mañana.

A este punto ya la muchacha no estaba recostada en el brazo de Hans, soñando o simplemente descansando; atendía a lo que se hablaba, oía con todo su ser. No besaba, no sonreía; vivía la discusión. Sus ojos se hallaban fijos en el hombre que hablaba; y así le vio volver su atención rápidamente hacia el oficial.

—En cuanto a usted, ¿sabe qué propugna? Propugna el caos, porque ¿qué es la felicidad? ¿Es o no la satisfacción de cada uno? La felicidad de los coroneles y los generales de Venezuela y de nuestra América, ¿en qué consiste si no es en derrocar gobiernos legítimos, esclavizar a sus pueblos, asesinar a sus mejores hijos, enriquecerse y tener amantes? La felicidad de un criminal está en matar, la de un comerciante, en acumular dinero.

El llamado Miguel miró hacia la mesa vecina, pero ya allí no había nadie. Aquel borracho que se había acercado a hablarles hacía rato, y al que sin duda le hubiera agradado oír a su compañero, no estaba, ni estaban las mujeres ni el señor que bebían con él.

—Señor, yo no comprendo su punto de vista tan local ni tan actual —atajó Sandhurst— y no debo juzgarlos a ustedes como pueblo. Yo creo que hay una norma de conducta general y que todos podemos llegar a conocerla y a ejercerla.

—Sí, ¿pero cuándo? Porque es el caso que ya hay en Estados Unidos una bomba de hidrógeno y, sin embargo, todavía viven indios salvajes en nuestras selvas. La felicidad es un estado distinto para los sabios que fabricaron esa bomba y para los salvajes del Orinoco. Su punto de vista no nos sirve, como no nos sirve el de Miguel. La función del hombre es menos compleja.

Eso dijo, y Hans Sandhurst comprendió que se hallaba frente a una persona inteligente y de muchos conocimientos, pero tuvo también la sensación de que no se había equivocado cuando pensó que tenía el alma cruel. Algo en él denotaba su delectación de destruir la idea de Miguel y la suya; la suya, que era también la de esa muchacha.

—Debemos seguir hablando —dijo el hombre—, sobre todo porque sería innoble dejar a esta joven en un error. Pero por el momento yo pido que repitamos el trago.

Con efecto, los vasos estaban vacíos. Entonces la muchacha intervino:

—Yo quiero beber también —dijo.

Lo cual aumentó la intriga del segundo oficial del «Trondheim», porque hasta ese momento ella había rechazado toda invitación; había bebido sólo dos coca-colas en las largas horas que llevaban juntos. Ahora parecía haber despertado a la vida.

Miguel pidió bebida; ella prefirió ron, como Hans. Se veían ya algunas mesas vacías, pero todavía sonaba la música y tres o cuatro parejas bailaban. Con su silla arrimada a la pared, un jovenzuelo dormía. Llegó el sirviente.

—Señorita —dijo el hombre de ancestro indígena, con el aire de un cumplido caballero que honrara a una gran dama—, brindo por usted y por su deseo de ser feliz. Usted y el señor Trondheim, digo Sandhurst, tienen ideas afines. Los felicito por ello. Pero entienda usted que no hay tal cosa; no es la felicidad lo que busca la humanidad. La función de la humanidad, señorita, es simplemente vivir, dar satisfacción a su instinto vital. Nacemos, nos desarrollamos y morimos; y nada más, bella joven. Vivimos porque tenemos que vivir; para vivir matamos animales y engullimos sus cuerpos, sembramos árboles y nos comemos sus frutos, pescamos peces y los guisamos. Buscando el placer de vivir escribimos y oímos música, pintamos y admiramos cuadros. No hay en absoluto nada más que eso. Luego nos toca morir y desaparecemos completamente. Nosotros, los seres humanos, nos perdemos todos en la muerte, en la nada. Eso es todo.

El hombre había hablado con gozosa saña; al final de sus palabras sonreía desde bien adentro; con morbosa alegría muy mal disimulada. La muchacha se quedó

absorta, mirándole. Tenía en la mano su vaso de ron.

Y de súbito gritó, poniéndose de pie:

—¡Mentira, mentira; usted sólo está diciendo mentiras!

Miguel y el segundo oficial del «Trondheim» no hablaron; ambos habían comprendido que ese hombre se negaba a sí mismo, pues él también buscaba la felicidad, y su felicidad en ese momento consistía en hacer sufrir, en negar que en la tierra hubiera lugar para una concepción generosa de la vida.

Hans Sandhurst vio a la muchacha beberse su ron de un solo trago; la dorada piel se le había enrojecido y respiraba con fuerza. Estaba como poseída por una sagrada cólera. Llamó a voces y pidió más ron. El hombre que había hablado seguía sonriendo. Hans no había tocado su bebida.

Pero Miguel sí bebió, y al terminar su trago empezó a palidecer, a ponerse pálido, casi verde. Pidió permiso y se paró. No pudo llegar, sin embargo, adonde iba, porque a unos pasos de la mesa se agarró a una silla y comenzó a vomitar; después trató de sentarse, se apoyó más en la silla y se dobló sobre sí mismo.

—Su amigo está enfermo —dijo Sandhurst.

A lo que el otro respondió:

—Demasiada bebida, eso es todo.

A Hans le repugnó ese comentario tan ligero. No quería seguir allí.

—Me voy —dijo al tiempo de levantarse.

Pero la muchacha le sujetó de un brazo.

—No, no puedes irte ahora. Yo he pedido un trago. Además, yo quiero beber, necesito beber.

—Muy bien, pero no aquí —explicó Hans.

—No, aquí no, en otro sitio —aceptó ella.

Y fue así como a las dos y media de la mañana, todavía con una luna resplandeciente que permitía ver uno por uno los techos de La Guaira bajo ellos, Hans Sandhurst y la muchacha salieron al aire de la noche, en pos de un lugar donde no vieran la dura sonrisa de aquel hombre que había proclamado, entre grumos de alcohol, el triunfo del instinto vital sobre la tierra. Con la cabeza entre las rodillas, el joven seguía vomitando.

Todavía a esa hora nada realmente importante había sucedido, de manera que si Hans Sandhurst se hubiera ido a dormir entonces, o la tragedia no se habría producido o él la hubiera ignorado. Pero no tuvo voluntad para recogerse. Ya se hallaba atraído por la intrigante personalidad de la muchacha, por su cambiante naturaleza, que había ido revelándose tan lentamente y que sin embargo, podía entretenerse como en verdad atractiva. Eso explica que una hora más tarde estuvieran sentados a una tosca mesa en otro botiquín, un mísero saloncito situado en el camino del aeropuerto, atendido por una mestiza gorda y entrada en años, de cara adusta y perpetuo cigarrillo en la boca. Había allí tres o cuatro hombres del pueblo bebiendo cerveza, sin duda trasnochadores habituales, que miraban a la muchacha con ojos lascivos y hablaban

entre risotadas. La muchacha había bebido sin parar. Hans Sandhurst temía que se emborrachara.

Pues en la mente de esta compañera de una noche estaba produciéndose una obsesión, acaso algo parecido a los huracanes tropicales que cruzaban devastadores, de tarde en tarde, por ese mismo mar Caribe que golpeaba sin cesar las orillas rocosas de La Guaira. El hombre aquel había dicho: «Nosotros, los seres humanos, nos perdemos en la muerte, en la nada», y esas palabras giraban sin tregua en el cerebro de la muchacha, e iban formando allí un núcleo que arrastraba poco a poco todas sus ideas y sus emociones, como el núcleo del huracán arrastra los vientos y los pone a girar en torno suyo. Y era así, según lo entendía Hans, porque a menudo —con mayor frecuencia a medida que aumentaba el número de tragos que ingería— ella le sujetaba un brazo y mirándole con angustia, y hasta con cierta expresión de terror en los ojos, preguntaba:

—¿Es verdad que nos perdemos en la muerte, Hans; que nos perdemos en la nada?

El hecho de que él respondiera negativamente no parecía hacerle efecto; volvía al tema con obstinación creciente.

—Yo tengo un lindo recuerdo, un solo recuerdo bonito en mi vida, Hans, pero va a perderse, va a desaparecer cuando me muera. ¡Mi recuerdo va a morir, Hans, va a volverse nada también!

Él comenzaba a sentirse cansado. El terrible calor del Caribe había sido durante todo el día más fuerte que nunca; refrescó algo durante la noche, cuando estaban allá arriba, en el otro botiquín, pero ahora parecía haber vuelto y en verdad le abrumaba. La idea de ese recuerdo muriendo, desapareciendo en la nada, iba por momentos convirtiéndose, en la cabeza de la muchacha, en una especie de cantinela de borracho, lo cual desagradaba a Hans. Las caras de aquellos hombres que tenían ojos tan lascivos, y sus risotadas y sus palabrotas, le causaban disgusto, como le disgustaba la torva faz de la gruesa dueña.

—¡Vámonos! —dijo angustiado.

La muchacha no le contradijo. Le miró con humildad, más propiamente, con amorosa humildad. Él se había puesto de pie y ella se paró también. Era alta, de piel juvenil, bonita, de linda boca, de nariz fina, de ojos oscuros, de brillante pelo corto y negro. Sin embargo, en tal momento parecía muy desamparada y Hans estaba seguro de que inesperadamente se pondría a llorar. Salieron. Hasta la puerta se asomaron dos de aquellos hombres para verlos, y cuando doblaron la esquina Hans volvió el rostro; la gorda mestiza le seguía con los ojos. Las míseras callejas se veían solitarias. Uno que otro perro ladraba, tal vez al paso de ellos, y a la luz de un farol había una pareja de policías. Caminaban en silencio. Y de pronto sucedió lo que él temía; ella se agarró a su hombro derecho y comenzó a sollozar. Sufría con toda el alma, de eso no había duda; su cuerpo entero se conmovía a los sollozos.

—¡Hans, mi único recuerdo bonito va a perderse! —dijo.

El segundo oficial del «Trondheim» había aprendido que en el Caribe hay dos maneras de ejercer la autoridad; una muy amplia, cuando se vive democráticamente, y otra muy exigente, cuando se vive bajo dictaduras. Pensaba que si aquellos dos policías les veían y creían que ellos estaban besándose o acariciándose en plena vía pública en las calles de La Guaira, considerarían que estarían burlándose de su autoridad y nadie sabía lo que podía ocurrir. Por eso se impacientó:

—Eso es tonto —dijo—; es tonto estar llorando por un recuerdo que no ha desaparecido aún. Creo que esto debe acabarse ya. Vamos.

Entonces ella levantó la cabeza y dejó de llorar. Todavía le corrían lágrimas por las mejillas, pero no lloraba ya; al contrario, la ira y el asombro, o si se prefiere, el disgusto y la sorpresa se mezclaban en su expresión.

—¡Vete tú! —dijo. Y se plantó en la calle.

La noche comenzaba a desvanecerse. Sin duda era bastante más tarde de las cuatro y Hans sabía que a las cinco sería día claro. De la luna sólo quedaba un resplandor; las estrellas perdían brillo y su vivido amarillo iba cediendo con bastante rapidez. Hans Sandhurst debía llegar a su barco. Por lo demás, esa muchacha se había embriagado. Así que aceptó su orden y rompió a andar. Caminó cincuenta pasos, tal vez sesenta, y de pronto sintió que ella corría tras él, que se le acercaba en carrera desenfrenada, llamándole casi a gritos:

—¡Hans, Hans, Hans!

Él se detuvo. Se oían con toda limpieza los pasos de la joven en el pavimento, y resonaban en la bóveda silenciosa de la noche. Al llegar donde él se hallaba ella se tiró a su pecho, otra vez llorando, sacudida por el llanto. En ese momento él pensó preguntarle dónde vivía para llevarla a dormir, o decirle que lo dejara tranquilo porque él se encaminaba a su barco. Pero no hizo ninguna de esas dos cosas; lo que hizo fue pasarle la mano por la cabeza, alisándole su corto pelo negro, y dejarla desahogarse en lágrimas. Así pasaron tal vez diez minutos, al cabo de los cuales ella dijo:

—Hans, el hombre tenía razón; él era el que tenía razón.

Maquinalmente echaron ambos a andar; lo hacían despaciosamente y en silencio. Ya empezaba a notarse el próximo nacimiento del día, a pesar de lo cual las callejas seguían solitarias. Iban hacia los muelles. Se oía el mar, retumbando en su ir y venir, como una lejana artillería en acción. Y de pronto, al paso de la pareja se levantó una corta bandada de palomas que picoteaban en la calle. Eran seis, tal vez siete, quizás ocho. Ambos alzaron los ojos para verlas. Y una de las palomas, totalmente blanca como un ave de mármol, dejó seguir a la bandada y se posó en el alambre del alumbrado. Fue una desdichada casualidad que acertara a poner sus rojas patitas en un alambre pelado. Pero ocurrió, y de golpe, igual que abatida por un rayo, la linda ave aleteó, como si no hubiera podido desprenderse, y cayó pesadamente a tierra.

Fue un pequeño pero extraño suceso. El cielo tenía ese tinte verde amarillo de los amaneceres en el trópico, y las casas, los postes de luz, todo lo que sobresalía se veía

recortado contra él. Así también se vio la paloma cuando estuvo en el alambre. Pero abajo, al caer, era posible distinguirla en detalle, con sus párpados grises, su pico de coral, sus blancas plumas tan limpias. En el paroxismo de la muerte tembló durante unos segundos. La muchacha había corrido y la había levantado. Expiró en sus manos. De rodillas, con la paloma en las palmas, como quien ofrenda a un Dios colérico, ella estaba frente a Hans y su rostro expresaba el enorme terror de quien está frente a un verdugo.

—¡Hans, Hans, aquí está; mírala, Hans, muerta, muerta como me moriré yo, muerta como decía el hombre!

Así dijo la muchacha; y en tal momento lloraba. Hans iba a cogerla de un brazo y a decirle que caminara, que eso no tenía importancia. Pero en tal momento ella volvió los ojos hacia el mar. La calle iba en descenso, bordeada de aceras desiguales, y al final, ya dando al mar, se veía un perro que hurgaba en un latón de basura. Todo eso lo vio Hans antes de que ella actuara. Y de pronto la muchacha se incorporó, miró con ojos de loca, con ojos de un miedo cerval, irresistible, al hombre que estaba allí, frente a ella; y sin soltar la paloma, con evidente frenesí, se echó a correr en dirección al mar. A la naciente claridad del día se veía el color naranja de su traje batido por la brisa del amanecer. El segundo oficial del «Trondheim» pensó: «Se va a su casa». De ahí el asombro con que vio a la muchacha seguir en línea recta por el muelle, y saltar. Cuando él llegó, algunos hombres y un policía daban carreras y voces, y era inútil ya tratar de lanzarse tras ella. Una sola vez vieron algo de la suicida: sus dos manos al pie de una ola. Todavía sujetaba en ellas la paloma muerta.

Hans Sandhurst se quedó allí, oyendo comentar, atolondrado. Mucho después que salió el sol se encaminó a un bar y pidió cerveza. No tenía hambre ni sueño ni sed, pero debió tomarse seis cervezas. Tardó tiempo en pensar que el asunto podía tener complicaciones, pues en dos lugares la muchacha había sido vista con él. Por eso cuando llegó al «Trondheim», casi a las nueve de la mañana, llamó al primer oficial y habló largamente con él. El primer oficial no le interrumpió ni una sola vez; oyó todo el relato y al final dijo:

—Será mejor que veamos al capitán, Sandhurst.

El capitán usaba lentes y su rostro aguzado y pálido no dio señal de emoción alguna mientras oía la historia. Sólo cuando su segundo oficial terminó de hablar hizo un comentario, que en su lengua nativa sonó extrañamente a los oídos de Sandhurst. Dijo:

—No veo razón para preocuparse, Sandhurst. Y en cuanto al móvil del suicidio entiendo que no fueron las palabras de aquel hombre lo que la trastornaron. Seguramente había otros motivos que usted desconoce. Para su buen gobierno debo decirle que las gentes de estos pueblos mestizos no tienen tan alta sensibilidad ante las ideas como nosotros. Vaya a hacerse cargo de su trabajo.

Sí, eso fue lo que dijo, y para Hans Sandhurst no podían ser más estúpidas esas palabras. Por eso cuando se fue a su camarote buscó entre sus papeles la tarjeta del

capitán italiano y se puso a escribirle. No tenía nada de improbable que el destinatario de la carta se asombrara cuando leyera la frase final. Decía así: «Si en verdad hay camarones y usted desea participar en el negocio, hágamelo saber. Es preferible vivir en estos países, donde todavía hay gentes capaces de vivir la vida hasta la muerte, aunque sean mestizas».

Cuando salió a la cubierta, los lingadores hablaban a gritos del suceso. Uno preguntaba:

—¿Y quién era?

Otro respondía:

—No se sabe; dicen que era de Caracas.

Pero para Hans Sandhurst ella sería siempre «la muchacha de La Guaira».

Capitán

A las siete de la tarde, el viernes día 3, Capitán despertó con el espinazo helado. En el acto supo que se trataba de Ella y empezó a ladrar furiosamente. Se sentía lleno de ira, frenético, igual que cuando se enfrentaba a un perro enemigo.

—¡Juau, juau, juau! —gritaba Capitán al tiempo que sacudía la sogá a que estaba amarrado.

Tal vez debido a su ira Capitán no lograba ver nada. De todas maneras era igual: viera o no, Ella debía andar por allí, y eso quería decir...

Pero de pronto Capitán la vio. Doblando la esquina del bohío, pegada a las tablas, Ella iba arrastrándose en dirección a la puerta del patio. Una cosa extraña sucedía, y era que el perro podía ver el seto del bohío aun a través de la sombra y del manto que Ella llevaba puesto. Durante un segundo Capitán se sintió impresionado, pero reaccionó ladrando con más fuerza. Y entonces sucedió lo que todo perro teme que le pase algún día, por mucho que no haya uno entre ellos que pueda escapar más tarde o más temprano a la terrible prueba. Moviéndose lentamente, con evidente disgusto, Ella volvió el frente y plantó en Capitán sus poderosos ojos vacíos.

El perro sintió que le habían partido el espinazo de un golpe seco; se abrió de patas, pegó el vientre a la tierra y un frío de muerte fue helando poco a poco todo su cuerpo y erizando los pelos de su espina dorsal. El miedo había hecho presa en él, en el temido Capitán. Como una sombra recordó a la vieja perra que lo echó al mundo, cuando en las oscuras noches le advertía cómo era Ella y cómo todo animal de su raza debe estar preparado para el día que la vea. Con la garganta seca, ahogándose y sin poder abrir la boca, Capitán se sintió morir. Desde la distancia a que se hallaba, Ella seguía espantándole con su mirada vacía. Entonces él quiso sobreponerse, luchar contra aquello, y pretendió ladrar para asustarla; pero lo que salió de su garganta fue un quejido largo de miedo, un aullido tembloroso y humillante. Convencido de que era inútil luchar, sintió lástima de sí mismo; se echó por completo al suelo, alzó el hocico en dirección de las contadas estrellas que nacían a esa hora, y siguió lanzando su penoso y lúgubre aullido, que se esparcía por todo el lugar llenando de pavor a los niños y a los viejos supersticiosos.

A tres cosas dio lugar ese prolongado gemir de Capitán: una, que Ella se encolerizara, lo cual podía apreciar el perro porque la vio apretar las quijadas y oyó el crujido de los largos dientes descarnados; otra, que don Gaspar saliera al patio a ver qué le pasaba a su animal; y la última, que Tiburón hiriera el orgullo de Capitán soltando indecorosos e inoportunos ladridos en el patio contiguo, sin duda queriendo decir al aterrorizado can que no armara tal escándalo.

A causa de lo primero, Ella fue sorprendida por la presencia de don Gaspar; no lo esperaba y no supo qué hacer al verlo. Capitán observó que Ella recogió su manto, miró fijamente a su amo y entonces reculó despacio, perdiéndose otra vez en la oscuridad del callejón. A causa de lo segundo, Capitán sintió que su miedo cedía, que

con la presencia de don Gaspar la confianza volvía a nacer en él. A causa de lo tercero, una sorda ira empezó a trabajarle las venas y se juró que en la primera oportunidad Tiburón iba a saber con qué hay que contar para atreverse a llamarle la atención a un perro del genio y de los bríos suyos.

Cuando don Gaspar llegó hasta el rincón donde amarraba a Capitán vio a su perro ponerse en cuatro patas, mirarlo al principio con seriedad y después con afecto, y notó cómo al contacto con su mano los pelos del animal volvían a pegarse a la piel.

—¿Qué te pasaba, mi buen Capitán? —preguntó el viejo con dulce voz al tiempo que golpeaba las costillas del animal—. ¿Qué te pasaba? ¿Por qué ‘tabas llorando asina? ¿No ves que eso trae desgracia?

Capitán hubiera querido decirle que a partir de ese momento no se descuidara, que se mantuviera alerta. Pero él no sabía hablar y lo único que podía hacer era dar a entender que se sentía contento con la presencia de don Gaspar. Lo dejó dicho blandiendo el rabo y pegando con él en tierra; luego se acostó de vientre y estuvo así, con los ojos entrecerrados, hasta que el viejo volvió a meterse en el bohío.

El sábado temprano don Gaspar abrió la puerta y se puso a limpiar el patio. Capitán estuvo observándole y le preocupó hallar que su amo tenía aspecto de cansado; le pareció más flaco que de costumbre, con un aire de enfermedad que le adormecía los ojos. Por encima de su camisa sobresalían sus hombros y las manos mostraban docenas de huesos. Aquello entristeció a Capitán. Don Gaspar iba amontonando las piedras, los aros de barril, la yerba arrancada. El sol no era excesivo, y tal vez a ello se debiera que don Gaspar parecía no ver las cosas con precisión. ¿O se trataba de que los años iban nublando sus ojos?

Por el patio vecino cruzó el negro Inés, echando humo de su cachimbo.

—Buenos días, vale Gaspar —cantó Inés.

—Buenos días... Aquí, dándole una limpiadita a esto —explicó el amo.

—Anoche —empezó Inés con mucha seriedad— anduvo su perro llorando, y eso es cosa mala, Gaspar... Anuncia desgracia.

—Ello... Pa’ mí que lo que le pasó a Capitán es que sintió miedo.

—Porque algo vido, amigo; algo vido.

Capitán oía la conversación y se paró, extendiendo las patas. Miró de reojo a Inés. No le gustaba que hablara de eso. De pronto, Capitán creyó morirse: Ella iba deslizándose en dirección a la puerta del bohío. Casi flotando, con su manto gris transparente y una expresión criminal en la cara, parecía vigilar a los hombres y al perro.

—¡Juau! —ladró Capitán lleno de ira.

—¡Fíjese —exclamó Inés— fíjese en los ojos de ese animal, Gaspar! Pa’ mí que tiene la peste.

Gaspar se acercó al perro dando la espalda a la puerta del bohío, y entonces Capitán advirtió que Ella corría para entrar. ¡Eso no podía él permitirlo! Lleno de ira, dio un estirón a la sogá que lo sujetaba y parecía que iba a romperla; erizó los pelos

del espinazo, ladró con ira cada vez mayor, empezó a pegar saltos. Por fin logró romper la sogá y se lanzó como un bólido hacia el bohío.

—¡Ahí lo tiene! ¡Mire lo que le decía! —gritó el viejo Inés.

Don Gaspar corrió detrás de su perro, llamándole a voces. Pero no tuvo que llegar lejos, porque a cuatro varas del bohío Capitán se detuvo, clavó las patas en la tierra, bajó la cabeza y comenzó a aullar. Ella había vuelto a dirigirle su vacía y espantable mirada y el animal sentía el frío del miedo paralizándole hasta la voz. Claramente, el perro oyó la advertencia que Ella le hizo:

—Vas a pagar caro tu atrevimiento, animalucho indecente.

El viejo Gaspar se acercaba, y Capitán, que sentía su olor cerca, quería decirle que se detuviera, que no diera un paso más, que se mantuviera quieto, sin respirar siquiera; que Ella estaba allí, a tres pasos, y que era la segunda vez que llegaba a buscarlo a él, a don Gaspar. Estaba helado, sin dominio sobre sus músculos. El miedo acababa con él. Vio cómo Ella empezaba a retroceder, a desvanecerse, a irse alejando, y cuando por fin dobló el callejón perdiéndose en dirección de la calle, Capitán, libre de aquella cosa que le tapaba la garganta, alzó la cabeza y se puso a aullar lastimeramente, con un largo, tembloroso aullido que espantó a Inés.

Lo mismo que la noche anterior, Tiburón empezó a protestar a ladridos.

—¡Me está ordenando que no haga escándalo! —se dijo Capitán indignado.

Por la cerca de alambre, en el solar opuesto al de Inés, Tiburón asomó el hocico. Era un enorme perro negro, de cara antipática y ojos pesados. Miró fijamente a Capitán y le lanzó un último ladrido. Pero Capitán había perdido ya su miedo, porque Ella se había desvanecido, y a la insultante intervención de Tiburón sintió su sangre hervir. De un salto se puso de pie, gruñó, furioso, y se lanzó a toda carrera sobre los alambres.

—¡Capitán! ¿Qué es eso? —gritó don Gaspar.

—Le digo que a su perro le ‘ta pasando algo, amigo —remachó Inés.

Ninguno de los hombres observó la terrible y asesina mirada que lanzó Tiburón desde su sitio; sólo Capitán comprendió lo que ella quería decir. Significaba: «Esto lo arreglaremos hoy mismo». Capitán contestó volviéndole la espalda, lo cual quería decir: «Para hacerte huir me basta con el rabo». Y se dirigió lentamente hacia su rincón habitual, donde su amo volvió a amarrarlo anudando los dos pedazos de la sogá que había reventado poco antes.

A eso de las tres de la tarde, el mismo día sábado, el viejo Gaspar fue en busca de Capitán para llevarlo al río. Inés le había aconsejado que lo bañara, porque la rabia venía, según él, del calor que les hacía doler las muelas a los perros. Sujetándolo por la sogá, el viejo lo sacó a la callecita, a esa hora agobiada por el sol. Estaban en un extremo del pueblo, donde algunos bohíos desvencijados daban albergue a familias que vivían de milagro, cosechando maíz y batatas en los patios o haciendo trabajitos de tarde en tarde. Capitán, con su pelo rojizo y sus costillas pronunciadas, caminaba seriamente junto al viejo. Dos o tres perrillos corrieron a ladrarle, metiéndose entre

sus piernas; pero Capitán no les hizo caso. Tampoco don Gaspar parecía atender a la gente ni a los animales; iba erguido, caminando a grandes pasos, y ya se dirigía hacia la vereda que llevaba al río cuando una tromba de carne y pelos salió rugiendo de un bohío y se lanzó en dirección suya a toda velocidad. En un instante Capitán comprendió que Tiburón había adelantado la cita.

Abusador y perverso como era, Tiburón procedió violando todas las reglas del código de los perros. En vez de atacar a Capitán saltó furiosamente sobre don Gaspar. El viejo quedó tan sorprendido que se enredó los pies, uno con otro. Pero Capitán no perdió la cabeza. Durante un segundo su ira fue tan grande que apenas pudo mostrarla enseñando los dientes; pero en el acto calculó qué debía hacer y dando un brinco bien medido clavó sus dientes en el espinazo de Tiburón. Éste se dobló, arrugó el hocico, volvió la cabeza y, buscando evadir aquella tenaza candente, se pegó a tierra mientras encima de él, gruñendo de rabia y moviéndose sin cesar, Capitán buscaba herirlo con las uñas a la vez que lo mordía. La cólera de Capitán no se saciaba con nada. Soltó por una fracción de segundo, pero fue para coger un poco más arriba. Se le veía erizado y fuera de sí.

—¡Déjalo ya, Capitán! —ordenó don Gaspar.

Los niños se agruparon en las puertas y los perros del vecindario empezaron a ladrar de lejos.

—¡Déjalo ya, déjalo ya, Capitán! —insistía el viejo.

Cada vez más colérico, Capitán se negaba a cumplir la orden, cuando un hombrecito amarillo y flaco salió de su casa corriendo.

—¡Hay que matar a ese condena! —gritaba muy resuelto—. ¡Hay que matarlo, porque ya no se puede con él!

—¡Vino a morderme sin que yo le hiciera na'! —se quejó don Gaspar.

El hombrecito dijo algo más, entró de nuevo en su bohío y salió armado de machete, todo en menos de un minuto.

—¡Condena, te llegó tu hora! —vociferaba.

Una mujer gritó que no hiciera tal cosa, pero el hombrecito no la oyó y descargó su machete dos veces sobre el animal. La brillante sangre de Tiburón salió a chorros, esparciéndose por la calle. Capitán no quería soltar aún.

—¡Capitán, ven, Capitán! —ordenó don Gaspar.

Entonces Capitán, con los dientes descubiertos todavía, reuló con los ojos fijos en su enemigo, que se debatía en el polvo.

—No te hizo na', perro mío; no te hizo ni un aruñazo —decía el viejo al tiempo que acariciaba con sus huesudas manos el espinazo del animal.

Pero sí le había hecho. En el calor de la pelea el propio Capitán no se había dado cuenta de ello; sin embargo, es el caso que en una pierna, hacia la parte de adentro, Tiburón le había clavado los colmillos. Ciertamente era una herida apenas visible, sin importancia alguna, sobre todo si se tenía en cuenta la ferocidad de Tiburón.

La gente no quería creer que Capitán había salido casi ileso.

—Era una fiera —explicó el hombrecillo—. Había que matarlo. ¿No se acuerdan de lo del otro día?

«Lo del otro día» fue un crimen de Tiburón, ocurrido dos semanas atrás. Tiburón salía de la casa y por la calle iba al trote un sato blanco que apenas alzaba un pie del suelo, flaco, jadeante, que debía ir cansado porque llevaba la lengua afuera. Cualquiera perro lo hubiera dejado en paz, pero Tiburón era abusador y al verlo se lanzó sobre él, rugiendo de ira y sin razón para sentirla. El pobre sato aulló de miedo. Tiburón le clavó los colmillos en el pescuezo y lo sacudió en el aire, enloquecido por su instinto criminal. El perrito quiso defenderse y mordió a Tiburón en una oreja. Todos vieron esa mordida y todos vieron cómo eso le pareció a Tiburón la peor de las afrentas. En un instante echó el sato a tierra y allí lo destrozó a dentelladas y desgarraduras. El animalito se alejó aullando de dolor.

—Bien muerto ‘tá, sí señor —aseguró una mujer contemplando los restos de Tiburón.

Don Gaspar siguió hacia el río mientras los muchachos y algunas personas mayores hacían comentarios. Capitán se refrescó con el agua y parecía no tener memoria de lo que había pasado poco antes.

Amaneció un domingo radioso sobre el barrio. Inés se asomó por la cerca, bastante temprano, y estuvo hablando con don Gaspar sobre el incidente del día anterior.

—Por lo que vi, si Tato no mata a su perro lo hubiera matao Capitán —dijo.

Los dos viejos volvieron los ojos hacia el animal. Echado en su rincón, bajo dos yaguas viejas, Capitán parecía atender a lo que se hablaba. Con el pescuezo y la cabeza pegados a la tierra, miraba fijamente a los dos viejos.

—Jum... Capitán usa poco juego —comentó don Gaspar.

—Por eso me extrañó el lloro de anoche —explicó Inés.

Al oír referencias a aquello Capitán cerró los ojos; pero los abrió a seguidas para ver cómo iba don Gaspar. Estaba parado, agarrado al alambre, y se veía flaco, con los pómulos muy pronunciados, la piel quemada, las manos huesudas. «No parece enfermo», se dijo seriamente el perro al tiempo que acomodaba la cabeza entre las piernas para dormir. Otra vez, de golpe, levantó el hocico. «No parece enfermo, pero Ella vino a buscarlo».

—Tal vé ‘taba llorando la muerte de Tiburón —explicó don Gaspar.

—Yo no sé qué lloraba, pero lo que sí le digo es que algo vido. Los perros asuntan cosas que los cristianos ni an se imaginan, compadre —aseguró muy serio Inés; y después se puso a contar una historia de un perro que tenía cierto amigo suyo. Cuando acabó, invitó:

—Fíjese si esta noche llora. Yo por mi parte ‘taré atento.

Diciendo adiós se fue Inés a través del patio de su bohío, y el sol comenzó a correr arriba. Llegó la tarde, cayó la noche y Capitán no aulló; pero tampoco aulló el lunes, ni el martes ni en toda la semana.

—¿Ve, compadre, que lo que lloraba era la muerte de Tiburón? —afirmaba riendo don Gaspar.

—Pa' mí era eso —comentaba Inés mientras miraba con seriedad al perro y fumaba su cachimbo a grandes bocanadas.

Los viejos parecían muy contentos de que las cosas resultaran así, pero Capitán no compartía su optimismo. «Ella vino; yo la vi venir», se decía a menudo. Ella había ido, y todo perro sabe que Ella jamás visita un hogar en vano. Capitán estaba seguro de que una de esas noches la vería entrar de nuevo.

Pero todavía pasó una semana más, y aun otra y algunos días hasta llegar a la tarde del miércoles 22. Capitán se había levantado ese día ligeramente triste y después estuvo inquieto. Sentía necesidad de arañar las viejas yaguas, de moverse, de levantarse y acostarse. Algo le molestaba. Le parecía que hacía más calor que de ordinario, sobre todo dentro de su cuerpo, y acezaba largamente, con su roja lengua caída por entre los dientes. En la pata derecha, hacia la parte de adentro, algo le producía escozor, y se lamía y mordía el sitio, justamente el lugar donde aquel sábado día 4 había clavado sus colmillos Tiburón. Los olores que le traía el aire eran secos e irritantes. Ya en la tarde, mientras olfateaba pedazos de madera, vio a don Gaspar cruzar el patio. Fue en ese momento cuando sucedió aquello.

Tal vez porque no veía bien el viejo no se dio cuenta de que iba a pisar un aro de barrica: lo pisó y el aro saltó, pegó en las piernas del viejo y éste perdió el equilibrio. Capitán lo vio caer de bruces y vio cómo su mano izquierda dio contra un casco de botella. En el acto saltó la sangre, y Capitán, asustado, comenzó a ladrar.

—¡Juau, juau, juau! —exclamaba.

Pero el viejo don Gaspar no hizo mayor caso al incidente y ni siquiera notó la herida en el acto. Se puso de pie, siguió caminando, y el perro siguió observándole y ladrando. Al notar que le salía sangre de la mano, don Gaspar sólo comentó:

—Qué cosa, una herida.

—¡Juau, juau! —insistía el perro.

—Eso no es na', Capitán —aseguró el viejo; y cuando llegó a su lado extendió la mano, la puso bajo el hocico de Capitán y dejó que éste lamiera.

—Pa' que se pierda mi sangre, mejor te la comes tú —decía el viejo sonriendo.

Capitán lamió, agradecido de ese gesto de confianza; pero a poco se sintió molesto, sin que supiera debido a qué, y se echó en un rincón, mirando a su amo con gravedad. Al rato el viejo se fue, y nada más pasó ese día.

Al día siguiente sí pasó algo. Serían las nueve de la mañana cuando unas moscas transparentes empezaron a volar ante los ojos del perro. Capitán estuvo observándolas un momento; de súbito sintió una ira loca y se lanzó sobre ellas, pero las moscas desaparecieron sin que él las viera irse a parte alguna. Capitán quedó sorprendido y caviloso. Haciendo un esfuerzo se mantuvo inmóvil y en acecho, porque las moscas debían volver; pero entonces sucedió algo increíble: Tiburón estaba allí, frente a él, erizado y mostrándole los dientes. Es difícil de explicar lo que

sintió Capitán. Un fuego de llama ardió de golpe en sus venas. Jamás había tenido tanta ira. Se lanzó en un brinco sobre aquel odiado enemigo y cerró su boca en el pescuezo de Tiburón, pero los colmillos golpearon en el vacío. Allí donde segundos antes estaba su enemigo no había nada más que aire. Capitán ladró lleno de cólera y notó que su voz no era igual a la de antes; y entonces, sin saber por qué, lloró con un corto, pero escalofriante aullido muy agudo. De súbito, aterrorizado, Capitán perdió la cabeza, y a seguidas volvió a sentir ira. Le acometió una violenta necesidad de correr, y aunque trató de hacerlo no podía porque la soga no lo dejaba libre. En menos de un minuto se sintió cansado y comenzó a castigarle un súbito deseo de tomar agua, mucha agua.

Media hora después toda la voluntad de Capitán estaba fija en una sola cosa: entrar en el bohío de don Gaspar y meter la cabeza en la pequeña tinaja del viejo hasta dejarla vacía. Toda su ambición era beber, calmar con agua el fuego que tenía en la garganta. Después de haber tirado de la soga hasta rendirse sólo tenía ojos para ver la puerta por la que acaso saliera don Gaspar a llevarle agua.

Pero don Gaspar no salía y Capitán, que necesitaba calmar ese ardor, empezó a comer yagua. Cerca había una tusa de maíz. Pensó que su cuerpo áspero le rascaría la garganta, y se la comió: después encontró un pedazo de madera podrida y se lo engulló en el acto. A esa hora se levantaba una tenue brisa y Capitán pensó que si la brisa le llevaba un papel que había en medio del patio, o siquiera hojas secas, el papel y las hojas le ayudarían a calmarle aquel ardor.

Como si hubiera decidido complacerle la brisa metió bajo el papel sus impalpables dedos, lo alzó, lo meció, lo arrastró. Con la lengua seca y colgante, los ojos hundidos adornados por un brillo metálico, lleno de avidez, Capitán esperó. Cada movimiento del papel le hería los nervios. Lentamente, rasando el suelo, el papel se acercó y de pronto la mano invisible de la brisa lo sacudió alejándolo. Capitán sintió ira. Otra vez vio al condenado papel acercarse y otra vez se alejó en un esguince burlón. Capitán se levantó y anduvo tanto como se lo permitía la soga.

Notó que no le era fácil caminar. Se hallaba liviano y tenía la sensación de andar por el aire; además, su paso era vacilante. Quiso batir el rabo, sin causa que lo justificara, y de golpe sintió en el tronco de la cola un dolor agudo, y algo indefinible, parecido a una fuerte sacudida, le recorrió todo el espinazo hasta la misma cabeza. Cayó sentado y empezó a acezar. Inesperadamente le ardió de nuevo la pata en el sitio donde lo había mordido Tiburón. Lo que sentía allí era una brasa encendida. Desesperado, empezó a morderse y a lamerse; y a poco sintió que ya no podía abrir la boca y que unos puntos de fuego le herían el anca derecha haciéndola temblar y endureciéndosela al mismo tiempo.

¿Qué diablos le estaba pasando? ¿Y don Gaspar, y el viejo Inés; dónde estaban? Los tonos pardos de los bohíos empezaban a confundirse con los del cielo. Y en ese momento volvió a suceder aquello: en medio de las sombras nacientes, temblando,

traslúcido, con las formas oscilantes, surgió Tiburón; miraba con sus odiosos ojos pesados y caminaba lentamente hacia Capitán.

—¡Ah, maldito, ahora verás! —dijo éste.

Pero al ir a salir, gruñendo de ira, notó con asombro que Tiburón se deshacía en el oscuro aire. Ahogándose de cólera y asombrado a la vez, Capitán cayó sentado. A seguidas notó que apenas podía respirar. Se asfixiaba, ¡se asfixiaba! ¡Oh, si en ese momento hubiera salido don Gaspar! La presencia de su amo le ayudaría a vencer esa obstinada pesadez del aire que lo ahogaba. Doblado como un arco, Capitán quiso respirar por la boca; pero su lengua ardía, ardía su paladar, y el solo contacto del aire le hacía sufrir y le daba cólera.

Con los ojos agrandados por el desconcierto y no queriendo rendirse, el perro se esforzaba en usar la última gota de oxígeno que tuviera en el fondo de los pulmones. El vientre se le movía a saltos, como una vejiga que se infla y se desinfla rítmicamente. Pasado un rato comprendió que cada vez perdía más movilidad en la boca, que apenas podía sentir ya otra cosa que un progresivo endurecimiento en la quijada.

Cayó la noche del todo. Por alguna causa baladí, los perros del vecindario empezaron a ladrar, alborotando el barrio.

Capitán quiso sentarse, pero no pudo; y entonces sintió miedo, un miedo único, que enfrió su sangre; un miedo que no había sentido ni siquiera cuando Ella estuvo mirándole. En ese momento —un pequeño instante de lucidez— Capitán quiso ver hacia el callejón y vio la sombra. En el acto la reconoció. Un calor cosquilleante le recorrió la piel; sus rojizos pelos se pararon; el espinazo se le alzó como un arco. ¡Allá estaba Ella misma, riendo con sus largos dientes descarnados!

—¿No te lo avisé? —dijo con una voz llena de sarcasmo, una voz que nadie podía escuchar, porque excepto los perros, nadie la oye.

—¡Maldita! —rugió Capitán—. ¡Vienes a buscarlo, yo lo sé; vienes a buscarlo, maldita!

Entonces Ella lanzó una carcajada larga y seca que enloqueció de pavor a Capitán; la lanzó y salió corriendo, con su transparente manto gris batido por el aire, con sus huesos pelados y blancos, con los brazos y las costillas sonando lúgubremente. Capitán hubiera querido gritarle a don Gaspar que Ella iba a meterse en el bohío, pero no podía.

Durante un segundo, al tremendo miedo siguió la ira, una ira que le hizo ver fuego en torno suyo. Quiso ladrar, pero de su garganta no salió sino un ronquido seco. Loco, frenético, saltó; rascó el aire con las patas, se sacudió, fuera de sí; y entonces, de golpe, cayó al suelo, como fulminado por un rayo. Todavía pataleó algo, pero comprendió que todo esfuerzo era inútil porque el frío de la muerte endurecía ya sus músculos. Expandió el pecho una vez más, sólo una vez más; y todo desapareció súbitamente.

Don Gaspar estaba en su catre, mirando hacia las yaguas del techo que dejaban caer trizas negras. No sospechó nada. La puerta del patio se abrió y tornó a cerrarse. El viejo sintió que por allí se había colado un frío diferente a todos los fríos. Pero él era hombre y no podía ver que Ella había llegado ni pudo oír el ruido de sus huesos secos cuando Ella tomó asiento en un pequeño banco de madera que estaba a los pies del catre. No pudo darse cuenta porque sólo los perros tienen ojos para verla y oídos para oírla.

Claro que don Gaspar llegaría a saberlo, pero sería al día siguiente, cuando el viejo Inés entró como a las nueve de la mañana para decir, con acento de preocupación:

—¿No ve? ¿No le dije que algo raro le pasaba a su perro? Tiburón tenía la rabia. Aquel perrito blanco que Tiburón maltrató era de mi comadre Luisa, y ella me dijo que murió con la peste.

Don Gaspar alzó los ojos y miró fijamente a Inés.

—Usted ‘tá equivocao —dijo; y la voz le temblaba.

—Capitán no ladró anoche, compadre; vamo’ a verlo —respondió Inés.

Inés corría, pero don Gaspar iba cruzando el patio despacio, y cada vez que avanzaba un paso sentía un frío de hielo ascendiendo por su sangre.

—¡‘Tá muerto, muerto de la rabia! —gritó Inés, con ojos despavoridos.

—¡No! —gritó don Gaspar con voz ronca, el pescuezo rígido, el cuerpo endurecido.

—¿Pero qué le pasa, amigo? —preguntó asustado Inés.

Entonces vio la mano herida que le enseñaba don Gaspar; la vio y comprendió.

—¡Me lambió la cortá ayer! —gritó don Gaspar; y se veía tieso, como un muñeco de madera plantado en el patio.

Lleno de terror, aullando de miedo, Inés huía por el callejón y a lo lejos se oía su voz:

—¡Don Gaspar tiene la rabia; don Gaspar tiene la rabia!

Desde la puerta del bohío Ella había visto toda la escena con sus ojos vacíos; después entró, se sentó de nuevo al pie del catre y no se movió más de allí hasta dos meses después, cuando sacaron al viejo en un tosco ataúd.

Pero Capitán no supo que Ella había alcanzado su propósito porque ya él estaba bien podrido, una vara bajo tierra, en la misma esquina del patio donde había vivido amarrado más de cuatro años.

Los últimos monstruos

Del gran cataclismo escaparon sólo tres hombres, dos mujeres y cinco niños. Todos eran desconocidos entre sí. Subieron angustiados las laderas de las montañas mientras masas de tierra y de piedras, con árboles y seres vivos, caían formando un estrépito infernal. En la inmensa hoya donde caían esos pedazos del mundo entraba en olas negras el mar; entraba rugiendo, hirviendo, batiéndose con furia salvaje contra las masas de tierra que caían.

Locos de pavor, los fugitivos huían agarrándose a las raíces. A sus pies se deshacía el suelo. Caminaron en la oscuridad sin descanso, sin tregua. Uno de los niños cayó en un derrisco. Debió deshacerse allá abajo, demasiado hondo porque ni siquiera se oyó el golpe. No importaba. Uno de los hombres volvió la cara y nada más.

El mundo se mantenía en tinieblas. Estallaban ruidos subterráneos. Los fugitivos se miraban y hacían muecas con los rostros. De rato en rato alguno emitía un grito torpe y señalaba hacia el centro de la tierra. Al cabo de un tiempo interminable empezaron a dejar de oírse los ruidos y los nueve supervivientes se hallaron en una cordillera helada. Cerca de ellos se movían luces extrañas. Una de las mujeres fue a ver de qué se trataba y al apartarse del grupo la oyeron gritar salvajemente. El más viejo de los hombres salió hacia el lugar del grito. Se supo que luchaba porque se oía un estertor. Agobiados de cansancio los demás se habían echado en el suelo. Al cabo de rato el hombre volvió arrastrándose y llevaba con él una bestia grande, peluda, jamás vista por los que formaban el grupo. Con sus ojos hechos a la oscuridad vieron que el hombre sangraba y perdía fuerzas; después agonizó trabajosamente, pero nadie le hizo caso porque los restantes se lanzaron sobre la bestia. Uno de los hombres sacó una piedra afilada que llevaba en una tira de cuero amarrada a la cintura, y con ella empezó a cortar la piel. Los demás chillaron en señal de que entendían; hacía frío y era necesario algo con que cubrirse, y nada mejor que esa piel; después todos se abalanzaron sobre la carne y cada uno arrancó un pedazo a uñas y dientes. Durmieron allí, y ya eran sólo siete; dos hombres, una mujer y cuatro niños.

Al cabo de un tiempo empezó a esparcirse por el sitio una luz vaga, incolora y fantasmal. A esa claridad, recortada contra el cielo, podían verse mejor las figuras. Los hombres eran bajitos, anchos, de espaldas grandes, de frentes cortas, ojillos inquietos, quijadas sobresalientes y pelo duro y abundante; sus narices eran dos hoyos en mitad de la cara y sus bocas hendidas por las que se veían dientes grandes y blancos. No hablaban sino que emitían gruñidos, rugidos y algunos sonidos guturales. Tenían las piernas torcidas, los brazos largos y las manos enormes; caminaban balanceándose y sólo llevaban cinturones de cuero en las cinturas. El que parecía de más edad despertó a la hembra clavándole las uñas en el cuello. La hembra tenía el pelo largo pero no se le veían vellos en la cara. Apenas había espacio entre su pelo y sus cejas y también tenía la boca grande; sus ojos eran de expresión torpe. Señalando

las laderas de las montañas, el hombre pareció indicar que era forzoso seguir. La hembra se levantó y sacudió a los pequeños.

Anduvieron bajo aquella luz fantasmal y debieron caminar una distancia muy larga porque llegaron a un lugar donde había un sitio pelado, granítico, que en nada se parecía a la montaña y que debía ser ya la llanura. Allí rugieron los dos hombres y mientras la hembra y los pequeños se sentaban se fueron ellos a unos pilares de roca y arrancaron dos pedazos; después se pusieron a batirlos con piedras más pequeñas. Estaban haciendo dos mazas para tener con qué combatir a los enemigos que les salieran en el camino.

En toda la tierra, llena de montañas peladas, de selvas abrumadoras, de volcanes, torrentes y grandes pantanos hirvientes, no había ya más seres humanos que éstos. Habían vivido hacia abajo, donde el clima benigno y la extinción de las fieras les había permitido salir de las cuevas, usar el fuego, hacer armas y útiles de trabajo y empezar a organizarse en grupos. Pero de súbito se sacudió el eje del globo y se hundió una extensión enorme y las cordilleras se derrumbaron y entró el mar. Hombres, fieras, árboles, piedras: todo cayó abajo, bien abajo, mientras del fondo de aquel hoyo gigantesco se elevaba un humo denso y salían ruidos aterradores. Sólo pudieron salvarse aquellos que escalaron a tiempo las montañas, y de ellos nada más quedaban, al cabo de largo andar, esos dos machos, la hembra y los cuatro niños.

Los hombres terminaron sus mazas y las dejaron llenas de asperezas para que fueran más útiles. Uno de ellos labró también hachas pequeñas para armarlas cuando encontraran árboles. Después de terminar el trabajo se durmieron y al despertar indicaron a gruñidos que era tiempo de seguir.

Después de mucho andar llegaron a la zona de los bosques. Árboles altísimos, helechos de grandes ramas por las que andaban lagartos extraños, lianas de hojas gigantes, flores de olores penetrantes, ríos torrentosos; todo eso vieron, asombrados, a la confusa luz. Estaban en medio de selvas nutridas para cruzar las cuales debían ir los dos hombres haciendo camino con las mazas. Con el pelo sobre los ojos, ellos, las hembras y los pequeños acechaban por todos lados la selva, temerosos de que surgiera a su lado algún animal desconocido que pudiera atacarlos. Comían reptiles y hojas. Durmieron varias veces en aquella marcha, y al fin llegaron a un sitio que parecía reunir condiciones para establecerse. Buscando sin cesar, los hombres hallaron una cueva amplia que estaba en la falda de una colina. Al tomar el flanco del cerro surgió de pronto a su vista un pantano enorme, de aguas fangosas que hervían continuamente. Allí, en la orilla, se detuvieron. Uno de los hombres, el más viejo, metió la mano en aquel fango cálido, y de pronto asomó a su lado la cabeza de un animal que ellos nunca habían visto. El animal abrió la boca, y cuando el hombre quiso huir lanzó un coletazo que destrozó el cuerpo del intruso. Aterrorizados, los demás huyeron; iban huyendo cuando sintieron un chapoteo a sus espaldas, y cuando el último de los hombres volvió la cara alcanzó a ver que el animal atrapaba a uno de los niños. Se oyó un grito agudo y angustioso, y el chapoteo de nuevo. Al llegar a la

entrada de la cueva el macho empujó a la mujer y a los niños y cayó de bruces, falto de aire. Tardó en levantarse, y cuando lo hizo se asomó con cautela a la hendidura, bajó con movimientos cuidadosos, aplicó sus fuerzas a una gran piedra y fue empujándola hacia arriba hasta que tapó con ella la boca de la cueva.

Temblando de miedo, los niños yacían amontonados en el fondo y la mujer golpeaba dos pedernales para hacer fuego. Al hacerse la llama, la mujer miró al macho, y éste tenía la mirada brillante bajo los pelos que le caían de la cabeza y hasta los dientes le refulgían. Ella esperó el asalto, pero cuando él iba a acercársele sonó afuera un bramido largo y potente que hizo temblar la piedra que el hombre acababa de colocar en la boca de la cueva. El macho giró violentamente y empujando la piedra quiso ver qué sucedía. Lo que vio debió ser grandioso porque se arrastró hasta la mujer, la tomó con fuerza de un brazo y la llevó a la boca de la cueva.

Del fondo del pantano había salido un monstruo cuya cabeza aplastada llegaba a lo más alto de los árboles más altos. La luz se había vuelto amarillenta y a esa luz brillaban los ojos de la bestia, grandes y siniestros. El monstruoso animal tenía el pescuezo cubierto con escamas que despedían reflejos, batió la cola y el hombre y la mujer vieron caer docenas de árboles que se derrumbaban como si los hubiera tronchado una fuerza descomunal. Se hizo un claro en el bosque e infinidad de aves extrañas escaparon graznando. El monstruo volvió la cabeza a todos lados, como oliendo, y lanzó de nuevo su bramido, un bramido tan potente que sacudió los cogollos de los árboles y removió la piedra de la boca de la cueva. El hombre y la mujer se miraron entre sí y gruñeron de miedo. El macho clavó sus uñas en el brazo de la mujer y apretó los dientes. Estaba de rodillas, con una mano en la maza; sentía terror, pero estaba listo a lo que sobreviniera. Tal vez aquella bestia gigantesca andaba persiguiéndoles, y si se acercaba a la cueva él lucharía, aunque no sabía cómo habría de hacerlo.

Pero de pronto se oyó un chillido, tan hondo y tan escalofriante como el bramido de la bestia, y a seguidas golpes secos, como de árboles o de piedras que chocaban. La mujer volvió a mirar al macho y éste le apretó más el brazo. Súbitamente la gran fiera que había salido del pantano sacudió el pescuezo y se echó hacia atrás, y a seguidas la pareja humana vio aparecer un pico de tamaño increíble que despedía brillo al toque de la luz. El pico se abrió y se cerró, produciendo el mismo ruido que acababan de oír, y de él salió de nuevo aquel chillido; tras el pico se vio un cuerpo que tenía de ave y de reptil, un cuerpo que se arrastraba por entre los árboles caídos y tenía dos alas cortas y duras.

Los dos monstruos quedaron cerca, el uno frente al otro, ambos meciendo las cabezas. Millares de pájaros revoloteaban y graznaban alrededor de ellos. Del pantano empezó a elevarse un humo fétido y se oía bullir el hirviente lodo. A la espalda del hombre y de la mujer se sentía el ronquido de los pequeños que dormían; el fuego iba apagándose y el corazón de la mujer golpeaba bajo su seno.

De súbito la bestia que había aparecido en último lugar, la enorme bestia de pico, se alzó sobre su cola, batió las alas y se lanzó sobre la otra. Ésta la eludió con un esguince del cuello, pero debió recibir algún daño porque su bramido, más hondo y más espeluznante, tuvo un tono doloroso. A seguidas levantó la cola y hendió el aire. Se veía la sombra agitarse.

Así empezó la descomunal batalla. Mordiéndose, arrastrándose, chillando y bramando, cambiando golpes que retumbaban en la cueva, los dos monstruos luchaban. Al golpe de las colas los árboles caían tronchados y sus chasquidos sonaban dolientes. La luz se fue haciendo más clara y ya era un resplandor amarillento que se colaba a través de nubes pesadas y oscuras.

Los combatientes llegaron al pie del cerro. Estimulado por su instinto de pelea el hombre empujaba la piedra que tapaba la boca de la cueva porque así podía ver mejor y a través de los árboles que caían trataba de mirar hacia abajo. Más y más asombrado cada vez, contemplaba cómo se prolongaba la fantástica lucha y a los penetrantes chillidos de la bestia alada oía responder los bramidos llenos de ira de la otra.

El tiempo empezó a hacerse largo. Mordiéndose, pegándose coletazos, desgarrándose con las patas, alzándose hasta el mismo cielo con los pescuezos envueltos entre sí, los dos monstruos rodaban y se levantaban, moliendo la tierra y los troncos por donde pasaban.

La mujer estaba cansada, fría, agotada, y gemía. Con su maza en la mano, el hombre trató de salir a gatas porque el humo que salía del pantano no le permitía ver, y él quería ver.

Aquella gran batalla parecía no terminar jamás. Tan pronto se oía caer y rebotar hacia la orilla del pantano como volver al pie del cerro. La brisa que rompía ramas en el bosque y las aves que graznaban formaban el fondo de la lucha.

El hombre salió y la mujer le vio descender con cautela, pero a poco volvió, sin duda porque las bestias se acercaban; entró con los ojillos inquietos, como de animal perseguido. Ya apenas quedaban brasas encendidas. El hombre y la mujer estuvieron así tanto tiempo que parecían acostumbrados ya a aquel estrépito que conmovía el lugar. Se hallaban cansados, hostigados, con los cuerpos doloridos de tanta tensión.

En eso se oyó un chillido que fue como una larga queja, un chillido que fue debilitándose poco a poco y haciéndose poco a poco lejano; y conmovía oírlo porque era como un canto fúnebre, una bestial elegía fúnebre. Después, el monstruo que había salido del agua lanzó un bramido apagado y doloroso como el chillido, alzó el pescuezo, meció la cabeza en la altura y la dejó caer. El golpe se oyó retumbando entre los árboles.

El hombre se pegó a la tierra y puso toda su atención en escuchar. Estaba nervioso, con los ojos fijos, los pelos revueltos. Alguna vez se oía un movimiento que daba idea de un estertor mortal. Los graznidos de las aves iban apagándose y a ratos sonaba el chasquido de un árbol.

Al cabo de larga espera empezó a dejarse ver de nuevo la luz amarillenta y después fue haciéndose gris y blancuzca hasta que se hizo una claridad que recordaba la de las tierras hundidas. La calma parecía haber renacido con esa luz. El hombre y la mujer siguieron esperando sin moverse, y esperaron tanto que los niños despertaron y gruñeron, acaso de hambre. Entonces el macho empujó la piedra, tomó la maza y salió.

Abajo estaba el bosque deshecho. Dos montones de carne, informes y gigantescos, se veían junto al pantano. Eran tan grandes que hubiera dado trabajo subir a ellos. El hombre fue acercándose con cautela. Las bestias no se movían. Entrelazados y revueltos con las lianas, los árboles caídos tenían las hojas batidas por la brisa. El hombre anduvo a gatas, sin soltar la maza, y se acercó tanto a los monstruos que podía ver los enormes desgarrones que se habían hecho en la pelea. El hombre tomó una piedra y la tiró. La piedra cayó sobre una de las bestias y ésta no se movió. El hombre se arrastró más. Poco a poco fue levantando la mano, hasta tocar las escamas de uno de los animales. Estaba frío y muerto. ¡Muerto!

El hombre no dudó más; se puso de pie y corrió. Saltando sobre los árboles caídos, fue dando la vuelta alrededor de aquellas masas de carne y a medida que comprobaba que ya no vivían su cara se iluminaba con una alegría salvaje, daba gruñidos, saltaba y manoteaba y pegaba con la maza en los cuerpos muertos. Al fin se cansó y decidió irse; pero de súbito volvió, sacó la piedra afilada que llevaba al cinto y empezó a cortar aquella carne blanca repelente. Cortó un pedazo enorme y con él a la espalda comenzó a subir por el cerro mientras la luz iba haciéndose más fuerte. Quiso trepar el cerro corriendo, tanta era su alegría, y llegó a la boca de la cueva cansado. Entonces dejó caer la carne, entró dando gritos y tiró de la mujer, casi arrastrándola, clavando en su brazo las fuertes uñas. Desde la boca de la cueva señaló hacia abajo y emitió unos sonidos guturales que sonaban alegres. La hembra miró y saltó también, pegando con una mano sobre la otra. A seguidas el macho cogió a la hembra por la cintura y la apretó hasta hacer crujir sus huesos; y entonces, mientras la luz esplendía y llenaba todo aquel extraño paisaje, él, con un brazo extendido hacia los monstruos, gritó con un grito bárbaro y jubiloso que flotó largamente en el aire.

Traducido al lenguaje que usamos hoy, aquel grito quería decir:

«Han muerto los últimos monstruos que nos amenazaban; se han acabado luchando entre sí. Ahora nos queda la eternidad por delante para poblar el globo con nuestra descendencia e iniciar una gran época en la que los hombres sean felices».

Después de esto el hombre bajó a buscar piedras para fabricar con ellas una vivienda que estuviera a la luz, porque ya no era necesario seguir escondiéndose en cuevas.

Rosa

La sequía de los nueve meses acabó con el Cibao. Los viejos no recordaban castigo igual. La tierra tostada crujía bajo el pie, los caminos ardían como zanjas de fuego, los potreros se quedaron pelados. Las familias se acostaban sin haber comido y los animales que habían sobrevivido no tenían fuerzas ni para espantar las moscas.

Sufrí mucho en ese tiempo. Anduve buscando trabajo desde las orillas del Yaque, por Taveras, hasta las del Yuna, por Almacén de Yuna. Estaba dispuesto a todo, y lo mismo me hubiera metido en Los Haitises a cazar cerdos cimarrones que me hubiera ido a pescar a Samaná.

Al tratar de recordar aquellos días no logro saber cómo pude mantenerme. Iba y venía lleno de polvo, enloquecido por el calor y el hambre. Muchas noches llegué a pedir posada en algún bohío y me devolví de la puerta. La gente no se quejaba; apenas lamentaba aquella desgracia diciendo, mientras miraba el cielo:

—Todavía no se acuerda Dios de nosotros.

Pero yo veía los rostros afilados, los ojos ardientes, a los niños flacos y callados; veía a la mujer silenciosa, el bohío sucio. Sabía que en toda la noche no oiría palabra y me iba sin decir nada.

Pensaba: «Con un conuco propio, con un bohío aunque fuera destartalado, estaría penando menos».

Poco a poco fue tomando cuerpo la idea de ser dueño de mi destino. Llegó día en que lamenté haber perdido mis mejores años trabajando para otros. Sentía que me nacía adentro un hombre nuevo, un ser distinto que iba desalojando en mí los restos de mi vida anterior. La soledad me parecía dura e injustificable. Repasaba con la mente mis años perdidos y no encontraba recuerdo de amigos ni huellas en los demás de mi paso por el mundo. Estaba cansado de pensar tales cosas cuando llegó octubre y con él las aguas.

El primer aguacero, pesado y rápido, cayó de tarde. Media hora antes el cielo era transparente y limpio; una hora después de la lluvia comprendía que no padeceríamos más. Las nubes grises empezaron a surgir de atrás de las lomas y escalaban la altura con solemne gravedad.

Yo estaba en despoblado, más allá de Almacén de Yuna. Seguro de que me mojaría si no encontraba cobijo, apuré el paso cuanto pude. Al anochecer columbré un bohío. Los niños correteaban en el camino con expresión alegre, dirigiendo palabras cariñosas a las nubes. Apenas había pasado el umbral cayeron las primeras gotas. Todo el mundo salió a verlas.

La lluvia hizo muy largo el camino a Cenobí. Aprovechaba las escampadas, que eran escasas y cortas, para hacer una ruta trabajosa, entre lodo y agua. Iba a ver al viejo Amézquita. El viejo Amézquita me cobró cariño en el corto tiempo que pasé con él. Tenía una hija vistosa, saludable y despreocupada, cuyo rostro se iluminaba con la gracia de una malicia incipiente. A mí me gustaba la hija del viejo Amézquita,

y cuando volvía, al atardecer, de los potreros o de los cacaotales, me ponía a charlar con ella, sumido en una especie de alegría que me hacía sentirme bien. Muchas veces vi en los ojos del viejo la esperanza de que su hija y yo llegáramos a entendernos. No sé; a lo mejor eran ilusiones mías. Él nunca dijo nada, pero sonreía con reserva cuando nos veía juntos, y a mí me dio su sonrisa qué pensar. Yo era nuevo por esa época y adoraba mi libertad, la propiedad de mi cuerpo y de mi tiempo. Un día me cansé del viejo Amézquita y de Rosa, como me cansaba de todo. Sentí el cansancio una tarde; en la noche dormí mal y al otro día amanecí con el machete al cinto y la hamaca en el hombro, fija la vista en la vuelta distante del camino, sobre el que empezaba a levantarse un sol bermejo.

Esas cosas las recordaba en Cenobí, adonde había llegado al cabo de una semana de marcha trabajosa. Había tendido la hamaca en la enramada de un bohío bastante pobre y me sentía cansado de andar entre lodazales y raíces resbalosas. Era temprano. La gente de la casa hacía cuentos en la cocina; la alegre candela metía por las rendijas su vivo color rojo y en los árboles vecinos zumbaba la brisa. Pensando en el sitio hacia donde iba me preguntaba por qué quería volver a Penda, si el Cibao era tan grande y eran tantas las fincas donde un hombre de trabajo podía hallar qué hacer. La respuesta surgió como empujada desde la sangre: era Rosa; sí, la causa era Rosa. Iba hacia ella llevado por el instinto de la carne y por el miedo a la soledad. Rosa estaba en mis venas. Me sonreía, mostrando sus dientes parejos; se movía con su gracia un poco ruda; veía, como en la realidad, su cuello grueso, sus hombros redondos, su pecho alto, su piel bronceada. Y en aquel instante —uno de esos segundos tan intensos como toda una vida— me di cuenta de que quería ser el marido de Rosa. Vi claramente mi porvenir: vivíamos en un bohío nuevo, rodeado de yucas; desde la puerta se dominaba un paisaje de plátanos llenando una hondonada; en el patio escarbaban docenas de gallinas. Hasta vi los perros, y uno de ellos era blanco y negro. Colmado de una extraña alegría, empecé a dormirme. Todavía charlaban en la cocina y mi sangre iba apagándose lentamente, llena de Rosa.

Bien temprano, sin hacer caso de las señales del cielo ni de los ruegos de mis huéspedes, dejé Cenobí. Tardé dos días en llegar a Penda, y era ya noche cerrada cuando alcancé el lugar. El viento daba vueltas entre los troncos de los cacaoteros y del cielo caía una lluvia menuda que anunciaba más aguaceros. Había pasado la oración cuando vi las luces de la casa.

El hogar de los Amézquita era un caserón de madera. Se entraba por un portón amplio; detrás había unos ranchos e inmediatamente después un pequeño patio lleno de yerbajos casi por la cocina —grande como una casa—, y a seguidas empezaban las plantaciones de cacao, café y plátanos.

No se conocían las tareas que tenía el viejo Amézquita. Mucho más de la mitad de sus tierras estaban abandonadas. A medida que avanzaba pensaba yo en lo grande que era su propiedad y trataba de ver las alambradas de enfrente, que guardaban los potreros. El viento tiraba sobre mi cara rachas de agua fina y yo me esforzaba por

alcanzar con la vista la sala de la casa. Vi una sombra de mujer que se movía. Tuve la impresión de que era Rosa. Me pareció que la sangre se me paralizaba en las venas y que hasta la voz se me hundía en lo más escondido del ser. Después alguien que me pareció ser el viejo cruzó la puerta trasera, hacia el comedor. Yo me acercaba al portón. La luz de la casa espejeaba en los pozos que la lluvia formaba en el camino. Los perros, que tanto me conocieron en otro tiempo, rompieron en ladridos vehementes.

Nadie salió a recibirme. Dos peones jugaban baraja bajo la luz de la lámpara y contestaron a mi saludo con voces indiferentes. Una vieja negra rezaba en un rincón. Era Marta, la cocinera. La vieja alzó la cabeza y trató de verme, pero los años habían enturbiado sus ojos.

—Dentre y asílese —dijo.

Yo murmuré:

—Soy yo, Juan, Marta.

Ella se incorporó con relativa agilidad. Parecía dudosa.

—¿Usté, Juan? ¡Válgame Dios, cristiano!

Los peones dejaron de jugar para verme. En una de las habitaciones sonó la voz del viejo. Preguntó:

—¿Es Juan, Marta?

—Sí, hijo; el mismo, el mismito.

Yo sonreía. En la puerta estaban los perros ladrando todavía. Los llamé:

—¡Rabonegro, Rabonegro, Mariposa!

Los animales empezaron a mover las colas. De pronto oí en el comedor la voz vibrante de Rosa.

—¡Juan!

La vi. Procuraba hacerse la desinteresada, pero su rostro estaba lleno de la luz y todos sus gestos eran torpes, como los de un niño sorprendido en delito. Me acerqué para saludarla.

Sentía los labios fríos y el corazón me daba golpes.

—Hola, Rosa —dije.

No sabía qué hacer de mi sombrero mojado, pero Rosa no sabía qué hacer de sus ojos negros.

Aunque en aquel caserón de Penda había siempre catres puestos para los visitantes y para los que pidieran posada, yo no quise dormir sino en mi hamaca. La tendí en la sala. Sentía que esa noche necesitaba estar cerca de algo mío, de algo que tuviera para mí cierta familiaridad. Mientras cavilaba oía roncar el viento en el cacaotal vecino y desplomarse sobre el techo de zinc un aguacero pesado.

Era todavía de madrugada cuando sentí al viejo chancletear en el piso del comedor. Me levanté. La vieja Marta hacía arder en la cocina una leña húmeda. Desde la puerta de la cocina podía apreciar el ambiente de fecundidad que me rodeaba. Parecía que todo el campo acopiaba energía bajo la lluvia del amanecer. El

viento sacudía las yaguas de la letrina y mecía la puerta del comedor. Los troncos y los colores se perdían en el gris de la lluvia.

El viejo empezó a hablar. Sus palabras estaba cargadas de una honda y a la vez suave ironía. Se notaba que hacía esfuerzos por demostrarme que hice mal en dejarlo, y que procuraba conseguirlo sin herirme.

—Dicen que Malhaya volvió en caballo cansao —dijo.

—Sí, don; cansado y cojo —afirmé.

—¿Y por qué? ¿Malas las cosas?

—De vicio, viejo. La sequía acabó con el mundo.

—Anjá. ¿Y por dónde andabas?

—Vengo de las vueltas de Macorís.

—Dicen que por allá se da bueno el cacao.

—El cacao y todo, pero el sol achicharraba.

—¿Y no dique hay mar?

—Su poco de mar, don; pero mucho más allá.

El viejo se pasó una mano por la cara.

—Ya ni an me acuerdo del mar. Lo vide en Puerto Plata, estando chiquito. Ni más agua, cristiano.

Miraba sin malicia. Marta soplaba desesperada.

—¡Anda el diablo con esta leña tan enchumbada! —lamentó.

El viejo Amézquita se puso de pie.

—Hoy va a ser día perdido, como el de ayer.

Dio algunos pasos y volvió a sentarse. Yo me encogía. El viento frío no desperdiciaba rendija. El viejo preguntó:

—¿Y a dónde vas agora?

—¿Yo? Tengo idea de quedarme aquí.

—Jum... Pa' dirte cuando nos estemos acostumbrando a ti.

—No, don; ahora no estoy por andar más mundo. Me he cansado de bregar con la gente.

—Bueno, pues aquí te quedas. Trabajo no falta.

—Sí, ya lo sé; pero lo que quisiera es trabajar con más comodidad.

—Sí es por comodidad... Yo no apuro a mi gente; tú lo sabes.

—No, don; ni usted apura ni a mí me duele doblar el lomo. Es que aquí cogí este rumbo pensando en otra cosa.

—Ah, hijo; lo que se piensa y no se dice, como si no se hubiera pensado. Si nosotros fuéramos adivinos...

—Lo mío no hay que adivinarlo. Es que quería encontrar quien me diera una derrita a medias.

—Pero por tierra no tienes que apurarte, ahí las tengo yo perdías.

—Pues si usted me las da, no hay más que hablar, don.

Marta nos tendía ya las tazas. Terció:

—Sí, Juan; quédese aquí.

El viejo Amézquita vaciaba su café en el platillo y luego lo sorbía con gran ruido. Entre sorbos hablaba:

—Yo supongo que tú vendrás arrancao. Si necesitas algo para peones, yo tengo ahí unos centavos.

Hubiera empezado el mismo día a buscar lugar para mí, pero durante una semana apenas pude salir de la casa. El viejo se quejaba de su reumatismo y yo aprovechaba las escampadas para echar una mirada por afuera. Al atardecer me tiraba un saco de pita en los hombros y me iba a encaminar los becerros hasta el chiquero.

Algunas veces hablaba con Rosa. Una graciosa timidez, mezclada con cierta dosis de coquetería, la mantenía a distancia de mí. Yo esperaba que esa situación se prolongaría hasta que volviera la confianza de otros tiempos. La encontraba más hecha, de formas más definidas. De sus gestos trascendía un aire de mujer en sazón, y a veces sus ojos se incendiaban con luces relampagueantes. Era una típica muchacha de campo, con sus malicias a la vista y su cortedad, terreno de pugna perpetua entre la naturaleza fuerte y el pudor. Un día le pregunté si no pensaba casarse.

—Me falta lo principal —dijo.

Por su expresión me pareció que mentía, pero me hice el desinteresado y seguí tejiendo unas cinchas de cabuya para el uso de los asnos lecheros. Días más tarde estaba enterado de todo lo que deseaba saber. Mientras echaba la brisca con Pancholo y con Remigio, mientras descascaraba el arroz y atendía a los gallos de calidad que el viejo criaba para regalar a los amigos del pueblo, fui sabiendo cosas. En la pulpería me dijeron que Inocencio el del viejo Vinicio no dejaba sestear a la muchacha; de la ciudad iban de domingo en domingo dos enamorados, y hasta don Rogelio el del Palmar aprovechaba toda ocasión para cantarle bonito.

Rosa no se decidía por ninguno. Decía que no podía dejar al padre con la única atención de Marta, que ya estaba vieja y pesada para cuidarlo. A lo que parece, Amézquita no era muy exigente en cuestión de marido para la hija; le bastaba con que se la quisieran y se la trataran bien. En todo era él así, discreto y amplio.

Contaban que en su juventud fue muy corrido, amigo de enamorar muchachas y dejarlas después que le daban un hijo. Parece que tenía varios regados por esos mundos de Dios, y que a cada uno le había dado un pedazo de tierra y dos o tres onzas para que trabajaran. Con la mujer sólo tuvo a Rosa. La mujer se le murió en el parto, y desde entonces se recogió y se dio a trabajar sus tierras.

Se contaba que el padre había sido muy rico y que fue hombre de juntar cincuenta onzas para jugárselas al dado o a los gallos. Decían que había sido muy sangrudo, que tenía la mano recia y pronta. Murió ahogado cierta vez que metido en tragos se empeñó en cruzar a caballo el río, que bajaba crecido y arrastraba troncos y animales muertos. Uno de esos troncos le hirió el animal cuando estaba en medio del cauce; la bestia se ladeó, tragó agua, y la corriente impetuosa se llevó el caballo y al jinete entre remolinos y espumas. Tres días después encontraron los cadáveres medio

descompuestos, entre las piedras de una playa alejada. La gente recordaba al difunto para decir, refiriéndose al hijo:

—Del taita na' más sacó la cara.

Y así debió ser, porque el «taita», por ejemplo, no me hubiera dado tierras a escoger, como hizo Amézquita. Cuando le dije que había seleccionado un sitio cerca de la casa, en la misma orilla del camino real, me respondió que lo que yo hiciera estaba bien para él.

Trabajé duro y con entusiasmo. Cerqué con palizada de estacas recortadas; talé, quemé, desyerbé y sembré maíz, para ir acostumbrando la tierra. No pude hacer bohío, pero como no lo necesitaba me conformé con un rancho. Esperaba ir haciéndome poco a poco de lo necesario para levantar un bohío bueno, y con esa intención limpié y dejé sin sembrar un altillo que dominaba el lugar, cerca del camino. Allí no se estancaba el agua y la grama compacta afirmaba la tierra; estaba coronado por un guanábano que esparcía por el sitio su grato olor y por un naranjo agrio que algún día se utilizaría en las exigencias del guiso.

Yo soñaba con hacer de aquel punto un retiro amable, y ya creía ver las laderas de pendientes imperceptibles cubiertas por un jardín en el que reventaban las dalias rojas y blancas y en que se balanceaban pausadamente las gallardas azucenas.

De tarde le hablaba de mis propósitos al viejo Amézquita.

—Aquí va el bohío —le explicaba—, aquí la cocina, y por ahí bajará un caminito de piedras. Allí voy a poner el portón.

Él sonreía con mezcla de escepticismo y ternura. Cierta día me dijo, como al descuido:

—Lo malo es que te vuelvas a dir.

Era difícil saber si en sus palabras había reproche o aprobación. Servían para las dos cosas.

Si hacía el bohío, sería uno más en Penda, donde podría haber, a buen contar, ciento cincuenta. Desde las orillas del arroyo, hacia el norte, hasta las del Camú, por el sur, y desde La Mara hasta el Rancho, Penda se extendía en distancias tan largas que a un hombre se le hacía difícil caminarlas. Había potreros y conucos, pero lo más abundante eran los cacaotales y el monte. Las hojas se cerraban en un amasijo alto; se cruzaban las ramas de cien clases de árboles diferentes y la tierra se pudría en las lluvias, bajo la gruesa capa de hojas caídas. Las veredas serpenteaban de bohío en bohío y de paraje en paraje. El único camino real era el que pasaba por la casa del viejo Amézquita. En mal tiempo era un lodazal hediondo, amasado por los cascos de caballos, mulos y asnos.

Por ese camino, hacia la salida del sol, estaba la pulpería de Antonio Rosado. Antonio era cojo, picado de viruelas, trigueño y mal hablado. Había levantado una gallera en el patio de su negocio y los domingos no le alcanzaban las manos para despachar ron. En días de jugadas se oía desde lejos el griterío de las gentes del Rancho, de Penda y de La Mara, que acudían a los desafíos. Temprano los veía pasar;

llevaban fundas con gallos y las monturas inquietas batían el lodo con su rápido casquear; cruzaban mujeres con bandejas de empanadas y dulces, cruzaban hombres descalzos, que desechaban las pozas y se tiraban contra la alambrada para llegar limpios.

Yo iba a menudo a la pulpería porque me agradaba la amistad de Antonio Rosado. Su conversación era tajante, como machete afilado.

Llegaba allá algunas tardes en busca de jabón para la casa, de gas o de azúcar, y aprovechaba la ocasión para hablar con el pulpero de la cosecha, del tiempo, de los negocios y hasta de política. Antonio llenaba las conversaciones de palabras puercas, pero las decía con naturalidad.

Los domingos no me aparecía por allí porque aunque los gallos me entusiasmaban, los galleros borrachos me daban asco. Armaban una bulla infernal y a veces, si se acaloraban en una discusión, acababan echando mano a los cuchillos y clavándoselos unos a otros. Desde luego, comprendía que ellos habían nacido, crecían y morían en un ambiente que no les proporcionaba facilidades para que cambiaran su manera de ser; y en cambio yo había rodado, dado tropezones, visto mucha gente diferente, y había aprendido algo que me hizo distinto de ellos: había aprendido a juzgarme a mí mismo y a tratar de ser algo más que un peón de campo. Personas ilustradas a las que conocí en mis andanzas me dijeron más de una vez que esa superación se conseguía cambiando de vida, procurando otro ambiente, rodeándome de artefactos que podía comprar con dinero si decidía dejar de ser peón para ser amo en el campo o en una ciudad. Pero yo quería progresar por dentro, no por fuera, y no me animaba a dejar el campo. Amaba aquello con devoción. Las raíces de mi vida estaban allí, en el árbol, en el hombre, en el río, en aquel escenario de trabajo incesante donde se fraguaba el porvenir. No era culpa del campo ser arena de tragedias ni semillero de hombres que se desconocían a sí mismos. Ésa era culpa de otros, de los que sacaban de nuestro sudor la parte que usaban en rodearse de comodidades o simplemente en envilecerse, y ni siquiera nos devolvían en escuelas lo que nos quitaban todos los días. Rodando por el mundo conocí muchos de esos culpables y me percaté de que gran parte de ellos ignoraba que vivían a costa nuestra. A los que me decían que con lo que yo sabía podía hacerme rico en la capital o en alguna ciudad, les respondía que yo sabía que era un explotado, pero que prefería eso a ser un explotador.

Pero estaba hablando de Antonio Rosado. Pues bien, Antonio Rosado me recibió un día con la cara seria. No me saludó, y cuando yo estaba a pique de preguntar qué sucedía me sorprendió con estas palabras:

—Usted sabe que yo no soy chismoso y que lo que le digo a cualquiera se lo pruebo cuando le parezca.

Me pregunté a qué vendría aquello. Él siguió envolviendo un azúcar que estaba despachando y ni siquiera me miró. Pero yo me sentía preocupado. Así, le dije:

—Le agradecería que me explicara por qué me dice usted eso.

—Por nada. Es que aquí andan diciendo cosas que lo perjudican, y como yo soy su amigo quiero que usted las sepa.

—¿De mí? —pregunté.

—Sí, de usted. Yo no entiendo de líos y por eso me pongo alante, pa' que no vayan a creer que ando con chismes.

La mujer a quien despachaba hacía esfuerzos por sonreír, incómoda con la situación que se avecinaba.

—La gente siempre habla caballás, Antonio —dije.

—Sí, pero no como ahora. Inocencio el del viejo Vinicio anda regando que usted enamora a la muchacha por los cuartos de Amézquita.

No esperaba eso y temblé de arriba abajo, como a efectos de un mazazo en la cabeza.

—Oiga, Antonio, usted sabe que no cuento más que con mis brazos para ganarme lo que como...

Callé, porque la indignación no me permitía seguir hablando. Veía los objetos de la pulpería temblando ante mí. Mi voz sonaba en mis propios oídos con timbre metálico.

—Además —agregué—, yo nunca he enamorado a Rosa.

—Pero dende que usted asoma la muchacha le pierde el gusto a to' el mundo. Yo no sé porqué será.

—No es por mí, Antonio; créalo.

—Bueno, eso a mí no me importa. Ojalá yo que cayera en su mano y no en la de algún vagabundo. Lo que le dije es pa' que usted no se descuide.

Claro que no podía descuidarme. En el campo, si un hombre dice algo que pueda denigrar a otro hay que tomar en cuenta no lo que dice, sino la intención. Desde ese día no me quité de arriba el mediacinta ni un momento.

El mediacinta estuvo al costarme la vida; pues un día encontré una mata de guao en lo que llamaba para mis adentros «mi tierra». El guao es venenoso y su sombra encona. Me puse a cortarlo, pero como tenía que hacerlo con cuidado para que no me cayera encima alguna gota de la savia, tire un machetazo loco que me alcanzó un pie. Cuando bajé los ojos vi la sangre fluir y cubrirme todo el pie. Traté de estancarla y al agacharme sentí que todo lo que veía huía de mí. Me pareció que el campo, con sus árboles y sus veredas, con sus potreros y sus cacaotales, con su cielo y sus lomas, se alejaba y se acercaba formando un conjunto de borrachera; después todo fue haciéndose amarillo, blanco, más blanco. Luchaba por sostener la cabeza, por ordenar otra vez el paisaje. Creo que traté de llamar, pero no pude, y si lo hice fue en voz tan baja que nadie oyó. Casi sin darme cuenta sentí un sueño pesado y a la vez agradable, y luego me pareció que descendía muy de prisa por declives de pendiente suave.

Desperté poco a poco, con el sol ya alto. Empecé a recordar vagamente lo que me había sucedido. Tenía la pierna pesada, y cuando quise ponerme de pie no pude. Entonces me arrastré hacia el camino y no tardé en ver las alambradas. De pronto

sentí deseos de dormir, de quedarme allí boca abajo y recibir en todo el cuerpo la sensación de la tierra, su frescura y su pulso. No tenía ganas de ver más caras humanas sino de dormir ahí, en ese punto, un sueño muy largo. Me sentía como un niño echado en el regazo de una madre dulce. Dormir, dormir y no trabajar más, no luchar más, no sufrir ni ambicionar más; eso era lo que me pedía el cuerpo. Quedarme en ese sitio y no caminar otra vez; quedarme dormido a la sombra del naranjo o a la del guanábano, mientras en las lomas de Macorís, en los higos lejanos, en la pulpería de Antonio, en la Línea de tierra quemada —cerca y muy lejos—, la vida siguiera sembrando dolores y esperanzas, insensible a lo bueno y a lo malo.

Pero Remigio pasó por el camino real. Algo debió decir ese hombrecillo débil que vive en mí y en toda persona; algo debió decir porque Remigio saltó la alambrada, gritó, llamó, y entre él y Pancholo me llevaron a la casa, donde los ojos de Rosa se agrandaron con la noticia y los viejos y gastados de Marta se esforzaron en ver la herida.

En las horas lentas de la enfermedad comencé a dudar. Aquello empezó por una ligera inconformidad conmigo mismo. Nunca, cuando soñé que Rosa fuera mi mujer, me acordé de que el padre tenía dinero; pero debí haber previsto que otros pensarían en eso. Así, de lo que Inocencio había dicho en la pulpería el culpable era yo, sólo yo y nadie más que yo. Yo tenía la culpa de que Inocencio estuviera hablando.

A ser sincero, no me preocupaba por lo que la gente dijera; lo que me preocupaba era mi conciencia. Y la conciencia que me echaba en cara haber puesto los ojos en la hija de un hombre como Amézquita, a quien todo el mundo en el sitio consideraba rico. Analizaba la situación y me decía que en verdad yo no había enamorado todavía a Rosa, aunque tal vez la muchacha sospechaba mis intenciones; me decía que al viejo Amézquita le hubiera gustado verme casado con la hija, porque me había dejado entrever en alguna conversación que quería para su hija un marido que no la maltratara. Luego, yo debía sentirme libre de mis propias sospechas. Pero no estaba conforme, y yo había deseado siempre, de manera ardiente, vivir de acuerdo conmigo mismo.

En mis relaciones con Rosa y con Amézquita había algo que no me satisfacía y no podía saber qué era, y con las murmuraciones de Inocencio aquello, lo que fuera, se hacía presente. ¿Era la nostalgia de mi vida anterior? En algunos momentos la idea de perder la libertad de ir y venir sin compromisos me causaba cierto malestar. De pronto me asaltaba el recuerdo de paisajes, de caras, de voces, y sentía el deseo de verlos y oírlas otra vez.

¿Qué era, en realidad, lo que había ido a buscar a la casa de Amézquita? ¿Había sido a Rosa o algo diferente? Amézquita era bondadoso como un padre. ¿Estaba yo buscando la bondad de Amézquita sin saberlo? Si Rosa era necesaria para mí, ¿por qué no la enamoraba?

Rosa me cuidaba; entraba en mi cuarto a preguntarme cómo me sentía y qué necesitaba. Yo notaba que antes de entrar se pasaba el peine por los negros cabellos.

Como en los primeros días tenía fiebre, una inflamación en la ingle y el pie y la pierna hinchados, ella me llevaba tisanas y me decía que había estado delirando y hablando disparates o que había dormido tres horas corridas.

Los peones de la casa me recomendaban cosas tan peregrinas como cera derretida en la herida. Marta y alguna que otra vieja de la vecindad me ponían cataplasmas de tuna. El primer día me habían lavado el pie con gas y después, como no apareciera yodo me echaron creolina. Según Pancholo, me habían confundido con un becerro.

De tarde en tarde llegaba alguien a visitarme y también gente que iba a otra cosa. Don Rogelio, el del Palmar, estuvo dos veces, pero sus visitas eran para Rosa. Hombre maduro, con barriguita, rico, era el tipo clásico del hacendado comodón. Llegaba en una mula bien enjaezada y vistosa, y yo pensaba que él era el marido ideal para Rosa. Me molestaba pensarlo, pero lo pensaba. Rosa debía ser la mujer de otro, no la mía. No debía ser mi mujer. Es verdad que me gustaba verla y que a veces me embriagaba de sólo pensar que tenía sus cabellos en mis manos y que los peinaba con los dedos. Pero esa atracción no podía justificar que me casara con ella, y por otra parte el comportamiento del viejo Amézquita me impedía llevármela y dejarla luego.

Rosa no debía ser mi mujer. En algunos momentos casi me gritaba a mí mismo esas palabras, sobre todo cuando la medianoche me hallaba pensando en Rosa o cuando la imagen de su cuerpo me hacía despertar antes del amanecer.

Uno de los muchachos del pueblo estuvo a verla. Tenía cara lamida y ojos falsos, y no me gustó el mozo aquel. Hablaba con demasiada suficiencia, seguro de que estaba deslumbrando a los campesinos, lo cual me disgustó tanto que lo traté con visible desdén. Otro que fue una tarde fue Inocencio el de Vinicio. Era joven, de cuerpo enorme y rasgos gruesos. Tenía una mirada de animal y torva. Se le veía que no utilizaba la cabeza sino para ponerse sombrero. Habló con mucha reticencia, casi sin mirarme, con los ojos puestos en Rosa. (Por cierto que cuando me sané, Antonio el pulpero me contó que el lengua larga andaba regando por los callejones que en la casa de Amézquita la poca vergüenza había llegado al extremo de meter bajo el propio techo al novio de la hija, lo que sin duda dijo porque la tarde de su visita Rosa estuvo particularmente simpática conmigo).

Yo no había recuperado el movimiento del pie, pero no me acostaba y pasaba el día en la sala, en el comedor y hasta en el patio haciendo algún ejercicio. Cuando llegó la época de recoger el cacao me tiré a trabajar porque hacían falta brazos. Me ayudaba con manteca de culebra, que afloja las coyunturas, y trajinaba el día entero, empeñándome en olvidar los restos del mal. Iba y venía por los cortes, cuidaba del desgrane, atendía a los secaderos, y no cargaba yaguaciles con cacao verde porque no podía hacerlo. Una tarde el viejo me siguió por una tira de cacao, y cuando estuvo separado de los peones, apoyándose en el tronco de una guama, me dijo:

—Mire, Juan, usted debía quedarse aquí conmigo. Sembramos esa tierrita que a usted le gusta y no se ocupe más de ella. Yo me voy sintiendo cansao.

—Pero yo estoy tullido, don.

—Eso es asunto de días, y yo no le hablo pa' de una vez.

—Es que, mire, a la verdad, yo me cansé de trabajar para otros. Ahorita me caen los años encima y voy a llegar a viejo sin un bohío.

Amézquita sonrió con pena.

—Así quisiera yo que me cayeran a mí. Con esos bríos suyos me tragaba el mundo.

Me recogí en mí mismo. No sé por qué me pareció ver en lo que decía una alusión a mi aparente indiferencia por Rosa. El viejo creía que yo estaba desperdiciando la mejor oportunidad de mi vida, y no podía él darse cuenta de que si Rosa no hubiera sido hija suya habría cargado con ella y hecho renuncia de lo que él pudiera dejarle. Dije:

—No lo piense, don. Mucho agua sucia he tenido que beber en el rato que he vivido.

—Talvé. Hay gente asina, que envejece pronto. Dicen que cada uno tiene cara de cada uno.

—Sí, don. El corazón de la auyama sólo lo conoce el cuchillo.

Él estuvo un rato callado; después lamentó:

—Si Dios me hubiera dado un hijo como usted...

Esa simpleza me causó un efecto desgarrador. Me dejé dominar por la lástima y le dije:

—Pues hágase de cuenta que lo tiene y trátame como hijo.

Pero el viejo entendió mal. Los ojos se le llenaron de luz y sonrió como nunca antes lo había visto sonreír.

—¿De forma que usted y Rosa...? —comenzó a preguntar.

—No, viejo; como amigos —atajé yo.

La expresión del viejo Amézquita cambió en segundos. Se quedó mirándome con ojos profundos, y después le vi en la cara todas las gamas del desconsuelo hasta que en el fondo de sus pupilas quedó fijo el vago resplandor de la tristeza. Aquello me apenó en tal forma que sólo podría explicarlo diciéndome que había causado un desengaño a mi propio padre. ¿O era que yo quería a Amézquita como si fuera mi padre?

De ese mal rato me salvó el viejo Vinicio, que llegaba a tratar un negocio con Amézquita. Me pareció muy joven para ser el papá de Inocencio y hasta más simpático de lo que merecía el animal de su hijo.

A partir de esa conversación la vida se me fue amargando. De noche, sobre todo, me ponía a calcular el alcance oculto de los silencios y los gestos de Amézquita, el valor que les daba a sus palabras cada vez que se dirigía a mí. Trataba de adivinar el desarrollo de los acontecimientos y sufría de antemano por el dolor que podría causar en aquella familia. Notaba con disgusto que Rosa se esforzaba en agarrarme, y en la difícil situación en que me había colocado mi propia duda, eso me llenaba de indignación. A menudo culpaba a Rosa por lo que Inocencio había dicho en la

pulpería, como si la pobre muchacha hubiera sido la instigadora de tales habladurías. Llegué a pensar que ella coqueteaba con Inocencio, le daba esperanzas con algunos gestos y luego lo mortificaba haciéndole creer que su preferido era yo. Me decía que Rosa era una de esas mujeres a las que les gusta sentirse celadas y centros de tragedias.

La duda trabajaba con rapidez en mi pecho y poco a poco fui sintiendo que todo se me hacía extraño, que repelía a las gentes y las cosas, que había a mi alrededor una inexplicable hostilidad que al principio surgía de mí e iba hacia los demás y después rebotaba de nuevo en mi alma, llenándome de inquietud y malestar. Empecé a echar de menos mi vida de antes, mi vagabundear sin rumbo, aquella posesión de mí mismo que tan feliz me hizo en una época. «Antes —pensaba— alquilaba mis brazos y los recuperaba cuando quería». Me decía: «Ahora estaría por las vueltas de Bona cortando madera». O simplemente me veía a mí mismo en un camino, sin pasado y sin futuro, gozando de un presente corto pero mío, de un presente maravilloso, lleno de todo aquello que admiraba y quería en mi tierra —el paisaje, la honda esencia propia, el sentido viril, el infatigable espíritu de producción— y eludía lo que me hacía sufrir, la miseria y la ignorancia de los demás.

Ese movimiento de repulsa se hacía cada día más fuerte, ganaba cada vez más terreno en mi alma. Llegué hasta a reaccionar con disgusto a las frases agradables de Amézquita y a las coqueterías de Rosa. Sólo me encontraba bien con Pancholo, con Remigio, con los otros peones. Les oía charlar, los veía trabajar sin descanso y me sentía ajeno a las asechanzas contra mi libertad.

Pero el diablo no duerme, según dicen, y si lo hace es caminando. El diablo arregló las cosas de tal manera que me resultó imposible abandonar la casa: el viejo Amézquita enfermó y se fue agravando poco a poco, al punto que nos vimos metidos en el mal trance sin que ninguno lo viera llegar. Y yo no podía dejar al viejo Amézquita cuando él no servía para nada, porque hubiera sido cobardía y deslealtad.

La enfermedad se presentó con dolores en el pecho, al amanecer de un lunes; en la noche Amézquita respiraba con dificultad y yo no arreglé la hamaca porque amanecí sentado, en espera de que me necesitaran. El martes el enfermo estuvo débil, con algo de fiebre; el miércoles deliraba y la fiebre lo sacudía en temblores, le hacía sudar y le hundía los ojos y las sienas. El viejo se quejaba y dejaba caer los párpados. Ese día, en la noche sobre todo, fue gente de toda la vecindad e innumerables mujeres a quienes yo no conocía estuvieron entrando y saliendo murmurando sin cansarse, preparando tisanas y rezando. El jueves temprano Amézquita me llamó. Hablaba con voz profunda e insegura.

—Ya falta poco pa' que esto se acabe, Juan. Si por mí fuera le pediría que me consiguiera el cura en el pueblo pa' morir en confesión.

Yo me hice el sordo y no le contesté. Trataba de mirar hacia cualquier sitio donde no estuvieran los ojos de Amézquita. Él me sujetó una mano por la muñeca.

—Vea, Juan, y tanto que me hubiera gustao verlo junto con Rosa.

No pude evitar el impulso y le clavé la mirada, una mirada que estoy seguro de que era fría y dura. El viejo tenía los ojos puestos en el vacío y por eso no notó nada. De pronto se llevó ambas manos al pecho y gimió. Trataba de hundirse en el esternón los dedos, oscuros y flacos. Parecía querer desgarrarse. Tosió y quiso hablar.

—Juan...

Por la puerta cruzó la sombra de Rosa. Sentí que de golpe el mundo pesaba sobre mí; el mundo todo, con sus arenillas y sus yerbas, pero también con sus montañas y sus ceibas. No podía resistir la angustia. Rosa, Rosa, Rosa... En lo profundo de mi pensamiento estaban ella y el viejo y Penda. Y cientos de caminos pardos que se cruzaban unos sobre otros. Me acudían a la mente recuerdos de la niñez, retazos de episodios que yo creía olvidados. Amézquita estaba ahí, junto a mí, muriéndose, y yo no podía retornar a mí. Rápidos, veloces, a galope tendido, desfilaron días y días por mi memoria; unos eran oscuros, otros eran claros, otros confusos.

—Juan...

Allí estaba Amézquita, una línea oscura y huesuda, de la que salía una voz pobre. Las mujeres de las cercanías hablaban y se oían voces de hombres. Amézquita acezaba, como si se asfixiara.

—Juan...

Pero yo no podía responderle. ¿Por qué había de responderle? ¿Por qué había de consentir que me lanzara en aquel pozo que se abría a mis pies? Rosa estaba en el fondo del pozo, llena de sonrisas maliciosas. Era agraciada, sí, y joven y saludable. Pero yo no podía, ¡no podía admitir que el moribundo me dejara amarrado! Comprendía que no debía hablar; que si decía lo que estaba sintiendo iba a matar al viejo, iba a precipitar su muerte, y no quería ser responsable de su muerte. Era para volverse loco.

Tal vez lo que estoy contando duró menos de un minuto, pero yo sentía que el tiempo se había detenido, que todo lo que se mueve en el mundo había dejado de moverse. Me volvía loco. Y de pronto, en aquella angustia una idea surgió del caos, una idea no buscada, no solicitada, una idea que fue como una luz en la noche cerrada.

—A usted le hace falta un poco de berrón —dije.

A seguidas, como un autómatas, me puse de pie y eché a andar. Me había agarrado de aquel pretexto sin darme cuenta cómo ni por qué. Crucé a toda prisa por entre la gente, aparejé un caballo que hallé en el patio y tomé al trote el rumbo de la pulpería. Todavía a la vuelta me sentía como sin voluntad de llegar, y confieso que no me daba cuenta de por qué retardaba la marcha del animal. Me daba asco reconocer, con miedo de mí mismo, que tenía la esperanza de que el viejo muriera antes de que yo llegara a la casa. Desde lejos, tratando de ver el movimiento de la gente, quise adivinar si había pasado algo. Pero todo parecía igual que antes. Y como si el destino escondiera una burla en la curva de cada minuto, el berrón que fui a buscar para no estar presente en el momento de iniciarse la agonía de Amézquita sirvió para volver

en sí al enfermo. Rato después de habérselo untado en la cara y en el pecho, el viejo dormía como un niño. Yo también tenía ganas de dormir. Busqué la sombra de un alero y eché una siesta corta.

Pasamos aquella noche en calma relativa. A lo lejos ladraban los perros mientras adentro rodaba el murmullo de las conversaciones sostenidas en voz baja. Algunos hombres galanteaban a las muchachas; el humo de los cachimbos y los cigarros llenaba las habitaciones; en la cocina hervían tisanas y hacían café.

Rosa aprovechaba cualquiera ocasión para acercárame. Iba a preguntarme futilidades, se movía como si fuera a sentarse en mi silla, y en una ocasión hasta me sujetó una mano. Con los labios lívidos y los ojos fosforescentes, su descuido y su palidez le daban un marcado aspecto de mujer sensual que no era corriente en ella. Yo procuraba mantenerme alejado.

En un grupo distinguí el rostro duro de Inocencio. Sus ojos me seguían como perros hambrientos. No le vi mover la boca una sola vez. Estuvo en el patio, entre mozos de su edad, y la luz de la cocina le enrojecía las facciones, dándoles mayor repulsión de la que tenían.

Temprano, cuando me convencí de que el viejo no daría sustos, me fui a dormir. Antes de sumergirme en el sueño oí la voz de Rosa, apagada y con un timbre extraño:

—Juan, Juan... ¿Adonde estará Juan, Marta?

No quise responder.

En toda la mañana del viernes nos sentíamos animados: el viejo parecía mejorar. Para mí aquello era la solución de mi tormento, porque la salud o la muerte eran puntos extremos y en ninguno de ellos cabía la duda, origen de mi angustia.

Nos envolvía un cielo nítido y el sol se mostraba jocundo, propicio a pensamientos de esperanza. Yo sentía que una felicidad suprema flotaba en el ambiente pero sentía también que a mí no me tocaba parte en esa felicidad. La quietud de la mañana, sin embargo, me fascinaba.

En la misma casa había paz. Había ido poca gente y Amézquita dormía tranquilamente, tal vez sólo molesto por el desacompasado subir y bajar del pecho.

¿Por qué veía yo aquella tranquilidad como cosa superficial? Me dije que debía estar nervioso por el mal dormir, el trajinar, el pensar, y me lo repetí varias veces, empeñado en convencerme. Pero no lo lograba. Veía aquel cielo alto y claro, aquel armónico y gentil movimiento de toda hoja, aquel fluir lento del día como algo lejano, casi de sueño, que sólo lograba adormecerme la piel. Para ponerme a tono con el día cogí maíz y estuve echándoselo poco a poco a las gallinas; recorrí el jardincito deteniéndome en cada flor y jugué con los perros como en mi olvidada niñez. Y de pronto, cuando correteaba entretenido a Rabonegro, oí a Rosa gritar mi nombre y llamarme.

Corrí. Ella estaba en la puerta, con un paño sobre la boca. La empujé y entré. Marta rezaba al pie del catre. Al viejo se le había llenado el rostro de huesos.

—¡El berrón, el berrón! —grité.

Toda alocada, en un revuelo de brazos, de faldas y de pelo, Rosa registró un rincón y se volvió desolada, mostrando la botella vacía. No perdí un segundo y corrí al patio.

—¡Pancholo, Remigio!

Nadie contestó. En una sombra de yerba que había junto a la cocina mordisqueaba un potro. Me dirigí a él corriendo y en medio de la carrera iba pensando: «Ya no lo salva nadie». Mientras le echaba el bozal a la bestia tuve tiempo de decir algo que le devolviera a Rosa la confianza. Salté sobre el animal sin aparejarlo y empecé a maltratar a talonazos sus costillas. Llegué rápidamente. Desde el camino grité:

—¡Antonio, pronto, berrón, que el viejo se muere!

Veía la pulpería en sombras y repetía ahogándome:

—¡Berrón, que se muere!

—Dios le guarde la suerte —rezongó una voz.

Al tiempo que me volvía, pregunté:

—¿Suerte? ¿A quién?

Todavía no lograba distinguir al que hablaba. Antonio Rosado destapaba la botella para que yo perdiera menos tiempo. De pronto le oí decir:

—No hable caballá, Inocencio.

Pero Inocencio no quiso callarse.

—A usted —dijo señalándome.

Mientras corría a montar, sin comprender claramente qué quería decir, insistí:

—¿Y por qué a mí?

Pero súbitamente vi claro. No esperé la respuesta. Como si la sangre se me hubiera vuelto llamas de pronto, me sentí arder por dentro.

—¡Hijo de mala madre! —grité al tiempo de atacar.

Él estaba armado de cuchillo, pero no lo había sacado. Al golpe le vi la cara echando sangre y los ojos enrojecidos por la ira. El piso resonaba bajo nuestros pies. Antonio Rosado maldecía a grito pelado. En un relámpago de tiempo eché el ojo sobre el cabo de un machete que descansaba en el mostrador. Tiré la mano, pero ya él había logrado sacar su cuchillo. Mostraba los dientes ensangrentados y soplaba como bestia. Sentí la punta del cuchillo en el hueso, sobre el omóplato izquierdo y, loco, como quien tala matorrales, lancé el primer golpe. El hombre se ladeó. Di otra vez, y otra más. La voz de Antonio resonaba en mis oídos:

—¡Lo va a matar, Juan; lo va a matar!

Entonces vi a Inocencio doblarse, cubrirse el rostro y caer. Me asomé a la puerta. Los objetos se me confundían. El cielo, los árboles, el camino: para mí todo se movía en una danza vertiginosa. Corrí. No recordé que andaba a caballo y me fui a pie. Antonio Rosado daba gritos:

—¡Corran, que malogaron a Inocencio!

Caminé hora tras hora, dando rodeos, y cuando el sol clareaba, antes de que reventara la mañana, había alcanzado el fundo de Nisio Santos. El trillo terminaba ahí

y a nadie iba a ocurrírsele buscarme donde el viejo Nisio Santos. Era un negro serio, silencioso, muy estimado por sus amigos. Lo llamé desde la tranca. Tardó en salir. Un perro blanco empezó a alborotar.

—Muchacho, soñando contigo ‘tuve anoche. Quién me lo diba a decir.

—Corté a Inocencio el del viejo Vinicio —dije a manera de explicación.

—Dentra y siéntate. Eso le pasa a cualquier hombre, no te apures.

La mujer de Nisio Santos no podía levantarse. Ellos eran solos, porque los dos hijos se les habían ido al pueblo. La vieja tenía medio cuerpo paralizado.

—Ay jijo —comentó al verme—. Dichosos los ojos. Mira que hacía tiempo que no sabíamos de ti.

Hablamos de su enfermedad mientras Nisio bregaba con astillas de cuaba en la cocina.

El bohío era pequeño, sucio. No comprendía uno cómo podía resistir las inclemencias del tiempo. Una gallina estaba echada en un rincón. Afuera se mecían los plátanos al aire de la mañana.

El viejo hablaba con voz monótona, respondiendo a una petición mía:

—Yo casi no resisto camino largo, y menos hoy, con este anuncio de agua; pero un servicio no se le niega a naiden, muchacho. Horitica salgo yo pa’ Penda. Asina no habrá lugar a que piensen que tú andas por aquí.

Yo le oía y veía sus desnudos pies, grandes, de talones cuarteados. Ya estaba abrumado por los años. Se movía con lentitud y chupaba su cachimbo como adormeciéndose. Me pidió que le hiciera su sopa a la vieja y que le terminara un desyerbo en el plantel, si no llovía. El perro le acompañó buen trecho, moviendo alegremente el rabo.

El fundo estaba metido en pleno monte. Se oía el susurro del viento entre los troncos cubiertos de bejucos. Las hojas de plátanos resonaban con la brisa como puertas que se abrían y se cerraban de golpe. Silenciosa, la vieja dejaba pasar las horas prendida de su cachimbo de barro.

Cansado como me hallaba, quise esperar un rato antes de ponerme a desyerbar. Me tendí sobre un banco estrecho, frente al fogón, y cerré los ojos. Sin explicarme por qué, tenía una sensación de seguridad que me hacía mucho bien. Echado en la puerta de la cocina, el perro blanco se adormilaba y las moscas se le posaban encima.

Poco a poco fui sintiendo los ojos duros y empecé a perder el dominio de los sentidos. De pronto vi a Inocencio tendido a mis pies con la cabeza machacada, sin rasgos humanos. Yo caminaba y adonde iba, iba aquel cuerpo de cabeza deshecha. No se movía, pero no me abandonaba. Yo cruzaba el potrero de Amézquita. La noche era oscura y llovía a cántaros. De todo terrón, de todo tronco salía una mano. Yo lograba escapar por pulgadas de ventaja. Llenando el potrero resonaba la voz de Antonio Rosado: «¡Él fue, él fue, él fue!». Rosa se hincaba frente a un soldado de rostro repugnante y lloraba hablando: «Le doy lo que usté me pida si lo perdona». Yo no podía con mi terror. Gritaba desesperado, corría ladeándome, huyéndoles a tantas

manos. Blandiendo un machete afilado, el viejo Nisio Santos clamaba: «¡No le pongan la mano, no le pongan la mano, sinvergüenzas!». Seguía la noche negra, tan negra como si hubiera sido sólida. Vi una mujer cruzar el potrero, apartando la yerba con unas manos blancas y gentiles. De pronto aparecí a la puerta de Amézquita. Había mucha gente, un catre en la sala, y alrededor, cuatro velas en sillas, y Rosa tendida sobre el catre, llorando. El viejo Amézquita surgía de entre las sábanas blancas, me miraba con ojos hundidos y horrorizados, y me decía: «Tú fuiste, tú, yo lo sé». Yo empecé a gritar: «¡Yo no, yo no, yo no!». Entonces Pancholo y Remigio rompían en una risa a la vez sonora y tenebrosa, una risa tan estrambótica que ahogaba todos los ruidos. No sé por qué me hallaba con ellos jugando brisca al tronco de un caimito. Hacía mucho sol y a la vez era noche cerrada. Jugábamos, y al volver los ojos tropezaba con Inocencio a mis pies. Allí estaba, con la cabeza hecha trizas. Encolerizado por su injusta persecución, yo le escupía el vientre y el muerto lloraba lleno de amargura. Eso me causaba terror. «¡Juan, ahí vienen; huye, Juan, que ahí vienen!» —gritaba Marta—. Yo no podía huir. Quería moverme y estaba clavado en el suelo; deseaba dar voces y había enmudecido. Rabonegro empezó a ladrar en forma desesperada.

Alcé la cabeza. El perro blanco de Nisio perseguía un hurón, llenando el patio de ladridos. Tardé en recobrar me, lleno de miedo cerval. De pronto no comprendí dónde estaba, y veía la cocinita negra, el bohiucho pobre; vigilaba los alrededores y me parecía estar acechando el silencio. La vieja tosió en su habitación. Entonces me hice cargo de dónde estaba y me apresuré a reavivar la candela, que ya se consumía.

Después me puse a buscar los ingredientes de la sopa; registré macutos viejos, rincones y barbacoas; en parte alguna hallé con qué hacerla. Había unos granos de sal en una higüerita, pero ni manteca ni ajos ni otra cosa para condimentar. Salí al patio, recogí unas mazorcas de maíz y en un plantón raquíptico encontré unos rabos de yuca. Más que sopa, lo que hice fue un caldo pobre, que a nada sabía; sin embargo la vieja estuvo tomándoselo con placer y cuando terminó dijo que hacía tiempo que no comía sopa tan sabrosa.

Yo estuve un rato mortificado mientras ella tornaba a chupar su cachimbo, con los ojos perdidos en el techo. No sabía si sus palabras eran sinceras o si las dijo para no echarme en cara mi ignorancia. Lo primero me impresionaba por la miseria que hacía sospechar; lo segundo, por su generosidad.

Esperando a Nisio, que anduvo ligero, entró la tarde. El viejo llegó silencioso, preguntó por su mujer, fue a saludarla y después se metió en la cocina. No se había quitado el sombrero. Estuvo un rato acariciando al perro. Yo trataba de adivinar qué iba a decir. Sus gestos pausados y nada extraordinarios podían encubrir una noticia mala o una buena. Al cabo habló.

—Eso del muchacho de Vinicio es caballá. La gente creía que diba a salir guapo, pero yo sabía que no.

A la verdad, yo no estaba nervioso, o creía no estarlo; pues si no lo estaba, ¿por qué había soñado lo que soñé unas horas antes? Pero si tenía una falta de acomodo interior, creía que la causa no era que hubiera herido a Inocencio sino haber sido violento con él; que él me hubiera sacado de mi decisión de no ser violento. Me producía rabia pensar que él me había obligado a herirle. Era bruto el condenado, bruto y odioso. Rosa no tenía nada que ver en eso; ni siquiera pensaba en ella. Era sólo Inocencio, sólo él y yo.

—Le diste sus buenos golpes, pero de plan, no de filo. Agora, que cuando te sintió hombre, se aflojó. Y como tú le sacaste sangre... una cortaíta; cosa de na'. Me dijeron, y te lo digo como me lo contaron, que el taita le dio su pela por blandito.

—¿No está grave, entonces?

—¿Grave? Esos porquerías ni an se mueren, muchacho. Y yo no sé, porque pa' la falta que hacen en mundo...

—Yo creí que... Usté no sabe la alegría que siento.

—Caballá, muchacho... ni an herido... Tú puedes dirte a Penda, si te da la gana; pero si quieres llevarte de mi consejo no vayas. El Inocencio ése no saldrá guapo, pero alevoso sí. Lo mejor es evitar. Cuando no hay más remedio se para uno a pelear. Yo creo que tú no tienes nada que buscar en Penda, asina que...

—Sí, tengo que ir donde el viejo Amézquita.

—¿Amézquita? Enterrao 'ta ya. Hoy mesmo lo enterraron.

«Hoy mesmo lo enterraron, hoy mesmo lo enterraron». He oído esas cuatro palabras mil veces, más de mil veces, y ahora mismo estoy oyéndolas. La noche anula las líneas del camino y borra los perfiles del monte. Cantan las ranas y algunos cocuyos se encienden; los perros ladran en hileras, uno aquí, otro más lejos, otro perdido en la distancia. Camino. Arriba asoma una que otra estrella entre nubes densas y lentas.

He dejado atrás el trillo que lleva al fundo de Nisio Santos; he dejado atrás los primeros bohíos de Penda; y camino, camino. Como en la noche de mi vuelta a la casa de Amézquita, pienso en Rosa. Ahora es huérfana. Estará con Marta. El caserón le parecerá grimoso y oscuro.

También pienso en Amézquita. Lo veo huesudo, con los ojos agrandados, agarrándose el pecho. «Hoy mesmo lo enterraron, hoy mesmo lo enterraron». Imagino la hora del desenlace. Ocurriría cuando yo estaba luchando con Inocencio en la pulpería, Rosa gritaría desolada y las viejas del lugar debieron llegar a toda prisa. La noche del velorio —anoche— Rosa se pasaría el tiempo preguntando al sesgo por mí; le contarían lo de Inocencio y lloraría la desgracia a la vez que la muerte del viejo. Me parece verla con su negro pelo descuidado, los ojos hinchados y la nariz roja de llorar. En el velorio habría gente de todos los lugares vecinos; los hombres contarían cuentos y las viejas cabecearían sueños entre los rezos.

Camino, camino... Arriba siguen amontonándose nubes negras. Si no estoy equivocado debe faltarme poco para llegar a la pulpería. Llamaré a Antonio Rosado y

le preguntaré. Aunque no; es mejor que nadie sepa mi paradero. A lo mejor es una trampa lo que le han contado al viejo Nisio Santos. Bueno, no puede ser trampa, porque nadie sabía que yo estaba en su casa.

Me gustaría hablar con Antonio, oírle decir algo. Es buen amigo y con seguridad no me delatará. Decía: «¡Corran, que desgraciaron a Inocencio!»; pero no decía quién lo había cortado. Quizá hasta esté un poco alegre por lo que la haya pasado a Inocencio.

Camino, camino... ¿Cuándo se desplomarán esas nubes que ya cubren el cielo? Creo reconocer el sitio por donde voy. De ser éstos los cacaotales de don Vinicio, estoy al alcanzar la pulpería. Sí, son ellos. Ese árbol, aquí, a mi izquierda, es un roble desramado. Ahí está la pulpería; es ese bulto cuadrado. Llamaré a Antonio. Pero ¿y si hay gente con él? ¿Quién? Tal vez una mujer; nadie sabe... El perro ladra furiosamente; parece que va a reventar ladrando. Acorto el paso. ¿Llamo?

Ya estoy frente a la pulpería. Debería detenerme y llamar. Pero no lo haré. Ahora no quiero devolverme. Antonio estará durmiendo. ¿Serán las doce? No, quizá sea un poco más tarde. Es imposible saberla hora exacta. De noche se camina más despacio porque apenas se ve por dónde se anda. Además, esta vez no hay estrellas. Las nubes crecen y se confunden allá arriba.

Camino, camino... A ratos no pienso; sólo me esfuerzo en mirar. ¿Alambres? Los tiento y digo: «Tierra de Amézquita». Tierras de Amézquita. ¿Por qué no me conmueve pensarlo? Toda la que tenía la ha cambiado ahora por un hoyo estrecho. ¿Cuándo comenzará a pudrirse? Dicen que alguna gente no se pudre; depende del terreno y quizá hasta de la causa de la muerte. Pero Amézquita... Amézquita se pudrirá pronto. Murió flaco. Quería dejarme atado a su hija. ¡Ah el viejo Amézquita! Era buen hombre, no cabe duda; pero quería atarme a su hija.

Rosa debe estar pensando en mí. ¿Llorará? Su vida ha quedado dislocada de golpe. ¿Quién iba a decirle que sucedería todo esto? La vieja Marta rogaba: «Quédese aquí con nosotros, Juan». Bien: ni el viejo ni yo. Nadie puede prever el futuro, y a veces llega lo que menos esperamos.

Camino, camino... La brisa ha cambiado y es ahora viento de agua. Voltijea entre las copas de los árboles; zumba, gira, arranca hojas. No tardará en llover.

Toda la noche suena, canta. Del mismo corazón de la tierra parece levantarse un rumor de vida. Veo los arbustos doblarse, mecerse; ojeo hasta que me duelen los ojos; extendiendo el brazo para evitar tropiezos. «Amézquita no está; ha muerto» —pienso—. Se lo llevaron esta mañana por este mismo camino. Todos los campesinos de por aquí se pondrían ropa limpia —«su muda limpia», como dicen ellos—, y sin duda vino don Rogelio el del Palmar en su mulita. Buen paso el de la mulita.

Camino, camino... Oigo a mi espalda el ronroneo de la lluvia; distingo el ruido peculiar de las gotas sueltas que caen en las hojas. Apuro el perfil de los árboles que la rodean. Inesperadamente el corazón me salta. Sí, ahí está la casa. Siento que las manos se me enfrían. El aguacero viene cantando a mi espalda. Corro. Rabonegro

ladra, se enfurece, estruja su cabeza con mis piernas. Busco el alero. Me siento frío y lucho contra la impresión. La lluvia está lavando ya el techo de la casa.

El perro se echa a mis pies. Yo me doblo y acaricio su cabeza. Llueve intensamente. Me siento mojado en un brazo, en un hombro. Me pego más. Silencio. Ahora, al conjuro de la lluvia me va invadiendo una tristeza inexplicable. Debe ser mucho más de medianoche. Quizá en algún lugar distante estén celebrando una fiesta. Esta lluvia se irá filtrando poco a poco hasta mojar el ataúd de Amézquita. Los bohíos, pobres y miserables, están cerrados. Yo tendré que trabajar mañana, como ayer, como siempre; y no yo solo: también los miles de seres humanos que viven en esos bohíos miserables. A esta hora hay mucha gente cobijada por un techo de zinc, de yaguas o de cemento; unos estarán durmiendo junto a sus mujeres, otros junto a sus hijos, otros con sus padres y sus hermanos. Yo estoy aquí, bajo un alero, acariciando la cabeza de Rabonegro. ¿Estará Rosa pensando en mí?

La lluvia arrecia. Las ideas tristes, los pensamientos dolorosos nacen en tropel no sé dónde, y me angustian. Oigo el viento pasar por entre los árboles.

¡Solo, solo! ¿De qué me sirve mi libertad ahora? Tal vez enferme, quizá caiga herido un día, golpeado por un tronco o macheteado por cualquier Inocencio. Rosa está aquí, y acaso no duerma. Su catre estará caliente. ¿Por qué no llamar, por qué, si ello asegura mi porvenir y calma mi soledad de hoy?

Voy a llamar. Bastará con que dé un golpe en la puerta y diga su nombre. Ella estará despierta, quizá esperando esto mismo, que yo la llame. La vieja Marta se alegrará de que vuelva; estoy seguro de que se alegrará.

Rabonegro gime entre mis pies. La lluvia decrece por un momento; es menos ronco su canto en el techo. La brisa pasa ahora menos sonora, más suavemente.

Oigo una tos. Estoy seguro de que es ella. Me presiente y no duerme. A seguidas, una voz:

—Marta, Marta...

Me llega el murmullo de la respuesta, pero no distingo las palabras. A poco, otra vez Rosa:

—No es el perro, Marta; es gente.

¿Gente? Ha querido decir «Juan». Levanto la mano. Fugazmente, la imagen de Amézquita pasa por algún lugar de mi cerebro. Lucho. Tengo la mano levantada pero lucho. Su catre estará caliente. ¿Y mi libertad, mi libertad? No puedo más, ¡no puedo más con mi duda! La lluvia torna a arreciar. Es un golpe de agua y viento el que se acerca. El camino estará parido de charcas y lodazales, y aquí hay cama, casa, afecto.

Creo que voy a ahogarme. La voz se me aprieta sin haber salido; me ahoga como piedra metida en la garganta. Decididamente, no puedo más, ¡no puedo más!

Y me lanzo al camino, por cuyos desniveles corre raudamente el agua sucia.

Más cuentos todavía

Aparecidos en publicaciones periódicas entre 1933 y 1938.

El abuelo

I

Mi abuelo era un hombre adusto, hecho al silencio majestuoso del campo. Alto y flaco; calvo; amplia la cara; tostado el color, tenía una expresión ruda, que le imponía donde quiera. Le disgustaba afeitarse, y cuando lo hacía era para deshacerse de una barba ya abundante y espesa. No tenía un solo pelo negro, ni en la cabeza ni en el rostro. Sus ojos eran oscuros, y los párpados caían sobre ellos cerrándolos, de tal manera, que tenía que usar esparadrapos para mantenerlos abiertos. Se le habían relajado los músculos, decían los médicos.

La nariz roma, alta y grande, cobijaba una boca ancha, fina, generalmente encogida por cierto gestecillo agrio, que le hacía antipático. Unas arrugas profundas le hundían la cara desde cerca de los ojos hasta el filo de la quijada. Las orejas, negras por el sol, demasiado grandes, producían impresión de agresividad y de desamparo, junto al cráneo pelado y brillante.

La cara del abuelo denunciaba la intensa vida interior de aquel silencioso. Después del rostro, lo más expresivo eran sus manos, manos magras, huesudas y largas. Las movía siempre, siempre; ya golpeando con los rudos dedos el brazo de la mecedora, y estrujándose las manos con ellas, como quien exprime para extraer algún pensamiento doloroso.

Doblado por los años, pero alentado por una arrogancia que le ardía bajo el cráneo y en el corazón, se ponía en pie poco a poco; se erguía; tiraba los brazos como cosas muertas, y sólo vivían en él la mirada, más fogosa cuanto más cerrados los párpados, y las manos, que aun quietas parecían ensayar vuelos, como pájaros presos.

Abuelo caminaba de manera pesada, arrastrando los pies, eternamente calzados por finas pantuflas de piel. Uno recibía la impresión de que se iba agarrando, sujetando, tirando de sí mismo; pero no era así. La voluntad de aquel hombre le halaba, le obligaba caminar cuando ya el cuerpo se negaba a hacerlo, cuando los huesos, secos por los años, le chirriaban bajo la piel encogida.

Hijo de marinos, nació a bordo de una fragata en las aguas del Miño. La orfandad le desgajó del tronco, estando todavía con media vara de carne; pero su memoria robusta alcanzaba hasta su padre, que debió ser hombre de horizontes desparramados y ancha voz de mando, a juzgar por el hijo.

Mi abuelo no encontró consuelo nunca, ni alegría, ni entretenimiento en nada que estuviera fuera de sí mismo. —Hombre sin gusto— le decían las hijas y los amigos. Ignoraban que se alimentaba con sus propias entrañas, y que para arder le bastaba con la inmensa hoguera que tenía en el pecho. Sólo sonreía al recordar. Le gustaba desenroscar historias, y tenía para contarlas una voz honda, gruesa, que parecía surgir

de algo perdido en tiempos muy lejanos. Hablaba sin moverse, levantando apenas la mano para subrayar una frase. Sonreía a los nietos, con sonrisa que en él tenía muy poco de grato y mucho de mueca.

—Papá Juan —le decíamos.

Y él se inclinaba tratando de ser suave; nos acariciaba; parecía dormitar mientras lo hacía, observándose a sí mismo, insatisfecho siempre, siempre consumido por aquella sensación de horizonte distante que le venía del marinero soterrado en lo hondo del ser.

Madrugaba mucho. Con los primeros cantos del sol resonaba su voz pidiendo café. En su casa, en la nuestra o en la de otra hija, donde quiera que durmiera cuando las exigencias de sus intereses le hacían pernoctar en la ciudad, exigía habitación apartada, a ser posible distante de la casa. Era que no podía dormir a menos que fuera en un silencio absolutamente muerto, en una oscuridad cerrada y total. La luz de un solo fósforo que se le asomara a una rendija le ponía en pie. No parecía sino que aquel hombre de vida tensa no dormía, sino que se encerraba en el silencio para estar más cerca de sí mismo, que solicitaba la oscuridad para verse mejor.

II

Papá Juan procreó hijos que después legitimó, y al casarse los llevó consigo al nuevo hogar. Su esposa era mujer pequeña, tonta y buena; se llamaba Vicenta, y aunque apenas tenía carne, la abundancia de las arrugas, así como la suavidad del cutis mareado, indicaban que debió ser gruesa. Un retrato de su matrimonio la representaba llena, pero no se podía confiar en las modas de entonces para juzgar la medida de una persona.

Al tal retrato se refería el abuelo en forma irónica, a veces despectiva. No era raro oírle decir, señalándolo:

—Así me engañaron: todo estaba por fuera, pero aquí, en la cabeza —golpeándose la suya—... nada.

Estaba la dichosa fotografía en la esquina media de un espejo dorado, Luis XV o algo así, de esos atravesados hacia la mitad por madera ornada de florecillas en relieve. Aparecían en ella, en primer plano, la tía Vicenta, con una cara plácida, vestida con más tela de la necesaria: blusa abombada, de anchas mangas, cubiertas éstas de arandelas de encajes desde el codo hasta la muñeca; más encajes en el cuello y sobre el pecho y al pie de la garganta, un prendedor que conservó hasta su muerte. La falda era enorme y redonda, plisada, recargada de vuelos; el peinado culminaba en moño aplastado sobre la coronilla y algunos gajos de cabello artísticamente sueltos sobre las sienes y la frente. La pose no podía ser más cursi: la mano zurda abandonada en el seno de ese lado y la derecha en ángulo recto, sosteniendo un pañolito también de encajes. A su izquierda estaba papa Juan, con una cara grave,

austera y hasta preocupada. Ya para esa época era calvo, y su calvicie contrastaba con la ropa, juvenil y bien llevada. Vestía traje de paño negro, larga levita, chaleco del mismo color, alto cuello, chalina en lazo, fina como cordón de zapato; una leontina gruesa le atravesaba el pecho. Sostenía erguida la cabeza y la mano torpe en el bolsillo del pantalón, lo que le daba cierta apariencia elegante, de gran señor. El fondo de la fotografía lo componían una cortina pesada, que simulaba estar batida por la brisa, y una mesilla de juncos.

De las muchas cosas antiguas, llenas de seriedad y con no sé qué de sabor tradicional que adornaban la sala, lo que más me atraía era aquel retrato. Se destacaba en él la quijada cuadrada y voluntariosa del abuelo, la mirada fija y escrutadora y sobre todo, aquel gestecillo agrio, desdeñoso, cínico, si se quiere, que tenía en la boca y que le daba aires de insolente; aquel gestecillo que le hacía aparecer como un protector de la mujer que estaba a su lado, pequeña y cursi.

Tía Vicenta era lo que su retrato decía; y lo peor no es que lo fuera, sino que se proponía ardientemente hacer que los demás pensarán y procedieran como ella. Aunque debió ser bella, ya que los ojos conservaban un color raro y atrayente, y el perfil no se borró del todo con el tiempo, su belleza debió estar exenta de sazón, de esa gracia y agilidad que presta el pensamiento andariego y que determina el entusiasmo. Era buena hasta la exageración, pero no a sabiendas; sencillamente, ignoraba el placer de ser mala, o el dolor, o el contento amargo y hondo de saberse una bendita. Para ella la vida no era sino una prueba de la que debía salir ilesa para entrar en la mansión celestial; y el modo de ganarse el gran premio consistía en rezar día y noche, santiguarse al levantarse, mascullar padrenuestros mientras barría; avemarías antes de comer, Dios te salves a media tarde, el rosario a la hora en que la noche se deja caer sobre la tierra como pájaro herido, y acostarse rezando para dormirse con el santo nombre de María entre los labios.

A principios de casada trató de ganar al abuelo para su causa, empleando medios dulces y lógicos en una luna de miel; pero después se fue agriando en sus argumentos y amenazaba a papá Juan con las llamas eternas del infierno por ateo, por blasfemo y por hereje. Poco a poco aquel espíritu combatiente de mártir se fue haciendo en ella una segunda naturaleza: regañaba y maldecía. Sólo al abuelo le temía, le iba cobrando un terror que no disimulaba, un miedo enorme que le subía desde su pobrecito corazón cristiano; miedo espoleado por las palabras duras o las chanzas hirientes de papá Juan.

La tía vivía entre temores celestiales, segura de que todo terminaría mal en aquella casa habitada por un espíritu malo, como el de su marido. Una amargura sin límites, que ella nunca hubiera sentido a no ser por su celo religioso, le hizo áspero el carácter, chillona la voz y los razonamientos cortantes. Convencida de que papá Juan era intratable, empezó a ejercer su influencia entre las hijastras y los servidores de la casa. Día a día, cuando la noche llenaba el mundo, recorría los rincones llamando con

acento irritante a cuanta gente hubiera, las reunía en círculo en la cocina o en su habitación, y empezaba sus rezos haciéndose corear los kirieleyson y las avemarías.

Abuelo, mientras tanto, metido bajo una radiante luz de gas, cruzadas las piernas, los codos en los brazos de la mecedora, tendidas las manos sobre un gran libro cuyas hojas acariciaba con exquisita ternura, calados los espejuelos, tocado con negro sombrero de fieltro, respirando con visible trabajo, humedeciéndose las puntas de los dedos con la lengua, pegada casi la cabeza a las letras y resplandeciendo por todo el rostro un contento verdaderamente animal, leía y releía la historia de España, *Las aventuras del Ingenioso Hidalgo* o los versos eternos de *La Divina Comedia*.

III

Don Juan Gaviño vivía en el Este, a donde llegó desde más allá del mar para crear una finca de caña. Un día atravesó la cordillera, buscó tierras fértiles y fundó casa en Río Verde. Era entonces hombre sereno, de absoluta serenidad, pero vivaz en el pensamiento y en la exigencia. Trajo a su mujer, Vicenta, que nunca le llamaba por su nombre, sino que le decía Gaviño a secas; con la mujer vino la hija del matrimonio y otras dos que había legitimado. La mayor de las tres, tenía apenas doce años, se llamaba Rosa, y era agraciada de rostro. El padre decía que no tenía buen juicio; la trataba con recelo de domador que no está seguro del animal que cría; pero como tenía bonita cara, bonitos ojos, cutis de rosa, según la expresión más socorrida, y además, una simpatía insensata, de ésas que no aprovechan, le cayó en gracia a la escasa gente de Río Verde, que empezó a quererla de inmediato. La segunda de las niñas fue bautizada por Angela. Desde que pudo expresarse denunció un carácter intransigente, obcecado y laborioso. Muy apegada al padre, la palabra de don Juan la sostenía en vilo y era para ella cosa sagrada. Tenía una ilimitada ansia de aprender a trabajar; lo aprendía todo, desde el guiso hecho con el consentimiento de la cocinera y a espaldas de la madrastra, hasta la simple costura ensayada en máquina de cadeneta. No era agraciada como la hermana, pero a medida que crecía le iba reventando el cuerpo en líneas macizas, esbeltas y llenas de noble gallardía. A los catorce años era una mujer, no sólo por la sazón del cuerpo, sino que también por la madurez del juicio, por la serenidad en el pensamiento y por su incansable laboriosidad. Sólo se le descomponía el buen tono cuando defendía sus conceptos sobre cualquier cosa, que eran primitivos, torpes y profundamente arraigados en ella. La madrastra, mujer buena y tonta, que nada sabía y sobre todo montaba cátedra, la hacía trabajar de la mañana a la noche. La muchacha lloraba en silencio los regaños y los golpes; pero aquella señora era quien ordenaba, y todo había de suceder según una disciplina establecida que, a su juicio, nunca debía quebrarse. Por eso no se quejaba.

La hermana Rosa tenía tendencias contrarias a las de Ángela; desfallecía por un traje de vivos colores, por un peinado atrayente, por esencia de turbador olor. Le

gustaba el baile, desdeñaba el trabajo, y aunque tenía mejor disposición para aprender la lectura y las lecciones de salón que su hermana, se descuidaba en el estudio y a veces en medio de una conversación le sorprendían lagunas de silencio que ella poblaba con ensueños de amados gallardos. A simple vista, Rosa, parecía, más comprensiva y más moderna; en realidad, lo que sucedía es que no tenía convicciones arraigadas.

Donjuán vivía observando, estudiando y acechando. Miraba a Rosa con el blanco del ojo y acariciaba a Ángela con el hueco de la mano. Las dos muchachas crecían bajo su celo; la hija legítima era apenas un montoncito de carne sin carácter definido. Él se sentía más inclinado hacia la segunda de las niñas, porque le escuchaba con más atención, porque no manifestaba ternura, como no la manifestaba él; porque se expresaba con palabras escasas y medulares, y porque le atendía con un cariño ciego y animal, constante, brusco y sincero. Poco a poco, todo su amor se fue concentrando en aquella muchacha tosca, un poco salvaje en sus ideas y muy dura al exponerlas; le fue molestando cada vez más la esposa, que tenía un aire vago de cosa no humana, que hablaba tonterías, chillaba mucho, rezaba más y que no podía fijar el pensamiento en lo que don Juan más amaba: los cuidados domésticos, el amor al hogar y la conservación de las tradiciones. Allí empezó él a tornarse más reservado, a salir en las primas noches, a expresarse casi siempre por monosílabos o comentando cada cosa con un refrán de añejo sabor o una frase célebre. A medida que pasaban los días, los comentarios si bien eran iguales, tomaron un aspecto de burla sangrienta. Era como la herida que rezuma los malos humores del cuerpo. Así, por ejemplo, doña Vicenta, que tenía letra enredada y mala, le dio cierta vez una carta para que él, que iba a la ciudad, le pusiera sobre y la echara al correo. El esposo escribió bajo la firma: «¿Entiendes, Fabio lo que voy diciendo? Mientes, que yo soy quien lo digo y no lo entiendo». Ese estado de ánimo fue siendo cada vez más visible, más descarado. La mujer, que no entendía aquello ni le hallaba justificación a tal proceder, le iba cobrando un miedo ridículo; y llegó el día en que no se atrevió a dirigirle la palabra sino a distancia y con voz asustada.

La pobre mujer estaba segura de que el demonio había hecho presa en Gaviño. Su desdén por la iglesia, los curas y los santos; aquella risa desencajada y tenebrosa con que parecía comentar su afán religioso; la expresión hosca con que recibía sus relatos de milagros: todo contribuía a aumentar la desazón de Vicenta.

En uno de los frecuentes viajes al pueblo, don Juan compró barajas y dominó. Cerca, a una voz de su casa, estaba la pulpería de Calderón. Allí empezó el marido a ir con las fichas en busca de compañero que jugara. Al principio regresaba temprano, a prima noche; cuando tardaba media hora más de lo regular, la mujer se desesperaba y presentía alguna desgracia. A poco ladraban los perros del lugar, roncaba la voz autoritaria de don Juan, y entraba silencioso, sin dar explicaciones y con cara de pocos amigos. Vicenta acabó por acostumbrarse a sus salidas.

Una noche, con la llegada del marido le pareció sentir olor desagradable, algo así como mezcla de sudor y orina. Muda, los ojos desorbitados, las manos crispadas y la quijada prieta, doña Vicenta se acercó al marido y le olió el pecho, lo más alto que podía alcanzar. El marido inició una risa desenfadada y molesta, medio insegura y medio involuntaria.

—¡Tú has estado bebiendo, Gaviño! —gritó la mujer tratando de ahogar la voz mientras retrocedía asustada.

La fisonomía del esposo, que había estado abierta, humana y fácil, se fue contrayendo, cobrando filos, mostrándose infranqueable; y cuando habló lo hizo con voz apagada, pero llena de mal veladas iras.

—¿Qué te importa que haya bebido? ¿Lo hago acaso a escondidas o con tu dinero?

La mujer, tragándose las lágrimas, gemía, sollozaba y murmuraba:

—Madre de Dios, madre de Dios, madre de Dios...

—¡Acuéstese! —rugía don Juan, señalando la cama.

Comenzó a desvestirse. En un rincón, frente a la imagen de la Virgen de los Ángeles, agonizaba una luz de aceite. El marido caminó lentamente, con la boca apretada; sopló, y una oscuridad definitiva se desplomó sobre ellos.

IV

A partir de aquella noche, don Juan tomó la costumbre de beber. No lo hacía en exceso, que nunca se emborrachó; pero se alegraba a menudo, llegaba a la casa reído, aunque dueño de sí, se burlaba de la mujer, inventaba chistes; o entraba mudo, reconcentrado, ajeno. Un día comprendió que el alcohol no le sentaba bien; desde entonces se abstuvo de beber tanto, aunque no le perdió el gusto: conservaba siempre una botella del mejor ron, que mandaba buscar al pueblo, y a medio día se servía uno o dos dedos. Pretendía que aquello le tonificaba, y hasta aconsejaba a la mujer que hiciera lo mismo. La mujer rechazaba tales insinuaciones como procedentes del diablo. Don Juan reía con aparente gozo.

En verdad, la vida era aburrida por demás en aquel campo olvidado. Cuando la noche entraba, un silencio de piedras se adueñaba de toda la comarca. Acaso cantaba un gallo; quizá ladraba un perro. Con largos trechos de tiempo entre sí, silbaba un campesino que volvía de casa de la novia o del juego de dados; campaneaban hierros de caballo enjaezado, sobre el que jineteaba un viajero retrasado... Aburrido y silencioso era aquel campo de Río Verde.

Los peones de la casa se reunían en la enramada o en la cocina. Contaban historias de aparecidos y de revoluciones. En el patio revoloteaban las hogueras y el resplandor del fuego en que hacían café iluminaba el respaldo de la vivienda, recortándola ante el camino en sombras.

Sentado a la luz de gas, las hijas cosían, la vieja rezaba y don Juan leía. Estaba suscrito a una revista española y a otra de agricultura.

Pero don Juan se cansaba. Le tentaba el deseo de ir a la pulpería de Calderón, donde había hombres con quienes hablar de esas cosas que no pueden decirse entre mujeres, y menos si son hijas; aquel sitio le atraía hasta hacerle poner en pie. Sin embargo, ya en la galería, mirando la noche cerrada de Río Verde, recapacitaba y se detenía. Apoyaba entonces ambas manos en el pasamano, aspiraba con deleite el aire oloroso, fresco y vivificante; se doblaba, plantaba los codos en la madera, metía la cabeza entre los dedos y pensaba. Pensaba en el pasado, porque él era, sobre todo, hombre de recuerdos. Le parecía que había cometido errores imperdonables, y que ellos le tenían ahora allí, abrumado por una vida monótona, imbécil y sin finalidad. Le ardió en el cerebro el ansia de ser hombre grande; se inclinaba a las letras; le gustaba la pintura... Pero...

Don Juan odiaba a los curas y a los santos. Era un odio que nunca procuró analizar, cuya procedencia ignoraba y además le tenía sin cuidado. Sin embargo, la verdad es que en aquellas noches donjuán se sentía capaz de haber sido un apóstol, un místico abrasado por extrahumana pasión. Le parecía que su vocación hubiera estado en el sayal, en el crucifijo y en el púlpito. Cerraba los ojos y se veía seguido por una multitud harapienta y delirante, que padecía sed, hambre y enfermedades. Él iba entre ellos, así, alto, flaco, la cabeza descubierta y levantada. Alzaba la mano, y la turba caía de rodillas, murmurando y clamando. Atrás, el sol enrojecido; delante, el camino pelado.

Don Juan se apretaba las sienes con los puños cerrados. De pronto, se figuraba caballero en fogoso corcel, la espada en la diestra, con la punta hacia la tierra. Arengaba a los soldados, entre el humo del combate, soliviantado por épicos ardores. Su voz tronaba con ronquido de cañonazos. Sin transición posible, imaginaba la escena muchos cientos de años atrás, en épocas de Constantino el Grande, combatiendo por un ideal desorbitado. En esos momentos veía claramente, como si la tuviera ante los ojos, la lámina que reproducía el momento en que el Emperador advierte la cruz de estrellas en el cielo y, formada con astros, la célebre leyenda: «Con esta cruz vencerás».

La vida de don Juan debió transcurrir en grandes escenarios. Dos vidas le hubieran abierto las puertas de la inmortalidad: el silencio y la palabra. Escogió la primera, se acostumbró a dejar sus ideas en la oscuridad y...

De súbito Juan volvía el rostro. Estaba allí, en Río Verde, dueño de una finca pequeña. Se comía los días y los días sin gloria alguna. Sí; aquello era Río Verde; y la mujer de cabellos grises que dormitaba en la mecedora, Vicenta; y las muchachas que cosían en silencio bajo la luz de gas, sus hijas; y el ruido de conversaciones que provenía del patio, lo producían sus peones que, agachados ante las hogueras, relataban historias de aparecidos y cuentos de revolucionarios.

Deshecho, sintiendo que el dolor le nacía entre los propios huesos, retornaba lentamente a la sala, haciendo sonar las pantuflas en el piso. Una amargura sin límite le ahuecaba el pecho. Pensaba, para consolarse:

—Si al menos hubiera escogido una tierra más rica donde vivir, un país más grande.

Tornaba de nuevo asiento en la mecedora, recogía las revistas que había dejado en una silla y tornaba a leer. La lectura le hacía sentirse en otro mundo; en parajes poblados por gentes distintas que pensaban y actuaban con fuerza atrayente.

A veces las revistas traían poca cosa. Entonces desesperaba aguardando el próximo correo, y enviaba recados al pueblo para cerciorarse de que no estaban olvidadas en un rincón de la administración.

Durante el día se distraía en sus trabajos; pero las noches le agobiaban. No se quejaba, no regañaba; estaba acostumbrado a tragarse alegrías y dolores. Caminaba por la casa con gesto huraño y egoísta, lo que producía desasosiego en la mujer, que era incapaz de comprenderle. Alguna que otra vez, cuando ya no podía más, llamaba a las hijas, las sentaba en las piernas y les contaba historias:

«... Y el Cid Campeador, que había vencido a todos los generales moros, y que tenía fuerzas descomunales, arrancó con su caballo hacia las murallas».

Se detenía, explicaba lo que era la muralla; describía el físico de doña Urraca... Cuando se cansaba decía, palmoteando:

—Vamos; a dormir ya, que es tarde.

En uno de aquellos momentos, don Juan recordó que en su escritorio tenía barajas; las había traído del pueblo, junto con el dominó. Se levantó, presintiendo que con ellas podría entretenerse y tratando de recordar los solitarios que había aprendido de la madre. Tomó el paquete entre los dedos, no muy seguro todavía. Al principio estuvo viendo las cartas, como si no las conociera; se detenía complacido en cada figura, contaba los colores, observaba las combinaciones de tonos. Estuvo así una hora larga; al cabo se fue al comedor y empezó a regarlas en la mesa. Cuando se levantó cantaban su desvelo los gallos; pero había descubierto que el solitario era juego interesante.

A partir de aquella noche no volvió a salir. Cierta vez envió a la pulpería por cigarrillo; la cajilla le duró una semana; la segunda dos días. A los dos meses consumía hasta tres de sol a sol.

En las barajas y en el tabaco ahogó su tormento. Cuando la noche asomaba por las puertas sus negras cabezas, tomaba una luz y se sentaba frente a la mesa.

Sólo se le veía mover las manos, que mecía con incansable afán y que se teñían de rojo con el reflejo de la lámpara. Encendía cigarrillo tras cigarrillo. Alguna vez se acostó porque ya no podía con el sueño, y aun en la cama, mientras se arrebujaba bajo las sábanas, calculaba que el solitario no le había salido porque había levantado primero el as de bastos, cuando le hubiera convenido levantar el as de copas. Le bailaban los números bajo la frente, y pensando en ellos se dormía.

Había vencido el tedio.

V

La cuadrilla estaba formada por seis o siete hombres que charlaban entre sí y se quejaban del frío. Don Juan Gaviño, flojas las riendas, dejaba caminar el caballo a su antojo para observar más a sus anchas cómo las mazorcas iban emergiendo en los troncos de los cacaoteros.

Había llovido mucho. La tierra se conservaba blanda, guarecida por las hojas caídas que ahogaban el ruido de los pasos. Con las aguas se hizo grueso el río, arrastró troncos y cieno; llenó los barrancos y roncó en los declives. Como una lengua voraz estuvo lamiendo las orillas de la finca y en tres días provocó tales derrumbes que trozos enteros de alambradas se quedaron al aire, colgando sobre los lodazales que dejó el río al retirarse.

Cuando el sol se asomó otra vez al mundo, luciendo entre nubes plomizas bajas, don Juan se fue a ver los destrozos y al amanecer del otro día reunió los peones y dispuso el remiendo.

Mientras miraba hacia los troncos y hacia los racimos de cafeto, don Juan pensaba en algo que le había sucedido la noche anterior. Le parecía haber soñado algo insólito y a la vez tonto. Recordaba sí, que el sueño se interrumpió varias veces y otras tantas empezó. Le molestaba no lograr encontrar aquello en su mente; le enfadaba sentir tal inseguridad. Pero a poco tiempo puso su voluntad allí donde había duda y concentró su pensamiento en el trabajo que le esperaba.

Los peones llevaban horquetas y alambre de púas, coas y martillos, clavos y grapas. A la zaga, meciéndose en las carreras y ladrando a menudo, iba Duque, el perro de la casa.

La sombra se hacía renuente bajo los árboles, y aunque el trino de algún pajarillo se caía desde los altos amapolos, un silencio agradable y liviano se escondía entre las hojas. A trechos, un rayo de sol lograba meterse por los escasos agujeros que le abría la vegetación y se posaba en el suelo con una gracia ingenua y pura de mariposa gigante.

Al final de las plantaciones entraron en una explanada. La yerba moza era allí vigorosa aunque corta, y algunos troncos quemados indicaban que habían hecho tumbas antes de las lluvias.

Conversando de cosas inútiles, comentando la fuerza de los aguaceros o la suerte de alguno en el juego, friolentos y reídos, los peones caminaban agrupados, con pasos cortos y seguros. Por lo general llevaban los brazos cruzados. Uno que otro fumaba, y uno que otro salía del trillo para arrancar yerbajos que se metían en la boca.

Donjuán llevaba en la imaginación el trozo de finca derrumbado. Veía el medio arco que el río había formado en su propiedad; las raíces desnudas, llenas de terrones

que se iban desmoronando; las piedras que rodaron hasta el centro del cauce; el lodazal allá abajo. Pensaba en qué haría para evitar esas incursiones fatales y se alegraba de no haber sembrado en el sitio hasta entonces.

Pero de repente, don Juan, que había olvidado la preocupación del sueño, tiró a toda muñeca de la rienda. El caballo alzó la cabeza, entre ruidos de hierros, la meció a ambos lados y clavó las pezuñas en tierra.

—¡Andrés! ¡Andrés! —llamaba el abuelo.

Todos los peones se detuvieron y volvieron la mirada. Andrés se desprendió lentamente del grupo.

—Vuelve, ensilla un animal y vete al pueblo —ordenó don Juan.

Había recobrado con absoluta claridad lo que soñara la noche anterior. El recuerdo le asaltó de pronto, cuando menos pensaba en ello. Tenía el cerebro completamente despejado, lúcido, cuando vio de nuevo la carta. Sí; eso era: una carta. Allí estaba el sello extranjero, azul y pequeño; la dirección, escrita en letra cursiva y cuidada.

Podía ser estupidez y hasta muchachada; pero don Juan estaba seguro de que la tal carta existía, y que, además, estaba en el pueblo. No cabía duda. Era tan cierto como que el río se había llevado la alambrada. ¿De dónde le venía al abuelo tal seguridad? No lo sabía. He ahí la única respuesta: no lo sabía.

El peón estaba silencioso a su vera.

—Llégate al correo y procura una carta para mí —dijo don Juan.

El hombre nada respondió, sino que entregó el martillo que llevaba a un compañero, y rompió a andar.

Don Juan arreó un animal. Se sentía contento. Era una alegría suave, inexplicable, infantil, que probablemente procedía del hecho de haber recordado el sueño.

Ya se oía el roncar del río. Tras los últimos árboles estaba el trozo de tierra comido. Don Juan hizo que el caballo apresurara el paso, ordenó alguna cosa a los peones y se engolfó en el trabajo.

El sol subía poco a poco y quemaba ya las espaldas de los hombres. A medida que se iba completando el remiendo, el abuelo iba pensando en la carta. Por primera vez en su vida había obrado a impulsos de un instinto ciego y desconocido. Le parecía a ratos que se acababa de comportar como un chiquillo o como ignorante, pero reaccionaba y se decía:

—Sin embargo, estoy seguro de que algún acontecimiento trascendental me espera.

Oscilaba entre este y aquel pensamiento, ajeno a la tarea, sin darse cuenta de que el tiempo se iba y se iba. La voz de los peones, anunciando el final, le sorprendió bajo la sombra de un memizo, preocupado en lo suyo.

Camino de la casa, mientras dejaba al caballo ramonear a las orillas de la vereda, oía, como cosa remota, la charla de su peonada. Venían sudados y conversaban como

en la mañana. La brisa húmeda del cacaotal refrescaba aquellos pechos desnudos y robustos.

El abuelo estuvo tentado de hablar con la mujer. Le contaría su desazón, le explicaría su incertidumbre y a la vez su convicción. Pero temió que ella no le comprendiera, y hasta le pareció oír las palabras con que comentaría tan inusitado asunto:

—Gaviño... Gaviño... ¿No serán esas cosas del Enemigo Malo?

Donjuán sonreía levemente mientras comía. Las hijas observaban aquella desusada beatitud del padre. Él pensaba: «Dentro de un rato llegará Andrés diciendo que no estaba la carta. Aquí me preguntarán todos qué carta es ésta. ¿Cómo les contestaré?». Y optó, si sucedía así, por guardar silencio o decir que esperaba noticias de un comprador de cacao que vivía lejos.

El comedor daba al patio y el patio estrecho terminaba allí donde el cacaotal empezaba. Por la ventana que tenía delante veía don Juan el sol y el limonero. El limonero era un árbol de copa cerrada, cuyas hojas, pequeñas y brillantes, tenían un color verde demasiado subido. La luz del día caía de hoja en hoja; de fruto en fruto. Hacía poco tiempo que él mismo había estado matando las hormigas que anidaban en el tronco.

—Pronto florecerá —dijo el abuelo en voz alta.

Las muchachas dirigieron los ojos hacia lo que hacía hablar al padre.

—Sí, pronto florecerá —repetieron.

El perro estaba allí, a su vera, sentado sobre las patas traseras, con la cabeza empinada, los ojos vivos y la boca entreabierta. Don Juan cortó un pedazo de carne y lo dejó caer entre los dientes blancos y puntiagudos.

Cuando hubo terminado de comer, siempre perseguido por la idea de que era un chiquillo, se puso en pie y tomó el camino del aposento. Don Juan dormía la siesta. Era una costumbre que nadie cortaba. En tiempos de lluvias y en tiempos de secas, con trabajo o sin él, con huéspedes o solo, jamás pudo sustraerse a ella. Su siesta consistía en un sueño corto; pero profundo. La hora que seguía a la comida era sagrada en la casa. Nadie hablaba, ni una sola voz se oía; se caminaba en puntillas, sellando los labios con el índice, recomendándose cuidados unos a otros. Hasta los perros olvidaban sus ladridos cuando don Juan descansaba.

Pero aquel día, mientras el silencio se adueñaba de toda la casa, y mientras don Juan pugnaba por dormir, el pensamiento tenaz, loco, burlón, le asediaba, le dominaba y le mortificaba. Estaba tirado en la cama, boca arriba, entrecerrados los ojos y las manos muertas, cuando oyó las pisadas del caballo. De un salto se puso en pie. Allí, en la galería, donde el sol ardido e inclemente calcinaba las tablas, esperó a Andrés, que se esforzaba en abrir la puerta de campo. Don Juan sujetaba las columnas de madera, entreabría la boca y miraba. Al fin, cuando el peón estuvo cerca, preguntó, en voz bastante baja:

—¿La traes?

Andrés, por toda respuesta, desabotonó la camisa, metió la mano en el seno y extrajo una carta.

Al extender el brazo, los dedos del abuelo se movían sin gobierno, como las hojas del árbol que el viento castiga.

VI

Cuando se volvió, pasado un rato, tenía todavía la mirada vaga y el pecho prieto. En el fondo de la sala, secándose las manos con un paño que llevaba envuelto en la cintura, la mujer le contemplaba, inexpresiva y asustada.

—¿Qué es, Gaviño? —preguntó.

Él tuvo deseos de mostrarle el sobre y decirle cualquier cosa; pero le anduvo por el cerebro la idea de que su mujer no era de este mundo. De súbito sintió, de manera palpable, casi como fenómeno físico, que se recogía otra vez en sí mismo, que se metía en un repliegue pequeño y cálido de su corazón, de ese mismo corazón que le golpeaba el pecho hacía un momento, igual que lo hubiera hecho un ave enjaulada con los barrotes de su prisión. De nuevo se le incendiaron de vida los ojos; sentía que acababa de tomar posesión de algo que se le estaba alejando.

Vicenta aventuró un paso corto hacia don Juan. Él observó la cara desabrida, las manos mojadas, el paño sucio en la cintura. Sonrió con desdén, cubrió el sobre tras su espalda y se fue.

Allí, frente a su cama, había una mecedora. En el comedor hablaban las muchachas y se oía la charla de Andrés, que desensillaba el caballo en la enramada.

Se sentó. Inesperadamente sintió que se espaciaba, que todo dentro de él se hacía ancho y a la vez débil, transparente. Apretó la boca. Por allá adentro le correteaban ideas descabelladas, fantasmas informes, imágenes de imposible expresión. En medio de ese caos, la carta permanecía fija, igual. Ahí estaba la infancia, cobijada por el padre, hombre fuerte, de barba, que nunca tuvo inquietudes. De pronto se sintió golpeado en la cabeza. Su madre le acariciaba y él lloraba sobre la falda, que era negra. Había también una fragata de palos y velas altos; y una agua ancha, ancha.

A don Juan le parecía que se le arrugaba el pecho y que el llanto le subía poco a poco, invadiéndolo todo, adueñándose de él.

Se puso en pie. Tenía la carta en la mano; la levantó, la miró al trasluz; la sopesó. Acodado en la ventana luchó por serenarse, por ahuyentar la angustia que le nacía. El paisaje se hacía escuálido bajo el sol.

—¿De quién será? —pensaba.

No se esforzaba en buscarle explicación a su emoción ni a su debilidad. Sabía que había soñado la noche anterior con aquel momento, y que desde entonces lo esperaba y le intimidaba su llegada. Sabía, además, que tenía que esconder su desasosiego,

porque nadie debía verle así. Él era donjuán Gaviño, donjuán, hombre austero, grave y seco. No se debía saber que él era capaz de emocionarse de tal manera.

En las ramas del limonero se acaba de posar un palomo. Venía desde la casa de Alonso, que vivía al otro lado del río. Aquél tenía el cuello grueso y la color parda. Don Juan le estuvo observando y lo siguió con la vista cuando voló al caballete de la cocina. Lleno de admirable discreción, el canto del palomo empezó suavemente, para irse haciendo precipitado poco a poco. Él le escuchaba, la frente puesta en la mano grande y descarnada. Cuando quiso cambiar de brazo se dio con la carta en los dedos de ese lado. Ni siquiera le sorprendió sentirse otro, una persona distinta, nueva; casi ni dueño de sí. La onda de emoción había pasado de prisa, removiéndole los más soterrados sentimientos, y se había ido tal como viniera.

Tornó a la mecedora, puso los pies en la cama y encendió un cigarrillo. Despacio, como si no se preocupara, empezó a cortar las orillas del sobre. Iba desprendiendo el papel con la uña del pulgar. Cuando hubo terminado metió los dedos y sujetó el pliego; pero al quedarle ante los ojos el lado escrito, se detuvo a releer la dirección. La mano que había trazado aquellas letras pertenecía a un hombre refinado, cuidadoso y limpio. Altos, finos, los signos se enfilaban en orden, a igual distancia unos de otros, en líneas rectas y paralelas a perfección.

En ese momento don Juan sólo tenía la curiosidad intelectual, puramente mental que sentía en general por todas las cosas. Se preguntaba a quién pertenecería tal letra, y hurgaba en su memoria tratando de buscar el dueño. En realidad, era empeño vano, porque desde que vivía en Río Verde sólo había recibido cartas de su hermana, que permanecía a orillas del Miño, en la misma casa donde nacieran ambos y donde murieran el padre y la madre. Por supuesto, comerciales sí había tenido muchas, infinidad; pero ésta no era de éstas. Se sentía, se podía hasta tocar la tibieza familiar o amistosa de la que tenía entre sus dedos. Además, había soñado con ella, y tenía la certeza absoluta de que aquel papel iba a tener importancia decisiva en su vida.

No sospechaba que nadie pudiera escribirle. Había echado ancla, como hubiera dicho su padre, en dos o tres corazones. Fueron muy escasas sus amistades, aunque seguras. Un hombre necesitaba muchas condiciones firmes para él brindarle su afecto, que siempre era eterno. Había querido entrañablemente al viejo Paco Méndez, un zapatero de mal carácter, que vivía en pugna con la humanidad entera. El viejo murió, y él mismo estuvo en su entierro. Era una persona rara, pero llena de virtudes. Don Juan le recordaba, pequeño, flacucho, barbudo y desdentado, echando maldiciones y salivazos mientras, doblado sobre el zapato, iba arrancando tirillas de cuero con la fina zambeta. Tuvo también otro amigo, hombre conversador, animado, vehemente, emprendedor y audaz. Se fue a Australia, y desde allí le escribió cierta vez una carta abultada, llena de párrafos entusiastas y calurosos. «He hecho dinero a montones» —le decía—. Seguía un relato largo, lleno de autobombos, en los que se llamaba a sí mismo atrevido, afortunado e inteligente. Le recordaba como al viejo

Paco, y le veía tal como era antes de alejarse: alto, grueso, rabio; eternamente reído y eternamente sudado.

La letra del sobre no era la del australiano; no. De eso estaba seguro. Súbitamente recordó a Antonio. Se le abrió la boca en una sonrisa infantil, ingenua, amplia. Extrajo la carta; extendió el pliego, corrió una hoja, otra, otra. Allí, al final, envuelta en rúbricas y garabatos, estaba la firma: Antonio. Le temblaban de nuevo los dedos; sintió pasos.

En la puerta, con los espejuelos sobre la frente y secándose todavía las manos, está Vicenta, la eterna, la dichosa Vicenta.

Revista Bahoruco

21 de diciembre de 1935 al 25 de enero de 1936

El astrólogo

Metida en el Atlántico, como una piedra caída de la isla, San Juan de Puerto Rico muestra sus viejas murallas españolas y sus estrechas calles del siglo XVI. Por esas calles va y viene la gente atareada. Hay un bullicio de colmena. Las tiendas ofrecen sus vitrinas atrayentes. Por donde quiera salta, azucarado, el decir español.

Una muchacha alta, fuerte, muy bien trajeada, cruza la acera y abre la puerta de un automóvil. Tiene cierta tristeza en los ojos negros y las líneas de su rostro son serenas, majestuosas.

—Aquí —dice.

Entra a un *beauty-parlor* y entrega sus manos a la manicurista, sin decir palabra. En el espejo luce su rostro levemente trigueño, dulce y triste. Una muchacha se dispone a arreglarle las cejas.

María del Pilar tiene baile esa noche en su casa. En el Condado, batido por las brisas del Atlántico, entre palmeras y flores, el lindo *bungalow* tipo español colonial, espera a los invitados.

Toda la tarde estuvo María del Pilar atendiendo a las llamadas telefónicas, trajinando, disponiendo arreglos. A las diez empezaron a llegar las primeras parejas. Junto con su madre, una señora digna, de cabeza plateada, María del Pilar recibía a sus amigos. Sonreía encantadoramente. Los hombres se inclinaban respetuosos a saludarla.

Algunas amigas comentaban entre sí.

—María del Pilar debe estar enamorada.

—Sí, la veo distraída.

La anfitriona, majestuosa y amable, hacía por entusiasmar a sus amigos:

—¡A bailar, a bailar!

—Pero si tú no bailas, María del Pilar —se quejó una.

—Es que estoy cansada, Juanita; y además, tengo que atender a los invitados.

Otra dijo que era muy duro el atareo de preparar una fiesta, y le dio la razón a María del Pilar.

—Sí, hijita debes estar deshecha.

Con las horas crecía la alegría. Las orquestas producían música tropical, sensual y amarga a la vez. Se oía, estridente, el quejido del cornetín, y, como un condenado, bramaba el timbal.

Del mar cercano llegaba un atenuado rugir. La brisa mecía los cocoteros. Más allá de media noche, un joven alto, atlético, vino a buscar a María del Pilar. Con suave elegancia se deslizaban por el salón de baile. Era una pareja magnífica. Las muchachas que descansaban, y hasta los jóvenes, estaban de acuerdo con una señora que aseguraba:

—Es la más bella pareja de todo Puerto Rico.

Con su largo traje blanco, escotado y adornado discretamente con piedras, María del Pilar iba y venía, llevada en brazos por su galán, y la brisa no tenía más gentileza que su cuerpo, que se mecía leve, delicioso.

—¿Y por qué no aceptará novio María del Pilar? —preguntó un joven.

Una de las muchachas habló sobre amores desgraciados. María del Pilar estuvo comprometida con un paisano, en New York. Él era de Ponce, y estudiaba en Columbia. Tenían fijada ya la fecha de matrimonio cuando apareció entre ellos una corista del «Chico» y enloqueció al muchacho. María del Pilar era orgullosa y no quiso disputar su amor con una mujer que consideraba inferior en varios conceptos. Le pidió a su papá que la trajera otra vez a Puerto Rico. Hacía ya tres años de eso. Ella no había vuelto a saber de su antiguo novio ni admitía que se lo mencionaran; pero todos sus amigos sabían que su inagotable tristeza partía de su tragedia de amor.

María del Pilar seguía bailando. Enloquecido, el cornetín se trepaba a los cocoteros y se iba a cantar sobre la mar ancha.

—Mañana, si aceptas, eres mi esposa —decía en voz baja su compañero.

Con la cara vuelta, maravillosa en su desdén, María del Pilar casi suplicaba:

—No me hables de esas cosas, Manuel; yo no puedo querer a ningún hombre.

—¿Recuerdas todavía a Eddy?

Mortificada por la indiscreción, ella le miró con ojos fríos, pero su compañero no se desconcertó.

—Oye, María del Pilar —dijo—, yo te ruego que no te molestes. Tú sabes que yo fui siempre un hermano para Eddy y que lo estimo como a nadie. Hasta cierto punto, y aunque yo haya pensado alguna vez en que yo podría brindarte una felicidad que no encuentras, te agradezco profundamente ese amor que guardas al recuerdo de mi amigo.

La música se iba ahogando.

—Ya sabes que no me agrada hablar sobre el pasado —aseguró María del Pilar.

La muchacha, de encantadora se había tornado fría. Manuel la tomó del brazo. Había cesado la pieza. Las muchachas empezaron a festejarles.

—Hacen ustedes una pareja encantadora —decían.

María del Pilar sonreía amargada. Comprendía la alusión y eso le molestaba. Manuel la llevó al bar; mientras tomaban un refresco, le dijo:

—Te quiero suplicar una cosa: que seas mi amiga y confíes en mí, María del Pilar.

Ella levantó sus tristes ojos negros y le miró agradecida. Manuel sonrió. Empezó a hablar de cosas alegres.

—Si tú quisieras, iríamos mañana a ver al profesor Heinlen. Es una cosa maravillosa. Yo estuve con mi hermana. Te dice el pasado, el presente y el porvenir. ¿Por qué no vamos?

María del Pilar se animó. Una luz infantil alumbró en sus ojos.

—Hombre sí; me gustaría probar eso.

—¿Mañana, entonces?

—No, mañana voy a estar muy cansada; pasado mañana.

—Vendré a buscarte a las tres ¿quieres?

—Sí, a las tres.

El lunes fue Manuel, pero a las tres resultaba muy temprano para María del Pilar. Estuvo arreglada casi una hora después. En Miramar, en un hotel elegante, vivía el profesor Heinlen. Manuel condujo a su amiga por un pasillo, y después entraron a una habitación adornada de negras cortinas de terciopelo. Todo estaba oscuro allí. En el fondo se adivinaban unos almohadones y una bola de cristal. María del Pilar casi no veía.

Esperaron sobre un cuarto de hora. Al fin apareció un negro gigantesco, vestido con calzón corto y desnudo de cintura arriba. Tenía un turbante blanco y los brazos cruzados.

—Un minuto —dijo en inglés, inclinándose hasta el suelo—. El profesor viene ya, señora.

María del Pilar se sentía sobrecogida. Miraba asustada a Manuel, que sonreía a su lado.

El negro tomó a la muchacha de la mano y la condujo hacia el fondo. Una cortina se levantó. María del Pilar apenas veía. Una sombra alta, envuelta en una manta, con turbante, surgió del fondo y avanzó. Ya más cerca, ella notó que tenía barba. El negro se inclinó otra vez e inició un canto profundamente impresionante. El mago echó polvos en un brasero, cerca de la bola de cristal, y el humo azulino llenaba la habitación. En frases ininteligibles, el profesor Heinlen empezó a rezar. Después se adelantó y dijo, con voz grave: —¡Sus manos!

Llena de miedo, María del Pilar quería huir. Temblaba. El mago puso esas manos largas y finas sobre la bola, le ordenó que se sentara y tomó asiento a su vez. Estuvo viendo la bola, silencioso, y después empezó a decir:

—Veo aquí una playa lejana; en ella hay un joven que habla a una mujer. Esa mujer es usted. Ambos parecen muy felices.

María del Pilar se asombra. La playa de que habla el mago debe ser la de Atlantic City y el hombre, Eddy. Rápidamente, el mago va evocando su vida pasada. Un hálito de felicidad suprema invade a la muchacha. Quiere ver a Eddy, desea verlo. Es necesario que lo vea.

—Enséñemelo, profesor. Yo quiero volver a ver su rostro —suplica.

Su voz ha cobrado un tono caluroso y un timbre vibrante.

—Usted lo verá —asegura gravemente el profesor—. Usted lo verá pronto.

María del Pilar cree que se ahoga.

—¿Verdad? —grita—. ¿Verdad?

—Sí. Pronto.

El profesor sigue hablando. Dice que ve otra mujer, abandonada. En el corazón del joven hay desprecio por aquella mujer a quien acusa de haberle alejado su felicidad.

—¿Cómo es ella? —pregunta angustiada María del Pilar.

—Rubia. La veo aquí en un *cabaret*. Baila.

María del Pilar respira. Quiere morirse de felicidad.

—¿Y el porvenir? —pregunta.

—El porvenir es claro. La veo a usted con ese joven, pero muy pronto. La veo en brazos de él, feliz.

—¡Manuel! ¡Manuel! —grita María del Pilar—. ¡Dice que me ve en brazos de Eddy!

Está tan nerviosa, que se denuncia.

—Usted lo quiere mucho —asegura el mago—; pero él la quiere más a usted y los veo muy felices a los dos.

—¿Usted cree que él me quiere?

El profesor no contesta. Mueve una mano hacia las cortinas y de pronto la habitación se llena de luz. Rápidamente, ante la asustada María del Pilar, el profesor Heinlen se despoja de la manta, se quita la barba y el turbante.

—¡Eddy! —grita María del Pilar.

Manuel acude pronto, antes de que caiga al suelo. Poco a poco abre ella los ojos.

—¿Y esto? —pregunta.

Manuel explica.

—La idea fue mía. Él me anunció que estaba en San Juan y me dijo que quería verte, y como yo sabía que tú no lo ibas a aceptar, dispuse esta comedia.

—Que ha terminado felizmente, como todas las comedias —agrega Eddy.

María del Pilar, sin levantarse, abre los brazos y gime:

—¡Eddy mío!

El negro medio desnudo empieza a recoger las cortinas de terciopelo, y el sol del trópico entra a raudales por las ventanas.

Allá lejos, el mar azul bambolea incansable.

Alma Latina,

San Juan, Puerto Rico, 11 de junio de 1938

Una jíbara en New York

—Amigo mío, usted ni siquiera puede pronunciar esa palabra. Diga «jíbara». ¿Ve usted? Nosotros, los sajones, no podemos adquirir esa gracia, esa ligereza de tono y sonido que distingue a los americanos de sangre española. Ni podemos tampoco —esto mucho menos, desde luego—, mantener esa fogosidad espiritual del latino, de ese hombre a quien llamamos aquí «hispano». Nosotros no lograremos comprender a esa gente. Se lo digo yo, que he vivido toda mi vida, desde niño, en los países del sur. Ahora verá usted, deje que se apague un poco el escándalo del *jazz*. A mí se me hace difícil hablar entre tanto ruido, en esta baraúnda. Estoy ya acostumbrado al grave silencio de la selva, del mar y de las ciudades hispanas. Espere, ahora voy a contarle. Pruebe este tabaco, mientras tanto; es cubano, vueltabajero, que es como decir tabaco de reyes. Bien, fume y óigame, que quizá pueda serle útil alguna vez esta conversación; por lo menos, si cae usted algún día en uno de esos países del sur, ya tiene usted unas líneas generales para comprender a su gente.

—Yo era un niño cuando la guerra contra España. Debo decirle, para empezar, que aquello no fue tal guerra. España estaba ya militarmente desvinculada de sus posesiones en América y en Filipinas, y sólo el indoblegable espíritu del soldado español pudo mantener esa hostilidad *sui generis* que tuvimos en Filipinas, en Cuba y en Puerto Rico. ¿No ha oído usted hablar de Vara del Rey? ¿No? Pues bien, ése es un episodio impresionante, pero no le hablaré de él ahora, porque perderíamos el hilo de la historia. Le decía que yo era un niño cuando estalló la tal guerra. A poco de establecerse la dominación americana en Puerto Rico, mi familia se trasladó allá; mi padre era oficial de reserva y valido de esa condición, y de ciertas influencias, consiguió una contrata de obras públicas. Así, yo, insensiblemente, me fui formando en aquel ambiente, donde la gente es un tanto primitiva, impulsiva y generosa.

Y ahora viene, amigo, mi verdadera historia.

—Nosotros vivíamos en las cercanías de Ponce y cerca de nuestra casa tenía una distinguida familia puertorriqueña una vivienda que utilizaba en ciertas épocas del año. Yo visitaba la casa. Me sentía un tanto enamorado de la hija, una muchacha pálida, tímida, de ojos y cabellos negros; pero nunca le dije palabra, porque no estaba yo entonces para cumplir promesas, sino para labrarme un porvenir, y no era justo, a mi juicio, que ya era medio hispano, entretener una mujer y llenarla de ilusiones para después decepcionarla. Una muchacha hispana no tiene del amor ese concepto pasajero y frívolo que tenemos nosotros. Si llega a quererlo y usted la abandona después, ha amargado usted toda su vida y hasta puede ser que ocurra una tragedia.

—Pues bien, en aquella casa había una cocinera criolla, una jíbara. No sonría. Esa palabra expresa una condición de criollismo, de persona natural del campo puertorriqueño, y también de la psicología especial de tal gente, un tanto huraña, conservadora y maliciosa, con alto sentido del humor y gran capacidad de sufrimiento. La «jíbara» tenía una hijita, de no más de seis años. Como todas las

mujeres de aquella isla, la jíbara era de líneas finas, de ojos brillantes y sensuales, de andar lento; y la hija anunciaba que iba a ser bella también. Se trataba de una niña vivaz, graciosa, pero triste. Impresionaba profundamente verla cuando ella creía estar sola. Entonces se quedaba inmóvil, con los ojos perdidos en una lejanía insospechada, con las manos en la cara y la boca caída. Ayudaba a su madre, y trabajaba como lo podría hacer una persona de años. A mí me entristecía ver a Juanita. Aquella serenidad no estaba bien en una niña. Pero dejé de verla. La familia se trasladó a la ciudad, como todos los años, y yo me fui a la capital de la isla. Después me tocó hacer un viaje a México, y tardé más de siete años en volver. A mi retorno encontré a la familia de temporada en la casa. La señorita se había casado ya y vivía en San Juan; pero la jíbara cocinera seguía allí. Muchas veces evoqué con cierta amargura los días, cuando, en la galería sombreada de enredaderas, veía el rostro pálido y dulce de la señorita, con su mirada lánguida; y oía su voz cadenciosa, que hacía agradable cualquier tontería que dijera. En la sala había un retrato suyo, del día del matrimonio. Estaba bella, sonreída, y sin embargo, como triste. Yo encontraba en aquella vieja casa un placer único, y me parecía ver la sombra de la mujer, medio amada en un tiempo, vagar pacientemente, silenciosa, por los pasillos y por la galería, o bajar a recoger sangrientas rosas, como hacía a menudo. Un día, súbitamente, recordé a Juanita.

—¿Qué es de Juanita? —pregunté a la jíbara.

Con su gracia peculiar, la cocinera me dijo que Juanita estaba con «la niña», es decir, la señorita a quien yo amara tiempo atrás; que vivía en San Juan, y que «la niña» la tenía a la escuela, donde estaba aprendiendo muchas cosas.

—Ya habla inglés, míster —dijo la jíbara, satisfecha del progreso de su hija. Si usted la ve no la conoce.

Y efectivamente, no la conocía cuando la vi. Juanita tendría quince años, a lo sumo, cuando me di con ella en San Juan. Yo había ido a la capital, en ciertas diligencias relacionadas con mi trabajo, y en la capital, que es una pequeña ciudad llena de animación y de color, de luz viva y de gracia española, encontré a «la niña». Ella andaba de compras y se conservaba pálida y tímida. Aunque habían pasado varios años, no la hallé cambiada. Desde luego, no era exactamente la misma. Me reconoció. Francamente, amigo mío, yo tuve una impresión muy rara al verla, exactamente como si me hubieran sorprendido haciendo algo incorrecto. Sentí que palidecía y que se me iba la voz. ¿Nunca le ha pasado a usted cosa igual? Bien, pues entonces le es difícil comprender eso. Tampoco yo lo hubiera comprendido antes de ocurrirme, antes de tener esa experiencia.

—Pero espere un momento. Usted no fuma y yo tengo sed; además, me molesta este escándalo. ¿Quiere usted que bebamos algo más? ¿Sí? ¡Mozo! Pida usted para los dos, amigo mío. Me zumba la cabeza con tanto estrépito. Sí, eso es; algo fresco. Muy bien. Thanks.

—¿Qué le decía? Ah, sí; que habían encontrado a «la niña». Después de la primera impresión, la oí invitarme a que la visitara. Y fui. Allí estaba Juanita, siempre triste, muy bonita, flor en botón. Cuando llegué a la casa estudiaba un texto escolar y, aunque lo disimulaba muy bien, conservaba en el fondo de los ojos aquel temor del jíbaro a lo externo, a lo civilizado. Era un tipo raro, como una flor extraña en su propia tierra. Por generaciones enteras, sus antepasados habían sido trabajadores del campo, dueños de pequeñas propiedades, huraños y maliciosos, fuertes y festejadores. Una psicología complicada, amigo mío, que usted nunca comprendería, porque usted no ha nacido ni ha vivido su infancia en el trópico, entre hombres escépticos y sin embargo cristianos, es decir, católicos, dueños de una tradición racial muy sugestiva.

—Seguí visitando la casa de tarde en tarde. «La niña» tenía ya dos hijos, parecidos a ella y con esa vaguedad brillante en los negros ojos que habían iluminado mi juventud. Aquella mujer, amigo mío, era en mi vida como un fondo discreto de bondad, como un lucero pálido en un atardecer tropical, claro y lento. Le decía que seguía visitando la casa, y apenas veía a Juanita. Un día vi un médico en la casa. Poco a poco me fui enterando, a medida que la enfermedad iba marcándose en su rostro, de que «la niña» estaba tuberculosa. Después vino la vida, con su tolvanera y sus complicaciones, y me sacó de allí sin que pudiera ver morir a «la niña». A veces he pensado que fue mejor así: conservo la ilusión de que vive. No sonría, amigo mío; usted considera que yo soy romántico y no comprende que usted y yo no podemos pensar y sentir de igual manera, porque nos hemos formado en mundos distintos; usted en el del negocio —*business world*—; yo en el de los sentimientos, en un ambiente donde es común que la gente renuncie a la comodidad por no aceptar imposiciones ajenas a su conciencia. ¡Qué escándalo el de esta música! Desearía ahora el silencio de una playa, con un palmar solitario y, acaso, aunque sería mucho pedir, una luna del trópico, roja y enorme, sobre el agua.

—Usted dirá: ¿Y Juanita, la jibarita Juanita? Pues ahora viene; espere un momento. Un día, de vuelta del Perú, desembarcaba yo en New York. Era junio, con su sol tórrido. Yo traía las pupilas llenas de esos tonos cálidos y a la vez apacibles que enseñorean el paisaje peruano, la altiplanicie, la Puna. Traía también esa serenidad majestuosa del indio, que ningún acontecimiento turba, ni aun el máximo de la muerte. Yo llegaba a New York enteramente distinto al medio en que me iba a desenvolver. A la salida de los muelles la encontré y su presencia sacudió un poco mi espíritu.

—¡Juanita, muchacha!

Siempre con su tristeza jíbara, y sonriendo para agradarme, Juanita me tendía la mano.

—Mamá murió —explicó a mis preguntas—; murió también la Doña (se refería a «la niña») y yo he venido a New York a buscar trabajo.

Me asombró el valor de aquella jibarita. Pero después empecé a dudar si sería efectivamente valor o si sería influencia de nuestra desintegrante civilización, que presentaba New York, a los ojos ariscos de la gente de la isla, como la tierra de promisión, donde habían de encontrar un porvenir brillante y fácil. Las películas, las revistas, el inglés de las escuelas, los libritos melodramáticos que producimos a millares... ¡Qué sé yo! Desde afuera nos ven como nosotros querríamos ser, y no como somos. ¿No está esta urbe, esta Babilonia altiva, llena de mugre, de miseria moral y física, de hambre y de gangsters? Amigo mío, le confieso que sentí pena por Juanita, por la jibarita puertorriqueña a quien yo había conocido de niña, triste y muy bien encajada en el ambiente lento del trópico. Y como yo conocía esto, y era, después de todo, de aquí, quise ayudarla.

—Al cabo de días, bregando sin descanso, conseguí trabajo para la jibarita. La llevé a un *boarding* respetable y la dejé vivir su propia vida, siempre vigilada por mi ojo fraterno. Pero esto no es aquello, amigo mío, y nosotros no sabemos comprender el espíritu de la gente que está al sur de la gran república de Washington y de Lincoln. De esa incompreensión hay una víctima más, una más entre las miles diarias, y es Juanita, la jibarita de Puerto Rico. Jíbara, amigo mío. ¿Ve usted como hasta difícil se le hace la palabra? Pues más difícil se le haría su alma, si se asomara a ella.

—¿Que por qué se enamoró Juanita de aquel muchacho compañero de trabajo? Pues porque todas las mujeres tienen que enamorarse un día y porque nosotros nos hemos esforzado en propagar por el mundo que el joven americano es respetuoso y correcto, y que además, una vez casado, es el mejor y más amable de los maridos. Por eso la jibarita no sospechó que cuando el muchacho la invitaba a pasear y la llevaba a los *dancings* y la hacía beber, tenía un propósito vil y no un deseo de halagar a su novia.

—Bien. Usted dirá que el hecho de que una muchacha amanezca «deshonrada», como se dice en esas tierras del sur, no tiene importancia, y que aquí lo raro sería lo otro; pero para ellos, y hasta he estado al decir: «para nosotros», no es así. La mujer debe llegar pura a los brazos del esposo, y de no hacerlo, está deshonrada. ¿Entiende usted ahora, amigo mío? Le advierto, desde luego, que no todas las mujeres que aquí llamamos «hispanas» piensan hoy así; pero Juanita era una jíbara; conservaba toda la esencia de su tradición familiar y con ella se hubiera enfrentado al mundo entero. Una vez burlada, se sintió desamparada y le parecía que toda sonrisa de la calle era un escarnio para ella, que todo ojo que la miraba, estaba en conocimiento de lo que ella consideraba su desgracia. Por eso su vida se despeñó, por eso huyó del *boarding* y cuando yo fui a buscarla, un sábado en la tarde, para hablar de Puerto Rico y para recordar, viéndola, a «la niña», no di con la «jíbara».

—Lo demás ya lo sabe usted Y si no lo sabe, lea ese periódico. Mírela. ¿No es verdad que era bella? ¿No es verdad que sus ojos tenían una profundidad de siglos? Era la tradición, la raza, el trópico. Era el espíritu, el inmortal espíritu español, que usted no entiende y que nuestras máquinas destrozan. ¿Qué cree usted que le dio

valor para esperar, serena, el paso del *subway*? Fue ese espíritu, amigo mío. ¡Fue el pasado, amigo mío, el fiero pasado hispano, el que volvió por sus fueros y mandó a Juanita al suicidio!

—Y ahora, ya usted ve. Nos estamos tomando unas copas aquí, tontamente. Pues bien, si bebo más es posible que despierte sobre un barco. ¡Y aunque no beba más! Me voy, amigo mío, porque no puedo resistir esta murga escandalosa, ese trombón en boca de tal negrazo, y porque necesito reposar mi alma atormentada en las pupilas tristes de una jíbara, sí, jíbara; y no se esfuerce en pronunciarla, porque usted no puede hacerlo ni podrá hacerlo nunca nadie que no haya formado su juventud en aquel trópico, bajo el sol tórrido y la luna sangrienta, donde la luz parece hecha por Dios nada más que para alumbrar los ojos tristes de una Juanita.

—Y ahora, amigo mío, bebamos por el recuerdo de la jíbara. Y por el de la «niña», que todavía flota en mi vida, amorosamente, plácidamente.

Alma Latina,
San Juan, Puerto Rico, 25 de junio de 1938

El cabo de la Legión

La noche anterior, 14 de mayo, habíamos rechazado un ataque al fortín de El-Kej-Abí. Hubo luna creciente, y en el desierto se podían alcanzar las más leves figuras hasta distancias enormes. Por culpa de esa luna nos descuidamos. Así cuando, a eso de las dos de la mañana, oímos los primeros disparos, nos lanzamos enloquecidos hacia las troneras, sin saber a ciencia cierta qué hacíamos. Alguno de nosotros pensó en la luna, pero ya estaba perdida en el horizonte lejano. ¡Negra noche la de aquel 14 de mayo!

Como quiso el diablo, estuvimos resistiendo hasta que el sol empezó a clarear la inmensa llanura de arena. Con las primeras luces se inició la retirada de la gente de Ben-el-Sulij, y nosotros podíamos ver los albornoces flotando al viento, lejísimos. Una línea interminable de caballos iba surgiendo del arenal.

—Esto es serio, Bill —dijo el italiano Giacomo.

Mudos e inmóviles, nosotros contemplábamos la retirada.

—¿Quién se apuesta conmigo un paquete de cigarrillos a que esta noche nadie duerme aquí? —gritó Jules.

—Sí, esos dormirán —gruñó Bill señalando a los muertos.

Nos volvimos a ver los compañeros caídos. Eran cuatro, y dos heridos, uno de ellos malamente, estaban recibiendo atención abajo.

—¡Perra vita! —se quejó Giacomo.

En realidad, a mí no me importaba el ataque. Habían muerto unos, pero yo no. Lo grave no estaba en lo que ya había pasado, sino en lo que podía ocurrir luego. Me olía que la gente de Ben-el-Sulij —¡buenos soldados aquellos moros de a caballo, que peleaban por puro placer!— no se lanzó al ataque a la loca. ¿Y si tenían la seguridad de que no llegarían refuerzos? ¿No era eso lo más posible? Nosotros estábamos a sesentidós kilómetros, según mis cálculos, del puesto de Aj-e-don, el más cercano. Allí había seiscientos hombres de la Legión; pero llegar hasta ellos, abriéndose paso por entre montones de moros montados, no era empresa que pudieran realizar treinta legionarios de a pie.

El sol ascendía ya sobre el desierto. A lo lejos podíamos ver rápidos esguinces de albornoces.

—Nos están vigilando, Bill —dije.

Bill, un inglés calmoso, fumador impenitente, se echó el rifle sobre las piernas.

—¿Vigilando? No importa. Es igual morir aquí que en Inglaterra.

Bill había sufrido asedios como aquel en varias ocasiones. Su calma era fatalista, y siempre esperaba la salvación en último término. De ahí su tranquilidad.

—¡Couchons! ¡Esos negros salvajes no saben que estamos amparados por la bandera gloriosa de Francia! —tronó Jules.

Cansado de oírles, me fui abajo. Me dolían los ojos y tenía sed. Además, estaba convencido de que no correríamos peligro mientras no cayera la noche. En el

sotanillo se quejaba uno de los heridos y hacía un calor insoportable.

—¡Bah! —lamentó el cabo—. Lo peor de todo esto no está en caer herido o muerto, sino en lo difícil que se hace dormir.

Yo estuve contemplando al cabo unos minutos. Era un muchacho, o lo parecía. Muy joven, de rostro moreno por el sol africano; medio triste y con un aire muy distinguido, aquel cabo resultaba atrayente. Hablaba muy poco. A menudo lo sorprendía mirando hacia el norte, con los ojos perdidos en la lejanía. De noche se tendía boca arriba y parecía entretenerse viendo las estrellas.

—¿Y los muertos? —pregunté.

El cabo pareció acordarse de ellos.

—¡Oh! ¿Vio usted a Renard? Tiene la frente destrozada. ¡Dieu! Pero escoja usted seis hombres, ocho, si le parece, y entierrelos. Arena. ¿Sabe? Después ya veremos. ¡Adieu!

Los hombres descansaban tendidos a la sombra de las paredes. Todos estaban a medio vestir, con las armas al lado. Se miraban unos a otros y callaban. Bill gritó allá arriba:

—Moro es como cuervo, Giacomo. Nunca teme cuando huele víctima.

—Y tú eres como chacal, Bill —chisteó el italiano.

—¡Oh! No importa. Prefiero ser chacal. Malo tú, que eres cerdo.

Arriba resonaron las carcajadas del inglés. Después dijo: —Todo muy bueno. Algo pasará después.

Y otra vez volvió el hostil silencio del desierto a reinar en el fortín. Por orden superior, el rancho y el descenso de la bandera se realizaron en silencio. Mal proceder para mí, porque eso haría suponer a Ben-el-Sulij que no había quedado soldado vivo en el fortín. Pero el teniente tenía su manera de pensar y ya sabría él por qué lo hacía. Al anoecer se colocaron dos ametralladoras en la puerta y una arriba. Hasta que la oscuridad cayó completamente sobre la arena, estuvimos viendo el flotar de los albornoces. Ben-el-Sulij vigilaba.

Los hombres estábamos con los ojos hinchados de sueño. Bill renegaba. Estaba terminantemente prohibido fumar y eso le hacía sufrir. A eso de la medianoche empezamos a sentir el ruido ahogado de los caballos en el arenal. Resonaron dos o tres relinchos, pero ni un tiro. Nos estaban sitiando y no tardarían en tratar de quemar la puerta o de escalar las paredes. Sentíamos al enemigo cerca. El sargento venía en cuatro pies.

—Todos a un tiempo, cuando se ordene —decía en voz baja.

De golpe tronó la voz: «¡Fuego!». Y nosotros empezamos a vomitar plomo. Gritos horribles sonaron cerca. Durante más de una hora, estuvimos sosteniendo el fuego, sin un minuto de descanso. Me dolían las manos.

—¡Oh! Malo —rugió Bill.

Había recibido una bala en el hombro y estaba tratando de restañarse la sangre. Al fin se cansó.

—Ahora yo tiro con lado izquierdo —dijo, resignado.

Se volvió trabajosamente y empezó a soltar tiros. Oímos uno caer cerca. Gimió algo, como llamando a una mujer. Nosotros seguimos impasibles. El sargento daba vueltas andando a gatas.

Cuando los disparos enemigos empezaron a espaciarse, estábamos materialmente a la orilla de un colapso. Media hora más y Ben-el-Sulij entra, con su pequeño caballo blanco y su brillante barba en el fortín de El-Kej-Abí. Un poco más tarde, cuando ya se iniciaba el amanecer, volvieron a la carga, pero esta vez era un grupo poco numeroso. La ametralladora tendió seis hombres y cuatro caballos. Los demás volvieron grupas. Los podíamos ver, con sus carabinas en alto, galopando hacia el sur.

Temprano recibí orden de pasar a donde el teniente. Era un hombre avejentado, muy serio y muy amable. Estaban allí el cabo y el sargento. Me cuadré militarmente.

—Bonjour —musitó el teniente.

Y después de algunas recomendaciones, empezó a exponer más o menos lo siguiente: se había pedido auxilio por radio, y desde Aj-e-don habían contestado que enviaban cincuenta hombres. Él consideraba que cincuenta legionarios no bastaban para hacerle frente a miles de moros. A su juicio, Ben-el-Sulij había reunido tres o cuatro mil moros, con el propósito de tomar un lugar cualquiera que restaurara su prestigio, descalabrado desde la derrota de Arbe-si-Alben. Además, Ben-el-Sulij no era un jefe tan imbécil como para soltar su presa. La columna que viniera sería deshecha, si no se le avisaba el peligro que corría. A juzgar por la distancia, debería estar ya a más de la mitad del camino: en el trayecto no había lugar protegido que pudiera albergar a la columna, en caso de sorpresa.

El teniente hablaba en voz contenida. De pronto preguntó:

—¿Con cuántos hombres contamos, sargento?

—Diecisiete, teniente —contestó rápidamente.

El teniente se puso en pie.

—Francia necesita el sacrificio de ustedes —aseguró con voz patética.

Como si hubiera estado acechando esa oportunidad, el cabo se cuadró, rígido, saludó militarmente y pronunció con aplomo estas palabras:

—He estado esperando esta oportunidad. Ruego al teniente Honfroy concederme la honra de morir por Francia.

Yo miré al teniente. Los ojos le brillaron y palideció. A mí se me habían erizado los vellos de los brazos. Estaba emocionado. Nunca pensé en que un hombre hablara así. En novelas se escribe eso, pero la novela... ¡Bah! —como hubiera dicho Bill.

—¡Cabo Duchesne! ¡La Francia inmortal se sentirá dichosa cuando sepa que sus hijos tienen a honor morir por ella!

El sargento lloraba. Se había cuadrado militarmente también. Tenía la cara desfigurada por cicatrices, una de ellas sobre el ojo, lo que le hacía de aspecto bestial.

Estaba llorando. Las lágrimas le caían por los bigotes. Afuera se veía ondear la bandera tricolor.

El teniente, erguido y medio encanecido, avanzó con firmeza, abrió los brazos y apretó al cabo contra su pecho. Después lo besó en ambas mejillas. Y como ya no podía resistir más, dio la espalda y se puso a ver hacia el cielo, por la ventanilla enrejada. Allá arriba flotaba el pabellón, bajo el sol del desierto.

De pronto el teniente se volvió y me clavó sus ojos grises:

—¿Usted? —preguntó.

Yo me sentía emocionado, pero no heroico. Además, siempre me había parecido que a un hombre grueso y grande, como yo, sin ningún aire marcial, no le venían bien las posturas inmortales.

—Yo haré cuanto se me ordene —dije calmamente.

—De usted lo espero todo —dijo el oficial, volviéndose al sargento.

Un minuto después, recibíamos esta orden:

—Al anochecer, aquí.

Y cada uno se fue a su sitio, impedido de contar lo que había pasado, para no alarmar a los compañeros.

Cuando el oficial empezó a exponernos su plan, yo me sentí, lo confieso, bastante inquieto. A alguna señorita —sobre todo si es jamona— le gustaría pensar que yo me incorporé a la Legión debido a un desengaño amoroso, o a una decisión encaminada a salvar la honra de una mujer, de un amigo o simplemente de mí mismo; pero lo cierto es que yo caí en la legión por puro espíritu deportivo, por probar aventuras. No creí que fuera tan dura la vida del legionario, aunque se hubieran escrito cientos de novelones y de cuentos relatándola. El día que me cansara, desertaría, lo cual sería una aventura más. Pero me estaba temiendo que esta vez no tendría más camino que desertar hacia el cielo. ¿Me iba a recibir San Pedro, a mí, a un legionario, miembro de una tropa de tan mala fama? Tal vez sí. Quizá el buen portero se condoliera de mi destino: «Muerto combatiendo a los infieles» —le diría yo a San Pedro. Y él se inclinaría, respetuoso, al tiempo que gritaría: «¡Que resuenen las trompetas celestiales! ¡Está entrando un mártir de la santa causa!».

El oficial quería una simpleza: esperaríamos el ataque. Él llevaba siempre ropa nativa. Los tres nos vestiríamos de moro y en lo mejor de la lucha debíamos arreglárnosla para caer en las filas enemigas y hacernos de caballos. Después galoparíamos hacia el norte. El sargento conocía la ruta. Debíamos ir tres, por si alguno caía. Era necesario dar aviso a tiempo.

—¡Francia os pagará vuestro sacrificio! —aseguró.

Las sombras de la noche iban cayendo sobre el desierto cuando salimos. Allá arriba estaba Bill bregando con su hombre herido. Giacomo, pequeño y delgado, entonaba a media voz la romanza de Verdi: «Di Provenza il mar e il suo...».

Y todo el fortín amodorrado, ennegreciéndose rápidamente, a medida que la noche venía cubriendo el pardo e inmenso arenal.

El cabo Duchesne me llamó. Me hizo un guiño imperceptible, tirado en su camastro. Todos sus movimientos eran elegantes y tristes a la vez. Su voz era cuidada y su pronunciación académica.

—¿Está usted en condición de oírme una confesión? —preguntó.

Aquí estaba mi oportunidad. Este cabo, delgado y distinguido, a quien todo el mundo respetaba inconscientemente, que nunca se emborrachaba, que nunca andaba tras las mujeres nativas, que nunca dio lugar a una queja, me iba a contar algo íntimo. ¿Por qué? ¿Acaso la razón de su presencia entre nosotros? ¿Era que él comprendía la gravedad del momento?

Él interrumpió mis pensamientos:

—Me ha parecido siempre usted un hombre raro, inteligente. Entre nosotros es ofensa preguntar por qué se está aquí. ¿Se ofendería usted si yo se lo preguntara a usted?... Estamos tan cerca del último momento...

—Oh, no. Cabo. Además, yo no tengo secretos. He caminado medio mundo. Ponga usted el mundo entero, si le parece. De haber nacido hace dos siglos, hubiera sido pirata. Ahora he hecho de todo, absolutamente de todo. Cacé leones en el sur de África, serpientes en el Amazonas; he sido misionero en China. Jamás he tenido un amor serio ni una contrariedad que valga la pena. Estoy aquí por probar esto. ¿Entiende? Ganas de conocer esta vida, nada más. Desertaré cuando me canse.

—Entonces ¿usted no ama a Francia?

—Sí, claro que la amo. Es la patria de la revolución, de la libertad. Además, yo amo a todas las patrias, hasta a estos moros a quienes ahora mato.

El cabo movió la cabeza. No comprendía.

—Muy raro —dijo, y se quedó silencioso, como calculando si merecía un ser tan raro como yo que él le confesara una intimidad.

—¿Cree usted que será esta nuestra última noche? —preguntó de improviso.

—Quizás. No estoy seguro de salir vivo. Como dice Bill, algo ocurrirá después. ¡Quién sabe!

El cabo Duchesne se sentó. Tenía los ojos acerados y duras las facciones.

—Yo tengo la convicción de que no saldré vivo de esta aventura. Moriré contento. Yo no tengo nada que hacer sobre la tierra, fuera de servir a mi patria. Pero quiero confiar en usted un encargo sagrado. Temo al ridículo, por eso me he dirigido a usted. Yo sé que usted sabrá comprenderme, porque usted hace estas cosas sin un motivo, por pasión aventurera, y eso denuncia su corazón. Pero yo tengo la convicción de que voy a morir esta noche, y deseo que usted lleve a mi padre mis últimas palabras.

—¿Y si yo caigo también?

—Entonces no se las llevará nadie, —aseguró resueltamente.

—¿Y donde puedo yo ver a su padre?

—En París. Es el general Duhamy.

Salté incrédulo. Debía tener los ojos abiertos como dos puertas.

—¿El general Duhamy? —pregunté lleno de duda.

—Oui. El general Duhamy o el vizconde de Duhamy. Llámeme como quiera, usted le dirá las siguientes palabras... ¿Quiere atenderme?

¡Qué iba yo a atenderle! ¿Cómo era posible que aquel jovenzuelo fuera el hijo de un hombre de fama internacional, que tenía a su cargo nada menos que el cuidado militar de las colonias de África del Norte? ¿No estaría tomándome el pelo a última hora, para hacerse importante a mis ojos?

—¿Tendría la bondad de atenderme, *monsieur*?

Me volví impresionado: esa voz tan gentil, tan suave; esa pronunciación tan correcta, esas formas... Podía ser. ¡Se ven tantas cosas! Me quedé mirándole.

—Usted le dirá esto: «Su hijo, Albert Luis de Duhamy, me encarga decirle que ha muerto al servicio de la gloriosa bandera de Francia y que su último pensamiento ha sido para usted y su postrera voluntad que sea usted feliz y que su caída no empañe una felicidad a la que tenían derecho usted y ella».

Me quedé atontado. ¿Qué diablos quería decir todo eso? Pero cuando iba a contestar asomó el sargento su ojo desfigurado.

Sobre el fortín, la noche del desierto cerraba todo horizonte.

Casi por mitad, la luna creciente se destacaba en el cielo azulísimo del arenal. Un silencio de mal augurio se había posesionado del fortín. Yo veía el patizuelo de extraño color violáceo, y pensaba en todas las maneras posible de evitar nuestra salida. ¿Por qué el oficial no radiografiaba advirtiéndole a la gente del puesto de Aj-e-don sus sospechas? Tenía yo mismo que contestarme. «Será tarde ya para enviar socorros a la columna», me dije. Había también otra posibilidad de evitar la catástrofe: pedir aviación. Pero ¿contra quién iban a combatir los aviones? Más de dos veces ya, las escuadrillas habían salido al menor signo de revuelta y habían recorrido todo el territorio, sin ninguna ventaja. ¿O es que un hombre tan astuto como Ben-el-Sulij se iba a dejar cazar como rata? Mientras hubiera aviones o tropas en las cercanías, nadie daría con el paradero de esos tres o cuatro mil jinetes que corrían como demonios por las arenas, y que de noche parecían surgir de la misma sombra para atacarnos e irnos destruyendo poco a poco.

Pensaba en esto, pero también por momentos pensaba en otras cosas. St. Louis Missouri quedaba muy lejos, a muchos millares de millas del fortín de El-Kej-Abí. Sin quererlo, mis ojos interiores vagaban por St. Louis, y por la granja donde naciera y me criara. ¡Ah, mi padre! Era un bello ejemplar de colono, tan alto, tan macizo, tan cariñoso y tan luchador. ¿Qué hubiera dicho mi padre si de pronto se hubiera levantado de la tumba y dado de manos a boca con el cuento de que su Jones, su querido y pequeño Jones andaba por rumbos desconocidos, metiéndose en toda clase de aventuras?

Al conjuro de la luna, mi imaginación hacía brotar trigales inmensos, vastos pastizales en el desierto. Las dunas que se movían como animales, llenas de sombras, semejaban reses despaciosas y caballos adormilados. A veces, cuando plateaban las arenas, me imaginaba que veía pasar el majestuoso río, camino del sur.

—¡Dieu! —sonó una voz—. ¿Iremos a estar esperando hasta por la mañana?

El sargento hablaba roncamente. Se echó en el suelo, al lado mío, se apretó las rodillas con las manos y no dijo más.

—Opino —aventuré— que lo mejor sería dormir hasta que la luna se fuera.

Y de pronto me di a pensar en la locura que estábamos preparando. Realmente, mucho dudaba yo de que hubiéramos de salir con vida de aquel trance. Otra vez la nostalgia de mi tierra y de mi niñez.

—¿Cree usted que tendremos suerte? —pregunté.

El sargento me miró con su ojo desfigurado y, bajando la voz, dijo estas tremendas palabras:

—¿Sabe usted qué es tener suerte en la Legión? Morir. He ahí la suerte.

No contesté. Comprendí de pronto que aquel hombre estaba disgustado por algo o que la noche, el asedio, la proximidad de nuestra loca aventura y quizá otras cosas, precipitaban en él un pesimismo atroz. No parecía ser así antes, cuando saludaba militarmente al teniente y lloraba de emoción, como un niño.

—¿Y el cabo? —pregunté por rehuir un tema escabroso.

No contestó. De inmediato recordé aquellas palabras: «Dígale que su hijo ha muerto al servicio de la gloriosa bandera de Francia y que su último pensamiento ha sido para usted y su postrera voluntad que sea usted feliz y que su caída no empañe una felicidad a la que tenían derecho usted y ella».

¿Qué misterio había en ese «usted y ella»? ¿Qué drama familiar oscuro y doloroso había separado al general Duhamy de su hijo, ese que ahora se llamaba, en la Legión, el cabo Duchesne?

Pensando en esas cosas, fui sintiendo sueño. Cuando el sargento me despertó bruscamente, había vivido una deliciosa aventura en París y en St. Louis. Era tarde. Las sombras gobernaban el desierto y se presentía el próximo ataque. Tres hombres esperábamos ese ataque con los nervios endurecidos.

Sonó al fin una descarga. El fortín de El-Kej-Abí pareció temblar de pavor bajo la ola terrible de los gritos.

Entre el sordo rumor del tropel, se entreabrió la pesada puerta. Casqueó la ametralladora, situada en ángulo hacia la izquierda, mientras nosotros le metíamos el pecho a la gran aventura. Fue un tiempo tan corto el transcurrido entre el silencio de la ametralladora, que indicaba, según instrucciones, nuestra oportunidad de movernos hacia la izquierda para dar tiempo a que la otra ametralladora barriese el lado opuesto, que sólo nuestra tensión y seguridad de morir en caso de perder la

oportunidad, hizo posible que notásemos la pequeñísima tregua. Aunque estaba oscuro, yo adivinaba quiénes eran mis compañeros. De pronto nos viramos hacia el fortín y disparamos. Era la señal. La puerta se cerró pesadamente y los briosos caballos se estrellaron contra ella, mientras arriba reventaban los fogonazos.

«Bien se está portando Bill», pensé. Y corrí por entre el tumulto y los albornoces, buscando a tientas una bestia.

Debió ser el cabo Duchesne aquel que me dio una palmada en la espalda, mientras yo trataba de subir a caballo, apoyándome en un moro muerto. De golpe sentí que se alejaba. Uno alto y sombrío se me acercó, haciendo caracolear su animal, con el rifle en alto.

—¡Siga! —roncó.

Poco a poco, la morisma iba retrocediendo, para cargar de nuevo. Unos alaridos horribles subían hasta el oscuro cielo. Los tiros resonaban como cohetes. Puse frente al norte. Sentía mi albornoz batiendo a la escasa brisa. A poco, el sargento me alcanzó y me pasó.

—¡No pierda mi dirección! —ordenó.

Allá atrás seguían tronando los tiros.

El amanecer del desierto es algo impresionante. Antes de que salga el sol, el cielo se hace blanco como la leche, lívido, mate. Aparecen después grandes manchas rojas, como si la sangre de todos los que han muerto allí, desde los días de Cartago hasta ahora, se mostrara allá arriba a los ojos de los desesperados caminantes.

Frente a nuestros caballos incansables, las arenas iban cobrando un color amarillento. No corríamos, volábamos. Debía faltar todavía una hora para la salida del sol; teníamos cerca de dos en la marcha, y todavía no habíamos cambiado una palabra. El sargento detuvo de pronto su cabalgadura y yo hice lo mismo. Él se levantó sobre los estribos y miró hacia el sur.

—Nada —aseguró—. No se han dado cuenta. Hemos tenido una suerte loca.

—¿Y el cabo? —pregunté.

—Debe ir adelante. Nos precedió en casi un cuarto de hora.

—¿Sabía él el camino?

—Sí.

—¡Oh! Creo que nos hemos escapado de una grande —aventuré sonriendo.

—No tanto —explicó el sargento—. Hacia aquí —dijo señalando a su derecha—, están por lo menos dos oasis donde debe tener Ben-el-Sulij avanzadas de observación. Quizá tengamos todavía un disgusto.

Los animales resoplaban, sudados, y tascaban los frenos. El sargento acarició el cuello del suyo.

—Caballo de jefe —aseguró—. No había acabado de caer su dueño cuando yo lo monté. Tuve que empujarlo.

Sonrió, desfigurando la cara llena de cicatrices.

—¿Sospecha usted por donde vendrá la columna?

—Sí. Debe estar ahora entre Sub-Atec y Lunert.

—¿Y si hubiera pasado ya hacia el fortín, por otra vía?

—No lo creo. Si ha ocurrido así, nos presentaremos en Aj-e-don, simplemente.
¡Vamos!

Una hora después, en el confín del horizonte, culminando una duna, vimos un jinete.

—¡El cabo! —grité.

Difícilmente podíamos darle alcance. Sólo nuestros ojos ansiosos podían alcanzar aquella figurita lejana, que se perdió de pronto en el declive de la duna. El desierto entero se mecía bajo el sol, como un mar inquieto. El sargento recorría con la vista, a trechos, todo el horizonte. Parecía inquieto, mientras montaba erguido, como si hubiera nacido sobre un caballo. El sol calentaba la llanura arenosa, y quemaba nuestros rostros. Infatigables, nuestros potros de pura raza parecían beberse las distancias.

—¡Allá! —gritó de pronto el sargento señalando con la mano una mancha confusa, que se perdía y reaparecía.

Apretamos los talones sobre las bestias. Vimos cuatro o cinco hombres, tan lejanos que no parecían sino sombras.

—¡Persiguen al cabo! —aseguró el sargento.

Corrimos más. Ya no era posible ir más de prisa. Oímos, debilitado por la distancia, un disparo y después otro y otro. Teníamos el corazón en la boca. ¿Nos habrían descubierto? El sargento enderezó hacia la mano diestra. Íbamos tan veloces como el propio viento. De pronto vi al cabo en un descenso. No lo perseguían. Nadie podía sospechar qué éramos ni en qué andábamos.

—¡El cabo está allá, sargento! —grité.

El sargento, que me llevaba alguna distancia, gritó en un francés horrible, de muelle marsellés:

—¡No se trata del cabo, es que están tratando de atraer la columna o la están paqueando! —ya era más grave el asunto. Si la columna estaba tan cerca, no veíamos cómo podíamos detenerla en medio del desierto, en lugar sin defensas posibles, y tener tiempo de enviar correos a Aj-e-don para que mandaran refuerzos. Si los moros vigilaban la columna, nada nos salvaría. Esa noche iba a ser fiesta para la gente de Ben-el-Sulij.

No veíamos al cabo, pero de pronto surgió el caballo sobre una eminencia arenosa. Estaba solo y se veía pequeño, erguido con el cielo claro del desierto por fondo.

—¡Han muerto al cabo! —exclamé.

Sin decir palabra, el sargento torció y siguió marcha. Nos acercábamos a todo correr. Ya veíamos distintamente la montura, ya iba cobrando su tamaño natural. Necesitábamos andar mucho todavía para alcanzarla. Corríamos, comamos. La

mañana del desierto nos vendía a cualquier avanzadilla mora. De pronto vimos al cabo rodar por la ligera pendiente.

—¡Cabo Duchesne! —tronó el sargento.

Nos tiramos al suelo. Allí estaba el cabo, con la faz contraída de dolor, la mano sobre el pecho, lívido. Cerca estaba el caballo, como esperando a su jinete.

Con la cabeza del compañero entre sus piernas, el sargento empezó a machacar no sé qué raras palabras.

—Herido —dijo alzando los ojos.

Se puso en pie. Veíamos sobre nuestras cabezas el cielo claro y teníamos por delante todavía lo peor de nuestro deber. Poco a poco, el cabo abrió los ojos.

—No es nada —musitó—. Estoy herido desde anoche. Sigán.

El sargento me hizo una señal. Entre los dos lo cogimos y nos fuimos moviendo penosamente por la arena con aquel cuerpo a plomo. El sargento pidió que le permitiera llevarlo. No puedo explicar cómo resistió aquel caballo la carga, después de una caminata tan larga. Así, a paso moderado, fuimos caminando mientras ojeábamos la distancia. El herido se quejaba de vez en cuando y suplicaba que le dejáramos morir en el desierto. Realmente impresionados, el sargento y yo nos veíamos y en esa mirada había un pacto de caballeros: moriríamos los tres o salvaríamos al cabo.

Pero también era nuestro deber salvar a la columna.

Caminábamos entristecidos, tratando de ganar tiempo y de no malograr al herido, cuando nos sorprendió de súbito el aullido horrendo de la morisma. Dejamos, rápidamente la hondonada y arriba vimos el tropel de moros feroces avanzar a todo el galope de sus caballos. Allá lejos, una docena de legionarios se echaban en tierra, buscando defensas imposibles.

—¡Avanzada de la columna! —gritó el sargento—. ¡Estamos perdidos!

Entonces el cabo levantó un poco la cabeza. Parecía un moribundo.

—Cumplid con vuestro deber —dijo—. Id al lado de los nuestros. Yo trataré de llegar hasta el grueso de la columna.

Del arenal salían olas y olas de moros. Aullaban de alegría y de salvaje ira.

—Nos juntaremos con los nuestros todos —afirmó el sargento—. Usted sobre todo, cabo. Valdrá más morir entre franceses que morir solos en el desierto.

Y antes de que los atacantes logran cerrar el asedio que iban tratando de realizar, corriendo en medios arcos gigantescos, nos deshicimos de nuestros albornoces y corrimos a todo galope. Sorprendidos, los hombres de la Legión cesaron de disparar.

—¡Vive la France! —tronó el sargento desde encima de su caballo.

Una bala mora, certera, le desplomó el animal entre las piernas, al tiempo que pisábamos el terreno defendido por nuestros compañeros.

Nunca podré explicarme claramente qué pasó allí, ni sabré decir jamás por qué estaban en tal sitio quince o veinte legionarios, ni cómo caímos nosotros entre ellos ni cómo nos salvamos. Desde luego, esto sí lo sé: nos salvó la Legión. Pero ¿cómo llegó el cabo Duchesne, o Duhamy, o como se llamara, hasta el grueso de la columna? ¿Qué estrella le acompañó y qué protección divina lo hizo pasar por entre los moros desapercibido? ¿Cuándo se fue, herido malamente como estaba? Lo ignoro. Entre mis recuerdos de aquel día, la bruma llena gran parte y el delirio en que me postró aquel balazo en la cara sólo me conduce al instante en que oía gritar al sargento, como un endemoniado:

—¡Cochons! ¡Hijos de...!

Veo, como si estuviera sucediendo ahora, al soldado de ametralladora, sonreído, con un brillo diabólico en los ojos, repasando moros con su arma mortífera. Recuerdo el ensordecedor y acongojante griterío, los caballos cayendo entre el polvo y el estrépito, la sangre, embarrando de rojo aquel cuadro fantástico del desierto.

Y no puedo decir nada más. Gritaba el sargento, se llevó una mano al hombro izquierdo, frenético, como loco; sentí el rostro quemado, se me huyó el horizonte y una luz azul vivísima me cegó. Al caer, me parecía ir por una sima interminable.

Muchos días después, cuando pregunté por el sargento, me contestaron algo así como:

—¡Oh! ¡Une brave! ¡Une brave!

Y no entendía nada, porque recordé aquella tarde, cuando en el fortín desamparado, en la inmensidad del desierto, frente al horrible pensamiento de una muerte segura, aquel hombre rudo, feo, vulgar, se había erguido como un héroe y lloraba lágrimas candentes, mientras el cabo Duchesne saludaba militarmente el pabellón tricolor.

Oí una voz:

—No importa, Giacomo. Siempre pasa algo, algo siempre. Lo digo yo, Giacomo.

—Ma non para il caporal, Bill —respondió la voz chillona del italiano. Y como yo estaba débil, y me sentía solo y triste, huérfano de afectos, sentí deseos de saludar la muerte del sargento con una lágrima que me iba brotando del corazón. Y para que no lo notaran los compañeros, me tapé el rostro con la sábana.

En el patio clamaba la corneta, heroica, vibrante.

Lo que voy a contar ahora no lo supe entonces, sino dos años más tarde, en París. Tardé todo ese tiempo para lograr hilvanar la historia cuya tragedia central tuve oportunidad de entrever en el fortín del desierto, una noche lóbrega.

Luis Alberto Duhamy era hijo único. El general Duhamy era un simple oficial del ejército colonial cuando empezó su romance con la madre de Luis Alberto, romance que interrumpió la guerra indochina y que no tuvo culminación sino diez años después, cuando el oficial volvió a la vieja mansión que la familia tenía en los

Pirineos franceses. Apasionada y débil de constitución, como sería su hijo, Blanca Bearveauis (y otros apellidos que no recuerdo), esperó a su prometido sin salir un día de sus habitaciones. El matrimonio se hizo a la manera de los días del Imperio, con toda pompa y celebración popular. Pero Blanca vivió escasamente diez meses: murió al dar a luz a Luis Alberto.

Para criar el vástago se llevó una nodriza, una joven de familia distinguida venida a menos, cuyo esposo estaba enfermo. Tanto quiso y tan bien trató a Luis Alberto, que lo tuvo a su cuidado hasta los ocho años, cuando ella murió, dejando una nena de año y medio. El desconsuelo de Luis Alberto fue inenarrable. Lo mismo que su madre, él era apasionado y débil. Para compensar en algo el afecto que la joven nodriza había tenido para su hijo, el coronel Duhamy decidió encargarse de la crianza de la hija. Así, los dos muchachos fueron creciendo, ella protegida por él, él sintiendo desde niño que aquel ser gracioso, inquieto, que hablaba con ceceos y con palabras cortadas, necesitaba de su cuidado y de su afecto.

Tendría cinco años la niña cuando el coronel pasó a París, a un puesto en el Estado Mayor. Se llevó a su hijo y a Jeanette. Luis Alberto empezó sus estudios en un liceo juvenil y, ya jovencito de bigote naciente, se inclinó a estudiar derecho.

Inconsciente de la belleza que iba despertando en Jeanette, él la seguía tratando como a una hermanita, y así hubiera continuado, de no estallar entonces la guerra europea, en la que se fue a defender su patria antes de que el padre le reclamara siquiera la necesidad de que procediera como un Duhamy de sangre.

Herido dos veces, pidió que no lo mandaran a París, sino que lo trataran en los hospitales de las segundas líneas. Fue citado en tres ocasiones en la orden del día y se pidió su ascenso a cabo. Año y medio tendría de campaña cuando se le notificó que podía tomar una licencia de quince días. Y fue a París.

Cuando tocó en su casa, sin anunciar que iba, y le abrió la puerta una vieja criada ya medio ciega, sintió de pronto que renacía en él el niño de la montaña pirenaica, que extraños efluvios le sacudían y que la vida lo solicitaba de nuevo, con sus encantos y con sus dolores. Entró. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no podía andar como antes, de que no era el hombre aturdido de la trinchera, de que había algo más que el sentimiento del deber y el de la patria en la vida: tenía a su frente una sonrisa maravillosa de mujer, unos ojos negros vivaces, fulgentes y asombrados. De pronto aquel rostro encantador se abrió en una mueca de indecisión y oyó una voz dulce, aguda, única, que contenía todas las músicas celestiales, gritar con indecible entusiasmo:

—¡Luis Alberto, mi vida!

Y al estrecharla, al sentir aquel cuerpo perfecto entre sus brazos, y su perfume discreto y gentil, y su cabello color de cobre, y su frente, y todas esas cosas que notó en un segundo, comprendió que Jeanette había dejado de ser su hermana para ser otra cosa: la mujer amada.

Y sintió vergüenza de sí mismo, pero al mismo tiempo, la grandeza del amor. Mientras duró la licencia, fue feliz. Pasearon por París, uno del brazo del otro, y los transeúntes se volvían regocijados para verles, comentando entre sonrisas picaras. Iban y venían, entraban en los cafés, en los cines; paseaban por los bulevares. Un día él la vio enrojecer porque una mujer de barrio, entusiasmada, gritó a su vera: — ¡Bello soldado! ¡Dios lo proteja para que vea la paz!

Pero jamás se dijeron nada. Se temían. Había entre ellos el temor que impone el prejuicio. Ella consideraba que debía quererlo como un hermano, él también. De noche, Luis Alberto no dormía. «Mañana se lo diré», pensaba. Pero al otro día no se sentía con fuerzas suficientes para hablar. ¡Ah! ¡Si se hubiera tratado de un nido de ametralladoras! No podía. Era más fácil un asalto a media noche que mirar a los ojos de Jeanette y decir:

—Te amo, Jeanette.

Tenía miedo de lo que ella pensara; tenía miedo de que ella no viera en él otra cosa que un hermano. Y con ese miedo le sorprendió la hora de partir. Al ir a las trincheras, no tenía igual valor que la vez anterior. Escribía, escribía, semanalmente, a veces hasta dos veces en una semana. Herido de nuevo, en una pierna, lo calló para no hacerla sufrir. Sus cartas eran tiernas, pero fraternales. Tenía miedo de que aquella boca se frunciera de asombro si él le confesaba su sentimiento, de que aquellos ojos no le vieran más.

Pidió licencia otra vez, un año más tarde, y le fue negada. No pensaba en otra cosa que en el fin de la guerra. ¡La guerra! ¿Por qué aquella maldición inacabable? ¿Por qué tenían los hombres que matarse como perros, si atrás estaba el amor, esencia de la vida? ¿Por qué había de estar él metido en trincheras llenas de lodo, disparando, si en París estaba Jeanette, con sus ojos negros adorables, con su sonrisa maravillosa?

Vino la marcha hacia el este. Cañones, soldados, tanques, aviones. Era interminable aquello. Día y noche, noche y día, los caminos crujían al peso de tantos y de tantos hierros. Marchas, marchas y marchas. No se descansaba. Los alemanes perdían terreno, después de la segunda batalla del Marne, y entre la locura del avance, entre el embrutecimiento de tres años de guerra, el soldado no pensaba en otra cosa, ni podía pensar: de noche, cuando caía rendido en un jergón, tras un asalto corto y mortífero, tras un bombardeo crudelísimo, solía soñar.

Y quizá cuando el ya sargento Luis Alberto Duhamy, molido, barbudo, sucio, amargado, empezaba a soñar con unos ojos negros, con un cabello dorado, estallaba cerca el obús o sonaba la voz del oficial:

—¡Alors, gargons!

Y la guerra, ¡la guerra! Ya era imposible que aquello durara. Supo un día, por una carta y por unos periódicos enviados por el padre y por Jeanette, que el coronel Duhamy había sido promovido a un cargo de mayor cuidado y que le habían encargado de una misión militar en el departamento colonial. Se alegró, pero compadeció a su padre, que había nacido entre soldados, había vivido entre campañas

y no había conocido otro amor que el santo de la muerta. En la vida del coronel Blanca de Bearveauis sería como una sombra iluminada, llena de candor, de dulzura.

Al final de la carta, su padre le decía: «Es posible que cuando vengas te demos Jeanette y yo una sorpresa. Todavía no puedo asegurarte nada; pero sé que te agrada lo que sea y que probablemente te hará feliz, por el amor que profesas a Jeanette y a tu padre».

La carta de Jeanette terminaba así: «Quiero que la guerra termine para darte una noticia que no sé cómo te caerá. Es algo que necesito de ti, de tu aprobación, de tu calor fraternal».

Pensando y pensando, apenas pudo esa noche dormir. Creyó entrever en aquellas líneas una velada alusión a que el padre sabía o suponía algo, a que pensaría en darle la sorpresa de entregarle la mano de Jeanette. Fue feliz con sólo imaginárselo. «Ella se lo ha dicho» —pensaba.

Y la guerra no duró mucho. La comida americana, las municiones americanas, los cañones americanos; todo lo que la gente del otro mundo llevó, en millares y millares de piezas, en millones y millones de frascos de medicinas, de ropas, de dineros: todo eso aplastó al germano como si se hubiera tratado de una ofensiva formidable, hecha con inagotables reservas de soldados y de cañones.

Un día alguien gritó en la trinchera: «¡Paz! ¡Paz! ¡Hay armisticio!». Y la tropa enloqueció de alegría, saltó, se tiró afuera, tiró los fusiles. Roncos, frenéticos, borrachos de emoción, los soldados empezaron a cantar himnos, canciones inmorales, y algunos daban aullidos feroces, clamando por sus hijos, por sus padres, como si no les hubieran de ver más, como si no hubieran vivido aquella horrible pesadilla de la guerra y logrado salvarse para ver a los seres queridos. «¡Paz! ¡Paz! ¡Paz!».

Y vinieron entonces los días más duros, los más largos, los más dolorosos, los inacabables: los días de la desmovilización. Cada quien creía que jamás retornaría. Los hombres del campo, los que habían abandonado sus siembras y sus casitas pequeñas y bien puestas para acudir a la defensa de la patria y de la democracia, lloraban como niños cuando pasaban cerca de una huerta o de una hortaliza, de las pocas que se conservaban a retaguardia. Era el círculo más doliente de todo aquel infierno sobredantesco. Al cabo de la hecatombe de cuatro años, los que sobrevivían lloraban porque no creían lo que sus ojos veían, y la espera final les parecía más larga que los días de sangre.

Así, cuando al cabo de dos semanas de espera en cuarteles, de cambio de trenes, de estaciones para conseguir documentos, de detenciones, el sargento Luis Alberto Duhamy, condecorado con la Cruz del Mérito y mencionado tres veces en las órdenes del día, llegaba a París, enjuto y duro, anegado, con los ojos brillantes y metálicos, creyó, al entrar el tren en los suburbios, que tenía que atravesar otra vez un camino tan largo como el de los cuatro años que habían transcurrido. Banderas, músicas, vivas: el pueblo alcanzaba a los vencedores que retomaban. Luis Alberto miraba con ojos ansiosos. ¡París! ¡París!

En la estación le esperaban su padre y Jeanette. No supo qué hizo. Se lanzó como un loco entre la bandada de la gente, de la tropa, abrazó a la muchacha, hasta hacerla gritar, y se volvió después al padre, que le estrechó emocionado, mientras parte del público rompía en atronadores aplausos, señalando la condecoración del soldado.

Fue camino de su casa, en el taxi, cuando preguntó por la sorpresa.

—Te la diré en casa —respondió el coronel, paternal y benévolo.

En la casa, tras el baño, el cambio de ropas, que no le sentaban bien y con las cuales no se sentía a gusto, tras la cena opípara, la charla y el rápido contar de algunos episodios, vino la confidencia.

El coronel llevó a su hijo a su despacho, le miró gravemente, mientras él sonreía a Jeanette, que mostraba su rostro gracioso por la puerta, en el fondo del pasillo.

—Hijo mío —resonó la voz paternal—, tengo que confiarte un secreto sagrado. Pon parte de tu afecto, serenidad y buen juicio antes de juzgar lo que te voy a decir.

Luis Alberto se asustó. Presintió algo trágico, tremendo, inexplicable. Y oyó decir a su padre:

—Quiero casarme con Jeanette.

El hijo quiso hablar y no pudo. Se sujetó de pronto a una mesa, miró fijamente al padre, se mordió los labios y sonrió.

—¿Te quiere ella? —preguntó.

—Creo que sí, pero no puedo asegurarlo.

Luis Alberto se volvió, haciendo que veía un cuadro, se pasó la manga de la americana por los ojos y dio el rostro reído a su padre.

—Muy bien, papá —dijo.

Y le tendió su dura mano de soldado, de héroe de la patria, que ardía esa noche, como una llama inextinguible.

Albert Luis creyó que se moría. Las luces, los muebles, los cuadros: todas las cosas giraban vertiginosamente a su alrededor. Entonces se sorprendió oyéndose a sí mismo decir:

—Yo también tengo algo parecido que comunicarte, papá.

El viejo militar reía complacido. Estaba orgulloso de su hijo y de su amor.

—¿Estás enamorado?

—Sí —respondió—; pero tendrás que perdonarme que no te diga de quién. Lo sabrás dentro de una semana.

Se sentó. El padre lo miró pícaramente.

—Estoy cansado, papá —dijo.

Afuera tronaba París; tronaba de taxis, de autobuses, de tranvías; tronaba de gritos y de músicas. Padre e hijo se miraban adentro. De pronto Albert Luis se puso en pie y en voz melosa empezó a decir:

—Papá, tengo un hambre loca de divertirme. Voy a salir. Hace cuatro años que no veo París del todo; hace cuatro años que no he hecho otra cosa que matar y evitar que me mataran.

—¡Por la patria! —casi gritó el viejo soldado.

—Por la patria, sí; pero ahora es justo que la patria me dé un poco de aturdimiento.

—Vete hijo. Pero espera; quiero que nada te falte. Aguárdame un momento.

Cuando el padre salió, Albert Luis se metió la cabeza entre las manos y sintió que se le estaba despedazando el corazón.

—¡Ella! ¡Ella! —murmuraba—. ¡Jeanette, mi Jeanette!

Nunca, en cuatro años de horror, de trincheras, de muerte cruel, había sufrido tanto. De haber sido menos fuerte, hubiera llorado lágrimas de sangre.

Oyó pasos e irguió la frente. El padre sonreía.

—Dos billetes de a mil. ¡Gástalo todo, hijo, que más merece quien ha dado su juventud a la patria!

Albert le abrazó y se tiró a la calle. Anduvo como sonámbulo, hasta que encontró un antiguo compañero de armas. Estaban en Batillerie. La gente iba y venía, jubilosa.

—¿Cuánto tiempo hace que no tomas buen vino, Henri? —preguntó Albert Luis.

El otro conservaba su uniforme gris. Sonó los labios.

—¡Oh! ¿Buen vino? He perdido la memoria, camarada.

Rieron ambos. Henri era panadero; un pobre muchacho, un buen compañero, tímido, discreto, con cierto aire infantil que lo hacía amable.

—Buscaremos una taberna, Henri, bien escondida. ¡Tengo unas ganas locas de emborracharme!

—Como en Soissons, ¿recuerdas? ¡Ah la petit Annie!

Y recordaron. En Soissons, mejor dicho, en los suburbios de Soissons, su escuadra fue destinada a un puesto de avanzada, dentro de los límites urbanos. Lograron entrar en un granero, a cubierto, de la artillería, que iba derribando casa por casa la castigada región. En una lucha horrible, a pura bayoneta, peleando hombre a hombre, los boches tuvieron que dejarles el sitio a los suavos. Acababan de instalarse cuando notaron ruido en un rincón. Uno de los soldados se lanzó con la bayoneta calada.

—¡Hey! —gritó una voz femenina.

Y cuando salió del heno aquella figurita graciosa, esbelta, pálida de terror, todos se sintieron conmovidos.

—Estaban aquí desde por la mañana —explicó—; y yo no he comido por temor a que me vieran. ¡Nunca hubiera consentido en que me besara una bestia de aquéllas!

Ellos trataron de consolarla.

—¡No! ¡Sí ya estoy bien! Ahora los voy a besar a todos, para que vean cómo los quiero.

Los soldados reían a más no poder. Al cabo, un romance delicioso se estableció entre el sargento Duhamy y Annie «la del granero», como le llamaron siempre. Pero aquel romance terminó un día: había que seguir, que seguir, que seguir. De vuelta, tiempo después, el sargento y Henri preguntaron por Annie.

—Me la llevaré a París —aseguraba Albert Luis.

Y por las explicaciones que les dieron, sacaron en limpio que la muchacha se había ido con un oficial de enlace, hacia la retaguardia.

Ellos rieron. Era la guerra.

—Oh, Henri. ¡Cómo se aprovechaban los emboscados de su tiempo!

Y para celebrar la birlada que les diera el emboscado, gastaron las economías bebiendo un vino horrible, hasta que, ya borrachos, sintieron el roncar de un avión que iba desgranando bombas arriba. Cuando se levantaron, apenas quedaban dos paredes en pie.

—No me acostumbro —explicó Henri—. Oigo un autobús y miro temeroso hacia arriba. Ayer estaban maniobrando los aviones.

Todavía me asustan. Todos los días me asombro de despertar en una cama, aquí en este París.

—Aquí —dijo Albert Luis señalando una puerta.

Entraron. El humo, los chistes gruesos de las mujeres descaradas que bebían aguardiente; la música de una vieja pianola: todo indicaba que aquello era de lo peor. Pero los dos veteranos no querían otra cosa. Y entre humo, mujerzuelas y vino, pasaron dos horas, tres horas, enloqueciéndose y gritando. Al fin salieron. Iban cantando a plena voz coplas indecentes de trincheras, abrazados, contentos como niños.

Albert Luis despertó en una habitación oscura, con una mujer al lado. Al pie de la cama roncaba Henri. Duhamy se levantó, asqueado, dio un puntapié a su compañero y le gritó:

—¡A las armas!

El otro se incorporó asustado. Salieron. El sol de invierno se insinuaba sobre los tejados de la vieja ciudad. Desayunaron en un restaurant de mala muerte. Después Henri tuvo que irse y Albert Luis se quedó solo, con su martirio. Al fin pensó súbitamente:

—¡La Legión!

Y sin esperar a meditarlo, tomó un taxi y dio la dirección de la Rué Dominique. Un hombrecito de ojo zahori, calvo, le preguntaba:

—¿Qué dirección quiere?

—Luis Duchesne.

—¿Desea conservar su incógnita?

—Desde luego. Que nadie sepa quién se ha inscrito aquí.

—¿Instrucción militar?

—Sargento, cuatro años de campaña en el frente central.

El hombrecito sonrió satisfecho.

Otros reclutas esperaban turno. A Albert Luis le dieron unos papeles y le rogaron que volviera en la tarde. Hizo hora, entreteniéndose por los bulevares. Cuando retornó le hicieron entrar en una habitación llena de aparatos de observación. Un médico silencioso, viejo ya, le hizo un examen completo, desde los pies hasta la cabeza. Media hora más tarde tenía la enhorabuena del hombrecito calvo. Sonreía mucho.

—Tendrá que servir como recluta siete meses, a pesar de su instrucción militar. Será enviado a Indochina.

—Hubiera preferido África —lamentó él.

Pero no fue ni a Indochina ni a África, sino a Siria. Un año estuvo allí, en campos de entrenamiento y en servicio de patrullaje por el desierto. Un año sin la menor aventura, sin la menor noticia del mundo; ignorando la suerte de Jeanette y de su padre, la suerte de Francia y de sus amigos.

Al atardecer, cuando el sol del desierto descendía como una bola de fuego inmensa, y el arenal empezaba a despedir ese calor de llamarada que quemaba la piel, el recluta Duchesne, silencioso y retraído recordaba el pelo bronceado de Jeanette, su perfume, su risa, sus ojos maravillosos.

—¡Diez años! —se decía—. Cuando retorne, si vivo para entonces, ella me habrá olvidado del todo, tendrá hijos, que serán mis hermanos; mi padre estará blanco de canas y vivirá feliz, como un viejo de cuentos.

Un dolor inexplicable le iba llenando el pecho. Le fastidiaba el calor, le fastidiaba la inacción, le cansaba la vida muerta de la Legión. Pero un día por fin fue llamado con otros compañeros y se le ordenó que se preparara a salir. Estaba destinado al África. Dos compañías enteras pasaban a la tierra bravía de Algeria. Hasta su retiro del desierto asiático, llegaban noticias de la rebelión mora, que se recrudecía cada año, como planta que crece invariablemente en primavera, no importa que la corten.

El primer acto heroico del soldado Duchesne, el que le conquistó la admiración de «les enfants terribles» de la tropa colonial, fue el siguiente: una columna abastecedora se dirigía hacia las faldas de Atlas. Llevaba municiones, medicinas y comida. Fue asaltada inesperadamente, sin paqueo previo, por unos doscientos moros de a caballo. El soldado Duchesne estaba todavía sin foguear. De manera que no hubo indisciplina, según alegó el oficial, sino entusiasmo de combatiente o desorbitación del sistema nervioso, cuando, lanzándose con un ímpetu salvaje sobre un montón de moros, aquel soldado silencioso arrebató un alfange a un enemigo y se encontró a caballo entre los propios atacantes, combatiendo como una fiera. Nada hubiera podido sorprender más al moro que la agresividad de aquel legionarito, y nada podía entusiasmar más a los compañeros que el valor inconcebible de aquel hombre. El lema de la Legión era «ir todos a donde vaya uno». De manera que los legionarios cumplieron su deber cuando se lanzaron, aullando como perros rabiosos, sobre los moros asombrados. Y el rápido ataque, el inesperado sistema de combate, asustó a la

morisma, que volvió grupas. Los demás imitaron a los primeros en huir. La certera puntería de la Legión fue sembrando el lugar de cadáveres. Nunca recordaba un oficial un ataque tan velozmente deshecho ni con tan pocas bajas. De manera que estaba realmente entusiasmado cuando pidió una mención especial para el raso Duchesne y, a ser posible, un ascenso.

El ascenso tardó mucho en llegar. Lo concedieron después de varias acciones, entre las cuales la más destacada fue la de evacuar una comisión secreta que suponía un gran riesgo. Yo estaba ya en la Legión y recuerdo el caso:

Se hablaba de una próxima revuelta. Teníamos más de tres meses de calma y la Legión empezaba a desesperar. El legionario no estima la paz, entre otras cosas, porque no hay oportunidad para el pillaje ni para el ascenso. El ascenso significa mejor sueldo y hasta posibilidad de pasar a distintos cuerpos del gran ejército colonial. Estábamos así, maldiciendo de la paz, cuando llegaron los rumores. Un día fueron llamados varios soldados, de los más destacados por su valor y discreción. A Duchesne se le confió un encargo que consistía en recorrer determinada parte del territorio vestido de moro, con objeto de conseguir informes que parecían muy importantes para el Estado Mayor. Y Duchesne se fue; estuvo un mes afuera, sin que se tuvieran noticias suyas; al mes retornó, no con los secretos, sino con un prisionero que era nada menos que Rain-Bej-í, ¡Rain-Bej-í! Ningún legionario lo hubiera sospechado nunca. Rain-Bej-í era francés.

Durante cerca de tres años, Rain-Bej-í estuvo dándoles que hacer a las autoridades coloniales. Comandaba una partida que operaba con una velocidad y un acierto asombrosos. No tendría arriba de cincuenta moros, eso sí, aguerridos todos y todos bien montados; y, perseguido hoy en un punto, atacaba mañana por sorpresa cuarenta millas distante. Jamás se pudo saber dónde se escondía ni cómo se las arreglaba para mantener intacta su partida. Todo eso lo averiguó y lo arregló el soldado Duchesne. Según se nos explicó después, ocurrió así:

Predicando la guerra santa contra el invasor, un árabe desconocido fue recorriendo kábilas, zocos, oasis, sin que nadie supiera de dónde venía ni a dónde iba. Un día aquel árabe fue invitado a ver a Rain-Bej-í. No quería él otra cosa. Durante cerca de veinticinco días obtuvo informes, noticias que iba recogiendo con celo y guardando en notas que escribía de noche y que escondía entre la ropa.

Para ver a Rain-Bej-í tuvo que viajar día y medio, con sólo un compañero, eludiendo las rutas frecuentadas. Llegó de noche a la falda de la cordillera, se le hizo subir cerca de cuatro horas por vericuetos y barrancos. Iba sereno. Sabía que al menor descuido, si sospechaban su superchería, le darían una muerte cruel. Pero ¿qué otra cosa mejor, que morir en la oscuridad de la montaña, podía esperar un hombre que había recibido de manos de su propio padre el golpe que había recibido él?

Mientras caminaba veía las estrellas arriba, titilando y enviando su luz al lóbrego desierto. Ascendía y pensaba. Una tristeza enorme iba descendiendo desde las estrellas y adueñándose del bravío mundo que le rodeaba. Silencioso, el moro

caminaba a su lado, infatigable. Sería media noche cuando el moro señaló el fondo de un barranco y dijo: —De aquí sigue solo. Allá abajo le espera una persona que lo conducirá a la tienda de Rain-Bej-í.

Duchesne miró fijamente al moro.

—Saben quien soy —pensó—; me matarán sin remedio. He caído tontamente en una emboscada.

De inmediato recordó los informes que tenía y que debía entregar. Si moría en tal momento, el Estado Mayor carecería de noticias preciosas, que podían evitar muchas desgracias. Pero decidió afrontar el peligro y descendió lentamente, procurando no desbarrancarse por aquella senda infernal. Allá abajo, nadie. Sintió el ruido que hace el caballo al patear en la roca. Debía haber gente. Anduvo. La noche cerrada no le dejaba ver. Llevó la mano al puñal. La sombra se le acercó y dijo algo. Echó a andar. La sombra levantó de pronto una cortina y mostró la entrada de una cueva. Una lucecita parpadeaba en el fondo. Nadie. Se volvió intrigado. Entonces oyó que la sombra, inclinada, decía:

—Sed bienvenido a la casa de Rain-Bej-í.

—¿Y el huésped? —preguntó.

El moro, alto, mostrando unos dientes blanquísimos a la débil luz, respondió lentamente:

—¡Oh viajero del desierto, que predicas la guerra santa y no la practicas! Rain-Bej-í es quien tiene el honor de hablarte.

Como picado por un animal, Duchesne se volvió impresionado. Él conocía esa voz. Él había oído esa voz en algún sitio. Recordó de súbito un día, en los primeros de la guerra: un mocetón de la Picardía había dicho: «Yo peleo por la libertad de Francia y también pelearía contra Francia por la libertad de otros pueblos». Sintió que le abandonaba su serenidad. Habló sin embargo:

—Nunca creí alcanzar la honra de hablar con Rain-Bej-í, el caudillo invencible, que ha heredado de Mahoma la fe y la sabiduría —dijo.

Pero siguió recordando al mocetón de la Picardía, y evocó el disgusto que tuviera un día con un sargento, y como supo más tarde que el sargento había sido muerto y el matador había desertado. Por eso, cuando el moro tornó a hablar, él preguntó, intrigado:

—¿Puede saberse por qué el magnánimo Rain-Bej-í vive tan solo y tan apartado de sus valientes soldados?

—Porque Rain-Bej-í conoce mucho al francés y sabe de qué son capaces, y sabe también que el dinero de los blancos corrompe todas las almas.

—Allah es grande y él da sabiduría a sus elegidos —respondió Duchesne.

El otro sonrió con malicia.

—Sí —dijo con una sonrisa cortante—. Allah me ha dado tanta sabiduría, que conozco a los impostores y sé traerlos a mi guarida.

Duchesne sintió el frío de la muerte helarle la espalda. Pero habló con voz metálica.

—También yo conozco a los impostores, gracias a la sabiduría de Allah, y sobre todo a los que olvidando sus deberes combaten contra la bandera que cobijó su infancia.

Rain-Bej-í tuvo un brillo relampagueante en los ojos. Se levantó sereno. De pronto dijo en francés:

—Lo siento; pero me has descubierto y vas a morir.

Duchesne se puso en pie:

—Yo también lo siento; pero me has descubierto y vas a morir.

Como dos leones que se miden en el desierto, aquellos hombres se miraron y se estudiaron.

De pronto habló Duchesne:

—En nombre de Francia, yo te prometo garantía de tu vida al precio de la mía. ¡No mates hijos de madres francesas para encubrir tu crimeji! Francia olvidará ese crimen si sabes ser francés, y todavía es tiempo. ¡No mancilles la gloria de tu patria!

Sonreído, el otro le dejaba hablar. De pronto se sentó y dijo:

—Te mandé buscar, porque sabía quién eras. Estoy cansado. Hace más de un mes que sueño con mis hijos. El recuerdo de los míos me atormenta.

Con las sombras de la noche, dos hombres abandonaron la sombría montaña y tomaron la ruta de la costa.

Debido a todas esas hazañas, a su simpatía personal y a la distinción que emergía de todo su ser, de todos sus actos, el cabo Duchesne tenía el afecto de toda la Legión. Un viejo soldado maldiciente, a quien le decíamos El Húngaro, que parecía un oso por la torpeza de sus movimientos, aseguraba que el cabo era el ángel bueno del regimiento y que él estaba dispuesto a sacarle un diente al primero que dijera algo desagradable de su admirado compañero. «El Húngaro», que no bebía pero que actuaba siempre como quien está borracho, erizaba un copioso bigote gris que parecía de estopa más que de pelo, y ponía ojos paternales al hablar del cabo.

Cuando llegó al fortín la noticia de que se le había concedido a Duchesne la Gran Cruz del Mérito Militar y cuando el oficial, con voz turbia de emoción, aseguraba que era gloria de toda la Legión el hecho de que se le concediera tal condecoración a uno de los suyos; y cuando afirmó, lleno de orgullo, que desde los días trágicos de la guerra europea, ningún hombre había obtenido honor tan alto, los «enfants terribles» del desierto rompieron en gritos y en ¡vivas! atronadores y el mastodóntico Bill quería ahorcar a Giacommo que, con la lengua afuera y los ojos saltones, pedía misericordia «per la madonna» y echaba pestes contra el brutal americano.

¡Qué día aquél! Todavía sentido de mi herida, yo asistí, alegre y un poco emocionado, a la cálida demostración de cariño que quisieron darle los legionarios a

su cabo. Cada uno llevó un regalo; la mayor parte consistió en cigarrillos, y como la ración era bien corta, ninguno estaba en condiciones de dar más de uno; legionarios hubo que concurrieron al obsequio colectivo con un fósforo; y quien, con un vaso roto, quien con un par de medias usadas. Era regocijante aquello, porque se había establecido como obligatorio que cada uno pronunciara un discurso y que se preparara una velada para la noche. El cabo hizo esfuerzos por no aceptar el homenaje; hasta llegó a encolerizarse. Yo le veía triste, alejado, y le compadecía, porque yo sabía que algo muy doloroso estaba clamando entonces en el fondo de su corazón. ¿No eran suyas las palabras de la noche horrible: «y que tengan la felicidad a que son acreedores ella y él»?

Pero el cabo tuvo que aceptar. Bill se plantó el primero frente al homenajeado, se llevó una mano al pecho, escupió, se volvió con ojos de becerro y enseguida se puso furioso.

—¡Perro sarnoso! —bramó dirigiéndose a Giacomo—. ¿Por qué no me dices cómo empieza el discurso? ¿No ves que lo he olvidado?

El concurso rompió en carcajadas atronadoras. El propio cabo tuvo que sonreír. Giacomo, chiquito y cabezón como era, con aquellos ojos negríssimos y vivaces, empujó al americano y se plantó en su lugar. Inmediatamente empezó a gesticular como una diva de ópera.

—¡Caporale glorioso de la invicta Legione! —empezó.

Pero ahí terminó el discurso, porque El Húngaro bramó como una fiera:

—¿Cómo te atreves a decirle esa palabra al cabo?

A seguidas erizó los bigotes, sopló como un oso, cogió al italiano por la cintura y lo tiró contra un rincón. Empujándose y gritando de júbilo, todos los muchachos iban cumpliendo su parte. Cuando terminó el acto, había a los pies de Duchesne un montón de cigarrillos.

En la noche por poco no matan a Bill, porque alguien descubrió que el cabo no fumaba y que él había usufructuado la mejor parte del obsequio. Fue entonces cuando los muchachos comprendieron por qué tenía Bill tanto empeño en que el regalo consistiera en tabaco.

Para el acto solemne de la condecoración se escogió el fortín de Aj-e-dón, no sólo porque estaba en una región que siempre había sido rebelde, sino además porque era amplio y era el más cercano al lugar de la acción por la cual se honraba al cabo.

Recuerdo el acto como ahora. Y lo recuerdo porque yo también, y perdóneseme esta mención que tenía pensado ocultar, fui distinguido con una cinta azul y roja y porque yo estuve toda la mañana al lado de Duchesne, bajo aquel endemoniado sol africano y porque, en fin, aquel es uno de los días más intensos de mi vida. Ahora diré por qué.

En toda la Legión se hablaba de que venían funcionarios y militares de Francia a imponer las distinciones. Se aprovechaba el día, 14 de julio, nada menos, para premiar a todos los anónimos héroes de la patria de la libertad. Nos tuvieron una

semana entera repasando ejercicios, revisando rifles, arreglando ropa. El sol del desierto fulgía implacable. Nos asábamos. En todos los ámbitos del fortín, rumoraban las voces de los legionarios que hacían chistes o decían maldiciones.

El día grande, el día esperado, llegó al fin. Nunca flotó tan airosa la bandera francesa, como aquella mañana roja, cuando, entre el sangriento amanecer africano, sus tres colores heroicos y armónicos iban ascendiendo lentamente, al ronco son de los tambores y al metálico cantar de la corneta. Una cinta negra iba con ella, en recuerdo de los que habían caído defendiéndola.

A las diez, con nuestros uniformes rojos, azules y blancos, con nuestros rifles brillantes, con nuestros corazones rebosantes de orgullo, formamos en cuadro frente a la bandera y oímos el canto único de La Marsellesa, que iba extendiéndose por todo el arenal, por el espacio pardo, bajo el cielo diáfano y duro, y parecía llevar con él el espíritu inmortal de la Francia. Confieso que me sentí emocionado, y confieso que dejé vagar la imaginación un rato, y que recordé los días sangrientos del 1889 y del 1891 y que casi estuve al borde de abandonar mi proyecto de fuga, tan pronto como me cansara de la Legión.

A las diez y media estallaron las órdenes. Aparecieron de pronto los automóviles de la comitiva, entre una nube de polvo, y ya no pudimos ver más, porque debimos atender a la voz de mando que gritaba, estentórea:

—¡Firmes!

Cuando la corneta tornó a dejarse oír, doliente, en memoria de los caídos, traté de ver a un lado: allí estaba el cabo, silencioso y pálido. Otra vez la corneta. Esta vez oí mi nombre y oí el de mi compañero. Se nos ordenaba avanzar.

El silencio era tan grande, que se podía oír el paso del sol. La comitiva venía hacia nosotros. De pronto un anciano general se plantó a nuestro frente, abrió los ojos, como asombrado y murmuró con voz ronca:

—¡Mi hijo; hijo mío!

De golpe comprendí la situación. Había visto retratos del general Duhamy, además, estaba medio en el secreto. Por eso me volví para ver al cabo. Había palidecido más de la cuenta y apenas musitó:

—Papá.

Pero ambos se rehicieron de pronto. Cuando, con mano temblorosa, el viejo soldado le colocó la condecoración, le vi las lágrimas asomadas a los ojos. Después se dirigió a la comitiva:

—Es mi hijo —dijo—, mi hijo, el que había perdido.

Aquellos engolados señores no comprendieron. Entonces el general abrazó al cabo. Fue un abrazo doble, de Francia a su legionario, y del padre al hijo.

—Albert; cuánto hemos sufrido. Jeanette te espera todavía, y te ama como ninguna mujer puede amar.

Velada por la moción, oí la voz del cabo:

—¡Oh, papá! Espero que ambos habrán sido felices.

—¿Felices? Felices seremos ahora, hijo —sonrió.

Al rato agregó:

—Ella me confesó que te amaba y que por lo mismo no podía aceptarme. Te espera.

No sé qué otras cosas se dijeron. Un coronel pronunciaba un discurso patriótico. Hablaba con el puño cerrado, con voz autoritaria y cortada. Recuerdo que dijo, al final:

—Igual que a los soldados de Napoleón los contemplaban cuarenta siglos desde las Pirámides, a vosotros, legionarios de Francia, os contemplan siglo y medio de gloria desde lo alto de ese mástil donde ondea el pabellón tricolor.

Hubo después charangas, brindis, fiestas para la tropa, sol para nosotros y para los señores de la comitiva, polvo, historias, y al final, la noche cansada y pesada del desierto.

Este final lo escribo aquí, en París, dos años después de aquel día memorable de la condecoración. Soy un desertor de la Legión. Lo hice como hago todas las cosas en mi vida. Quizá vuelva a China. Me gustaría tumbar aviones japoneses. Es probable que lo haga, si consigo hacer aquí un curso de aviación.

Estoy en París, Rué de la Madeleine abajo, en un hotelillo modesto. Acabo de venir de la casa del teniente Albert Luis Duhamy. De la boca admirable de Jeanette, que muestra unos labios tan finos y tan bien dibujados como nunca los soñaría hombre alguno, y unos dientes tan brillantes, tan blancos y tan parejos, como jamás los ha tenido mujer; de la boca de Jeanette he oído la historia de sus amores, y de la de Albert Luis la de su odisea después de la noche terrible en que su padre le habló de las probables bodas entre él y Jeanette.

Ambos ríen. El teniente, conmovido, asegura:

—No me gusta hablar de esto; pero le juro que no sentía el menor dolor en sacrificarme con tal de que mi padre fuera feliz.

Muy mimosa, ella interviene:

—Pero es que también me sacrificaba yo, y no había derecho a tanto.

Yo intento decir algo, pero siento pisadas y una voz amable, y callo. El viejo general entra estallando en risas.

—Vengan ustedes; vengan ustedes —invita muy orondo.

Cuando nos acercamos a la nursery él, como quien está mostrando un campo de batalla, extiende el dedo. Su nieto está apuñando briosamente un raído kepis.

El viejo sonrío lleno de orgullo.

—Va a ser un Duhamy —asegura muy serio.

Los jóvenes padres sonrían también, envueltos en grata dulzura. Por la ventana veo la tarde parisina, que va cayendo lentamente. Después digo adiós, y tomo el camino de mi hotel, pensando en San Luis, en mi infancia, en que también yo debería estar jugando con un nenito rubio.

Pero ahora, al terminar esta historia, mientras evoco la risa cristalina de Jeanette, la mirada leal de Albert Luis, la voz cariñosa del general abuelo, los gritos agudos del niño, pienso en la China abatida, en el Japón queriendo extenderse por Manchurria, y decido empezar mañana a hacer mis maletas.

Después, si no me conviene deserto otra vez. Y estaré desertando hasta que lo haga de la propia vida.

Alma Latina,
San Juan, Puerto Rico, 9 de julio al 6 de agosto de 1938

El Dios de la selva

El «Star» cabeceaba cortando las aguas del vasto Atlántico, en ruta hacia Río. Habíamos dejado atrás la línea ecuatorial, y con ella el espíritu carnavalesco que nos poseyó a todos esa noche, y nos quedaba, del grato momento, un recuerdo amable y único: la voz melodiosa de Amelia, que cantaba una samba llena de exóticos tonos y de insinuantes ritmos, entre los que parecía surgir todo el trópico impetuoso, el trópico de pájaros multicolores, de selvas impresionantes, de ríos portentosos, de mágicas leyendas.

—Y bien, amigos míos —aseguraba el alemán cuelllicorto y festivo explayándose en su silla de extensión— de estas fiestas de abordo huyo siempre, porque la alegría exagerada deja un fondo de tristeza que a veces logra conducirnos a extremos trágicos.

Me admiró la justa sentencia del teutón. Nunca creí que hubiera un alemán tan elegantemente, tan discretamente epicúreo.

—Amigo mío —intervine— ruego disculparme este exabrupto; pero me atrevería a jurar que usted no es alemán puro, por lo menos de esos arianos del momento, tan enemigos del medio tono grato a su espíritu.

—¡Oh! —se dolió, al tiempo que encendía un habano de penetrante olor—; yo soy alemán puro, pero soy también, o mejor todavía, soy sobre todo, un hijo de la selva y por tanto un extranjero en el Tercer Reich.

Los circunstantes no pudimos evitar una mirada en redondo, de asombro, de ojo en ojo, como si nos estuviéramos todos estudiando. Mi viejo amigo Rambao, con sus bigotes negros de guías enhiestas y sus brillantes de puras aguas en ambas manos, hizo un gesto de marcado desdén y dijo, en voz tan baja que sólo yo le oí:

—El alemán que habla así es más peligroso que el otro.

—El trópico tampoco es discreto, señor mío —advirtió tímidamente alguien.

—Sin duda —sentenció el germano—. Nada tan impetuoso, tan violento, como el trópico en todas sus manifestaciones.

—Entonces, ¿por qué dice usted que por ser hijo de la selva es tan comedido?

Rió glotonamente el alemán.

—¡Ah! Porque yo soy europeo y de Europa traje ese secreto del equilibrio entre la pasión y el cerebro, entre el disfrute y el ejercicio del placer; y tal equilibrio, que es producto de las civilizaciones cansadas y por tanto refinadas, puede también aplicarse al trópico si el sujeto que lo mantiene sabe mantenerse vigilante frente a las incitaciones de esta furiosa demanda vital de la zona.

—Se diría que usted habla como quien ha dominado a la naturaleza externa mediante el dominio de la propia interna naturaleza.

Sonrió muy sabiamente el germano. A tumbo y tumbo, el «Star» iba ganando distancia. A trechos el océano inmenso despedía reflejos vigorosos y fugaces. Toda la vida urgente del trópico parecía bullir en el vientre del mar inagotable.

Rambao se puso en pie. Era alto y elegante, con su piel cetrina, sus dientes de lobo, sus ojos brillantes. Fumaba con gesto de quien ama el tabaco y le apena verlo en lenta consunción. Anduvo hasta la barandilla, contempló el mar escasos segundos y volvió el rostro al grupo, como con una súbita determinación. Así caminó con paso altivo y violento a un tiempo, se encaró al alemán, que sonreía como un niño, y con voz metálica, visiblemente anormal, pronunció estas inesperadas palabras:

—Nosotros, los hombres de estas tierras, amamos a nuestra naturaleza con la misma fiereza con que amamos a nuestras mujeres. A mí me parece una burla indigna engañar, como usted lo hace, a la vida profunda de este mundo imperioso e imponente. Jamás penetraría yo en la catedral de Colonia sin el respeto que exige aquella obra de arte inigualable. Desprecio me merece el turista que anda con una Kodak a caza de motivos pintorescos para hablar después en su pueblo del Middlewest, de un mundo que no ha podido penetrar; pero más desprecio tengo para aquellos que, como nuevos conquistadores, más desalmados que los españoles, vienen a pedir a esta tierra la satisfacción de un sensualismo morboso, que se alimenta en filosofías decadentes.

Entonces se sentó Rambao, mientras el alemán miraba entre azorado e indignado.

—¡Qué sabe usted —gritó de pronto el europeo, levantándose de un salto— quién soy yo ni en qué ando! ¡Qué sabe usted de mi amor religioso por este mundo que está a medio descubrir todavía! Usted podrá sentir esto, este efluvio de la tierra; podrá tener el sentimiento de su fuerza y la intuición de su destino; podrá percibir, por una especie de emanación telúrica, el mensaje de América, pero usted no puede leer en los signos de su pasado, en los signos de su presente: en sus piedras, en sus ríos y en sus selvas, en sus hombres y en sus animales, lo que yo leo y lo que yo sé; y mi amor, templado por el conocimiento, tiene que ser, debe ser más imperecedero, más constructivo y más intenso que el suyo, que es casi un amor todavía animal, primario, intuitivo y adquirido por el mero contagio con la naturaleza.

Tanto se movía el alemán mientras agotaba tan largo párrafo, que el cigarrillo se le descenizó. Se echó en su silla agotado, y movió los ojos como en señal de que ya no hablaría más, de que se sentía disgustado. ¡Y si él hubiera sabido lo que había crecido a nuestros ojos! El propio Rambao dejó ver su admiración. Nadie dijo nada porque todos nos sentíamos molestos. Yo me puse a ver el incesante y amplio meneo del mar, que a ratos despedía reflejos, como si mostrara imprevistos flancos de bronce o como si mantuviera millares de estrellas en el seno de las aguas y las dejara asomarse de vez en cuando a la superficie, para que pudieran ver las que allá arriba, en el profundo cielo del litoral brasileño, mostraban su inacabable parpadeo.

A la hora de dormir me di a pensar en el alemán. No sólo tenía la certeza de que era un hombre interesante por más de un aspecto, sino que algo me decía, insistentemente, que mi vida y la de ese hombre iban a juntarse en alguna gran ocasión. Me levanté temprano. Recorrí el barco, de extremo a extremo, sin dar con él.

A veces me acudía el pensamiento apuntado inteligentemente por Rambao: tal hombre podía ser un agente nazi. Tenía muchas condiciones para desempeñar con éxito comisiones secretas. Cruzando un pasillo me pareció oír una voz conocida y dulce. Pero Amelia, que yo supiera, no hablaba alemán. De pronto me detuve. ¿Quién era Amelia? ¿De dónde venía? ¿Por qué viajaba sola? Dos horas más tarde, mi imaginación torturada tenía una explicación: Amelia era hija del alemán; su madre sería una mestiza; quizá una india, acaso una negra; su padre la envió a estudiar en Alemania, y los arios se valían ahora de su política de protección a los descendientes de los alemanes para justificar el uso, en misión secreta, de una brasilero-alemana que a todas luces no era ariana.

Al atardecer la vi. Venía de la dirección de la costa lejana una brisa envolvente, suave y gentil. Amelia cruzaba el paseo de cubierta, al aire el pañolón multicolor que cubría su cabeza, al aire sus dientes maravillosos y como iluminados sus bellos ojos glaucos.

—Good afternoon, mister —cantó en un inglés zalamero.

—Buenas tardes, señorita —respondí agresivo.

—¡Uy! ¿Por qué está triste hoy el americano? —chanceó.

Tuve que disimular:

—Es que estoy preocupado —inventé.

—¡Bah! No se preocupe usted por nada mientras no llegue a Río.

—Cierto —asentí—, pero es que he estado acordándome hoy de un amigo judío a quien han metido en un campo de concentración en Alemania.

Velozmente, vi la cara de Amelia cambiar.

—Está cogida —pensé. Y me satisfizo mi perspicacia.

—Es sensible —dijo ella simplemente. Y se alejó por el pasillo, con paso lento y al parecer cansado.

—Bien —me dije, he aquí una causa noble y justa para que yo deje de pensar en Amelia.

Me sentía puerilmente satisfecho de mi astucia, pero en el fondo sentía un gran dolor porque lo que yo creía haber descubierto me distanciaba para siempre de aquella voz melodiosa, que cantaba con tan entrañable y extraña entonación la samba de origen negro, la samba del trópico, sensual, impetuosa y triste como la tierra donde naciera.

Y en verdad, yo nunca hubiera puesto los ojos, a sabiendas, en una mujer que sirviera causas tan poco humanas como la que, a mi juicio, servía «la hija del agente nazi».

¡Río de Janeiro! Coronando la ciudad que se desparrama llena de vida y de gracias, y que parece ir rodando hasta hundirse en el mar azul y móvil, el Pilón de Azúcar, atalaya infatigable, el paisaje más bello que soñó hombre alguno. La ciudad, blanca, luminosa, asciende y desciende, curva, se pierde, torna. Rostros cetrinos y

vivaces llenan las avenidas. La vegetación revienta casi entre los techos de los edificios de mármol. Se oye a todas horas el dulce acunar del idioma, en el cual parece estarse cantando más que hablando.

Entre muelle y hotel consumí acaso dos horas escasas. Después me dirigí precipitadamente a mi obligado destino. Iba a pie para gozar el paseo, para llenarme de luz y de aire. De pronto, un hombre altísimo, flaco, narigudo y de dientes largos, salió corriendo de un café que estaba en la acera de enfrente.

—¡Hey, Lewis! ¡Lewis! —gritaba. Me volví asombrado. El larguilucho se me tiró arriba y poco faltó para que me besara. Tenía que doblarse para hacerme carantoñas.

—¡John, diablos! ¿Me quieres decir qué haces en Río?

El interminable John empezó a rascarse la cabeza y a cerrar un ojo. Después dejó quieta la cabeza y la emprendió con la barba.

—Bueno, Lewis, ocurre que yo nunca he hablado una mentira, ¿sabes?, y no quiero hablarla ahora.

La gente se nos tiraba arriba, atropellándonos.

—Oye, explícame, ¿sigues tan imbécil como cuando estábamos en la escuela? ¿Quieres explicarme qué es esto de la mentira o de la verdad?

Con una expresión muy acongojada, John me suplicó:

—Oh, no empieces. Es algo verdaderamente grave para mí. Y créeme que ando buscando cómo desembuchar este secreto. No sirvo para secretos. Júralo.

Yo me quedé atónito y miré bien a mi compañero. ¿Alguna droga? Porque me han hablado de drogas de estos países que quitan la memoria y la razón en un santiamén. Le apreté el brazo.

—Empieza por decirme si estás en tus cabales —dije haciéndome el incrédulo.

John sonrió vagamente.

—¿Quieres que hablemos con calma? ¿Un whisky, allí?

Pero nos tomamos uno, dos, tres, cuatro. John no decía palabra. Se pasaba el tiempo buscando con los ojos, como quien acecha. Me puse en pie.

—Oye, siento no conocer tu historia. Yo tengo que presentarme hoy mismo en la oficina de la Sao Paulo Oil. No puedo perder tiempo. Adiós.

—No seas imbécil, Lewis. Siempre has sido así: que si de prisa, que si no hay tiempo. Aquí hay tiempo para todo. Esto es distinto. Además, te vas a ir ahora, cuando estoy listo a confiarte el gran secreto.

—Pero ¿en qué puede interesarme un secreto tuyo, John?

El largo amigo abrió un palmo de boca y dos de ojos.

—¿Interesarte? ¿Sabes tú lo que dices, animal?

—Pues empieza o me marchó. ¡Pronto!

Mi inacabable amigo, que tenía que enredarse para estar cómodo, se arregló como pudo en su silla, miró tristemente el mármol de la mesita, ojeó con mirada cansada a la avenida llena de gente, y empezó:

—Estoy aquí desde hace dos meses. Vine...

—¡Lewis! —estalló una voz.

John el largo brincó asustado. Yo me hubiera sentido molesto si tras la voz no hubiera aparecido la sonrisa blanca y dura de mi amigo Rambao.

Pedimos otros whiskies. Alegrementemente, empezamos a hablar de lances de amor, de la mujer carioca, de Río, de la travesía.

—¿No ha visto a su alemán? —preguntó Rambao.

—No —confesé.

John me tiró encima su manaza estúpida. Parecía muy asombrado.

—¿Venía con ustedes un alemán? —preguntó demudado.

Y al decirle que sí le miré fijamente, mientras Rambao, un poco de lado, sonreía a una mujer de ojos negros y de brazos lentos que le miraba con visible simpatía.

—¡No hables! —le ordené a John en voz baja.

Tenía, no sabía por qué, la seguridad de que sus palabras iban a iniciar una serie de acontecimientos en los que el destino me reservaba parte importante.

Él comprendió. Rambao se volvió a nosotros.

Y para que nada vislumbraran ni él ni John, haciéndome el frívolo, pedí más whisky, más, más. Hasta que ambos se sintieron flaquear y empezaba a flaquear también la tarde carioca, que sangraba en los flancos del Pilón de Azúcar y en la bahía inmóvil.

El desgarrado John sudaba frío.

—¿Nos vamos? —dijo poniéndose en pie.

Me quedé mirándole fijamente. ¿Qué diablos tenía que decirme aquel tonto?

—John, lo siento; yo debo ir a la oficina.

—Explícame, primero, ¿tú has venido aquí tras aquello, no?

—¿Aquello?

John miró significativamente a Rambao. Yo estaba incómodo. ¿Por qué tal interés y qué era «aquello»?

—Oye, John, yo he venido aquí, simple y llanamente, a tratar de vender a la Sao Paulo Oil una instalación refinadora, o dos, o diez, todas las que pueda. Nada más. No sé qué cosa es «aquello» ni me interesa.

—¡Ah! Perdona. A mí sí me interesa.

—Y ahora —expliqué— tengo que irme, porque sé que hay aquí dos vendedores más, un inglés y un holandés, que están tratando de dañarme el negocio.

Aquí el largo John abrió su boca y le relumbraron los ojos.

—¡Ja, ja, Lewis! Ya lo sabía yo. Es curioso. ¿Por qué vienen todos con el mismo cuento de la planta refinadora? ¿No les parece que eso infunde sospechas?

—Mira —dije poniéndome en pie—, ¿quieres hacerme el favor de hablar claro?

—¿Claro? Eso querrías tú. Yo no soy tan tonto como parezco, Lewis.

—Sí, ya lo veo —respondí amoscado—, no tanto: eres más.

Y me puse en pie. Rambao, que estaba charlando con una joven en la mesa cercana, vino corriendo a suplicarme que no me fuera.

—Tiene usted que comer conmigo y, además, tengo algunas sorpresas para usted —dijo.

—¡Oh!, lo siento, Rambao. No tengo tiempo que perder. ¿Por qué no vernos más tarde?

—Justo. ¿Le parece bien a las ocho? Iré a su hotel. ¿Cuál?

Di el nombre. Con su sonrisa blanca y arrogante, con su bigote de caballero y su andar gentil, Rambao se fue a recibir el saludo de otra dama que le hacía señas desde un rincón del café.

—Bien, John —dije—, hasta luego. Espero que nos veamos otra vez.

John se paró de un salto.

—Oye, Lewis —parecía muy apenado—, te lo suplico por lo que más quieras: no me malogres el negocio. Yo sé que tú eres inteligente y resuelto. Oye, me he defendido de esos bandidos como una fiera. No me malogres tú el negocio, porque es la gran ambición de mi vida. Me suplicaba, con los ojos grises de tanta tristeza. Yo moví la cabeza apenado.

—¡Pobre muchacho! —me decía mientras iba hacia el hotel—. Está loco de remate. ¿Alguna droga?

Insistentemente, la idea de la droga me daba vueltas por la cabeza. Cuando salía de New York compré muchas revistas distintas y todas, sin exceptuar una, daban gran extensión a los artículos, informes y estudios de las drogas que se habían introducido en las universidades americanas. Recordaba, sobre todo, la marihuana. Sabía que en toda Sur América se cultiva, así como la coca de la altiplanicie peruana. Durante todo el viaje estuve pensando en ello, y al darme con John, con sus palabras sin sentido, con su aspecto desordenado y su mirada alucinada, pensé de inmediato en la droga. No podía evitarlo. Ignoraba que también la ambición es una droga, que hace soñar más, mucho más que la peligrosa marihuana o la coca del Perú.

Fui a la Sao Paulo. Durante cerca de dos horas estuve hablando con uno de los gerentes del departamento de producción. Efectivamente, la caza matriz, que estaba en Holanda, tenía interés en construir en territorio brasileño plantas de refinación. Así, el petróleo crudo iría en barcos petroleros desde Venezuela, hasta que pudieran ponerse en explotación los yacimientos que se estaban investigando en las Guayanas. Mi oferta era valiosa. La casa que representaba había simplificado de tal manera el trabajo de la refinación, y hacía ésta a un costo tan bajo y en un tiempo tan corto, que no era posible, a mi juicio, tener competidores.

Durante dos horas hablamos. En principio, simpatizamos mucho y el hombre encontró mi oferta muy sugestiva. Debía volver para hacer cuantas explicaciones parecieran necesarias.

—¿Puede usted traer los planos? —preguntó muy amable.

Yo se los llevaría ¡claro! Se moriría pensando si creía que iba a encontrar nada aprovechable.

Quedamos en vernos dos días más tarde. Él quería tener tiempo de hablar con los consejeros. Yo me fui optimista, y bajaba silbando las escaleras cuando me pareció oír pasos rápidos, como de alguien que procuraba ocultarse. Me asaltó súbitamente una sospecha imprecisa. No creía que se me acechara, pero podía tratarse de un ladrón o de algo peor. Quizá alguien robaba en la casa. Me lancé rápidamente hacia el lugar de donde partían los ruidos. Al alcanzar la puerta de una habitación de espera vi un pie de mujer que huía. Su dueña ganaba ya otra habitación. De golpe se cerró la puerta, justamente cuando yo iba a cruzarla. Me quedé confuso. Recordé fijamente, con los ojos cerrados, a fin de no olvidarlo más, aquel pie calzado por un bello zapato blanco con ribetes negros y el color de tabaco de la media. Durante varios minutos estuve pensando bastante mortificado en aquello. De súbito justifiqué a la mujer, a la que fuera: quizá estaba en una cita violenta. Tal vez fuera empleada de la casa... Sacudí la cabeza y salí.

En el hotel encontré a John. Estaba sentado en mi cuarto, como dueño. Había llenado la alfombra de colillas. Desde que me vio llegar se levantó de un salto.

—Te voy hablar con franqueza, Lewis —dijo.

Me asombró notar que parecía en ese momento un hombre juicioso. ¿Qué diablos le ocurrirá a este muchacho? —me dije. Y me dispuse a oírlo pacientemente.

—Teníamos noticias —empezó— de que llegaba hoy un hombre con ideas precisas de dónde está el templo. El holandés creyó que eras tú. Te vigilarán. Has hablado algo de los planos. No seas tonto, Lewis; confía en mí. Yo dispongo de los hombres necesarios para hacer el viaje, y tengo un mestizo viejo que nos servirá de práctico.

—¿Me quieres decir —le interrumpí—, de qué locuras me estás hablando, John? Tristemente movió la cabeza.

—Es lástima —aseguró—, es lástima. Yo creí encontrar en ti un amigo. Lo lamento. Yo lucharé; estoy dispuesto a luchar. Hace ya más de un año que vengo perdiendo energía tras ese plano, dos años trabajando como un condenado. Y ahora, tú...

Yo creí que me estaba volviendo loco. Lo tomé por los hombros, con todo el afecto que soy capaz de sentir.

—Explícate, John. Es necesario que me expliques qué te pasa, de qué planos me hablas y qué es todo este lío, por fin.

—Te oyeron, Lewis —aseguró—. Hablaste de los planos.

Se puso en pie, con cara de mal humor.

—Volveré mañana o esta noche. No salgas. No debes salir. Te haces el desentendido, pero sabes bien a qué me refiero. Acabarás teniendo fe en mí, porque eres mi amigo de la infancia, porque me conoces y sabes que yo soy incapaz de una infamia y porque, además, nadie está en condiciones de servirte como yo.

Dijo, y se fue. Yo me quedé haciéndome cruces.

Acababa de bañarme y había ya olvidado a John cuando entró en mi cuarto el jovial Rambao, impetuoso y alegre como un chiquillo.

—Oh, Lewis, vamos a pasar una noche encantadora. He encontrado a Luisa aquí. Luisa es un encanto, un tesoro. Usted va a comer conmigo, y después lo llevaré a dar una vuelta por Río y pasaremos por ciertos lugares que usted no olvidará jamás.

Mientras me vestía, Rambao se puso a hojear periódicos y a tararear un aire del país. Después bajamos al *hall* y yo me sentía realmente alegre.

—¡Oh Río, Río, ciudad encantadora, de sol, de color, de placer! Íbamos por aquellas pintorescas y a la vez monumentales rúas de nombres pomposos, y veíamos pasar en oleadas a la maravillosa mujer del Brasil, tan gentil y tan señora. La suma de todas las voces de los paseos, el tono atristado de los vendedores de periódicos, el timbre de los tranvías, las bocinas de los autos: todos aquellos ruidos peculiares, que en Río no son ruidos, formaban una especie de armonía total, de canto doloroso que se iba extendiendo bajo el limpio cielo brasileño.

Me sentía a gusto y como si allí hubiera nacido y vivido siempre.

—¿Vamos a tomar un auto? —preguntó Rambao.

Yo prefería seguir a pie. El aire fresco del mar batía la ciudad; además, me encantaban aquellas calles congestionadas, los paseos pavimentados de multicolores mosaicos, las palmeras enhiestas y solemnes.

—Es que tenemos que ir lejos —explicó Rambao.

Ante tal razón, me dejé llevar. Anduvimos. Rambao me iba mostrando la ciudad, señalándome los edificios más atrayentes. De rato en rato saludaba a un conocido o gritaba una palabra graciosa. Era admirable aquel Rambao tan comedido y tan jovial a un tiempo.

Atardecido ya, me sorprendí en un paseo amplio y lleno de jardines. Rambao detuvo el auto. Una vegetación bravía, como descuidada ex profeso, que a mí se me antojó resumen de la amazónica, escondía una quinta de líneas andaluzas, muy pequeña y muy tranquila. Saltó un anciano negro a recibirnos. Dos perros jugaron largamente con Rambao.

—Oh, mi señor, mi señor —saludaba emocionado el viejo.

Era muy anciano, casi tembloroso de tantos años. No tenía dientes. Mientras tomábamos café, en la coqueta salita, me explicó Rambao que el pobre negro hasta ignoraba que él estaba en el exterior, porque nunca le decía cuando se iba. Los suyos eran viajes rápidos. Por otra parte, esa quinta no la utilizaba él sino para pasar noches amenas con dos o tres amigos y amigas. El viejo había nacido en su casa, por los mismos días que el padre de Rambao, y era hijo de esclavos. Creció con el amito, y lo enterró a su tiempo, y ahora decrecía con el hijo del amito.

—Es un negro admirable, un tesoro de tradiciones, de leyenda, de supersticiones —explicaba Rambao—. De haber tenido tiempo para escribir, hubiera anotado las

experiencias de tal hombre. Es una historia viva. Puede sentarse ahora aquí, a su lado, y estar quince días corridos hablando sobre cualquier hecho de la vida brasileña. ¿Quiere usted oírle algo interesante?

Yo dije que sí, más por encontrar distracción que por interés en lo que pudiera decirme. El viejo entró muy sonreído, con su boca vacía, su sombrero en las manos, tan flaco y tan curvado que ya apenas parecía hombre.

—Te quiero presentar un amigo —le dijo Rambao, cariñoso— que tiene deseos de oírte hablar sobre la ciudad perdida y sobre el templo de los tesoros y el dios de la selva.

Miré asombrado a Rambao. Él no lo notó. El viejo sí; el viejo rió a carcajadas roncás y comentó:

—Su merced parece que está muy interesado.

¿Qué diablos era aquello? En unas horas en Río había caído en cierta especie de conjuración que empezaba no sabía dónde y que terminaba en aquella «ciudad del tesoro». Me parecía estar empezando a tomar los hilos de una novela de aventuras.

—Sí, hable —le pedí al viejo.

—Mucho antes de que mis padres fueran hechos presos en África, ya se sabía allá lo de la ciudad perdida aquí —dijo—. Es muy extraño que ustedes no lo sepan.

Entre el murmullo de su gastada voz, entre sus palabras llenas de africanismos y arcaísmos, entre sus novedosos giros, se me perdió a mí buena parte de la historia. Pero en síntesis era ésta: a todo lo largo de la esclavitud, los negros traídos al Brasil vivieron siempre maquinando una rebelión en la que murieran todos los blancos, y encontraron en sus ideas el apoyo de muchas tribus y poblaciones indias cansadas también del yugo portugués. Según decía el viejo negro, los negros fueron poco a poco, por docenas y docenas de años, acumulando en cierto bosque todo aquello que podía serles útil para sus fines. Era una lucha de paciencia y de valor. Cuando un negro recibía un castigo injusto, los otros le consolaban diciéndole:

—No te aflijas que pronto terminará esto.

Pero no terminaba aquello. Un día, por fin, un negro se alzó con toda la dotación de la finca en que trabajaba, y se fue a vivir con ella en la selva. Le persiguieron con hombres, caballos y perros, pero jamás dieron con él. Pasaron muchos años, hasta que empezó a decirse entre los esclavos que sus hermanos huidos vivían libres en una ciudad que se habían construido especialmente para ellos, y que tenían el favor del cielo obtenido para su raza por un dios fiero que les amparaba. Un indio era el único que conocía el camino de la ciudad negra, y estaba dispuesto a llevar a aquellos que quisieran irse, pero a condición de que cada uno se fuera con el objeto más valioso que hubiera en la casa de sus amos. Poco a poco empezaron a desaparecer negros, negras, viejos, jóvenes, y a perderse objetos de valor. Se perseguía a los fugitivos sin dar con ellos. Cierta vez, el indio conocedor del camino se ahogó y no se supo más de él. Poco a poco empezó a olvidarse la existencia de la ciudad negra, hasta que, mucho más de quince años más tarde, un negro esclavo que había pertenecido a los vecinos

del padre de Rambao, donde trabajaban los padres del anciano negro que contaba la historia; un negro esclavo que había desaparecido mucho tiempo atrás, se presentó en la finca desnudo, demacrado, flaco, aterrorizado, muriéndose de pavor. Cuando acudieron a recogerlo vieron que tenía los pies y las manos llenos de ajorcas de pesado oro cubiertas de piedras preciosas. El asombro de ver que retornaba de esa manera fue tan grande, que de todos los sitios vecinos llegaron gentes, blancas y negras, a verle. El negro explicó que había vivido en la ciudad negra de la selva.

—Fue entonces —explica el viejo— cuando yo supe todo lo que le estoy contando a su merced.

Aquel esclavo libre que retornaba a la esclavitud, no podía referirse a la remota ciudad sin un estremecimiento de pavor. Pidió que le dieran amparo y que no lo castigaran por su larga fuga. Dadas las especiales circunstancias de su retorno, y dada la noticia tan importante con que tenía a todo el mundo en revuelo, se le perdonó. Y él fue quien dio fe de que era cierta la conseja que se contaban al oído los negros del norte brasileño.

—Un día, contaba mi padre —y las palabras del viejo negro eran tan lentas como la sonrisa de Rambao— que el escapado de la ciudad perdida le llamó para rogarle que no lo abandonara un minuto. Tenía miedo a una venganza secreta e inesperada.

Yo oía cada vez con más interés al anciano; y no era sólo porque en su relato empezara a ver ligazones con las misteriosas actitudes de John, sino porque era interesante desde el punto de vista meramente intelectual, y la leyenda tenía una sugestión, una hechicería realmente atrayente.

El negro escapado contó, en secreto, a su amigo, que fue padre de quien nos lo relataba en esa mi primera y agitada tarde brasileña, todos los pormenores de la ciudad perdida. Era inmensa, de chozas de paja, cercada de sólida muralla de troncos. Justamente en el centro estaba una construcción más grande que las otras, con guardianes permanentes que la rodeaban en un cerco apretado. Era la casa del Dios terrible. Sólo una vez en su vida podía verlo cada persona: el día que llegaba allí a jurar, en presencia de los sacerdotes, no traicionar jamás el secreto de la existencia de la ciudad. El Dios era grande como un toro, con patas de mulo, dos brazos humanos, tres cabezas, una de hombre, una de tigre, otra de caimán: la primera significaba la sabiduría, la segunda la fiereza, la tercera el dominio de las aguas. En más de la mitad de su perímetro, la ciudad estaba rodeada por un río fangoso, lleno de saurios.

Nadie podía llegar hasta el templo otro día que el de su juramento, y éste no podía hacerse hasta que no se tuviera el primer hijo. Al otro día de nacido el niño, empezaban a resonar los tambores del sacrificio desde antes del amanecer. Con la salida del sol, llegaban a la choza del padre los dignatarios de la ciudad, precedidos de los sacerdotes. Era una procesión macabra, silenciosa. La abrían doce guardadores del templo, desnudos, con las cabezas llenas de cintajos, de paja, de plumas de

colores; cada uno llevaba una máscara distinta, quién de buey, quién de venado, quién de águila, quién de perro. La gente se alineaba silenciosa para ver pasar la procesión. Desde mucho antes de medianoche empezaban hombres y mujeres viejas, que fueran viudas o casadas, a ocupar sus puestos en el camino de la casa.

Detrás de los guardadores del templo iban los atabaleros, ocho conduciendo atabales largos, ocho conduciendo tamboriles. A medida que sonaban los tambores, monótonamente, saltaban los acompañantes con saltos furiosos y contorsionados. Rodeando a los atabaleros, con sus lanzas amenazantes, iban los soldados, que gritaban hasta enronquecer mientras batían sus armas sin cesar. Detrás de éstos marchaban los hijos de los sacerdotes, también con máscaras, danzando en silencio a seguidas, los dos supremos brujos, uno vestido con una larga vestidura llena de desgarrones y de mil colores, dos cuernos brillantes en las sienes, la frente pintada de rojo, la nariz de azul, la boca de blanco y las manos de amarillo. Ambos andaban con majestad y lentitud. El otro no tenía más ropa que un collar de dientes de cocodrilo, ajorcas de huesos de niño, en las manos y en los pies, y una cabeza de onza disecada sobre la suya. El vestido representaba la sabiduría, el desnudo la verdad.

Seguían a los sacerdotes, con mucha distancia de por medio, cuatro forzudos jóvenes conduciendo un sillón tosco en el cual estaba sentado el monarca de la ciudad, un negro de aspecto feroz, de ojos brillantes, de cruel expresión. Era de edad madura y ancho de hombros. Seguía a éste su hijo, un niño de no más de doce años, que iba en hombros de un mozo a quien le faltaban ambas orejas.

Nuestro relatante hablaba como si no hubiera estado viéndonos. Su mirada vagaba perdida en la noche naciente que se veía desde la ventana. Un aire religioso era el suyo, y el lento moverse de sus manos llenas de venas nos impresionaba tanto como aquello que tan vivamente, como si lo hubiera presenciado, nos estaba describiendo.

—Buena memoria —comentó Rambao—. Le he oído esta fantasía mil veces, y jamás ha dicho una palabra distinta a las que dice ahora.

—¿Y no fue cierto lo que cuenta? —pregunté yo, intrigado por lo de «fantasía».

—Vaya usted a saberlo. Algo debe haber de verdad en el fondo de esta fábula. Por lo menos, lo de la ideada rebelión de los negros y la desaparición lenta pero numerosa de los esclavos.

—Sí; pero ¿lo otro? ¿Eso de la ciudad y del Dios?

El viejo nos escuchaba sonriendo.

—Mi niño —aseguró—, como la luz que alumbra el día es lo que cuento. Mucha gente lo sabe, mi niño.

—Sí —dijo Rambao mirándome con cierta condescendencia, mientras arreglaba las guías de su bigote—; mucha gente lo cree, y mucha ha muerto en la selva en pos de la ciudad negra. Cierta vez se encontró en una antigua biblioteca de convento un librito de instrucciones, con mapa y rutas trazadas, de un misionero francés que llegó

hasta las mismas orillas de la ciudad, según sus palabras. Ese librito ha enloquecido y enviado a la muerte a muchos aventureros.

El negro oía a Rambao y sonreía como con cierto desdén.

—Tenga la bondad de proseguir —le supliqué.

Pero cuando parecía que iba a hablar nos sorprendió una risa sonora en el balcón de la quinta, y oímos el nombre de mi amigo pronunciado por una voz divina. Rambao saltó, alegre de súbito.

—¡Luisa! —casi gritó—. ¡Luisita! ¡Qué oportuna, muchacha! Venga, Lewis, para que aprenda a apreciar la belleza de la mujer carioca.

Cuando me puse de pie para recibir a la celebrada visitante, ya el viejo había desaparecido.

Efectivamente, la mujer que entró, con su cabeza endrina, sus ojos tan negros que azuleaban, su risa perfecta, su piel blanca, su cuerpo mediano y armonioso, era una belleza; pero una belleza rara, singular, picante. En un instante lo revolvió todo. Se sentó en un sofá, en una silla, sobre una mesita. Tenía una voz deliciosa como un jilguero.

—Me encantan los americanos —dijo—. Me encantan. ¡Oh New York! Estoy loca por tener unos meses libres para ir a New York.

Mientras hablaba sacó de su cartera una cajilla de cigarrillos, una fundita de confites, polvos, *rouge*... ¡Qué mujer más dinámica!

—¿Y usted? ¿Le gusta a usted Río? Río es bella, verdad. Y con hombres como su amigo...

Miraba con ojos picaros a Rambao.

—Pero muchacha ¿qué buen viento te echó por aquí?

—Pasaba, hijo; venía de la playa, vi un auto parado ahí, y pensé: Este bandido tiene alguna cita. Porque ha de saber usted —dijo dirigiéndose amablemente a mí— que este buen señor no tiene horas para atender a las citas.

—Lo supongo —aprobé, asombrado con su actividad. Ya se había comido dos confites, había arreglado unas flores sobre la mesa, enderezado una silla, empezado a fumar un cigarrillo, arreglado el pelo y los polvos, y no tenía allí todavía un minuto.

Aquella mujer no me daba tiempo para otra cosa que para verla. Me sugestionaban sus ojos, vivaces, alegres, y por momentos velados de una rara sombra como de una saudade implacable.

La raza —pensaba yo—; es esta raza hispana, de tan alto y sostenido sentido trágico. Quiere ser alegre y está físicamente preparada para serlo; pero no puede.

—De manera —ironizó Rambao— que si yo hubiera ido ahora a buscarte, tal como quedé de hacerlo —porque es bueno que sepas que todavía no había acabado de desembarcar y ya te estaba telefoneando—; si yo hubiera ido a buscarte, no te encuentro.

—¿Cómo no me ibas a encontrar, pícaro? ¿No ves que entonces no me hubiera detenido aquí? ¿No te he dicho que he entrado porque supuse que estabas, y quería

darte la sorpresa?

—Buena razón —concluí yo—; queda usted absuelta, Luisita.

—Pero no libre —advirtió Rambao—. Ahora va ella a cenar con nosotros.

—¡Ay no, hijo mío! —lamentó ella con una gracia extraordinaria—. ¡No! ¿Cómo quieres que me presente a cenar con ustedes en esta facha, querido?

Fue entonces cuando yo me fijé en su traje y en... sus zapatos: eran blancos, ribeteados de negro. Me asaltó una idea, y un temor empezó a obrar en mí.

—¿Y la playa? —pregunté como quien no tiene interés en lo que habla. ¿Qué tal la playa? ¿Mucha gente?

—Algunas. Yo llegué tarde, ¿sabe? No la encontré muy animada. Lo que sí estaba admirable era el agua. ¡Qué agua tan deliciosa!

Al hablar parecía que estuviera sintiendo todavía la caricia del mar en su piel rosada; y yo la veía moverse, la oía, con sus bruscos y acariciantes cambios de voz, y pensaba: he aquí una mujer capaz de espiar. Hablaba, y yo me decía: luego, hoy, cuando vi esos zapatos, u otros iguales, ella estaba en la ciudad. Quise llegar más lejos.

—¿Vamos a irnos ahora, Rambao, cuando está la historia del negro en lo mejor?

—La oirás mañana u otro día. Es una fábula, Lewis.

—Quizá, pero me interesa.

—¿Cómo? —atajó ella—. ¿Es que también a usted le ha embaucado el negro con el cuento de su ciudad perdida?

—No sabía que usted lo supiera —advertí.

Me pareció verla un poco turbada.

—Desde luego que sí. Le he oído esa historieta, como muchas otras, infinidad de ellas; pero no me atraen sus cuentos.

Lo dijo así, pero la verdad fue que a partir de ese momento, como yo me quedara viéndola fijamente, dejó de ser tan impetuosamente alegre como antes era.

—¿Nos vamos? —preguntó al rato como quien se siente a disgusto donde está.

Y nos fuimos. Ella alegaba que no debía ir a cenar como estaba; Rambao opinaba lo contrario. La convenció al fin. Consintió en dejarse llevar a un sitio poco frecuentado. No sonaba su voz tan grata como cuando la conocí.

—No me siento muy bien —me dijo de buenas a primeras, mientras el auto cruzaba velozmente las pobladas calles de Río.

—¿Algún resfrío? —pregunté por parecer amable.

—Quizá. Puede ser.

Era la noche, la profunda y llena de vida noche americana. Aun en medio de la ciudad convulsa, parecía emerger de la propia tierra un perfume enervante y delicado.

Las calles congestionadas resonaban de voces y de claxons.

—Aquí —dijo Rambao.

Descendimos en un sitio al parecer discreto. No había señales de nada, simplemente un letrero rojo, muy modesto: «Cintra». Entramos por un pasillo y al

abrir una puerta giratoria, nos dimos de pronto en un saloncito no muy grande, pero admirablemente bien compuesto, que simulaba un jardín tropical, con palmas auténticas y monos y cacatúas en los árboles. Una orquesta dejaba oír suavemente música del país.

—Esto es admirable —dije.

Luisa sonrió. Parecía tornar poco a poco a su antiguo espíritu. Chanceó algo sobre la decoración amanerada y la mala influencia de las películas americanas en esas decoraciones. Yo la oí con gusto. Hubiera querido hacerme amigo de ella y lograr saber qué había en el fondo de aquella historia de la ciudad, y por qué ella —si había sido ella— había estado espionando, y por qué la fábula del viejo negro, y si algo había de común entre eso y las locuras de John.

Y a propósito de John: me había dejado entender que tenía interés en decirme algo sobre el alemán. ¿Qué sería?

Pero no tuve tiempo de terminar de hacerme la pregunta. Una mujer entró, entre la admiración jubilosa de todos los presentes; una mujer marcial, imperial, que saludó con una mano, como emperatriz auténtica, y que me dijo, en viéndome, con aquella deliciosa voz musical:

—*¡Hallo! ¡Good evening, dear!*

Y cuando quise verla mejor, cuando quise contemplar a mi antojo a la presunta espía nazista, vi, con asombro, que sus zapatos, los zapatos de Amelia eran también blancos con ribetes negros. Luisa me sorprendió mirándolos. Y como avergonzada, ella escondió los suyos bajo la mesita que nos recibía generosamente a los tres.

No creo que estuviéramos una hora en el «Cintra». Cierta tirantez se estableció entre nosotros. Rambao atendía a solicitudes de conocidos y entre Luisa y yo había una especie de sombra, una interposición que no podíamos definir, pero que ambos sentíamos y a ambos nos abrumaba. Yo hice toda clase de esfuerzos por romper el hielo; pero ella adivinaba la cortesía, la fórmula, y mis palabras no pasaban de ser falsas.

Cuando salíamos tuvimos un encuentro: por poco nos lleva John de encuentro. Parecía fatigado.

—¡Hola, Lewis! —saludó. Y volviéndose a mis compañeros, sombrero en mano, con una gentileza que no le sospechaba:

—Dios guarde tanta belleza, señorita.

De inmediato empezó Luisa a sonreír. Me pareció en ese momento sumamente coqueta. No sé qué se estuvieron diciendo. A poco John pidió permiso para decirme algo.

—Lewis, ha sido una suerte que estuvieras aquí. Dime, ¿es aquella muchacha la que vino contigo?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

Aunque disimulábamos bastante, me pareció notar que Amelia nos observaba.

—No te preocupe eso, Lewis. Tengo mi sistema también. Otra cosa: ¿está aquí el alemán que venía con ella?

—No sé a quién te refieres.

—Un alemán de estatura más bien baja, grueso, un tanto calvo.

—Oye —le interrumpí— ¿por quién me has tomado? ¿Debido a qué tengo que estar dándote informes?

—No seas necio, Lewis —se volvió a Luisa muy galante—. Perdona un minuto, señorita; sea usted amable.

—Anda, Lewis, no seas necio. ¿Está aquí?

—No; no le he visto.

—Bien, me quedo. Good bye!

Camino de su casa, adonde la llevaba Rambao, Luisa me estuvo hablando de la simpatía de mi paisano.

—¡Oh! Me encantan los americanos; no puedo remediarlo.

Yo no pude menos de sonreír con tristeza y de ironizar un poco a costa de la desgarrada figura de mi amigo.

—¿Aun un americano tan poco estatuario como John?

Todavía un tanto tibia conmigo, como si adivinara que mi pensamiento la iba desnudando, Luisa quiso ser amable y afirmó:

—Aun. Siempre es americano.

Estaba realmente cansado, abrumado, si no parece exagerada la palabra. ¡Diablo de día tan agitado! Y al fin, ¿qué pasaba? ¿Qué demonios tenía yo que ver con los planos de John, con el alemán que al decir de mi excondiscípulo me seguía y vigilaba, con...? «El libro del aventurero francés le ha costado la vida a muchos...». ¿No estaría ahí...? No, no era posible. No podía ser que todavía, en pleno siglo veinte, alguien se lanzara a creer realidad una fábula de tal naturaleza. Cierto que el negro hablaba con una seguridad absoluta; pero ¿no hablaban también así los españoles de la conquista del Dorado y de la Ciudad de los Césares?

—¿Qué hay en el fondo de todo esto, Dios? —exclamé angustiado, molido por el trajín del día y por aquel cúmulo de extrañas coincidencias.

—Sin duda —me decía— yo sé a lo que vienen el alemán y Amelia. Me dio a entender Rambao muy finamente, y Rambao debe saber más de la cuenta porque hombres como él tienen sus relaciones políticas importantes. Además, yo había oído en Nueva York algún leve runrun sobre política alemana en el Brasil...

Tenía un sueño de animal y sin embargo no me sentía inclinado a dormirme. Cualquiera otro hubiera estado en su derecho al tratar de investigar qué oscuras maniobras le envolvían. Cualquiera otro... Yo no, porque aunque me intranquilizaban, no me preocupaban tan intensamente como era de suponer.

Antes de dormir abrí la ventana y salí al balcón. ¡Qué cielo tan alto, tan limpio, tan fino! Innumerables estrellas latían allá arriba. La brisa me acariciaba la frente con

una maternal levedad. Encendí un cigarrillo. Me proponía pensar en los sucesos del día, pero no podía. Era dormir lo que deseaba, nada más.

—Voy a interrogar seriamente mañana a John —me dije—. Y me quedé plácidamente dormido, como un niño que no tiene motivo de desvelo. Siempre he tenido un sueño ligero, pero en esa mi primera noche brasilera sentí que no iba a despertar con facilidad. Por eso yo mismo me interrogué asombrado, medio adormilado todavía, si era en mi habitación el ruido que me despertaba. Oí con atención. Nada. De vez en cuando subía de la calle algún trepidar de auto, alguna voz trasnochadora. No me movía. Estaba atento con esa atención absoluta de todos los sentidos que se tiene cuando algo anormal siente uno a su vera. De pronto vi un rayo de luz recorrer mi habitación y, como una bala, me lancé de la cama. Una sombra giró con pasmosa rapidez, cruzó la puerta y la cerró de golpe. Si no hubiera sido por aquel golpe, habría yo creído que soñaba. Me quedé temblando de cólera. Hice luz. ¿Qué era aquello? Todas mis maletas estaban desordenadas, abiertas, vueltas un maremagnum. Apreté el timbre, y como creyera que tardaban en llegar, llamé por teléfono. Para mí pasó casi un siglo antes de que el manager nocturno tocara en mi puerta.

—¿Le ocurre algo, señor?

—Ya lo creo, amigo mío. Mire esto.

El buen hombre abrió los ojos de par en par. El que no me pareció tan asombrado, aunque sí un tanto asustado, fue el sirviente que subió con él y que asomaba por detrás de su hombro unos azorados ojos de mestizo.

—¿Le han robado algo?

—¿Cómo quiere usted que lo sepa? No me voy a poner ahora a hacer inventario, amigo mío.

—¿Podría usted explicarme cómo se dio cuenta del robo?

—Del robo o de la tentativa. Me di cuenta porque desperté mientras el ladrón o el presunto ladrón estaba revolviendo mi equipaje.

Parecía muy apenado el manager nocturno. Movía la cabeza y chasqueaba los labios.

—Es algo inexplicable, señor. Nunca había pasado aquí cosa igual. Avisaremos al detective privado del hotel. No me explico. Aquí tenemos un buen servicio de vigilancia. Es...

—No, no prosiga, amigo mío. Si nunca ha pasado cosa igual, y si aquí, según usted afirma, hay tan buen servicio privado de vigilancia, yo me mudaré tan pronto como salga el sol.

—No. De ninguna manera. Nos desacreditaría. Es necesario que usted nos ayude a aclarar...

Yo estaba realmente colérico. Me sentía arder.

—No hay que aclarar nada, amigo. Usted mismo me ha dado la clave.

—¿Clave? —aquel buen hombre estaba volviéndose loco; lo proclamaban sus ojos.

—Sí señor. El ladrón vive en el hotel o está en el servicio.

Entonces fue cuando saltó como si lo hubiera picado un bicho, y fue entonces cuando sus ojos dejaron de caber en sus órbitas.

—¡Oh, imposible, imposible! ¡No diga usted tal cosa!

—Bien. ¿Qué hora tiene?

El pobre hombre ni siquiera sabía en qué muñeca llevaba el reloj. Estaba tremendamente asustado, no sé si por miedo al escándalo o por miedo a que hubiera algún misterioso asesino escondido entre los muebles.

Eran ya más de las tres. Estaba tentado de despedir acremente al inútil manager, pero él se adelantó a mi intención:

—El señor velará en la puerta hasta que amanezca —dijo.

Y el pobre sirviente, tan asustado como puede estarlo un señor nervioso, me hizo guardia hasta que me levanté, por cierto bien tarde, porque ya acostado estuve cavilando sobre aquella extraña circunstancia que venía a colmar un día lleno de inconexas y al parecer conectadas aventuras.

Acababa de desayunar —por cierto un desayuno de frutas tropicales que me agradó sobremanera y que desearía repetir ahora— y me disponía a encender un cigarrillo para pensar con calma sobre los sucesos pasados y sobre mis negocios futuros, cuando se me acercó un señor elegantemente vestido, solícito, verdaderamente amable.

—Desearía, señor mío —me dijo en un inglés correctísimo— poder hablar con usted sobre la infeliz circunstancia de anoche. He sido comisionado por la dirección del hotel para atenderle debidamente.

Me inspiró confianza el hombre. Era, a todas luces, el detective de la empresa, o el jefe del servicio de vigilancia, si es que contaba con más de una persona.

—¿Quiere pasar al salón contigo? —invitó él muy cortés.

Allí, cómodamente arrellanado en un sillón amplísimo, mientras veía ascender el humo de mi cigarrillo, le fui explicando al detective lo ocurrido durante la noche. Me miraba con unos ojos inmóviles que molestaban. Me preguntaba cien veces a qué hora me dormí, si estaba seguro de no tener prenda alguna, documento o cosa de importancia, algo que pudiera interesar a un ladrón; si no tenía sospechas, si mi misión en Río no implicaba algún negocio secreto. Con una cara de zángano —que supongo que ésa sería la que yo tenía en tales momentos— le iba diciendo que no. El hombre se aseguró bien de la probable estatura del ladrón, de las escasas señas que yo le pude dar, y al fin me dijo finamente adiós, tan finamente como me había saludado.

—Confíe en que encontraremos al ladrón. Nos interesa más que por nada, por averiguar qué móviles le llevaron a su habitación. Porque está patente que él perseguía algo especialísimo.

—Pero no es para tanto —advertí—. Si bien no niego que estoy profundamente disgustado, confieso que quien fuera el que estuvo allí no se llevó nada.

—No importa —sonrió el detective, y se fue haciéndome una reverencia muy llena de gracia.

Pero estaba visto que yo había de tener en aquella hermosa tierra del Sur unas experiencias muy raras. Todavía no logro explicarme cómo no me volví loco.

Esperaba que una ligera llovizna cesara, para lanzarme a la calle, deseoso de pasear a mis anchas por las amables rúas, y serían sobre las once de la mañana, cuando se me acercó muy solícito el manager diurno del hotel para preguntarme mi nombre y averiguar si era yo el del caso de la noche anterior. Todo cuanto preguntó fue en voz tan baja que apenas le oía. Estaba interesado en que nadie se enterara.

Cuando le dije que sí, me pidió que lo acompañara. Fuimos a dar precisamente al salón donde había hablado con el detective por la mañana. Me esperaba allí un señor de alguna edad, bajito, humilde de aspecto, con la cabeza encanecida y unos abundantes bigotes enrojecidos por el tabaco.

—El señor —me explicó el manager—, es el encargado jefe de la vigilancia del hotel. Sírvase exponerle su caso, si no lo tiene a mal.

Aquella gente debió pensar que yo no estaba en mis cabales. El señor humilde, sobre todo, me miraba con profunda atención. Yo tenía la boca abierta y no podía hablar. Al fin estallé:

—¡Pero si ya le expliqué el caso al detective!

El manager saltó, no así el otro. Se quedó frío.

—El que vino esta mañana a interrogarme —expliqué.

El viejo sonrió muy levemente.

—¿Podría decirme qué tipo era?

Confuso, atolondrado, di las señas del hombre, pero me negué a seguir hablando sobre el robo ni sobre el engaño de que había sido víctima. Estaba corrido y avergonzado. Quería que me tragara la tierra.

—Me voy esta misma semana —me decía mientras ellos parecían pensar en quién era el usurpador—; me voy tan pronto consiga el contrato de la Sao Paulo.

—Señor mío —el viejo triste tenía una voz muy dulce—, a su alrededor se está moviendo algo que todavía desconozco. No tengo la menor idea; pero el robo de anoche, o la tentativa de robo, el engaño de hoy y alguna otra cosa que debe haberle sucedido de tan escasa importancia que usted no lo haya notado, son piezas de una sola máquina. Averiguaremos ahora de qué se trata.

El viejo se sentó y extendió las piernas. Parecía un empleado que hubiera ganado su retiro; un buen padre de familia pobre.

—¿No ha notado usted nada raro desde que está en Río? —preguntó mientras daba candela a su tabaco.

—Desde luego —aseguré.

Él me atajó:

—Muy bien, señor mío. No diga una palabra, que las palabras inoportunas son tan peligrosas como las balas perdidas.

Habían pasado diez días encantadores. Me iba enamorando cada vez más de Río; hacía relaciones, visitaba sitios encantadores... ¿Cómo se explica que diez días basten para olvidar ratos desagradables? Yo no había vuelto a ver a Rambao ni a John ni a Amelia, y como si jamás me hubiera ocurrido nada, iba olvidando los disgustos que me proporcionó mi primer contacto con Río.

Una tarde plácida recibí un cable de mi casa de New York. Se me ordenaba pasar con urgencia a Montevideo. En la noche estaba ya a bordo de uno de los innumerables barcos que hacen la socorrida travesía Río-Montevideo-Buenos Aires. Parpadeaban las luces de la ciudad, a trechos ocultas tras los picachos que cierran la bahía. Un pasaje numeroso y vocinglero contemplaba el raro espectáculo. Yo pensaba en el negocio que estaba concluyendo en Río y que sin duda marchaba viento en popa y a ratos, como hacía siempre que me hallaba solo, pasaba revista a mis años idos. Me decía, con una insistencia tenaz, que toda una vida encaminada a producir dinero para vivir mejor o peor no era cosa realmente halagüeña. Cuando llegara a viejo, ¿qué iba a ser de mí, sin un afecto sobre la tierra, sin saber en qué emplear los dólares que guardaría sin duda en algún banco neoyorkino? ¿Cómo iban a discurrir mis últimos días, perdido en la ciudad imperial? ¿Qué había sido de tantos amigos como tuve, de tantos calurosos corazones fraternales que fueron desapareciendo en la voracidad de la urbe, perdidos para mi cariño?

Más de seis veces, tantas como la vida me lanzó a las tierras del Sur, tuve iguales tormentos. Sentía que en ellas los hombres eran distintos de nosotros; que perseguían más la satisfacción espiritual que nosotros. Y siempre tuve miedo de estar enamorándome. Yo comprendía que éramos tan distintos como seres de mundos opuestos. Un pesimismo disociador se apoderaba de mí. El paisaje sensual; el mar que tiene una felina gracia de mujer; la música doliente; el mestizo triste; el negro sufrido: todo aquel ambiente opresivo y de doloroso fondo humano me dominaba en el lado sur, así como la alegría de vivir, el ansia de disfrutar, la locura infantil de la raza me dominaba en el norte.

Estaba acodado en la barandilla, viendo y no viendo el confuso horizonte, oyendo y no oyendo los comentarios del pasaje cuando una mano pesada cayó sobre mi hombro y una voz familiar tronó:

—Lewis, my dear!

Me volví impresionado.

—¿Qué diablos haces aquí, John?

Pero me asombró verlo tan sonriente, tan sereno, y como tan despreocupado por ser más alto de la cuenta. Me miraba con un aire mortificante de superioridad y de suficiencia.

—Primero, pedirte que me acompañes a un whisky; después, llevarte a saludar a mi mujer.

—¿Mujer? ¿Pero te has casado, John?

John puso ojos tiernos y se acodó en la barandilla. Su voz parecía grave de felicidad.

—Casado, Lewis, no como tú, que andas a la ceca y la meca sin el apoyo de un cariño.

No supe qué contestarle. Al mucho rato argumenté:

—Hace diez días tú no tenías novia.

—La tenía siempre, Lewis; desde hace años. Sólo que no la había encontrado. Reposaba en mi corazón. Era la esperada...

La noche estaba tan propicia a confidencias de ese género, y era tal mi sentimiento de soledad, que no encontré desentonadas las palabras de mi desgarrado excondiscípulo.

—Querría que te explicaras mejor, John. ¿Te has sacado un premio, el pool del Derby, la lotería irlandesa?

—Me he sacado la vida, Lewis, el amor, la paz y la seguridad.

Nunca sospeché así a John. Me quedé mirándole fijamente.

—Se ve que amas. ¡Cómo te has transformado en diez días!

—El amor suele transformar en un segundo, porque él es la razón suprema del hombre.

Me hallaba abrumado. Quise salvar la situación.

—¿Vamos al whisky?

—Vamos. Antes me hacía falta, ahora lo gozo como un subordinado de mi amor.

Tomamos una copa. John se veía tan distinto, tan sereno, tan seguro, que me vi forzado a ser indiscreto.

—¿Cómo caíste por estas tierras, John?

—No sé, quizá el destino. Hemos de creer en el destino, Lewis. De estudiante me atraía todo lo del Sur; leía sin cesar. Después conseguí un puesto de importancia en una sociedad geográfica. Se organizó una expedición y no me explico cómo entré en ella. El caso es que del Pacífico salimos al Atlántico. ¡Figúrate, Lewis! Aquello fue algo inolvidable: desde el Momotombo hasta Pará... ¿Sabes lo que es verse de golpe transportado a los primeros días de la creación, juguete infeliz de las fuerzas de la naturaleza desatadas por doquier? Es algo inolvidable, Lewis... ¡Qué lástima que nosotros allá seamos como somos! ¿Colorado? ¿Middlewest? ¿Rocallosas? ¿Boberías, Lewis! Es aquí donde se comprende a Dios. La misma tierra parece vivir: créelo Lewis. La misma...

—Explícame —le interrumpí—. ¿Y no andabas tú atrás de una mina, de algo secreto? ¿Qué planos eran esos que mentabas tanto?

—¡Ah! —John pareció despertar de pronto. Estuvo un rato alelado. Después se sirvió más whisky—. ¡Ah! Sería muy largo de explicar. En la selva nada te parece

difícil ni real. Oí hablar allá a unos negros. Contaban de un pueblo perdido y del Dios de la Selva. Después consulté papeles. Hubiera jurado que existía y todavía no dudo del todo. Nada puede dudarse en estas tierras.

—Bien; yo también he tenido noticias de tal Dios, pero tú ¿por qué te empeñaste en que yo tenía los papeles? ¿Qué papeles eran éstos?

—Es largo de explicar. Un periódico inglés anunció que salía para el Brasil un investigador alemán a esclarecer el sitio donde podía hallarse al Dios de la Selva, y que llevaba consigo documentos precisos. En Río había cinco o seis grupos tratando de conseguir lo que aquel alemán perseguía. Uno de ellos envió un hombre a New York, nadie logró averiguar quién, y ese hombre avisó desde Sao Paulo que los documentos venían en manos de un viajante americano. Supusimos que eras tú.

No pude menos de sonreír.

—¿Y qué diablos tenía yo que ver con ese Dios, John?

—¿Qué sabía yo? Podías tener cuanto quisieras. Pero no hablemos de eso. Nadie conseguirá ya al Dios: es mío. Yo lo tengo.

Me quedé mirándole fijamente.

—¿Qué tú lo tienes? ¿Es posible, John?

—Sí —aseguró seriamente—; lo llevo a Montevideo. Ven y lo verás.

—Pero ¿cómo va a ser posible, John? ¿No dicen que es enorme? ¿Cómo ibas a poder sacar tal tesoro del Brasil?

Bajamos a la segunda cubierta. Él iba con paso ágil.

—Pues saqué ese tesoro con toda facilidad, Lewis, frente a las mismas narices de los vistas de Aduana. Todavía yo mismo no me explico cómo lo permitieron. Ven, por aquí.

Confieso que yo empezaba a sudar. Estaba nervioso y precipitado. John parecía muy sereno. De pronto empujó una puerta y señaló:

—He ahí el tesoro, Lewis. Míralo a tu gusto.

Corrí casi enloquecido. Materialmente me tiré en el camarote.

Y me detuve de pronto, anonadado: allí estaba el tesoro: Luisita. Sonreía con esa gracia de la raza que me había intrigado once días antes en la casa de Rambao.

—¡Pero Luisita, John! ¿Y esto?

Ella se levantó en un momento, me ofreció asiento, fue a buscar cigarrillos, se arregló el pelo.

—Usted es el autor indirecto, amigo mío, puesto que fue quien nos presentó a la salida del «Cintra». ¿Lo ha olvidado?

—No, pero...

Estuve cerca de una hora con ellos. Parecían realmente felices. John me explicó que trabajaría en Montevideo. El viaje, además, era de luna de miel. Cuando me despedía estuve tentado de llamarle y preguntarle si no había él tenido que ver con el intento de robo que se me quiso hacer. Quizá andaba buscando los papeles que se

suponía iban conmigo. Además, mi antigua amistad me autorizaba a eso. Pero no quise turbar su felicidad.

Me fui a dormir temprano. Todavía el pasaje charlaba en cubierta.

Los dos o tres días siguientes a la noche en que tuve el raro encuentro con John, los pasé con cierta depresión espiritual. Me había impresionado el espectáculo de felicidad de mi antiguo condiscípulo; tornaba a sentirme abandonado. Pensaba en sus aventuras por la selva; en la locura de andar persiguiendo a un Dios fantástico, producto de la imaginación ardiente del negro, de la misma fastuosidad del ambiente americano.

Después, con la preocupación de los negocios, con la observación del nuevo escenario en que me movía, lo fui olvidando. Un día, el mismo en que gestionaba mi vuelta, volví a verle. Me confirmó su absoluta felicidad, se tomó dos whiskies conmigo, y me dijo que se iba al interior, a hacerse cargo de una empresa de carnes.

Torné a Río. Acababa de llegar al hotel, y apenas salía del baño, media hora después de haber dejado el barco, cuando fui solicitado por el manager. Entró haciendo mil reverencias. Se reía muy orondo.

—Con toda probabilidad el señor creyó que nosotros habíamos olvidado el disgusto de que fue víctima en esta misma habitación. La empresa ha movido todos sus resortes y dentro de un momento estará usted en presencia del autor...

—No —le atajé—; muchas gracias. Yo sé ya quién es el autor. Debe haber habido un error. Mil gracias, de todas maneras.

Mientras el hombre me miraba asombrado yo pensaba en John y en Luisa, camino de los llanos del Paraná, jubilosos, dichosos por haber encontrado oportunidad de iniciar una vida nueva.

—Gracias —repetí—. No fue más que una broma de un amigo.

El hombre puso cara triste.

—Lo sentimos, señor; sentimos que sea su amigo. De todas maneras, ya no hay escapatoria. Están acusados un hombre y una mujer y se hallan ahora aquí, esperando que usted los vea para ser entregados a la justicia.

—¿Cómo? ¿A la justicia? ¿Pero los van a entregar? ¿Y a ella también?

—No hay más remedio.

Acabé de vestirme con toda prisa y me lancé abajo. ¿Qué derecho tenía el hotel ni qué derecho tenía nadie en tronchar la felicidad de aquellos dos muchachos enamorados? ¿Pero cómo era posible que los hubieran traído tan de prisa? ¿Por avión, quizá?

—No les voy a acusar —pensé de camino—. Diré que nadie ha intentado robarme nunca. Haré quedar mal a esta gente. ¿Cómo voy yo a justificar ese mal al pobre John, que parecía tan feliz?

—Por aquí señor —indicó el manager.

Estaba nervioso; me sentía incómodo. El manager me señalaba un salón gris, de mediano tamaño.

—¿Quiere usted esperar?

Tomé asiento y encendí un cigarrillo. Nadie me haría desistir de mi propósito: diría que no era cierto.

Un hombre entró: era el viejo detective con quien había hablado sobre el presunto robo.

—Saludo, señor. Ya vienen —dijo al tiempo que se sentaba. Y en efecto, venían. Entraron un hombre y una mujer seguidos de dos señores hoscos. Al pronto no los distinguí. No quería alzar la cabeza. Me avergonzaba verlos ante mí, acusados de tentativa de robo, él sobre todo, que no había estado buscando más que papeles inexistentes. Pero los vi. Y eran...

¡Eran Rambao y Amelia!

Quise caer de espaldas. A él le sujeté por los brazos.

—¡Pero amigo Rambao! —casi grité.

Él me miró despectivamente, con una sonrisa desdeñosa.

—Coger a un hombre como yo por una tontería como ésa —lamentó sin verme.

Estalló una voz de vendedor de periódico:

—¡O Journal! ¡Apresado el Dios de la Selva!

Me volví rápido:

—¿El Dios de la Selva? —pregunté.

—Sí —sonrió el viejo detective—, y algo más que Dios de la Selva. Este hombre es el más audaz de todos los ladrones que ha dado el continente. Y he aquí a su bella cómplice. ¿Qué le parece? ¿Bella, eh?

Pues salga y mire. Necesitamos más de doscientos policías para custodiarlos.

Pero dos horas después, cuando me encontré suficientemente sereno para leer O Journal encontré que no era Rambao el llamado Dios de la Selva. Su prisión se comentaba en otro sitio, con todos los honores debidos. Lo que decía el suelto sobre el Dios de la Selva era otra cosa. Lo recuerdo bien:

El gran naturalista alemán, Dr. Hans Spietchit, ha logrado apresar al Dios de la Selva. Se considera que quizá no puede conseguirse otro ejemplar vivo. Éste tiene seis pulgadas de largo, y se cree sea una degeneración del plesiosaurio americano. Su nombre le viene del extraño parecido con un ídolo indio de la civilización agustina.

Se están tomando todas las precauciones debidas para embarcar hacia Europa al extraño y valioso ejemplar.

Sin mayores precauciones, yo tomé, dos días después, pasaje para el Norte.

Todavía recuerdo la sonrisa afilada de Rambao, la voz de Amelia y el bonachón aspecto del presunto agente nazi.

Alma Latina,
San Juan, Puerto Rico, 13 de agosto al 10 de septiembre de 1938

Apuntes sobre el arte de escribir cuentos

I

El cuento es un género antiquísimo que a través de los siglos ha tenido y mantenido el favor público. Su influencia en el desarrollo de la sensibilidad general puede ser muy grande, y por tal razón el cuentista debe sentirse responsable de lo que escribe, como si fuera un maestro de emociones o de ideas.

Lo primero que debe aclarar una persona que se inclina a escribir cuentos es la intensidad de su vocación. Nadie que no tenga vocación de cuentista puede llegar a escribir buenos cuentos. Lo segundo se refiere al género. ¿Qué es un cuento? La respuesta ha resultado tan difícil que a menudo ha sido soslayada incluso por críticos excelentes, pero puede afirmarse que un cuento es el relato de un hecho que tiene indudable importancia. La importancia del hecho es desde luego relativa, mas debe ser indudable, convincente para la generalidad de los lectores. Si el suceso que forma el meollo del cuento carece de importancia, lo que se escribe puede ser un cuadro, una escena, una estampa, pero no es un cuento.

«Importancia» no quiere decir aquí novedad, caso insólito, acaecimiento singular. La propensión a escoger argumentos poco frecuentes como tema de cuentos puede conducir a una deformación similar a la que sufren en su estructura muscular los profesionales del atletismo. Un niño que va a la escuela no es materia propicia para un cuento, porque no hay nada de importancia en su viaje diario a las clases; pero hay sustancia para el cuento si el autobús en que va el niño se vuelca o choca, o si al llegar a la escuela el niño halla que el maestro está enfermo o el edificio escolar se ha quemado la noche anterior.

Aprender a discernir dónde hay un tema para cuento es parte esencial de la técnica. Esa técnica es el oficio peculiar con que se trabaja el esqueleto de toda obra de creación; es la *tekné* de los griegos o, si se quiere, la parte de artesanado imprescindible en el bagaje del artista.

A menos que se trate de un caso excepcional, un buen escritor de cuentos tarda años en dominar la técnica del género, y la técnica se adquiere con la práctica más que con estudios. Pero nunca debe olvidarse que el género tiene una técnica y que ésta debe conocerse a fondo. Cuento quiere decir llevar cuenta de un hecho. La palabra proviene del latín *computas*, y es inútil tratar de rehuir el significado esencial que late en el origen de los vocablos. Una persona puede llevar cuenta de algo con números romanos, con números árabes, con signos algebraicos; pero tiene que llevar esa cuenta. No puede olvidar ciertas cantidades o ignorar determinados valores.

Llevar cuenta es ir ceñido al hecho que se computa. El que no sabe llevar con palabras la cuenta de un suceso, no es cuentista.

De paso diremos que una vez adquirida la técnica, el cuentista puede escoger su propio camino, ser «hermético» o «figurativo» como se dice ahora, o lo que es lo mismo, subjetivo u objetivo; aplicar su estilo personal, presentar su obra desde su ángulo individual; expresarse como él crea que debe hacerlo. Pero no debe echarse en olvido que el género, reconocido como el más difícil en todos los idiomas, no tolera innovaciones sino de los autores que lo dominan en lo más esencial de su estructura.

El interés que despierta el cuento puede medirse por los juicios que les merece a críticos, cuentistas y aficionados. Se dice a menudo que el cuento es una novela en síntesis y que la novela requiere más aliento en ej que la escribe. En realidad los dos géneros son dos cosas distintas; y es más difícil lograr un buen libro de cuentos que una novela buena. Comparar diez páginas de cuento con las doscientas cincuenta de una novela es una ligereza. Una novela de esa dimensión puede escribirse en dos meses; un libro de cuentos, que sea bueno y que tenga doscientas cincuenta páginas, no se logra en tan corto tiempo. La diferencia fundamental entre un género y el otro está en la dirección, la novela es extensa; el cuento es intenso.

El novelista crea caracteres y a menudo sucede que esos caracteres se le rebelan al autor y actúan conforme a sus propias naturalezas de manera que con frecuencia una novela no termina como el novelista lo había planeado, si no como los personajes de la obra lo determinan con sus hechos. En el cuento, la situación es diferente; el cuento tiene que ser obra exclusiva del cuentista. Él es el padre y el dictador de sus criaturas, no puede dejarlas libres ni tolerarles rebeliones. Esa voluntad de predominio del cuentista sobre sus personajes es lo que se traduce en tensión y por tanto en intensidad. La intensidad de un cuento no es producto obligado, como ha dicho alguien, de su corta extensión; es el fruto de la voluntad sostenida con que el cuentista trabaja su obra. Probablemente es ahí donde se halla la causa de que el género sea tan difícil, pues el cuentista necesita ejercer sobre sí mismo una vigilancia constante que no se logra sin disciplina mental y emocional; y eso no es fácil.

Fundamentalmente, el estado de ánimo del cuentista tiene que ser el mismo para recoger su material que para escribir. Seleccionar la materia de un cuento demanda esfuerzo, capacidad de concentración y trabajo de análisis. A menudo parece más atrayente tal tema que tal otro; pero el tema debe ser visto no en su estado primitivo, sino como si estuviera ya elaborado. El cuentista debe ver desde el primer momento su material organizado en temas, como si ya estuviera el cuento escrito, lo cual requiere casi tanta tensión como escribir.

El verdadero cuentista dedica muchas horas de su vida a estudiar la técnica del género, al grado que logre dominarla en la misma forma en que el pintor consciente domina la pincelada: la da, no tiene que premeditarla. Esa técnica no implica, como se piensa con frecuencia, el Final sorprendente. Lo fundamental en ella es mantener vivo el interés del lector y por tanto sostener sin caídas la tensión, la fuerza interior

con que el suceso va produciéndose. El final sorprendente no es una condición imprescindible en el buen cuento. Hay grandes cuentistas, como Antón Chejov, que apenas lo usaron. «A la deriva», de Horacio Quiroga, no lo tiene, y es una pieza magistral. Un final sorprendente impuesto a la fuerza destruye otras buenas condiciones en un cuento. Ahora bien, el cuento debe tener su final natural como debe tener su principio.

No importa que el cuento sea subjetivo u objetivo; que el estilo del autor sea deliberadamente claro u oscuro, directo o indirecto; el cuento debe comenzar interesando al lector. Una vez cogido en ese interés el lector está en manos del cuentista y éste no debe soltarlo más. A partir del principio el cuentista debe ser implacable con el sujeto de su obra; lo conducirá sin piedad hacia el destino que previamente le ha trazado; no le permitirá el menor desvío. Una sola frase, aun siendo de tres palabras, que no esté lógica y entrañablemente justificada por ese destino manchará el cuento y le quitará esplendor y fuerza. Kipling refiere que para él era más importante lo que tachaba que lo que dejaba; Quiroga afirma que un cuento es una flecha disparada hacia un blanco, y ya se sabe que la flecha que se desvía no llega al blanco.

La manera natural de comenzar un cuento fue siempre el «había una vez» o «érase una vez». Esa corta frase tenía —y tiene aún en la gente del pueblo— un valor de conjuro; ella sola bastaba a despertar el interés de los que rodeaban al relator de cuentos. En su origen, el cuento no empezaba con descripciones de paisajes, a menos que se tratara de un paisaje descrito con escasas palabras para justificar la presencia o la acción del protagonista; comenzaba con éste, y pintándolo en actividad. Aún hoy, esa manera de comenzar es buena. El cuento debe iniciarse con el protagonista en acción, física o psicológica, pero acción; el principio no debe hallarse a mucha distancia del meollo mismo del cuento, a fin de evitar que el lector se canse.

Saber comenzar un cuento es tan importante como saber terminarlo. El cuentista serio estudia y practica sin descanso la entrada del cuento. Es en la primera frase donde está el hechizo de un buen cuento; ella determina el ritmo y la tensión de la pieza. Un cuento que comienza bien, casi siempre termina bien. El autor queda comprometido consigo mismo a mantener el nivel de su creación a la altura en que la inició. Hay una sola manera de empezar un cuento con acierto: despertando de golpe el interés del lector. El antiguo «había una vez» o «érase una vez» tiene que ser suplido con algo que tenga su mismo valor de conjuro. El cuentista joven debe estudiar con detenimiento la manera en que inician sus cuentos los grandes maestros; debe leer, uno por uno, los primeros párrafos de los mejores cuentos de Maupassant, de Kipling, de Sherwood Anderson, de Quiroga, que fue quizá el más consciente de todos ellos en lo que a la técnica del cuento se refiere.

Comenzar bien un cuento y llevarlo hacia su final sin una digresión, sin una debilidad, sin un desvío: he ahí en pocas palabras el núcleo de la técnica del cuento. Quien sepa hacer eso tiene el oficio de cuentista, conoce la *tekné* del género. El oficio

es la parte formal de la tarea, pero quien no domine ese lado formal no llegará a ser buen cuentista. Sólo el que lo domine podrá transformar el cuento, mejorarlo con una nueva modalidad, iluminarlo con el toque de su personalidad creadora.

Ese oficio es necesario para el que cuenta cuentos en un mercado árabe y para el que los escribe en una biblioteca de París. No hay manera de conocerlo sin ejercerlo. Nadie nace sabiéndolo, aunque en ocasiones un cuentista nato puede producir un buen cuento por adivinación de artista. El oficio es obra del trabajo asiduo, de la meditación constante, de la dedicación apasionada. Cuentistas de apreciables cualidades para la narración han perdido su don porque mientras tuvieron dentro de sí temas escribieron sin detenerse a estudiar la técnica del cuento y nunca la dominaron; cuando la veta interior se agotó, les faltó la capacidad para elaborar, con asuntos externos a su experiencia íntima, la delicada arquitectura de un cuento. No adquirieron el oficio a tiempo, y sin el oficio no podían construir.

En sus primeros tiempos el cuentista crea en estado de semi-inconsciencia. La acción se le impone; los personajes y sus circunstancias le arrastran; un torrente de palabras luminosas se lanza sobre él. Mientras ese estado de ánimo dura, el cuentista tiene que ir aprendiendo la técnica a fin de imponerse a ese mundo hermoso y desordenado que abrumba su mundo interior. El conocimiento de la técnica le permitirá señorear sobre la embriagante pasión como Yavé sobre el caos. Se halla en el momento apropiado para estudiar los principios en que descansa la profesión de cuentista, y debe hacerlo sin pérdida de tiempo. Los principios del género, no importa lo que crean algunos cuentistas noveles, son inalterables; por lo menos, en la medida en que la obra humana lo es.

La búsqueda y la selección del material es una parte importante de la técnica; de la búsqueda y de la selección saldrá el tema. Parece que esas dos palabras — búsqueda y selección— implican lo mismo: buscar es seleccionar. Pero no es así para el cuentista. Él buscará aquello que su alma desea; motivos campesinos o de mar, episodios de hombres del pueblo o de niños, asuntos de amor o de trabajo. Una vez obtenido el material, escogerá el que más se avenga con su concepto general de la vida y con el tipo de cuento que se propone escribir.

Esa parte de la tarea es sagradamente personal; nadie puede intervenir en ella. A menudo la gente se acerca a novelistas y cuentistas para contarles cosas que le han sucedido, «temas para novelas y cuentos», que no interesan al escritor porque nada le dicen a su sensibilidad. Ahora bien, si nadie debe intervenir en la selección del tema, hay un consejo útil que dar a los cuentistas jóvenes: que estudien el material con minuciosidad y seriedad; que estudien concienzudamente el escenario de su cuento, el personaje y su ambiente, su mundo psicológico y el trabajo con que se gana la vida.

Escribir cuentos es una tarea seria y además hermosa. Arte difícil, tiene el premio en su propia realización. Hay mucho que decir sobre él. Pero lo más importante es esto: el que nace con la vocación de cuentista trae al mundo un don que está en la

obligación de poner al servicio de la sociedad. La única manera de cumplir con esa obligación es desarrollando sus dotes naturales, y para lograrlo tiene que aprender todo lo relativo a su oficio; qué es un cuento y qué debe hacer para escribir buenos cuentos. Si encara su vocación con seriedad, estudiará a conciencia, trabajará, se afanará por dominar el género, que es sin duda muy rebelde, pero dominable. Otros lo han logrado. Él también puede lograrlo.

II

El cuento es un género literario escueto, al extremo de que un cuento no debe construirse sobre más de un hecho. El cuentista, como el aviador, no levanta vuelo para ir a todas partes y ni siquiera a dos puntos a la vez; e igual que el aviador, se halla forzado a saber con seguridad a dónde se dirige antes de poner la mano en las palancas que mueven su máquina.

La primera tarea que el cuentista debe imponerse es la de aprender a distinguir con precisión cuál hecho puede ser tema de un cuento. Habiendo dado con un hecho, debe saber aislarlo, limpiarlo de apariencias hasta dejarlo libre de todo cuanto no sea expresión legítima de su sustancia; estudiarlo con minuciosidad y responsabilidad. Pues cuando el cuentista tiene ante sí un hecho en su ser más auténtico, se halla frente a un verdadero tema. El hecho es el tema, y en el cuento no hay lugar sino para un tema.

Ya he dicho que aprender a discernir dónde hay un tema de cuento es parte esencial de la técnica del cuento. Técnica, entendida en el sentido de la *tekné* griega, es esa parte de oficio o artesanado indispensable para construir una obra de arte. Ahora bien, el arte del cuento consiste en situarse frente a un hecho y dirigirse a él resueltamente, sin darles caracteres de hechos a los sucesos que marcan el camino hacia el hecho; todos esos sucesos están subordinados al hecho hacia el cual va el cuentista; él es el tema.

Aislado el tema, y debidamente estudiado desde todos sus ángulos, el cuentista puede aproximarse a él como más le plazca, con el lenguaje que le sea habitual o connatural, en forma directa o indirecta. Pero en ningún momento perderá de vista que se dirige hacia ese hecho y no a otro punto. Toda palabra que pueda darle categoría de tema a un acto de los que se presentan en esa marcha hacia el tema, toda palabra que desvíe al autor un milímetro del tema, está fuera de lugar y debe ser aniquilada tan pronto aparezca; toda idea ajena al asunto escogido es yerba mala, que no dejará crecer la espiga del cuento con salud, y la yerba mala, como aconseja el Evangelio, debe ser arrancada de raíz.

Cuando el cuentista esconde el hecho a la atención del lector, lo va sustrayendo frase a frase de la visión de quien lo lee pero lo mantiene presente en el fondo de la narración y no lo muestra sino sorpresivamente en las cinco o seis palabras finales del

cuento, ha construido el cuento según la mejor tradición del género. Pero los casos en que puede hacer esto sin deformar el curso natural del relato no abundan. Mucho más importante que el final de sorpresa es mantener en avance continuo la marcha que lo lleva del punto de partida al hecho que ha escogido como tema. Si el hecho se halla antes de llegar al final, es decir, si su presencia no coincide con la última escena del cuento, pero la manera de llegar a él fue recta y la marcha se mantuvo en ritmo apropiado, se ha producido un buen cuento.

Todo lo contrario resulta si el cuentista está dirigiéndose hacia dos hechos; en ese caso la marcha será zigzagueante, la línea no podrá ser recta, lo que el cuentista tendrá al final será una página confusa, sin carácter; cualquier cosa, pero no un cuento. Hace poco recordaba que cuento quiere decir llevar la cuenta de un hecho. El origen de la palabra que define el género está en el vocablo latino *computus*, el mismo que hoy usamos para indicar que llevamos cuenta de algo. Hay un oculto sentido matemático en la rigurosidad del cuento; como en las matemáticas, en el cuento no puede haber confusión de valores.

El cuentista avezado sabe que su tarea es llevar al lector hacia ese hecho que ha escogido como tema; y que debe llevarlo sin decirle en qué consiste el hecho. En ocasiones resulta útil desviar la atención del lector haciéndole creer, mediante una frase discreta, que el hecho es otro. En cada párrafo, el lector deberá pensar que ya ha llegado al corazón del tema; sin embargo no está en él y ni siquiera ha comenzado a entrar en el círculo de sombras o de luz que separa el hecho del resto del relato.

El cuento debe ser presentado al lector como un fruto de numerosas cáscaras que van siendo desprendidas a los ojos de un niño goloso. Cada vez que comienza a caer una de las cáscaras, el lector esperará la almendra de la fruta; creará que ya no hay cortezas y que ha llegado el momento de gustar el anhelado manjar vegetal. De párrafo en párrafo, la acción interna y secreta del cuento seguirá por debajo de la acción externa y visible; estará oculta por las acciones accesorias, por una actividad que en verdad no tiene otra finalidad que conducir al lector hacia el hecho. En suma, serán cáscaras que al desprenderse irán acercando el fruto a la boca del goloso.

Ahora bien, en cuanto al hecho que da el tema, ¿cómo conviene que sea? Humano, o por lo menos humanizado. Lo que pretende el cuentista es herir la sensibilidad o estimular las ideas del lector; luego, hay que dirigirse a él a través de sus sentimientos o de su pensamiento. En las fábulas de Esopo como en los cuentos de Rudyard Kipling, en los relatos infantiles de Andersen como en las parábolas de Oscar Wilde, animales, elementos y objetos tienen alma humana. La experiencia íntima del hombre no ha traspasado los límites de su propia esencia; para él, el universo infinito y la materia mensurable existen como reflejo de su ser. A pesar de la creciente humildad a que lo somete la ciencia, él seguirá siendo por mucho tiempo el rey de la creación, que vive orgánicamente en función de señor supremo de la actividad universal.

Nada interesa al hombre más que el hombre mismo. El mejor tema para un cuento será siempre un hecho humano, o por lo menos relatado en términos esencialmente humanos.

La selección del tema es un trabajo serio y hay que acometerlo con seriedad. El cuentista debe ejercitarse en el arte de distinguir con precisión cuándo un tema es apropiado para un cuento. En esta parte de la tarea entra a jugar el don nato del relator. Pues sucede que el cuento comienza a formarse en ese acto, en ese instante de la selección del hecho-tema. Por sí solo, el tema no es en verdad el germen de un cuento, pero se convierte en tal germen precisamente en el momento en que el cuentista lo escoge por tema.

Si el tema no satisface ciertas condiciones, el cuento será pobre o francamente malo aunque su autor domine a perfección la manera de presentarlo. Lo pintoresco, por ejemplo, no tiene calidad para servir de tema; en cambio puede serlo, y muy bueno, para un artículo de costumbres o para una página de buen humor.

El tema requiere un peso específico que lo haga universal en su valor intrínseco. El sufrimiento, el amor, el sacrificio, el heroísmo, la generosidad, la crueldad, la avaricia, son valores universales, positivos o negativos, aunque se presenten en hombres y mujeres cuyas vidas no traspalan las lindes de lo local; son universales en el habitante de las grandes ciudades, en el de la jungla americana o en el de los iglús esquimales.

Todo lo dicho hasta ahora se resume en estas pocas palabras: si bien el cuentista tiene que tomar un hecho y aislarlo de sus apariencias para construir sobre él su obra, no basta para el caso un hecho cualquiera; debe ser un hecho humano o que conmueva a los hombres, y debe tener categoría universal. De esa especie de hechos está lleno el mundo; están llenos los días y las horas, y adonde quiera que el cuentista vuelva los ojos hallará hechos que son buenos temas.

Ahora bien, si en ocasiones esos hechos que nos rodean se presentan en tal forma que bastaría con relatarlos para tener cuentos, lo cierto es que comúnmente el cuentista tiene que estudiar el hecho para saber cuál de sus ángulos servirá para un cuento. A veces el cuento está determinado por la mecánica misma del hecho, pero también puede estarlo por su esencia, por sus motivaciones o por su apariencia formal. Un ladronzuelo cogido in fraganti puede dar un cuento excelente si quien lo sorprende robando es un hermano, agente de policía, o si la causa del robo es el hambre de la madre del descuidero; y puede ser también un magnífico cuento si se trata del primer robo del autor y el cuentista sabe presentar el desgarrón psicológico que supone traspasar la barrera que hay entre el mundo normal y el mundo de los delincuentes. En los tres casos el hecho-tema sería distinto; en el primero, se hallaría en la circunstancia de que el hermano del ladrón es agente de policía; en el segundo, en el hambre de la madre; en el tercero, en el desgarrón psicológico. De donde puede colegirse por qué hemos insistido en que el hecho que sirve de tema debe estar libre de apariencias y de todo cuanto no sea expresión legítima de su sustancia. Pues en

estos tres posibles cuentos el tema parece ser la captura del ladronzuelo mientras roba, y resulta que hay tres temas distintos, y en los tres la captura del joven delincuente es un camino hacia el corazón del hecho-tema.

Aprender a ver un tema, saber seleccionarlo, y aun dentro de él hallar el aspecto útil para desarrollar el cuento, es parte importantísima en el arte de escribir cuentos. La rígida disciplina mental y emocional que el cuentista ejerce sobre sí mismo comienza a actuar en el acto de escoger el tema. Los personajes de una novela contribuyen en la redacción del relato por cuanto sus caracteres, una vez creados, determinan en mucho el curso de la acción. Pero en el cuento toda la obra es del cuentista y esa obra está determinada sobre todo por la calidad del tema. Antes de sentarse a escribir la primera palabra, el cuentista debe tener una idea precisa de cómo va a desenvolver su obra. Si esta regla no se sigue, el resultado será débil. Por caso de adivinación, en un cuentista nato de gran poder, puede darse un cuento muy bueno sin seguir esta regla; pero ni aún el mismo autor podrá garantizar de antemano qué saldrá de su trabajo cuando ponga la palabra final. En cambio, otra cosa sucede si el cuentista trabaja conscientemente y organiza su construcción al nivel del tema que elige.

Así como en la novela la acción está determinada por los caracteres de sus protagonistas, en el cuento el tema da la acción. La diferencia más drástica entre el novelista y el cuentista se halla en que aquél sigue a sus personajes mientras que éste tiene que gobernarlos. La acción del cuento está determinada por el tema pero tiene que ser dictatorialmente regida por el cuentista; no puede desbordarse ni cumplirse en todas sus posibilidades, sino únicamente en los términos estrictamente imprescindibles al desenvolvimiento del cuento y entrañablemente vinculados al tema. Los personajes de una novela pueden dedicar diez minutos a hablar de un cuadro que no tiene función en la trama de la novela; en un cuento no debe mencionarse siquiera un cuadro si él no es parte importante en el curso de la acción.

El cuento es el tigre de la fauna literaria; si le sobra un kilo de grasa o de carne, no podrá garantizar la cacería de sus víctimas. Huesos, músculos, piel, colmillos y garras nada más, el tigre está creado para atacar y dominar a las otras bestias de la selva. Cuando los años le agregan grasa a su peso, le restan elasticidad en los músculos, aflojan sus colmillos o debilitan sus poderosas garras, el majestuoso tigre se halla condenado a morir de hambre.

El cuentista debe tener alma de tigre para lanzarse contra el lector, e instinto de tigre para seleccionar el tema y calcular con exactitud a qué distancia está su víctima y con qué fuerza debe precipitarse sobre ella. Pues sucede que en la oculta trama de ese arte difícil que es escribir cuentos, el lector y el tema tienen un mismo corazón. Se dispara a uno para herir al otro. Al dar su salto asesino hacia el tema, el tigre de la fauna literaria está saltando también sobre el lector.

III

Hay una acepción del vocablo estilo que lo identifica con el modo, la forma, la manera particular de hacer algo. Según ella, el uso, la práctica o la costumbre en la ejecución de ésta o aquella obra implica un conjunto de reglas que debe ser tomado en cuenta a la hora de realizar esa obra.

¿Se conoce algún estilo, en el sentido de modo o forma, en la tarea de escribir cuentos?

Sí. Pero como cada cuento es un universo en sí mismo, que demanda el don creador en quien lo realiza, hagamos desde este momento una distinción precisa: el escritor de cuentos es un artista; y para el artista —sea cuentista, novelista, poeta, escultor, pintor, músico— las reglas son leyes misteriosas, escritas para él por un senado sagrado que nadie conoce; y esas leyes son ineludibles.

Cada forma, en arte, es producto de una suma de reglas, y en cada conjunto de reglas hay divisiones: las que dan a una obra su carácter como género, y las que rigen la materia con que se realiza. Unas y otras se mezclan para formar el todo de la obra artística, pero las que gobiernan la materia con que esa obra se realiza resultan determinantes en la manera peculiar de expresarse que tiene el artista. En el caso del autor de cuentos, el medio de creación de que se sirve es la lengua, cuyo mecanismo debe conocer a cabalidad.

Del conjunto de reglas hagamos abstracción de las que gobiernan la materia expresiva. Ésas son el bagaje primario del artista, y con frecuencia él las domina sin haberlas estudiado a fondo. Especialmente en el caso de la lengua, parece no haber duda de que el escritor nato trae al mundo un conocimiento instintivo de su mecanismo que a menudo resulta sorprendente, aunque tampoco parece haber duda de que ese don mejora mucho cuando el conocimiento instintivo se lleva a la conciencia por la vía del estudio.

Hagamos abstracción de las reglas que se refieren a la manera peculiar de expresarse de cada autor. Ellas forman el estilo personal, dan el sello individual, la marca divina que distingue al artista entre la multitud de sus pares.

Quedémonos por ahora con las reglas que confieren carácter a un género dado; en nuestro caso, el cuento. Esas reglas establecen la forma, el modo de producir un cuento.

La forma es importante en todo arte. Desde muy antiguo se sabe que en lo que atañe a la tarea de crearla, la expresión artística se descompone en dos factores fundamentales: tema y forma. En algunas artes la forma tiene más valor que el tema; ese es el caso de la escultura, la pintura y la poesía, sobre todo en los últimos tiempos.

La estrecha relación de todas las artes entre sí, determinada por el carácter que le imprime al artista la actitud del conglomerado social ante los problemas de su tiempo —de su generación—, nos lleva a tomar nota de que a menudo un cambio en el estilo de ciertos géneros artísticos influye en el estilo de otros. No nos hallamos ahora en el

caso de investigar si en realidad se produce esa influencia con intensidad decisiva o si todas las artes cambian de estilo a causa de cambios profundos introducidos en la sensibilidad social por otros factores. Pero debemos admitir que hay influencias. Aunque estamos hablando del cuento, anotemos de paso que la escultura, la pintura y la poesía de hoy se realizan con la vista puesta en la forma más que en el tema. Esto puede parecer una observación estrafalaria, dado que precisamente esas artes han escapado a las leyes de la forma al abandonar sus antiguos modos de expresión. Pero en realidad, lo que abandonaron fue su sujeción al tema para entregarse exclusivamente a la forma. La pintura y la escultura abstractas son sólo materia y forma, y el sueño de sus cultivadores es expulsar el tema en ambos géneros. La poesía actual se inclina a quedar sólo con las palabras y la manera de usarlas, al grado que muchos poemas modernos que nos emocionan no resistirían un análisis del tema que llevan dentro.

Volveremos sobre este asunto más tarde. Por ahora recordemos que hay un arte en el que tema y forma tienen igual importancia en cualquier época: es la música. No se concibe música sin tema, lo mismo en el Mozart del siglo XVIII que en el Bartok del siglo XX. Por otra parte, el tema musical no podría existir sin la forma que lo expresa. Esta adecuación de tema y forma se explica debido a que la música debe ser interpretada por terceros.

Pero en la novela y en el cuento, que no tienen intérpretes sino espectadores del orden intelectual, el tema es más importante que la forma, y desde luego mucho más importante que el estilo con que el autor se expresa.

Todavía más: en el cuento el tema importa más que en la novela. Pues en su sentido estricto, el cuento es el relato de un hecho, uno solo, y ese hecho —que es el tema— tiene que ser importante, debe tener importancia por sí mismo, no por la manera de presentarlo.

Antes dije que «un cuento no debe construirse sobre más de un hecho. El cuentista, como el aviador, no levanta vuelo para ir a todas partes y ni siquiera a dos puntos a la vez; e igual que el aviador, se halla forzado a saber con seguridad a dónde se dirige antes de poner la mano en las palancas que mueven su máquina».

La convicción de que el cuento tiene que ceñirse a un hecho, y sólo a uno, es lo que me ha llevado a definir el género como «el relato de un hecho que tiene indudable importancia». A fin de evitar que el cuentista novel entendiera por hecho de indudable importancia un suceso poco común, expliqué en esa misma oportunidad que «la importancia del hecho es desde luego relativa; mas debe ser indudable, convincente para la generalidad de los lectores»; y más adelante decía que «importancia no quiere decir aquí novedad, caso insólito, acaecimiento singular. La propensión a escoger argumentos poco frecuentes como temas de cuentos puede conducir a una deformación similar a la que sufren en su estructura muscular los profesionales del atletismo».

Hasta ahora se ha tenido la brevedad como una de las leyes fundamentales del cuento. Pero la brevedad es una consecuencia natural de la esencia misma del género, no un requisito de la forma. El cuento es breve porque se halla limitado a relatar un hecho y nada más que uno. El cuento puede ser largo, y hasta muy largo, si se mantiene como relato de un solo hecho. No importa que un cuento esté escrito en cuarenta páginas, en sesenta, en ciento diez; siempre conservará sus características si es el relato de un solo acontecimiento, así como no las tendrá si se dedica a relatar más de uno, aunque lo haga en una sola página.

Es probable que el cuento largo se desarrolle en el porvenir como el tipo de obra literaria de más difusión, pues el cuento tiene la posibilidad de llegar al nivel épico sin correr el riesgo de meterse en el terreno de la epopeya, y alcanzar ese nivel con personajes y ambientes cotidianos, fuera de las fronteras de la historia y en prosa monda y lironda, es casi un milagro que confiere al cuento una categoría artística en verdad extraordinaria^[2].

«El arte del cuento consiste en situarse frente a un hecho y dirigirse a él resueltamente, sin darles caracteres de hechos a los sucesos que marcan el camino hacia el hecho...» dije antes. Obsérvese que el novelista sí da caracteres de hechos a los sucesos que marcan el camino hacia el hecho central que sirve de tema a su relato; y es la descripción de esos sucesos —a los que podemos calificar de secundarios— y su entrelazamiento con el suceso principal, lo que hace de la novela un género de dimensiones mayores, de ambiente más variado, personajes más numerosos y tiempo más largo que el cuento.

El tiempo del cuento es corto y concentrado. Esto se debe a que es el tiempo en que acaece un hecho —uno solo, repetimos—, y el uso de ese tiempo en función de caldo vital del relato exige del cuentista una capacidad especial para tomar el hecho en su esencia, en las líneas más puras de la acción.

Es ahí, en lo que podríamos llamar el poder de expresar la acción sin desvirtuarla con palabras, donde está el secreto de que el cuento pueda elevarse a niveles épicos. Thomas Mann sintió el aliento épico en algunos cuentos de Chejov —y sin duda de otros autores—, pero no dejó constancia de que conociera la causa de ese aliento. La causa está en que la epopeya es el relato de los actos heroicos, y el que los ejecuta —el héroe— es un artista de la acción; así, si mediante la virtud de describir la acción pura, un cuentista lleva a categoría épica el relato de un hecho realizado por hombres y mujeres que no son héroes en el sentido convencional de la palabra, el cuentista tiene el don de crear la atmósfera de la epopeya sin verse obligado a recurrir a los grandes actores del drama histórico y a los episodios en que figuraron.

¿No es esto un privilegio en el mundo del arte?

Aunque hayamos dicho que en el cuento el tema importa más que la forma, debemos reconocer que hay una forma —en cuanto manera, uso o práctica de hacer algo— para poder expresar la acción pura, y que sin sujetarse a ella no hay cuento de calidad. La mayor importancia del tema en el género cuento no significa, pues, que la

forma pueda ser manejada a capricho por el aspirante a cuentista. Si lo fuera, ¿cómo podríamos distinguir entre cuento, novela e historia, géneros parecidos pero diferentes?

A pesar de la familiaridad de los géneros, una novela no puede ser escrita con forma de cuento o de historia, ni un cuento con forma de novela o de relato histórico, ni una historia como si fuera novela o cuento.

Para el cuento hay una forma. ¿Cómo se explica, pues, que en los últimos tiempos, en la lengua española —porque no conocemos caso parecido en otros idiomas— se pretenda escribir cuentos que no son cuentos en el orden estricto del vocablo?

Un eminente crítico chileno escribió hace algunos años que «junto al cuento tradicional, al cuento que puede contarse, con principio, medio y fin, el conocido y clásico, existen otros que flotan, elásticos, vagos, sin contornos definidos ni organización rigurosa. Son interesantísimos y, a veces, de una extremada delicadeza; superan a menudo a sus parientes de antigua prosapia; pero ¿cómo negarlo, cómo discutirlo? Ocurre que no son cuentos; son otras cosas: divagaciones, relatos, cuadros, escenas, retratos imaginarios, estampas, trozos o momentos de vida; son y pueden ser mil cosas más; pero, insistimos, no son cuentos, no deben llamarse cuentos. Las palabras, los nombres, los títulos, calificaciones y clasificaciones tienen por objeto aclarar y distinguir, no obscurecer o confundir las cosas. Por eso al pan conviene llamarlo pan. Y al cuento cuento»^[3].

Pero sucede que como hemos dicho hace poco, un cambio en el estilo de ciertos géneros artísticos se refleja en el estilo de otros. La pintura, la escultura y la poesía están dirigiéndose desde hace algún tiempo a la síntesis de materia y forma, con abandono del tema; y esta actitud de pintores, escultores y poetas ha influido en la concepción del cuento americano, o el cuento de nuestra lengua ha resultado influido por las mismas causas que han determinado el cambio de estilo en pintura, escultura y poesía.

Por una o por otra razón, en los cuentistas nuevos de América se advierte una marcada inclinación a la idea de que el cuento debe acumular imágenes literarias sin relación con el tema. Se aspira a crear un tipo de cuento —el llamado «cuento abstracto»—, que acaso podrá llegar a ser un género literario nuevo, producto de nuestro agitado y confuso siglo xx, pero que no es ni será cuento.

Ahora bien, ¿cuál es la forma del cuento?

En apariencia, la forma está implícita en el tipo de cuento que se quiera escribir. Los hay que se dirigen a relatar una acción, sin más consecuencias; los hay cuya finalidad es delinear un carácter o destacar el aspecto saliente de una personalidad; otros ponen de manifiesto problemas sociales, políticos, emocionales, colectivos o individuales; otros buscan conmover al lector, sacudiendo su sensibilidad con la presentación de un hecho trágico o dramático; los hay humorísticos, tiernos, de ideas.

Y desde luego, en cada caso el cuentista tiene que ir desarrollando el tema en forma apropiada a los fines que persigue.

Pero esa forma es la de cada cuento y cada autor; la que cambia y se ajusta no sólo al tipo de cuento que se escribe sino también a la manera de escribir del cuentista. Diez cuentistas diferentes pueden escribir diez cuentos dramáticos, tiernos, humorísticos, con diez temas distintos y con diez formas de expresión que no se parezcan entre sí; y los diez cuentos pueden ser diez obras maestras.

Hay, sin embargo, una forma sustancial; la profunda, la que el lector corriente no aprecia, a pesar de que a ella y sólo a ella se debe que el cuento que está leyendo le mantenga hechizado y atento al curso de la acción que va desarrollándose en el relato o al destino de los personajes que figuran en él. De manera intuitiva o consciente, esa forma ha sido cultivada con esmero por todos los maestros del cuento.

Esa forma tiene dos leyes ineludibles, iguales para el cuento hablado y para el escrito; que no cambian porque el cuento sea dramático, trágico, humorístico, social, tierno, de ideas, superficial o profundo; que rigen el alma del género lo mismo cuando los personajes son ficticios que cuando son reales, cuando son animales o plantas, agua o aire, seres humanos, aristócratas, artistas o peones.

La primera ley es la ley de la fluencia constante.

La acción no puede detenerse jamás; tiene que correr con libertad en el cauce que le haya fijado el cuentista, dirigiéndose sin cesar al fin que persigue el autor; debe correr sin obstáculos y sin meandros; debe moverse al ritmo que imponga el tema — más lento, más vivaz—, pero moverse siempre. La acción puede ser objetiva o subjetiva, externa o interna, física o psicológica; puede incluso ocultar el hecho que sirve de tema si el cuentista desea sorprendernos con un final inesperado. Pero no puede detenerse.

Es en la acción donde está la sustancia del cuento. Un cuento tierno debe ser tierno porque la acción en sí misma tenga cualidad de ternura, no porque las palabras con que se escribe el relato aspiren a expresar ternura; un cuento dramático lo es debido a la categoría dramática del hecho que le da vida, no por el valor literario de las imágenes que lo exponen. Así, pues, la acción por sí misma, y por su única virtualidad, es lo que forma el cuento. Por tanto, la acción debe producirse sin estorbos, sin que el cuentista se entrometa en su discurrir buscando impresionar al lector con palabras ajenas al hecho para convencerlo de que el autor ha captado bien la atmósfera del suceso.

La segunda ley se infiere de lo que acabamos de decir y puede expresarse así: el cuentista debe usar sólo las palabras indispensables para expresar acción.

La palabra puede exponer la acción, pero no puede suplantarla. Miles de frases son incapaces de decir tanto como una acción. En el cuento, la frase justa y necesaria es la que dé paso a la acción, en el estado de mayor pureza que pueda ser compatible con la tarea de expresarla a través de palabras y con la manera peculiar que tenga cada cuentista de usar su propio léxico.

Toda palabra que no sea esencial al fin que se ha propuesto el cuentista resta fuerza a la dinámica del cuento y por tanto lo hiere en el centro mismo de su alma. Puesto que el cuentista debe ceñir su relato al tratamiento de un solo hecho —y de no ser así no está escribiendo un cuento—, no se halla autorizado a desviarse de él con frases que alejen al lector del cauce que sigue la acción.

Podemos comparar el cuento con un hombre que sale de su casa a evacuar una diligencia. Antes de salir ha pensado por dónde irá, qué calles tomará, qué vehículo usará; a quién se dirigirá, qué le dirá. Lleva un propósito conocido. No ha salido a ver qué encuentra, sino que sabe lo que busca.

Ese hombre no se parece al que divaga, pasea; se entretiene mirando flores en un parque, oyendo hablar a dos niños, observando una bella mujer que pasa; entra en un museo para matar el tiempo; se mueve de cuadro en cuadro; admira aquí el estilo impresionista de un pintor y más allá el arte abstracto de otro.

Entre esos dos hombres, el modelo del cuentista debe ser el primero, el que se ha puesto en acción para alcanzar algo. También el cuento es un tema en acción para llegar a un punto. Y así como los actos del hombre de marras están gobernados por sus necesidades, así la forma del cuento está regida por su naturaleza activa.

En la naturaleza activa del cuento reside su poder de atracción, que alcanza a todos los hombres de todas las razas en todos los tiempos.

CARACAS, SEPTIEMBRE DE 1958



JUAN BOSCH GAVIÑO. Nació en La Vega (República Dominicana) el 30 de junio de 1909. Escritor, historiador y político. Hijo del español José Bosch y de la puertorriqueña Ángela Gaviño. Inició su educación formal en Río Verde (La Vega) con la profesora Paquita Sánchez, quien le enseñó las nociones básicas de lectura y escritura. A los siete años de edad ingresó al colegio San Sebastián de La Vega, dirigido por el destacado educador Fantino Falcón, donde cursó la educación primaria e intermedia entre 1916 y 1924. Siendo todavía adolescente trabajó para varias firmas comerciales en Santo Domingo. En 1930 viajó a España y luego pasó a Venezuela, Curazao, Martinica y Trinidad. Durante ese recorrido le tocó ser desde cargador de camión hasta presentador de espectáculos en un parque de diversiones. En 1931 regresó a Santo Domingo, adonde ya se había trasladado su familia en su ausencia. Allí inició los estudios del bachillerato, pero sólo completó el tercer año. Ese mismo año, cuando el destacado humanista Pedro Henríquez Ureña regresó al país a desempeñar el cargo de Superintendente General de Enseñanza, le ofreció asesoría intelectual y literaria y lo introdujo en la lectura de Horacio Quiroga, Guy de Maupassant y otros maestros del cuento europeo y latinoamericano. En 1933 publicó su primer volumen de relatos titulado Camino real y, en 1936, su primera novela, La mañosa. Agobiado por la situación política creada en la República Dominicana por el régimen de Trujillo, decidió abandonar el país en 1937. Primero vivió en Puerto Rico y luego en Costa Rica, Bolivia, Chile y Caracas, pero su residencia definitiva la estableció en Cuba. En 1939 se unió a un grupo de enemigos de la dictadura trujillista y fundó el Partido Revolucionario Dominicano (PRD). Luego del asesinato de

Trujillo, en 1961, retornó al suelo patrio y tanto él como su partido se convirtieron en la esperanza de gran parte de la población dominicana. Fruto de la confianza que depositó el pueblo en él, ganó las elecciones celebradas el 20 de diciembre de 1962. El 27 de febrero de 1963 tomó posesión como Presidente de la República, pero siete meses después, debido a su política de apertura hacia el pueblo, fue derrocado por un golpe militar que lo obligó a exiliarse en Puerto Rico. En 1973 se separó del PRD y fundó el Partido de la Liberación Dominicana (PLD). Bajo su liderazgo y orientación, el PLD ganó las elecciones del 16 de agosto de 1996, llevando a la presidencia, en esa ocasión, del Dr. Leonel Fernández Reina. Sus escritos literarios, producidos en su mayoría durante sus años de exilio, y sus textos políticos e históricos abarcan más de cincuenta títulos, algunos de los cuales han sido traducidas al francés, inglés, portugués, alemán, italiano y holandés. Bosch es el más importante cuentista dominicano y una de las grandes voces del cuento latinoamericano contemporáneo. Figura entre los más notables precursores del criollismo y del sociorealismo literarios hispanoamericanos. Sus cuentos, reunidos esencialmente en los volúmenes Camino real (1933), Cuentos escritos en el exilio (1962), Más cuentos escritos en el exilio (1964) y Cuentos escritos antes del exilio (1975), reflejan la problemática social y política del campesino dominicano. Además, es autor de una muy difundida teoría sobre el arte de escribir cuentos titulada «Apuntes sobre el arte de escribir cuentos» (1958) que ha servido de modelo a muchas generaciones de narradores dominicanos. A partir de la década de los 60 sus compromisos políticos redujeron considerablemente su producción cuentística y novelística, orientando su carrera literaria hacia el ensayo histórico y sociológico. Murió en Santo Domingo el 1.º de noviembre del 2001. Sus restos descansan en el cementerio municipal de La Vega.

Notas

[1] Publicado con este título en *Camino real*. En el libro *Cuentos escritos antes del exilio* aparece como «El abuelo». <<

[2] Debemos esta aguda observación a Thomas Mann, quien en «Ensayo sobre Chejov», traducción de Aquilino Duque (*Revista Nacional de Cultura*, Caracas, marzo-abril de 1960, pág. 52 y siguientes), dice que Chejov había sido para él «un hombre de la forma pequeña, de la narración breve que no exigía la heroica perseverancia de años y decenios, sino que podía ser liquidada en unos días o unas semanas por cualquier frívolo del arte. Por todo esto abrigaba yo un cierto menosprecio (por la obra de Chejov), sin acabar de apercibirme de la dimensión interna, de la fuerza genial que logran lo breve y lo sucinto que en su acaso admirable concisión encierran toda la plenitud de la vida y se elevan decididamente a un nivel épico...». <<

[3] Alone (Hernán Díaz Arrieta), «Crónica Literaria», en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 21 de agosto de 1955. <<